Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

1867

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA
PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, fundada el 1.º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año X - 1867

Traducción de Gustavo N. Martínez

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2021 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-47546-9-1

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1867)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan
Revista espírita 1867 : periódico de estudios psicológicos / Allan Kardec. - 1a ed especial. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2021.
630 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-47546-9-1

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.901

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 1 Enero de 1867

A nuestros corresponsales

Como todos los años, la época en que se renuevan las suscripciones, el 1.° de enero, para la mayoría de nuestros corresponsales de Francia y el extranjero constituye la ocasión de brindarnos nuevos testimonios de afecto, que nos conmueven profundamente.

Ante la imposibilidad material de responder a cada uno, les rogamos que tengan a bien recibir por este medio la expresión de nuestro agradecimiento sincero, así como la reciprocidad de nuestros votos, y que estén persuadidos de que en nuestras plegarias no olvidamos a ninguno de los que, encarnados o desencarnados, se encomiendan a nosotros.

Los testimonios que tienen a bien brindarnos constituyen poderosos estímulos y agradables compensaciones, que nos permiten olvidar fácilmente los pesares y el cansancio del camino. ¡Cómo no habríamos de olvidarlos, cuando vemos que el espiritismo crece incesantemente, superando todos los

obstáculos, y que día a día nos ofrece nuevas muestras de los beneficios que esparce! Agradecemos a Dios el insigne favor que nos ha concedido de ser testigos de los primeros éxitos de la doctrina espírita, así como de entrever su futuro; y le rogamos que nos dé las fuerzas físicas y morales necesarias para cumplir con lo que nos resta hacer antes de que regresemos al mundo de los Espíritus.

A los que tengan a bien hacer votos para que se prolongue nuestra estadía en la Tierra, en interés del espiritismo, les diremos que nadie es indispensable para la ejecución de los designios de Dios. Lo que nosotros hicimos, podría haber sido hecho por otros, y otros harán lo que no hayamos podido hacer nosotros. Así pues, cuando a Él le plazca llamarnos, sabrá proveer a la continuación de su obra. El que ha sido llamado a tomar las riendas, crece en la sombra, y se revelará cuando llegue el momento, no por su pretensión a cualquier tipo de supremacía, sino por sus *actos*, que llamarán la atención de todos. Actualmente, nadie sabe quién es, ni siquiera él mismo, y por el momento es útil que se mantenga al margen.

Cristo ha dicho: "Todo el que se eleve será rebajado". Así pues, esa persona será elegida entre los humildes de corazón, y no entre los que pretendan elevarse por su propia autoridad y contra la voluntad de Dios. Esos no recogerán otra cosa más que vergüenza y humillación, porque los orgullosos y los presuntuosos serán confundidos. Que cada uno coloque su piedra en el edificio y se contente con el rol de simple obrero, pues Dios, que lee en el fondo de los corazones, sabrá dar a cada uno el justo salario de su trabajo.

A todos nuestros hermanos en creencia les decimos: "Valor y perseverancia, porque el momento de las grandes pruebas se acerca. Fortaleceos en los principios de la doctrina, y

asimiladlos cada vez más. Ampliad vuestra mirada; elevaos con el pensamiento más allá del círculo estrecho del presente, para que abracéis el horizonte de lo infinito. Considerad el porvenir, y entonces la vida presente, con su cortejo de miserias y decepciones, se os presentará como un punto imperceptible, como un minuto doloroso que poco después ya no deja marcas en la memoria. Las preocupaciones materiales parecen mezquinas y pueriles comparadas con los esplendores de la inmensidad.

"Dichosos los que extraigan de la sinceridad de su fe la fuerza que les haga falta. Bendecirán a Dios por haberles otorgado la luz. Reconocerán la sabiduría divina en sus miras insondables y en los medios, sean cuales fueren, que Él emplee para darles cumplimiento. Sortearán los escollos con la serenidad, la firmeza y la confianza que surgen de la certeza de llegar a buen puerto, sin detenerse ante las piedras que hieren los pies.

"En las grandes pruebas se revelan las grandes almas. Entonces también se revelan los corazones auténticamente espíritas, por el valor, la resignación, el sacrificio, la abnegación y la caridad en todas sus formas, de los que ellos dan el ejemplo". (Véase el artículo del mes de octubre de 1866: "Los tiempos han llegado".)

Mirada retrospectiva sobre el movimiento del espiritismo

A nadie le cabe duda, ni a los adversarios del espiritismo ni a sus partidarios, de que esta cuestión agita los ánimos más

que nunca. El movimiento del espiritismo, ¿es efímero como la paja encendida, conforme algunos afirman con jactancia? Porque esa paja sigue ardiendo desde hace ya quince años y, en vez de apagarse, la intensidad de su fuego no hace más que aumentar año tras año. Ahora bien, no es esa precisamente la cualidad de las cosas efímeras y que solo se dirigen a la curiosidad. La última arremetida con la que esperaban extinguir ese fuego, no ha hecho más que reavivarlo, estimulando la atención de los indiferentes. La tenacidad de esta idea no tiene nada de sorprendente para quien haya sondeado la profundidad y la multiplicidad de las raíces que la conectan con los más graves intereses de la humanidad. Aquellos que se sorprenden de eso sólo han visto la superficie; incluso la mayoría solamente conoce el nombre de esta idea, pero no comprende ni su objetivo ni su alcance.

Si bien hay algunos que combaten el espiritismo por ignorancia, otros lo hacen precisamente porque saben que es muy importante, porque presienten su porvenir y ven en él un poderoso elemento regenerador. Es necesario persuadirse de que ciertos adversarios son completamente conversos, porque si no estuvieran convencidos de las verdades que el espiritismo contiene, no se opondrían tanto a él. Presienten que el porvenir de esa doctrina está garantizado por el bien que hace; y el hecho de destacar ese bien ante ellos, lejos de calmarlos, aumenta la causa de su irritación. Lo mismo ocurrió, en el siglo quince, con la numerosa clase de escritores copistas que de buen grado hubieran hecho quemar a Gutenberg y a los demás impresores; y no se los habría tranquilizado al demostrarles los beneficios de la imprenta, que los iba a suplantar.

Cuando algo es verdadero y el tiempo de su eclosión ha llegado, progresa a pesar de todo. El poder de la acción del

espiritismo se pone de manifiesto en su expansión constante, a pesar de los pocos esfuerzos que hace para difundirse. Es evidente que *los adversarios del espiritismo han consumido mil veces más fuerzas para derribarlo, aunque sin conseguirlo, que las fuerzas que sus partidarios desplegaron para propagarlo.* El espiritismo avanza, por así decirlo, completamente solo, a semejanza de un curso de agua que se infiltra en la tierra y se abre paso a la derecha si se lo obstruye a la izquierda, hasta que poco a poco mina las piedras más duras y acaba por derrumbar montañas.

Es notorio el hecho de que, *en general*, el desarrollo del espiritismo no ha sufrido ningún contratiempo. Ese desarrollo pudo ser obstaculizado, reprimido, ralentizado por influencias contrarias en algunas localidades; pero, como hemos dicho, cuando la corriente es obstruida en un punto, aparece en otros cien; en lugar de fluir a sus anchas, se divide en una multitud de hilos de agua. Sin embargo, a primera vista se diría que la marcha del espiritismo es menos rápida de lo que fue durante los primeros años. ¿Acaso se debe inferir de ahí que ha sido abandonado, que tiene menos simpatizantes? No, simplemente ocurre que el trabajo que realiza en este momento es diferente y, por su naturaleza, menos ostensible.

Desde el principio, como ya hemos dicho, el espiritismo reunió alrededor suyo a los hombres en quienes esas ideas se hallaban, de alguna manera, en estado de intuición. Le bastó con presentarse para que esos hombres lo comprendieran y lo aceptaran. De inmediato, levantó una cosecha abundante en todas partes donde encontró el terreno preparado. Tras esa primera cosecha, quedaban los terrenos sin cultivar, que demandaron más trabajo. Ahora, el espiritismo debe surgir a través de las opiniones refractarias, y ese es el período en

el cual nos encontramos. A semejanza de un minero que ha retirado sin esfuerzo las primeras capas de tierra suelta, el espiritismo llegó a la roca que debe perforar, y a cuya entraña no puede acceder sino poco a poco. Con todo, no existe roca, por más dura que sea, que resista indefinidamente una acción disolvente continua. Por lo tanto, la marcha del espiritismo es ostensiblemente menos rápida; pero si bien en un lapso determinado no logra reunir alrededor suyo un número importante de adeptos decididamente confesos, no por eso deja de socavar las convicciones contrarias, que se derrumban, no de golpe, sino por partes, a fin de que él se abra paso. Ese es el trabajo al que asistimos, y que caracteriza la etapa actual del progreso de la doctrina.

Esta etapa se caracteriza por contar con señales inequívocas. Al examinar la situación, resulta evidente que la idea espírita gana terreno cada día, que se aclimata y encuentra menos oposición. Se burlan menos de ella, e incluso aquellos que todavía no la aceptan, empiezan a concederle derecho de ciudadanía entre las opiniones. A los espíritas ya no se los señala con el dedo, como en otro tiempo, ni se los mira como si fueran bichos raros. Esto puede ser constatado especialmente por los que viajan. En todas partes, los espíritas encuentran más simpatía, o menos antipatía, para con la idea. No se puede negar que eso constituye un progreso real.

Para comprender las facilidades y las dificultades que el espiritismo encuentra en su camino, es necesario figurarse la diversidad de opiniones a través de las cuales debe abrirse paso. Como nunca se impone por la fuerza ni la coerción, sino tan solo mediante la convicción, el espiritismo ha encontrado una resistencia, de mayor o menor intensidad, según la naturaleza de las convicciones existentes, con las cuales podía asimilarse

más o menos fácilmente; de modo que algunas de esas convicciones lo recibieron con los brazos abiertos, mientras que otras lo rechazan con obstinación.

Dos grandes corrientes de ideas se reparten la sociedad actual: el espiritualismo y el materialismo. No se puede ocultar que este último, si bien constituye una minoría indudable, se ha extendido mucho desde hace algunos años. Uno y otro se fraccionan en una diversidad de matices, que pueden resumirse en las siguientes categorías principales:

1.ª *Los fanáticos* de todos los cultos. - 0.

2.ª *Los creyentes satisfechos*, que tienen convicciones absolutas, fuertemente arraigadas y sin restricciones –aunque sin fanatismo–, respecto de todos los puntos del culto que profesan, y con los cuales están satisfechos. Esta categoría comprende también las sectas que, precisamente por haberse escindido y efectuado reformas, se consideran en posesión de toda la verdad y son a veces más inflexibles que las religiones madres. - 0.

3.ª *Los creyentes ambiciosos*, enemigos de las ideas emancipadoras, que podrían hacerles perder el ascendiente que ejercen sobre la ignorancia. - 0.

4.ª *Los creyentes por la forma*, quienes, por interés, simulan una fe que no tienen, y casi siempre se muestran más rígidos y más intolerantes que los religiosos sinceros. - 0.

5.ª *Los materialistas por sistema*, que se apoyan en una teoría razonada, y muchos de los cuales se resisten a la evidencia por orgullo, para no admitir que han podido equivocarse. La mayoría de ellos son tan inflexibles e intolerantes en su incredulidad, como los fanáticos religiosos lo son en su creencia. - 0.

6.ª *Los sensualistas*, que rechazan las doctrinas espiritualistas y espíritas por miedo a que estas perturben sus goces materiales. Cierran los ojos para no ver. - 0.

7.ª *Los despreocupados*, que viven el día a día sin inquietarse por el porvenir. La mayoría de ellos no sabría decir si son espiritualistas o materialistas. Para estos, el presente es la única cosa seria. - 0.

8.ª *Los panteístas*, que no admiten la existencia de una divinidad personal, sino de un principio espiritual universal, en el cual las almas se confunden como las gotas de agua en el océano, sin conservar su individualidad. Esta opinión es un primer paso hacia la espiritualidad y, por consiguiente, un progreso respecto del materialismo. Aunque un poco menos refractarios a las ideas espíritas, los que profesan el panteísmo son por lo general muy inflexibles, porque para ellos es un sistema preconcebido y razonado, y porque muchos sólo se denominan panteístas para no declararse materialistas. Se trata de una concesión que hacen a las ideas espiritualistas para guardar las apariencias. - 1.

9.ª *Los deístas*, que admiten la personalidad de un Dios único, creador y soberano señor de todas las cosas, eterno e infinito en todas sus perfecciones; pero rechazan todo culto exterior. - 3.

10.ª *Los espiritualistas sin sistema*, que no pertenecen, por convicción, a ningún culto, sin rechazar ninguno, pero no tienen ninguna idea firme acerca del porvenir. - 5.

11.ª *Los creyentes progresistas*, relacionados con un culto determinado, pero que admiten el progreso en la religión, así como el acuerdo entre las creencias y el progreso de las ciencias. - 5.

12.ª *Los creyentes no satisfechos*, cuya fe es indecisa o nula respecto de los puntos dogmáticos, que no satisfacen completamente su razón, atormentada por la duda. - 8.

13.ª *Los incrédulos a falta de algo mejor*, la mayoría de los cuales ha pasado de la fe a la incredulidad y a la negación de todo, porque no encontraron, en las creencias con las cuales fueron acunados, algo que satisfaga su razón; pero en estos, la incredulidad genera un vacío penoso, que les complacería ver colmado. - 9.

14.ª *Los librepensadores*, nueva denominación con la cual se designan aquellos que no se sujetan a la opinión de nadie en materia de religión y de espiritualidad, y que no se consideran unidos al culto en el que, sin su consentimiento, fueron vinculados al nacer, como tampoco obligados a la observancia de cualquier práctica religiosa. Esta calificación no especifica ninguna creencia determinada; puede aplicarse a todos los matices del espiritualismo razonado, así como a la incredulidad más absoluta. Toda creencia ecléctica pertenece al librepensamiento; todo hombre que no se rige por la fe ciega es, por eso mismo, librepensador. En este sentido, los espíritas también son librepensadores.

No obstante, para aquellos a los que podemos denominar *radicales* del librepensamiento, esta designación tiene una acepción más restringida y, por así decirlo, exclusiva. Para ellos, ser librepensador no es solamente creer en lo que uno quiera, sino no creer en nada; es liberarse de todo freno, incluso del temor a Dios y al porvenir. La espiritualidad les parece una molestia, y no quieren eso. Con ese símbolo de la emancipación intelectual, buscan disimular lo que la calidad de materialista y de ateo tiene de repulsivo para la opinión de las masas; y, cosa singular, en nombre de ese símbolo, que

parece ser el de la tolerancia hacia todas las opiniones, arrojan piedras a todo aquel que no piense como ellos. Así pues, hay que hacer una distinción esencial entre los que se denominan *librepensadores*, del mismo modo que se la hace entre los que se denominan *filósofos*. Se dividen naturalmente en:

Librepensadores incrédulos, que entran en la 5.ª categoría. - 0.

Librepensadores creyentes, que pertenecen a todos los matices del espiritualismo razonado. - 9.

15.ª *Los espíritas por intuición*, en quienes las ideas espíritas son innatas y las aceptan como algo que no les resulta extraño. - 10.

Tales son las capas de terreno que el espiritismo debe atravesar. Al lanzar una mirada sobre las diferentes categorías anteriores, no es difícil ver aquellas en las cuales el espiritismo encuentra acceso con mayor o menor facilidad, y aquellas contra las cuales choca como el pico contra el granito. Respecto de estas últimas, el espiritismo sólo triunfará con ayuda de los *nuevos elementos* que la renovación le aportará a la humanidad, y eso es obra de Aquel que dirige todo y que hace surgir los acontecimientos de los cuales debe salir el progreso.

Las cifras colocadas al final de cada categoría indican aproximadamente la proporción del número de adeptos, sobre 10, que cada una ha proporcionado al espiritismo.

Si se admite, como promedio, la igualdad numérica entre esas diferentes categorías, vemos que la parte refractaria, por su naturaleza, abarca casi la mitad de la población. Como esa parte posee la audacia y la fuerza material, no se limita a ofrecer una resistencia pasiva: es esencialmente agresiva. De ahí resulta una lucha inevitable y necesaria. Pero esa situación

sólo puede durar un tiempo, pues el pasado se retira y el futuro llega. Ahora bien, el espiritismo marcha hacia el futuro.

Así pues, el espiritismo debe ocuparse de la otra mitad, y el campo a explorar es suficientemente vasto. En él debe concentrar sus esfuerzos, y entonces verá cómo se achican sus fronteras. Sin embargo, esa mitad está lejos todavía de ser completamente favorable al espiritismo, que en ella encuentra resistencias obstinadas –aunque no insuperables, como en la primera mitad–, la mayoría de las cuales se deben a prevenciones que se debilitan a medida que el objetivo y las tendencias de la doctrina se comprenden mejor, y que desaparecerán con el tiempo. Si hay algo que nos sorprende, es que, a pesar de la multiplicidad de los obstáculos que encuentra, así como de las trampas que se le tienden, el espiritismo pudo llegar en algunos años al punto en que actualmente se encuentra.

Otro progreso no menos evidente se observa respecto de la actitud de la oposición. Aparte de los insultos que cada tanto le arroja una pléyade de escritores, que son *casi siempre los mismos* y que sólo encuentran en todas partes material para reírse, pues se reirían hasta de Dios, y cuyos argumentos se limitan a decir que la humanidad degenera hacia la demencia, muy sorprendidos de que el espiritismo haya avanzado sin su permiso, es muy raro ver que ataquen a la doctrina en una polémica seria y fundada. En vez de eso, como ya lo hemos señalado en un artículo anterior, las ideas espíritas invaden la prensa, la literatura, la filosofía; hay personas que se apropian de ellas sin confesarlo, y por eso vemos que en los periódicos, los libros, los sermones, el teatro, surgen a cada instante ideas que se diría han sido extraídas de la fuente misma del espiritismo. Sus autores protestarían, sin duda, si se los considerara espíritas, pero no por eso dejan de sufrir la influencia de esas

ideas, que circulan y que parecen correctas. Ocurre que los principios en los que se funda la doctrina son tan racionales, que fermentan en una infinidad de cerebros y se muestran a pesar de ellos mismos; se relacionan con tantas cuestiones que, por así decirlo, es imposible transitar en el camino de la espiritualidad sin que involuntariamente se haga espiritismo. Ese es uno de los hechos más característicos del año que acaba de transcurrir.

Ahora bien, ¿debemos concluir de ahí que la lucha ha terminado? Por supuesto que no. Por el contrario, debemos precavernos más que nunca, pues habremos de sufrir ataques de otro tipo. Mientras tanto, nuestras filas se refuerzan y los pasos adelante son una conquista. Evitemos considerar que ciertos adversarios se han dado por vencidos y que su silencio implica una adhesión tácita, o incluso su neutralidad. Persuadámonos de que algunas personas, mientras vivan, *nunca* aceptarán el espiritismo, ni abierta ni tácitamente, del mismo modo que otras nunca aceptarán determinados regímenes políticos. Todos los razonamientos empleados para acercarlas a la doctrina son impotentes, pues no la quieren por nada del mundo. Su aversión hacia el espiritismo crece a medida que este se desarrolla.

Los ataques a cielo abierto se han vuelto más escasos, porque reconocieron su inutilidad, si bien no pierden la esperanza de tener éxito con ayuda de maniobras tenebrosas. Lejos de dormirnos en una engañosa tranquilidad, más que nunca debemos desconfiar de los traidores que se infiltran en las reuniones para espiar y luego *distorsionar* lo que se dijo y se hizo en ellas; que siembran solapadamente los elementos de desunión; que, con la apariencia de un fervor ficticio y a veces interesado, buscan alejar al espiritismo del camino de

la prudencia, la moderación y la legalidad, y que en nombre de esa doctrina provocan actos reprensibles para la ley. Como no han tenido éxito en su intento de hacerlo caer en ridículo, porque por su esencia es algo muy serio, sus esfuerzos tienden a *comprometerlo* para que resulte sospechoso ante la autoridad, a fin de que esta tome medidas legales severas contra él y sus adeptos. Desconfiemos, pues, de los besos de Judas y de aquellos que desean abrazarnos para que nos falte el aire.

Es preciso suponer que estamos en guerra y que los enemigos nos han cercado, listos para aprovechar la ocasión favorable, pues no carecen de inteligencias en el sitio.

En tal caso, ¿qué hay que hacer? Algo muy sencillo: mantenerse estrictamente dentro de los límites de los preceptos de la doctrina; esforzarse por mostrar con el propio ejemplo lo que ella es, y no solidarizarse en modo alguno con lo que se haga en su nombre y sirva para desacreditarla, porque eso no sería obra de adeptos serios y convencidos. No basta con decirse espírita: el que lo es de corazón, lo demuestra con sus actos. Dado que la doctrina sólo predica el bien, el respeto a las leyes, la caridad, la tolerancia y la benevolencia para con todos, y que repudia todo tipo de violencia ejercida sobre la conciencia de los demás, toda clase de charlatanismo y de propósito interesado en lo que concierne a las relaciones con los Espíritus, así como todo lo que sea contrario a la moral evangélica, resulta de ahí que todos aquellos que no traspasen esa línea no se expondrán a una censura fundada ni a persecuciones legales. Más aún, cualquiera que adopte la doctrina como regla de conducta, no podrá más que ganarse la estima y la consideración de las personas imparciales; ante el bien, hasta la incredulidad burlona se inclina, y la calumnia no puede manchar lo inmaculado. En esas condiciones, el espiritis-

mo atravesará las tormentas que se acumulen en su camino, y saldrá triunfante de todas las batallas.

El espiritismo no es responsable de las fechorías de aquellos que se complacen en decirse espíritas, como la religión tampoco lo es respecto de los actos reprensibles de aquellos que sólo tienen la apariencia de la piedad. Así pues, antes de censurar alguna doctrina por tales actos, habría que saber si ella contiene alguna máxima, alguna enseñanza, que los autorice o incluso los justifique. En cambio, si esa doctrina los condena de manera expresa, no cabe duda de que la falta es completamente personal y de que no se le puede imputar a la doctrina. Pero esa es una distinción que los adversarios del espiritismo no se toman el trabajo de hacer; por el contrario, ellos están demasiado felices de encontrar una ocasión para desprestigiarla, con o sin razón, sin que sus escrúpulos les impidan atribuirle algo que no le pertenece, pues magnifican hasta las cosas más insignificantes en vez de buscar las causas atenuantes.

Desde hace algún tiempo, las reuniones espíritas han sufrido cierta transformación. Las reuniones íntimas y familiares se multiplicaron considerablemente en París y en las principales ciudades, debido a la propia facilidad que encontraron para formarse gracias al incremento de la cantidad de médiums y de adeptos. Al principio, los médiums eran escasos; un buen médium era casi un fenómeno, razón por la cual era natural que las personas se agruparan alrededor suyo; pero a medida que esa facultad se desarrolló, los grandes centros se fraccionaron como enjambres en una multitud de pequeños grupos particulares, que tienen más facilidad para reunirse, más intimidad y homogeneidad en su composición. Ese resultado, consecuencia de la fuerza misma de las circunstancias, estaba previsto.

Desde el comienzo, hemos señalado los escollos que inevitablemente habrían de encontrar las sociedades numerosas, formadas necesariamente con elementos heterogéneos, cuyas puertas se mantenían abiertas a las ambiciones y, por eso mismo, expuestas a las intrigas, las conspiraciones, las maniobras ocultas de la malevolencia, la envidia y los celos, que no pueden emanar de una fuente espírita pura. En las reuniones íntimas, sin carácter oficial, hay un mayor control, sus integrantes se conocen mejor y reciben solamente a los que quieren; el recogimiento es más intenso, y se sabe que los resultados son más satisfactorios. Conocemos un buen número de reuniones de ese tipo, cuya organización no deja nada que desear. Por lo tanto, no hay nada que perder con esa transformación.

El año 1866 ha visto, además, que se cumplieron las previsiones de los Espíritus acerca de varios puntos interesantes para la doctrina, entre otros, sobre la extensión y los nuevos caracteres que habría de tomar la mediumnidad, así como respecto a la producción de fenómenos capaces de llamar la atención hacia el principio de la espiritualidad, aunque, en apariencia, esos fenómenos sean ajenos al espiritismo. La mediumnidad curativa se ha revelado abiertamente en las circunstancias más propicias para causar sensación, y surge en muchas otras personas. En algunos grupos, hemos visto que se manifestaron numerosos casos de sonambulismo espontáneo, de mediumnidad parlante, doble vista y otras variedades de la facultad mediúmnica, que proporcionaron temas de estudio muy útiles. Esas facultades, sin ser precisamente nuevas, aún se encuentran en formación en muchos individuos; sólo se muestran en casos aislados y son ejercitadas, por así decirlo, en la intimidad. No obstante, con el tiempo, adquirirán una mayor intensidad y se difundirán. Sobre todo, cuando

esas facultades se revelan espontáneamente en personas ajenas al espiritismo, llaman la atención más fuertemente, porque no se puede suponer connivencia, ni admitir la influencia de ideas preconcebidas. Nos limitamos a señalar ese hecho, que cada uno puede constatar, y cuyo desarrollo necesitaría detalles demasiado extensos. Por otra parte, tendremos la ocasión de volver al tema en artículos específicos.

En resumen, si bien no hubo nada muy notorio que caracterizara la marcha del espiritismo en estos últimos tiempos, podemos decir que esa marcha prosigue en las condiciones normales trazadas por los Espíritus, y que no tenemos más que alegrarnos por esa situación.

Ideas espíritas que recorren el mundo

En nuestro último número[1] expusimos algunas ideas que se encuentran por doquier en la prensa, y que el espiritismo puede reivindicar como partes integrantes de su doctrina. Continuaremos publicando de vez en cuando las que lleguen a nuestro conocimiento. Esas citas tienen su lado útil e instructivo, porque demuestran que las ideas espíritas se difunden.

En la revista semanal de *Le Siècle*, del 2 de diciembre, el señor E. Texier reseña una nueva obra del señor P. J. Stahl, titulada *Les bonnes fortunes parisiennes*, y se expresa de este modo:

"Lo que distingue esas *Bonnes fortunes parisiennes* es la delicadeza en la pincelada del sentimiento, es el perfume del

1. Véase el artículo "Revista de la prensa acerca del espiritismo", diciembre de 1866. (N. del T.)

libro, que se inspira como una brisa. Pocas veces se había tratado ese tema tan vasto, tan explorado y consabido, pero siempre nuevo, que es el amor, con tanto conocimiento auténtico, con una observación clara, y con tanto tacto y una mano tan ágil. *Se ha dicho que, en una existencia anterior, Balzac tuvo que ser mujer. Podríamos decir, también, que Sthal ha sido una jovencita*. Comprende y capta hasta en los más sutiles matices los pequeños secretos del corazón, que se revelan en contacto con la primera embriaguez. Ha hecho algo mejor que estudiar a sus heroínas, pues se diría que *experimentó* sus impresiones, sus estremecimientos, esos bonitos conflictos –alegría o dolor– que se suceden en el alma femenina y la colman con los primeros pimpollos de la floración de abril".

Esta no es la primera vez que la idea de las existencias anteriores se expresa por fuera del espiritismo. En el pasado, el autor del artículo no se ahorró sarcasmos para con esa nueva creencia, en oportunidad de referirse a los hermanos Davenport, a los cuales, como la mayoría de sus colegas periodistas, consideraba –y tal vez aún considera– la encarnación de la doctrina espírita. No cabe duda de que, al escribir aquellas líneas, no se imaginó que formulaba uno de los principios más importantes del espiritismo. Si lo hizo seriamente o no, ¡poco importa! No por eso el hecho deja de probar que hasta los incrédulos encuentran en la pluralidad de las existencias –aun cuando sea admitida en calidad de hipótesis– la explicación de las aptitudes innatas de la existencia actual. Esa idea, esparcida sobre millones de lectores con el viento de la publicidad, se populariza, se infiltra en las creencias, y las personas se habitúan a ella; de modo que buscan en tal idea la razón de ser de una infinidad de cuestiones incomprendidas, así como de sus propias tendencias: en algunos casos, bromeando; y en otros,

seriamente. Tal es el caso de esa madre que sonríe de buen grado ante la idea de que su hijo, un tanto precoz, en una vida anterior pudo haber sido un hombre de genio. En nuestro siglo racional, queremos comprenderlo todo; de modo que a la mayoría le repugna considerar que tanto las buenas como las malas cualidades que se poseen desde el nacimiento constituyen un juego del acaso o un capricho de la Divinidad. La pluralidad de las existencias resuelve el problema al mostrarnos que esas existencias se concatenan y se completan unas con otras. De deducción en deducción llegamos a descubrir, en ese principio fecundo, la clave de todos los misterios, de todas las anomalías aparentes de la vida moral y material, de las desigualdades sociales, de los bienes y de los males de este mundo. Por último, el hombre sabe de dónde viene, adónde va, porqué está en la Tierra, porqué es feliz o desdichado, y qué debe hacer para asegurarse la felicidad en el porvenir.

Si nos parece racional admitir que ya hemos vivido en la Tierra, también lo es el hecho de que podremos volver a vivir en ella. Dado que es evidente que el cuerpo no puede recuperar la vida, de ahí resulta que lo que vuelve a vivir es el alma. Por lo tanto, esa alma conservó su individualidad; no se confundió en el todo universal. Para que el alma conserve sus aptitudes, hace falta que *siga siendo ella misma*. El principio de la pluralidad de las existencias es de por sí, como vemos, la negación del materialismo y del panteísmo.

Para que el alma pueda realizar una serie de existencias sucesivas en el mismo medio, es necesario que no se pierda en las profundidades de lo infinito; debe permanecer en el ámbito de actividad terrestre. Ese ámbito es el mundo espiritual que nos rodea, en medio del cual vivimos, y en el que la humanidad corporal se derrama, así como él se derrama sobre

ella. Ahora bien, si a esas almas las llamáis *Espíritus*, tendréis el espiritismo entero.

Si Balzac pudo ser mujer y Stahl una jovencita, entonces las mujeres pueden encarnar en hombres y, por consiguiente, los hombres en mujeres. Así pues, entre los dos sexos existe solamente una diferencia material, accidental y temporaria, una diferencia en cuanto a la vestimenta carnal, pero la naturaleza esencial del ser es la misma. Ahora bien, a partir de la igualdad de naturaleza y de origen, la lógica concluye la *igualdad de los derechos sociales*. Vemos, pues, a cuántas consecuencias nos conduce de por sí el principio de la pluralidad de las existencias. El señor Texier probablemente no se imaginó que había dicho tanto en las pocas líneas que hemos citado.

Tal vez se cuestione como un absurdo el hecho de que el espiritismo admita la presencia de las almas entre nosotros, así como sus relaciones con los vivos. Escuchemos al respecto al padre V…, flamante cura de Saint-Vincent de Paul. En el discurso de toma de posesión, pronunciado el domingo 25 de noviembre último, al hacer el elogio del patrono de esa parroquia, dicho sacerdote afirmó: "El Espíritu de san Vicente de Paul está aquí; os lo aseguro, hermanos míos. Así es, él está entre nosotros; se desplaza sobre esta asamblea; nos ve y nos escucha. Yo lo siento cerca de mí, inspirándome". ¿Qué otra cosa hubiera dicho un espírita? Si el Espíritu de san Vicente de Paul estaba en la asamblea, ¿qué pudo haberlo atraído hacia ella, si no fue el pensamiento afectuoso de los asistentes? Eso dice el espiritismo. Si el Espíritu de san Vicente de Paul se hallaba presente en el lugar, otros Espíritus también podían estar ahí: tal es el mundo espiritual que nos rodea. Si el señor Cura sentía la influencia de ese Espíritu, también podía sentir la influencia de otros, al igual que otras personas. Por lo tanto,

existen relaciones entre el mundo espiritual y el mundo corporal. Si el señor Cura puede hablar inspirado por ese Espíritu, entonces es un médium parlante; pero si habla, entonces también puede escribir bajo esa misma inspiración, y no cabe duda de que lo ha hecho en más de una oportunidad sin darse cuenta, en cuyo caso se trata de un médium escribiente inspirado, intuitivo. No obstante, si le dijéramos que predicó el espiritismo, probablemente lo negaría con todas sus fuerzas.

Ahora bien, ¿con qué apariencia podía hallarse presente en esa asamblea el Espíritu de san Vicente de Paul? El señor Cura no lo dice, pero sí lo hace san Pablo: se hallaba presente con el cuerpo espiritual o fluídico, *el cuerpo incorruptible*, con que el alma se reviste después de la muerte, y que el espiritismo denomina *periespíritu*.

La existencia del periespíritu, uno de los elementos constitutivos del organismo humano, comprobado por el espiritismo, se sospechaba hacía mucho tiempo. Al respecto, es imposible ser más explícito que el señor Charpignon, en su obra acerca del magnetismo, publicada en 1842[2]. En efecto, leemos en el capítulo II, página 355:

"Las consideraciones psicológicas que acabamos de realizar nos conducen a la necesidad de admitir, en la composición de la individualidad humana, la existencia de una *auténtica triplicidad*, así como de encontrar en esa *composición tríplice un elemento cuya naturaleza es esencialmente diferente de las otras dos partes*, un elemento inteligible por sus facultades fenoménicas más que por sus propiedades constitutivas, porque

2. *Physiologie, médecine et métaphysique du magnétisme*, por Charpignon, 1 volumen in-8, París. Baillière, 17, rue de l'École-de-Médecine. Precio: 6 francos.

la naturaleza de un ser espiritual escapa a nuestros medios de investigación. El hombre es, por consiguiente, un ser *mixto*, un organismo con una doble composición, a saber: una combinación de átomos que forman los órganos, y un elemento de naturaleza material, pero *que no se puede descomponer, dinámico por esencia; en una palabra, un fluido imponderable*. Eso respecto de la parte material. A esta se agrega, como elemento característico de la especie hominal: ese ser simple, inteligente, libre y voluntario, que los psicólogos denominan *alma*…"

Estas citas y las reflexiones que las acompañan se proponen mostrar que la opinión pública se halla mucho menos alejada de las ideas espíritas de lo que podría suponerse, y que la fuerza de las circunstancias y la irresistible lógica de los hechos conducen a ellas a través de una pendiente por completo natural. Así pues, no es una vana presunción afirmar que el futuro es nuestro.

NOVELAS ESPÍRITAS

El asesinato del Pont-Rouge

Por Charles Barbara

La novela puede ser una manera de expresar las ideas espíritas sin comprometerse, porque en ese caso el autor temeroso siempre puede responder a la crítica burlona con la excusa de que nunca pretendió hacer otra cosa más que una obra de fantasía, lo cual es cierto para la gran mayoría. Ahora bien, a la fantasía se le permite todo. Sin embargo, fantasía o no, la

novela no deja de ser una de las formas con cuyo favor la idea espírita puede ingresar en los medios donde no sería aceptada si se la presentara con una forma seria.

Si bien el espiritismo todavía es muy poco conocido, o mejor dicho, muy mal conocido por la literatura, se ha convertido en tema de muchas obras de ese género. La principal, como sabemos, es la que Théophile Gautier publicó con el título *Espírita*, a pesar de que podemos reprocharle al autor el hecho de que se haya apartado de la verdadera idea en muchos puntos[3].

Otra obra que también hemos mencionado, si bien no fue escrita tomando en consideración el espiritismo, pero que se relaciona con este en algún aspecto, es la del señor Elie Berthet, publicada en folletines en *Le Siècle*, en septiembre y octubre de 1865, con el título *La doble vista* [*La double vue*]. El autor demuestra un conocimiento profundo de los fenómenos que menciona, y a ese mérito su libro le agrega el del estilo y el de un interés sostenido. Es a la vez moral e instructivo.

La segunda vida [*La seconde vie*], de X. B. Saintine, publicada en folletines en *Le Grand Moniteur* de febrero de 1864, es una serie de novelas cortas que no contienen ni lo fantástico *imposible* ni el carácter lúgubre de los cuentos de Edgard Poe, sino la dulce y graciosa simplicidad de unas escenas íntimas entre los habitantes de este mundo y los del otro, en el cual el señor Saintine creía firmemente. Si bien son historias de fantasía, por lo general se alejan poco de los fenómenos que numerosas personas han podido presenciar. Por otra par-

3. Véase la obra de Théophile Gautier en su versión castellana: Madrid, Librería de Alfonso Durán, 1866. Allan Kardec hace una reseña de esa obra en la *Revista Espírita* de marzo de 1866. (N. del T.)

te, sabemos que el autor, al que conocimos personalmente, en vida no era incrédulo ni materialista: las ideas espíritas le parecían simpáticas, y lo que escribía era el reflejo de su propio pensamiento.

Serafita [*Séraphita*], de Balzac, es una novela filosófica basada en la doctrina de Swedenborg. En *Consuelo* y en *La condesa de Rudolstadt* [*La Comtesse de Rudolstadt*] de la señora George Sand, el principio de la reencarnación desempeña un papel central. *Le Drag*, de la misma autora, es una comedia representada desde hace algunos años en el *Vaudeville*, y cuyo tema es completamente espírita. Se basa en una creencia popular entre los marineros de Provenza. El Drag es un Espíritu maligno, más travieso que malvado, que se complace en hacer bromas de mal gusto. Se presenta con la figura de un joven que ejerce su influencia sobre un individuo al que obliga a escribir contra su voluntad. La prensa, por lo general tan benévola para con esta escritora, se ha mostrado severa respecto de pieza, que merecía una mejor acogida.

Francia no posee el monopolio de esta clase de producciones literarias. *Le Progrès Colonial*, de la Isla Mauricio, publicó en 1865, con el título *Historias del otro mundo contadas por Espíritus*, una novela que ocupa no menos de veintiocho folletines, en la que el espiritismo conforma la trama, y cuyo autor, el señor de Germonville, ha demostrado que conoce perfectamente el tema.

En otras novelas, la idea espírita proporciona simplemente el tema de los episodios. El señor Aurélien Scholl, en sus *Nuevos misterios de París*, publicados por *Le Petit Journal*, hace intervenir a un magnetizador que interroga a una mesa a través de la tiptología, y después a una jovencita en estado de sonambulismo, cuyas revelaciones ponen en aprietos a algunos

de los asistentes. La escena resulta elocuente y absolutamente verosímil. (*Le Petit Journal* del 23 de octubre de 1866.)

La reencarnación es una de las ideas más fecundas para los novelistas, y que puede producir efectos tanto más sorprendentes cuanto que no se apartan para nada de las posibilidades de la vida material. El señor Charles Barbara, un joven escritor fallecido hace algunos meses en un sanatorio, aplicó esa idea de modo excelente en su novela titulada *El asesinato del Puente Rojo* [*L'Assassinat du Pont-Rouge*], que *L'Événement* ha publicado últimamente como folletín.

El protagonista es un agente de cambio extranjero que huye a Francia con la fortuna de sus clientes. Ya en París, con el pretexto de ayudarlo en la huida, un sujeto lo conduce a una casa miserable, donde lo asesina, para luego arrojarlo al Sena, con la complicidad de la mujer que vivía con él, llamada Rosalía. El asesino procede con mucha prudencia y toma tantas precauciones que no deja rastro alguno del crimen, de modo que se descarta la sospecha de un asesinato. Poco después se casa con Rosalía, y a partir de entonces ambos parecen vivir con holgura, sin miedo a ninguna persecución, salvo la del remordimiento, hasta que una circunstancia pone fin a su ansiedad. Así lo cuenta el propio asesino:

"Esa quietud se interrumpió a partir de los primeros días de nuestro casamiento. A menos que exista la intervención directa de un poder oculto, debo reconocer que el azar se ha mostrado extrañamente inteligente. Por más maravilloso que parezca, no se os ocurrirá poner en duda ese hecho, porque tenéis la prueba viviente en mi propio hijo. Por otra parte, muchas personas no dejarían de ver en eso un fenómeno puramente físico y fisiológico, así como de explicarlo racionalmente. Sea como fuere, de repente noté señales de tristeza en

el rostro de Rosalía, y cuando le pregunté a qué se debía, evitó responderme.

"El día siguiente, y los que le siguieron a ese, su melancolía no hizo más que aumentar, de modo que le supliqué que me librara de esa preocupación. Finalmente, me confesó algo que me conmocionó al máximo. La noche de nuestra boda, y a pesar de que estábamos a oscuras, Rosalía había visto, ¡visto! –según ella–, y tal como yo os veo ahora, el rostro pálido del agente de cambio. Si bien hizo el máximo esfuerzo para expulsar lo que en ese momento supuso que era un simple recuerdo, el fantasma se mantuvo ante sus ojos hasta las primeras luces del amanecer. Además, su espanto se hallaba justificado sin duda por el hecho de que esa misma visión la había perseguido las noches siguientes con una tenacidad análoga.

"Simulé un profundo desdén e intenté convencerla de que lisa y llanamente había sido víctima de una alucinación. Pero comprendí, por la amargura que se apoderó de ella y que lentamente se convirtió en esa postración en que la habéis visto, que yo no había logrado infundirle mi sentimiento. Una gravidez molesta, agitada, equivalente a una enfermedad prolongada y dolorosa, llegó para empeorar ese malestar emocional. Si bien el parto exitoso la llenó de alegría y ejerció una influencia saludable en su ánimo, ese estado duró muy poco. Con ella enferma, me vi obligado a privarla de la dicha de mantener a ese hijo a su lado, dado que, de acuerdo con mis recursos financieros oficiales, contratar a una nodriza habría resultado un gasto superior a mis posibilidades.

"Movidos por el deseo de figurar dignamente en una pastoral, visitábamos a nuestro hijo cada quince días. Rosalía lo amaba hasta la locura, y yo mismo no me sentía lejos de quererlo con frenesí. ¡Qué extraño! En medio de las ruinas

amontonadas sobre mí, solamente el instinto de la paternidad se mantenía en pie. Me sumergía en ensueños inefables: me comprometía a darle a mi hijo una educación sólida, y a preservarlo cuanto fuera posible de mis vicios, mis errores y mis torturas. Ese niño era mi consuelo y mi esperanza.

"Cuando hablo de mí, me refiero también a la pobre Rosalía, que se regocijaba con la idea de ver a ese hijo creciendo a su lado. Sin embargo, ¡cuán inmensa fue nuestra inquietud, nuestra ansiedad, al percibir en el rostro de ese niño, a medida que se desarrollaba, unos rasgos semejantes a los de esa persona que nos habíamos propuesto olvidar para siempre! Al principio, fue apenas una leve impresión, que no mencionábamos siquiera entre nosotros. Después, la fisonomía del niño se parecía a tal punto a la de Thillard, que Rosalía me lo señalaba horrorizada, y yo mismo no podía ocultar más que en parte mis crueles temores. Por último, la semejanza nos resultaba tan evidente, que llegamos a pensar que en verdad el agente de cambio había *renacido* en nuestro hijo.

"Ese fenómeno habría destrozado un cerebro menos sólido que el mío. Demasiado fuerte aún para sentir miedo, traté de mantenerme insensible ante el golpe asestado a mi afecto paternal, así como de transmitir mi indiferencia a Rosalía. Le aseguré que se trataba tan solo de una casualidad; agregué que nada era tan cambiante como el rostro de los niños, y que probablemente ese parecido se iría con el tiempo. Por último, en el peor de los casos, siempre nos resultaría fácil mantener a ese niño lejos de nosotros... Me equivoqué por completo. Ella se obstinó en reconocer en la semejanza entre los dos rostros un hecho providencial, el germen de un castigo horroroso, que tarde o temprano habría de destruirnos; de modo que,

obsesionada con esa convicción, su tranquilidad quedó destruida para siempre.

"Por otra parte, sin mencionar al niño, ¿qué clase de vida era la nuestra? Vosotros mismos habéis visto esa perturbación constante, las inquietudes, las conmociones cada vez más violentas. En el momento en que todo rastro de mi crimen había desaparecido, cuando ya no tenía nada que temer respecto de los hombres, pues su opinión acerca de mí se había vuelto favorable de manera unánime, en vez de una seguridad fundada en la razón, yo sentía que mis inquietudes, mis angustias y terrores, iban en aumento. Me intranquilizaba a mí mismo con las fábulas más absurdas. En un gesto, una palabra o una mirada de cualquiera, yo descubría una alusión a mi crimen.

"Esas alusiones me mantuvieron incesantemente con la soga al cuello. Acordaos de aquella velada en la que el señor Durosoir contó una de sus experiencias. Diez años de dolores lacerantes, que nunca se podrán comparar con lo que yo sentí en el momento en que, al salir del cuarto de Rosalía, me encontré cara a cara con el juez, que me miraba a los ojos. Yo era de cristal, y él leía hasta el fondo de mi pecho. Por un momento entreví el cadalso. Recordad ese refrán: 'No hay que nombrar la soga en casa del ahorcado', y tantos otros de ese tipo. Era un suplicio de todos los días, de todas las horas, de todos los segundos. Sin importar lo que yo hiciera, mi alma sufría una devastación horrorosa.

"El estado de Rosalía era mucho más doloroso: vivía realmente un infierno. La presencia del niño en la casa se tornó insoportable. Sin cesar, día y noche, protagonizábamos las escenas más crueles. El niño me paralizaba de terror. Varias veces estuve a punto de asfixiarlo. Aparte de eso, Rosalía, que sabía que iba a morirse, y que creía en la vida futura y en los

castigos, aspiraba a reconciliarse con Dios. Yo me burlaba de ella, la insultaba y la amenazaba con golpearla. Me daban ataques de furia en los que quería asesinarla. Ella murió a tiempo para salvarme de cometer un segundo crimen. ¡Qué agonía! Nunca la olvidaré.

"A partir de entonces dejé de vivir. Yo me había jactado de no tener conciencia, pero esos remordimientos crecían a mi lado, en carne y hueso, con la forma de mi hijo. Ese niño, de quien como un imbécil me convertí en guardián y esclavo, no deja de torturarme con su parecido, con sus miradas extrañas, con el odio instintivo que siente por mí. Sin importar a dónde vaya, me sigue de cerca y se sienta a mi lado. Cuando llega la noche, después de un día agotador, su contacto basta para quitarme el sueño o trastornarme con pesadillas. Temo que su entendimiento surja de repente, que su lengua se suelte, que hable y me acuse.

"Ni la Inquisición, con sus ingeniosas torturas, ni el propio Dante, con su *Suppliciomania*, imaginaron alguna vez algo tan espantoso. Me estoy volviendo monomaniaco. Me he sorprendido a mí mismo dibujando la habitación en la que cometí el crimen, con esta leyenda al pie: *En este cuarto envenené al agente de cambio Thillard-Ducornet*, firmada por mí. Así es como, en mis horas de fiebre, detallé en mi diario más o menos literalmente cuanto os he referido.

"Pero eso no es todo. Aunque logré escapar del suplicio con que los hombres castigan a los asesinos, ese suplicio se renueva para mí casi todas las noches:

"Siento una mano sobre la espalda y escucho una voz que me murmura al oído: '¡Asesino!' Entonces soy conducido ante unas túnicas rojas, y una figura pálida se yergue ante mí y grita: '¡Es él!'. Se trata de mi hijo. Yo lo niego. Pero mi di-

bujo y mis propios recuerdos se aparecen junto con mi firma. Como podéis ver, la realidad se confunde con el sueño para aumentar mi terror. Por último, sufro todas las peripecias de un proceso criminal. Escucho mi condena: 'Sí, es culpable'. Me conducen a una sala oscura, en la ingresan el verdugo y sus auxiliares. Quiero escapar, pero una cadena me lo impide. Una voz me grita: '¡Para ti no hay más misericordia!' Siento hasta el frío de unas tijeras clavadas en mi cuello. Un sacerdote ora junto a mí y cada tanto me pide que me arrepienta. Lo rechazo con mil blasfemias.

"Medio muerto, me sacude el andar de una carreta sobre el pavimento de la ciudad. Escucho el rumor de la multitud como si fuera el de las olas del mar, y de lo alto recibo las imprecaciones de mil voces. Llego hasta el cadalso. Subo los escalones. Me despierto justo en el momento en que la cuchilla se desliza entre las ranuras. No obstante, aunque el sueño se interrumpe, soy arrastrado ante Aquel a quien me había propuesto negar, ante el propio Dios, para que mis ojos se quemen con esa la luz, para sumergirme en el abismo de mis iniquidades, torturado por el sentimiento de mi propia infamia. Me asfixio; el sudor me inunda; el horror invade mi alma. Ya no recuerdo cuántas veces he sufrido ese suplicio".

La idea de hacer que la víctima vuelva a nacer en el hijo de su asesino, como si fuera la imagen viviente de su crimen, aferrada a sus pasos, es a la vez ingeniosa y sumamente moral. El autor ha querido demostrar que, si bien ese criminal logró escaparse de la persecución de los hombres, no pudo evitar la de la Providencia. No se trata tan solo de un remordimiento, pues la propia víctima se yergue ante él, no con la apariencia de un fantasma o una aparición, que se podrían considerar el efecto de la imaginación sobreexcitada, sino con los rasgos de

su hijo. Es la idea de que ese hijo puede ser la víctima, idea corroborada por la aversión instintiva que el niño siente hacia su padre, a pesar de que es idiota. Es la lucha de la ternura paternal contra esa idea que lo tortura, una lucha horrible que impide al culpable disfrutar en paz el fruto de su crimen, como él pretendía.

Esa situación cuenta con el mérito de ser auténtica, o al menos sumamente verosímil, porque no se aparta en absoluto de las leyes *naturales* que, conforme sabemos actualmente, rigen las relaciones que los seres humanos mantienen entre sí. No hay nada fantástico ni maravilloso. Todo es posible y se halla justificado con los numerosos ejemplos de individuos que vuelven a nacer en el medio donde ya han vivido, en contacto con los mismos individuos, para que tengan la oportunidad de reparar sus errores o cumplir con su deber de reconocimiento.

En eso admiramos la sabiduría de la Providencia, que *durante la vida* arroja un velo sobre el pasado, sin el cual los odios se perpetuarían, mientras que acaban por diluirse en ese nuevo contacto y bajo el imperio de los buenos procederes recíprocos. De tal modo, el sentimiento de la fraternidad reemplaza poco a poco al de la hostilidad. En el caso que nos ocupa, si el asesino hubiera tenido la certeza absoluta respecto de la identidad de su hijo, habría podido mantenerse a salvo mediante un nuevo crimen. Pero la duda lo ponía en contacto con la voz de la naturaleza, que hablaba dentro de él a través de la paternidad. Esa duda era un cruel suplicio, una ansiedad perpetua, por el temor de que esa fatal semejanza condujera al descubrimiento del crimen.

Por otro lado, el agente de cambio también era culpable, y tenía conciencia de su situación, no como encarnado,

pero sí como Espíritu. Si bien servía de instrumento de castigo para su asesino, esa situación también era un suplicio para él. De tal modo, dichos individuos, culpables ambos, se castigaban mutuamente, a la vez que ese resentimiento mutuo era contrarrestado por los deberes que la naturaleza les imponía. Esa justicia distributiva, que castiga por medios naturales, como consecuencia de la propia falta cometida, pero que siempre deja la puerta abierta al arrepentimiento y a la rehabilitación, y que pone al culpable en el camino de la reparación, ¿no es acaso más digna de la bondad de Dios que la condena irremisible a las llamas eternas? Por el hecho de que el espiritismo rechaza la idea del Infierno tal como se lo representa, ¿se puede decir que deja de poner freno a las pasiones malas? Esa clase de castigo es comprensible. Se lo acepta, porque es lógico; e impresiona tanto más cuanto que resulta equitativo y *posible*. Esa creencia es un freno poderoso, diferente al de la perspectiva de un Infierno en el que ya no se cree y que mueve a risa.

Veamos un ejemplo real de la influencia de esta doctrina, a través de un caso que, si bien resulta menos grave, demuestra muy bien el poder de su acción:

Un señor al que conocemos personalmente, espírita fervoroso e instruido, vive con un pariente muy cercano, respecto del cual varios indicios le hacen pensar que muy probablemente sea la reencarnación de su padre. Ahora bien, ese pariente no siempre se comporta para con él como debería. Si no fuera por esa sospecha, este señor, en numerosas circunstancias y por cuestiones de negocios, con todo derecho habría tratado a su pariente con un rigor que los hubiera llevado a una ruptura. Sin embargo, la idea de que pudo haber sido su padre lo retiene, de modo que se muestra paciente y mode-

rado. Soporta actitudes que no habría tolerado si procedieran de una persona extraña. Mientras el padre estuvo vivo, entre ellos no había demasiada simpatía. No obstante, la conducta del hijo en la actual circunstancia, ¿no es adecuada para acercarlos espiritualmente y destruir la desconfianza que los mantiene distantes? Si ambos se reconocieran de modo inequívoco, sus respectivas posiciones serían extremadamente falsas e incómodas. En cambio, la duda que el hijo experimenta es suficiente para impedirle un mal proceder, aunque sin coartarle el libre albedrío. Más allá de que ese pariente haya sido o no su padre, el hijo no pierde el mérito del sentimiento de piedad filial. Y si no fue nada, siempre se le tomará en cuenta su buen proceder, aparte de que el verdadero Espíritu de su padre se lo agradecerá.

Vosotros, los que os burláis del espiritismo –porque no lo conocéis–, si supierais cuán poderoso es él para la moralización, comprenderíais que la sociedad ganará muchísimo al propagarlo, y seríais los primeros en aplaudirlo. Veríais que esa sociedad se transforma bajo el imperio de creencias que conducen, por la fuerza misma de las circunstancias y a través de las propias leyes de la naturaleza, hacia la fraternidad y la auténtica igualdad. Comprenderíais que solo el espiritismo puede vencer los prejuicios que son el obstáculo para el progreso social, y en vez de escarnecer a quienes lo propagan, les daríais ánimo, porque sentiríais que está en juego vuestro propio interés y vuestra propia seguridad. Pero ¡paciencia! Porque eso ocurrirá, o mejor dicho, ya está ocurriendo. Día a día las prevenciones se desvanecen, la idea espírita se propaga y se infiltra sin hacer ruido, y se observa que en ella hay algo más serio de lo que se suponía. No está lejos el tiempo en que los

moralistas, los apóstoles del progreso, verán en el espiritismo la palanca más poderosa con la que nunca contaron.

Al leer la novela del señor Charles Barbara, podríamos suponer que era un espírita fervoroso, pero no es así. Como hemos dicho, falleció en un sanatorio, tras arrojarse desde una ventana durante un acceso de fiebre. Se trató de un suicidio, pero atenuado por las circunstancias. Poco tiempo después, lo evocamos en la Sociedad de París y le preguntamos qué pensaba acerca del espiritismo. Esta es la comunicación que transmitió al respecto:

(París, 19 de octubre de 1866;
médium: señor Morin.)

Señores:

Permitidle a un pobre Espíritu desdichado y sufridor que os ruegue permiso para asistir a vuestras sesiones, plenas de enseñanzas, devoción, fraternidad y caridad. Yo soy el desdichado cuyo nombre fue *Barbara*, y si os ruego esta gracia, es porque el Espíritu se ha despojado del hombre viejo y ya no se considera tan superior en inteligencia como pretendía serlo en vida.

Os agradezco vuestro llamado, y en la medida de mis posibilidades intentaré responder la pregunta motivada por una página de uno de mis libros. Con todo, antes os rogaría que me permitáis referirme a mi estado actual, porque padezco intensamente la turbación que, como es natural, se experimenta al pasar bruscamente de una vida a otra.

Me encuentro perturbado por dos causas principales: la primera se debe a mi prueba, que consistía en soportar los dolores físicos que padecí, o más bien, que mi cuerpo padecía cuando me suicidé. Así es, señores, no me avergüenza

decirlo, yo me suicidé; porque, si bien mi espíritu se hallaba perdido por momentos, era dueño de mí mismo cuando me arrojé al pavimento y pensé: ¡*Me alegro…!* ¡Qué grave error, y cuánta debilidad…! ¡Las luchas de la vida material habían quedado atrás; mi nombre era conocido, y yo no tenía más que avanzar por el camino que se abría ante mí y que podía seguir fácilmente…! ¡Pero tuve miedo…! A pesar de las horas de incertidumbre y frustración, al menos hubiera luchado. La miseria y sus consecuencias no me habían desanimado, pero cuando todo eso estaba superado, grité: *¡He dado el paso, y me alegro…! ¡No sufriré más!* ¡Egoísta e ignorante…!

La segunda causa de mi perturbación radica en que, después de haberme equivocado en la vida, entre la convicción de la nada y el presentimiento de un Dios que no podía ser sino una sola fuerza, única, grande, justa, buena y bella, ahora me encuentro en presencia de una infinidad de seres o Espíritus a los que he conocido y amado. Descubro que mis afectos, ternuras y amores, siguen vivos. En una palabra, me doy cuenta de que no he hecho otra cosa más que cambiar de domicilio. Así pues, podéis comprender, señores, que sea natural que un pobre ser que ha vivido entre el bien y el mal, entre la creencia y la incredulidad respecto de otra vida, que sea muy natural –digo– que esté perturbado… de dicha, de alegría, de emoción, y con un poco de vergüenza, al verse obligado a confesarse a sí mismo que, en sus escritos, lo que atribuía a su imaginación era una realidad poderosa, y que a menudo el hombre de letras, que se llena de orgullo cuando leen y aplauden las páginas que él considera obra suya, a veces no es más que un instrumento que escribe bajo la influencia de esas mismas fuerzas ocultas, cuyos nombres su pluma arroja al azar sobre un libro.

Cuántos grandes autores de todos los tiempos han escrito páginas inmortales sin que conocieran todo su valor filosófico, plantando jalones de progreso por orden de una fuerza superior, para que en un momento determinado la reunión de esos materiales dispersos forme un conjunto tanto más sólido cuanto que constituye el producto de numerosas inteligencias, porque la obra colectiva es la mejor y, además, porque es la que Dios adjudicará al hombre, dado que la gran ley de la solidaridad es inmutable.

No, señores, yo no conocía el espiritismo en modo alguno cuando escribí esa novela; y os confieso que noté con sorpresa el giro profundo de algunas de las líneas que habéis leído, pero sin comprender su alcance hasta ahora, pues lo veo claramente. Después de escribirlas, aprendí a reírme del espiritismo, para hacer como mis *ilustres* colegas y parecer más adelantado que ellos en la ridiculez. ¡Me reí…! Ahora lloro. Pero también espero, como me enseñaron aquí; porque todo arrepentimiento sincero es un progreso, y todo progreso conduce hacia el bien.

No os quepa duda, señores, de que muchos escritores a menudo son instrumentos inconscientes para la propagación de las ideas que las fuerzas invisibles consideran útiles para el progreso de la humanidad. No os asombréis, pues, de que escriban sobre el espiritismo sin creer en él. Para ellos, es un tema que causa efecto como cualquier otro, y no sospechan que fueron inducidos a tratarlo. Todas esas ideas espíritas que son emitidas por aquellos mismos que las rechazan, les han sido sugeridas, y no por eso dejan de hacer su camino. Yo estuve entre ellos.

Orad por mí, señores, porque la plegaria es un bálsamo inefable. La plegaria es la caridad que se debe hacer a los desdichados del otro mundo, y yo soy uno de ellos.

Barbara

VARIEDADES

Retrato físico de los espíritas

Leemos en *La France*, del 14 de septiembre de 1866:

"La fe robusta de las personas que a pesar de todo creen en las maravillas del espiritismo, tantas veces desmentidas, es en verdad admirable. Se les muestra el *truco* de las mesas giratorias, pero creen en ellas. Se les revela la impostura del armario de los Davenport, pero creen más aún. Se les señalan todos los hilos; se les hace tocar la mentira con los dedos; se pone ante sus ojos la evidencia del charlatanismo, pero su creencia no hace sino volverse aún más encarnizada. ¡Inexplicable necesidad de lo imposible! *Credo quia absurdum*.

"*Le Messager franco-américain*, de New York, menciona una convención de los adeptos del espiritismo que acaba de reunirse en Providence (Rhode-Island). Hombres y mujeres se distinguen por su aspecto del otro mundo. El cutis pálido, la emaciación del rostro, el profético devaneo de los ojos, con la mirada perdida en una inmensidad oceánica: tales son en general las señales exteriores del espírita. Agregaremos que, contrariamente al uso general, las mujeres tienen el cabello cortado al rape, a la *mal-content*, como se decía en otra épo-

ca, mientras que los hombres llevan una melena abundante, absalónica, con mechones largos hasta la espalda. Cuando se trata con los espíritas, es necesario distinguirse del común de los mortales, de la vil multitud.

"Se pronunciaron muchos discursos, demasiados… Los oradores, sin preocuparse por los desmentidos de la ciencia y del sentido común, recordaron imperturbablemente la extensa serie –que todos saben de memoria– de hechos maravillosos atribuidos al espiritismo.

"Miss Susia Johnson declaró que, sin la intención de presentarse como profetiza, preveía que se aproximaban los tiempos en que la gran mayoría de los hombres dejará de rebelarse ante las místicas revelaciones de la nueva religión. Ella propone fervientemente la creación de numerosas escuelas para que los niños de ambos sexos beban en ellas las enseñanzas del espiritismo. ¡Faltaría más!"

Con el título: *¡Siempre los espíritas! L'Événement* del 26 de agosto de 1866 publicaba un extenso artículo del que extrajimos el siguiente pasaje:

"¿Habéis ido alguna vez, en una noche de aburrimiento y curiosidad, a una reunión de espíritas? Por lo general es un amigo quien os lleva. Hay que subir –los espíritas adoran estar cerca del Cielo– hasta un pequeño apartamento, que ya está repleto, de modo que se entra a empujones y codazos.

"Gente amontonada, caras extrañas, gestos energúmenos. La atmósfera es asfixiante. Apresurados, se inclinan sobre las mesas donde los médiums, mirando el techo, con el lápiz en la mano, escriben las elucubraciones que pasan por ahí. Desde el principio es una sorpresa. Toda esa gente con los ojos cerrados. Interrogan, adivinan, analizan.

"Viejas con la mirada ansiosa, jóvenes escuálidas y agotadas, la promiscuidad entre las clases sociales y las edades, porteras y grandes damas, indianas y guipures, *poetisas* casuales y profetizas de reunión, sastres y galardonados del Instituto: todos confraternizan en el espiritismo. Esperan, hacen que las mesas giren y se eleven, leen en voz alta los garabatos que Homero o el Dante dictaron a los médiums ahí sentados. Esos médiums están inmóviles, con las manos sobre el papel, soñando. De repente, una mano se agita suavemente, luego se estremece, escribe, recorre las hojas, sigue, sigue, hasta que se detiene bruscamente. Entonces, en medio del silencio, alguien menciona al Espíritu que acaba de dictar su mensaje, y lo lee. ¡Ah! ¡Esas lecturas!

"De ese modo escuché a Cervantes, que lamentaba la demolición del teatro des Délassements-Comiques, y a Lammenais contando que ahora Jean Journet era su amigo íntimo. La mayoría de las veces, Lammenais comete errores de ortografía, y Cervantes no sabe una palabra de español. Otras veces, los Espíritus adoptan un pseudónimo angelical para dejarle a su público algún apotegma al estilo de Pantagruel. Cuando se los cuestiona, responden: ¡Nos quejaremos con vuestro líder!

"El médium que escribió la frase se entristece y se enfada por mantener contacto con Espíritus tan malhablados. Por mi parte, pregunté a qué legión pertenecían esos mistificadores del otro mundo, y me respondieron sin rodeos: ¡Son *Espíritus maleantes*!

"Sé que hay otros más amables; por ejemplo: el Espíritu *dibujante* que impulsó la mano del señor Victorien Sardou y le hizo diseñar la casa en la que habita Beethoven *allá arriba*. Con profusión de follaje y entrelazamiento de corcheas y semicorcheas, es un trabajo de paciencia que requeriría meses,

pero fue hecho en una sola noche. Al menos eso me han dicho. Tan solo el señor Sardou podría persuadirme.

"¡Pobre cerebro humano! ¡Cuán doloroso es contar estas cosas! ¡No hemos dado un solo paso en el sentido de la Razón y de la Verdad! ¡O al menos el batallón de los rezagados aumenta día a día a medida que se avanza! Es algo formidable. Es casi un ejército. ¿Sabéis cuántas *posesas* hay actualmente en Francia?

"Más de dos mil. Las posesas tienen su presidente, la señora de B…, que desde los dos años de edad vive en contacto directo con la Virgen. ¡Dos mil! L'Auvergne conservó sus milagros; las Cevenas tienen siempre sus camisardos. Los libros de espiritismo, los tratados de misticismo, cuentan con siete, ocho, diez ediciones. Lo maravilloso es la enfermedad de una época que no tiene nada para ofrecer al espíritu, por lo que se refugia en las quimeras, como un estómago hambriento y privado de carne que se llena con jengibre.

"¡La cantidad de locos va en aumento! El delirio es como un torrente que crece. ¿Cuál será la luz capaz de destruir esas tinieblas, dado que no basta con la luz eléctrica?"

Jules Claretie

En verdad, sería un error sentir enojo contra estos adversarios, porque ellos creen de buena fe e ingenuamente que poseen el monopolio del sentido común. Tan gracioso como los singulares retratos que hacen de los espíritas, es verlos llorar dolorosamente sobre esos "pobres cerebros humanos que no han dado un solo paso en el sentido de la razón y la verdad", dado que esos cerebros se empecinan en tener un alma y en creer en el otro mundo, a pesar de la elocuencia que los

escépticos invierten en demostrar que todo eso no existe, para la dicha de la humanidad. También es gracioso ver cómo se lamentan ante los libros espíritas que se agotan sin la ayuda de anuncios y reclamos, ni de *elogios pagados* a la prensa; así como ante ese "batallón de rezagados de la razón", que –¡cosa desesperante!– aumenta a diario y se vuelve casi tan formidable como un ejército, cuyos integrantes, si bien no cuentan con nada para satisfacer su espíritu, son bastante tontos para rechazar la perspectiva de la nada, que se les ofrece a fin de llenar ese vacío. Es en verdad desesperante esta pobre humanidad, tan ilógica que prefiere otra cosa en vez de la *nada*, pues le agrada más *volver a vivir* que morir para siempre.

Esas chanzas, esas imágenes grotescas, más divertidas que peligrosas, y que sería pueril tomar en serio, tienen un aspecto instructivo, razón por la cual hemos citado algunos ejemplos. En otra época, se intentaba combatir al espiritismo con argumentos, que sin duda eran incorrectos, porque no convencieron a nadie, pero al menos se trataba de discutir el asunto, bien o mal. Hombres realmente valiosos, oradores y escritores, buscaron un arsenal de objeciones para combatirlo. ¿Qué resultó de todo eso? Sus libros cayeron en el olvido, y el espiritismo sigue en pie: tal es la realidad. Actualmente quedan algunos burlones de la clase que acabamos de mencionar, poco interesados en el valor de los argumentos, y para quienes reírse de todo es una necesidad. Pero ya no discuten: la polémica adversa parece haber agotado sus municiones. Los adversarios se conforman con llorar sobre el progreso de lo que denominan *una calamidad*, como se llora sobre el avance de una inundación que no se puede detener; pero las armas ofensivas para combatir a la doctrina no han dado ningún

paso adelante, y si aún no encontraron el fusil adecuado con el que podrían abatirla, no ha sido porque no lo buscaron.

Sería en vano tomarse el trabajo de refutar las cosas que se refutan a sí mismas. A las quejas con que el periódico *La France* precede el burlesco retrato que toma del periódico americano, solo se puede responder con una palabra. Si la fe de los espíritas resiste la revelación de los trucos y los hilos del charlatanismo, es porque ahí no está el espiritismo. Si esa fe se redobla cuanto más se exhiben las maniobras fraudulentas, es porque vosotros os empeñáis en combatir precisamente lo que el propio espiritismo desaprueba y combate. Si los espíritas no se ven afectados por vuestras demostraciones, es porque os mantenéis al margen de la cuestión. Si el espiritismo no se lamenta cuando lo atacáis, es porque vuestros golpes dan en otra parte, de modo que los burlones no os son de utilidad. Cuando se desenmascaran los abusos cometidos respecto de alguna cosa, esa cosa se fortalece, como ocurre con la verdadera religión cuando se estigmatizan sus abusos. Solo pueden lamentarse los que viven de los abusos, tanto en el espiritismo como en la religión.

¡Qué extraña contradicción! Los que predican la igualdad social observan que, bajo el imperio de las creencias espíritas, los prejuicios de casta desaparecen, los rangos extremos se aproximan, el poderoso y el débil se tienden la mano fraternalmente. Sin embargo, ¡se burlan del espiritismo! En verdad, al leer esas cosas, uno se pregunta de qué lado está la aberración.

NECROLOGÍA

Sr. Leclerc

La Sociedad Espírita de París acaba de sufrir una nueva pérdida en la persona del señor Charles-Julien Leclerc, ex mecánico, quien falleció súbitamente a los cincuenta y siete años de edad, debido a un ataque de apoplejía fulminante, cuando ingresaba a la Ópera, el 2 de diciembre. Había vivido durante mucho tiempo en el Brasil, donde aprendió las primeras nociones de espiritismo, para el cual lo había predispuesto la doctrina de Fourrier, de la que era un fervoroso partidario. De regreso a Francia, tras alcanzar una posición independiente con su trabajo, se dedicó a la causa del espiritismo, cuyo elevado alcance humanitario y moralizador para la clase obrera percibió fácilmente. Era un hombre de bien, amado, estimado y lamentado por quienes lo conocieron; un espírita de corazón, que se esforzaba en llevar a la práctica, para beneficio de su adelanto moral, las enseñanzas de la doctrina; uno de esos hombres que honran la creencia que profesan.

A pedido de su familia, hicimos al pie de su tumba la oración a favor de las almas de acaban de dejar la Tierra (véase *El Evangelio según el espiritismo*), a la que agregamos las siguientes palabras:

"Querido señor Leclerc, sois un ejemplo de la incertidumbre de la vida, puesto que la antevíspera de vuestra muerte estuvisteis junto a nosotros, sin que nada nos hiciera presentir una partida tan súbita. Dios nos advierte de ese modo que siempre debemos estar dispuestos a dar cuenta del empleo que hemos hecho del tiempo que pasamos en la Tierra. Él nos llama en el momento en que menos lo esperamos. Bendito

sea su nombre por haberos evitado las angustias y los dolores que a veces acompañan el proceso de la separación.

"Os habéis reunido con los colegas que os precedieron, y que sin duda han acudido a recibiros en el umbral de la nueva vida. Pero esa vida, con la cual os habíais identificado, seguramente no os causó ninguna sorpresa, pues ingresasteis en ella como en un país conocido; y no nos cabe duda de que ahí gozaréis de la felicidad reservada a los hombres de bien, que han practicado las leyes del Señor.

"Vuestros colegas de la Sociedad de París tienen el honor de haberos contado entre sus filas, y vuestra memoria les será siempre muy querida. Ellos os ofrecen, a través de mí, la expresión de los sentimientos de muy sincero afecto que supisteis ganaros. Si hay algo que alivia nuestro pesar por esta separación, es la idea de que sois feliz como os lo merecéis, así como la esperanza de que no dejaréis de participar en nuestras actividades.

"Que el Señor, querido hermano, derrame sobre vos los tesoros de su bondad infinita. Le rogamos que os conceda la gracia de velar por vuestros hijos, y de llevarlos por el camino del bien que vos habéis seguido".

El señor Leclerc se desprendió rápidamente, como suponíamos, y pudo manifestarse en la Sociedad durante la sesión que tuvo lugar después de su entierro. Por consiguiente, su presencia no se interrumpió en ningún momento, dado que también había asistido a la sesión inmediata anterior. Además del sentimiento de afecto que nos une a él, esta comunicación debía tener su lado instructivo, pues fue interesante conocer las sensaciones que acompañan a ese género de muerte. Ninguna instrucción acerca de las diversas etapas de ese pasaje

que todos habremos de transitar puede resultarnos indiferente. Esta es la comunicación:

(Sociedad de París, 7 de diciembre de 1866.
Médium: señor Desliens.)

¡Por fin puedo asistir a esta mesa! Si bien mi muerte ha sido reciente, más de una vez me sentí embargado por la impaciencia. No podía acelerar el paso del tiempo. También debía agradeceros vuestra disposición al acompañar mis despojos mortales, así como los pensamientos afectuosos que habéis prodigado a mi Espíritu. ¡Oh! Maestro, gracias por vuestra benevolencia, por la emoción profunda que habéis sentido al acoger a mi hijo amado. ¡Cuán ingrato sería yo si no os profesara un eterno reconocimiento!

¡Dios mío! ¡Gracias! Mis deseos se han cumplido. Ahora puedo apreciar la belleza de este mundo, que solo conocía a través de las comunicaciones de los Espíritus. En cierta medida, al llegar aquí experimenté las mismas emociones, aunque infinitamente más intensas, que al desembarcar por primera vez en las tierras de América. No conocía ese continente más que por los relatos de los viajeros, y estaba lejos de imaginarme sus exuberantes producciones. Lo mismo me ocurrió aquí. ¡Cuán diferente es este mundo! Cada rostro es la reproducción exacta de los sentimientos íntimos. No hay fisonomías engañosas; la hipocresía no es posible. El pensamiento queda expuesto por completo, benevolente o malévolo, conforme a la naturaleza del Espíritu.

¡Así es! Aquí todavía soy castigado por mi defecto principal, que con tanto esfuerzo he combatido en la Tierra, y que

he logrado dominar en parte. La impaciencia que experimenté por estar junto a vosotros me perturbó a tal punto que no puedo expresar mis ideas con lucidez, a pesar de que ya no existe esa materia que otrora me inducía con tanta frecuencia a la cólera. ¡Vamos, es necesario que me calme!

¡Oh! ¡Este fin inesperado me sorprendió mucho! No le tenía miedo a la muerte, y desde hacía tiempo la consideraba el término de mis pruebas. Pero esa muerte tan imprevista no dejó de causarme un profundo estupor… ¡Qué golpe para mi pobre mujer…! ¡Con cuánta rapidez el dolor sucede al placer! Para mí era un verdadero gozo escuchar buena música, pero no me imaginaba que tan pronto habría de ponerme en contacto con la gran voz de lo infinito… ¡Cuán frágil es la vida…! Un glóbulo sanguíneo se coagula; la circulación se torna irregular, ¡y todo se acaba…! Hubiera querido seguir viviendo unos años más, y ver a mis hijos establecidos. Pero Dios dispuso otra cosa: ¡Hágase su voluntad!

En el momento en que la muerte me alcanzó, recibí una especie de mazazo en la cabeza. Un peso aplastante me derribó. Después, me sentí repentinamente libre, aliviado. Flotaba sobre mi cadáver, y observaba atónito el llanto de los míos. Hasta que me di cuenta de lo que me había ocurrido. Me reconocí de inmediato. Vi que mi segundo hijo llegaba corriendo, anoticiado por el telégrafo. ¡Ah! Intenté consolarlos. Les infundí mis mejores pensamientos, y noté con cierta alegría que algunos cerebros refractarios se inclinaban poco a poco hacia la creencia que constituyó todas mis fuerzas estos últimos años, y a la que debo tantos buenos momentos. Si acaso he vencido un poco al hombre viejo, ¿a qué se lo debo, si no es a nuestra querida enseñanza, a los consejos reiterados de mis guías? No obstante –me da vergüenza admitirlo–, como

Espíritu me dejé dominar otra vez por ese maldito defecto: la impaciencia. Y fui castigado por eso, pues estaba tan apresurado para comunicarme con vosotros y contaros mil detalles, que me vi obligado a postergarlos. ¡Oh! Seré paciente, pero con pesar. Me encuentro tan feliz aquí, que me cuesta dejaros. Con todo, a mi lado tengo buenos amigos; son los mismos que se reunieron para recibirme: Sanson, Baluze, Sonnez –el alegre Sonnez, cuya elocuencia satírica tanto me agradaba–, y también Jobard, el bravo Costeau, y tantos otros. Por último, la señora Dozon; y un pobre desdichado, digno de lástima, cuyo arrepentimiento me conmueve. Orad por él, como lo hacéis por todos los que se dejan dominar por sus pruebas. Pronto regresaré para conversar con vosotros nuevamente, y no os quepa duda de que como Espíritu seré tan asiduo a nuestras queridas reuniones como cuando estaba encarnado.

Leclerc

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Poesías diversas del mundo invisible[4]

Obtenidas por el Sr. Vavasseur

Esta colección, que hemos anunciado en nuestro último número, aparecerá la primera quincena de enero. Nuestros

4. Véase el opúsculo de Allan Kardec: "Estudio sobre la poesía mediúmnica" (Buenos Aires: CEA, 2019), que constituye la introducción del libro *Ecos poéticos de ultratumba*, publicado por el médium Vavasseur en 1867. (N. del T.)

lectores han podido juzgar el género y el valor de las poesías obtenidas por el Sr. Vavasseur –como médium, tanto en estado de vigilia como en estado de sonambulismo espontáneo– por los fragmentos que hemos publicado en esta Revista. Así pues, nos limitaremos a decir que, al mérito de la versificación, esas poesías suman el de reflejar, con la elegante forma poética, las consoladoras verdades de la doctrina. En ese sentido, tendrán un lugar de honor en las bibliotecas espíritas. Consideramos que era nuestro deber agregarle una introducción o, mejor dicho, una instrucción sobre la poesía mediúmnica en general, destinada a responder algunas objeciones de la crítica acerca de este género de producciones.

Algunas modificaciones introducidas en la impresión permitirán ponerle el precio de 1 franco; por correo: 1 franco, 15 centavos.

Retrato del Sr. Allan Kardec

Diseño y litografía del Sr. Bertrand, artista plástico.

Dimensiones: papel de China, de 35 x 28 cm; con el margen: 45 x 38 cm. Precio: 2 francos y 50 centavos; por correo, para Francia y Argelia, porte y estuche de embalaje: 50 centavos más. En el domicilio del autor: rue des Dames, n.° 99, París - Batignolles; y en la oficina de la *Revista Espírita*.

El señor Bertrand es uno de los mejores médiums escribientes de la Sociedad Espírita de París, y ha dado muestras de fervor y compromiso por la doctrina. Estas consideraciones,

junto al deseo de serle útil, dándolo a conocer como artista talentoso, nos han hecho acallar el escrúpulo que mantuvimos hasta ahora, a fin de anunciar el lanzamiento de nuestro retrato, no sin el temor de que en esto se vea una ridícula presunción de nuestra parte. Nos apresuramos, pues, a declarar que somos por completo ajenos a esta publicación, así como a la de otros retratos editados por varios fotógrafos.

La Unión Espírita, de Burdeos, periódico redactado por el señor A. Bez, y momentáneamente interrumpido a causa de una grave enfermedad de su director, así como de otras circunstancias independientes de su voluntad, ha retomado el curso de sus publicaciones, conforme lo habíamos anunciado, y debe arreglárselas para que sus suscriptores no sufran ningún perjuicio con esa interrupción. Felicitamos sinceramente al señor Bez, y expresamos nuestros votos sinceros para que en el futuro nada obstaculice la útil publicación que ha emprendido y que merece ser alentada.

El director de *La voce di Dio*, periódico espírita italiano que se publica en Sicilia, nos informa que, debido a los acontecimientos que tuvieron lugar en esa región, y sobre todo a los estragos causados por el cólera, la ciudad de Catania ha quedado casi desierta, de modo que se ha visto forzado a interrumpir su publicación. Planea retomarla tan pronto como las circunstancias lo permitan.

El Sr. Roustaing, de Burdeos, nos ha remitido la siguiente carta, con la solicitud de que la publiquemos:

"Señor Director de la *Revista Espírita*:

"En la obra que habéis anunciado en el número de la *Revista Espírita* del mes de junio último, y *titulada*: "Espiritismo cristiano, o Revelación de la revelación; los cuatro evangelios seguidos de los mandamientos explicados *en Espíritu y en verdad*, por los evangelistas asistidos por los apóstoles; Moisés, recopilados y puestos en orden por J. B. Roustaing, abogado de la Corte Imperial de Burdeos, ex Presidente del Colegio de Abogados; 3 volúmenes, París, Librería Central, n.° 24, 1866"; obra que obsequié en los meses de abril y mayo últimos a la dirección de la *Revista Espírita* de París, que la aceptó, se ha omitido en la impresión, pues escapó a la corrección de las pruebas, un pasaje del manuscrito. Ese pasaje omitido se encuentra a continuación de la última línea de la página 111, del Volumen III, y dice lo siguiente:

" 'Y esta hipótesis de los espíritas: - Que el cuerpo de Jesús habría sido un cuerpo terrestre, - y que los ángeles o Espíritus superiores habrían podido hacerlo invisible y llevárselo, y que se lo habrían llevado - en el momento mismo en que la piedra fue desempotrada y derribada, sería, A PRIORI, *inadmisible y falsa*. En efecto, esa hipótesis debe ser *descartada* como *tal*, - en presencia de la revelación hecha por el ángel a María y después a José; revelación que de lo contrario sería engañosa, y que no puede serlo, pues emana de un enviado de Dios, y que debe ser interpretada, explicada *según el espíritu que vivifica*, *en espíritu y en verdad*, según el curso de las leyes de la naturaleza y no rechazada'. (Véase *supra*, volumen III, páginas 23-24; - volumen

I, págs. 27 a 44; 67 a 86; 122 a 129; 165 a 193; 226 a 266; - volumen III, págs. 139 a 145; 161 a 163; 168 a 175.)

"Para que se ponga, mediante la publicidad que vuestro periódico determine, en conocimiento de los que leyeron, leen y leerán esta obra, esta omisión que tuvo lugar en la impresión, y a fin de que los que tienen esta obra puedan agregar a mano, en la página señalada, el párrafo arriba mencionado, - os ruego la gentileza de que incluyáis la presente carta en el próximo número de la *Revista Espírita de París*, agradeciéndoos por anticipado.

"Tened a bien, señor Director, la bondad de aceptar… etc."

Roustaing

Abogado de la Corte Imperial de Burdeos,
Ex Presidente del Colegio de Abogados,
rue Saint-Siméon, 17.

AVISO A LOS SEÑORES ABONADOS

Para evitar el atasco de las distribuciones del 1.° de enero, la *Revista* de este mes se despachó el 25 de diciembre. Fue remitida a todos los abonados, con excepción de los que la reciben a través de intermediarios, y cuyos nombres no conocemos. Los próximos números se despacharán a medida que se renueven las suscripciones.

Si bien la *Revista* cuenta con la facultad de aparecer del 1.° al 5 de cada mes, este año no hubo un solo mes en que no haya aparecido antes del día 5. Dado que se lleva a cabo un control muy minucioso antes de cada envío, las demoras en la

recepción no son responsabilidad de la dirección. Se ha comprobado en varias ocasiones que eso se debe a causas locales o a la mala voluntad de algunas personas por cuyas manos pasa la *Revista* antes de llegar a su destinatario.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 2 Febrero de 1867

El librepensamiento y la libertad de conciencia

En un artículo de nuestro último número (página 6), titulado: *Mirada retrospectiva sobre el movimiento del espiritismo*, señalamos dos clases diferentes de librepensadores: los *incrédulos* y los *creyentes*, y dijimos que en el primer caso, "ser librepensador no es solamente creer en lo que uno quiera, sino no creer en nada; es liberarse de todo freno, incluso del temor a Dios y al porvenir"; y en el segundo caso, es subordinar la creencia a la razón, y liberarse del yugo de la fe ciega. Estos últimos tienen un órgano de publicidad titulado *La libertad de conciencia* [*La Libre Conscience*]: un título significativo. Los otros, el periódico *El librepensamiento* [*La Libre Pensée*]: una calificación más imprecisa, pero que se especializa mediante las opiniones que formula, y que en todos sus puntos corroboran la distinción que hemos hecho. Esto leemos en el n.° 2 del 28 de octubre de 1866:

"Hasta ahora, las cuestiones del origen y del fin han preocupado a la humanidad a tal punto que a menudo perturban su razón. Esos problemas, calificados como formidables, y que para nosotros tienen una importancia *secundaria*, no pertenecen al dominio inmediato de la ciencia. Su solución científica no puede ofrecernos más que una semicerteza, y nos basta con eso, de modo que no intentaremos completarla con artilugios metafísicos. Por otra parte, nuestro objetivo es ocuparnos solamente de los asuntos abordables mediante la observación. Pretendemos mantenernos con los pies en la tierra, y aunque a veces nos alejaremos de ella para responder los ataques de los que no piensan como nosotros, esa excursión más allá de lo real durará poco. Siempre tendremos presente ese sabio consejo de Helvecio: 'Es preciso tener el valor de ignorar lo que no se puede saber'.

"Un nuevo periódico, *La libertad de conciencia*, que es nuestro hermano algunos días mayor que nosotros, como bien lo señala, nos da la bienvenida en su fascículo publicitario. Le agradecemos la cortesía con que se ha valido de su primogenitura. Este colega piensa que, a pesar de la analogía de los títulos, no siempre mantendremos con él una 'completa afinidad de ideas'. Por nuestra parte, después de leer ese fascículo, estamos seguros de eso. Nosotros tampoco comprendemos la libertad de conciencia de otro modo que como el librepensamiento con un límite dogmático previamente establecido. Pensamos que, cuando uno se presenta claramente como discípulo de la ciencia y paladín de la libertad de conciencia, es irracional presentar a continuación, como si fuera un dogma, alguna creencia cuya demostración científica sea imposible. La libertad, limitada de ese modo, deja de ser libertad. Por nuestra parte, damos la bienvenida al periódico

La libertad de conciencia, y estamos dispuestos a considerarlo un aliado, puesto que se propone luchar por todas las libertades, excepto una".

Resulta extraño observar que este periódico considere que el origen y el fin de la humanidad sean cuestiones secundarias destinadas a perturbar la razón. ¿Qué diríamos de un hombre que viviera el día a día y no se preocupara por el mañana? ¿Nos parecería un hombre sensato? ¿Qué pensaríamos de alguien que tuviera esposa, hijos y amigos, y dijera: "¡Qué me importa que mañana todos ellos estén vivos o muertos!". Ahora bien, el tiempo que transcurre después de la muerte es largo, de modo que no debe extrañarnos que tantas personas se preocupen por esa cuestión.

Si se elaborara una estadística de las personas que han perdido la razón, veríamos que la mayoría de ellas son precisamente las que no creían en la vida después de la muerte o tenían dudas al respecto, por la sencilla razón de que la mayor parte de los casos de locura son producto de la desesperación y de la ausencia del valor moral necesario para soportar las miserias de la vida. En cambio, la certeza de ese porvenir hace que las vicisitudes del presente sean menos amargas y que se las considere incidentes pasajeros que poco y nada afectan lo moral. La confianza en el porvenir infunde en las personas una fuerza que nunca tendrían con la perspectiva de la nada. Esas personas ocupan la posición de un hombre en bancarrota que, no obstante, tiene la certeza de que mañana poseerá una fortuna superior a la que acaba de perder. En ese caso, se resigna y mantiene la calma. Por el contrario, si no aguardara nada, se desesperaría y su razón podría verse afectada.

Nadie refutará el principio según el cual saber de dónde venimos y adónde vamos cada día, así como lo que hemos

hecho la víspera y lo que haremos mañana, resulta necesario para resolver los asuntos cotidianos de la vida e influye en la conducta personal. No cabe duda de que el soldado que sabe adónde lo llevan y cuál es su misión, avanza con más ánimo, firmeza y entusiasmo, que si lo condujeran a ciegas. Así ocurre desde lo pequeño hasta lo grande, desde lo individual hasta el conjunto, porque saber de dónde se viene y adónde se va no es menos necesario para resolver los asuntos de la vida colectiva de la humanidad. Si un día la humanidad estuviera convencida de que la muerte no lleva a ninguna parte, sería testigo de una consternación general, y los hombres se arrojarían unos contra otros, diciendo: "¡Si no viviremos más que un día, vivamos lo mejor posible, sin que nos importe en perjuicio de quién lo haremos!".

El periódico *El librepensamiento* declara que pretende mantenerse con los pies en la tierra y que, en caso de alejarse de ella algunas veces, lo hará para responder los ataques de los que no piensan como él, pero que esa excursión más allá de lo real durará poco. Comprendemos que así debería proceder una publicación exclusivamente científica, que se ocupara de materias específicas. Es evidente que en ese caso resultaría intempestivo hablar de espiritualidad, de psicología o de teología, en relación con la mecánica, la química, la física, los cálculos matemáticos, el comercio o la industria. En cambio, puesto que este periódico incluye la *filosofía* en su programa, este no podría cumplirse sin abordar las cuestiones metafísicas. Aunque la palabra *filosofía* sea muy flexible y haya sido particularmente desviada de su acepción etimológica, en su esencia implica investigaciones y estudios que no son exclusivamente materiales.

El consejo de Helvecio –"Es preciso tener el valor de ignorar lo que no se puede saber"– es muy sabio, y se dirige sobre todo a los científicos presuntuosos que suponen que ante el hombre nada puede mantenerse oculto, y que lo que ellos no saben o no comprenden no existe. Sin embargo, sería más justo decir: "Es preciso tener el valor de *confesar la propia ignorancia* respecto de lo que no se sabe". Tal como está formulado, ese consejo se podría traducir así: "Es preciso tener el valor de conservar la ignorancia"; de lo cual resulta: "Es inútil pretender saber lo que no se puede saber". No cabe duda de que hay cosas que el hombre nunca sabrá mientras esté en la Tierra, porque en ella, sea cual fuere su presunción, la humanidad aún se encuentra en estado de adolescencia. No obstante, ¿quién se atrevería a ponerle límites absolutos a lo que se puede llegar a saber? Dado que en la actualidad el hombre sabe infinitamente más que en los tiempos primitivos, ¿por qué en el futuro no podría saber más que ahora? Esto es lo que no logran comprender quienes no admiten la perpetuidad y la perfectibilidad del *ser espiritual*. Muchos piensan: "Me encuentro en la cima de la escala intelectual; lo que yo no veo ni comprendo, nadie puede verlo ni comprenderlo".

En el párrafo transcripto más arriba, el periódico *El librepensamiento* afirma: "Nosotros tampoco comprendemos la libertad de conciencia de otro modo que como el librepensamiento con un límite dogmático previamente establecido. Pensamos que, cuando uno se presenta claramente como discípulo de la ciencia y paladín de la libertad de conciencia, es irracional presentar a continuación, como si fuera un dogma, *alguna* creencia cuya demostración científica sea imposible. La libertad, limitada de ese modo, deja de ser libertad".

Toda la doctrina de este periódico está en esas palabras. Su profesión de fe es clara y categórica. De ese modo, dado que Dios no puede ser demostrado mediante una ecuación algebraica, y puesto que el alma no es detectable con la ayuda de un reactivo, de eso resulta que es absurdo creer en Dios y en el alma. Por consiguiente, todo discípulo de la ciencia debe ser ateo y materialista. No obstante, aunque la ciencia no se aparte de la materialidad, ¿se sigue de ahí que siempre sea infalible en sus demostraciones? ¿Acaso no la hemos visto una y otra vez aceptando verdades que más tarde resultaron errores, y viceversa? ¿Acaso no fue en nombre de la ciencia que el sistema de Fulton fue declarado una quimera? Antes de que se conociera la ley de la gravitación, ¿no se demostró científicamente que no existían las antípodas? Y antes de que se conociera la ley de la electricidad, ¿no se demostró mediante *a* más *b* que no existía velocidad que fuera capaz de transmitir un despacho a quinientas leguas en pocos minutos?

A pesar de que se había experimentado mucho con la luz, ¿no fue acaso hace pocos años que se presintieron los prodigios de la fotografía? Sin embargo, no fueron los científicos oficiales quienes realizaron ese prodigioso descubrimiento, como tampoco el del telégrafo eléctrico y el de las máquinas a vapor. ¿Será que la ciencia conoce actualmente todas las leyes de la naturaleza? ¿Será que sólo ella domina los recursos que se pueden extraer de las leyes conocidas? ¿Quién se atrevería a decir eso? ¿Acaso no es posible que algún día el conocimiento de nuevas leyes permita que la vida *extracorporal* sea tan evidente, racional e inteligible, como lo es la existencia de las antípodas? ¿Se podría despreciar un resultado como ese, que pondría fin a todas las incertidumbres? ¿Sería para la humanidad menos importante que el descubrimiento de

un nuevo continente, un nuevo planeta o un nuevo artefacto destructivo? ¡En efecto, esa hipótesis se ha hecho realidad! Y se lo debemos al espiritismo. Gracias a él, tantas personas que suponían que con la muerte dejarían de existir para siempre, ahora están seguras de que vivirán eternamente.

Nos hemos referido a la fuerza de gravitación, a esa fuerza que rige el universo desde un grano de arena hasta los mundos. Pero ¿quién la ha visto? ¿Quién ha podido controlarla y analizarla? ¿En qué consiste? ¿Cuáles son su naturaleza y su causa primera? Nadie lo sabe. No obstante, en la actualidad, nadie duda de su existencia. ¿Cómo se la reconoció? Por sus efectos. A partir de los efectos, se llegó a la causa. Y se hizo más: mediante el cálculo de la fuerza de los efectos se pudo determinar la fuerza de la causa, que nunca se vio. Lo mismo ocurre con Dios y con la vida espiritual, que también se reconocen por sus efectos, conforme al axioma: "Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto". Por consiguiente, creer en Dios y en la vida espiritual no es algo meramente gratuito, sino el resultado de una observación tan positiva como la que permite creer en la fuerza de gravitación.

Luego, a falta de pruebas materiales –o juntamente con estas–, la filosofía ¿no admite las pruebas morales, que a veces tienen tanto más valor que las otras? Vosotros, los que solo aceptáis como verdadero lo que ha sido demostrado materialmente, ¿qué diríais si, habiendo sido acusados injustamente de un crimen cuyas apariencias jugaran en contra de vosotros, los jueces no tomaran en cuenta las pruebas morales presentadas a vuestro favor? ¿No seríais vosotros los primeros en invocarlas, en hacer valer su preponderancia sobre efectos puramente ma-

teriales que podrían engañar, y en demostrar que los sentidos pueden confundir incluso al más clarividente? Por lo tanto, si vosotros admitís que las pruebas morales deben pesar en la balanza de un juicio, no seríais consecuentes con vosotros mismos si negarais su valor al momento de opinar acerca de las cosas que, por su naturaleza, escapan a la materialidad.

¿Qué puede ser más libre e independiente, y menos detectable –debido a su propia esencia– que el pensamiento? ¡Sin embargo, aquí vemos una escuela que pretende emancipar el pensamiento encadenándolo a la materia, y que afirma, en nombre de la razón, que el pensamiento circunscrito a las cosas terrenales es más libre que el que se enlaza con lo infinito e intenta ver más allá del horizonte material! Sería como decir que el prisionero que apenas puede dar unos pasos en su celda, es más libre que aquel otro que corre por los campos. Si creer en las cosas del mundo espiritual, que es infinito, implica no ser libre, vosotros lo sois cien veces menos, porque os circunscribís a los límites estrechos de lo tangible, y decís al pensamiento: "No saldrás del círculo que te hemos trazado; y si sales, diremos que no eres un pensamiento sano, sino que eres locura, estupidez, sinrazón, porque solo a nosotros nos corresponde discernir lo verdadero de lo falso".

A esa escuela, el espiritualismo le responde: "Nosotros formamos la inmensa mayoría de la humanidad, de la que vosotros sois apenas la millonésima parte. ¿Con qué derecho os atribuís el monopolio de la razón? Decís que pretendéis emancipar nuestras ideas imponiéndonos las vuestras. Pero vosotros no nos enseñáis nada, pues ya sabemos lo que sabéis, y creemos sin restricción alguna en todo aquello en lo que creéis: en la materia y en el valor de las pruebas tangibles. Pero también creemos en algo más: en algo que está más allá

de la materia; creemos en un poder inteligente superior a la humanidad; en causas inapreciables para los sentidos, aunque perceptibles para el pensamiento; en la perpetuidad de la vida espiritual, que vosotros limitáis a la duración de la vida del cuerpo. Así pues, nuestras ideas son infinitamente más amplias que las vuestras. Vosotros circunscribís vuestro punto de vista, mientras que nosotros abarcamos horizontes ilimitados. ¿Cómo es posible que alguien que concentra su pensamiento en un orden determinado de hechos, y que de ese modo interrumpe sus movimientos intelectuales y sus *investigaciones*, pretenda emancipar a quienes se mueven sin obstáculos y cuyo pensamiento indaga en las profundidades de lo infinito? Restringir el campo de exploración del pensamiento implica restringir su libertad, y eso es lo que vosotros hacéis.

También decís que pretendéis liberar al mundo del yugo de las creencias dogmáticas. ¿Hacéis al menos una distinción entre esas creencias? No, porque confundís en la misma reprobación todo lo que no forma parte del dominio exclusivo de la ciencia, todo lo que no se ve con los ojos del cuerpo; en una palabra, todo aquello cuya esencia es espiritual: Dios, el alma y la vida futura. No obstante, si toda creencia espiritual es un obstáculo para la libertad de pensar, lo mismo ocurre con toda creencia material. Aquel que cree que un objeto es rojo porque lo ve rojo, no es libre de creer que es verde. Tan pronto como el pensamiento se detiene ante alguna convicción, deja de ser libre. Para ser consecuente con vuestra teoría, la libertad absoluta consistiría en no creer en nada, ni siquiera en la propia existencia, porque eso también sería una restricción. Pero, entonces, ¿en qué se convertiría el pensamiento?

Considerado desde ese punto de vista, el librepensamiento sería un absurdo. Es necesario entenderlo en un sentido

más amplio y auténtico, es decir, como la facultad de pensar utilizada libremente, y no como su aplicación a un determinado orden de ideas. No consiste en creer en una cosa más que en otra, ni en excluir tal o cual creencia, sino en *la libertad absoluta de elección de creencias*. Por consiguiente, es abusivo relacionar el librepensamiento exclusivamente con las ideas antiespiritualistas. Toda opinión razonada, que no haya sido impuesta ni encadenada ciegamente a la opinión de otro, sino que se adoptó voluntariamente en virtud del ejercicio del juicio personal, es un pensamiento libre, ya sea religioso, político o filosófico.

El librepensamiento, en su acepción más amplia, significa: libre examen, libertad de conciencia, fe razonada. Simboliza la emancipación intelectual, la independencia moral, como complemento de la independencia física. No pretende esclavos del pensamiento, como tampoco esclavos del cuerpo, porque lo que caracteriza al librepensador es el hecho de que piensa por sí mismo y no por otros; en otras palabras: tiene su propia opinión. Por lo tanto, puede haber librepensadores en todas las opiniones y en todas las creencias. En tal sentido, el librepensamiento pone en evidencia la dignidad del hombre, pues hace de este un ser activo, inteligente, en vez de una *máquina de creer*.

En el sentido exclusivo que algunos le atribuyen, en lugar de emancipar al espíritu, el librepensamiento restringe su actividad, pues lo convierte en esclavo de la materia. Los fanáticos de la incredulidad hacen en un sentido lo que los fanáticos de la fe ciega hacen en otro. Estos dicen: "Para conformarse a la voluntad de Dios hay que creer en todo lo que nosotros creemos. Fuera de nuestra fe no hay salvación". Aquellos dicen: "Para conformarse a la razón hay que pensar como nosotros,

y creer solamente en lo que nosotros creemos. Fuera de los límites que trazamos a la creencia no hay libertad ni sentido común". Esta doctrina se formula mediante la siguiente paradoja: "Vuestro espíritu solo es libre con la condición de que no crea en lo que quiera"; lo cual equivale a decirle a un individuo: "Tú eres el más libre de los hombres, con la condición de que no vayas más allá del extremo de la cuerda a la que te hemos atado".

Por cierto, no negamos a los incrédulos el derecho de no creer en otra cosa que no sea la materia, pero convengamos en que existen singulares contradicciones en su pretensión de atribuirse el monopolio de la libertad de pensar.

Hemos dicho que mediante la cualidad de *librepensador* algunas personas pretenden atenuar la repulsión que la incredulidad absoluta despierta en la opinión de las masas. En efecto, supongamos que un periódico se titulara abiertamente: *El ateo*, *El incrédulo* o *El materialista*. Podríamos imaginarnos la impresión que esos títulos causarían en el público. En cambio, si albergara esas mismas doctrinas bajo el disfraz del *librepensador*, ante esa insignia se diría: "Es la bandera de la emancipación moral. Debe ser también la de la libertad de conciencia y, sobre todo, de la tolerancia. Veamos…". Está claro que no siempre hay que guiarse por lo que dice la etiqueta.

Por otra parte, sería un error asustarse demasiado ante las consecuencias de algunas doctrinas. Es posible que seduzcan momentáneamente a algunos individuos, pero nunca podrán seducir a las masas, que se oponen a ellas por instinto y por necesidad. Es útil que todos los sistemas se muestren abiertamente, para que cada persona pueda juzgar sus fortalezas y sus debilidades y, en virtud del derecho de libre examen, los adopte o los rechace con conocimiento de causa. Cuando las

utopías hayan sido vistas en acción, demostrando su impotencia, caerán para no levantarse nunca más. Con su propia exageración, agitan a la sociedad y preparan la renovación. Esa también es una señal de los tiempos.

¿Acaso el espiritismo es, como algunos pretenden, una nueva fe ciega que viene a sustituir a otra fe ciega? Dicho de otro modo, ¿es una nueva esclavitud del pensamiento con una forma también nueva? Para creer eso sería preciso ignorar sus principios elementales. En efecto, el espiritismo establece, en principio, que antes de creer hay que comprender. Ahora bien, para comprender es necesario hacer uso del propio juicio. Por eso el espiritismo trata de dar cuenta de todo antes de admitir nada; trata de saber el porqué y el cómo de cada cosa; y por eso los espíritas son más escépticos que muchos otros con respecto a los fenómenos que exceden el límite de las observaciones habituales. No se basa en ninguna teoría preconcebida e hipotética, sino en la experiencia y la observación de los hechos. En lugar de decir: "Creed primero, y comprenderéis después, si podéis hacerlo", dice: "Comprended primero, y creeréis después, si queréis hacerlo". No se impone a nadie, pues dice a todos: "Ved, observad, comparad y venid a mí libremente, si eso os conviene". Al hablar de ese modo, se pone en condiciones de afrontar y vencer a la competencia. Si muchos acuden a él, es porque satisface a muchos, pero nadie lo acepta a ojos cerrados. A quienes no lo aceptan, les dice: "Sois libres, y no pretendo lo contrario; todo lo que os pido es que me dejéis mi libertad, como os dejo la vuestra. Si intentáis eliminarme, por miedo de que os suplante, es porque no estáis bien seguros de vosotros mismos".

Dado que el espiritismo no pretende apartar a ninguno de sus competidores del campo abierto a las ideas que deben pre-

valecer en el mundo regenerado, cumple con las condiciones del verdadero librepensamiento; y como no admite ninguna teoría que no esté fundada en la observación, cumple al mismo tiempo con las del más riguroso positivismo. Por último, frente a sus adversarios, que sostienen las dos opiniones contrarias extremas, cuenta con la ventaja de la tolerancia.

Nota. Algunas personas han criticado las explicaciones teóricas que desde un primer momento presentamos acerca de los fenómenos espíritas. Esas explicaciones, basadas en una observación atenta, remontándose desde los efectos hasta las causas, demuestran, por un lado, que nuestra intención era comprender, y no creer ciegamente. Por otro lado, que quisimos hacer del espiritismo una ciencia fundada en el *razonamiento* y no en la *credulidad*. Gracias a esas explicaciones –que se desarrollaron con el tiempo, pero que este consagró como principio, ya que ninguna de ellas fue refutada por la experiencia–, los espíritas creyeron, y creyeron porque comprendieron. No cabe duda de que a eso debemos atribuir el rápido incremento en la cantidad de adeptos serios. El espiritismo debe a esas explicaciones el hecho de haber salido del dominio de lo maravilloso para vincularse con las ciencias positivas. Con esas explicaciones se demostró a los incrédulos que el espiritismo no es una obra de la imaginación. Sin ellas, seguiríamos sin comprender los fenómenos que surgen a diario. Desde el principio, era urgente ubicar al espiritismo en su verdadero terreno. La teoría fundada en la experiencia ha sido el freno con el cual se impidió que la incredulidad supersticiosa, así como la malicia, lo apartaran de su camino. Aquellos que nos critican por haber tomado esa iniciativa, ¿por qué no la tomaron ellos mismos?

Las tres hijas de la Biblia

Con ese título, el señor Hippolyte Rodrigues ha publicado una obra en la que prevé la fusión de las tres grandes religiones surgidas de la Biblia. Uno de los articulistas del periódico *Le Pays* hace al respecto las siguientes reflexiones, en el número del 10 de diciembre de 1866:

"¿Cuáles son las tres hijas de la Biblia? La primera es judía, la segunda es católica, la tercera es mahometana.

"Se comprende de inmediato que se trata de un libro importante, y que la obra del señor Hippolyte Rodrigues interesa especialmente a los espíritus serios que se complacen en las meditaciones morales y filosóficas acerca del destino humano.

"El autor cree en una próxima fusión de las tres grandes religiones a las que denomina las tres hijas de la Biblia, y trabaja para lograr ese resultado, en el que observa un progreso inmenso. De esa fusión surgirá la religión nueva, que según él debe ser la religión definitiva de la humanidad.

"Por mi parte, no pretendo entablar con el señor Rodrigues una polémica inoportuna respecto de la cuestión religiosa que se agita desde hace tantos años en el fondo de las conciencias y en las entrañas de la sociedad. No obstante, me permitiré una reflexión. Él pretende que la nueva creencia sea aceptada mediante el razonamiento. Hasta el día de hoy, solamente la fe ha fundado y mantenido las religiones, por la suprema razón de que, *cuando se razona, ya no se cree*, y porque cuando un pueblo, en una época, ha dejado de creer, vemos que pronto se desmorona la religión vigente, y no se ve que surja una religión nueva".

A. de Césena

Esta tendencia –que se generaliza– a prever la unificación de los cultos, así como todo lo que se relaciona con la fusión de los pueblos y con la eliminación de las barreras que los separan moral y comercialmente, también es una de las señales características de los tiempos. Por nuestra parte, no evaluaremos la obra del señor Rodrigues, debido a que no la conocemos. Tampoco vamos a examinar, por el momento, cuáles son las circunstancias mediante las cuales se alcanzará el resultado que él espera, y que con toda razón considera un progreso. Apenas deseamos presentar algunas observaciones acerca del artículo de *Le Pays*.

El autor comete un gran error al decir que "cuando se razona, ya no se cree". Nosotros, por el contrario, decimos que, cuando uno razona su creencia, cree más firmemente, porque la comprende. En virtud de ese principio, hemos dicho: "Solo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas las épocas de la humanidad".

El error de la mayoría de las religiones consiste en que han erigido en dogma absoluto el principio de la fe ciega, y en que a favor de ese principio, que aniquila la acción de la inteligencia, han hecho que durante algún tiempo se aceptaran creencias que los progresos ulteriores de la ciencia se encargaron de refutar. De ahí resultó, en una gran cantidad de personas, la prevención según la cual toda creencia religiosa no puede soportar el libre examen, causando una reprobación general que solo debía aplicarse a casos particulares. Esa manera de juzgar las cosas es tan irracional como aquella que condena la totalidad de un poema por contener algunos versos incorrectos, pero resulta más cómoda para los que prefieren no creer en nada, debido a que, al rechazar el todo, se consideran dispensados de examinar las partes.

El autor comete otro error capital cuando dice: "cuando un pueblo, en una época, ha dejado de creer, vemos que pronto se desmorona la religión vigente, y no se ve que surja una religión nueva". ¿En qué época de la historia ha visto él que un pueblo quedara sin religión?

La mayoría de las religiones tuvieron origen en tiempos remotos, cuando los conocimientos científicos eran muy limitados o nulos, de modo que erigieron en creencias nociones erróneas, que sólo el tiempo podía rectificar. Lamentablemente, todas ellas se basaron en el principio de inmutabilidad, y como casi todas confundieron en un mismo código la ley civil y la ley religiosa, de ahí resultó que en un momento determinado el espíritu humano había avanzado, mientras que las religiones se mantenían estacionarias, y ya no quedaron a la altura de las ideas nuevas. Las religiones caen por la fuerza de las circunstancias, como caen las leyes, las costumbres sociales y los sistemas políticos que no pueden dar respuesta a las nuevas necesidades. No obstante, como las creencias religiosas son instintivas en el hombre y constituyen, tanto para el corazón como para la mente, una necesidad tan imperiosa como lo es la legislación civil para el orden social, no desaparecen, sino que se transforman.

La transición nunca se opera de manera brusca, sino a través de la combinación temporaria de las ideas antiguas con las ideas nuevas. Al principio resulta una fe mixta, que participa tanto de unas ideas como de otras. Poco a poco, la vieja creencia se extingue, mientras que la nueva crece hasta que la sustituye por completo. A veces la transformación es tan solo parcial, y conforma las sectas que se separan de la religión madre modificando algunos detalles. De ese modo el cristianismo sucedió al paganismo; el islamismo, al fetichismo árabe;

así como el protestantismo y la religión griega se separaron del catolicismo. En todas partes vemos que los pueblos no abandonan una creencia hasta que adoptan otra adecuada a su nivel de adelanto moral e intelectual, pero en ningún lado se observa una falta de continuidad.

Es cierto que actualmente la incredulidad absoluta se ha erigido en doctrina y es profesada por algunas sectas filosóficas. Sin embargo, sus representantes, que son una ínfima minoría de la población inteligente, cometen el error de suponer que conforman un pueblo entero y toda una época; y como ya no quieren religión, se imaginan que su opinión personal constituye el fin de los tiempos religiosos, mientras que esa opinión no es más que una transición parcial hacia otro orden de ideas.

El padre Lacordaire y las mesas giratorias

Párrafos de una carta del padre Lacordaire
a la señora Swetchine, fechada en Flavigny,
el 29 de junio de 1853, y extraída
de su correspondencia publicada en 1865.

"¿Habéis visto y oído hablar de las mesas giratorias? Verlas girar me pareció algo muy simple, pero yo las he oído y *logré que hablaran*. Me han dicho cosas bastante notables acerca del pasado y del presente. Por más extraordinario que parezca, ese fenómeno es muy común y muy pobre para un cristiano que cree en los *Espíritus*. En todos los tiempos hubo métodos más o menos extraños para *comunicarse con los Espíritus*. Tan solo antiguamente se consideraba que esas prácticas eran un

misterio, como ocurría con la química. La justicia, mediante terribles ejecuciones, ahogaba en la oscuridad esas extrañas prácticas. En la actualidad, gracias a la libertad de los cultos y a la publicidad universal, lo que era un secreto se convirtió en una fórmula popular. También puede ser que mediante esa divulgación Dios quiera facilitar el desarrollo de las fuerzas espirituales junto con el de las fuerzas materiales, a fin de que el hombre, en presencia de las maravillas de la mecánica, no olvide que existen dos mundos incluidos el uno en el otro: *el mundo de los cuerpos y el mundo de los Espíritus*.

"Es probable que ese desarrollo paralelo se incremente hasta el fin del mundo, lo que un día dará lugar al reino del Anticristo, en el cual se verá, de ambas partes, para bien y para mal, el uso de armas sobrenaturales y de prodigios aterradores. No infiero de ahí que el Anticristo esté cerca, porque las operaciones de que somos testigos, salvo la publicidad, no resultan más extraordinarias que las de antaño. Los pobres incrédulos deben de estar bastante preocupados. No obstante, cuentan con el recurso de creer en todo esto para no tener que escapar de la verdadera fe, y no dejarán de hacerlo. ¡Oh profundidad de los designios de Dios!"

El padre Lacordaire escribía esto en 1853, es decir, casi al comienzo de las manifestaciones, en una época en la que esos fenómenos eran objeto de la curiosidad más que un tema de meditaciones serias. Si bien entonces tales fenómenos no habían dado lugar a una ciencia ni a un cuerpo de doctrina, él había entrevisto su alcance y, lejos de considerarlos algo efímero, preveía su desarrollo en el futuro. Su opinión acerca de la existencia y la manifestación de los Espíritus es categórica. Ahora bien, como por lo general todos lo consideran una de las inteligencias más elevadas de este siglo, parece difícil que

se lo incluya entre los locos después de haberlo aplaudido por ser un hombre de gran sensatez e ideas progresistas. Por consiguiente, se puede tener sentido común y creer en los Espíritus.

Las mesas parlantes son –dice el padre Lacordaire– "un fenómeno muy común y muy pobre". Muy pobre, en efecto, como medio de comunicación con los Espíritus, porque si no hubiese habido otros, el espiritismo casi no habría avanzado. En esa época apenas se tenía conocimiento de los médiums escribientes, y no se sospechaba lo que habría de obtenerse a partir de aquel medio en apariencia tan pueril. En cuanto al reino del Anticristo, Lacordaire no parece asustarse demasiado, porque no lo ve venir tan rápido. Según él, esas manifestaciones son *providenciales* y deben *perturbar y confundir a los incrédulos*. Admira en ellas la profundidad de los designios de Dios, de modo que no constituyen una obra del diablo que deba impulsar a renegar de Dios, sino a reconocer su poder.

Estos párrafos de la correspondencia de Lacordaire fueron leídos en la Sociedad de París, en la sesión del 18 de enero. Durante esa misma sesión, el señor Morin, uno de los médiums escribientes habituales, se durmió espontáneamente bajo la acción magnética de los Espíritus. Era la tercera vez que ese fenómeno se producía en él, porque habitualmente sólo se duerme con la magnetización ordinaria. En el sueño, habló acerca de diversos asuntos y mencionó a muchos Espíritus que se hallaban presentes, cuyo pensamiento nos transmitió. Entre otras cosas, dijo:

"Un Espíritu que os conoce a todos, y que yo también reconozco… Un Espíritu de gran reputación en la Tierra, elevado en la escala intelectual de los mundos, está aquí. Espírita antes del espiritismo, lo he visto enseñando la doctrina, ya no como encarnado, sino como Espíritu. Lo he visto predicando,

con la misma elocuencia y con el mismo sentimiento de íntima convicción que tenía cuando estaba en la Tierra, las cosas que por cierto no se habría atrevido a predicar abiertamente desde el púlpito, pero a las que conducían sus enseñanzas. Lo he visto predicar la doctrina a los suyos, a su familia, a todos sus amigos. Lo he visto enfadarse, pese a su estado espiritual, cuando encontraba un cerebro refractario o una resistencia obstinada a las inspiraciones que él soplaba. Siempre vivaz y petulante, intentando que la convicción penetre en las inteligencias, como se hace penetrar en la roca viva el cincel sometido a los vigorosos golpes del martillo. Pero esa convicción no entra tan rápido. Con todo, su elocuencia convirtió a más de uno. Ese Espíritu es el del padre Lacordaire.

"Él pide una cosa, no por espíritu de orgullo, no por algún interés personal, sino en provecho de todos y para bien de la doctrina: que se inserte en la *Revista* lo que él ha escrito hace trece años. 'Os pido esa inserción –dice él– por dos motivos. El primero, es que mostraréis al mundo que, como vosotros decís, es posible no ser un tonto y creer en los Espíritus. El segundo, es que la publicación de esa primera cita hará que se descubran en mis escritos otros pasajes que se os señalarán, y que están de acuerdo con los principios del espiritismo' ".

Refutación de la intervención del demonio

por monseñor Freyssinous, obispo de Hermópolis.

En respuesta a la opinión que atribuye a una astucia del demonio las transformaciones morales efectuadas por la ense-

ñanza de los Espíritus, varias veces hemos dicho que el diablo sería muy poco hábil si, para lograr que el hombre se pierda, comenzara por retirarlo del lodazal de la incredulidad y orientarlo hacia a Dios, pues tal sería la conducta de un tonto y un necio. Se nos objeta que precisamente en eso consiste la obra maestra de la maldad propia de este enemigo de Dios y de los hombres. Por nuestra parte, debemos confesar que no comprendemos en qué consiste esa maldad.

Uno de nuestros corresponsales nos remite, como apoyo de nuestro razonamiento, las siguientes palabras de monseñor de Freyssinous, obispo de Hermópolis, extraídas de sus *Conferencias acerca de la religión*, tomo II, página 341; París, 1825:

"Si Jesucristo hubiera realizado milagros por la virtud del demonio, entonces el demonio habría trabajado para destruir su propio imperio, y habría empleado su poder en contra suya. Por cierto, un demonio que intentara destruir el reino del vicio para establecer el de la virtud, sería un extraño demonio. Por eso Jesús, para rechazar la absurda acusación de los judíos, les dijo: 'Si yo hago prodigios en nombre del demonio, entonces el demonio está dividido consigo mismo, de modo que intenta destruirse'. *Esta es una respuesta que no admite réplica*".

Damos las gracias a nuestro corresponsal, porque ha tenido a bien señalarnos ese importante pasaje, que nuestros lectores aprovecharán oportunamente. Gracias también a todos los que nos envían el material que encuentran en sus lecturas y que consideran de interés para la doctrina. Nada se pierde.

Como vemos, no todos los eclesiásticos profesan, acerca de la doctrina demoníaca, opiniones tan absolutas como las de algunos miembros del clero. En tales asuntos, el obispo de Hermópolis es una autoridad, cuyo valor esos miembros no

podrían rechazar. Los argumentos de este obispo son precisamente los mismos que los espíritas oponen a cuantos atribuyen al demonio los buenos consejos que ellos reciben de los Espíritus. En efecto, ¿qué hacen los Espíritus, sino destruir el reino del vicio para establecer el de la virtud y orientar hacia Dios a quienes lo desconocen y reniegan de Él? Si eso fuera obra del demonio, este actuaría como un ladrón profesional que devolviera lo que ha robado e invitara al resto de los ladrones a que se conviertan en personas honestas. En ese caso, habría que felicitarlo por su transformación. Sostener la cooperación *voluntaria* del Espíritu del mal para producir el bien, no sólo es un absurdo, sino también la negación de la máxima autoridad cristiana: la de Cristo.

Es comprensible que los fariseos de la época de Jesús creyeran eso de buena fe, porque entonces no había tanta claridad respecto de la naturaleza de Satán, como tampoco la había respecto de la naturaleza de Dios, y la teogonía de los judíos consideraba que ambos eran potencias rivales. Pero en la actualidad, semejante doctrina es tan inadmisible como la que atribuía a Satán determinadas invenciones industriales, como la imprenta, por ejemplo. Es probable que los mismos que la defienden sean los últimos en creer en ella. Ha caído en el ridículo y no asusta a nadie, de modo que en poco tiempo no se atreverán a invocarla seriamente.

La doctrina espírita no admite que exista una potencia rival a la de Dios, y mucho menos podría admitir que un ser caído, precipitado por Dios en el abismo, haya logrado recuperar el poder necesario para contrarrestar los designios de la Divinidad, despojándola de su omnipotencia. Conforme a esa doctrina, Satán es la *personificación alegórica* del mal, del mismo modo que, en el caso de los paganos, Saturno era la

personificación del tiempo; Marte, la de la guerra; y Venus, la de la belleza.

Los Espíritus que se manifiestan son las almas de los hombres, y entre ellos los hay, como entre los hombres, buenos y perversos, adelantados y atrasados. Los Espíritus buenos dicen cosas buenas y dan buenos consejos. Los perversos dicen cosas malas, inspiran malos pensamientos y hacen el mal, como lo hacían en la Tierra. Al observar la maldad, el engaño, la ingratitud, la perversidad de algunos hombres, se reconoce que estos no son mejores que los peores Espíritus. No obstante, encarnados o desencarnados, esos Espíritus malos llegarán algún día a ser mejores, cuando el arrepentimiento los haya conmovido.

Comparad una doctrina con otra, y observad cuál es la más racional y respetuosa para con la Divinidad.

VARIEDADES

Eugénie Colombe. Precocidad fenomenal

Varios periódicos reprodujeron el hecho siguiente:

"*La Sentinelle*, de Tolón, hace referencia a un joven fenómeno, admirado actualmente en esa ciudad.

"Se trata de una niña, de dos años y once meses de edad, llamada Eugénie Colombe.

"Esta niña ya sabe leer y escribir perfectamente, y le sobran condiciones para aprobar el examen más riguroso acerca de los principios de la religión cristiana, la gramática francesa,

la geografía, la historia de Francia y las cuatro reglas de la aritmética.

"Conoce la rosa de los vientos y mantiene perfectamente una discusión científica sobre todos esos temas.

"Esa asombrosa pequeñita comenzó a hablar muy claramente a los cuatro meses de edad.

"Presentada en los salones de la prefectura marítima, Eugénie Colombe, dueña de un rostro encantador, obtuvo una entusiasta aceptación".

Al igual que a muchas otras personas, este artículo nos había parecido impregnado de tal exageración, que no le habíamos dado ninguna importancia. Sin embargo, para saber positivamente a qué atenernos, le solicitamos a uno de nuestros corresponsales, oficial de marina en Tolón, que tuviera a bien informarse acerca del hecho. Esto nos respondió:

"Para cerciorarme del hecho, fui a la casa de la familia de la niña mencionada en *La Sentinelle Toulonnaise* del 19 de noviembre. Pude observar a esa encantadora pequeña, cuyo desarrollo físico es acorde a su edad. Solo tiene tres años. Su madre es institutriz, y es ella quien dirige la instrucción de la niña. La interrogó en mi presencia acerca del catolicismo, la historia santa desde la creación del mundo hasta el diluvio, los ocho primeros reyes de Francia y diversas circunstancias relativas a sus reinados y al de Napoleón I. En cuanto a la geografía, la niña nombró los cinco continentes, las capitales de los países que hay en ellos, y varias capitales de departamentos de Francia. También respondió correctamente acerca de las primeras nociones de la gramática francesa y el sistema métrico. Esta niña brindó todas esas respuestas sin el menor titubeo, mientras se entretenía con unos juguetes. Su madre

me dijo que la pequeña aprendió a leer a los dos años y medio, y me aseguró que puede responder de igual modo más de quinientas preguntas".

El hecho referido en el artículo del periódico, pese a sus exageraciones, que fueron reducidas a otras proporciones por nuestro corresponsal, no deja de tener importantes consecuencias. Llama poderosamente la atención sobre hechos análogos de precocidad intelectual y conocimientos innatos. De manera involuntaria, se hace el intento de explicarlos y, con las ideas que circulan acerca de la pluralidad de existencias, la única solución racional se encuentra en una existencia anterior. Es preciso incluir esos fenómenos entre los que se anuncian como destinados, por su multiplicidad, a confirmar las creencias espíritas y contribuir a su desarrollo.

En el caso que nos ocupa, no cabe duda de que la memoria parece desempeñar un rol importante. Puesto que su madre es institutriz, seguramente la niña suele presenciar las clases, razón por la cual retiene las lecciones que la madre imparte a sus alumnos. Con todo, también se observa que algunos niños poseen por intuición conocimientos de algún modo nativos, ajenos a todo tipo de enseñanza. Ahora bien, ¿a qué se debe que esta niña, y no otros pequeños, tenga esa facilidad excepcional para asimilar lo que escucha, y que probablemente nadie se propuso enseñarle? Ocurre que lo que ella escucha no hace más que activar el recuerdo de lo que ya sabía. La precocidad de algunos niños para los idiomas, la música, las matemáticas, etc., en una palabra, todas las ideas innatas, no son otra cosa más que recuerdos. Esos niños recuerdan lo que sabían, como algunas personas recuerdan con mayor o menos precisión algo que han hecho o que les ha ocurrido. Conocemos a un niño de cinco años que, sentado a

la mesa, durante una conversación que no habría podido generar en él una idea como la siguiente, comenzó a decir: "Yo estuve casado, lo recuerdo bien. Tenía una esposa, pequeña, joven y bonita, y también tuve varios hijos". Es cierto que no hay modo alguno de comprobar esa afirmación, pero nos preguntamos de dónde pudo salir semejante idea, toda vez que ninguna circunstancia la había generado.

¿Debemos concluir de ahí que los niños que solo aprenden con esfuerzo han sido ignorantes o estúpidos en su existencia precedente? Por cierto que no. La facultad de recordar es una aptitud inherente al estado psicológico, es decir, a la facilidad con que el alma se desprende en unos individuos más que en otros; es una especie de vista espiritual retrospectiva que les recuerda el pasado; en tanto que, para quienes no poseen esa facultad, ese pasado no deja ninguna marca *aparente*. El pasado es como un sueño que se recuerda con mayor o menor precisión, o cuyo recuerdo se ha perdido totalmente. (Véase la *Revista Espírita* de julio de 1860, página 250; ídem de noviembre de 1864, página 328.)

Poco antes de enviar este número a la imprenta, recibimos de parte de uno de nuestros corresponsales en Argelia, quien durante su paso por Toulón conoció a la pequeña Eugénie Colombe, una carta que contiene el siguiente relato, el cual confirma el precedente y contiene detalles que son de interés:

"Esta niña, de una belleza notable, posee una vivacidad extrema, aunque con una ternura angelical. Sentada en la falda de su madre, respondió más de cincuenta preguntas sobre el Evangelio. Interrogada sobre geografía, me nombró todas las capitales de Europa y de varios estados de América, así como todas las capitales de los departamentos franceses y de Argelia. Me explicó el sistema decimal y el sistema métrico. En gra-

mática, los verbos, los participios y los adjetivos. Conoce, o al menos define, las cuatro primeras reglas. También comenzó a escribir lo que yo le dictaba, pero con tanta rapidez que llegué a pensar que lo hacía mediúmnicamente. Cuando llegó a la quinta línea, detuvo su pluma, me miró fijamente con sus grandes ojos azules, y me dijo bruscamente: 'Señor, ya es suficiente'. Después, se fue corriendo en busca de sus juguetes.

Sin duda esa niña es un Espíritu muy adelantado, porque se observa que responde y hace referencias sin el menor esfuerzo de su memoria. Su madre me ha dicho que, entre los doce y los quince meses de edad, la niña comenzó a soñar de noche, y da la impresión de que mantiene una conversación, pero en un lenguaje que resulta imposible comprender. Es caritativa por instinto; siempre llama la atención de su madre cuando ve a un pobre, y no soporta que golpeen a los perros, los gatos o cualquier otro animal. Su padre es un obrero del arsenal marítimo".

Tan solo los espíritas instruidos –como estos dos corresponsales– pueden evaluar el fenómeno psicológico que presenta esta niña, además de buscar sus causas; porque, así como para revisar una máquina hace falta un mecánico, para considerar los fenómenos espíritas hace falta ser espírita. Ahora bien, ¿quiénes se encargan por lo general de observar y explicar los fenómenos de esa naturaleza? Precisamente, personas que nunca los han estudiado y que, dado que niegan la causa principal, no pueden admitir sus consecuencias.

* * *

Tom el ciego, músico natural

Leemos en el *Spiritual Magazine*, de Londres:

"La celebridad de *Tom el ciego*, quien hace poco se presentó en Londres, ya se había extendido aquí; y algunos años atrás, un artículo en el periódico *All the year round*, describió sus notables facultades, así como la sensación que había causado en América. El modo como tales facultades se desarrollaron en este negro, esclavo y ciego, ignorante y totalmente analfabeto; el hecho de que un día, siendo apenas un niño, se sorprendió con los sonidos musicales que escuchó en la casa de su amo, para luego correr hacia el piano sin la menor ceremonia, y reproducir con todas sus notas lo que acababa de tocar, riendo y saltando de alegría por el nuevo mundo de deleites que había descubierto; todo eso ha sido relatado con tanta frecuencia, que me parece inútil mencionarlo nuevamente. No obstante, un amigo mío, que fue testigo principal de la facultad de Tom, y pudo analizarla, me ha referido un hecho significativo e interesante. Cierto día, tocaron para él una obra de Haendel. De inmediato, Tom la reprodujo correctamente; y al finalizar, se frotó las manos con una expresión de alegría indefinible, exclamando: 'Puedo verlo, es un anciano con una gran peluca. Él tocó primero y yo después'. Es indudable que Tom había visto a Haendel, y que lo había escuchado tocar.

"Tom se presentó en público varias veces, y la manera como ejecuta las piezas más difíciles hace que prácticamente se ponga en duda su enfermedad. Reproduce en el piano, sin error y necesariamente de memoria, todo lo que tocan para él, tanto sonatas clásicas antiguas como fantasías modernas. Ahora bien, nos gustaría conocer al que pudiera aprender de

ese modo las variaciones de Thalberg, y con los ojos cerrados, como lo hizo Tom.

"Ese hecho sorprendente, realizado por un ciego ignorante, desprovisto de toda instrucción, y que pone en evidencia un talento que otros son incapaces de adquirir con todas las ventajas del estudio, probablemente será explicado por una gran cantidad de personas desde el punto de vista ordinario con el que se consideran esas cosas, afirmando que se trata de un genio y una organización excepcionales. Con todo, solamente el espiritismo nos ofrecerá la clave para comprender ese fenómeno de una manera racional".

Las reflexiones que hemos hecho a propósito de la niña de Tolón, se aplican naturalmente a Tom el ciego. Es probable que Tom haya sido un gran músico, razón por la cual ahora le basta con escuchar la música para recuperar lo que ya sabía. El fenómeno se vuelve aún más extraordinario por el hecho de que tiene lugar en un negro, esclavo y ciego: triple causa que se opone al cultivo de sus aptitudes innatas, y a pesar de lo cual esas aptitudes se han manifestado tan pronto como se presentó la ocasión favorable, como una semilla que germina al recibir los rayos del sol. Ahora bien, dado que la raza negra en general, y sobre todo en estado de esclavitud, no se destaca por el cultivo de las artes, de ahí se debe concluir que el Espíritu de Tom no pertenecía a dicha raza, sino que reencarnó en ella, ya sea como castigo o como un medio providencial para rehabilitar a esa raza ante la opinión pública, mostrando aquello de lo que es capaz.

Mucho se ha escrito y mucho se ha dicho contra la esclavitud y el prejuicio respecto del color. Todo lo que se ha dicho es justo y moral, pero no es más que una tesis filosófica. Por su parte, la ley de la pluralidad de las existencias y de la reen-

carnación agrega a lo dicho la irrefutable sanción de una ley de la naturaleza que consagra la fraternidad de todos los hombres. Tom, el esclavo, nacido y aclamado en América, es una protesta viviente contra los prejuicios que reinan todavía en ese país. (Véase la *Revista Espírita* de abril de 1862, página 97: "Perfectibilidad de la raza negra. Frenología espiritualista".)

* * *

Suicidio en los animales

"El *Morning Post* mencionaba hace algunos días la extraña historia de un perro que se habría suicidado. El animal pertenecía a un tal señor Home, de Frinsbury, cerca de Rochester. Al parecer, por algunas circunstancias, este señor supuso que su perro sufría de hidrofobia, de modo que lo mantuvo alejado de la casa tanto como pudo. El animal parecía sentirse muy mal por haber sido tratado de ese modo, pero no presentaba ningún síntoma de rabia. El jueves lo vieron saliendo de su cucha en dirección a la residencia de un amigo íntimo de su dueño, en Upnor, donde no quisieron recibirlo, y ante lo cual reaccionó con un quejido lamentable.

"Permaneció durante algún tiempo en la puerta de la casa, sin que le permitieran ingresar, hasta que lo vieron dirigirse hacia el río que pasa cerca de ese lugar. Caminó por la orilla y descendió la barranca con paso firme. Luego, se volvió para emitir una especie de aullido de despedida y se arrojó al agua, sumergiendo la cabeza. Al cabo de uno o dos minutos, reapareció en la superficie, sin vida.

”Según dicen, esta acción suicida extraordinaria fue atestiguada por muchas personas. El tipo de muerte indica claramente que el animal no era hidrófobo.

”El hecho parece muy extraordinario, y sin duda habrá quienes no crean en él. Con todo, dice *Le Droit*, cuenta con precedentes.

”La historia conserva el registro de perros fieles que se entregaron a una muerte voluntaria para no sobrevivir a sus dueños. Montaigne cita dos ejemplos tomados de la Antigüedad: ‘Hircano, el perro del rey Lisímaco, tras la muerte de este, se obstinó en permanecer en el lecho de su amo, sin beber ni comer, hasta que, el día que quemaron el cuerpo del rey, corrió y se arrojó a las llamas, para morir quemado junto a él. Lo mismo hizo el perro de un tal Pirro, pues no se movió de la cama de su dueño desde el momento en que este murió, hasta que se arrojó en la hoguera donde ardía el cuerpo de su amo”. (*Ensayos*, libro II, capítulo XII.) Nosotros mismos hemos registrado, hace algunos años, el final trágico de un perro que había perdido la amistad de su dueño y que, sin poder consolarse, se arrojó desde lo alto de un puente en el canal Saint-Martin. El relato muy circunstanciado que entonces hicimos acerca de ese acontecimiento nunca fue desmentido ni dio lugar a demanda alguna de las partes interesadas.” (*Le Petit Journal*, 15 de mayo de 1866.)

El suicidio no carece de ejemplos entre los animales. Conforme se señala en la nota precedente, el perro que se deja morir de inanición, por la pena que le produce haber perdido a su dueño, lleva a cabo un auténtico suicidio. El escorpión, cuando queda encerrado entre brasas y nota que no se puede escapar, se mata a sí mismo. Se trata de una analogía más para observar entre el espíritu del hombre y el de los animales.

La muerte voluntaria en un animal demuestra que este tiene conciencia de su existencia y de su individualidad; que comprende lo que son la vida y la muerte, dado que elige libremente entre una y otra. Por consiguiente, no es solo una máquina, ni tampoco obedece exclusivamente a un instinto ciego, como se supone. El instinto impulsa a la búsqueda de los medios de conservación, pero no a los de su propia destrucción.

POESÍAS ESPÍRITAS

(Sociedad de París, 20 de julio de 1866.-
Médium: señor Vavasseur.)

Recuerdo

Dos niños, la hermana y el hermano,
a su cabaña entraban de la mano
una tarde de estío. Ya la noche,
con paso lento, en silencio avanzaba
detrás de ellos, blanca y vaporosa,
como una sombra misteriosa.
Dormía el ave al interior del bosque,
y el cierzo sin voz se deslizaba;
en un suave arcano, todo soñaba.
Dijo en voz baja al hermano la hermana:
"—Hermano, tengo miedo, ¿no escuchas
que llora ahí afuera una campana?
Es un lúgubre y triste tañido fúnebre."

"—No temas, hermana,
–le dijo el hermano– es un alma
que huye de la Tierra y que reclama
una plegaria, para alcanzar
en la eterna morada su lugar.
Vamos a la iglesia, para orar,
bajo la losa polvorienta y gris,
donde un día nos vieron de luto,
detrás del largo ataúd
donde dormía nuestra pobre madre.
Vamos a orar por los muertos, hermana,
pues eso nos dará calma.
¡Vamos! ¡Vamos!" Y hermana y hermano,
con lágrimas en los ojos,
juntos, tomados de la mano,
siguieron el estrecho y verde sendero
que a la vieja iglesia conducía.
Por segunda vez el cierzo
les llevó la triste despedida
de un difunto en busca de su Dios.
Entonces la campana calló su lamento;
y mudos, temblando de miedo,
nuestros dos niños en silencio
caminaron mirando los cielos.
Arribados al umbral de la iglesia
vieron a una mujer sentada
a la sombra del triste pedestal
que una inmensa pila sujetaba.
Con los pies desnudos, cubierta la cara,
pálida, demente y despeinada,
ella exclamaba: "¡Oh Dios amado!

¡Oh! Tú, en todas partes adorado,
a toda hora y donde sea, en la Tierra
como en el Cielo, yo, esta pobre madre
trémula, al pie de tus altares,
ante tus designios eternos,
apenas se atreve, en tu presencia,
a lamentarse y contar su miseria:
¡Señor! Yo tan solo, un hijo tenía
uno solo, que era blanco y sonrosado
como el blanco rayo que ilumina
una fresca mañana en su aurora.
El espejo de sus grandes ojos
reflejaba de tus cielos el azul,
y de su boca una dulce sonrisa
parecía brotar para decirme:
—No llores más en tu hogar,
pues Dios me acaba de enviar.
Mira, madre, la tempestad ha cesado.
No hay nubes en el cielo, ¡espera!
Y yo esperaba. Pero, pobre hijo,
te engañabas, engañándome.
Cuando el viento sopla
lo destruye todo a su paso, en la playa,
dejando solo algunos juncos
para llorar al borde de las aguas.
Y cuando la muerte llama a la puerta
de un hogar, y entra y consigo se lleva
¡todo! ¡todo…! solo deja en el umbral
un trapo negro para cubrir el luto.
Pues yo sabía que un bello sueño,
si comienza una mañana, se acaba

una tarde en este mundo; y que la noche,
celosa del sol que brilla y resplandece,
con su triste sombra todo empalidece,
y pronto extiende un velo sombrío
para apagar sus mil fuegos
y ocultarlas a los ojos míos.
Sí, yo lo sabía, pero una madre
todo lo ignora, cuando ella espera,
y en todo cree la pobre madre;
para un hijo: en la felicidad sobre todo.
Yo había sufrido mi vida entera,
¿No podía, sin llegar a la locura,
esperar un día de ventura?
¡Pero ocurrió lo contrario! Señor,
¡Hágase tu voluntad!
Sola, en este humilde retiro,
donde he visto morir a mi esposo,
donde, pálida y trémula, de rodillas,
recibí el adiós de un padre,
donde le quitaste a una madre
su última esperanza: su hijo.
Ante su verdugo triunfante,
la muerte contempla su presa
con una sonrisa de alegría.
¡Señor! Yo le ruego a la mano
que hiere a los míos, mañana,
que no le quite a la madre
el hijo por quien ruega en la Tierra."
Por última vez, la campana,
ante estas palabras hizo oír su voz.
Y el alma del niño a la Tierra volvió

para aliviar a la madre desconsolada,
diciéndole: "¡En los Cielos estoy!"
Cuando preocupados, hermana y hermano,
de la vieja iglesia salieron de la mano,
la mujer allí seguía, sentada.

Jean

Souvenir

Deux enfants, la sœur et le frère,
Rentraient ensemble à la chaumière
Un soir d'été. Déjà la nuit,
A pas lents, s'avançait sans bruit,
Derrière eux, blanche et vaporeuse
Comme une ombre mystérieuse.
L'oiseau dormait au fond des bois,
El la bise glissait sans voix;
Tout rêvait dans un doux mystère.
La œur dit tout bas à son frère:
Frère, j'ai peur; n'entends-tu pas
Une cloche pleurer là-bas?
C'est le lugubre et triste glas
D'un trépassé. -Ne tremble pas,
Sœur, dit le frère, c'est une âme
Qui fuit la terre et qui réclame
Une prière, pour payer
Sa place à l'éternel foyer.
Allons, sœur, prier à l'Église
Sur la dalle poudreuse et grise
Où l'on nous vit, un jour de deuil,
Tous deux derrière un long cercueil

Où dormait notre pauvre mère.
Allons prier pour les morts, sœur;
Cela nous portera bonheur.
Allons, allons! – Et sœur et frère,
Une larme sous la paupière,
Tous deux se tenant par la main,
Prirent l'étroit et vert chemin
Qui menait à la vielille église.
Une seconde fois la bise
Leur apporta le triste adieu
Du trépassé cherchant son Dieu,
Et la cloche cessa sa plainte;
Et muets et tremblants de crainte
Nos deux enfants silencieux
Marchaient en regardant les cieux.
Arrivés au seuil de l'église
Ils virent une femme assise
À l'ombre du triste pilier
Qui portait le grand bénitier.
Les pieds nus, la face voilée,
Pâle, folle et échevelée,
Elle s'écriait: O mon Dieu!
O vous qu'on adore en tout lieu,
En tout temps, partout sur la terre
Comme au ciel, une pauvre mère
Tremblante, aux pieds de vos autels,
Levant vos desseins éternels,
Ose à peine, en votre présence,
Se plaindre et conter sa souffrance.
Seigneur! Je n'avais qu'un enfant,
Un seul; il était rose et blanc

Comme un blanc rayon qui colore
Unfrais matin à son aurore.
Le miroir de ses grands yeux bleus
Reflétait l'azur de vos cieux,
Et sur sa bouche un doux sourire
Semblait se poser et me dire:
Ne pleur plus à ton foyer;
Cést Dieu qui vient de m'envoyer.
Vois, l'orage est dissipé, mère;
Le ciel est sans nuage; espère!
Et j'esperais. Mais, pauvre enfant,
Tu te trompais en me trompant.
Quand le vent soffle sur la plage
Il détruit tout sur son passage,
Ne laissant que quelques roseaux
Pour pleurer aux bords de leurs eaux.
Et quand la mort frappe à la porte
D'un foyer, elle entre et emporte
Tout! Tout!... Ne laissant à son seuil
Qu'un drap noir pour cacher son deuil.
Je savais pourtant qu'un beau rêve,
S'il commence un matin, s'achève
Un soir ici-bas; que la nuit,
Jalouse du soleil qui luit,
Et qui fait pâlir sa triste ombre
Étend bientôt un voile sombre
Pour obscurcir ses mille feux
Et le boiler à tous les yeux.
Oui, je le savais; mais la mère
Ignore tout; quand elle espère;
La pauvre mère croit à tout;

Pour un fils, au bonheur surtout.
J'avais souffert toute ma vie,
Ne pouvais-je pas sans folie
Espérer un jour de bonheur?
Il en fut autrement! Seigneur
Que votre volonté soit faite!
Seule, dans cette humble retraite,
Où j'ai vu mourir un époux,
Où, pâle et tremblante, à genoux,
J'ai reçu les adieux d'un père,
Où vous enlevez à la mère
Son dernier espoir, son enfant.
Devant son bourreau triomphant,
La mort qui contemple sa proie
Avec un sourire de joie,
Seigneur! Je demande à la main
Qui frappe tous les miens, demain
De ne point épargner la mère
Demandant son fils à la terre.
La cloche une dernière fois,
A ces mots, fit parler sa voix.
L'âme de l'enfant sur la terre
Revenait consoler la mère
En lui disant: Je suis aux cieux!
Quand sœur et frère soucieux
Sortirent de la vieille église,
La femme était encore assise.

Jean

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Las tres causas principales de las enfermedades

(París, 25 de octubre de 1866.- Médium: señor Desliens.)

¿Qué es el hombre…? Un compuesto de tres principios esenciales: el Espíritu, el periespíritu y el cuerpo. La ausencia de cualquiera de esos tres principios conduciría necesariamente al aniquilamiento del ser en el estado humano. Si el cuerpo deja de existir, queda el Espíritu, y ya no el hombre. Si falta o deja de funcionar el periespíritu, lo inmaterial no puede obrar directamente sobre la materia, de modo que, al encontrarse imposibilitado de manifestarse, resultará algo del género del cretino o del idiota, pero nunca un ser inteligente. Por último, si falta el Espíritu, tendremos un feto viviendo la vida animal, pero no un Espíritu encarnado. Por lo tanto, si nos hallamos ante tres principios, esos tres principios deben reaccionar uno sobre otro, de lo cual resultará la salud o la enfermedad, conforme a la absoluta armonía o el desacuerdo parcial que exista entre ellos.

Si la enfermedad o el desorden orgánico –como se lo quiera llamar– procede del cuerpo, los medicamentos materiales sabiamente empleados bastarán para restablecer la armonía general.

Si la perturbación procede del periespíritu, debido a la modificación del principio fluídico que lo compone y que se encuentra alterado, hará falta una medicación acorde a la naturaleza del órgano perturbado, para que las funciones puedan recuperar su estado normal. Si la enfermedad procede del

Espíritu, para combatirla no se podría emplear otra cosa más que una medicación espiritual. Por último, en el caso más general, y que incluso podemos decir que se presenta exclusivamente, si la enfermedad procede del cuerpo, del periespíritu y del Espíritu, hará falta una medicación que combata a la vez todas las causas del desorden a través de diversos medios para obtener la curación. Ahora bien, ¿qué es lo que los médicos hacen generalmente? Tratan el cuerpo y lo curan. Pero ¿curan la enfermedad? No. ¿Por qué? Porque el periespíritu es un principio superior a la materia propiamente dicha, de modo que podrá convertirse en causa respecto de esta; y si se halla afectado, los órganos materiales que se encuentran en relación con él también resultarán dañados en su vitalidad. Al tratar el cuerpo, destruís el efecto; pero como la causa reside en el periespíritu, la enfermedad volverá cuando cesen los tratamientos, hasta que se den cuenta de que deben poner su atención más allá, tratando fluídicamente el principio fluídico mórbido.

Por último, si la enfermedad procede de la *mens*, del Espíritu, entonces el periespíritu y el cuerpo, que dependen de él, se verán afectados en sus funciones, y la causa no desaparecerá tratando uno u otro.

Por consiguiente, un loco no será devuelto a su estado normal por el hecho de colocarle una camisa de fuerza, o con píldoras o duchas. Eso tan solo aplacará sus sentidos rebeldes, aliviará sus accesos, pero el germen no será destruido si no se lo combate mediante sus semejantes, aplicando la homeopatía espiritual y fluídicamente, como se lo hace materialmente, para darle a la enfermedad, mediante la plegaria, una dosis infinitesimal de paciencia, de calma, de resignación, según los casos, así como se aplica una dosis infinitesimal de brucina, de digital o de acónito.

Para destruir una causa mórbida, es necesario combatirla en su terreno.

Doctor Morel Lavallée

* * *

La claridad

(Sociedad de París, 5 de enero de 1866.-
Médium: señor Leymarie.)

¿Me concedéis vuestra hospitalidad en esta primera sesión de 1866? Con un abrazo fraternal, deseo presentaros mi amistad. Que podáis obtener muchas satisfacciones morales, mucha voluntad y caridad perseverante.

¡En este siglo de luz, lo que más falta es la claridad! Los sabiondos, los cocos de la prensa, han hecho el trabajo denodado de la araña, para oscurecer, con la ayuda de una tela supuestamente liberal, todo lo que es claro, todo lo que aclara.

Queridos espíritas, ¿habéis encontrado en todas las clases sociales esa fuerza de razonamiento que constituye la marca inteligente de los seres realizados? Por el contrario, ¿no tenéis la certeza de que la gran mayoría de vuestros hermanos languidece en una ignorancia malsana? ¡En todas partes se ven herejías y malas acciones! Las buenas intenciones, viciadas en su principio, caen una tras otra, a semejanza de esos frutos hermosos que el viento derriba, y cuyo corazón es devorado por gusanos. ¿Acaso la claridad en los argumentos, en el saber, habrá fijado su domicilio en las academias, en los filósofos, los periodistas o los panfletistas…? Al verlos, me parece que

se podría dudar de eso, a semejanza de Diógenes que, con una linterna encendida, buscaba una verdad en pleno día.

¡Luz, claridad, vosotras sois la esencia de todo movimiento inteligente! Pronto llenaréis con vuestros rayos benefactores los rincones más oscuros de esta pobre humanidad. Vosotras sacaréis del fango a tantos terrícolas estupefactos, brutos, almas desdichadas que deben ser lavadas mediante la instrucción, la libertad, y sobre todo mediante la conciencia de su valor espiritual. ¡La luz expulsará las lágrimas, las penas, las sombrías desesperaciones, la negación de las cosas divinas, las malas voluntades! Sitiará el materialismo y lo forzará a no refugiarse detrás de esa muralla ficticia, carcomida, desde la que arroja torpemente sus flechas contra todo lo que no sea obra suya.

Con todo, las máscaras serán arrancadas y entonces sabremos si los placeres, la fortuna y el sensualismo, son los emblemas de la vida y de la libertad. La claridad es útil en todas partes y para todos. ¡Tanto en el embrión como en el hombre hace falta la luz! Sin ella, *todo anda a tientas, y el alma a tientas busca el alma*.

¡Hágase una noche eterna! ¡Y de inmediato los colores armoniosos desaparecerán de vuestro globo, las flores se marchitarán, los grandes árboles serán destruidos; los insectos, la naturaleza entera, dejarán de emitir sus mil ruidos, que son la eterna canción a Dios! ¡Los arroyos bañarán sus orillas desérticas; el frío lo habrá momificado todo, la vida habrá desaparecido…!

¡Lo mismo ocurrirá con el Espíritu! ¡Si hacéis la noche alrededor suyo, se enfermará; el frío petrificará sus tendencias divinas! ¡El hombre, como en la Edad Media, quedará paralizado, con un alma semejante a la de las soledades salvajes y desoladas de las regiones boreales!

Por eso, espíritas, vosotros os debéis a todas las claridades. Sin embargo, antes de aconsejar y enseñar, comenzad por esclarecer cada rincón de vuestra alma. Entonces, bastante purificados para no temerle a nada, podréis levantar la voz, la mirada, el gesto, para declarar una guerra implacable a la sombra, a la tristeza, a la ausencia de vida. Enseñaréis las grandes leyes espíritas a los hermanos que no saben nada acerca del rol que Dios les asigna.

Año 1866, que tú puedas, para los años venideros, ser esa estrella luminosa que conducía a los reyes magos hacia la cuna de un humilde niño del pueblo. Ellos acudían para rendir homenaje a la encarnación que habría de representar en su más amplio sentido al espíritu de verdad: esa luz benefactora que ha transformado a la humanidad. Mediante ese niño, ¡todo se ha cumplido! Él es quien eterniza la gracia y la simplicidad, la caridad, la benevolencia, el amor y la libertad.

El espiritismo, estrella luminosa también, como la que hace dieciocho siglos desgarró el velo sombrío de los siglos de hierro, debe conducir a los terrícolas hacia la conquista de las verdades prometidas. ¿Sabrá él liberarse de las tempestades a que nos conducen las evoluciones humanas y las resistencias desesperadas de la ciencia acorralada? Todos vosotros, amigos míos, así como nosotros, vuestros hermanos de la erraticidad, hemos sido llamados para realizar eso del mejor modo, impregnando este año con las claridades adquiridas.

Trabajar con ese fin, significa ser adeptos del Niño de Belén, ser hijos de Dios, de quien emanan toda luz y toda claridad.

Sonnez

* * *

Comunicación providencial de los Espíritus

(Grupo Delanne.- París, 8 de enero de 1865.-
Médium: señora Br…)

Han llegado los tiempos en que deben cumplirse estas palabras del profeta: "Yo derramaré –dice el Señor– de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros niños profetizarán, y vuestros ancianos tendrán sueños". El espiritismo es esa difusión del Espíritu divino que viene a instruir y a moralizar a esos pobres desheredados de la vida espiritual que, como solo ven la materia, olvidaron que el hombre no vive solamente de pan.

El cuerpo necesita un organismo material al servicio del alma, un alimento adecuado a su naturaleza; pero el alma, emanación del Espíritu Creador, necesita un alimento espiritual que solo encuentra en la contemplación de las bellezas celestiales, como resultado de la armonía de las facultades inteligentes en su completo desarrollo.

Mientras el hombre descuide el cultivo de su espíritu y siga absorbido por la búsqueda o la posesión de los bienes materiales, su alma se mantendrá de algún modo estacionaria, y requerirá un gran número de encarnaciones antes de que, obedeciendo insensiblemente y como por fuerza a la ley inevitable del progreso, pueda alcanzar ese comienzo de vitalidad intelectual que la convierta en directriz del ser material al que se encuentra unida. Por eso, a pesar de las enseñanzas impartidas por el Cristo para que la humanidad avance, esta continúa tan atrasada, pues el egoísmo no ha querido desaparecer ante esa ley de caridad que debe cambiar la faz del mundo y con-

vertirlo en una morada de paz y felicidad. Pero la bondad de Dios es infinita y supera la indiferencia y la ingratitud de sus hijos, razón por la cual les envía esos mensajeros divinos que acuden a recordarles que Dios no los ha creado para la Tierra, pues solo están en ella por un tiempo, a fin de que mediante el trabajo desarrollen las cualidades depositadas en germen en sus almas, y que, por ser ciudadanos de los Cielos, no deben complacerse en una estación inferior a su ignorancia, y en la que solo los retienen sus faltas.

Agradeced al Señor, pues, y saludad con alegría el advenimiento del espiritismo, puesto que constituye el cumplimiento de las profecías, la señal luminosa de la bondad del Padre de misericordia, así como, para vosotros, es un nuevo llamado a ese desprendimiento de la materia, tan deseable, dado que solo él puede brindaros una auténtica felicidad.

Luis de Francia

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Mirette

Novela espírita del señor Élie Sauvage,
miembro de la Sociedad de Literatos[5]

El año 1867 comenzó para el espiritismo con la publicación de una obra que de algún modo inaugura el nuevo

5. 1 volumen, in 12. Librairie des Auteurs, 10, rue de la Bourse. Precio: 3 francos. Por correo: para Francia y Argelia, 3 francos y 30 centavos.

camino que la doctrina espírita le abrió a la literatura. *Mirette* no es uno de esos libros en los que la idea espírita es tan solo accesoria, como si hubiera sido puesta, *para causar efecto*, al azar de la imaginación, y sin que la creencia acudiera para animarla y darle calor. Esa idea constituye el tema principal, no tanto por la acción sino por las consecuencias generales que resultan de ella.

En *Espírita*, de Théophile Gautier, lo fantástico se impone con creces sobre lo real y lo posible desde el punto de vista de la doctrina. Es menos una novela espírita que la novela del espiritismo, y que este no puede aceptar como una pintura fiel de las manifestaciones. Además, en ella el tema filosófico y moral es casi nulo. Con todo, esta obra no ha dejado de ser muy útil para la divulgación de la idea espírita, por la autoridad del nombre del autor, que ha sabido ponerle el sello de su indiscutible talento, y porque fue publicada en el periódico oficial. Por otra parte, se trata de la primera obra de ese género realmente importante, en la que la idea fue tomada en serio.

La obra del señor Sauvage ha sido concebida con un plan totalmente distinto. Es una pintura de la vida real en la que nada se aleja de lo posible, y que el espiritismo puede aceptar en su totalidad. Se trata de una historia simple, ingenua, que mantiene el interés y es aún más atractiva por el hecho de que todo en ella resulta natural y verosímil. No contiene situaciones ficticias, sino escenas emotivas, con ideas elevadas y caracteres trazados conforme al natural. En ellos vemos los sentimientos más nobles y puros enfrentados al egoísmo y la vil malicia, la fe luchando contra la incredulidad. El estilo es claro, conciso, sin rodeos ni accesorios inútiles, sin adornos superfluos, y sin pretensiones efectistas. El autor se ha propuesto ante todo escribir un libro moral, y para eso extrajo lo necesario de la

filosofía espírita y sus consecuencias, mucho más que de las manifestaciones. Muestra el elevado nivel de pensamientos al que conducen esas creencias. En ese punto, resumimos nuestra opinión diciendo que este libro puede ser leído con provecho por los jóvenes de ambos sexos, que encontrarán en él bellos modelos, buenos ejemplos y útiles instrucciones, sin perjuicio de los beneficios y la complacencia que es posible extraer de él a cualquier edad. Agregaremos que, para escribir ese libro con tal sentido, el autor debió hallarse profundamente imbuido de los principios de la doctrina.

La acción transcurre en 1831, de modo que el espiritismo no se menciona *nominalmente*, como tampoco las obras espíritas actuales. Por esa razón, el autor toma a Swedenborg como punto de partida aparente, aunque todo lo que escribe se halla conforme a los principios del espiritismo moderno, que ha estudiado con esmero.

Veamos en pocas palabras el argumento de la obra.

El conde de Rouville, súbitamente forzado a dejar Francia durante la Revolución, antes de partir al exilio confía una importante suma de dinero y los títulos de la familia a un hombre con cuya lealtad cree que podrá contar. Ese hombre, abusando de su confianza, se apropia de los bienes y se hace rico. Cuando el emigrado retorna, el depositario declara no conocerlo y niega la existencia de dicho depósito. El señor de Rouville, carente de recursos debido a semejante infidelidad, muere de desesperación, dejando una pequeña hija de tres años de edad, llamada Mirette. La niña es recogida por un antiguo sirviente de la familia, que la cría como a una hija; pero cuando esta cumple apenas dieciséis años, el padre adoptivo también muere en la pobreza. Lucien, un joven estudiante de derecho, alma grande y noble, que había asistido al anciano en

sus últimos momentos, se convierte en protector de Mirette, quien nuevamente había quedó sola y desamparada, de modo que logra hospedarla en casa de su madre, una rica panadera, de corazón duro y egoísta. Ahora bien, resulta que Lucien es hijo del expoliador, y cuando este último descubre que Mirette es la hija del conde cuya ruina y muerte había causado, cae enfermo y muere torturado por los remordimientos, en medio de las convulsiones de una espantosa agonía. Pese a tantas complicaciones, estos dos jóvenes se aman, de modo que finalmente contraen matrimonio.

Los personajes principales son Lucien y Mirette, dos almas selectas; la madre de Lucien, un perfecto modelo de egoísmo, codicia y estrechez de ideas, que se bate con el amor maternal; el padre de Lucien, como la exacta personificación de una conciencia perturbada; una repartidora de pan, básicamente cruel y celosa; un viejo médico, hombre excelente, pero incrédulo y burlón; un estudiante de medicina, alumno del viejo médico, espiritualista, de buen corazón, y hábil magnetizador; una sonámbula muy lúcida; por último, una hermana de caridad, con ideas amplias, elevadas y ejemplares.

Hemos escuchado que esta obra recibió la siguiente crítica:

La acción comienza, sin preámbulos, con una de esas manifestaciones espontáneas semejantes a las que a menudo vemos en la actualidad, y que consiste en golpes que resuenan en una pared. Esos ruidos dan lugar al encuentro de Lucien y Mirette: los personajes principales de la historia que se desarrolla a continuación. Se ha dicho que el autor habría tenido que dar una explicación acerca de tal fenómeno, para que se valieran de ella las personas ajenas al espiritismo, pues estas se encuentran con un punto de partida que no logran comprender. Por nuestra parte, no compartimos dicha opinión,

porque en tal caso habría sido necesario hacer lo mismo respecto de las escenas de visiones extáticas y de sonambulismo. Por tratarse de una novela, el autor no ha querido, y no habría podido, desarrollar en ella un tratado didáctico de espiritismo. A diario los escritores fundan sus creaciones en hechos científicos, históricos u otros, y no pueden hacer otra cosa más que darlos por sabidos en sus lectores, visto que de lo contrario sus obras se transformarían en enciclopedias. Compete a quienes no conocen esos hechos investigar o pedir a alguien que se los explique. El señor Sauvage situó su novela en 1831, de modo que en ella no podía desarrollar teorías que solo se conocerían veinte años más tarde. Por otra parte, los Espíritus golpeadores tienen bastante repercusión en nuestros días, incluso gracias a la prensa hostil, por lo que son pocas las personas que no han oído hablar de ellos. En la actualidad, los hechos referidos son más comunes que muchos otros que se mencionan diariamente. Consideramos, por el contrario, que el autor ha realzado el espiritismo al presentar los hechos como suficientemente conocidos para no tener necesidad de explicarlos.

Tampoco compartimos la opinión de quienes le reprochan el ambiente un tanto familiar y común, así como la escasa complejidad de la trama; en una palabra, el hecho de no haber escrito una obra literaria más magistral, de lo que ciertamente era capaz. Nosotros pensamos que esa obra es lo que debía ser para que lograra su objetivo. El autor no pretendió levantar un monumento, sino una sencilla y graciosa casita en la que el corazón pudiera reposar. Tal como es, su obra va dirigida a todo el mundo: grandes y pequeños, ricos y proletarios, pero sobre todo a una clase de lectores a los que no habría complacido tanto si hubiera adoptado una forma más académica.

Pensamos que su lectura puede ser muy provechosa para la clase trabajadora, y en tal sentido nos agradaría que fuera tan popular como algunos escritos cuya lectura es menos sana.

Los dos pasajes que siguen pueden dar una idea del espíritu con que esta obra ha sido concebida. El primero es una escena de Lucien y Mirette durante el entierro del padre adoptivo de esta:

"—¡Mi pobre padre, ya no volveré a verte! –dijo Mirette, entre sollozos.

"—Mirette –le respondió Lucien, con voz dulce y grave–, los que creen en Dios y en la inmortalidad del alma humana no deben desesperarse como los infelices que han perdido la esperanza. Para los verdaderos cristianos, la muerte no existe. Mira alrededor nuestro: estamos en medio de las tumbas, en el lugar terrible y fúnebre que la ignorancia y el miedo denominan el 'campo de los muertos'. ¡Así es! El sol del mes de mayo resplandece aquí tanto como en los prados más risueños. Los árboles, los arbustos y las flores inundan el aire con los más dulces perfumes. Desde las aves hasta el insecto más imperceptible, cada ser de la creación toca su nota en esta gran sinfonía que canta a Dios el himno sublime de la vida universal. Dime si en todo eso no ves una deslumbrante protesta contra la nada, contra la muerte. La muerte es una transformación para la materia; para los seres buenos e inteligentes, es una *transfiguración*. Tu padre ha cumplido la tarea que Dios le había confiado. Dios lo llamó de regreso. ¡Que nuestro amor egoísta no le envidie la palma al mártir, la corona al vencedor…! Pero no pienses que él te ha olvidado. El amor es el vínculo misterioso que conecta todos los mundos. El padre de familia que se ve obligado a realizar un largo viaje, ¿no piensa acaso en los hijos queridos? ¿No vela desde lejos por la felicidad de todos ellos? Así es, Mirette, que

esta idea te consuele. Nunca quedamos huérfanos en la Tierra. Ante todo, tenemos a Dios, que nos ha permitido llamarlo 'nuestro Padre'; y luego, a los amigos que nos han precedido en la vida eterna. Aquel que lloras está allí; puedo verlo… Te sonríe con una ternura inefable… Te habla… Escúchalo…

"De repente, el rostro de Lucien adoptó una expresión extática. Con la mirada fija y una mano levantada, señalaba algo que había en el espacio. Su oído atento parecía escuchar palabras misteriosas.

"—Hija –dijo él, con una voz que ya no era la suya–, ¿por qué detienes tu mirada cubierta de lágrimas ante este pedazo de tierra en el que han depositado mis despojos mortales? ¡Eleva los ojos al cielo, pues es ahí donde el Espíritu, purificado por el sufrimiento, por el amor y la plegaria, vuela hacia el objeto de sus sublimes aspiraciones! ¡Qué le importa a la mariposa su grosera envoltura, ahora que despliega sus brillantes alas al sol! El polvo al polvo retorna, y la chispa se eleva hacia su foco divino. Con todo, el Espíritu debe pasar por terribles pruebas antes de recibir su corona. La Tierra en la que se arrastra el hormiguero humano es un lugar de expiación y de preparación para la vida bienaventurada. Grandes luchas te esperan, pobre hija, pero ten confianza: Dios y los Espíritus buenos no te abandonarán. Fe, esperanza y amor: ¡esa sea tu divisa! Adiós".

La obra concluye con el relato de una excursión *extática* realizada por ambos jóvenes, que se han casado:

"Después de un viaje cuya duración no pudieron estimar, los dos navegantes aéreos llegaron a una tierra desconocida y maravillosa, en la que todo era luz, armonía y perfumes, y donde la vegetación era tan bella y difería tanto de la de nuestro globo como la flora de los trópicos difiere de la de

Groenlandia y las tierras australes. Los seres que habitaban en ese mundo perdido en medio de los mundos se parecían bastante a la idea que aquí nos formamos acerca de los ángeles. Sus cuerpos ligeros y transparentes no tenían nada de nuestra densa envoltura terrestre, y sus rostros irradiaban inteligencia y amor. Algunos reposaban debajo de árboles cargados de frutos y flores, en tanto que otros se paseaban como esas sombras bienaventuradas que Virgilio nos muestra en su deslumbrante descripción de los Campos Elíseos. Los dos personajes que Lucien ya había encontrado varias veces en sus visiones precedentes, se acercaron con los brazos abiertos hacia los dos viajeros. La sonrisa con que los acogieron los llenó de una alegría celestial. El que había sido padre adoptivo de Mirette, les dijo con una ternura inefable: 'Queridos hijos, vuestras plegarias y vuestras buenas obras hallaron gracia ante Dios. Él tocó el alma del culpable y la envió de regreso a la vida terrestre para *que expíe sus faltas y se purifique mediante nuevas pruebas*, porque Dios no castiga eternamente, y su justicia siempre es atemperada por la misericordia'."

Veamos ahora la opinión que los Espíritus impartieron acerca de esta obra, cuando se la consideró durante una sesión en la Sociedad de París.

(Sociedad de París, 4 de enero de 1867.
Médium: señor Desliens.)

Cada día la creencia espírita distingue en las ideas adversas un espíritu irresoluto. Cada día nuevos adeptos, oscuros o ilustrados, acuden a refugiarse bajo su estandarte. Los hechos se multiplican, y la multitud reflexiona. Después, los medrosos superan sus temores y se dan ánimo, exclamando

con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Adelante!". Los hombres serios trabajan, y la ciencia moral o material, las novelas y los cuentos, dejan que los principios nuevos penetren en páginas elocuentes. ¡Cuántos espíritas, sin saber que lo son, se encuentran entre los espiritualistas modernos! ¡Cuántas publicaciones a las que solo les falta una palabra para que se las mencione ante la atención pública como surgidas de una fuente espírita!

El año 1866 presenta la nueva filosofía en todas sus formas; pero todavía es el tallo verde que contiene la espiga de trigo y aguarda para mostrarle que el calor de la primavera la ha hecho madurar y abrirse. El año 1866 ha preparado, y el año 1867 madurará y realizará. El año comienza con los auspicios de *Mirette*, y no terminará sin que aparezcan nuevas publicaciones de ese mismo género, y más serias aún, en el sentido de que la novela se volverá filosofía, y la filosofía se volverá historia.

El espiritismo ya no será una creencia ignorada y aceptada tan solo por algunos cerebros supuestamente enfermos. Será una filosofía admitida en el banquete de la inteligencia, una idea nueva que ocupará su lugar entre las ideas progresistas que caracterizan la segunda mitad del siglo diecinueve. Asimismo, felicitamos vivamente a quien supo ser el primero en dejar de lado todo falso respeto humano, para enarbolar franca y definitivamente su creencia íntima.

Doctor Morel Lavallée

* * *

Ecos poéticos de ultratumba

Colección de poesías mediúmnicas obtenidas por el Sr. Vavasseur; precedida por un *Estudio sobre la poesía mediúmnica*, del Sr. Allan Kardec.[6] 1 vol. in-12, precio 1 franco. Por correo, para Francia y Argelia, 1 fr. 20 c. - París, librería central, 24, boulevard des Italiens; en las oficinas de la *Revista Espírita*, y en el domicilio del autor: 3, calle de la Mairie, en París-Montmartre.

Esta obra, acerca de la cual nos hemos referido en nuestro número anterior, y cuya impresión se había demorado, ya está a la venta.

* * *

Nueva teoría médico-espírita

por el doctor Brizio, de Turín.

Solo conocemos esta obra por su prospecto en lengua italiana, que nos han remitido, pero no podemos dejar de alegrarnos por el interés que las naciones extranjeras muestran respecto del movimiento espírita, así como de felicitar a los hombres talentosos que avanzan por el camino de las aplicaciones del espiritismo a la ciencia. La obra del doctor Brizio será publicada en veinte o treinta fascículos, a 20 centavos cada uno, y la impresión comenzará cuando haya trescientos suscriptores. Para suscribirse: librería Degiorgis, via Nuova, Turín.-

6. Véase el opúsculo de Allan Kardec: "Estudio sobre la poesía mediúmnica" (Buenos Aires: CEA, 2019). (N. del T.)

El libro de los médiums, traducción al español a partir de la 9ª edición francesa: Madrid, - Barcelona, - Marsella, - París: en la oficina de la *Revista Espírita*.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 3 Marzo de 1867

La homeopatía en las enfermedades morales

La homeopatía, ¿puede modificar las disposiciones morales? Esa es la pregunta que se hacen algunos médicos homeópatas, y que no dudan en responder afirmativamente, sobre la base de hechos. En vista de su extrema gravedad, vamos a examinar el tema con cuidado, desde un punto de vista que a nuestro juicio ha sido desatendido por dichos señores, a pesar de que son espiritualistas e incluso espíritas, pues no cabe duda de que hay muy pocos médicos homeópatas que no sean lo uno o lo otro. Sin embargo, para que todos comprendan nuestras conclusiones, y en especial las personas que no saben de fisiología, resultan necesarias algunas explicaciones preliminares acerca de las modificaciones de los órganos cerebrales.

Existe un principio, que la simple razón admite y que la ciencia verifica a diario, según el cual en la naturaleza nada es inútil: hasta en los más imperceptibles detalles todo tiene un objetivo, una razón de ser, un destino. En particular, ese prin-

cipio resulta evidente en todo lo relacionado con el organismo de los seres vivos.

El cerebro siempre ha sido considerado el órgano de la transmisión del pensamiento, así como la sede de las facultades intelectuales y morales. En la actualidad, se reconoce que algunas partes del cerebro cumplen funciones especiales y se hallan destinadas a un orden particular de ideas y sentimientos, al menos en lo que concierne a la generalidad. De ese modo, instintivamente, en la parte anterior se han localizado las facultades que son del ámbito de la inteligencia, y todo el mundo piensa que una frente marcadamente deprimida y estrecha es una señal de inferioridad intelectual. Por eso mismo, se supone que las facultades afectivas, los sentimientos y las pasiones, se encuentran localizadas en otras partes del cerebro.

Ahora bien, si tomamos en cuenta que los pensamientos y los sentimientos son extremadamente múltiples, y si partimos de aquel principio según el cual todo tiene su destino y su utilidad, podemos concluir, no solamente que a cada haz fibroso del cerebro le corresponde una facultad general distinta, sino que a cada fibra le corresponde la manifestación de uno de los rasgos de esa facultad, así como a cada cuerda de un instrumento le corresponde un sonido particular. No cabe duda de que se trata de una hipótesis, pero que posee todos los caracteres de la probabilidad, y cuya negación no invalidaría las consecuencias que deducimos del principio general. Esta hipótesis nos ayudará en nuestra explicación.

El pensamiento, ¿es independiente del organismo? Aquí no vamos a discutir esta cuestión, ni refutaremos la opinión materialista según la cual el pensamiento es segregado por el cerebro –como la bilis es segregada por el hígado– y nace y muere con ese órgano. Además de sus funestas consecuencias

morales, esa doctrina tiene en contra el hecho de que no explica nada.

Según las doctrinas espiritualistas, que son las de la inmensa mayoría de los hombres, la materia no puede producir el pensamiento, porque este es un atributo del Espíritu, del ser inteligente que, cuando se encuentra unido al cuerpo, se vale de los órganos especialmente destinados a transmitirlo, como se vale de los ojos para ver y de los pies para caminar. Dado que el Espíritu sobrevive al cuerpo, el pensamiento lo sobrevive también.

Según la doctrina espírita, el Espíritu no solamente sobrevive, sino también *preexiste* al cuerpo. No es un ser nuevo, de modo que, cuando el cuerpo se forma, el Espíritu le aporta las ideas, las cualidades y las imperfecciones que ya poseía. Así se explican las ideas, las aptitudes y las inclinaciones innatas. El pensamiento, por consiguiente, *preexiste y sobrevive* al organismo. Este punto es fundamental, y al hecho de que no se lo reconozca se debe que tantas cuestiones permanezcan insolubles.

Dado que todas las facultades y todas las aptitudes están en la naturaleza, el cerebro contiene los órganos o, por lo menos, el germen de los órganos necesarios para que se manifiesten los pensamientos. La actividad del pensamiento del Espíritu sobre un punto determinado impulsa el desarrollo de la fibra o, si se prefiere, del órgano correspondiente. Si una facultad no existe en el Espíritu, o existe pero permanece en estado latente, el órgano correspondiente se mantiene inactivo, de modo que no se desarrolla o se atrofia. Si el órgano está atrofiado de modo congénito, la facultad no puede manifestarse, razón por la cual el Espíritu parece encontrarse privado de ella, aunque en realidad la posee, porque es inherente a él.

Por último, si el órgano, originariamente en estado normal, se deteriora en el transcurso de la vida, la facultad, que era brillante, se opaca y luego se borra, pero no se destruye; tan solo hay un velo que la oscurece.

Según los individuos, hay facultades, aptitudes y tendencias, que se manifiestan desde el comienzo mismo de la vida, en tanto que otras se revelan en épocas más tardías y producen los cambios de carácter y de disposiciones que se observan en algunas personas. En este último caso, por lo general, no son disposiciones nuevas, sino aptitudes preexistentes que se mantienen adormecidas hasta que alguna circunstancia las estimula y las despierta. Podemos estar seguros de que las disposiciones viciosas, que a veces se manifiestan de manera súbita y tardía, tenían su germen preexistente en las imperfecciones del Espíritu, porque este, dado que siempre avanza con el progreso, si es básicamente bueno, no puede volverse malo, mientras que si es malo puede volverse bueno.

El desarrollo o la depresión de los órganos cerebrales siguen el movimiento que se opera en el Espíritu. Esas modificaciones son favorecidas a cualquier edad, pero sobre todo en la juventud, por el trabajo íntimo de renovación que se lleva a cabo incesantemente en el organismo, del siguiente modo:

Los principales elementos del organismo son, como sabemos, el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono, los cuales a través de sus múltiples combinaciones forman la sangre, los nervios, los músculos, los humores y las diferentes variedades de sustancias. Mediante la actividad de las funciones vitales, las moléculas orgánicas son incesantemente expulsadas del cuerpo con la transpiración, la exhalación y todas las secreciones, de modo que si no fueran reemplazadas el cuerpo se reduciría y acabaría por desaparecer. La alimen-

tación y la aspiración aportan sin cesar nuevas moléculas destinadas a reemplazar a las que se pierden. De ahí se sigue que en un tiempo determinado todas las moléculas orgánicas son completamente renovadas, y que a cierta edad ya no queda una sola de las que formaban el cuerpo en su origen. Es como una casa a la que se le quitaran las piedras una tras otra para reemplazarlas con nuevas piedras de la misma forma y el mismo tamaño, hasta que no quedara ninguna de las primitivas. Tendríamos siempre la misma casa, pero formada por piedras diferentes.

Lo mismo ocurre con el cuerpo, cuyos elementos constitutivos, según afirman los fisiólogos, se renuevan totalmente cada siete años. Las diversas partes del organismo subsisten, pero los materiales han cambiado. De esos cambios generales o parciales surgen las modificaciones que ocurren, con la edad, en el estado de salud de algunos órganos, las variaciones que sufren los temperamentos, los gustos y los deseos, que influyen en el carácter.

Las adquisiciones y las pérdidas no siempre se mantienen en perfecto equilibrio. Si las adquisiciones superan a las pérdidas, el cuerpo se agranda o engorda. Si ocurre lo contrario, el cuerpo disminuye. De ese modo se explican el crecimiento, la obesidad, el adelgazamiento y la decrepitud.

La misma causa produce la expansión o la interrupción del desarrollo de los órganos cerebrales, según las modificaciones que se operan en las preocupaciones habituales, las ideas y el carácter. Si las circunstancias y las causas que actúan directamente sobre el Espíritu, provocan el ejercicio de una aptitud o de una pasión que hasta entonces se mantenía en estado de inercia, la actividad que se produce en el órgano correspondiente hará que la sangre afluya hacia él y, con ella, las

moléculas constitutivas de ese órgano, que crecerá y se fortalecerá conforme a esa actividad. Por la misma razón, la inactividad de la facultad producirá el debilitamiento del órgano; así como también una actividad demasiado intensa y persistente podrá causar su desorganización o su debilitamiento, a través de una especie de deterioro, como ocurre en el caso de una cuerda demasiado tensada.

Por consiguiente, las aptitudes del Espíritu siempre son *una causa*; y el estado de los órganos, *un efecto*. No obstante, puede ocurrir que el estado de los órganos sea modificado por una causa ajena al Espíritu, como una enfermedad, un accidente, una influencia atmosférica o climática, en cuyo caso los órganos reaccionan sobre el Espíritu, *no mediante la alteración de sus facultades*, sino *perturbando su manifestación*.

Un efecto semejante puede resultar de las sustancias ingeridas, como los alimentos o los medicamentos. Esas sustancias se descomponen en el estómago, y los principios esenciales que contienen, mezclados con la sangre, son conducidos por la corriente de la circulación hacia todo el cuerpo. Se sabe por experiencia que los principios activos de algunas sustancias se dirigen más particularmente hacia tal o cual víscera: el corazón, el hígado, los pulmones, etc., y que en ellas producen efectos reparadores o deletéreos según su naturaleza y sus propiedades especiales. Algunas de esas sustancias actúan de ese modo sobre el cerebro, y pueden ejercer en el conjunto o en determinadas partes una acción estimulante o estupefaciente, de acuerdo con la dosis y el temperamento, como por ejemplo: las bebidas alcohólicas, el opio y otros.

Nos hemos extendido un poco en los detalles precedentes para que se comprenda el principio sobre el cual puede apoyarse, con suficiente lógica, la teoría de las modificaciones del

estado moral por medios terapéuticos. Ese principio es el de la acción directa de una sustancia sobre una parte del organismo cerebral cuya función especial es servir para la manifestación de una facultad, de un sentimiento o de una pasión, porque a nadie se le podría ocurrir que esa sustancia pudiera actuar sobre el Espíritu.

Por lo tanto, una vez admitido que el principio de las facultades radica en el Espíritu y no en la materia, supongamos que se reconoce en una sustancia la propiedad de modificar las disposiciones morales, de neutralizar una mala inclinación; eso tan solo podría ocurrir mediante la acción de esa sustancia sobre el órgano correspondiente a esa inclinación, acción que causaría el efecto de detener el desarrollo de ese órgano, o de atrofiarlo o paralizarlo si estuviera desarrollado. Resulta evidente que en ese caso no se suprime la inclinación, sino su manifestación, tal como ocurre cuando a un músico se le quita su instrumento.

Efectos de esa naturaleza son probablemente los que han observado algunos homeópatas, a partir de lo cual creyeron en la posibilidad de corregir, con la ayuda de medicamentos apropiados, vicios tales como la envidia y los celos, el odio, el orgullo, la cólera, etc. Una doctrina como esa, si fuera verdadera, constituiría la negación de la responsabilidad moral, así como la sanción del materialismo, porque en ese caso la causa de nuestras imperfecciones estaría solamente en la materia. La educación moral quedaría reducida a un tratamiento médico. El más malvado de los hombres podría convertirse en un hombre bueno sin demasiado esfuerzo, y la humanidad podría regenerarse con la ayuda de algunas píldoras. Por el contrario, como no cabe duda de que las imperfecciones son inherentes a la inferioridad del Espíritu, este no podrá mejo-

rarse modificando su envoltura carnal, de igual modo que un jorobado no se endereza disimulando su deformidad con la hechura de sus vestidos.

Con todo, no dudamos de que hayan obtenido tales resultados en algunos casos particulares, puesto que, para afirmar un hecho tan importante, tuvieron que observarlo. Sin embargo, estamos convencidos de que han confundido la causa con el efecto. Los medicamentos homeopáticos, debido a su naturaleza etérea, ejercen una acción de algún modo molecular, y sin lugar a duda pueden, más que otros medicamentos, actuar sobre las partes elementales y fluídicas de los órganos, modificando su constitución íntima. Por lo tanto, como es racional admitir que todos los sentimientos del alma poseen una fibra cerebral que les corresponde para manifestarse, un medicamento que actuara sobre esa fibra, ya sea para paralizarla o bien para exaltar su sensibilidad, paralizaría o exaltaría por eso mismo la *expresión* del sentimiento del cual esa fibra sería su instrumento, pero no por eso el sentimiento dejaría de subsistir. El individuo se hallaría en la situación de un asesino al que le impidieran cometer crímenes cortándole los brazos, a pesar de lo cual conservaría el deseo de matar. Se trataría, pues, de un paliativo, pero no sería un remedio curativo. Solo es posible actuar sobre el ser espiritual por medios espirituales. La utilidad de los medios materiales, en caso de que el efecto antes referido fuese verificado, sería tal vez la de dominar más fácilmente al Espíritu, tornarlo más flexible, más dócil y accesible a las influencias morales; pero sería un error confiar en que alguna medicación arrojara un resultado definitivo y duradero.

Eso sería diferente si se tratara de ayudar a la manifestación de una facultad existente. Supongamos que un Espíritu

inteligente encarnado sólo dispusiera de un cerebro atrofiado y, por consiguiente, no pudiera manifestar sus ideas. Para nosotros sería un idiota. Ahora bien, si se admite la posibilidad –creemos que para la homeopatía más que para cualquier otro género de medicación– de otorgarle más flexibilidad y sensibilidad a las fibras cerebrales, dicho Espíritu lograría manifestar su pensamiento, como en el caso de un mudo al que se le soltara la lengua. En cambio, si el Espíritu fuera idiota de por sí, aunque tuviera a su servicio el cerebro del más grande de los genios, no dejaría de ser idiota. Dado que ningún medicamento puede actuar sobre el Espíritu, no sería posible que le dé lo que no tiene, como tampoco quitarle lo que tiene. No obstante, al actuar sobre el órgano de transmisión del pensamiento, los medicamentos pueden facilitar esa transmisión, sin que por eso cambie algo en el estado del Espíritu. Lo que en el idiota de nacimiento resulta difícil e incluso imposible la mayoría de las veces, porque en él hay un detenimiento completo y casi siempre general del desarrollo de los órganos, se torna posible cuando la alteración es accidental y parcial. En ese caso, lo que se perfecciona no es el Espíritu, sino sus medios de comunicación.

Explotación de las ideas espíritas

A propósito de las críticas sobre *Mirette*.

Varios periódicos han hecho una crítica elogiosa de la novela *Mirette*, a la que nos hemos referido en la *Revista* de febrero de 1867. No podemos sino felicitar a los cronistas que

no censuraron las ideas contenidas en esa obra, a pesar de que dichas ideas son contrarias a sus convicciones. Se trata de un progreso, porque hubo una época en la que un leve matiz espírita habría sido motivo de reprobación. Hemos visto con cuánta parsimonia y avergonzada compostura los propios amigos de Théophile Gautier se han referido a su novela *Espírita*. Es cierto que, más allá de lo relacionado con el mundo espiritual, el carácter esencialmente moral de *Mirette* se presta poco para el escarnio. Por más escéptico que alguien pudiera ser, no se burlaría de algo cuya consecuencia es el bien.

La crítica se ha detenido principalmente en este punto: ¿por qué razón se introdujo lo sobrenatural en ese sencillo relato? ¿Servía para la acción apoyarse en visiones y apariciones? ¿Qué necesidad tenía el autor de trasladar a sus héroes al mundo *imaginario* de la vida espiritual, para que se cumpliera la reparación decretada por la Providencia? ¿Acaso no contamos con miles de historias muy edificantes sin ese tipo de recursos?

Por cierto no había ninguna necesidad. Con todo, a esos señores les preguntaremos: si el señor Sauvage hubiera escrito una novela católica, vosotros, tan escépticos que sois, ¿le habríais reprochado que como recurso para la acción se valiera del Infierno y el Paraíso, de los ángeles y los demonios, y de todos los símbolos de esa fe? ¿Le habrías reprochado el hecho de que en una novela pagana hiciera intervenir a los dioses y las diosas, al Olimpo y el Tártaro? Por consiguiente, ¿por qué os parece mal que un escritor, tanto si es espírita como si no lo es, utilice los elementos que le ofrece el espiritismo, que es una creencia como cualquier otra y que se ha ganado su lugar, si dicha creencia le sirve para su tema? Con mucha menos razón se lo puede censurar si él descubre en esa convicción los

medios providenciales para lograr el castigo de los culpables y la recompensa de los buenos.

Por consiguiente, si a juicio de ese escritor tales creencias son auténticas, ¿por qué razón no las expondría en una novela, tanto como lo haría en una obra filosófica? Pero hay algo más: ocurre que, como hemos dicho varias veces, esas mismas creencias han abierto para la literatura y las artes un nuevo y vasto campo de exploración, del que podrán extraer a manos llenas escenas conmovedoras y las más entrañables situaciones. Ved el provecho que de esas creencias extrajo el señor Barbara, a pesar de su incredulidad, en su novela *El asesinato del Pont-Rouge* (véase la *Revista* de enero de 1867, página 14). La diferencia radica en que, como ocurrió en el caso del arte cristiano, los que tengan fe aprovecharán mejor esas creencias, pues en ellas encontrarán motivos de inspiración que nunca tendrán quienes apenas escriben obras de fantasía.

Las ideas espíritas están en el aire. Como es sabido, abundan en la literatura de la actualidad. Los escritores más escépticos recurren a ellas sin sospecharlo, y la fuerza misma del razonamiento los impulsa a utilizarlas como explicación o como medio de acción. Tanto es así que, recientemente, el señor Ponson de Terrail, que más de una vez se ha lucido a expensas del espiritismo y de sus adeptos, en una novela folletín titulada *Mon Village*, publicada en *Le Moniteur* de la tarde (el 7 de enero de 1867), se expresa como sigue:

"Esos dos jóvenes ya se amaban, y es probable que nunca se atrevieran a confesárselo.

"El amor a veces es inmediato, e invitaría a creer gustosamente en la transmisión de las almas y en la *pluralidad de las existencias*. ¿Quién sabe? Esas dos almas, que se estremecen

ante el primer contacto, y que hasta hace poco creían no conocerse, *¿no habrán sido hermanas en otra ocasión*?

"Cuando llegaron a la Grand'Rue de Saint Florentin, se cruzaron con un hombre que caminaba demasiado rápido y que, al verlos, sufrió una especie de conmoción eléctrica. Ese hombre era Mulot, que salía del café de l'Universe. Pero el señor Anatole y Mignonne no lo vieron. Silenciosos, vivían como concentrados en sí mismos. *No cabe duda de que sus almas estaban lejos de esta Tierra por la que andaban*".

Así pues, el autor ha visto en el mundo situaciones semejantes a las que se propone relatar, y que constituyen un problema para el moralista. Solo encuentra una solución lógica cuando admite que esas dos almas encarnadas, reunidas por una irresistible atracción, han podido ser hermanas en otra existencia. ¿De dónde extrajo esa idea? Sin duda no lo hizo de las obras espíritas, que probablemente no leyó, conforme lo demuestran los errores que de hecho ha cometido cada vez que se refirió a la doctrina. Las extrajo de esa corriente de ideas que atraviesa el mundo, de la que ni siquiera los incrédulos pueden escapar, pero que de buena fe atribuyen a sí mismos. Mientras combaten al espiritismo, trabajan sin proponérselo para dar crédito a sus principios. Poco importa el camino a través del cual se infiltran esos principios, más adelante se reconocerá que sólo les falta el nombre.

Con el título *Cuento de Navidad*, el 26 de diciembre de 1866, *L'Avenir Nationale* publicó un artículo del señor Taxile Delort –un escritor que, como sabemos, está lejos de ser espírita–, en el cual este autor imagina que, la víspera de Navidad, un periodista, sentado junto a la chimenea, se pregunta en qué se ha convertido la buena nueva que los ángeles habían anunciado al mundo, un día como ese, dos mil años atrás.

Librado a sus reflexiones, el periodista escucha una voz firme y dulce que le dice:

"Soy el Espíritu; el de la Revolución; el Espíritu que fortalece a los individuos y a los pueblos. Trabajadores: ¡de pie! El pasado conserva todavía un soplo de vida, y desafía al porvenir. Os gritan: '¡El progreso es mentira o utopía!'. No escuchéis esas voces engañosas. Para tomar fuerzas y marchar hacia adelante, mirad un momento hacia atrás. *El progreso es invencible; e incluso se vale de los que se resisten a su avance*".

No seguiremos al periodista y al Espíritu en el diálogo que se establece entre ellos, y en el cual este último despliega el porvenir, porque ambos avanzan por un terreno que nos está prohibido. Tan solo señalaremos el resorte que el autor emplea para lograr sus fines. Para él, ese resorte no es más que pura fantasía, pero a nosotros no nos sorprendería que un verdadero Espíritu le hubiera soplado la frase que subrayamos.

Estos días, en el teatro del Ambigu, se representa un drama de los más conmovedores, titulado *Maxwel*, del señor Jules Barbier. Veamos en pocas palabras el nudo del argumento:

Un pobre tejedor, llamado Buttler, es acusado de asesinar a un caballero. El señor Maxwel, juez de la causa, considera que todos los indicios incriminan al tejedor, de modo que lo condena a la horca. Solo un hombre podría demostrar la inocencia del acusado, pero se desconoce su paradero. Ahora bien, la mujer de Buttler, en un acceso de sueño sonambúlico, logra ver a ese hombre y retratarlo, con lo cual resultaría posible llegar hasta él. Entonces, un médico sabio y bueno, que cree en el sonambulismo, amigo del juez Maxwel, le informa a este acerca de aquel incidente, a fin de que postergue la ejecución. Pero Maxwel, escéptico respecto de esas facultades, a las que considera sobrenaturales, confirma la sentencia. Butt-

ler es ejecutado. Algunas semanas después, el testigo aparece y aclara el caso. Se demuestra la inocencia del condenado, y queda confirmada la visión de la sonámbula.

A pesar de todo, el verdadero asesino no es descubierto. Transcurren quince años, durante los cuales tienen lugar numerosos incidentes. El juez, atormentado por los remordimientos, dedica su vida a la búsqueda del culpable. La viuda de Buttler, que se había expatriado llevando consigo a su hija, muere en la miseria. Más tarde, esa hija cambia de nombre y se convierte en una cortesana de moda. Una circunstancia fortuita pone en sus manos el puñal utilizado en el crimen. Entonces, al igual que su madre, la joven cae en estado de sonambulismo, y ese objeto la conduce como un hilo conductor hacia el pasado, lo cual le permite narrar todas las peripecias del crimen y señalar al verdadero culpable, que no es otro sino el hermano del juez Maxwel.

No es la primera vez que el sonambulismo es puesto en escena. Con todo, este nuevo drama se distingue porque representa ese fenómeno de una manera sumamente seria y práctica, sin mezclarlo con lo maravilloso, así como por sus consecuencias más graves, pues sirve como medio de protesta contra la pena de muerte. Al demostrar que las cosas que los hombres no pueden ver con los ojos del cuerpo no se mantienen ocultas a los ojos del alma, se prueba también la existencia del alma y su acción independiente de la materia. Entre el sonambulismo y el espiritismo no media una gran distancia, pues ambos se explican, se demuestran y se completan mutuamente. Todo lo que tiende a la propagación de uno, hace que el otro también se propague. Los Espíritus no se equivocaban cuando anunciaron que la idea espírita se abriría camino por toda clase de medios. La doble vista y la plurali-

dad de las existencias, confirmadas por los hechos, y a las que se da crédito en numerosas publicaciones, forman parte de las creencias cada día más, y ya no causan extrañeza. Se trata de dos puertas que se abren de par en par ante el espiritismo.

Robinson Crusoe espírita

¿Quién hubiera dicho que el inocente libro *Robinson Crusoe* estaría mancillado con los principios del espiritismo, y que la juventud en cuyas manos se lo coloca sin desconfianza podría extraer de él la malsana doctrina de la existencia de los Espíritus? Nosotros mismos lo ignoraríamos aún, si no fuera porque uno de nuestros abonados nos señaló los siguientes pasajes, que se encuentran en las ediciones completas de ese libro, aunque no en las abreviadas.

Esta obra, en la que principalmente se han tomado en cuenta las curiosas aventuras aptas para entretener a los niños, está impregnada de una elevada filosofía moral, así como de un profundo sentimiento religioso.

Leemos en la página 161 (edición ilustrada de Granville):

"Esos pensamientos me generaron una tristeza que duró bastante tiempo, hasta que cambiaron de rumbo. Sentí cuánto reconocimiento le debía al Cielo, que me impidió entregarme a un peligro cuya existencia yo ignoraba. Ese asunto hizo que renaciera en mí una reflexión que me había surgido más de una vez, desde que comencé a reconocer la intensidad con que, en todos los peligros de la vida, la Providencia nos muestra su bondad mediante disposiciones cuyo fin no com-

prendemos. En efecto, a menudo salimos de los más grandes peligros por caminos maravillosos. Muchas veces, *un impulso secreto* hace que de repente, en un momento de grave incertidumbre, decidamos tomar un camino determinado, en vez de otro que nos hubiera llevado a la perdición.

"Por consiguiente, adopté como ley que nunca me resistiría a esas *voces misteriosas* que nos invitan a tomar algún partido, a hacer o dejar de hacer tal cosa, aun cuando ninguna razón acuda en apoyo de ese impulso secreto. Podría citar más de un ejemplo en el que el cumplimiento de tales advertencias resultó todo un éxito, en especial durante la última etapa de mi estadía en esa isla desdichada, sin contar otras ocasiones que debí de pasar por alto y a las que *habría prestado atención si mis ojos se hubieran abierto en tal sentido.* Pero nunca es demasiado tarde para ser sabio, de modo que yo aconsejo a todos los hombres reflexivos, cuya existencia, al igual que la mía, estuviera sometida a accidentes extraordinarios, o incluso a vicisitudes más comunes, que nunca desprecien *esos avisos íntimos de la Providencia, sea cual fuere la inteligencia invisible que nos los transmitan*".

En la página 284:

"Muchas veces escuché a personas muy sensatas que afirmaban que todas esas historias de fantasmas y de apariciones se debían a la fuerza de la imaginación, y que nunca un Espíritu se había aparecido a nadie; a pesar de lo cual, cuando se sueña asiduamente con aquellos a quienes se ha perdido, estos se hacen tan presentes en la mente, que en determinadas circunstancias creemos verlos, hablar con ellos y escuchar sus respuestas, pero que todo eso no es otra cosa más que una ilusión, una sombra, un recuerdo.

"Por mi parte, no puedo decir si en la actualidad existen *auténticas apariciones*, espectros, *personas muertas que andan errantes por el mundo*, o si las historias acerca de ese tipo de fenómenos están fundadas solamente en las visiones de cerebros enfermos, de imaginaciones exaltadas y desordenadas. No obstante, sé que la mía alcanzó un punto tal de excitación, me condujo a tales excesos de vapores fantásticos –no importa el nombre que quieran darles–, que a veces creía que estaba en mi isla, en mi viejo castillo en medio de la selva. Podía ver a mi español, al padre de Viernes y a los marineros réprobos que había dejado en esas costas. Incluso me parecía que conversaba con ellos y que, aunque me encontraba bien despierto, los miraba fijamente, como si estuvieran delante de mí. Eso me ocurría muy a menudo, y me atemorizaba. Una vez, en mi sueño, el primer español y el viejo salvaje me narraron las maldades de los tres marineros piratas con términos tan naturales y enérgicos, que en verdad fue algo sorprendente. Me contaron de qué modo esos hombres perversos habían intentado asesinar a los españoles, para luego quemar todas sus provisiones, a fin de que murieran de hambre. Ese hecho, *que yo no podía conocer entonces, y que parecía auténtico*, me fue mostrado con tanta claridad por mi imaginación, que me convencí de que había sido real. Incluso creí en la continuación de ese sueño. Escuchaba las quejas del español con profunda emoción; entonces ordené que me trajeran a los tres réprobos, y los condené a la horca. Ya se verá lo que hay de exacto en ese sueño. Pero ¿de qué modo obtuve la revelación de tales hechos? ¿*Mediante qué secreta comunicación de los Espíritus invisibles los recibí*? No puedo explicarlo. No todo era literalmente auténtico, pero los puntos principales coincidían con la realidad, y la conducta infame de esos tres delincuentes

empedernidos había superado lo imaginable. Mi sueño, en ese sentido, tenía demasiada semejanza con los hechos. Además, cuando me encontraba en la isla, quise castigarlos muy severamente, de modo que si los hubiera atrapado habría hecho justicia aplicando las leyes divinas y humanas".

Y en la página 289:

"Nada demuestra más claramente la realidad de una vida futura y de *un mundo invisible* que la coincidencia de causas secundarias con ciertas ideas que nos hemos formado interiormente, sin que hayamos recibido ni impartido al respecto ninguna comunicación humana".

Tolerancia y caridad

Carta del nuevo arzobispo de Argel

El 17 de febrero, *La Vérité* de Lyón publicó la siguiente carta, que monseñor Lavigerie, obispo de Nancy y flamante arzobispo de Argel, escribió al señor Prefecto de esa ciudad, con fecha 15 de enero último:

"Señor Prefecto:

"Acabo de conocer, a través de *Le Moniteur*, la noticia oficial de mi designación como arzobispo de Argel, y si bien no me es posible ejercer ningún acto de mi ministerio en esa diócesis, porque aún no he recibido la misión y la institución de la Santa Sede, no puedo mantenerme insensible a los acentos lastimosos que nos llegan desde el pie del Atlas y repercuten en toda Francia. La administración municipal de Argel ha to-

mado la generosa iniciativa de una suscripción pública para las víctimas del último terremoto. Permitidme que envíe mi óbolo por vuestro intermedio. Encontraréis con esta carta la suma de mil francos. Eso es todo lo que mi pobreza me permite hacer, pero lo hago de todo corazón.

"Deseo que esa suma se distribuya equitativamente, sin distinción de razas ni de cultos, entre todos los que han sido golpeados por ese flagelo. Si bien, más adelante, no todos deberán reconocerme como a su padre, yo reclamo el privilegio de amarlos a todos por igual como a mis hijos. He adoptado por divisa de mis armas episcopales una sola palabra: ¡Caridad! Y la caridad no conoce la diferencia entre griegos, bárbaros, infieles e israelitas. Como señala el apóstol san Pablo, ¡la caridad solo distingue en todos los hombres la imagen viva de Dios! Si Él me llama pronto junto a vosotros, pueda yo daros a todos, con mis actos y mis palabras, el ejemplo y el amor de esa virtud que prepara las demás.

"Tened a bien aceptar, señor Prefecto, la expresión de los sentimientos de respetuosa devoción con los cuales tengo el honor de ser vuestro humilde y obediente servidor".

Charles

Obispo de Nancy, nuevo arzobispo de Argel.

El nuevo arzobispo de Argel se anuncia mediante un acto de beneficencia que constituye una digna introducción. Pero lo que vale más aún, lo que será apreciado en particular, son los principios de tolerancia con los que inaugura su administración. Porque en vez del anatema, la caridad confunde a todos los hombres en un mismo sentimiento de amor, sin distinción de creencias, pues todos son la viva imagen de Dios.

Esas son auténticas palabras evangélicas. El Arzobispo no se refiere a los espíritas, contra los cuales su predecesor había lanzado todos los rayos de la maldición (véase la *Revista* de noviembre de 1863, página 336). No obstante, es probable que, como su tolerancia se extiende hacia los judíos y los infieles, no pueda exceptuar a los que, de conformidad con las palabras de Cristo, inscriben en su estandarte: "Fuera de la caridad, no hay salvación".

Lincoln y su asesino

Extraído del *Banner of Light*, de Boston.

Análisis de una comunicación de Abraham Lincoln obtenida por un médium de Ravenswood.

"Cuando Lincoln salió de su aturdimiento y se despertó en el mundo de los Espíritus, se sintió muy sorprendido y perturbado, porque no tenía la menor idea de que había muerto. El disparo había suspendido de inmediato toda sensación, de modo que no se dio cuenta de lo que le había ocurrido. Con todo, esa confusión y esa turbación no duraron demasiado. Lincoln era bastante espiritualista para comprender en qué consiste la muerte y, a diferencia de muchos otros, no se asombró al encontrarse en la nueva existencia hacia la que había sido trasladado. Vio que lo rodeaban muchas personas a las que sabía muertas desde hacía tiempo, y pronto supo la causa de su muerte. Fue cordialmente recibido por aquellos con quienes simpatizaba. Comprendió el cariño que sentían

por él, y de inmediato pudo abrazar el mundo dichoso en el que había ingresado.

"En ese mismo instante, experimentó un sentimiento de angustia por el dolor que estaría sufriendo su familia, así como una gran ansiedad respecto de las consecuencias que su muerte podía generarle a su país. Esos pensamientos lo condujeron violentamente hacia la Tierra.

"Enterado de que William Booth[7] había sido herido mortalmente, se dirigió hacia él y se detuvo sobre su lecho de muerte. En ese momento, Lincoln había recobrado plenamente su conciencia y la tranquilidad de espíritu, por lo que aguardó con calma el regreso de Booth a la vida espiritual.

"Booth no se sorprendió al despertar, porque esperaba su muerte. El primer Espíritu con el que se encontró fue Lincoln, al que observó con una inmensa osadía, como si se vanagloriara del acto que había cometido. A pesar de eso, Lincoln no respiraba ningún sentimiento de venganza, sino todo lo contrario, pues se mostró afectuoso y bueno, sin la menor animosidad para con él. Booth no pudo soportar esa actitud, que lo llenó de emoción.

"El acto que Booth cometió tuvo diversos móviles. En primer lugar, su falta de juicio, que lo llevó a suponer que ese acto era meritorio; y a continuación, su amor ávido de elogios, que lo persuadió de que lo llenarían de alabanzas y lo verían como a un mártir.

"Después de andar errante, de nuevo se sintió atraído hacia Lincoln. A veces, se llena de arrepentimiento; y otras, su orgullo le impide enmendarse. No obstante, comprende que ese orgullo es vano, y sabe ante todo que no puede esconder, como

7. Véase John Wilkes Booth. (N. del T.)

lo hacía en vida, ninguno de los sentimientos que lo inquietan, pues quienes lo rodean conocen sus pensamientos de orgullo, de vergüenza o de remordimiento. Hallarse siempre en presencia de su víctima, de la que solo recibe gestos de bondad, tal es su estado actual y su castigo. En cuanto a Lincoln, su dicha va más allá de lo que hubiera podido imaginar".

Comentario. La situación de estos dos Espíritus se halla en un todo conforme a los ejemplos que vemos a diario en los relatos de ultratumba. Es absolutamente racional y se corresponde con el carácter de ambos individuos.

POESÍAS ESPÍRITAS

A Bernard Palissy

Cuando miraba nuestro futuro, incierto y lejano,
y a pesar mío yo dudaba de la inmortalidad,
tú me llamaste, y tu bondadosa mano
me quitó la venda de la incredulidad.
Dime pues, ¿de dónde viene la dulce simpatía
que te hizo abandonar un hogar celestial?
¿Era el recuerdo de una anterior vida,
que dejaba en tu corazón un amor fraternal?
Tal vez, querido Espíritu, en otra existencia
fuiste mi protector, mi guía, mi consuelo.
Pero en vano pregunto, si Dios, en su sapiencia,
sobre mis ojos puso del olvido un velo.
Mientras espero el día en que veré tu esfera,
en que mi Espíritu podrá elevarse hacia ti,

si yo debo volver a esta triste Tierra,
mi amado Bernard, piensa siempre en mí.

Srta. L. O. Lieutaud, de Ruan.

* * *

À Bernard Palissy

Quand sur notre avenir, incertaine et flottante,
Je doutais malgré moi de l'immortalité,
Tu vins à mon appel, et ta main bienfaisante
Déchira le bandeau de l'incrédulité;
Dis-moi donc: D'où venait la douce sympathie
Qui te faisait quitter un céleste séjour?
Était-ce un souvenir d'une antérieur vie
Qui laissait dans ton cœur un fraternel amour?
Peut-être, cher Esprit, dans une autre existence
Fus-tu mon protecteur, mon guide, mon appui.
Mais j'interroge en vain: Dieu, dans sa prévoyance,
A mis sur mes regards le voile de l'oubli
En attendant le temps où je verrai ta sphère,
Où mon Esprit pourra s'élever jusqu'à toi!
Si je dois revenir sur cette triste terre,
Mon bien-aimé Bernard, pensé toujours à moi.

Srta. L. O. Lieutaud, de Ruan.

La Liga de la Enseñanza

A varios de nuestros corresponsales les ha extrañado que aún no nos hayamos referido a la asociación designada con el título *Liga de la Enseñanza*. Consideran que ese proyecto, por su carácter progresista, merece la simpatía del espiritismo. No obstante, antes de sumarse a él, desean conocer nuestra opinión. Agradecidos por este nuevo testimonio de confianza, les reiteramos lo que hemos dicho más de una vez, a saber: que nunca pretendimos cercenar la libertad de nadie, ni imponer nuestras ideas a quienquiera que sea, pues no consideramos que deban convertirse en ley. Al guardar silencio, pretendimos no prejuzgar la cuestión y dejar que cada uno actúe con absoluta libertad. En cuanto al motivo de nuestra abstención personal, no tenemos razón alguna para callarlo, y puesto que desean conocerlo, lo expondremos francamente.

Nuestra simpatía, como la de todos los espíritas, se dirige naturalmente hacia las ideas progresistas, así como hacia las instituciones que tienden a propagarlas; pero también es necesario que esa simpatía tenga un objeto determinado. Ahora bien, hasta el presente, esa *Liga de la Enseñanza* no nos ofrece otra cosa más que un *título*, seductor por cierto, pero sin un programa definido, sin un plan establecido, sin un objetivo preciso. Ese título posee incluso el inconveniente de ser tan elástico, que podría prestarse a combinaciones *muy divergentes* en sus tendencias y en sus resultados. Cada quien puede concebirlo a su antojo, y elaborar por anticipado un proyecto acorde a su punto de vista. Por lo tanto, podría ocurrir que, al momento de su ejecución, las cosas no se dieran conforme a la idea que algunas personas se habían formado al respecto, lo que daría lugar a defecciones inevitables.

Con todo, nos dicen que no se correrá ningún riesgo, toda vez que los propios suscriptores administrarán los fondos. Razón de más para que no se pongan de acuerdo, y para que forzosamente ese conflicto de opiniones diversas genere decepciones.

Por el contrario, con un objetivo bien definido, con un plan elaborado claramente, todos sabrán cuál es su compromiso, o al menos sabrán si adhieren a un proyecto viable o a una utopía. Podrán evaluar la sinceridad de la intención, el valor de la idea, la combinación más o menos afortunada de los engranajes, las garantías de estabilidad, así como calcular las probabilidades de tener éxito o de fracasar. Ahora bien, en el caso que nos ocupa, no es posible hacer esa evaluación, dado que la idea principal está rodeada de misterios, y que es necesario darla por buena bajo palabra. Por nuestra parte, quisiéramos que esa idea fuera perfecta; deseamos eso sinceramente, y cuando quede demostrado el bien que ha de resultar de ella, y veamos ante todo su lado *práctico*, la aplaudiremos de todo corazón. No obstante, antes de comunicar nuestra adhesión a algo, pretendemos hacerlo con conocimiento de causa. Tenemos que ver muy claro todo lo que hacemos, y saber dónde pisamos. Ahora bien, tal como están las cosas, visto que no contamos con elementos suficientes para aprobar o desaprobar, nos reservamos la opinión.

Esta manera de ver, que es absolutamente personal, no podría comprometer a los que se consideran bastante esclarecidos.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Comunicación colectiva

(Sociedad de París, 1.° de noviembre de 1866.
Médium: señor Bertrand.)

El 1.° de noviembre último, en la Sociedad de París, reunida como de costumbre para la conmemoración de los muertos, se recibió una gran cantidad de comunicaciones, entre las cuales una especialmente se distinguió por su originalidad, pues consistía en una serie de pensamientos sueltos, firmados con nombres diferentes, pero que se concatenan y se complementan unos con otros. Esta es la comunicación:

Amigos míos, ¡cuántos Espíritus alrededor vuestro desean comunicarse con vosotros para deciros que os aman; y cuán dichosos seríais vosotros si los nombres de todos aquellos a los que amáis fueran pronunciados en la mesa de los médiums! ¡Qué felicidad! ¡Qué alegría para vosotros, si vuestros padres, vuestras madres, vuestros hermanos y vuestras hermanas, vuestros hijos y vuestros amigos vinieran a hablaros! No obstante, comprendéis que es imposible satisfaceros a todos, pues no sería suficiente la cantidad de médiums. Pero lo que no es imposible, es que un Espíritu acuda en nombre de todos vuestros familiares y amigos para deciros: "¡Gracias por vuestro recuerdo y por vuestras plegarias! ¡Valor! Conservad la esperanza de que un día, luego de vuestra liberación, todos nosotros habremos de tenderos la mano. No os quepa duda de que cuanto el espiritismo os enseña es el eco de las leyes del Omnipotente. Hermanaos mediante el amor, y entonces aliviaréis el pesado fardo que cargáis".

Ahora, queridos amigos, vuestros Espíritus protectores os transmitirán sus pensamientos. Tú, médium, escucha y haz que tu lápiz se deje llevar por esas ideas:

La medicina hace lo mismo que los cangrejos asustados;

Dr. Demeure

Porque el magnetismo progresa, y de ese modo aplasta a la medicina actual para reemplazarla dentro de poco.

Mesner

La guerra es un duelo que solo terminará cuando todos los combatientes cuenten con fuerzas semejantes;

Napoleón

Con las mismas fuerzas materiales y morales.

General Bertrand

La igualdad moral reinará cuando el orgullo sea destituido.

General Brune

Las revoluciones son abusos que destruyen otros abusos;

Luis xvi

Pero esos abusos dan lugar a la libertad.

(sin nombre)

Para ser iguales es necesario ser hermanos; sin fraternidad no hay igualdad ni libertad.

Lafayette

La ciencia es el progreso de la inteligencia;

Newton

Pero es preferible el progreso moral.

Jean Reynaud

La ciencia no avanzará hasta que la moral la alcance.

François Arago

Antes de desarrollar la moral hace falta desarraigar el vicio.

Béranger

Para desarraigar el vicio es preciso desenmascararlo;

Eugène Sue

Eso es lo que intentan hacer todos los Espíritus fuertes y superiores.

Jacques Arago

Tres cosas deben progresar: la música, la poesía y la pintura. La música transporta el alma impresionando el oído;

Meyerbeer

La poesía transporta el alma abriendo el corazón;

Casimir Delavigne

La pintura transporta el alma acariciando los ojos.

Flandrin

Así pues, la poesía, la música y la pintura, son hermanas y se dan la mano. Una, para ablandar el corazón; otra, para morigerar las costumbres; la última, para abrir el alma. Las tres, para elevaros hacia el Creador.

Alfred de Musset

Sin embargo, en este momento, nada debe progresar más que la filosofía. Debe dar un inmenso paso adelante, dejando atrás a la ciencia y a las artes, pero a fin de elevarlas muy alto cuando llegue la hora, porque en la actualidad esa elevación sería demasiado súbita para vosotros.

En nombre de todos, San Luis

El 6 de diciembre, en el grupo del señor Desliens, el señor Bertrand obtuvo una comunicación del mismo tipo, que de algún modo representa la continuación de la precedente:

El amor es una lira cuyas vibraciones son acordes divinos.

Heloisa

El amor tiene tres cuerdas en su lira: la emanación divina, la poesía y el canto. Si falta una de ellas, los acordes son imperfectos.

Abelardo

El verdadero amor es armonioso; sus armonías embriagan el corazón y elevan el alma. La pasión ahoga los acordes y rebaja el alma.

Bernardin de Saint-Pierre

Era el amor que Diógenes buscaba, buscando un hombre… que vino algunos siglos después, y a quien el odio, el orgullo y la hipocresía crucificaron.

Sócrates

Los sabios de Grecia a veces fueron más sabios en sus escritos y en sus palabras que en su propia persona.

Platón

Ser sabio es amar. Así pues, busquemos el amor por el camino de la sabiduría.

Fenelón

No podéis ser sabios si no sabéis elevaros por encima de la maldad de los hombres.

Voltaire

Sabio es aquel que no cree serlo.

Corneille

Quien se considera pequeño, es grande. Quien se considera grande, es pequeño.

Lafontaine

El sabio se considera ignorante; y el que se considera sabio, es ignorante.

Esopo

Hasta la humildad se cree orgullosa; pero quien se cree humilde, no lo es.

Racine

No confundáis con los humildes a los que dicen, por falsa modestia o por interés, lo contrario de lo que son, pues os equivocaréis. En ese caso, la verdad se calla.

Bonnefond

El genio se posee por inspiración; no se adquiere. Dios pretende que las cosas más importantes sean descubiertas o inventadas por seres sin instrucción, a fin de paralizar el orgullo y hacer que el hombre sea solidario con el hombre.

François Arago

Solo tratan de locos a aquellos cuyas ideas no reciben el sello de la autoridad de la ciencia. Así, los que creen saberlo todo, rechazan las ideas geniales de los que no saben nada.

Béranger

La crítica estimula el estudio, pero paraliza el genio.

Molière

La ciencia aprendida no es más que el esbozo de la ciencia innata, y sólo se convierte en inteligencia durante la nueva encarnación.

J. J. Rousseau

La encarnación es el dormir del alma, y las peripecias de la vida son sus sueños.

Balzac

A veces la vida no es más que una horrible pesadilla para el Espíritu, y a menudo este desea con impaciencia que se acabe;

La Rochefoucault

En eso radica su prueba. Si resiste, da un paso hacia el progreso; de lo contrario, bloquea el camino que debe conducirlo al puerto.

Martin

Cuando el alma sale victoriosa de las luchas terrenales, el Espíritu despierta más grande y elevado. Si ella sucumbe, él sigue siendo el mismo.

Pascal

Pretender que una lengua sea el emblema de la inmutabilidad de una doctrina religiosa es renegar del progreso; además, implica forzar al hombre a orar con los labios más que con el corazón.

Descartes

La inmutabilidad no reside en la forma de las palabras, sino en el verbo del pensamiento.

Lamennais

Jesús decía a los apóstoles que salieran a predicar el Evangelio en su propia lengua, y que todos los pueblos los comprenderían.

Lacordaire

La fe desinteresada hace milagros.

Boileau

La doctrina de Jesús solo se siente y se comprende con el corazón. Así pues, sea cual fuere el modo como se la hable, siempre es amor y caridad.

Bossuet

Las plegarias dichas o escritas sin que se las comprenda, dejan vagar el pensamiento y permiten que los ojos se distraigan con el fasto de las ceremonias.

Massillon

Todo cambiará, pero sin que regrese a la simplicidad de otrora, pues eso sería la negación del progreso. Las cosas se harán sin fasto y sin orgullo.

Sibour

El amor triunfará, y con él vendrán la sabiduría, la caridad, la prudencia, la fuerza, la ciencia, la humildad, la calma, la justicia, el genio, la tolerancia y el entusiasmo, y la gloria majestuosa y divina oprimirá con su esplendor el orgullo, la envidia, la hipocresía, la maldad y los celos, que llevan consigo la pereza, la gula y la lujuria.

Eugène Sue

El amor reinará, y para que no tarde en llegar, hace falta que vosotros, como valientes Diógenes, toméis la lámpara del espiritismo y mostréis a los humanos los gusanos devoradores que hieren sus almas.

San Luis

Observación. Este tipo de comunicación suscita una pregunta importante. ¿De qué modo los fluidos de un número tan grande de Espíritus pueden asimilarse casi instantáneamente con el fluido del médium, a fin de que le transmitan

sus pensamientos, toda vez que esa asimilación suele ser tan difícil de parte de un solo Espíritu, y que por lo general solo se establece con el tiempo?

El guía espiritual del médium parece haber previsto esta inquietud, porque dos días después le transmitió espontáneamente la siguiente explicación:

"La comunicación que obtuviste el día de Todos los Santos, así como la última, que es su complemento, aunque haya nombres repetidos, fueron obtenidas del siguiente modo. Dado que yo soy tu Espíritu protector, mi fluido es similar al tuyo. Lo que hice fue colocarme sobre ti para transmitirte lo más exactamente posible los pensamientos y los nombres de los Espíritus que deseaban manifestarse. Ellos formaron alrededor mío una asamblea, cuyos miembros me dictaban uno tras otro los pensamientos que te he transmitido. Eso ocurrió de manera espontánea, y lo que hizo que ese día las comunicaciones fueran más fáciles, es el hecho de que los Espíritus presentes habían *saturado* el apartamento con sus fluidos.

"Cuando un Espíritu se comunica con un médium, lo hace con tanta mayor facilidad cuanto mejor se establecen entre ellos las relaciones fluídicas; de lo contrario, para comunicar su fluido al médium, el Espíritu se ve obligado a establecer una especie de corriente magnética que llega al cerebro de aquel. Y si el Espíritu, debido a su inferioridad o a otra causa, no puede establecer esa corriente, recurre a la asistencia del guía del médium, de modo que las relaciones se establecen como acabo de indicar".

Slener

Hay otra pregunta. Entre esos Espíritus, ¿no los hay que se encuentran encarnados en este mundo o en otro? Y en ese caso, ¿cómo pueden comunicarse? Esta es la respuesta:

"Los Espíritus de cierto grado de adelanto poseen una irradiación que les permite comunicarse simultáneamente en varios puntos. En algunos, el estado de encarnación no atenúa esa irradiación de un modo bastante completo para impedir que se manifiesten, incluso en estado de vigilia. Cuanto más avanzado es el Espíritu, más débiles son los lazos que lo unen a la materia del cuerpo; se halla en un estado casi constante de desprendimiento, y podemos decir que se encuentra en el lugar adonde se dirige su pensamiento".

un Espíritu

* * *

Mangin, el charlatán

Todos han conocido a ese vendedor ambulante de lápices que, subido a un coche ricamente adornado, y vestido con un casco brillante y un uniforme raro, durante muchos años fue una de las celebridades de las calles de París. No se trataba de un charlatán vulgar, y quienes lo han tratado personalmente convinieron en reconocerle una inteligencia poco común, así como ideas y cualidades morales elevadas respecto de su profesión nómade. Murió el año pasado, y se comunicó varias veces, de manera espontánea, a través de uno de nuestros médiums. De conformidad con su carácter, a quienes lo conocieron no les sorprenderá descubrir en sus comunicaciones un trasfondo filosófico.

París, 20 de diciembre de 1866.
Grupo del señor Desliens. Médium: señor Bertrand.

El lápiz

El lápiz es la palabra del pensamiento. Sin el lápiz, el pensamiento se queda mudo y vuestros sentidos groseros no lo comprenden. El lápiz es el alma ofensiva y defensiva del pensamiento; es la mano que habla y se defiende.

¡El lápiz…! Y sobre todo ¡el lápiz Mangin…! ¡Oh! Perdón… ¡Me vuelvo egoísta…! Pero ¿por qué no podría yo, como otrora, elogiar mis lápices? ¿Acaso no son buenos…? ¿Acaso os habéis quejado de ellos? ¡Ah! Si anduviera en mi vehículo francés, con mi uniforme romano… me creeríais… Mi labia era tan buena, que el pobre espectador confundía el negro con el blanco, tan solo porque Mangin, el célebre charlatán, lo había dicho… Dije *charlatán*… No, debo decir *presentador*… ¡Vamos, parroquianos! Desatad los cordones de vuestras bolsas y comprad estos magníficos lápices, más negros que la tinta y duros como piedra… ¡Dense prisa, que la venta se acaba…! ¡Ah! ¡Qué estoy diciendo…! Doy fe de que me equivoqué de rol, y de que termino bastante mal, después de haber comenzado bien…

¡Todos vosotros, los que estáis sentados en torno a esta mesa, armados con vuestros lápices, dirigíos a los cronistas orgullosos y demostradles que Mangin no ha muerto! ¡Decid a los que han olvidado mi mercadería, porque Mangin no estaba más ahí para convencerlos de sus deslumbrantes cualidades, decid a todo ese mundo, que yo sigo vivo y que, si he muerto, ha sido para vivir mejor…!

¡Ah! Señores periodistas, os burlabais de mí. Sin embargo, si en vez de considerarme un charlatán escamoteador del dinero del pueblo, me hubierais estudiado más atentamente y en términos filosóficos, habríais reconocido en mí a un ser

con reminiscencias de su pasado. Habríais comprendido el porqué de mi gusto por ese uniforme de guerra romano, y el porqué de mi amor a esas arengas en la plaza pública. Entonces, sin duda, habríais dicho que Mangin había sido un soldado o un general romano, y no os habríais equivocado.

¡Vamos! ¡Vamos! Comprad lápices y usadlos. Pero dadles buen uso, no como yo, que lo hice para perorar sin motivo alguno. Usadlos para divulgar esta bella doctrina, que muchos de vosotros solamente seguís muy de lejos.

Así pues, armaos con vuestros lápices, y abrid un largo camino en este mundo de incredulidad. Haced que todos esos santo Tomás incrédulos toquen con el dedo las sublimes verdades del espiritismo, que un día harán que todos los hombres sean hermanos.

Mangin

Grupo del señor Delanne, 14 de enero de 1867.
Médium: señor Bertrand.

El papel

Ya he hablado acerca del lápiz y del charlatanismo, pero no me había referido al papel. Sin duda me reservaba para hacerlo esta noche.

¡Ah! ¡Cómo me gustaría ser papel! No cuando este se corrompe para hacer el mal, sino, por contrario, cuando cumple su verdadero rol, que es hacer el bien. En efecto, el papel es el instrumento que, de común acuerdo con el lápiz, siembra aquí y allá las nobles ideas del espíritu. ¡El papel es el libro

abierto donde todos pueden obtener con la mirada los consejos útiles para su viaje terrestre…!

¡Ah! ¡Cómo me gustaría ser papel! Para cumplir como él el rol de moralizador y de instructor, brindando a todos el valor necesario para soportar con firmeza los males que tan a menudo son la causa de vergonzosas debilidades…

¡Ah! Si yo fuera papel, aboliría las leyes egoístas y tiránicas, para que solo brillen las que proclaman la igualdad. Hablaría únicamente de amor y caridad. Me gustaría que todos fueran humildes y buenos, que el malvado dejara de serlo, que el orgulloso se volviera humilde, y que el pobre se volviera rico; en fin, me gustaría que surgiera la igualdad y que todas las bocas expresaran la verdad, sin la expectativa de ocultar el egoísmo y la tiranía que dominan el corazón.

Si yo fuera papel, me gustaría ser blanco para la inocencia, verde para el que ha perdido la esperanza de un alivio para sus males. Me gustaría ser oro en las manos del pobre, felicidad en las manos del que sufre, y bálsamo en las del enfermo. Me gustaría ser el perdón de todas las ofensas. No condenaría; no maldeciría; no lanzaría el anatema; no criticaría con malevolencia; no diría nada que pudiera perjudicar a alguien. Por último, haría lo mismo que vosotros: solo me gustaría enseñar el bien y hablar de esta bella doctrina que os reúne a todos y bajo todas las formas. Profesaría siempre esta sublime máxima: "Amaos los unos a los otros".

Soy aquel a quien le gustaría volver a la Tierra, ya no como charlatán, ya no solo para vender lápices, sino también papel, y que os diría: el lápiz no puede ser útil sin el papel, y el papel no puede prescindir del lápiz.

Mangin

* * *

La solidaridad

(París, 26 de noviembre de 1866. Médium: señor Sabb…)

¡Gloria a Dios, y paz a los hombres de buena voluntad!

El estudio del espiritismo no debe ser en vano. Para algunos hombres frívolos, se trata de un divertimento. Para los hombres serios, debe ser serio.

Reflexionad en una cosa sobre todo: no estáis en la Tierra para vivir en ella como las bestias, para vegetar a la manera de las gramíneas o de los árboles. Las gramíneas y los árboles poseen vida orgánica, pero no vida inteligente, así como los animales no poseen vida moral. Todo vive, todo respira en la naturaleza, pero solo el hombre siente y se siente.

¡Qué insensatos y dignos de lástima son aquellos que se desprecian a tal punto de compararse con una brizna de hierba o con un elefante! No confundamos los géneros ni las especies. No son grandes filósofos ni grandes naturalistas los que ven en el espiritismo, por ejemplo, una nueva edición de la metempsicosis, y sobre todo de una metempsicosis absurda. La metempsicosis no es otra cosa más que el sueño de un hombre fantasioso. Un animal, un vegetal, produce su congénere, nada más y nada menos. Dicho sea esto para impedir que viejas ideas falsas recuperen credibilidad a la sombra del espiritismo.

Hombres: sed hombres. Sabed de dónde venís y adónde vais. Sois los hijos amados de Aquel que todo lo ha hecho y que os ha impuesto una meta, un destino, que debéis cumplir sin conocerlo en absoluto. ¿Sois necesarios para sus designios,

para su gloria, para su propia dicha? Preguntas ociosas, pues son irresolubles. Vosotros SOIS. Agradeced por eso. Pero *ser* no lo es todo, pues hace falta ser conforme a las leyes del Creador, las cuales son vuestras propias leyes. Embarcados en la existencia, sois a la vez causa y efecto. Ni como causa, ni como efecto, no podéis determinar vuestro rol, al menos en cuanto al presente, pero podéis seguir vuestras leyes. Ahora bien, la ley principal es esta: "El hombre no es un ser aislado, sino un ser colectivo. El hombre es solidario respecto del hombre. Es en vano que busque el complemento de su ser, es decir, la dicha, en sí mismo o en lo que lo rodea, de manera aislada, pues solo puede encontrar esa dicha en el HOMBRE como *humanidad*. Así pues, no podréis hacer nada para ser felices personalmente, mientras la desgracia de un miembro de la humanidad, de una parte de vosotros mismos, os pueda afligir.

Esto que os enseño corresponde a la moral. Pero vosotros me diréis que la moral es un viejo lugar común. Mirad alrededor vuestro: ¿qué puede ser más ordinario y común que la sucesión periódica del día y la noche, o vuestra necesidad de alimentaros y vestiros? A eso tienden todas vuestras ocupaciones y vuestros esfuerzos. Es algo inevitable, pues lo exige la parte material de vuestro ser. Sin embargo, vuestra naturaleza, ¿no es doble acaso? ¿Acaso no sois más espíritu que cuerpo? Entonces, ¿cómo es posible que os resulte más duro recordar las leyes morales, que aplicar en todo momento las leyes físicas? Si estuvierais menos preocupados y fuerais menos distraídos, esa insistencia de nuestra parte no sería tan necesaria.

No nos apartemos de nuestro asunto: el espiritismo bien comprendido es, para la vida del alma, lo que el trabajo material es para la vida del cuerpo. Ocupaos de él con ese objetivo, y no os quepa duda de que, cuando hayáis hecho por vuestro

mejoramiento moral la mitad de lo que hacéis para mejorar vuestra existencia material, habréis logrado que la humanidad de un gran paso.

un Espíritu

* * *

Todo llega a su tiempo

(Odesa, grupo familiar, 1866. Médium: señorita M…)

Pregunta.- Me ha maravillado leer, en *La Vérité*, de 1866, acerca de las experiencias magnéticas, y pensaba que esa fuerza tan asombrosa tal vez podía ser la causa de todas esas maravillas y bellezas, incomprensibles para nosotros, de los planetas superiores, cuya descripción nos hacen los Espíritus. Ruego a los Espíritus buenos que me esclarezcan al respecto.

Respuesta.- ¡Pobres hombres! La avidez de saber, la devoradora impaciencia de leer en el libro de la Creación, os trastorna y deslumbra vuestros ojos habituados a la oscuridad, cuando estos se detienen ante algunos pasajes que vuestro espíritu, todavía esclavo de la materia, no logra comprender. Pero tened paciencia, porque los tiempos han llegado. El gran Arquitecto ya comienza a desplegar poco a poco ante vosotros el plano del edificio universal; ya se levanta una punta del velo que os oculta la verdad, y un rayo de luz os ilumina. Contentaos con esas primicias. Acostumbrad vuestros ojos a la suave claridad de la aurora, hasta que podáis soportar el sol que brilla con todo su esplendor.

Agradeced al Todopoderoso, cuya bondad infinita protege vuestra débil vista, levantando gradualmente el velo que la cubre. Si lo hiciera de una sola vez, quedarías deslumbrados, y no veríais nada. Volveríais a caer en la duda, en la confusión, en la ignorancia de la que apenas salisteis. Ya se os ha dicho que todo llega a su tiempo: no lo precipitéis con vuestra excesiva avidez de saberlo todo. Dejad al Señor la elección del método que él considere más conveniente para instruiros. Ante vosotros hay una obra sublime: "la naturaleza, su esencia, sus fuerzas"; y ella comienza por el abecé. Comenzad por aprender a deletrear, por comprender esas primeras páginas. Progresad con paciencia y perseverancia, y llegaréis a la meta. En cambio, si salteáis páginas y capítulos, el conjunto os resultará incomprensible. Además, no forma parte de los designios del Todopoderoso que el hombre lo sepa todo. Conformaos, pues, a su voluntad, cuyo objetivo es vuestro bien.

Leed en el gran libro de la naturaleza; instruíos, esclareced vuestro espíritu; contentaos con aprender lo que Dios considera adecuado para enseñaros durante vuestra estadía en la Tierra. No tendréis tiempo de llegar hasta la última página, que solo leeréis cuando os hayáis separado de la materia, pues entonces vuestros sentidos espiritualizados os permitirán comprenderla.

Así es, amigos míos, aprended e instruíos. Ante todo, progresad en moralidad a través del amor al prójimo, de la caridad y la fe: eso es lo esencial; es el pasaporte con el cual se os abrirán las puertas del santuario infinito.

Humbolt

* * *

El respeto a las creencias pasadas

(París, grupo Delanne, 4 de febrero de 1867.
Médium: señor Morin.)

¡La fe ciega es el peor de los principios! Creer con fervor en algún dogma, cuando la sana razón se niega a aceptarlo como verdadero, constituye un acto de nulidad y la privación voluntaria del mejor de los dones que nos ha dado el Creador. Significa renunciar a la libertad de juzgar, al libre albedrío, que debe presidir todas las cosas de conformidad con la justicia y la razón.

Por lo general, los hombres son indolentes y solo creen en una religión para quedarse más tranquilos, para no rechazar totalmente esas buenas y dulces plegarias que arrullaron su niñez y que sus madres les enseñaron junto al hogar, cuando la noche traía consigo la hora de dormir. Sin embargo, si ese recuerdo surge en sus mentes, la mayoría de las veces con un sentimiento de pesar, regresan a ese pasado en el que las preocupaciones de la edad madura aún se hallaban sumergidas en la noche del porvenir.

¡Así es, todo hombre añora esa edad despreocupada, y son muy pocos los que logran recordar sus jóvenes años…! Pero ¿qué queda de ellos un momento después…? ¡Nada…!

Comencé diciendo que la fe ciega era perniciosa. Con todo, no siempre habría que rechazar como esencialmente malo todo lo que parece abusivo, compuesto de errores y, sobre todo, inventado de propósito para glorificar a los orgullosos y beneficiar a los interesados.

Espíritas, mejor que nadie debéis saber que nada ocurre sin la voluntad del Señor supremo, de modo que os compete reflexionar antes de emitir un juicio. Los hombres son vuestros hermanos encarnados, y es posible que *numerosos trabajos de otros tiempos sean las obras que realizasteis en una existencia anterior*. Ante todo, los espíritas deben ser coherentes con su enseñanza, y no tirar piedras a las instituciones y a las creencias de otra época, tan solo porque son de otra época. La sociedad actual precisó, para llegar a ser lo que es, que Dios le concediera poco a poco la luz y el saber.

Así pues, no os corresponde juzgar si los medios que Él emplea son buenos o malos. Aceptad solamente lo que os parezca racional y lógico; pero no olvidéis que las cosas viejas han tenido su juventud, y que lo que enseñáis en la actualidad será viejo en su momento. ¡Respeto, pues, a la vejez! Los viejos son vuestros padres, como las cosas viejas han sido precursoras de las cosas nuevas. Nada envejece, y si faltáis a ese principio respecto de todo lo que es venerable, faltáis a vuestro deber y desmentís la doctrina que profesáis.

¡Las viejas creencias elaboraron la renovación que comienza a producirse…! Todas ellas, siempre que no fueran exclusivamente materiales, poseían una chispa de la verdad. Lamentad los abusos que se introdujeron en la enseñanza filosófica, pero perdonad los errores de otras épocas, en caso de que vosotros mismos queráis ser excusados por los vuestros en el futuro. No deis fe a lo que os parece malo, pero tampoco creáis que todo lo que se os enseña actualmente sea la expresión de la verdad absoluta. Creed que en cada época Dios amplía los horizontes del conocimiento según el desarrollo intelectual de la humanidad.

Lacordaire

* * *

La comedia humana

(París, grupo Desliens, 29 de noviembre de 1866.
Médium: señor Desliens.)

La vida del Espíritu encarnado es como una novela, o mejor dicho, como una obra de teatro, de la que cada día se recorre una página con una escena diferente. El autor es el hombre. Los personajes son las pasiones, los vicios y las virtudes, la materia y la inteligencia, que se disputan la posesión del héroe, que es el Espíritu. El público es el mundo en general durante la encarnación, más los Espíritus en la erraticidad. Finalmente, el censor, que examina la obra para juzgarla en última instancia y dictar una reprobación o un elogio del autor, es Dios.

Actuad, pues, de tal modo que os aplaudan lo más a menudo posible, y que solo con escasa frecuencia retumbe en vuestros oídos el desagradable ruido de los silbidos. Que el argumento sea simple, y que solo os interesen las situaciones naturales que sirvan para el triunfo de la virtud, el desarrollo de la inteligencia y la moralización del público.

Durante la ejecución de la obra, la intriga que la envidia pone en movimiento intentará criticar los mejores pasajes y ensalzar los que son mediocres o malos. Haced oídos sordos a esos halagos, y no olvidéis que la posteridad os apreciará conforme a vuestro justo valor. Dejaréis un nombre oscuro o ilustre, manchado de vergüenza o cubierto de gloria según el mundo. No obstante, al final de la obra, cuando se cierre el telón tras la última escena, quedaréis en presencia del Director universal, del infinitamente poderoso Director del teatro en el

que transcurre la comedia humana, y ya no habrá aduladores, ni cortesanos, ni envidiosos ni celosos. Estaréis solos, ante el Juez supremo, imparcial, equitativo y justo.

Que vuestra obra sea seria y moralizadora, pues es la única que tendrá algún peso en la balanza del Todopoderoso.

Es necesario que cada uno le devuelva a la sociedad al menos lo que de ella recibe. Aquel que, habiendo recibido la asistencia corporal y espiritual que le permitió vivir, se retire sin devolver al menos lo que ha gastado, es un ladrón, porque derrochó una parte del capital inteligente y no produjo nada.

No todos pueden ser hombres de genio, pero todos pueden y deben ser honestos, buenos ciudadanos, y devolver a la sociedad lo que la sociedad les ha prestado.

Para que el mundo progrese, hace falta que cada uno deje respecto de su persona un recuerdo útil, una escena más en esa infinidad de escenas útiles que los miembros de la humanidad han dejado desde que vuestra Tierra sirve de habitación para los Espíritus.

Por consiguiente, haced que todos lean con interés cada una de las páginas de vuestra novela, y que no la recorran apenas con la mirada, para cerrarla con aburrimiento antes de que hayan leído la mitad.

Eugène Sue

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lumen[8]

Relato extraterrenal

por Camille Flammarion, profesor de astronomía,
miembro del Observatorio de París.

Esta obra no es un libro, sino un artículo que podría ser un libro interesante y, sobre todo, instructivo, porque los datos que contiene proceden de la ciencia positiva y son tratados con la claridad y la elegancia que este joven científico revela en todos sus escritos. Nuestros lectores conocen al señor Camille Flammarion por su excelente obra acerca de la *Pluralidad de los mundos habitados*[9], así como por los artículos científicos que publica en *Le Siècle*. El que ahora referimos fue publicado en *La Revue du XIX-siècle*, del 1.° de febrero de 1867[10].

El autor supone una conversación que *Sitiens*, un individuo vivo, mantiene con el Espíritu de uno de sus amigos, llamado *Lumen*, quien le describe sus últimos pensamientos terrestres, las primeras sensaciones de la vida espiritual, así como las que acompañan el fenómeno de la separación. Esta escena coincide absolutamente con lo que los Espíritus nos han enseñado al respecto. Se trata del más preciso espiritismo,

8. Véase la versión castellana: *Lumen*; Barcelona: Librería de Juan Oliveres, 1875 (N. del T.)
9. Véase la versión castellana: *La pluralidad de mundos habitados*; Buenos Aires: Constancia, 1960. (N. del T.)
10. Cada número forma un volumen de 160 páginas, grande in-8. Precio: 2 francos. París: *Librería Internacional*, 15 boulevard Montmartre, y 18 avenue Montaigne, Palais Pompéien. (N. de Allan Kardec.)

aunque dicha palabra no se pronuncia. Eso puede verificarse en las siguientes citas:

"La primera sensación de identidad que se experimenta después de la muerte se parece a la que se siente al despertar durante la vida, cuando, recobrando por la mañana poco a poco la conciencia, se está todavía bajo la impresión de las visiones de la noche. Solicitado por lo porvenir, y por lo pasado, el Espíritu trata a la vez de recobrar la plena posesión de sí mismo, y de retener las impresiones fugitivas del sueño que se desvanece, y que pasan por él con todo su acompañamiento de ideas y de acontecimientos. A veces, absorto en este examen retrospectivo de un sueño que le cautiva, siente bajo los párpados que se cierran, renovarse las cadenas de la visión y continúa el espectáculo, cayendo de nuevo en el sueño. Así se balancea nuestra facultad pensante al salir de esta vida, entre una realidad que aún no comprende, y un sueño que todavía no ha desaparecido completamente".

Observación. En esta situación del Espíritu, no resulta para nada asombroso que algunos crean que no están muertos.

"La muerte no existe. El fenómeno que vosotros designáis con ese nombre, es decir, la separación del cuerpo y el alma, no se efectúa, a decir verdad, de un modo material comparable a las separaciones químicas de los elementos disociados, que se observan en el mundo físico. Casi no percibimos esa separación definitiva, que nos parece tan cruel, del mismo modo que el niño recién nacido tampoco percibe su nacimiento. *Nacemos a la vida futura como hemos nacido a la vida terrestre.* La única diferencia radica en que el alma ya no está envuelta en los tejidos corporales de la Tierra, de modo que adquiere

más rápidamente la noción de su estado y de su personalidad. Sin embargo, esa facultad de percepción varía esencialmente de un alma a otra. Hay algunas almas que, durante la vida del cuerpo, nunca se elevaron hacia el cielo ni sintieron ansiedad por conocer las leyes de la creación. Así pues, dominadas aún por los apetitos corporales, permanecen largo tiempo en estado de perturbación inconsciente. Pero afortunadamente hay otras que, ya en la Tierra, se elevaron con sus aspiraciones aladas hacia las cimas de la belleza eterna, de modo que ven llegar el instante de la separación con calma y serenidad. Saben que el progreso es la ley de la existencia, y que ingresarán, más allá, en una vida superior a la de acá. Siguen paso a paso el letargo que invade su corazón, y cuando el último latido, lento e insensible, detiene su marcha, ya están fuera de su cuerpo, cuyo adormecimiento observaron. Entonces, liberadas de los lazos magnéticos, sienten que una fuerza desconocida las conduce rápidamente hacia el punto de la creación donde se encuentran sus aspiraciones, sus sentimientos y sus esperanzas.

"Los años, los días y las horas, se hallan constituidos por los movimientos de la Tierra. Fuera de esos movimientos, el tiempo terrestre *ya no existe* en el espacio. Así pues, resulta absolutamente imposible tener una noción de ese tiempo."

Observación. Esto es rigurosamente cierto. De ese modo, cuando los Espíritus quieren señalar un espacio de tiempo que sea inteligible para nosotros, se ven obligados a identificarse nuevamente con los hábitos terrestres, a volver a ser hombres, por decirlo de algún modo, con el fin de valerse de los mismos puntos de comparación. Inmediatamente después de liberarse, el Espíritu de Lumen es transportado con la rapidez del pensamiento hacia el grupo de mundos que componen el sistema de la estrella que en astronomía recibe el

nombre de *Capella* o la *Cabra*. La teoría que Lumen presenta acerca de la vista del alma es notable:

"La vista de mi alma tenía un alcance incomparablemente superior al de los ojos del organismo terrestre que acababa de dejar, y me sorprendió descubrir que ese alcance se hallaba sujeto a mi voluntad. Me basta con que puedas comprender que, en vez de ver simplemente las estrellas en el cielo, como tú las ves desde la Tierra, yo distinguía claramente los mundos que gravitan alrededor de ellas; y cuando ya no quería ver una estrella, porque me obstaculizaba el examen esos mundos, ella desaparecía de mi vista, dejándome en excelentes condiciones para contemplar cualquiera de esos mundos. Además, cuando mi vista se concentraba en un mundo en particular, yo llegaba a distinguir los pormenores de su superficie, los continentes y los mares, las nubes y los ríos. Mediante una intensidad particular de concentración en la vista de mi alma, yo lograba ver el objeto sobre el cual ella se concentraba, como por ejemplo una ciudad, un campo, los edificios, las calles, las casas, los árboles, los caminos. Incluso reconocía a los habitantes, y seguía a las personas en las calles y en sus hogares. Para eso me bastaba con limitar mi pensamiento al barrio, la casa o el individuo que yo deseaba observar. En el mundo a cuyas inmediaciones acababa yo de llegar, los seres, no encarnados en una envoltura densa como la de la Tierra, sino libres y dotados de facultades de percepción elevadas a un grado eminente de poder, logran percibir claramente detalles que, a esa distancia, serían absolutamente invisibles para los organismos terrestres.

"Sitiens. —¿Acaso se valen para eso de instrumentos superiores a nuestros telescopios?

"Lumen. —Si para comprender con menos resistencia esa maravillosa facultad, te resulta más fácil imaginar que esos

seres se hallan provistos de instrumentos, puedes hacerlo, en teoría. Pero debo advertirte que tales instrumentos no son *exteriores a esos seres*, sino que pertenecen *a la organización misma de su vista*. Se entiende que esa construcción óptica y ese alcance visual son naturales en esos mundos, y no sobrenaturales. Piensa un momento en los insectos que gozan de la propiedad de acortar o alargar sus ojos como los tubos de un catalejo, de hinchar o aplanar su cristalino para convertirlo en una lente de diferentes grados, o también de concentrar sobre un mismo foco una multitud de ojos dispuestos como otros tantos microscopios para captar lo infinitamente pequeño, y entonces podrás comprender más legítimamente la facultad de esos seres ultraterrestres".

El mundo en el que Lumen se encuentra está a una distancia tal de la Tierra que la luz de uno no llega hasta el otro sino al cabo de setenta y dos años. Ahora bien, nacido en 1793 y muerto en 1864, cuando Lumen llega a Capella y dirige su mirada hacia París, ya no reconoce la ciudad que acaba de dejar. Dado que los rayos luminosos que parten de la Tierra solo llegan a Capella setenta y dos años después, Lumen recibe la imagen de lo que ocurría aquí en 1793.

Esta es la parte realmente científica del relato, y todas las dificultades se resuelven en él de la manera más lógica. Los datos, que la ciencia admite en teoría, ahora quedan demostrados mediante la experiencia. No obstante, dado que los hombres no pueden realizar directamente dicha experiencia, el autor presenta un Espíritu que da cuenta de esas sensaciones, puesto en las condiciones necesarias para establecer una comparación entre la Tierra y el mundo en el que habita.

La idea es nueva e ingeniosa. Por primera vez, el espiritismo verdadero y serio –aunque desde el anonimato– es asociado con la ciencia positiva, y por un hombre capaz de valorarlos a ambos, así como de captar el vínculo que habrá de unirlos un día. Consideramos que este trabajo, cuya importancia fundamental reconocemos sin restricciones, es uno de los que señalarán el presente año, conforme nos lo han anunciado los Espíritus. Analizaremos la segunda parte en un próximo artículo[11].

* * *

Nueva teoría médico-espírita

por el doctor Brizio, de Turín.

Solo conocemos esta obra por su prospecto en lengua italiana, que nos han remitido, pero no podemos dejar de alegrarnos por el interés que las naciones extranjeras muestran respecto del movimiento espírita, así como de felicitar a los hombres talentosos que avanzan por el camino de las aplicaciones del espiritismo a la ciencia. La obra del doctor Brizio será publicada en veinte o treinta fascículos, a 20 centavos cada uno, y la impresión comenzará cuando haya trescientos suscriptores. Para suscribirse: librería Degiorgis, via Nuova, Turín.

---

11. Véase el número del mes de mayo. (N. del T.)

El libro de los médiums, traducción al español a partir de la 9.ª edición francesa: Madrid, - Barcelona, - Marsella, - París: en la oficina de la *Revista Espírita*.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 4 Abril de 1867

Galileo

A propósito del drama del señor Ponsard

El acontecimiento literario de estos días es la representación de *Galileo*, un drama escrito en verso, del señor Ponsard. Aunque no alude al espiritismo, se relaciona con este mediante un punto esencial: la pluralidad de los mundos habitados, y en tal sentido podemos considerar que se trata de una de las obras llamadas a favorecer el desarrollo de la doctrina, popularizando uno de sus principios fundamentales.

El destino de la humanidad está vinculado a la organización del universo, como el de un habitante lo está a la de su habitación. En la ignorancia de esa organización, el hombre se ha formado acerca de su pasado y de su porvenir unas ideas acordes con el estado de sus conocimientos. Si siempre hubiera conocido la estructura de la Tierra, nunca habría pensado en ubicar el Infierno en sus entrañas. Si hubiera conocido la infinitud del espacio y la multitud de mundos que se mueven

en él, no habría localizado el Cielo más allá del *cielo de las estrellas*; como tampoco habría hecho de la Tierra el punto central del universo, ni la única habitación de los seres vivos; ni habría condenado como una herejía la creencia en las antípodas. Si hubiera conocido la geología, nunca habría creído en la formación de la Tierra en seis días, ni en su existencia desde hace solo seis mil años.

La mezquina idea que el hombre se formaba de la creación, habría de conducirlo también a una idea mezquina de la Divinidad. Tan solo comprendió la grandeza, el poder, la infinita sabiduría del Creador, cuando su pensamiento logró abarcar la inmensidad del universo y la sabiduría de las leyes que lo rigen, del mismo modo que se juzga el genio de un mecánico a partir del conjunto, de la armonía y la precisión de un mecanismo, y no de un engranaje aislado. Solo entonces sus ideas pudieron madurar y elevarse más allá de su limitado horizonte. Sus creencias religiosas siempre han sido el reflejo de la idea que se formó acerca de Dios y de su obra. El error de sus creencias acerca del origen y el destino de la humanidad, tenía por causa su ignorancia respecto de las verdaderas leyes de la naturaleza. Si hubiera conocido esas leyes desde el principio, sus dogmas habrían sido otros.

Galileo, uno de los primeros que revelaron las leyes del mecanismo del universo, ya no mediante hipótesis, sino con una demostración irrefutable, abrió el camino hacia nuevos progresos. Por eso mismo, habría de producir una revolución en las creencias, derrumbando el andamiaje de los sistemas científicos erróneos en los que esas creencias se apoyaban.

A cada uno su misión. Ni Moisés ni el Cristo tenían la misión de enseñar a los hombres las leyes de la ciencia. El conocimiento de esas leyes debía ser *el resultado del trabajo y*

de las investigaciones del hombre, de la actividad y el desarrollo de su propio espíritu, y no de una revelación *a priori*, que le brindara el saber sin ningún esfuerzo de su parte. Moisés y el Cristo debieron y pudieron hablar tan solo en un lenguaje adecuado al estado intelectual de los hombres, pues de lo contrario no los habrían comprendido. Su misión fue moralizadora. Las misiones científicas corresponden a genios de otro orden. Ahora bien, como las leyes morales y las leyes de la ciencia son leyes divinas, la religión y la filosofía solo pueden ser verdaderas mediante su alianza con esas leyes.

El espiritismo está fundado en la existencia del principio espiritual como elemento constitutivo del universo. Se basa en la universalidad y la perpetuidad de los seres inteligentes; en el progreso indefinido de esos seres a través de los mundos y de las generaciones; en la pluralidad de las existencias corporales necesarias para su progreso individual; en la cooperación relativa de todos ellos en la obra general, como encarnados o desencarnados, conforme al progreso que hayan alcanzado; en la solidaridad que religa a todos los seres de un mismo mundo, así como de los mundos entre sí. En ese vasto conjunto, tanto encarnados como desencarnados, cada uno tiene su misión, su rol y sus deberes, que todos deben cumplir, desde el más ínfimo hasta los ángeles, pues estos no son sino Espíritus humanos que han alcanzado el estado de Espíritus puros, y a los cuales se les confían las grandes misiones, el gobierno de los mundos, como a generales experimentados. En lugar de las desiertas soledades del espacio ilimitado, en todas partes hay vida y actividad, y nada de ociosidad inútil. En todas partes se emplean los conocimientos adquiridos, y existe el deseo de seguir avanzando, de incrementar la suma de felicidad mediante el empleo adecuado de las facultades

de la inteligencia. En lugar de una existencia efímera y única, que transcurre en un pequeño rincón de la Tierra, y en la que se determina para siempre la suerte futura, además de que se imponen límites al progreso y se torna estéril para el porvenir el esfuerzo hecho para instruirse, el hombre tiene por dominio el universo entero; nada de lo que sabe y de lo que hace está perdido: el porvenir es suyo. En lugar del aislamiento egoísta, vemos la solidaridad universal. En vez de la nada, como afirman algunos, existe la vida eterna. En lugar de una beatitud contemplativa perpetua, como afirman otros, lo cual equivale a una inutilidad perpetua, está el rol activo que es proporcional al mérito adquirido. En vez de castigos irremisibles para faltas temporarias, encontramos la posición que cada uno ocupa mediante su perseverancia en el bien o en el mal. En lugar de un pecado original, que torna al hombre pasible de castigos por faltas que no ha cometido, vemos la consecuencia natural de sus propias imperfecciones. En vez de las llamas del Infierno, existe la obligación de reparar el mal que se ha hecho, así como de volver a comenzar lo que se ha hecho mal. En lugar de un Dios colérico y vengativo, hay un Dios justo y bueno, que siempre toma en cuenta el arrepentimiento y la buena voluntad.

Tal es, en resumen, el panorama que el espiritismo presenta, y que se infiere de la situación en que se encuentran los Espíritus que se manifiestan. No es una simple teoría, sino el resultado de la observación. El hombre que observa las cosas desde ese punto de vista, siente que se enaltece; se descubre a sí mismo, y sus instintos de progreso son estimulados al ver que su trabajo y su esfuerzo para mejorar tienen un objetivo.

No obstante, para comprender el espiritismo en su esencia y en la inmensidad de las cosas que abarca, así como para

comprender el objetivo de la vida y el destino del hombre, no había que confinar a la humanidad en un pequeño globo, ni limitar su existencia a unos pocos años, rebajando a la criatura y a su Creador. Por el contrario, para que el hombre pudiera formarse una idea precisa de su rol en el universo, hacía falta que él comprendiera, mediante la pluralidad de los mundos, la vastedad del campo destinado a sus exploraciones futuras y a la actividad de su espíritu. Para que el hombre pudiera expandir indefinidamente los límites de la creación, destruyendo sus prejuicios respecto de esos lugares especiales donde se reciben recompensas o castigos, así como de los distintos niveles de los Cielos, hacía falta que penetrara las profundidades del espacio; que en lugar del Cristalino y el Empíreo, viera circular allí, en una majestuosa y perpetua armonía, una infinidad de mundos semejantes al suyo; y que en todas partes su pensamiento descubriera criaturas inteligentes.

La historia de la Tierra se halla vinculada a la de la humanidad. Para que el hombre pudiera deshacerse de sus mezquinas y falsas opiniones acerca de la creación de nuestro globo, de la época en que fue creado y del tiempo que demoró dicha creación; para que pudiera deshacerse de sus creencias legendarias respecto del diluvio y de su propio origen; y para que consintiera en desalojar de las entrañas de la Tierra el Infierno y el imperio de Satán, hacía falta que leyera en las capas geológicas la historia de la formación y de las revoluciones físicas de este globo. La astronomía y la geología, secundadas por los descubrimientos de la física y la química, y apoyadas en las leyes de la mecánica, constituyen los dos poderosos instrumentos que socavaron los prejuicios del hombre acerca de su origen y su destino.

La materia y el espíritu son los dos principios constitutivos del universo. Con todo, el conocimiento de las leyes que rigen la materia debía preceder al de las leyes que rigen el elemento espiritual. Tan solo las primeras podían combatir victoriosamente los prejuicios, mediante la evidencia de los hechos. El espiritismo, cuyo objeto especial consiste en el conocimiento del elemento espiritual, debía llegar después. Para que pudiera crecer y dar fruto, y se lo comprendiera en su conjunto, hacía falta que encontrara el terreno preparado, el campo del espíritu humano libre de los prejuicios y de las ideas falsas, si no en su totalidad, al menos en gran parte, pues de lo contrario habría sido un espiritismo acotado, espurio, incompleto, e involucrado con creencias y prácticas absurdas, como lo es hasta hoy en los pueblos atrasados. Si consideramos la actual situación moral de las naciones adelantadas, reconoceremos que el espiritismo llegó en el momento oportuno, para llenar los vacíos que se abren en las creencias.

Galileo abrió el camino. Al rasgar el velo que ocultaba lo infinito, extendió el dominio de la inteligencia y dio un golpe mortal a las creencias erróneas. Destruyó más supersticiones e ideas falsas que todas las filosofías, porque minó sus bases, mostrando la realidad. El espiritismo debe elevarlo a la categoría de los grandes genios que le han allanado el camino, eliminando las barreras que la ignorancia le oponía. Las persecuciones de que fue objeto, y que son el premio que reciben todos los que atacan los prejuicios y las ideas retrógradas, lo enaltecieron ante la posteridad, a la vez que humillaron a sus perseguidores. ¿Quién es el más grande actualmente, ellos o él?

Lamentamos que la falta de espacio nos impida citar algunos fragmentos del bello drama del señor Ponsard. Lo haremos en el próximo número.

Acerca del espíritu profético

Por el conde Joseph de Maistre

El conde Joseph de Maistre, nacido en Chambéry en 1753, y muerto en 1821, fue enviado por el rey de Cerdeña como ministro plenipotenciario a Rusia, en 1803. Dejó ese país en 1817, durante la expulsión de los jesuitas, cuya causa había abrazado. Entre sus obras, una de las más conocidas en la literatura y el mundo religiosos es la que se titula: *Soirées de Saint-Pétersbourg* [*Veladas de San Petersburgo*], publicada en 1821. Si bien ha sido escrita desde un punto de vista exclusivamente católico, algunas de sus ideas parecen inspiradas por la previsión de los tiempos presentes, y en tal sentido merecen una atención particular. Los pasajes que siguen fueron extraídos de la undécima conversación, tomo II, página 121, edición de 1844.

"… Más que nunca, señores, debemos ocuparnos de esas elevadas especulaciones, pues es preciso que estemos preparados para un *acontecimiento inmenso en el orden divino, hacia el cual nos dirigimos con una velocidad acelerada, y que habrá de impactar en todos los observadores*. No hay más religión en la Tierra: el género humano no puede permanecer en ese estado. *Por otra parte, terribles oráculos anuncian que los tiempos han llegado.*

"Varios teólogos, incluso católicos, consideraron que hechos del primer orden y poco distantes de nuestra época fueron anunciados en la revelación de san Juan, y si bien los teólogos protestantes, en general, solo han declamado tristes

sueños acerca de dicho libro, en el que nunca vieron otra cosa más que lo que deseaban, después de haber pagado ese lamentable tributo al fanatismo sectario, observo que algunos escritores de ese partido ya adoptan el principio según el cual: *Varias profecías contenidas en el Apocalispsis se refieren a nuestros tiempos modernos. Uno de esos escritores incluso llegó a decir que el acontecimiento ya había comenzado, y que la nación francesa habría de ser el gran instrumento de la más grande de las revoluciones.*

"Tal vez no haya un solo hombre verdaderamente religioso en Europa (me refiero a la clase instruida), que no aguarde en este momento algún hecho extraordinario. Ahora bien, decidme, señores, ¿acaso creéis que esa conformidad de todos los hombres puede ser despreciada? ¿No significa nada esa exclamación general que anuncia grandes cosas? Remontaos a los siglos pasados. Trasladaos al nacimiento del Salvador. En esa época, ¿no hubo acaso una voz fuerte y misteriosa, surgida de las regiones orientales, que exclamaba: 'El Oriente está a punto de triunfar; el vencedor partirá de la Judea; se nos ha dado un niño divino; Él aparecerá; Él desciende desde lo más alto de los Cielos; Él traerá la Edad de Oro a la Tierra'? Ya conocéis el resto.

"Esas ideas eran divulgadas universalmente, y como resultaban óptimas para la poesía, el más grande poeta latino las adoptó y las cubrió con brillantes tonalidades en su *Polión*[12], que luego fue traducido a bellos versos griegos, y leído en dicha lengua en el concilio de Nicea, por orden del emperador Constantino. No cabe duda de que fue muy digno de la Providencia ordenar que esa gran exclamación del género

12. Véase la égloga IV de las *Bucólicas* de Virgilio. (N. del T.)

humano repercutiera para siempre en los versos inmortales de Virgilio. Sin embargo, la irremediable incredulidad de nuestro siglo, en vez de ver en esa pieza lo que ella contiene realmente, es decir, un monumento inefable al espíritu profético que entonces se agitaba en el universo, se entretiene demostrándonos doctamente que Virgilio no era profeta, es decir, que una flauta no sabe música, y que no hay nada extraordinario en la undécima égloga de ese verso. *El materialismo contamina la filosofía de nuestro siglo y le impide ver que la doctrina de los Espíritus, y en particular la del espíritu profético, es absolutamente plausible de por sí, y que además es la mejor sostenida por la más universal e importante tradición que ha existido.* La eterna pasión del hombre radica en conocer el porvenir, lo cual es una prueba evidente de que él tiene derecho a ese porvenir, y que cuenta con los medios para alcanzarlo, al menos en determinadas circunstancias. Los oráculos antiguos se ocupaban de ese movimiento interior del hombre, y le advertían acerca de su naturaleza y sus derechos. La densa erudición de Van Dale, al igual que las bellas frases de Fontenelle, en vano fueron empleadas durante el siglo pasado para establecer la nulidad general de esos oráculos. No obstante, sea como fuere, el hombre nunca habría recurrido a los oráculos, ni los habría imaginado, si no hubiese partido de una idea primitiva en virtud de la cual los considerara posibles, e incluso reales.

"El hombre se halla sujeto al tiempo. Sin embargo, por su naturaleza, es ajeno él. El profeta goza del privilegio de salirse del tiempo. Como sus ideas ya no están distribuidas en la duración, se conectan en virtud de la simple analogía, y se mezclan, lo cual genera necesariamente una gran confusión en sus discursos. El Salvador mismo se sometió a ese estado cuando, entregado voluntariamente al espíritu profético, las

ideas análogas de grandes desastres, separadas del tiempo, lo llevaban a confundir la destrucción de Jerusalén con la del mundo entero. También David, conducido por sus propios sufrimientos a meditar sobre 'el justo perseguido', salía por completo del tiempo y exclamaba: 'Horadaron mis pies y mis manos; contaron mis huesos; se repartieron mis vestidos; sobre mi ropa echaron suertes'. (Salmos XXV, v. 17)[13]

"Podríamos agregar otras reflexiones tomadas de la astrología judiciaria, de los oráculos, de las adivinaciones de todo tipo, cuyo abuso sin duda ha deshonrado al espíritu humano, pero que no obstante poseían una raíz auténtica, como todas las creencias generales. El espíritu profético es natural en el hombre, y no dejará de actuar en el mundo. En toda época y en todo lugar, al hacer el intento de conocer el porvenir, el hombre declara que no ha sido hecho para el tiempo, porque el tiempo es una cosa forzada, que solo pide concluir. A eso se debe que, en nuestros sueños, nunca tengamos idea del tiempo, y que el estado del dormir siempre haya sido considerado favorable para las comunicaciones divinas.

"Si me preguntarais en qué consiste ese espíritu profético que acabo de mencionar, os respondería que 'en el mundo nunca se produjeron grandes acontecimientos sin que fueran predichos de algún modo'. Maquiavelo es el primer hombre de mi conocimiento que expuso esta proposición. No obstante, si reflexionáis al respecto, descubriréis que dicha afirmación se encuentra justificada por la historia. Un último ejemplo de ello es la Revolución Francesa, predicha en todas partes y de la manera más indiscutible.

13. Véase: *Salmos* 22:16-18. (N. del T.)

"Con todo, para volver al punto de partida, ¿creéis acaso que el siglo de Virgilio no disponía de mentes brillantes que se burlaban del 'gran Año, del siglo de Oro, de la casta Lucina, de la augusta Madre y del Niño misterioso'? Sin embargo, todo eso había llegado: 'El Niño, desde lo alto del Cielo, estaba listo para descender'. Podéis ver en numerosos escritos, concretamente en las notas que Pope incluyó en su traducción en verso del *Polión*, que esta pieza podría confundirse con una versión de Isaías. ¿Por qué pretendéis que ahora no ocurra lo mismo? *El universo está expectante. ¿Por qué despreciaríamos esta gran convicción? ¿Con qué derecho condenaríamos a los hombres que, advertidos por esas señales divinas, se entregan a santas investigaciones?*

"¿Queréis una nueva demostración de lo que se prepara? Buscad en las ciencias; considerad el avance de la química, de la astronomía incluso, y veréis hacia dónde nos conducen. ¿Creeríais, por ejemplo, si no estuvierais advertidos, que Newton nos lleva de vuelta a Pitágoras, y que pronto se demostrará que *los cuerpos celestes son movidos precisamente como los cuerpos humanos, por inteligencias que están unidas a ellos, sin que se sepa cómo? No obstante, eso está a punto de verificarse, sin que de momento exista modo alguno de discutirlo.* No hay duda de que esta doctrina podrá resultar paradójica, e incluso ridícula, porque así lo impone la opinión vigente. Sin embargo, *aguardad a que la afinidad natural que existe entre la religión y la ciencia reúna a las dos en la cabeza de un hombre de genio. La aparición de ese hombre no puede estar lejos, o incluso tal vez* él *ya exista.* Será famoso y pondrá fin al siglo dieciocho, que dura todavía, porque los siglos intelectuales no se regulan conforme al calendario, como ocurre con los siglos propiamente dichos. *Entonces, las opiniones que actualmente nos parecen extrañas o*

insensatas, serán axiomas que nadie pondrá en duda, y se hará referencia a nuestra estupidez actual de igual modo que nosotros nos referimos a la superstición de la Edad Media. Incluso ahora, la fuerza de las circunstancias ha hecho que algunos científicos de la escuela materialista se vieran obligados a hacer concesiones que los aproximan al espíritu. Y otros, como no pueden dejar de presentir esa silenciosa tendencia de una opinión poderosa, contra ella toman precauciones que en los auténticos observadores causan tal vez más impresión que una resistencia directa. A eso se debe su escrupuloso cuidado en el empleo exclusivo de expresiones materiales. En sus escritos, nunca se refieren a otra cosa más que a las leyes mecánicas, a los principios mecánicos, a la astronomía, a la física, etc. Pero eso no se debe a que no registran perfectamente que las teorías materiales no satisfacen en absoluto a la inteligencia, porque, para el espíritu humano no absorto, es evidente que los movimientos del universo no se pueden explicar tan solo con las leyes mecánicas. Con todo, precisamente porque lo registran, usan palabras que, por decirlo de algún modo, se ponen en guardia contra la verdad. *No quieren confesarlo, pero ya perdieron el compromiso o el respeto humano*. En este momento, los científicos europeos son una especie de conjurados o iniciados, o como queráis llamarlos, que han hecho de la ciencia una suerte de monopolio, y que no desean en absoluto que otros sepan más que ellos o algo diferente a lo que ellos saben. No obstante, esa ciencia recibirá incesantemente el desprecio de una posteridad iluminada, que con toda justicia acusará a los adeptos de la actualidad de no haber sabido extraer, de las verdades que Dios les había entregado, las consecuencias más valiosas para el hombre. *Entonces, la ciencia transformará por completo su rostro; y el espíritu, durante tanto tiempo destronado, recuperará su lugar.*

"*Se demostrará que las tradiciones antiguas son verdaderas; que el paganismo en su totalidad es un sistema de verdades corrompidas y desplazadas, y que solo basta, por decirlo de algún modo, con limpiarlas y devolverlas a su lugar, para que brillen con todo su esplendor.* En una palabra, todas las ideas se transformarán. Y dado que en todas partes una multitud de elegidos exclama al unísono: '¡Venid, Señor, venid!', ¿por qué razón vosotros censuráis a esos hombres que se introducen en ese porvenir majestuoso y se glorifican de adivinarlo? Al igual que los poetas, que incluso en estos tiempos de debilidad y decrepitud presentan algunos pálidos destellos del espíritu profético, *los hombres espirituales a veces experimentan movimientos de entusiasmo y de inspiración, que los transportan hacia el porvenir y les dejan presentir los acontecimientos que el tiempo maduró a lo lejos.*

"Recordad, señor Conde, vuestro halago a mi erudición respecto del número tres. Ese número, en efecto, se presenta en todas partes, tanto en el mundo físico como en el moral, al igual que en las cosas divinas. Dios habló a los hombres por primera vez en el monte Sinaí, y esa revelación quedó reducida, por motivos que ignoramos, a los estrechos límites de un solo pueblo y un solo país. Quince siglos después, una segunda revelación se dirigió a todos los hombres, sin distinción, y es la que ahora disfrutamos. Con todo, la universalidad de su acción se vio infinitamente restringida por las circunstancias de tiempo y lugar. Debieron transcurrir otros quince siglos para que América viera la luz, y sus vastos territorios todavía contienen una multitud de hordas salvajes tan ajenas al gran beneficio, que somos inducidos a creer que han sido naturalmente excluidas de él en virtud de algún anatema primitivo inexplicable. El gran Lama cuenta con más súbdi-

tos espirituales que el Papa. Bengala tiene sesenta millones de habitantes; y China, doscientos. Por su parte, Japón tiene veinticinco o treinta millones. Contemplad esos archipiélagos del gran Océano, que actualmente conforman una quinta parte del mundo. No hay duda de que vuestros misioneros han hecho maravillosos esfuerzos para anunciar el Evangelio en algunas de esas tierras lejanas, pero ya veis los resultados que obtuvieron... ¡Hay miríadas de hombres que nunca conocerán la buena nueva! ¿Acaso la cimitarra del hijo de Ismael no expulsó por completo el cristianismo de África y de Asia? Y en nuestra Europa, ¡qué espectáculo se presenta ante la mirada religiosa…!

"Contemplad ese panorama lúgubre, sumadle la expectativa de los hombres elegidos, y veréis si los iluminados se equivocan al divisar como *más o menos próxima una tercera explosión de la omnipotente Bondad a favor del género humano*. No terminaría nunca si me propusiera recopilar todas las pruebas que justifican esta gran expectativa. Una vez más os pido que no censuréis a las personas que se ocupan de este asunto, y que en la propia revelación descubren razones para prever *una revelación de la revelación*. Si os place, llamad *iluminados* a esos hombres, y yo estaré por completo de acuerdo con vosotros, toda vez que pronuncies esa palabra seriamente.

"Todo anuncia –y vuestras propias observaciones lo demuestran– *una gran unidad, hacia la cual nos dirigimos a grandes pasos*. No podéis, pues, sin contradeciros a vosotros mismos, condenar a los que celebran a la distancia esa unidad, y que en la medida de sus fuerzas intentan conocer esos misterios, que sin duda son formidables, pero a la vez tan consoladores para nosotros.

"Y no afirméis que *todo ha sido dicho y todo ha sido revelado*, y que no podemos esperar nada nuevo. No cabe duda de que no nos falta nada para la salvación, pero *respecto de los conocimientos divinos, nos falta mucho; y en cuanto a las manifestaciones futuras, sabéis que tengo mil razones para esperarlas, mientras que vosotros no tenéis una sola para demostrarme lo contrario.* El hebreo que cumplía la ley, ¿no tenía acaso la conciencia tranquila? Si fuera preciso, yo podría citaros no sé cuántos pasajes de la Biblia que prometen al sacrificio judaico y al trono de David una duración como la del Sol. El judío, *que se atenía a la letra*, tenía razón, hasta el acontecimiento, al creer que el reino del Mesías sería temporal. Pero se equivocaba, conforme se vio después. Sin embargo, ¿sabemos acaso lo que nos espera a nosotros mismos? Dios estará con nosotros hasta la consumación de los siglos; las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia, etc. ¡Muy bien! Pero os ruego que me digáis si de ahí resulta que *a Dios se le prohíbe cualquier manifestación nueva*, y que no se le permite enseñarnos nada más allá de lo que ya sabemos. Debemos confesar que ese sería un extraño razonamiento.

"*Dado que una nueva efusión del Espíritu Santo ocupa en la actualidad la categoría de las cosas más razonablemente esperadas*, es necesario que los predicadores de ese nuevo don puedan citar las santas Escrituras a todos los pueblos. Los apóstoles no son traductores, pues tienen otras ocupaciones. Pero la Sociedad Bíblica, instrumento ciego de la Providencia, prepara sus diferentes versiones, que *los verdaderos enviados explicarán un día en virtud de una misión legítima*, nueva o primitiva, ¡qué importa!, la cual se ocupará de que la duda sea expulsada de la ciudad de Dios. *Por eso, los terribles enemigos de la unidad trabajan para instalarla*."

Observación. Estas palabras son aún más notables por el hecho de que provienen de un hombre con un mérito indiscutible como escritor, y muy estimado en el mundo religioso. Es probable que no se haya visto todo lo que tales palabras contienen, pues constituyen una protesta evidente contra el absolutismo y el exclusivismo estrecho de algunas doctrinas. Denotan en el autor una visión amplia que raya en la independencia filosófica. Al menos la ortodoxia se ha escandalizado reiteradas veces. Los pasajes subrayados son tan explícitos que resulta superfluo comentarlos; y los espíritas, sobre todo, comprenderán fácilmente su alcance. Sería imposible no ver en esas palabras la previsión de las cosas que ocurren actualmente, así como de las que el porvenir le reserva a la humanidad, a juzgar por la estrecha relación que mantienen con el estado actual y con el que los Espíritus anuncian en todas partes.

* * *

Comunicación de Joseph de Maistre

(Sociedad de París, 22 de marzo de 1867.
Médium: señor Desliens.)

Pregunta: De acuerdo con las ideas contenidas en los fragmentos que acabamos de leer, pareciera que vos mismo os hallabais animado por el espíritu profético al que os referís, y que describís muy bien. Apenas medio siglo nos separa de la época en que escribisteis esas notables líneas, y ya observamos que nuestras previsiones se realizan. Tal vez no desde el punto de vista exclusivo en el que vuestras creencias os ubicaban entonces, pero no cabe duda de que todo nos indica que la gran

revolución moral que habéis presentido, y que prepara las ideas nuevas, era inminente y se hallaba en vías de llevarse a cabo. Lo que vos afirmáis tiene una relación tan evidente con el espiritismo, que con toda razón podemos consideraros uno de los profetas de su advenimiento. Desde luego, la Providencia os había colocado en el medio donde, por el hecho mismo de vuestros principios, vuestras palabras habrían de tener más autoridad. ¿Las comprendieron los de vuestro partido? ¿Las comprenden ahora? Nos permitimos dudar de que así sea.

Dado que actualmente podéis observar las cosas de un modo más amplio, abarcando horizontes más vastos, nos agradaría contar con vuestra apreciación acerca del *espíritu profético*, así como de la parte que cabe al espiritismo en el movimiento regenerador.

Nos sentiríamos muy honrados de que a partir de ahora formarais parte del conjunto de Espíritus buenos que intervienen en nuestra instrucción.

Respuesta. Señores, si bien no es la primera vez que me encuentro entre vosotros, hoy me presento oficialmente, de modo que os ruego que aceptéis mi gratitud por las bondadosas palabras que habéis tenido a bien dirigirme, y que recibáis mis felicitaciones por la sinceridad y la dedicación con que realizáis vuestros trabajos.

El amor a la verdad fue mi único guía, y si bien en vida fui partidario de una secta que aprendí a juzgar con severidad, es porque creía que en ella encontraría los elementos y la fuerza de acción necesarios para llegar al conocimiento de esa verdad que imaginaba. He visto la Tierra prometida, pero no pude entrar en ella mientras vivía. Más dichosos que yo, señores, aprovechad el favor que se os concede por vuestra buena voluntad, para mejorar vuestro corazón y vuestro espíritu, y para

compartid esa dicha con vuestros hermanos en humanidad, que solo opondrán a vuestra propaganda la reserva natural que surge en cada hombre cuando se encuentra con lo desconocido.

Al igual que ellos, yo habría querido razonar vuestra creencia antes de aceptarla; pero no la habría despreciado, por más extraños que fueran sus medios de manifestación, y tan solo por el hecho de que podía afectar mis intereses o porque me agradara proceder de ese modo.

Pudisteis cercioraros de que, si bien estaba con el clero y era adepto de la moral del Evangelio, no era partidario de la inmutabilidad de la enseñanza ni de la imposibilidad de que la Voluntad divina volviera a manifestarse. Identificado con las santas Escrituras, que había leído, releído y comentado, tanto la letra como el espíritu me inducían a prever el nuevo advenimiento. Agradezco a Dios por eso, porque esa esperanza me hacía feliz; porque sentía intuitivamente que participaría de la dicha de conocer las nuevas verdades, dondequiera que me encontrara; y por mis hermanos en humanidad, que verían disiparse las tinieblas de la ignorancia y del error ante una evidencia irrefutable.

El espíritu profético abarca el mundo entero con sus efluvios regeneradores. Tanto en Europa como en América, en Asia, en todas partes, tanto entre los católicos como entre los musulmanes, en todos los países y en todos los climas, en todas las sectas religiosas, la nueva revelación se infiltra, con el niño que nace, con el joven que se desarrolla, con el anciano que se va. Algunos llegan con los materiales necesarios para edificar la obra, y otros aspiran a un mundo que les revelará los misterios que aquellos presenten. Y si la persecución moral os somete a su yugo, si el interés material y la posición social

detienen algunos hijos del Espíritu en su marcha ascendente, estos serán los mártires del pensamiento, cuyos sudores intelectuales fecundarán la enseñanza y prepararán las generaciones futuras para una vida nueva.

El espiritismo de Francia se manifiesta con otro nombre en Asia. Tiene agentes en las distintas variantes de la religión católica, así como entre los sectarios de la religión musulmana. En esos lugares, la revelación presenta un grado inferior de desarrollo. Es ahogada en sangre, mas no por eso detiene su marcha, y sus ramificaciones envuelven el mundo en una inmensa red, cuyas mallas se ajustan a medida que el elemento regenerador se despliega. Católicos y protestantes, en su intento por hacer que la nueva creencia penetre en los hijos del Islam, han encontrado obstáculos insuperables, y son muy pocos los adeptos musulmanes que se colocan bajo su estandarte.

El espíritu profético adoptó allí otra forma, pues acomodó su lenguaje y sus instituciones a las formas materiales y a los pensamientos íntimos de aquellos a los que se dirigía. Bendecid a la Providencia, que ve mejor que vosotros de qué modo y a través de quiénes debe aplicar el movimiento que impulsa a los mundos hacia lo infinito.

El deseo de nuevos conocimientos está en el aire que se respira, en el libro que se escribe, en el cuadro que se pinta. La idea se imprime en el mármol de la estatua y a través de la pluma del historiador, e incluso aquel que se asombra de ser considerado entre los espíritas, es un instrumento de la Omnipotencia para la edificación del espiritismo.

Interrumpo esta comunicación, pues resulta agotadora para el médium, que no está habituado a mi influjo fluídico. La continuaré en otra oportunidad, y volveré, porque tal es vuestro deseo, para contribuir con mi parte en vuestros traba-

jos, pues ya no me basta con ser testigo invisible o inspirador desconocido, conforme lo he hecho varias veces.

J. de Maistre

La Liga de la Enseñanza

2.° artículo

(Véase el número precedente, página 79.)

A propósito del artículo que publicamos sobre la Liga de la Enseñanza, el señor Macé, su fundador, nos ha remitido la siguiente carta, cuya publicación es para nosotros un deber. Así como expusimos los motivos en los que se apoya nuestra opinión restrictiva, también corresponde que divulguemos las explicaciones del autor:

Beblenheim, 5 de marzo de 1867.

Señor:

El señor Ed. Vauchez me ha comunicado lo que habéis escrito en la *Revista Espírita* acerca de la *Liga de la Enseñanza*, por lo que me tomo la libertad de remitiros, no ya una respuesta para que la publiquéis en vuestra *Revista*, sino algunas explicaciones personales acerca del *objetivo* que me propongo alcanzar y del *programa* que he elaborado. Me sentiría dichoso si esto pudiera disipar los reparos que impiden vuestra adhesión a un proyecto que, al menos en mi mente, no contiene la vaguedad que le atribuís.

Se trata de agrupar, en cada localidad, a las personas que se sientan en condiciones de realizar un acto de ciudadanía,

contribuyendo *personalmente* al desarrollo de la instrucción pública en su ámbito. Cada grupo tendrá necesariamente que elaborar su propio programa, y su alcance quedará necesariamente determinado por sus medios de acción. En tal sentido, me resulta imposible dar precisiones. Pero la *naturaleza* de esa acción, su punto fundamental, lo he precisado con absoluta claridad: ejercer la instrucción pura y simple, más allá de toda preocupación de secta y de partido. Tal es el primer artículo uniforme, escrito de antemano en el encabezamiento de todos los prospectos. Ahí estará su unidad moral. El grupo que infringiera dicha unidad, saldría de la liga de pleno derecho.

No pongo en duda que sois en extremo leal para convenir en que habrá lugar para alguna *decepción* cuando este programa se ejecute. Pero los únicos decepcionados serán quienes ingresen a la liga con la secreta esperanza de utilizarla para el éxito de una opinión particular. Esas personas están advertidas.

En cuanto a las intenciones que podría tener el propio autor del proyecto, así como a la confianza que se le puede conceder, permitidme que me remita a la respuesta que he dado en su oportunidad a una sospecha emitida en los *Anales del Trabajo*, de la que os ruego toméis conocimiento. Esa respuesta va dirigida a una duda acerca de mis tendencias liberales, pero también puede aplicarse a las dudas que algunos espíritas podrían abrigar respecto a la lealtad de mi declaración de neutralidad.

Espero, señor, que esas explicaciones os resulten bastante claras para modificar vuestra primera impresión, y que en ese caso tengáis a bien decírselo a vuestros lectores. Todo buen ciudadano debe apoyar con su influencia personal aquello que considera útil, y yo me siento tan convencido de la utilidad de nuestro proyecto de Liga, que me resulta imposible que pueda escapar a una mente tan experimentada como la vuestra.

Recibid, señor, mi cordial y fraternal saludo.

Jean Macé

El señor Macé tuvo a bien adjuntar a esta carta el número de los *Anales del Trabajo* en el que se encuentra la respuesta por él mencionada, y que reproducimos en su totalidad:

Beblenheim, 4 de enero de 1867.

Señor Redactor:

La objeción que habéis publicado acerca de una posible modificación de mis ideas liberales y, por consiguiente, del peligro, también posible, de que se imprima una dirección equivocada a la enseñanza de la Liga, me resulta penosa, por lo que os ruego que me permitáis responder a quienes os la han planteado, no por lo que concierne a mi persona –pues lo considero inútil–, sino en honor a mi idea, que no han comprendido. La Liga no enseñará nada, y no habrá que imprimirle ninguna dirección; de modo que es superfluo preocuparse desde ahora por las opiniones más o menos liberales de quien se propone fundarla.

Apelo a todos los que toman en serio el desarrollo de la instrucción en su región, y que desean trabajar en ella, tanto para con los otros, enseñando, como para sí mismos, aprendiendo. Los invito a que se asocien en todos los puntos del territorio; a que realicen un acto de ciudadanía, para combatir la ignorancia con sus recursos y con su propia persona, pues esto vale más aún; los invito a que persigan uno tras otro a los malos padres que no envían a sus hijos a la escuela; a que avergüencen a los camaradas que no saben leer ni escribir, recordándoles que nunca es tarde para eso; a que les pongan

un libro y una pluma en la mano, de ser necesario, como improvisados profesores de lo que cada uno sepa; a crear cursos y fundar bibliotecas para los ignorantes que quieran dejar de serlo; en fin, a fundar en toda Francia un solo haz para brindarse mutuo apoyo contra las influencias enemigas, pues lamentablemente las hay cuyo incremento se considera peligroso para el nivel intelectual del pueblo.

En caso de que este movimiento universal se realizara, decidme, por favor, ¿en qué sentido preocupante podría ser dirigido por cualquier persona? Que se organicen, por ejemplo, en París, entre los obreros, *Sociedades de cultura intelectual* como las que existen por centenares en las ciudades de Alemania, y cuyo funcionamiento es explicado de un modo tan interesante por el señor Edouard Pfeiffer, el presidente de la Asociación de Instrucción Popular de Wurtemberg, en el número de *La Coopération* del 30 de septiembre último. Que en el suburbio de Saint-Antoine, en el barrio du Temple, en Montmartre, en Batignolles, grupos de trabajadores integrados a la Liga se reúnan determinados días para realizar veladas de instrucción con profesores de buena voluntad, o incluso remunerados ¿por qué no? –los obreros ingleses y alemanes no se privan de ese lujo–. Yo quisiera saber qué tendrían que hacer en ese lugar las doctrinas de este profesor de señoritas que dicta sus clases en Beblenheim, y que no tiene ningún interés en cambiar de alumnos. ¿Acaso esas personas no estarán en sus casas? ¿Acaso tendrán que pedirme permiso?

No niego el hecho de que tengo una doctrina en materia de enseñanza popular. Sin duda la tengo, pues de lo contrario no me colocaría en el lugar de mi propio jefe al frente de un movimiento como este. Acabo de formular esa doctrina en el *Anuario de la Asociación, de 1867*. Consiste en la negación

misma de toda dirección "en un sentido más que en otro", para servirme de la expresión de los que no están completamente seguros de mí; y me declaro dispuesto a poner a su servicio todo lo que yo pueda disponer de autoridad personal. No temo hablar de esto, pues tengo conciencia de haberlo ganado legalmente:

"Predicar al ignorante *en un sentido más que en otro* no sirve de nada y no lo ayuda, pues luego queda a merced de las prédicas contrarias, y acaba sabiendo menos que antes. Otra cosa es que aprenda lo que saben quienes le predican. Estará en condiciones de predicarse a sí mismo, y los que teman que pueda resultar un mal predicador de sí mismo, pueden estar tranquilos por anticipado. La instrucción no tiene dos maneras de proceder sobre quienes la poseen. Si estos se encuentran bien, ¿por qué dicha instrucción no prestaría el mismo servicio a los otros?"

Si vuestros corresponsales "de afuera" conocen una manera más liberal de entender la cuestión de la enseñanza popular, que tengan a bien enseñármela. Yo no conozco otra.

Jean Magé

Posdata. Me pedís que responda una pregunta que os han hecho acerca del destino de las sumas suscritas para la *Liga*.

La suscripción abierta en la actualidad se destina a cubrir los gastos de propaganda del proyecto. Publicaré en cada boletín, como acabo de hacerlo en el primero, el estado de ingresos y gastos, y rendiré mis cuentas, con comprobantes, a la comisión que se designe a tal efecto en la primera asamblea general.

Cuando la Liga quede constituida, el empleo de las contribuciones anuales debería determinarse –al menos esa es mi opinión– en el seno de los grupos de adherentes que se formen. Cada grupo fijaría la cuota que considere conveniente aportar al fondo general de propaganda de la obra, hacia el cual irían también las cuotas de los adherentes que no deseen comprometerse con un grupo en particular.

Reflexiones acerca de las cartas precedentes

Tal vez se deba a la falta de perspicacia de nuestra inteligencia, pero debemos confesar, con toda humildad, que no hemos quedado más esclarecidos que anteriormente. Diremos incluso que esas explicaciones confirman nuestra opinión. Nos habían dicho que el autor del proyecto tenía un programa bien definido, pero que no lo daría a conocer hasta que contara con suficientes adhesiones. Esa manera de proceder no nos parecía ni lógica ni práctica, porque racionalmente no es posible adherir a lo que no se conoce. Ahora bien, la carta que el señor Macé tuvo a bien escribirnos no da a entender eso en absoluto, pues dice lo contrario: "Cada grupo tendrá necesariamente que elaborar su propio programa", lo que significa que el autor no tiene uno que le pertenezca. De ahí resulta que, si hay mil grupos, puede haber mil programas; se trata de una puerta abierta a la anarquía de los sistemas.

Agrega, por cierto, que ha precisado el punto fundamental *con absoluta claridad*, mediante la indicación del objetivo: "Ejercer la instrucción pura y simple, más allá de toda preocupación de secta y de partido". Ese objetivo es loable, sin

duda, pero apenas vemos en él una buena intención, y no la precisión indispensable para las cuestiones prácticas.

"El grupo –agrega– que infringiera esa unidad, saldría de la Liga de pleno derecho." Ahí está la medida conminatoria. ¡Vaya!, esos grupos tendrán la libertad de salir de la Liga, para formar otras ligas, y sin suponer que han cometido algún demérito. Resulta, pues, que la Liga principal estará desunida desde el principio, a falta de una visión de conjunto. El objetivo señalado es tan general que da lugar a un error de aplicaciones muy contradictorias, y dado que cada cual lo interpretará conforme a sus opiniones personales, creerá que está en lo cierto. Además, ¿dónde está la autoridad que pueda legalmente pronunciar esa exclusión? No existe. No habría ningún centro regulador facultado para evaluar o controlar los programas individuales que se apartaran del proyecto general. Como cada grupo constituye su propia autoridad y su centro de acción, es el único juez de lo que hace. Consideramos que, con esas condiciones, resulta imposible un entendimiento.

Hasta aquí, solo vemos en ese proyecto una idea general. Ahora bien, una idea no es un programa. Un programa es una línea trazada, de la que nadie puede apartarse conscientemente. Es un plan acordado hasta en los mínimos detalles, y que no deja nada sujeto a la arbitrariedad. Todas las dificultades de ejecución han sido previstas, y los caminos y los medios están señalados. El mejor programa es el que deja menos espacio a lo imprevisto.

"Me resulta imposible dar precisiones –dice el autor–, pues el alcance de cada grupo quedará necesariamente determinado por sus medios de acción." En otras palabras, por los recursos materiales de que disponga. Pero esa no es una razón. Todos los días se hacen planes, se elaboran proyectos,

subordinados a los medios eventuales de ejecución. Tan solo después de considerar un plan, el público decide asociarse a él, conforme haya comprendido su utilidad y observado los elementos necesarios para que tenga éxito.

Lo que se debería haber hecho en primer lugar, es señalar en la enseñanza los vacíos que se pretende cubrir, las necesidades a satisfacer. Si se hubiera dicho: "Nos proponemos favorecer la gratuidad de la enseñanza, retribuyendo o compensando a los maestros y las maestras; fundar escuelas donde no las hay; suplir la insuficiencia del material de instrucción en las escuelas demasiado pobres para proveerse de él; proporcionar libros a los niños que no pueden adquirirlos; establecer premios de estímulo para los estudiantes y los maestros; crear cursos para adultos; pagar a hombres talentosos para que, como misioneros, acudan a dictar conferencias instructivas en las zonas rurales, destruyendo las ideas supersticiosas con ayuda de la ciencia; definir el objeto y el espíritu de esos cursos y de esas conferencias, etc.". Si se hubieran dicho esas u otras cosas, solo entonces el objetivo se habría especificado con claridad. Y si luego se hubiera dicho: "Para alcanzar ese objetivo, hacen falta recursos materiales. Apelamos a los hombres de buena voluntad, a los amigos del progreso, a los que simpatizan con nuestras ideas, para que formen comités en los departamentos, distritos, cantones y comunas, los cuales se encargarán de recibir las suscripciones. No habrá una caja general y central, pues cada comité tendrá la suya, cuyo empleo dispondrá conforme al programa establecido, en función de los recursos con que cuente: si recibe mucho, hará mucho; si recibe poco, hará menos. Con todo, habrá un comité director, encargado de centralizar la información, de transmitir los avisos y las instrucciones necesarias, de resolver las dificultades que pudieran surgir, de imprimir en el conjun-

to un sello de unidad, sin el cual la *liga* sería una palabra vana. Se entiende por *liga* una asociación de individuos que avanzan de común acuerdo y solidariamente hacia la realización de un objetivo determinado. Ahora bien, desde el momento en que cada uno puede entender ese objetivo a su manera, y obrar como le plazca, ya no hay liga ni asociación.

En este caso, no solo se trata de alcanzar un objetivo. Desde el momento en que su realización depende de un capital reunido a través de suscripciones, también hay una combinación financiera. La parte económica del proyecto no puede quedar sujeta al capricho de los individuos, ni a merced de los acontecimientos, so pena de que se fracase. Requiere una elaboración previa, un plan concebido seriamente, con visión de futuro, y que contemple todas las eventualidades.

Un punto fundamental, en el que al parecer no se ha pensado, es el siguiente: dado que el objetivo propuesto es *permanente*, y no temporario –como sucede cuando se requiere mitigar una desgracia o construir un monumento–, los recursos deben ser *permanentes*. La experiencia demuestra que nunca se debe contar solo con suscripciones voluntarias, regulares y perpetuas, porque si se operara directamente con el producto de las suscripciones, dicho producto sería absorbido muy pronto. Si se pretende que la operación no se interrumpa desde el comienzo, es necesario contar con una renta, para no vivir del capital. Por consiguiente, hay que capitalizar las suscripciones de la manera más segura y productiva. ¿De qué modo? ¿Con qué garantía y bajo qué control? Esto es lo que todo proyecto fundado en un movimiento de capitales debe prever y determinar sobre todas las cosas, antes de recibir nada, así como también debe determinar el empleo y la distribución de los fondos abonados con anticipación, en

caso de que, por alguna causa, dejen de abonarse. Debido a su naturaleza, el proyecto implica una parte económica, tanto más importante cuanto que de ella depende su futuro, y que en este caso falta por completo.

Supongamos que, antes de que se crearan las compañías de seguros, un hombre hubiera dicho. "Los incendios causan estragos con mucha frecuencia, razón por la cual he pensado que, si nos asociáramos mediante el pago de una cuota, podríamos atenuar los efectos de ese flagelo. ¿De qué modo? Lo ignoro. Suscribíos primero, y después ya veremos. Vosotros mismos buscaréis los medios que más os convengan, e intentaréis poneros de acuerdo". A muchos les agradó la idea, desde luego. No obstante, cuando tuvieron que poner manos a la obra, ¡con cuántas dificultades prácticas debieron enfrentarse, por no contar con una base elaborada previamente! Nos parece que, en el caso que nos ocupa, ocurre prácticamente lo mismo.

La carta publicada en los *Anales del Trabajo*, y transcripta más arriba, no aclara demasiado la cuestión. Confirma que el plan y la ejecución del proyecto dependen del arbitrio y la iniciativa de los suscriptores. Ahora bien, cuando una iniciativa se entrega a todos, nadie la toma. Por otra parte, aunque los hombres tengan suficiente criterio para evaluar si lo que se les ofrece es bueno o malo, no todos son capaces de elaborar una idea, sobre todo cuando abarca un campo tan vasto como este. Esa elaboración es el complemento indispensable de la idea original. Una liga es un cuerpo organizado que debe tener un reglamento y estatutos, para que avance de manera conjunta, en caso de que pretenda llegar a un resultado. Si el señor Macé hubiera elaborado estatutos, incluso provisorios, para luego ponerlos a consideración de los suscriptores –quienes habrían podido modificarlos, como ocurre en todas

las asociaciones–, le habría dado a esa Liga un cuerpo, un punto de confluencia, mientras que ahora no tiene ni lo uno ni lo otro. Diremos incluso que no tiene estandarte, pues en la carta mencionada se dice que: *La Liga no enseñará nada, y no habrá que imprimirle ninguna dirección; de modo que es superfluo preocuparse desde ahora por las opiniones más o menos liberales de quien se propone fundarla*. Comprenderíamos este razonamiento si se refiriera a una operación industrial; pero en un asunto tan delicado como la enseñanza, que se considera desde puntos de vista tan controvertidos, y que afecta los intereses más importantes del orden social, no entendemos que se pueda prescindir de la opinión de quien, en su carácter de fundador, debe ser el alma del emprendimiento. Aquella afirmación es un error lamentable.

Del vacío que impera en la economía del proyecto, resulta que, al suscribirse, nadie sabe a qué se compromete, ni por qué lo hace, pues ignora cuál será la dirección que tomará el grupo del que formará parte; e incluso se encontrará con suscriptores que no integrarán ningún grupo. La organización de esos grupos tampoco está determinada. Sus jurisdicciones, sus atribuciones, su ámbito de actividades: todo queda en el terreno de lo desconocido. Nadie está facultado para convocarlos. Al contrario de lo que ocurre en otros casos, no se creó ningún comité supervisor que regule y controle el destino de los fondos entregados con antelación, y con los que se cubren los gastos de propaganda de la idea. Dado que hay gastos generales realizados con los fondos de los suscriptores, estos deberían saber en qué consisten tales gastos. Por otra parte, el autor pretende que los suscriptores sean libres para organizarse como mejor les plazca. Sólo quiere ser el promotor del proyecto. De acuerdo, y está lejos de nosotros la idea de

levantar contra su persona la menor sospecha o desconfianza. Sin embargo, afirmamos que, para el funcionamiento regular de una operación de ese tipo, así como para garantizar su éxito, son indispensables algunas medidas preliminares, que en este caso han sido totalmente descuidadas. Lamentamos que así sea, incluso en aras de la propia obra. Si fue adrede, nos parece una idea sin fundamento; si fue por olvido, resulta desafortunado.

No estamos facultados para dar consejos al respecto, pero veamos de qué manera se procede por lo general en estos casos:

Cuando el autor de un proyecto que requiere una convocatoria a la confianza pública, no desea asumir toda la responsabilidad de su ejecución, y también pretende rodearse de más luces, ante todo reúne cierta cantidad de personas cuyos nombres sean una referencia, para que se asocien a su idea y la elaboren con él. Esas personas conforman un primer comité, que puede ser consultivo o cooperativo, además de provisorio, hasta que la operación quede definitivamente constituida y los interesados designen un consejo de administración permanente. Ese comité es para estos últimos una garantía, por el control que ejerce sobre las primeras operaciones, ya que informa acerca de las mismas, así como de los primeros gastos. Además, es un apoyo y un descargo de responsabilidad para el fundador. Dado que éste habla en nombre de muchos, afirmado en sus dictámenes, extrae de esa autoridad colectiva una fuerza moral que, sobre la opinión de las masas, siempre prevalece más que la autoridad de uno solo. Si se hubiera procedido de ese modo en el caso de la Liga de la Enseñanza, presentando dicho proyecto con las formas usuales y en condiciones más prácticas, no cabe duda de que los adherentes

habrían sido más numerosos. Sin embargo, tal como se presenta, pensamos que genera demasiados indecisos.

Como ese proyecto ha sido divulgado y, por consiguiente, se halla sujeto a la consideración de todos, no nos habríamos referido a él si no fuera porque, de algún modo, nos vimos obligados a hacerlo por las consultas recibidas. En principio, acerca de las cosas que desde nuestro punto de vista no podemos aprobar por completo, preferimos guardar silencio, a fin de no presentarles ningún obstáculo. Debido a que nos han solicitado nuevas explicaciones a partir de nuestro último artículo, consideramos que era necesario desarrollar nuestro parecer con mayor precisión. Con todo, reiteramos que solo se trata de nuestra opinión, y que esta no compromete a nadie. Nos complacería mucho que fuéramos los únicos en opinar de este modo, y que los hechos demostraran que estábamos equivocados. Adherimos plenamente a la idea original, pero no a su modo de ejecución.

Manifestaciones espontáneas

El molino de Vicq-sur-Nahon

Con el título *El diablo del molino*, el periódico *Le Moniteur de l'Indre*, de febrero de 1867, contiene el siguiente relato:

"El señor François Garnier es un granjero y molinero del poblado de Vicq-sur-Nahon. Nos agradaría pensar que es un hombre tranquilo, pero ocurre que, desde el mes de septiembre, su molino se ha convertido en el escenario de fenómenos

milagrosos, que permiten suponer que el Diablo, o como mínimo un Espíritu burlón, fijó allí su domicilio. Por ejemplo, parece fuera de duda que, diablo o Espíritu, el autor de los hechos que vamos a relatar prefiere dormir por las noches, pues solo *trabaja* de día.

"Nuestro Espíritu adora jugar con las sábanas de las camas. Las toma sin que nadie lo note, y se las lleva para esconderlas, ya sea en un tonel, en el horno, o debajo de los fardos de heno. Transporta de una caballeriza a otra las sábanas de la cama del mozo de cuadra, quien más de una hora después las encuentran en el heno o en un comedero. Para abrir las puertas, el Espíritu de Vicq-sur-Nahon no necesita las llaves. Cierto día, el señor Garnier, en presencia de sus sirvientes, cerró con dos vueltas la puerta de la panadería, y luego se guardó la llave en el bolsillo. Sin embargo, la puerta se abrió casi de inmediato, en presencia del propio Garnier y sus sirvientes, sin que nadie pudiera explicarlo.

"En otra ocasión, el 1.° de enero –una manera original de desearle a alguien un feliz Año Nuevo–, poco antes del anochecer, el colchón de plumas, las sábanas y las mantas de una cama ubicada en uno de los cuartos, aparecieron en el piso, cerca de la puerta del cuarto, sin que la cama se moviera en absoluto. Garnier y los suyos decidieron cambiar las camas de lugar, con la esperanza de conjurar la brujería, pero los hechos diabólicos que acabamos de relatar se repitieron con más intensidad. En varias oportunidades, el mozo de cuadra encontró abierto el baúl donde guardaba sus cosas, que estaban esparcidas por toda la caballeriza.

"Pero hay dos circunstancias en las que se revela por completo la diabólica habilidad de ese Espíritu. Entre los sirvientes del señor Garnier, hay una niña de trece años de edad, llamada

Marie Richard. Cierto día, mientras se encontraba en uno de los cuartos, la niña vio de repente que los objetos de culto de un pequeño oratorio, que se encontraban sobre la repisa de la chimenea, comenzaron a desplazarse sobre la cama. Había cuatro jarrones, un Cristo, tres copas, dos vasos, en uno de las cuales había agua bendita, más una pequeña botella que también estaba llena de agua bendita. Dichos objetos comenzaron a ocupar su lugar en ese altar improvisado, uno tras otro, como si obedecieran las órdenes de un ser invisible. La puerta del cuarto estaba entreabierta, y cerca de ella se encontraba la mujer del hermano de la pequeña Richard. Una sombra *salió* de entre aquellos objetos –según lo dicho por la pequeña Richard–, se dirigió a la niña y le encomendó que invitara a sus amos a que repartieran pan bendito y mandaran a que se diga una misa. La niña lo prometió, y durante nueve días reinó la calma en el molino. Garnier se ocupó de que el cura de Vicq dijera una misa y distribuyera pan bendito; pero al día siguiente, 15 de enero, las diabluras empezaron de nuevo.

"Las llaves desaparecían. Las puertas que se dejaban abiertas aparecían cerradas, y cuando un cerrajero al que llamaron para abrir la puerta del molino no pudo hacerlo, se vieron en la necesidad de romper la cerradura. Estos hechos ocurrieron el 29 de enero. Ese mismo día, hacia el mediodía, a la hora en que los sirvientes almorzaban, la pequeña Richard tomó una jarra de refresco y comenzó a servirse. En ese mismo instante, el reloj del señor Garnier, que colgaba de un clavo en la chimenea, cayó dentro del vaso de la niña. Colocaron el reloj en su lugar, pero entonces la pequeña Richard, al intentar servirse de un plato que estaba sobre la mesa, tiró el reloj con la cuchara. Por tercera vez devolvieron el reloj a su lugar, y por tercera vez la pequeña Richard lo encontró dentro de una olla

que hervía en el fuego, junto con una botellita que contenía un medicamento, y cuya tapa le saltó a la cara.

"En síntesis, el terror se apoderó de los habitantes del molino, y ya nadie quería permanecer en una casa embrujada. Por último, Garnier decidió avisar al señor comisario de policía de Valençay, quien acudió a Vicq con dos gendarmes. Pero al diablo no le pareció oportuno mostrarse ante los agentes de la autoridad. Estos se limitaron a recomendar al señor Garnier que despidiera a la pequeña Richard, cosa que hizo de inmediato. ¿Habrá bastado dicha medida para espantar al diablo? Esperemos que sí, para tranquilidad de los habitantes del molino."

En un número posterior, *Le Moniteur de l'Indre* contiene lo que sigue:

"En su oportunidad, habíamos contado todas las diabluras que ocurrían en el molino de Vicq-sur-Nahon, cuyo arrendatario es el señor Garnier. Esas diabluras, cómicas en un principio, se tornaron trágicas. Después de las bromas, las travesuras y los pases de magia, el diablo recurrió a un incendio.

"El día 12 de este mes, dos tentativas de incendio tuvieron lugar casi simultáneamente en las caballerizas del señor Garnier. La primera vez, hacia las cinco de la tarde, el fuego comenzó en el heno junto a las camas de los mozos de cuadra. La segunda, aproximadamente una hora después, pero en otro establo, el fuego también surgió en el heno, al pie de una cama.

"Por fortuna, esos dos incendios fueron sofocados por el padre de Garnier, de ochenta años de edad, y sus sirvientes, a quienes les había advertido la referida Marie Richard.

"Nuestros lectores recordarán que esa niña, de catorce años, era siempre la primera testigo de las brujerías que ocu-

rrían en el molino, hasta que el señor Garnier, siguiendo los consejos del comisario de policía, despidió a la pequeña Richard. Cuando se declararon los dos incendios, esa niña estaba de regreso en el molino, desde hacía quince días. Fue ella quien descubrió los incendios del 12 de marzo.

"A partir de las investigaciones realizadas en el molino, las sospechas recayeron sobre dos sirvientas.

"La familia Garnier quedó tan conmocionada por lo ocurrido en su molino, que está convencida de que el diablo, o por lo menos algún Espíritu maligno, se instaló en su hogar."

Uno de nuestros amigos escribió al señor Garnier para solicitarle que le hiciera saber si los hechos relatados en el periódico eran auténticos o si se trataba de simples cuentos escritos por placer, y que en todo caso le dijera qué había de cierto o de exagerado en dicho relato.

El señor Garnier respondió que todo era absolutamente cierto y conforme a la declaración que él mismo había hecho al comisario de policía de Valençay. También confirmó los dos incendios, y agregó que el periódico no lo había dicho todo. En su carta, señala que los hechos se producían desde hacía cuatro o cinco meses, y que debido a su reiteración y a que no había podido descubrir al autor, se había visto obligado a realizar dicha declaración. Concluye diciendo: "Desconozco, señor, con qué fin me habéis pedido esta información. Pero si tenéis algún conocimiento acerca de esas cosas, os ruego que os apiadéis de mí, pues os aseguro que no estamos a gusto en nuestra casa. Si acaso pudierais encontrar alguna manera de descubrir al autor de esos hechos escandalosos, nos haríais un gran favor".

Un punto importante para aclarar consistía en saber de qué modo la jovencita participaba de los fenómenos, es decir, si lo hacía deliberadamente y por malicia, o bien mediante una influencia inconsciente. Al respecto, el señor Garnier dice que, como la niña había estado fuera de la casa durante quince días solamente, él no había podido determinar los efectos de su ausencia, pero que no sospechaba de ella, en el sentido de que fuera malvada, como tampoco de los otros sirvientes. Además, casi siempre era la niña quien anunciaba los fenómenos que ocurrían fuera de su alcance, pues había dicho varias veces: "Hay una cama que está siendo desarreglada en tal cuarto", y cuando acudían al lugar, sin perderla de vista, encontraban el desorden. De igual modo, ella había advertido acerca de los dos incendios ocurridos después de que regresara a la casa.

Como vemos, esos hechos pertenecen al mismo género que los fenómenos ocurridos en Poitiers (véase la *Revista* de febrero y marzo de 1864, páginas 47 y 78, y de mayo de 1865, página 134); en Marsella (abril de 1865, página 121); en Dieppe (marzo de 1860, página 76), así como en tantos otros lugares, y a los que se puede denominar *manifestaciones revoltosas y perturbadoras*.

En primer lugar, señalaremos la diferencia que existe entre el tono de este relato y el del periódico de Poitiers, escrito en oportunidad de lo ocurrido en dicha ciudad. Recordamos el diluvio de sarcasmos que hicieron llover sobre los espíritas, así como la persistencia en sostener, contra la evidencia, que los fenómenos no podían ser otra cosa sino bromas de mal gusto que no tardarían en descubrirse, pero que finalmente nunca se descubrieron. En cambio, *Le Moniteur de l'Indre*, más prudente, se limita a publicar un relato que no está sazonado con

ninguna burla inoportuna, y que además implica una afirmación del fenómeno, más que una negación.

También debemos señalar que los hechos de ese género han ocurrido mucho antes de que se hablara de espiritismo, y que luego de eso casi siempre tuvieron lugar entre personas que no conocían esa doctrina siquiera de nombre, con lo cual queda excluida cualquier influencia que pueda tener origen en la creencia o en la imaginación. Si acusaran a los espíritas de simular esas manifestaciones con un fin propagandístico, entonces preguntaremos qué es lo que las produjo antes de que existieran los espíritas.

Puesto que solo conocemos lo que pasó en el molino de Vicq-sur-Nahon a través de un relato, nos limitaremos a observar que nada de lo dicho se aparta de lo que el espiritismo admite como posibilidad, como tampoco de las condiciones normales en que tales hechos pueden ocurrir. Esos hechos se explican mediante leyes por completo naturales y, por consiguiente, no tienen nada de maravilloso. Tan solo la ignorancia respecto de esas leyes ha hecho que hasta la actualidad se los considere efectos sobrenaturales, como ha ocurrido con casi todos los fenómenos cuyas leyes la ciencia reveló más tarde.

Lo que puede resultar más extraordinario, y que se explica menos fácilmente, es el fenómeno de las puertas que se abren después de haber sido cuidadosamente cerradas con llave. Las manifestaciones modernas presentan muchos ejemplos al respecto. Un hecho análogo ocurrió hace algunos años en Limoges (véase la *Revista* de agosto de 1860, página 249). El estado de nuestros conocimientos aún no nos permite explicar esos hechos de manera concluyente, pero eso no los impugna en absoluto, porque estamos lejos de conocer en su totalidad las leyes que rigen el mundo invisible, ni las fuerzas que ese mun-

do contiene, como tampoco las aplicaciones de las leyes que sí conocemos. El espiritismo aún no ha dicho su última palabra, ni mucho menos, tanto acerca de las cosas físicas como de las cosas espirituales. Muchos descubrimientos serán el resultado de observaciones ulteriores. De algún modo, el espiritismo no ha hecho hasta ahora más que sentar las bases de una ciencia cuyo alcance es desconocido. Con el auxilio de lo que ya descubrió, abre para los que vengan después de nosotros el camino de las investigaciones en un orden especial de ideas. Solo procede mediante observaciones y deducciones, y nunca por suposición. Si se comprueba un hecho, el espiritismo considera que debe tener una causa, y que esa causa solo puede ser natural, de modo que procede a buscarla. A falta de una demostración categórica, puede elaborar una hipótesis, pero hasta que se obtenga la confirmación, es decir, solo como hipótesis, y no como una verdad absoluta. En relación con el fenómeno de las puertas que se abren, al igual que con el de los aportes a través de cuerpos sólidos, su causa aún se mantiene reducida a una hipótesis basada en las propiedades fluídicas de la materia, muy imperfectamente conocidas, o mejor dicho, que por el momento solo se sospechan. Si el hecho en cuestión está confirmado por la experiencia, debe tener, como hemos dicho, una causa natural. Si ese hecho se repite, significa que no se trata de una excepción, sino de una ley. Así, la posibilidad de que san Pedro se liberara de su prisión, narrada en los *Hechos de los Apóstoles*, capítulo XII, quedaría demostrada sin que hiciera falta recurrir a un milagro.

Entre todos los efectos mediúmnicos, las manifestaciones físicas son las más fáciles de simular, de modo que es necesario cuidarse de aceptar con demasiada ligereza la autenticidad de los hechos de ese género, ya sean espontáneos –como los del

molino de Vicq-sur-Nahon– o provocados conscientemente por un médium. Es cierto que una imitación solo resultaría grosera e imperfecta, pero con habilidad se podría engañar fácilmente, como se hacía en una época con la doble vista, a los que ignoran las condiciones en que los fenómenos auténticos pueden producirse. Hemos visto supuestos médiums con una rara habilidad para simular los aportes, la escritura directa y otros géneros de manifestaciones. Por consiguiente, solo con prudencia hay que admitir la intervención de los Espíritus en ese tipo de cosas.

En el caso que nos ocupa, no afirmamos dicha intervención, sino que nos limitamos a decir que es posible. Tan solo los dos principios de incendio podrían dar lugar a la sospecha de una acción humana motivada por la maldad, que sin duda se descubrirá en el futuro. De todos modos, es bueno señalar que, gracias a la clarividencia de la niña, lograron evitar sus efectos. Con excepción de este último hecho, los otros fueron travesuras sin consecuencias desagradables. Si son obra de los Espíritus, no pueden proceder más que de Espíritus frívolos, que se divierten con los sobresaltos y la ansiedad que provocan. Sabemos que hay Espíritus de todos los caracteres, como en la Tierra. La mejor manera de deshacerse de ellos es no inquietarse y agotar su paciencia, que nunca dura demasiado cuando observan que no causan ninguna preocupación. Esto se les demuestra riéndose de sus travesuras y desafiándolos a que hagan más. En cambio, el medio más seguro de incitarlos a perseverar consiste en molestarse y enfurecerse por lo que hacen. También es posible deshacerse de ellos evocándolos con la ayuda de un buen médium, y con oraciones en su favor. En tal caso, al conversar con ellos, se puede saber quiénes son y qué pretenden, así como hacerlos entrar en razón.

Por otra parte, ese tipo de manifestaciones genera un resultado más serio: propagar la idea del mundo invisible que nos rodea, así como afirmar su acción sobre el mundo material. Por eso ocurren preferentemente entre personas ajenas al espiritismo, más que entre los espíritas, pues estos no las necesitan para convencerse.

En tales casos, el fraude a veces puede ser tan solo una broma inocente, o un modo de darse importancia, haciendo creer en una facultad que no se posee, o que apenas se posee de manera imperfecta. Con todo, la mayoría de las veces, su móvil es un interés evidente u oculto, y su objetivo es explotar la confianza de personas demasiado crédulas o sin experiencia. Entonces se trata de una verdadera estafa. Sería superfluo que insistamos en afirmar que los responsables de esa clase de engaños, aunque solo los motive el amor propio, no son espíritas, incluso si se presentan como tales. Los fenómenos auténticos tienen un carácter *sui generis*, y se producen en circunstancias que desafían cualquier sospecha. Un conocimiento completo de esos caracteres y esas circunstancias permite que el fraude se descubra fácilmente.

Si estas explicaciones se ponen en conocimiento del señor Garnier, en ellas encontrará la respuesta a la pregunta que formuló en su carta.

Uno de nuestros corresponsales nos ha enviado el relato, escrito por un testigo ocular, de manifestaciones análogas que ocurrieron en enero último en el pueblo de la Basse-Indre (Loira Inferior). Tales manifestaciones consistieron en golpes que se hacían oír con obstinación, durante varias semanas, y que conmocionaron a los habitantes de una casa. Todas las búsquedas e investigaciones que la autoridad llevó a cabo para descubrir la causa, no condujeron a nada. Por otra parte, ese

hecho no presentaba ninguna particularidad extraordinaria, salvo porque, como todas las manifestaciones espontáneas, llamó la atención hacia los fenómenos espíritas.

En lo que se refiere a las manifestaciones físicas, las que se producen de ese modo, espontáneamente, ejercen sobre la opinión pública una influencia muchísimo mayor que los efectos provocados directamente por un médium, ya sea porque tienen más repercusión y notoriedad, o bien porque no dan tanto lugar a la sospecha de charlatanismo y de prestidigitación.

Esto nos recuerda un hecho ocurrido en París, en el mes de mayo del año pasado. Lo referimos tal como fue narrado en su momento por *Le Petit Journal*.

Manifestaciones de Ménilmontant

"Un hecho singular se repite con frecuencia en el barrio de Ménilmontant, sin que hasta el momento se haya podido explicar su causa.

"El señor X…, fabricante de bronces, vive en un edificio ubicado en el fondo de la casa principal, y al que se accede por el jardín. Los talleres se encuentran a la izquierda, y el comedor está a la derecha. Sobre la puerta del comedor hay un timbre, cuyo cable llega hasta un llamador que está en la entrada del jardín. El camino es bastante largo para que una persona pueda llamar y huir antes de que lleguen a abrirle.

"En varias oportunidades, el capataz escuchó el timbre y se dirigió a la puerta, pero no encontró a nadie. Al principio, pensaron que se trataba de una broma. No obstante, por más que se mantuvieron al acecho y se aseguraron de que el

cable funcionara bien, no descubrieron nada, y la maniobra continuaba. Cierto día, el timbre sonó mientras el señor y la señora X… se encontraban precisamente debajo de él, a la vez que un aprendiz estaba en la entrada, junto al llamador. Esa circunstancia se repitió tres veces en una misma tarde. Agreguemos que a veces el timbre sonaba con suavidad, y otras lo hacía de manera muy ruidosa.

"Después de algunos días, el fenómeno cesó; pero antes de ayer, durante la noche, volvió con más persistencia.

"La señora X… es una mujer muy piadosa, y en su tierra creen que los muertos acuden a sus parientes para solicitarles plegarias. Entonces se acordó de una tía difunta, y creyó que había encontrado la explicación. Sin embargo, las plegarias, las misas y las novenas, no sirvieron de nada: el timbre sigue sonando.

"Un distinguido metalúrgico, a quien relataron lo sucedido, pensó que se trataba de un fenómeno científico, y que determinada cantidad de agua fuerte y de vitriolo, que había en el taller, podía liberar una fuerza suficientemente grande para que el cable del timbre se moviera. Retiraron del lugar esas sustancias, pero el hecho no dejó de producirse.

" 'No buscamos una explicación, pues el asunto corresponde a los científicos', dice *La Patrie*, que bien podría equivocarse. Al final, esa clase de misterios suelen explicarse sin que la ciencia tenga que descubrir en ellos el más mínimo fenómeno aún desconocido."

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Misión de la mujer

(Lyón, 6 de julio de 1866. Grupo de la señora Ducard. Médium: señora B…)

A diario los acontecimientos de la vida os brindan enseñanzas que puedan serviros de ejemplo. Sin embargo, los experimentáis sin comprenderlos, sin realizar alguna deducción útil a partir de las circunstancias que los provocaron. Con todo, en esta unión íntima de la Tierra y el Espacio, de los Espíritus libres y los Espíritus cautivos, comprometidos con la realización de su tarea, se encuentran esos ejemplos cuyo recuerdo debe perpetuarse entre vosotros: la paz propuesta en la guerra. Una mujer, cuya posición social atrae todas las miradas, como humilde hermana de la caridad, acude para llevar a todos el consuelo de su palabra, el afecto de su corazón, la caricia de sus ojos. Ella es emperatriz. En su frente brilla una corona de diamantes. Pero olvida su rango, olvida el peligro, para dirigirse hacia el lugar del sufrimiento, y deciros: "¡Consolaos! ¡Aquí estoy! ¡No sufráis más! ¡Os ruego que no os inquietéis, pues yo cuidaré de vuestros huérfanos…!" El peligro es inminente, el contagio está en el aire, y aun así ella recorre, tranquila y radiante, esos lechos donde yace el dolor. No calculó nada; nada temió, y fue hacia donde la llamaba su corazón, como la brisa que remoza las flores marchitas y endereza sus tallos tambaleantes.

Ese ejemplo de fervor y abnegación, cuando los esplendores de la vida deberían engendrar el orgullo y el egoísmo, sin duda es un estímulo para las mujeres que se conmueven con

esa exquisitez de sentimiento que Dios les ha dado para que realicen su tarea. Porque ellas son las principales encargadas de propagar el consuelo y, sobre todo, la reconciliación. ¿No tienen ellas la gracia y la sonrisa, el encanto de la voz y la ternura del alma? A ellas Dios confía los primeros pasos de sus hijos. Él las ha elegido como nodrizas de las delicadas criaturas que van a nacer.

Ese Espíritu rebelde y orgulloso, cuya existencia será una lucha constante contra la desgracia, ¿acaso no se presenta para pedirle a ella que le inculque otras ideas, diferentes de las que trae consigo al nacer? Hacia ella tiende sus pequeñas manos. Su voz, otrora bronca, y su acento, que vibraba como hojalata, se suavizarán cuando diga "mamá".

Es a la mujer a quien implora ese dulce querubín, que viene a aprender a leer en el libro de la ciencia. Para complacerla, él hará el esfuerzo de instruirse y ser útil a la humanidad. También hacia ella tiende las manos ese joven que se ha desviado del camino y que desea regresar al bien. Él no se atrevería a implorarle a su padre, de quien teme su enojo, sino a su dulce y generosa madre, que para él no tendrá más que olvido y perdón.

¿No son ellas las flores animadas de la vida, la abnegación inalterable, esas almas que Dios creó mujeres? Ellas atraen y encantan. Se las denomina *la tentación*, pero deberían llamarlas *el recuerdo*, porque su imagen queda grabada con caracteres inefables en el corazón de sus hijos, cuando ellas no están más. No se las valora en el presente, sino en el pasado, cuando la muerte las ha llevado de regreso a Dios. Entonces sus hijos las buscan en el Espacio, como el marinero busca la estrella que lo conducirá al puerto. Ellas son la esfera de atracción, la brújula del Espíritu que sigue en la Tierra y que espera reencontrarlas en el Cielo. Ellas son también la mano que condu-

ce y sostiene, el alma que inspira y la voz que perdona, y así como han sido el ángel del hogar terrestre, se convierten en el ángel consolador que enseña a orar.

¡Oh! Vosotras, que habéis sido oprimidas en la Tierra; mujeres a las que se considera esclavas de los hombres, porque habéis sido sumisas a su dominación, ¡vuestro reino no es de este mundo! Contentaos, pues, con la suerte que se os ha reservado. Continuad vuestra tarea como mediadoras entre el hombre y Dios, y comprended el alcance de vuestra intervención. Estáis ante un Espíritu violento, impetuoso, cuya sangre hierve en sus venas, y que se encolerizará; será injusto. Pero Dios ha puesto la dulzura en vuestros ojos, la caricia en vuestra voz. Miradlo, habladle, y la cólera se extinguirá, y la injusticia será eliminada. Es probable que sufráis, pero habréis salvado de una falta a vuestro compañero de ruta, y vuestra tarea se habrá cumplido. Aquel otro todavía es desdichado, sufre, la fortuna lo abandonó, ¡se considera un paria…! Con todo, existe un afecto a toda prueba, una abnegación constante para levantar ese ánimo abatido, para devolverle a ese Espíritu la esperanza que lo había abandonado.

Mujeres, vosotras sois las compañeras inseparables del hombre. Formáis con él una cadena indisoluble, que la desdicha no puede romper, que la ingratitud no debe ensuciar, y que no podría quebrarse, porque Dios mismo la ha formado. Y aunque a veces llevéis en el alma esas sombrías preocupaciones que acompañan vuestra lucha, regocijaos aún así, porque en ese inmenso trabajo de la armonía terrestre, Dios os ha dado la parte más bella.

¡Valor, pues! A vosotras, que vivís humildemente y trabajáis para mejorar vuestro interior, Dios os sonríe, porque os ha dado esa amenidad que caracteriza a la mujer. Ya sean

emperatrices, hermanas de la caridad, humildes trabajadoras o dulces madres de familia, las mujeres se hallan enroladas bajo el mismo estandarte, y llevan escritas en la frente y en el corazón esas dos palabras mágicas que abarcan la eternidad: amor y caridad.

Cárita

BIBLIOGRAFÍA

Cambio de título de *La Vérité* de Lyón

El periódico *La Vérité*, de Lyón, acaba de cambiar su título. A partir del 10 de marzo de 1867, adopta el de *La Tribune Universelle*, *periódico de la libertad de conciencia y el librepensamiento*. El anuncio y la exposición de motivos se encuentran en la siguiente nota, incluida en el número del 24 de febrero:

A nuestros hermanos y nuestras hermanas espíritas

Philalethes, el infatigable campeón que vosotros conocéis, consideró oportuno informaros que a partir de ahora orientará sus investigaciones hacia la filosofía general, y ya no solamente hacia el espiritismo, respecto del cual los científicos, debido a sus prejuicios, no quieren siquiera escuchar el nombre. ¡Pero no debéis suponer, queridos hermanos y queridas hermanas, que al quitarle la etiqueta a la bolsa, lo cual al fin y al cabo resulta tan indiferente, él pretenda –como tampoco nosotros– arrojar su contenido a la basura! En lo que nos con-

cierne personalmente, lamentaríamos mucho que nuestros lectores supusieran por un solo instante que nos proponemos renunciar a una idea en la cual hemos invertido todas las fuerzas vitales de que somos capaces. En la actualidad, la idea espírita forma parte integral de nuestro ser, y abandonarla significaría condenar a muerte nuestro corazón y nuestra mente.

No obstante, si somos espíritas, y precisamente porque creemos serlo en el verdadero sentido de la palabra, pretendemos mostrarnos caritativos y tolerantes para con todos los sistemas opuestos, de modo que deseamos correr hacia ellos, dado que ellos se niegan a venir hacia nosotros.

¿Acaso la etiqueta de espíritas pegada en nuestra frente significa para vosotros, señores negadores, un espantajo? Pues bien, de buen grado aceptamos quitárnosla, pero nos reservamos el derecho de llevarla alto en nuestras almas. Por consiguiente, ya no nos llamaremos *La Vérité, periódico del espiritismo*, sino *La Tribune Universelle*, *periódico de la libertad de conciencia y el librepensamiento*. Ese terreno es tan vasto como el mundo, y en él los sistemas de todo tipo podrán debatir a gusto, arriesgándose a confrontar con los tránsfugas de *La Vérité*, que reclamarán para sí mismos el derecho concedido a todos: la discusión. Entonces, inflamados por la lucha, inspirados por la fe y guiados por la razón, esperamos hacer que brille ante nuestros adversarios una luz tan intensa, que Dios y la inmortalidad se alzarán ante ellos, ya no como un horrible fantasma producto de siglos de ignorancia, sino como una dulce y suave visión en la que finalmente descansará la humanidad entera.

E. E.

* * *

Carta de un espiritista

al doctor Francisco de Paula Canalejas

Folleto impreso en Madrid[14], en lengua española; contiene los principios fundamentales de la doctrina espírita, extraídos de *¿Qué es el espiritismo?*, con esta dedicatoria:

"Al señor Allan Kardec, el primero que ha descrito con método y coordinado con claridad los principios filosóficos de la nueva escuela, dedica este limitado trabajo, su devoto correligionario".

A pesar de los obstáculos que las ideas nuevas enfrentan en ese país, el espiritismo encuentra en él simpatías más profundas de lo que podría suponerse, principalmente en las clases altas, donde cuenta con numerosos adeptos, fervientes y dedicados. Porque ahí, en materia de opiniones religiosas, los extremos se tocan y, como en todas partes, los excesos de algunos producen reacciones contrarias. En la antigua y poética mitología, el fanatismo habría sido el padre de la incredulidad.

Felicitamos al autor de ese opúsculo por su esmero en la propaganda de la doctrina, y le agradecemos su amable dedicatoria, así como las gentiles palabras que acompañan el envío del folleto. Sus sentimientos y los de sus hermanos en creencia se reflejan en esta frase característica de su carta: "Estamos dispuestos a todo, incluso a agachar la cabeza para recibir el martirio, así como la levantamos bien alto para confesar nuestra fe".

Allan Kardec

14. Imprenta de Manuel Galiano, Plaza de los Ministerios, 3. (N. de Allan Kardec.)

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 5 Mayo de 1867

Atmósfera espiritual

El espiritismo nos enseña que los Espíritus constituyen la población invisible del globo, que están en el espacio y entre nosotros, que nos ven y se codean con nosotros sin cesar, de tal modo que, cuando suponemos que estamos solos, esos testigos secretos de nuestras acciones y de nuestros pensamientos nos acompañan constantemente. Esto puede resultar molesto para algunas personas, pero, dado que es así, no se puede impedir que así sea. Le corresponde a cada uno hacer como ese sabio que no tendría miedo de que su casa fuera de vidrio. No cabe duda de que esa es la causa a la que se debe atribuir la revelación de tantas torpezas y malas acciones que se consideraban ocultas en la sombra.

Además, sabemos que en una reunión, aparte de los asistentes corporales, siempre hay oyentes invisibles, y que, como la permeabilidad es una de las propiedades del organismo de los Espíritus, estos pueden encontrarse en número ilimitado en un espacio concreto. Con frecuencia se nos ha informado

que, en algunas sesiones, los Espíritus estaban en cantidades innumerables. En la explicación impartida al señor Bertrand acerca de las comunicaciones colectivas que él obtuvo, se le dijo que el número de Espíritus presentes era tan grande, que la atmósfera se hallaba, por decirlo de algún modo, *saturada* de sus fluidos. Esto no es nuevo para los espíritas, pero tal vez no se han deducido todas sus consecuencias.

Sabemos que los Espíritus emanan fluidos que son saludables en mayor o menor medida, conforme a su grado de purificación. Conocemos el poder curativo de esos fluidos en algunos casos, y también sus efectos mórbidos, según cada individuo. Ahora bien, dado que el aire puede hallarse *saturado* de esos fluidos, ¿no es evidente que, conforme a la naturaleza de los Espíritus que abunden en un lugar determinado, el aire ambiente se encontrará cargado de elementos saludables o malsanos, que habrán de ejercer una influencia sobre la salud física tanto como sobre la salud moral? Cuando pensamos en la energía de la acción que un solo Espíritu puede ejercer sobre un hombre, ¿debemos sorprendernos de la que debe resultar de una aglomeración de cientos o de miles de Espíritus? Esa acción será buena o mala en función de que los Espíritus viertan en un medio determinado un fluido benéfico o perjudicial, que actúe a modo de emanaciones fortificantes o de miasmas deletéreos propagados en el aire. Así pueden explicarse ciertos efectos colectivos producidos sobre masas de individuos, el sentimiento de bienestar o de malestar que se experimenta en algunos medios y que no tiene una causa aparente conocida, la inducción colectiva hacia el bien o el mal, los impulsos generales, el entusiasmo o el desaliento, a veces esa especie de vértigo que se apodera de una asamblea, de una ciudad, e incluso de todo un país. Cada individuo, de

acuerdo con su grado de sensibilidad, sufre la influencia de esa atmósfera viciada o vivificante. Por medio de ese hecho, que parece indiscutible y que es confirmado a la vez por la teoría y la experiencia, encontramos en las relaciones del mundo espiritual con el mundo corporal un nuevo principio de higiene, que sin duda algún día la ciencia hará que se tome en cuenta.

Por consiguiente, ¿podemos sustraernos de esas influencias que emanan de una fuente inaccesible a los medios materiales? Sin duda alguna, porque así como saneamos los lugares insalubres, destruyendo la fuente de los miasmas pestilentes, también podemos sanear la atmósfera moral que nos rodea, y sustraernos de las influencias perniciosas de los fluidos espirituales malsanos. Hacer esto resulta más fácil que escaparnos de las exhalaciones pantanosas, porque depende únicamente de nuestra voluntad. Ese será uno de los mayores beneficios del espiritismo, cuando sea comprendido y, sobre todo, practicado universalmente.

Un principio, absolutamente comprobado por los espíritas, consiste en que las cualidades del fluido periespiritual son una consecuencia directa de las cualidades del Espíritu encarnado o desencarnado. Cuanto más elevados y libres de las influencias de la materia sean sus sentimientos, más purificado estará su fluido. Según los pensamientos que predominan en un encarnado, este irradia fluidos impregnados de esos mismos pensamientos, que los vician o los sanean, fluidos realmente materiales, aunque impalpables, invisibles para los ojos del cuerpo, pero perceptibles para los sentidos periespirituales, y visibles para los ojos del alma, ya que impresionan físicamente y adoptan apariencias muy diferentes para aquellos que están dotados de la visión espiritual.

Así pues, por el solo hecho de que haya una reunión de encarnados, los fluidos del ambiente serán saludables o insalubres, en función de que los pensamientos dominantes sean buenos o malos. Todo individuo que lleve consigo pensamientos de odio, de envidia, de celos, de orgullo, de egoísmo, de animosidad, de codicia, de falsedad, de hipocresía, de maledicencia, de maldad; en una palabra, pensamientos extraídos de la fuente de las malas pasiones, propagará alrededor suyo efluvios fluídicos malsanos, que reaccionarán sobre aquellos que lo rodeen. En cambio, en una reunión a la cual cada individuo lleve solamente sentimientos de bondad, de caridad, de humildad, de dedicación desinteresada, de benevolencia y de amor al prójimo, el aire estará impregnado de emanaciones saludables, en medio de las cuales uno se sentirá más a gusto.

Si ahora consideramos que los pensamientos atraen pensamientos de la misma naturaleza, y que los fluidos atraen fluidos similares, comprenderemos que cada individuo lleva consigo un cortejo de Espíritus afines, buenos o malos, y que de ese modo el aire está *saturado* de fluidos relacionados con los pensamientos que predominan. Si los pensamientos malos son minoritarios, no impiden que se produzcan buenas influencias, pero las paralizan. Si predominan, debilitan la irradiación fluídica de los Espíritus buenos, o incluso a veces impiden que los buenos fluidos penetren en ese medio, así como la niebla debilita o detiene los rayos del sol.

¿Cuál es, pues, el medio de sustraerse a la influencia de los malos fluidos? Ese medio resulta de la propia causa que genera el mal. ¿Qué se hace cuando se ha reconocido que un alimento es perjudicial para la salud? Se lo descarta y se lo reemplaza por un alimento más sano. Dado que los pensamientos malos son los que engendran los malos fluidos y los atraen, hay que

esforzarse para tener buenos pensamientos solamente, y rechazar todo lo que es malo, como se rechaza un alimento que puede enfermarnos. En suma, trabajar para nuestro mejoramiento moral y, para servirnos de una comparación del Evangelio, "no solamente limpiar el vaso por fuera, sino limpiarlo también, sobre todo, por dentro".

Cuando sea mejor, la humanidad notará que la atmósfera fluídica en la que vive se purifica, porque solamente le enviará buenos fluidos, y estos opondrán una barrera a la invasión de los malos. El día que la Tierra llegue a estar poblada solamente por hombres que practiquen entre sí las leyes divinas de amor y de caridad, nadie duda de que se encontrará en condiciones de higiene física y moral completamente diferentes de las que existen en la actualidad.

No hay duda de que ese tiempo está lejos aún, pero en el ínterin esas condiciones pueden existir parcialmente, de modo que a las reuniones espíritas les corresponde dar el ejemplo. Quienes hayan poseído la luz, serán tanto más reprensibles cuanto menos hayan empleado esos medios para instruirse, pues incurrirán en la responsabilidad de los retrasos que su ejemplo y su mala voluntad hayan causado en el mejoramiento general.

¿Acaso todo esto es una utopía, una vana declamación? No; es una deducción lógica, a partir de los hechos que el espiritismo nos revela a diario. En efecto, el espiritismo nos demuestra que el elemento espiritual, que hasta ahora se consideró la antítesis del elemento material, mantiene con este último una conexión íntima, de la que resulta una infinidad de fenómenos que no han sido observados o no se han comprendido. Cuando la ciencia haya asimilado los elementos que el espiritismo proporciona, extraerá de ellos nuevos e im-

portantes recursos para el mejoramiento material de la humanidad. De ese modo, cada día vemos que se amplía el círculo de las aplicaciones de la doctrina, que está lejos de hallarse limitada –como algunos piensan todavía– al pueril fenómeno de las mesas giratorias u otros efectos de pura curiosidad. El espiritismo tomó impulso realmente a partir del momento en que ingresó en el camino de la filosofía. Resulta menos divertido para algunas personas, que sólo buscaban en él una distracción, pero es mejor apreciado por las personas serias, y lo será mucho más, a medida que se comprendan mejor sus consecuencias.

El empleo de la palabra *milagro*

El periódico *La Vérité*, de Lyón, del 16 de septiembre de 1866, en un artículo titulado *Renan y su escuela*, presenta las siguientes reflexiones acerca de la palabra *milagro*.

"Renan y su escuela no se toman el trabajo de discutir los hechos; los rechazan *a priori*, y cometen el error de calificarlos como sobrenaturales y, por lo tanto, imposibles y absurdos. Les interponen una excepción de inadmisibilidad absoluta y un *desdén trascendental*. Renan ha dicho una frase eminentemente verdadera y profunda: *Lo sobrenatural no sería otra cosa más que lo superdivino*. Adherimos con toda nuestra fuerza a esa gran verdad, pero nos permitimos observar que la palabra *milagro* (*mirum*, cosa sorprendente y hasta ahora inexplicable) no quiere decir, ni mucho menos, inversión de las leyes de la naturaleza, sino más bien *flexibilidad de esas mismas leyes, que el espíritu humano no conoce aún*. Decimos incluso que siempre

habrá milagros porque, dado que el ascenso de la humanidad hacia un conocimiento cada vez más perfecto es siempre progresivo, ese conocimiento tendrá la constante necesidad de ser precedido y aguijoneado por hechos que parezcan maravillosos para la época en que se producen, y que solo más tarde serán comprendidos y explicados. Un escritor muy acreditado de nuestra escuela se dejó llevar por aquella objeción. (Allan Kardec) repite en varios pasajes de sus obras que no existen ni lo maravilloso ni los milagros, lo cual es una inadvertencia que resulta del falso sentido de *sobrenatural*, que es completamente rechazado por la etimología de la palabra. Nosotros decimos que, si la palabra *milagro* no existiera, para calificar fenómenos aún en estudio y que se apartan de la ciencia vulgar, habría que inventarla, por ser la más apropiada y la más lógica.

"Reiteramos que nada es sobrenatural, porque no hay nada en absoluto que sea concebible más allá de la naturaleza creada y de la naturaleza increada. Pero existe lo *sobrehumano*, es decir, los fenómenos que pueden ser producidos por seres inteligentes diferentes de los hombres, conforme a las leyes de su *naturaleza*, o bien producidos mediata o inmediatamente por Dios, conforme a su *naturaleza* y de acuerdo con las relaciones *naturales* que mantiene con sus criaturas."

Philálethès

Gracias a Dios, nosotros no ignoramos el sentido etimológico de la palabra *milagro*. Lo hemos demostrado en varios artículos, especialmente en uno de la *Revista* del mes de septiembre de 1860, página 267. Por lo tanto, no es por error ni por *inadvertencia* que rechazamos la aplicación de esa palabra a los fenómenos espíritas, por más extraordinarios que pudie-

ran resultar a primera vista, sino que lo hacemos con pleno conocimiento de causa e intencionalmente.

En su acepción usual, la palabra *milagro* perdió su significado primitivo, como tantas otras, comenzando por la palabra *filosofía* (amor a la sabiduría), que actualmente se utiliza para expresar las ideas más diametralmente opuestas, desde el más puro espiritualismo, hasta el materialismo más absoluto. Nadie pone en duda que, en el pensamiento de las masas, *milagro* implica la idea de un hecho extranatural. Preguntad a quienes creen en los milagros si acaso consideran que estos son efectos naturales. La Iglesia se mantiene firme en ese punto, al extremo de que impone el anatema a los que pretenden explicar los milagros a través de las leyes naturales. La propia Academia define esa palabra: *Acto del poder divino, contrario a las leyes conocidas de la naturaleza.- Verdadero, falso milagro.- Milagro comprobado.- Obrar milagros.- El don de los milagros*.

Para ser comprendido por todos, es necesario hablar como todos. Ahora bien, es evidente que, si nosotros hubiéramos calificado los fenómenos espíritas como milagrosos, el público habría malinterpretado el verdadero carácter de tales fenómenos, a menos que en cada oportunidad empleáramos un circunloquio para explicar que se trata de milagros que no son milagros conforme se los entiende generalmente. Puesto que la generalidad adhiere a la idea de una derogación de las leyes naturales, y que los fenómenos espíritas no son otra cosa más que la aplicación de esas mismas leyes, resulta mucho más simple y sobre todo más lógico decir directamente: "No, el espiritismo no hace milagros". De ese modo, no hay error ni falsa interpretación. Así como el progreso de las ciencias físicas destruyó una infinidad de prejuicios e integró en el orden de los hechos naturales una gran cantidad de efectos que otrora se conside-

raban milagrosos, de igual modo el espiritismo, mediante la revelación de nuevas leyes, restringe aún más el dominio de lo maravilloso. Decimos más: le da el golpe de gracia, razón por la cual no en todas partes se encuentra en olor de santidad, como tampoco lo están la astronomía y la geología.

Si los que creen en los milagros entendieran esa palabra en su acepción etimológica (hecho admirable), admirarían el espiritismo, en vez de imponerle el anatema. Y en lugar de meter a Galileo en la cárcel, por haber demostrado la imposibilidad de que Josué detuviera la marcha del sol, lo habrían coronado por revelarle al mundo cosas mucho más admirables, y que demuestran infinitamente mejor la grandeza y el poder de Dios.

Por las mismas razones, rechazamos la palabra *sobrenatural* del vocabulario espírita. *Milagro* mantendría su razón de ser en su etimología, y a menos que se determinara su acepción; pero *sobrenatural* es un absurdo desde el punto de vista del espiritismo.

La palabra *sobrehumano*, propuesta por Philálethès, también es impropia desde nuestro punto de vista, porque los seres que son los agentes primitivos de los fenómenos espíritas, si bien se encuentran en estado de Espíritus, no dejan de formar parte de la humanidad. La palabra *sobrehumano* tendería a sancionar la opinión, aceptada durante mucho tiempo, y destruida por el espiritismo, de que los Espíritus son criaturas aparte, ajenas a la humanidad. Otra razón perentoria radica en que muchos de esos fenómenos son el producto directo de Espíritus encarnados, por lo tanto, de hombres, y que en todos los casos requieren casi siempre el concurso de un encarnado. Por consiguiente, no son más sobrehumanos que sobrenaturales.

Otra palabra que también ha quedado completamente alejada de su significado primitivo es *demonio*. Sabemos que entre

los antiguos se llamaba *dáimon* a los Espíritus de cierto orden, intermediarios entre los hombres y aquellos a los que se denominaba *dioses*. Esa designación no implicaba originariamente ninguna mala cualidad; al contrario, se la tomaba en buen sentido. El demonio de Sócrates no era, por cierto, un Espíritu malo. En cambio, según la opinión moderna, que es producto de la teología católica, los demonios son ángeles caídos, seres aparte, esencial y perpetuamente condenados al mal.

Para ser consecuente con la opinión de Philálethès, sería preciso que, por respeto a la etimología, el espiritismo conservara también la calificación de *demonios*. Ahora bien, si el espiritismo hubiera llamado *milagros* a sus fenómenos, y *demonios* a los Espíritus, sus adversarios se habrían beneficiado. Lo habrían rechazado las tres cuartas partes de los que hoy lo aceptan, porque habrían visto en él un retorno a creencias que ya no son de nuestra época. Vestir al espiritismo con *ropas usadas* habría sido una torpeza. Se habría dañado seriamente a la doctrina, que se habría visto en dificultades para disipar las prevenciones que esas denominaciones inadecuadas habrían conservado.

Revista retrospectiva de las ideas espíritas

Castigo del ateo

"*Viaje pintoresco y sentimental al camposanto de Montmartre y al Père-Lachaise*, por Antoine Caillot[15], autor de la

15. Véase: *Voyage pittoresque et sentimental au champ du repos sous Montmartre, et à la maison de campagne du Père Lachaise à Montlouis*. París, 1808. (N. del T.)

Enciclopedia de las jóvenes doncellas y de las *Nuevas lecciones elementales de la historia de Francia*". Tal es el título del libro publicado en París, en 1808, y que actualmente es muy raro. El autor, después de presentar la historia y la descripción de esos dos cementerios, cita una gran cantidad de epitafios, a partir de cuyos pensamientos elabora reflexiones filosóficas impregnadas de un profundo sentimiento religioso. Comenzaremos por señalar el siguiente párrafo, que expresa claramente la idea de la reencarnación:

"¡Qué sabio, qué hombre profundamente religioso, fue el primero en llamar *Camposanto* a la última morada de este ser cuya existencia, hasta el último suspiro, fue atormentada por los seres que lo rodeaban, así como por sí mismo! Aquí todos descansan en el seno de la madre común, y en un sueño que es apenas *el precursor del despertar*, es decir, de una *nueva existencia*. La tierra conserva esos restos venerables como un depósito sagrado, y si bien se apresura a disolverlos, lo hace para purificar los elementos y tornarlos más dignos de la inteligencia que *algún día los reanimará para nuevos destinos*".

Más adelante, dice: "¡Oh! ¡Cuán sorprendido quedó el ciego y audaz mortal, que se atrevió a expulsarte de su mente y de su corazón (se refiere al ateo que reniega de Dios), cuando su alma compareció ante la Majestad infinita! ¡Cómo no vio que sus despojos ya no se agitaban y se estremecían de asombro y de terror! ¡Cómo su lengua helada no se reanimó para expresar el espanto que hirió su alma cuando la carne ya no se encontraba entre ella y tus divinas miradas! ¡Gran Dios! ¡Causa universal, alma de la naturaleza! Todos los seres te reconocen y te celebran como su único autor. Tan solo el hombre desvió de ti el espíritu inteligente y racional que le has dado para que te glorifique. ¡Ah! No hay duda, y me com-

place creerlo, de que no hubo uno solo entre los cuarenta mil mortales cuyos cuerpos yacen aquí, en el polvo, que no haya tenido la convicción de tu existencia y el sentimiento de tus adorables perfecciones.

"Cuando terminé de pronunciar esas palabras llenas de emoción, escuché un ruido a mi lado. Miré hacia el lugar del que procedía, ¡y percibí algo insólito y admirable! Un espectro, envuelto en su mortaja, había salido de una tumba y se dirigía seriamente hacia mí, para hablarme. ¿Será que esa aparición había sido un engaño de mi imaginación? No puedo asegurarlo. Con todo, el siguiente diálogo, que recuerdo muy bien, me permite creer que no fui el único interlocutor de dos roles simultáneos".

Aquí haremos una pequeña observación crítica. En primer lugar, acerca del término *espectro*, con el cual el autor califica la aparición, real o imaginaria. Esa palabra remite demasiado a las ideas lúgubres que la superstición atribuye al fenómeno de las apariciones, pero que en la actualidad se encuentra perfectamente *explicado* mediante el conocimiento de la constitución de los seres espirituales. En segundo lugar, hace que la aparición salga de una tumba, como si el alma residiera en ese lugar. Sin embargo, todo esto no es más que un detalle formal, que resulta de prejuicios arraigados desde hace mucho tiempo. Lo esencial reside en el cuadro que se presenta respecto de la situación moral de aquella alma, situación idéntica a la que nos revelan en la actualidad las comunicaciones con los Espíritus.

El autor transcribe el diálogo que mantuvo con el ser que se le apareció:

"Cuando el espectro se dirigió hacia mí, me hizo escuchar sus palabras con una voz singular, cuyo sonido me resulta im-

posible definir, pues nunca escuché una semejante entre los hombres:

"El Espectro. —Haces bien en adorar a Dios. Ten mucho cuidado de no imitarme jamás, porque he sido un ateo.

"Yo. —Entonces, ¿no creías en la existencia de un Dios?

"El Espectro. —No. Mejor dicho, fingía no creer en Él.

"Yo. —¿Qué razones tenías para no aceptar que el universo fue hecho y que está gobernado por una inteligencia suprema?

"El Espectro. —Ninguna. Por mucho que las busqué, no encontré ninguna que fuera sólida, y me limitaba a repetir vanos sofismas que había leído en las obras de algunos supuestos filósofos.

"Yo. —Si no contabas con buenas razones para ser ateo, ¿tenías motivos para simularlo?

"El Espectro. —Sin duda. Al ver a mis semejantes imbuidos de la idea de un Dios y del sentimiento de su existencia, el orgullo que me enceguecía me condujo a distinguirme de la multitud, de modo que afirmaba, ante todo el que quisiera escucharme, que Dios no existía y que el universo era obra del acaso o que siempre había existido. Me parecía glorioso pensar diferente al resto de los humanos en ese asunto tan importante, y *nada era más halagador para mí que ser considerado un escéptico suficientemente fuerte para enfrentar la creencia común a todos los hombres y a todos los siglos.*

"Yo. —¿No tenías otro motivo más que el orgullo para abrazar el ateísmo?

"El Espectro. —Sí, lo tenía.

"Yo. —¿Cuál era ese motivo? Dime la verdad.

"El Espectro. —¡La verdad…! La diré, sin duda. Porque en la situación en que me encuentro, me resulta imposible combatirla o disimularla.

"Como todos mis semejantes, nací con el sentimiento de la existencia de un Dios, autor y principio de todas los seres. Ese sentimiento, que al comienzo no era más que un germen en el que mi espíritu no descubría nada, se desarrolló poco a poco. De modo que, cuando alcancé la edad de la razón y adquirí la facultad de reflexionar, no tuve que hacer el menor esfuerzo para liberarme de él. ¡Cómo me gustaban las lecciones de mis padres y de mis maestros, cuando el tema era Dios y sus perfecciones infinitas! ¡Cómo me encantaba el espectáculo de la naturaleza, y cuán dulce satisfacción experimentaba, cuando me hablaban de ese gran Dios que creó todas las cosas con su poder, y que las sostiene, las gobierna y las conserva con su sabiduría!

"Sin embargo, llegué a la adolescencia, y las pasiones comenzaron a hacerse escuchar con su voz seductora. Me relacioné con jóvenes de mi edad. Seguí sus funestos consejos e imité sus peligrosos ejemplos. Ingresé en el mundo con esas culpables aptitudes, y solo pensé en sacrificar todos los principios de virtud y de sabiduría que me habían inspirado de pequeño. Esos principios, atacados a diario por mis pasiones, se refugiaron en el fondo de mi conciencia, y ahí se convirtieron en remordimientos. Esos remordimientos no me dejaban en paz, de modo que decidí aniquilar en mí la causa que los había hecho nacer. Descubrí que esa causa no era otra más que la idea de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crimen. Entonces, la ataqué con todos los sofismas que mi espíritu pudo inventar o descubrir en las obras destinadas a expandir la doctrina del ateísmo.

"Yo. —¿Te sentiste más tranquilo al acumular un sofisma tras otro contra la existencia de Dios?

"El Espectro. —Por mucho que hiciera, la paz se me escapaba sin cesar. Yo estaba convencido, aunque contra mi voluntad, y mi boca no pronunciaba una sola palabra que no fuera una blasfemia. No contaba con un solo sentimiento que combatiera contra mí y a favor de Dios.

"Yo. —¿Qué ocurrió dentro de ti durante la enfermedad que te llevó a la muerte?

"El Espectro. —Quise mantener hasta el final mi carácter escéptico, y el orgullo me impedía reconocer mi error, si bien sentía interiormente la imperiosa necesidad de hacerlo. En esa criminal y falsa disposición, dejé de existir.

"Yo. —¿Qué te ocurrió cuando tus ojos se cerraron para siempre a la luz?

"El Espectro. —Me sentí investido de la majestad de Dios. Entonces se apoderó de mí un terror tan profundo, que no encuentro una palabra con la que pueda darte una idea exacta. Esperaba ser castigado rigurosamente; pero el soberano Juez, cuya misericordia atenúa la justicia, me relegó a una tenebrosa región habitada por los Espíritus que tuvieron manos inocentes y cerebros enfermos.

"Yo. —¿Cuál es la suerte de los ateos que cometieron crímenes contra la sociedad de sus semejantes?

"El Espectro. —El Ser de los seres los castiga porque fueron malos, pero no por estar equivocados. Él desestima las opiniones, y solo recompensa o castiga las acciones.

"Yo. —Entonces, ¿no recibiste un castigo en la morada tenebrosa donde te encuentras exiliado?

"El Espectro. —Sufro una pena más cruel de lo que podrías imaginarte. Dios, después de haberme condenado, se apartó de mí. De inmediato, *perdí toda idea de su existencia, y la nada se presentó ante mí con todo su horror*.

"Yo. —¡Qué dices! ¿Perdiste por completo la idea de la existencia de Dios?

"El Espectro. —Así es. *Se trata del peor suplicio que un Espíritu inmortal pueda sufrir, y es imposible concebir el estado de abandono, dolor y desequilibrio en que se encuentra.*

"Yo. —¿Cuál es tu ocupación junto a los Espíritus sometidos al mismo suplicio?

"El Espectro. —Discutimos permanentemente, sin que logremos ponernos de acuerdo. La insensatez y la locura presiden nuestros debates, y en la profunda oscuridad en que nuestra inteligencia se halla sepultada, no existe ninguna opinión, ningún sistema que esta no adopte, pero que rechaza de inmediato a fin de concebir nuevas extravagancias. En esa agitación perpetua, en ese flujo y reflujo de ideas sin fundamento, sin continuidad ni relación, se encuentra el castigo de los filósofos que fueron ateos.

"Yo. —Sin embargo, en este momento estás razonando.

"El Espectro. —Debido a que mi suplicio terminará muy pronto. Fue un suplicio muy prolongado, porque si bien para la Tierra han transcurridos apenas dos años desde mi muerte, he sufrido tanto todas esas locuras que dije y escuché, que para mí ya han transcurrido miles de siglos en la región de los sistemas y las disputas."

"Dicho eso, el espectro se inclinó, adoró a Dios y desapareció.

”Cuando logré recuperarme de la emoción causada por lo que acababa de ver y oír, mis pensamientos se dirigieron hacia las cosas sorprendentes que el espectro me había enseñado. Lo que me dijo acerca del primer Ser, ¿se correspondía con la idea que tantos hombres se formaron acerca de Él? ¿Qué era lo que acababa de escuchar? ¡El propio ateo, el horror de sus semejantes, recibía la gracia de esa Divinidad que me han presentado como una naturaleza vengativa y celosa! ¡Oh! ¿Quién se atreverá a decirme ahora: ‘Si adoptas tal o cual opinión, serás condenado a suplicios eternos’? ¿Qué bárbaro se atreverá a decirme: ‘Fuera de mi comunión, no hay salvación’? ¡Oh! Ser incomprensible y todo misericordioso, ¿acaso tú encargaste a alguien que se ocupe de vengarte? Tan solo a la vil criatura le corresponde decir a sus semejantes: ‘¡Piensa como yo, pues de lo contrario serás desdichado para siempre!’. ¡Gran Dios!, nosotros, que somos seres limitados, ¿qué clase de límites podemos fijar a tu clemencia y a tu justicia? ¿Con qué derecho yo te diría: ‘Aquí, recompensarás; allá, castigarás’? Y vosotros, ¡oh! muertos que yacéis en este polvo, responded: ¿os fue posible mantener la creencia en la que yo nací? Vuestras inteligencias, ¿fueron afectadas también por las pruebas que establecen los misterios que adoro y los dogmas en los que creo? ¿Cómo podrían los grados de una creencia ser los mismos en todas partes, al igual que los grados de convicción? Hombre intolerante y cruel, siéntate a mi lado, si tienes valor, y atrévete a dirigirte a las víctimas de la muerte cuyas lecciones he venido a escuchar. Atrévete a decirles: ‘Aquí vosotros sois cuarenta mil. ¡Pero solamente a diez, a cincuenta, a cien de vosotros, el Dios vengador no os ha entregado a las llamas eternas!’. Si este discurso no fuera el de un insensato, ¿para qué serviría la religión de las tumbas? ¿Por qué yo debería respetar las ce-

nizas de los que no adoran al gran Ser a mi manera? ¿Acaso en este recinto, donde reposan los enemigos de mi creencia, confundidos con sus seguidores, podría escuchar las lecciones de la verdadera sabiduría? ¿De qué impiedad sería culpable al comunicarme con inteligencias réprobas, con los despojos de aquellos a los que vine a rendir un homenaje que es inspirado tanto por la religión como por la humanidad?".

Una expiación terrestre

El joven Francisco

Las personas que hayan leído *El Cielo y el Infierno*, sin duda recordarán la impactante historia de "Marcel, el niño del n.° 4", que incluimos en el capítulo VIII: *Expiaciones terrestres*. El siguiente hecho presenta un caso prácticamente análogo, y no menos instructivo, acerca del modo en que se aplica la soberana justicia, y que sirve para explicar lo que a menudo parece inexplicable en determinadas situaciones de la vida.

En el seno de una buena y honesta familia murió, en el mes de octubre de 1866, un niño de doce años, cuya vida, durante nueve años, había sido un sufrimiento continuo, que ni los cuidados afectuosos de quienes lo rodeaban, como tampoco los recursos de la ciencia, habían logrado aliviar. Sufría de parálisis e hidropesía. Su cuerpo estaba cubierto de llagas invadidas por la gangrena, y sus carnes se caían a pedazos. Muchas veces, en el paroxismo del dolor, el niño gritaba: "¿Qué he hecho, Dios mío, para sufrir tanto? ¡Desde que vine al mundo no le hice mal a nadie!". Instintivamente, comprendía que el

sufrimiento debía ser una expiación, pero como ignoraba *la ley de solidaridad de las existencias sucesivas*, su pensamiento no iba más allá de la vida presente, de modo que no comprendía la causa que pudiera justificar en él un castigo tan cruel.

Una particularidad que merece destacarse es el nacimiento de una hermana del niño, cuando este tenía tres años de edad. En esa época se declararon en él los primeros síntomas de la terrible enfermedad que lo llevaría a la muerte. También, a partir de ese momento, el pequeño experimentó por la recién llegada una gran repulsión, a tal punto que no podía soportar su presencia. El solo hecho de verla redoblaba su dolor. A menudo se reprochaba ese sentimiento injustificado, porque la niña no se lo retribuía. Por el contrario, le brindaba ternura y afecto. El niño le preguntaba a su madre: "¿Por qué cuando veo a mi hermanita siento tanto dolor? Ella es buena conmigo, pero la detesto, y no puedo evitarlo". A pesar de todo, no podía tolerar que le causaran el menor daño o la entristecieran. En vez de alegrarse por sus penas, se afligía cuando la veía llorar. Era evidente que había dos sentimientos enfrentados dentro de él. Comprendía la injusticia de su antipatía, pero los esfuerzos que hacía para superarla eran inútiles.

El hecho de que a determinada edad esas enfermedades sean el resultado de la mala conducta, es algo muy natural. Pero ¿de qué faltas tan graves puede ser culpable un niño de esa edad, para que deba sufrir un martirio semejante? Por otra parte, ¿cuál sería el origen de esa repulsión hacia un ser inofensivo? Estos son los problemas que se presentan a cada momento, y que llevan a una infinidad de personas a dudar de la justicia de Dios, porque ninguna religión les ofrece una solución. En cambio, esas anomalías aparentes encuentran una justificación en la solidaridad de las existencias. De ese modo,

un observador espírita podría considerar, con toda razón, que esos dos seres ya se conocían, y que se los había ubicado juntos en la actual existencia, con miras a la expiación y la reparación de alguna falta. A partir del estado de sufrimiento del hermano, se podría concluir que él era el culpable, y que el vínculo de parentesco cercano que lo unía al objeto de su antipatía le había sido impuesto para preparar entre ellos el camino de la reconciliación. De hecho, ya se observaban en el hermano una tendencia y esfuerzos para superar el distanciamiento, cuya injusticia él reconocía. Esa antipatía no tenía los caracteres de los celos que a veces se observan entre los niños que tienen la misma sangre. Provenía, pues, muy probablemente, de penosos recuerdos, y tal vez del remordimiento que la presencia de la niña despertaba en él. Tales son las deducciones que se pueden extraer racionalmente, por analogía, de la observación de los hechos, y que han sido confirmadas por el Espíritu del niño.

Evocado casi inmediatamente después de su muerte, por una amiga de la familia, a la cual él estimaba mucho, ese Espíritu no pudo al principio expresarse de manera completa, y prometió brindar ulteriormente detalles más circunstanciados. Entre las diversas comunicaciones que transmitió, estas dos son las que se relacionan más particularmente con la cuestión:

"Aguardáis de mí el relato que os he prometido acerca de lo que fui en una existencia anterior, así como la explicación de la causa de mis grandes sufrimientos. Eso será una enseñanza para todos. Esas enseñanzas están en todas partes; lo sé. Se encuentran en todos lados; pero el relato de los hechos cuyas consecuencias habéis visto vosotros mismo, siempre es una prueba mucho más impresionante para los que existen.

"¡He pecado! ¡Así es, he pecado! ¿Sabéis lo que significa haber sido un asesino, haber atentado contra la vida de un

semejante? Yo no lo hice como los asesinos acostumbran, matando rápido, con una cuerda, un cuchillo u otro instrumento. No, no lo hice de esa manera. ¡Maté, pero maté lentamente, haciendo sufrir a un ser al que detestaba! Sí, yo detestaba a ese niño, al que no consideraba mi hijo. ¡Pobre inocente! ¿Se merecía ese triste final? No, mis pobres amigos, él no se lo merecía, o al menos no debía ser yo quien le hiciera sufrir esos tormentos. Sin embargo, lo hice, y por eso fui obligado a padecer de la manera que habéis visto.

"¡He sufrido, Dios mío! ¿Ha sido suficiente? ¡Eres demasiado bueno, Señor! Así es, en presencia de mi crimen y de mi expiación, considero que habéis sido demasiado misericordioso.

"Orad por mí, querida familia, queridos amigos. Ahora mis padecimientos han cesado. ¡Pobre señora D…! ¡Os hago sufrir! ¡Ocurre que era muy penoso para mí venir a confesar ese crimen enorme!

"Esperanza, mis buenos amigos, Dios ha perdonado mi falta. Ahora estoy alegre, pero también triste. ¡Vedlo vosotros mismos! Por más que uno se encuentre en un estado mejor, por más que haya expiado, ocurre que la idea, el recuerdo de esos crímenes, dejan una impresión tan profunda, que es imposible no sentir todo el horror aún durante mucho tiempo. Porque no solamente he sufrido en la Tierra, sino antes, ¡en esta vida espiritual! ¡Cuánto me ha costado decidirme a encarnar, a fin de padecer esa terrible expiación! ¡No puedo narraros todo eso, porque sería demasiado espantoso! La visión constante de mi víctima, así como de la otra: ¡la pobre madre! Por último, amigos míos: ¡plegarias para mí, y gracias al Señor! Os había prometido este relato. Era necesario que pagara mi deuda hasta el final, por más que me costara.

(Hasta aquí, el médium había escrito sometido a una viva emoción; para continuar con más calma.)

"Y ahora, queridos padres, una palabra de consuelo. ¡Gracias! ¡Gracias! A vosotros, que me habéis ayudado en esta expiación, y que habéis cargado una parte de ella. Habéis aliviado, cuanto de vosotros dependía, la amargura de mi situación. No lloréis. Ya todo ha pasado. Os he dicho que soy feliz, sobre todo si comparo el pasado con el presente. Os amo a todos. Os agradezco y os abrazo. Amadme siempre. Volveremos a encontrarnos, y entonces, todos juntos, continuaremos esta vida eterna, intentando que la vida futura rescate por completo la vida pasada".

Vuestro hijo Francisco E.

En otra comunicación, el Espíritu del joven Francisco completó las informaciones precedentes.

Pregunta. Querido niño, no nos has dicho cuál era la causa de tu antipatía hacia tu pequeña hermana.

Respuesta. ¿No os lo imagináis? Esa pobre e inocente criatura era mi víctima, que Dios puso en mi última existencia como un remordimiento viviente. Por eso su presencia me hacía sufrir tanto.

Pregunta. Sin embargo, tú no sabías quién era ella.

Respuesta. No lo sabía en el estado de vigilia, pues de lo contrario mis tormentos habrían sido cien veces más horribles; tan horribles como los que padecía en la vida espiritual, donde la veía continuamente. Sin embargo, ¿creéis que mi Espíritu, en los momentos en que se hallaba desprendido del cuerpo, no lo sabía? Esa era la causa de mi repulsión, y si me esforzaba por combatirla, es porque instintivamente sentía que era injusta. Todavía yo no era bastante fuerte para ser bue-

no con ese ser al que no podía dejar de detestar. Sin embargo, no quería que le hicieran daño, y eso ya era un principio de reparación. Dios tomó en cuenta ese sentimiento, razón por la cual permitió que me liberara pronto de esa vida de sufrimiento. De lo contrario, habría vivido muchos años más en la horrible situación en que me habéis visto. Así pues, bendecid mi muerte, que ha puesto un término a la expiación, pues ha sido la garantía de mi rehabilitación.

Pregunta (al guía del médium). ¿Por qué la expiación y el arrepentimiento en la vida espiritual no bastan para la rehabilitación, sino que es necesario añadir los sufrimientos corporales?

Respuesta. Sufrir en un mundo o en otro, siempre es sufrir, y ese sufrimiento se mantendrá hasta que la rehabilitación sea completa. Ese niño ha sufrido mucho en la Tierra, pero eso no es nada comparado con lo que ha padecido en el mundo de los Espíritus. En compensación, aquí recibió la asistencia y el afecto de quienes lo rodeaban. Otra diferencia entre los padecimientos corporales y los espirituales radica en que los primeros casi siempre son aceptados voluntariamente como un complemento de la expiación o como una prueba para adelantar más rápidamente, mientras que los otros son impuestos.

Con todo, hay otros motivos para los padecimientos corporales. En primer lugar, existen para que la reparación tenga lugar en las mismas condiciones en que se hizo el mal; y luego, para que sirvan de ejemplo a los encarnados. Al ver que sus semejantes sufren, y conociendo las razones de ese sufrimiento, quedan impresionados de otro modo que sabiendo que son desdichados como Espíritus. Comprenden mejor la causa de sus propios padecimientos. La justicia divina les resulta, por decirlo de algún modo, palpable. Por último, los padecimientos corporales son para los encarnados una oportunidad para

que entre ellos practiquen la caridad, una prueba para sus sentimientos de conmiseración; también suelen ser un medio de reparar errores anteriores. Porque, creedme bien, cuando el infortunio se presenta en vuestro camino, no es producto del azar. Para los padres del joven Francisco, fue una gran prueba tener un hijo en esas condiciones. Sin embargo, cumplieron dignamente su misión, y serán aún más recompensados por el hecho de que obraron espontáneamente, con el impulso de su amor. Si los Espíritus no sufrieran durante la encarnación, sería porque en la Tierra habría solamente Espíritus perfectos.

Galileo

Fragmentos del drama del señor Ponsard

(Véase el número precedente.)

Un siglo antes de Galileo, Copérnico había concebido el sistema astronómico que lleva su nombre[16]. Galileo, con el auxilio del telescopio que él había inventado, al sumar la observación directa a la teoría, completó las ideas de Copérnico y demostró la verdad mediante el cálculo. Con su instrumento, pudo estudiar la naturaleza de los planetas, y a partir de la similitud de estos con la Tierra, dedujo su habitabilidad. También reconoció que las estrellas son soles diseminados en

16. Copérnico, astrónomo polaco, nacido en Thorn (Estados prusianos), en 1473, y muerto en 1543.- Galileo, nacido en Florencia, en 1564, condenado en 1633, y muerto ciego en 1644. El sistema de Copérnico ya había sido condenado por la Iglesia. (N. de Allan Kardec.)

el espacio sin límites, y pensó que cada uno de ellos debía ser el centro del movimiento de un sistema planetario. Acababa de descubrir los cuatro satélites de Júpiter, y ese acontecimiento generó un gran revuelo en la comunidad científica y entre los religiosos. En su drama, el poeta se dedica a ilustrar la diversidad de sentimientos que Galileo excitó, conforme al carácter y los prejuicios de los individuos.

Dos estudiantes de la Universidad conversan acerca del descubrimiento de Galileo. Como no se ponen de acuerdo, consultan a un prestigioso profesor.

Albert:
En algún punto, Doctor, no coincidimos,
y quisiéramos saber qué opináis acerca de lo que debatimos.

Pompeyo:
Hacéis bien al pedir consejos a una persona sensata.
Pues bien, decidme, ¿de qué se trata?

Vivian:
Cuatro satélites se perciben,
que alrededor de Júpiter su órbita describen.

Pompeyo:
Esos satélites no existen.

Vivian:
Sin embargo…

Pompeyo:
¡Es imposible que existan!

Vivian:
Pero los vemos, y podemos contarlos.

Pompeyo:
No podemos contarlos, porque no existen.

Albert:
¿Lo entiendes, Vivian?

Vivian:
¿Por qué debo entenderlo, Doctor?

Pompeyo:
Porque afirmar que Dios haya podido
crear cuatro globos, además de los siete conocidos,
es un asunto quimérico, con un propósito engañoso;
es antifilosófico, es antirreligioso.
(*El Profesor observa que muchos estudiantes apoyan a Galileo.*)
¡Papanatas insensatos! ¡Y charlatán infame!

Albert (dirigiéndose a Vivian):
Ya ves que el doctor Pompeyo está en tu contra.

Vivian:
Tanto mejor para la doctrina en la que creo;
pues el camino natural de una verdad, consiste primero
en amotinar en su contra a todos los pedantes.

En esto consiste la fuerza del razonamiento de algunos negadores de las ideas nuevas: *eso no existe, porque no puede existir*. Le preguntamos a un científico: ¿Qué diríais en caso

de que vieseis una mesa elevándose sin un punto de apoyo? "No lo creería –respondió–, porque *sé* que eso es imposible".

* * *

Un Monje (*arengando a la multitud*):

Escuchad lo que dice el Apóstol: "¿Por qué, galileos,
paseáis vuestra mirada por los cielos?"
De ese modo, por anticipado, imponía el anatema
en tu contra, Galileo, y en contra de tu sistema.
Nosotros mismo, hoy vemos muy claro
el horror del Cielo por lo que has enseñado.
Y el Arno que desborda, y el granizo en nuestras viñas,
son señales lamentables de las furias divinas.
Hermanos míos: son burdas mentiras. ¿Acaso no lo veis?
Dicen que la Tierra anda. ¿Será que tiene pies?
Si la luna se pasea, es porque un ángel la mueve,
pues a cada planeta, un conductor lo sostiene.
Pero ¿dónde está el ángel de la Tierra? ¿En las montañas?
¿Estará donde viven los demonios: en sus entrañas?

* * *

Livia, la esposa de Galileo, es la típica persona de mente estrecha, más apegada a la vida material que a la gloria y a la verdad:

Livia *(dirigiéndose a Galileo)*:

(…) ¿Por qué enardeces las mentes serenas,

llenándolas con un montón de máximas nuevas?
Tales novedades son, para decirlo de esta manera,
un invento del diablo, y huelen a hoguera.
Por el modo como ya todos te miran,
si no tienes cuidado, esto muy mal termina.
¡Oh! ¿Por qué no imitas a esos dignos profesores,
que dicen lo mismo que sus predecesores?
Son personas que el orden y el buen sentido mantienen,
pues sin alardes enseñan lo que se les pide que enseñen.
Y en debates públicos el tiempo no van a perder:
que si hay que creer en Aristóteles o en Copérnico creer,
pues consideran sabiamente que el juicio verdadero,
debe ser aquel por el cual reciben más dinero,
y como Aristóteles es quien abre la caja fuerte,
Aristóteles tiene razón, y Copérnico no tiene suerte.
De ese modo, con nadie discuten ni pelean,
y se guardan en paz los florines que les entregan;
prosperan; viven bien, mucho mejor se alimentan;
sus hijas tienen dotes, y maridos encuentran;
su auditorio es tranquilo y no gustan de congregar;
y vuelven a su casa a la hora de cenar.
Pero tú, tú haces que rujan y te admiren,
y entonces logras que la cena se enfríe.

* * *

Fragmentos del monólogo de Galileo al comienzo del segundo acto:

No, ya no son los tiempos en que, reina solitaria,
en su trono inmóvil la Tierra se sentaba.

No, el carro veloz, que conducía al astro reluciente,
ya no da su vuelta de la aurora al poniente.
No, el firmamento no es más la bóveda cristalina,
que cual techo azulado con lustres se ilumina.
Dios no hizo el universo para nosotros solos;
pero lejos de rebajarnos, ¡sintámonos orgullos!
Porque si bien abdicamos de una realeza falsa,
hacia el reino de lo verdadero la ciencia nos alza.
Más se debilita el cuerpo, más el Espíritu se engrandece;
donde nuestro rango cae, nuestra nobleza crece.
Es más bello para el hombre, ínfima criatura,
descubrir los secretos que le oculta la natura,
y atreverse a abrazar con su concepción,
la universal ley de la creación,
antes que ser, como en los días del vanidoso engaño,
el rey de una ilusión, y de un sueño el propietario,
centro ignorante de un todo que creía para él creado,
y que con el pensamiento hoy ha conquistado.
Sol, globo de fuego, horno, caldera gigante,
caos del que brota una génesis incesante;
océano furioso donde flotan perdidos
los líquidos graníticos y los metales fundidos,
y chocan, y rompen sus olas inflamadas,
bajo tormentas de negra humareda cargadas;
marea ardiente, donde a veces un islote nada,
hoy una mancha, y corteza del sol mañana.
Alrededor de ti se mueve, ¡oh! fecundo foco,
la Tierra, nuestra madre, enfriada hace poco;
y como ella enfriados, y *habitados como ella*,
Marte sangrante, y Venus, el astro de luz bella.
También Mercurio, de tu esplendor cercano,

Y Saturno, en los límites de tu reino confinado.
Y por Dios, después por mí, coronado en el éter
con una diadema de cuatro lunas: ¡Júpiter!

Con todo, astro soberano, centro de todos esos mundos,
más allá de tu imperio existen límites profundos:
millares de soles, tan enmarañados y confusos,
que no se pueden contar siquiera, de tan profusos.
Ellos, al igual que tú, con sus cráteres profundos,
movilizan, al igual que tú, planetarios mundos,
que alrededor de ellos giran, cual corte de esplendor,
recibiendo de su rey, la luz del día y el calor.
¡Oh! Sí, sois mucho más que lámparas nocturnas,
condenadas a iluminarnos cual centinelas taciturnas,
innumerables fulgores, estrellas que teñís a nuestro lado,
con vuestra arena de oro los caminos azulados.
En vosotras también la vida universal palpita,
grandes hogares, donde vemos apenas una estrellita.
……
¡En todas partes la acción, el movimiento y las almas!
En todas partes, girando en torno a esos centros en llamas,
hay mundos habitados, cuyos seres tienen pensamiento,
y viven como yo vivo, y sienten lo que yo siento.
Algunos más primitivos, y probablemente otros,
más elevados en los niveles del ser, más que nosotros.
¡Cuán grande es! ¡Cuán bello! ¡En qué profunda adoración
se abisma y confunde el Espíritu, en su estupefacción!
¡Inextinguible Autor, que él pueda ver tu omnipotencia,
la plenitud de tu gloria y tu magnificencia!
¡Que la vida, derramada a raudales en lo infinito,
proclame tu nombre, en todas partes bendito!

¡Vamos! ¡Persecutores! ¡Los anatemas imponedme!
Yo soy más religioso que vosotros. ¡Creedme!
Al Dios que invocáis, yo lo sirvo mejor que otros…
Esta pequeña bola de lodo es el universo para vosotros;
yo, en cambio, la obra divina por doquier voy encontrando;
vosotros la encogéis, pero yo la expando.
Como se pone a los reyes en un carro triunfal,
yo pongo el universo a los pies del Creador celestial.

* * *

Fragmentos del diálogo entre el inquisidor y Galileo

El Inquisidor:
La única verdad está en las Escrituras;
el resto son errores, visiones, imposturas;
fuera de su enseñanza, toda cosa en que se crea,
no es una claridad, sino ceguera.

Galileo:
En efecto, la fe del cristiano por sus normas es regida;
y su única autoridad radica en la teología.
La adoración debe inclinar nuestro espíritu
ante los dogmas divinos que en ella se han escrito.
Pero el mundo físico escapa a su dominación,
pues Dios lo ha librado a la humana discusión.
Como se trata de objetos que los sentidos captan,
los sentidos y la razón todopoderosos resaltan.
La autoridad se calla; nadie puede, aunque quiera,
trazar radios desiguales desde el centro de una esfera.
Nadie puede acusar de herejía a un compás,

ni decretar que un cuerpo que gira no gire más.
La vista es el juez del universo visible.
Si la Biblia determina el dogma inmutable,
a la ciencia le repugna la inmovilidad,
y muriendo en los grilletes, vive para la libertad.

El Inquisidor:
Ahora bien, ¿acaso no ves que tu nuevo sistema,
perturba la astronomía y destruye la fe suprema?
El error material, admitido en un solo punto,
hace sospechar del Testamento en su conjunto.
Quien pudo equivocarse, ya no es infalible;
la duda está permitida, y el análisis es posible.
Y pronto se concluye, con ese juicio atrevido
de una física errada, que el dogma no tiene sentido.

Galileo:
¿Seré yo el destructor de la fe? ¡Yo, que engrandezco el culto!
Mostrar a Dios en sus obras, ¿es acaso un insulto?
¡Ah! Comprenderlas mejor, significa mejor adorarlo,
pero desfigurarlas, es la peor manera de honrarlo.
Los cielos, según la Biblia, en la que debemos creer,
los cielos nos cuentan la gloria de su Autor y su poder.
Pues bien, yo mejor que nadie escuché su relato,
y lo he repetido conforme los cielos lo mostraron.
.....
El surgimiento de una verdad nueva, ¿será posible impedir?
Detener una gota, ¿será como el curso de un río obstruir?
Creedme, respetad estas aspiraciones;
cuentan con demasiado impulso y grandes expansiones,

para soportar que un carcelero las retenga prisioneras.
Dejadles el camino libre. ¡Ay de quien les oponga barreras!
¡Ah! Roma, durante los primeros días, con tu culto
proscripto,
decías que a la espada le opondrías tan solo el espíritu.
¿Acaso solo triunfaste para modificar tu misión,
y oponer tú misma la espada a la investigación?

Antonia, la hija de Galileo, al enterarse de que su padre había sido proscripto, le dice:

Aquí está tu Antígona. Así es, mi amor piadoso y sincero
conducirá al proscripto, al vencedor de la Esfinge de los
cielos.
Y dirigiendo tu vara de valle en valle, diré:
"Dadme pan para Galileo, dadme pan para aquel que,
privado de un techo por los cristianos,
habría tenido un altar entre los pueblos paganos".

Galileo sondeó las profundidades de los cielos y reveló la pluralidad de los mundos materiales. Como hemos dicho, eso constituyó una verdadera revolución en las ideas, que abrió un nuevo campo de exploración para la ciencia. El espiritismo, por su parte, introduce una revolución no menos importante, al revelar la existencia del mundo espiritual que nos rodea. Gracias a esta doctrina, el hombre conoce su pasado y su verdadero destino. Galileo derribó las barreras que circunscribían el universo, en tanto que el espiritismo lo puebla, llenando el vacío de los espacios infinitos. Aunque nos separan más de dos siglos de los descubrimientos de Galileo, muchos prejuicios siguen vivos. La nueva doctrina emancipadora se encuentra

con los mismos obstáculos. La atacan con las mismas armas. Le oponen los mismos argumentos. Al leer el drama del señor Ponsard, podríamos asignar nombres propios modernos a cada uno de sus personajes. No obstante, la mala voluntad y la persecución no impidieron que la doctrina de Galileo triunfara, porque era verdadera. Lo mismo ocurrirá con el espiritismo, porque también es una verdad. Las generaciones futuras considerarán a los detractores del espiritismo de la misma manera que nosotros consideramos a los de Galileo.

Lumen

por Camille Flammarion

(2.° artículo. Véase el número de marzo, página 93.)

Habíamos dejado a Lumen en *Capella*, ocupado en examinar la Tierra, de la que acababa de partir. Dado que aquel mundo se encuentra a ciento setenta billones, trescientos noventa y dos millones de leguas de la Tierra, y que la luz recorre setenta mil leguas por segundo, esta se traslada de un mundo a otro en setenta y un años, ocho meses y veintiún días, es decir, casi setenta y dos años. De ahí resulta que el rayo luminoso que lleva impresa la imagen de la Tierra llega hasta los habitantes de Capella al cabo de setenta y dos años. Lumen había muerto en 1864, de modo que ese año, al dirigir su mirada hacia París, vio esta ciudad tal como ella era setenta y dos años antes, es decir, en 1793, el año en que Lumen nació.

Por lo tanto, al principio le sorprendió mucho ver todo tan diferente en comparación con lo que él había conocido, pues encontró callejuelas, conventos, jardines y campos, en el lugar que ocupaban las avenidas, los nuevos bulevares, las estaciones de tren, etc. Vio la plaza de la Concordia ocupada por una inmensa multitud, y fue testigo ocular del acontecimiento del 21 de enero. La teoría de la luz le brinda la clave de ese extraño fenómeno. Veamos la solución de algunas de las dificultades que se le presentan.[17]

"Sitiens. —Pero, en tal caso, si el pasado puede confundirse con el presente; si la realidad y la visión se unen de ese modo; si personajes muertos hace mucho tiempo pueden ser vistos mientras representan su papel en la escena del mundo; si las construcciones nuevas y las transformaciones de una ciudad como París pueden desaparecer para que en su lugar se vea la ciudad de otrora; si, por último, el presente puede desvanecerse ante la resurrección del pasado, ¿en cuál certeza podremos confiar a partir de ahora? ¿Qué ocurrirá con la ciencia y la observación? ¿Qué ocurrirá con las deducciones y las teorías? ¿En qué se basarán nuestros conocimientos, que

17. Según el cálculo, y debido a la distancia del Sol –que es de treinta y ocho millones, doscientos treinta mil leguas, de cuatro kilómetros cada legua–, la luz de ese astro llega a la Tierra en 8 minutos y 13 segundos. De ahí resulta que un fenómeno que tuviera lugar en la superficie del Sol, sería visto por nosotros 8 minutos y 13 segundos más tarde, y que si el fenómeno fuera instantáneo, ya habría dejado de existir al momento de verlo. Como la distancia a la Luna es de ochenta y cinco mil leguas, su luz nos llega en aproximadamente un segundo y cuarto, de modo que veríamos las perturbaciones que podrían llegar a producirse en ella casi en el mismo momento en que ocurrieran. Si Lumen se hubiera encontrado en la Luna, habría visto la París de 1864, y no la de 1793; y si hubiera estado en un mundo dos veces más alejado que Capella, habría visto la Regencia. (N. de Allan Kardec.)

nos parecen los más sólidos? Y si esas cosas son verdaderas, a partir de ahora, ¿no deberemos dudar de todo o creer en todo?

"Lumen. —Esas consideraciones, y muchas otras, amigo mío, también me absorbieron y me atormentaron; pero no les fue posible impedir que aquello que yo observaba fuera la realidad. Cuando adquirí la certeza de que teníamos *presente*, ante nuestros ojos, el año 1793, inmediatamente pensé que la ciencia, en vez de combatir aquella realidad (porque dos verdades no pueden oponerse una a la otra), debía darme su explicación. Entonces, interrogué a la física y aguardé su respuesta. (Sigue la demostración física del fenómeno.)

"Sitiens. —De ese modo, el rayo luminoso es como un cartero que llega a nosotros con las noticias del estado del país que lo envió. Si tardó setenta y dos años en llegar, nos mostrará el estado de ese país en el momento de su partida, es decir, setenta y dos años antes del momento en que llegó a nosotros.

"Lumen. —Has resuelto el misterio. Para hablar con más exactitud, el rayo luminoso sería como un cartero que nos trajera, ya no las noticias escritas, sino la fotografía, o más rigurosamente aún, *el aspecto mismo* del país que lo envió. Así pues, cuando examinamos con el telescopio la superficie de un astro, no vemos esa superficie tal como es en el momento preciso en que la observamos, sino tal como era en el momento en que la luz que de él nos llega fue emitida por dicha superficie.

"Sitiens. —De modo que si una estrella, cuya luz tardara, por ejemplo, diez años en llegar a nosotros, fuera súbitamente aniquilada el día de hoy, seguiríamos viéndola durante diez años, puesto que su último rayo no nos llegaría sino al término de ese lapso.

"Lumen. —Así es, precisamente. Ocurre una sorprendente transformación del pasado en presente. Para el astro observado, lo que vemos es el pasado, que ya desapareció; para el observador, es el presente, lo actual. El pasado del astro es rigurosa y positivamente el presente del observador."

Más tarde, Lumen se ve a sí mismo cuando era niño, a los seis años de edad, jugando y corriendo con un grupo de niños en la plaza del Panteón.

"Sitiens. —Te confieso que me parece imposible que uno se pueda ver a sí mismo de ese modo. No puedes ser dos personas a la vez. Dado que tenías setenta y dos años al momento de tu muerte, tu estado de infancia ya pasó, desapareció, se desvaneció hace mucho tiempo. No puedes ver algo que ya no existe. No es posible que uno se vea doble, niño y anciano a la vez.

"Lumen. —No reflexionas suficientemente, amigo mío. Comprendiste bastante bien el hecho general, pues lo admites; pero no logras observar que este hecho particular se encuentra absolutamente comprendido en aquel. Admites que el aspecto de la Tierra tarda setenta y dos años en llegar hasta donde yo me encuentro, ¿no es así? Y que sólo registro los acontecimientos después de transcurrido ese tiempo. En una palabra, que yo veo el mundo tal como era en aquella época. También admites que, al ver yo las calles de entonces, veo al mismo tiempo los niños que corrían en ellas. Pues bien, dado que yo veo ese grupo de niños, y que en ese momento yo formaba parte de dicho grupo, ¿por qué supones que no puedo verme también, de la misma manera que veo a los demás?

"Sitiens. —Pero tú ya no estás en ese grupo.

”Lumen. —Te lo repito, ese grupo ya no existe actualmente, pero yo lo veo tal como existía en el momento en que partió el rayo luminoso que ahora llega hasta mí. Y dado que distingo los quince o dieciocho niños que componían dicho grupo, no hay razón para que el niño que era yo haya desaparecido por el solo hecho de que soy yo quien lo mira. Otros observadores me verían en compañía de mis camaradas. ¿Por qué supones que debe haber una excepción cuando soy yo el que mira? Yo los veo a todos, y me veo a mí mismo entre ellos.”

Lumen examina la serie de los principales acontecimientos políticos ocurridos desde 1793 hasta 1864, año en que se ve a sí mismo en su lecho de muerte.

“Sitiens. —¿Puede ser que esos acontecimientos hayan pasado ante tus ojos tan rápidamente?

”Lumen. —No podría determinar la medida del tiempo; pero todo ese panorama retrospectivo transcurrió ciertamente en menos de un día… tal vez en algunas horas.

“Sitiens. —Entonces, ya no comprendo. Si setenta y dos años terrestres han pasado ante tu ojos, debieron transcurrir exactamente setenta y dos años para que pudieras verlos, y no algunas horas. Si el año 1793 se te presentó recién en 1864, entonces el año 1864 debería presentarse en 1936.

”Lumen. —Tu objeción está bien fundada, y me demuestra que has comprendido la teoría del fenómeno. Ahora voy a explicarte por qué no me resultó necesario esperar setenta y dos años para llegar a ver toda mi vida, y de qué modo, bajo el impulso de una fuerza inconsciente, la he visto, efectivamente, en menos de un día.

"Siguiendo el curso de mi existencia, llegué a los últimos años, notables por la transformación radical que había experimentado la ciudad de París. Vi a mis últimos amigos, y a ti entre ellos. Vi a mi familia y a mi círculo de conocidos, hasta que llegó el momento en que me vi a mí mismo en el lecho de muerte, asistiendo a mi última escena. Con esto, quiero decirte que yo había vuelto a la Tierra.

"Mi alma, atraída por esa contemplación que la absorbía, muy pronto se había olvidado de Capella y la montaña de los ancianos. Como sucede a veces en sueños, mi alma volaba hacia el objeto de sus miradas. Al principio, no lo advertí, tan intensa era la fuerza con que la extraña visión cautivaba todas mis facultades. No puedo decirte mediante cuál ley, ni con qué poder, las almas pueden trasladarse tan rápidamente de un lugar a otro; pero la verdad es que yo había *vuelto a la Tierra*, en menos de un día, y penetraba en mi habitación en el momento preciso de mi funeral.

"Debido a que en ese viaje de vuelta yo avanzaba enfrentando los rayos luminosos y acortaba sin cesar la distancia que me separaba de la Tierra, la luz tenía cada vez menos camino que recorrer para llegar hasta mí, y de ese modo apresuraba la sucesión de los acontecimientos. A la mitad del camino, los rayos luminosos me llegaban con treinta y seis años de retraso, y ya no me mostraban la Tierra de setenta y dos años antes, sino la de treinta y seis. A las tres cuartas partes del camino, los aspectos se retrasaban tan solo dieciocho años. A la mitad del último cuarto, llegaban a mí apenas nueve años después de haber ocurrido, y así sucesivamente, de tal modo que la serie completa de mi existencia se vio reducida a menos de un día como consecuencia de ese veloz regreso de mi alma en dirección contraria a la de los rayos luminosos."

Cuando Lumen llegó a Capella, vio un grupo de ancianos ocupados en examinar la Tierra. Disertaban acerca de los acontecimientos de 1793. Entonces, uno de ellos dijo a sus compañeros:

" '¡De rodillas, hermanos míos; supliquemos indulgencia al Dios universal! ¡Ese mundo, esa nación, esa ciudad, se ha mancillado con un gran crimen: la cabeza de un rey inocente acaba de caer!' Entonces, me acerqué al anciano –refiere Lumen–, y le rogué que me describiera sus observaciones.

"Me explicó que, con la intuición de que se hallan dotados los Espíritus del grado al que pertenecen los que habitan en ese mundo, más la facultad íntima de apercepción que han recibido para compartir, poseen una especie de relación magnética con las estrellas vecinas. Dichas estrellas, las más cercanas, son unas doce o quince; y fuera de aquella región la apercepción se torna confusa. Nuestro Sol es una de esas estrellas vecinas[18]. Así pues, de una manera vaga, pero sensible-

18. ¡Ciento setenta billones, trescientos noventa y dos millones de leguas! A partir de la distancia que separa a las estrellas *vecinas*, podemos considerar la extensión que ocupa el conjunto de las que nos parecen tan cercanas unas de otras, sin contar la cantidad infinitamente mayor de las que no son perceptibles con ayuda del telescopio, y que constituyen apenas una ínfima porción de las que, perdidas en las profundidades de lo infinito, escapan a todos nuestros medios de investigación. Si consideramos que cada estrella es un sol y el centro de un torbellino planetario, comprenderemos que nuestro propio torbellino no es más que un punto en esa inmensidad. ¿Qué lugar ocupa nuestro globo, de tres mil leguas de diámetro, entre esos millones de mundos? ¿Qué lugar ocupan sus habitantes, que durante mucho tiempo creyeron que su pequeño mundo era el centro del universo, y que ellos mismos eran los únicos seres vivos de la creación, en quienes se concentraban todas las preocupaciones y la solicitud del Eterno, y que de buena fe también creyeron que el espectáculo de los cielos había sido hecho tan solo para recrear su vista? Ese

mente, esos Espíritus conocen el estado de las humanidades que habitan en los planetas dependientes de nuestro Sol, así como su grado relativo de elevación intelectual o moral.

"Además, *cuando una gran perturbación afecta alguna de esas humanidades, tanto en el orden físico como en el moral, ellos experimentan una especie de conmoción íntima, así como una cuerda vibrante hace que vibre otra cuerda situada a distancia.*

"Hace un año (el año de ese mundo equivale a diez años de los nuestros), se sintieron atraídos por una emoción particular hacia el planeta terrestre, y los observadores siguieron con interés e inquietud la marcha de ese mundo."

Sería un error inferir de esto último que los habitantes de las diferentes esferas puedan dirigir, desde el lugar en que se encuentran, una mirada investigadora hacia lo que ocurre en otros mundos, y que los acontecimientos que tienen lugar en ellos se presenten ante sus ojos como en el campo visual de un telescopio. Por otra parte, cada mundo tiene sus preocupaciones especiales, que llaman la atención de sus habitantes conforme a sus propias necesidades, sus diversas costumbres y su grado de adelanto. Cuando los Espíritus encarnados en un planeta tienen motivos personales para interesarse en lo que ocurre en otro mundo, o en algunos de los Espíritus que habitan en él, sus almas se trasladan hacia ese mundo –como lo hizo el alma de Lumen– en estado de desprendimiento, y entonces se convierten momentáneamente, por decirlo así, en habitantes espirituales de ese mundo, o bien encarnan en él

sistema egoísta y mezquino, que durante muchos siglos constituyó el fundamento de la fe religiosa, se ha derrumbado ante los descubrimientos de Galileo. (N. de Allan Kardec.)

para cumplir una misión. Esto es, al menos, lo que resulta de la enseñanza de los Espíritus.

Por consiguiente, esta última parte del relato de Lumen carece de exactitud. Sin embargo, no debemos perder de vista que esta historia no es más que una hipótesis, para que a la inteligencia le resulte más accesible, y de algún modo palpable mediante su aplicación, la demostración de una teoría científica, conforme lo hemos señalado en nuestro artículo anterior.

Llamamos la atención sobre el párrafo en el que se afirma que "las grandes perturbaciones *físicas* y *morales* de un mundo, producen en los mundos vecinos una especie de conmoción íntima, así como una cuerda vibrante hace que vibre otra cuerda situada a distancia". El autor, que en materia de ciencia no habla a la ligera, enuncia aquí un principio que bien podría convertirse en ley algún día. La ciencia ya admite, como resultado de la observación, la acción recíproca material de los astros. Si resulta, conforme se sospecha, que esa acción, intensificada por determinadas circunstancias, puede ocasionar perturbaciones y cataclismos, no sería para nada imposible que esas mismas perturbaciones generaran un contragolpe. Hasta el momento, la ciencia sólo ha considerado el principio material. No obstante, si se toma en cuenta que el principio espiritual es un elemento activo del universo, y que ese principio es tan general y esencial como el principio material, se comprenderá que una gran efervescencia de ese elemento, junto con las modificaciones que experimenta en un punto determinado, pueden generar una reacción, como consecuencia de la correlación necesaria que existe entre la materia y el espíritu. No cabe duda de que en esta idea se encuentra el

germen de un principio fecundo y de un estudio serio, para los cuales el espiritismo abre camino.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

La vida espiritual

(Grupo Lampérière, 9 de enero de 1867.-
Médium: señor Delanne.)

Aquí estoy, dichoso de saludaros, infundiros valor y deciros:

Hermanos, Dios os colma de beneficios, al permitiros respirar plenamente, en estos tiempos de incredulidad, el aire de la vida espiritual que sopla con fuerza a través de las masas compactas.

Creedle a vuestro antiguo asociado, a vuestro amigo del alma, a vuestro hermano del corazón, del pensamiento y de la fe. Creed en las verdades enseñadas, pues ellas son tan seguras como lógicas. Creed en mí, que hace algunos días me contentaba, como vosotros, en creer y esperar, mientras que hoy la dulce ficción es para mí una inmensa y profunda verdad. Toco, veo, existo, poseo; por lo tanto, esto es real. Analizo mis impresiones de hoy, y las comparo con las de la víspera, que aún se mantienen frescas.

No solamente se me permite comparar, sintetizar y pesar mis acciones, mis pensamientos, mis reflexiones, y juzgarlos con el criterio de mi sentido común, sino que también los veo, los siento; *soy testigo ocular*; soy la realización de todo eso. Ya no se trata de consoladoras hipótesis, de sueños dorados,

de esperanzas, pues es más que una certeza moral: es el hecho concreto, palpable, el hecho material que tocamos, que nos sujeta con su forma tangible y que nos dice: esto es real.

Aquí todo inspira calma, sabiduría y felicidad. Todo es armonía. Todo afirma: esto es lo sumo del sentido íntimo. No más quimeras ni falsas alegrías; no más temores pueriles ni hipocresías, no más dudas ni angustias, no más perjurios, ni ese vil cortejo de fabulosos padecimientos y groseros errores, como se suele ver en la Tierra.

Aquí nos invade una quietud inefable; admiramos, oramos, adoramos, damos gracias al sublime Autor de tantos beneficios, estudiamos y entrevemos las potencias infinitas; vemos el movimiento de las leyes que rigen la naturaleza. Cada obra tiene un fin que conduce al amor, diapasón de la armonía general. Vemos el progreso que preside todas las transformaciones físicas y morales, porque el progreso es infinito como Dios, que lo ha creado. Todo es inteligible; todo es claro y preciso. No hay abstracciones: se toca con las manos y con la razón el porqué de las cuestiones humanas. Las legiones espirituales adelantadas no tienen más que un objetivo: ser útiles a sus hermanos atrasados, para elevarlos hacia ellos.

Así pues, mis buenos hermanos, trabajad incesantemente, conforme a vuestras fuerzas, para que seáis mejores y más útiles a vuestros semejantes. No solo haréis que la doctrina que os regocija de un paso adelante, sino que habréis contribuido poderosamente al progreso de vuestro planeta. Según el ejemplo del gran legislador cristiano, seréis hombres, hombres de amor, y contribuiréis a implantar el reino de Dios en la Tierra.

Os saluda aquel que sigue siendo, y más que nunca, vuestro condiscípulo.

Leclerc

Observación. Tal es, en efecto, el carácter de la vida espiritual. No obstante, sería un error suponer que basta con ser Espíritu para considerarla desde ese punto de vista. En el mundo espiritual ocurre como en el mundo corporal: para apreciar las cosas de un orden elevado, se requiere un desarrollo intelectual y moral que solo poseen los Espíritus adelantados. Los Espíritus atrasados ignoran lo que ocurre en las altas esferas espirituales, así como en la Tierra se mantuvieron ajenos a las cosas que constituyen la admiración de los hombres esclarecidos, pues no podían comprenderlas. Dado que su pensamiento se halla sujeto a un horizonte limitado, no pueden abarcar lo infinito ni experimentar los placeres que resultan de la expansión de la esfera de actividad espiritual. Por consiguiente, en el mundo de los Espíritus, la suma de la felicidad depende necesariamente del desarrollo del sentido moral. De ahí resulta que, si en la Tierra trabajamos a favor de nuestro mejoramiento y de nuestra instrucción, aumentaremos las fuentes de felicidad en la vida futura. Para el materialista, el trabajo solo produce un efecto limitado a la vida presente, que puede terminar de un momento a otro. En cambio, el espírita sabe que nada de lo que adquiere, ni siquiera en la hora de la muerte, resulta en vano, y que todo progreso realizado será provechoso para él.

Las profundas consideraciones de nuestro ex colega, el señor Leclerc, acerca de la vida espiritual, constituyen una demostración de su adelanto en la jerarquía de los Espíritus, y lo felicitamos por eso.

* * *

Pruebas terrestres de los hombres en misión

(Douay, 8 de marzo de 1867.- Médium: señora M…)

(…) Hijos míos, es necesario que la sangre purifique la Tierra. Terrible lucha, más horrible aún por el esplendor de la civilización en medio de la cual se desata. ¡Oh! ¡Señor! ¡En el momento en que todo se prepara para estrechar los vínculos que unen a los pueblos de un extremo a otro del mundo! En el momento en que, con la aurora de la fraternidad material, vemos que convergen las líneas divisorias de razas, de costumbres, de lenguaje; entonces, llega la guerra, la guerra con su cortejo de ruinas, de incendios, de profundas divisiones, de odios religiosos. En efecto, todo esto ha sido porque, en nuestro progreso, nada se conformó al espíritu de Dios; porque vuestros lazos no se estrecharon en torno a la bondad y a la lealtad, sino tan solo al interés; porque a los odios religiosos no les impuso silencio la auténtica caridad, sino la indiferencia; porque en vuestras fronteras no se abrieron las barreras gracias al amor de todos, sino por los cálculos mercantiles; en fin, porque los puntos de vista son humanos e instintivos, en vez de espirituales y caritativos; porque los gobernantes tan solo buscan su provecho y, entre los pueblos, cada uno hace lo mismo.

Sublime desinterés de Jesús y sus apóstoles: ¿dónde te encuentras? Hijos míos, a veces os entristece pensar en la ruda misión de esos Espíritus sublimes, que vienen a infundir valor a la humanidad, para morir en el intento, después de haber apurado el cáliz de las ingratitudes humanas. Lloráis al ver que el Señor, que los ha enviado, parece abandonarlos en el

instante preciso en que su protección resulta más necesaria. ¿Acaso no os han hablado de las pruebas que sufren los Espíritus elevados al momento de alcanzar un grado superior en la iniciativa espiritual? ¿No se os ha dicho que cada escalón de la jerarquía celestial se obtiene con el mérito y el sacrificio, como ocurre entre vosotros en el ejército, con la sangre derramada y los servicios prestados? Pues bien, tal es la situación de los Mesías en esta tierra de dolores. Reciben apoyo mientras dura su obra humanitaria, mientras trabajan para el hombre y para Dios; pero cuando solo ellos están en juego, cuando su prueba se torna individual, el auxilio visible se aleja; entonces la lucha se presenta áspera y ruda, tal como el hombre debe sufrirla.

Así se explica ese abandono aparente que os aflige en la vida de los misioneros de todos los niveles de vuestra humanidad. Nunca supongáis que Dios abandona a su criatura por capricho o impotencia. No obstante, a favor de su adelanto, la deja librada a sus propias fuerzas, al empleo absoluto de su libre albedrío.

Cura de Ars

* * *

El genio

(Douay, 13 de marzo de 1867.- Médium: señora M…)

Pregunta. El genio, ¿pertenece a cada Espíritu conforme a sus conquistas, o se le otorga según una ley divina, de conformidad con las necesidades de un pueblo o de una humanidad?

Respuesta. El genio, queridos hijos, es la irradiación de las conquistas anteriores. Esa irradiación constituye el estado en que se encuentra el Espíritu durante el desprendimiento o en las encarnaciones superiores. En esto hay que hacer una distinción. Por un lado, el genio más habitual entre vosotros es simplemente el estado de un Espíritu encarnado, una o dos de cuyas facultades se mantuvieron expuestas y en condiciones de obrar libremente; ha recibido un cuerpo que le permite expresarse en la plenitud de esos logros. La otra clase de genio pertenece al Espíritu que procede de mundos felices y adelantados, donde las conquistas son universales, en todo sentido, ya que las facultades del alma han alcanzado un grado eminente, desconocido en la Tierra. Esta clase de genio se distingue de la primera por una aptitud excepcional para todos los talentos, para todos los estudios. Esos Espíritus, cuando están encarnados en la Tierra, conciben las cosas mediante una intuición segura, que confunde la ciencia de los más doctos. Se destacan por su bondad, su grandeza de alma, su auténtica nobleza y sus obras excelentes. Son faros, emprendedores, ejemplares. Son hombres procedentes de otras tierras, para hacer que resplandezca la luz de lo Alto en un mundo oscuro, así como se envía a los académicos de una capital civilizada para que instruyan a los bárbaros. Tales fueron, entre vosotros, los hombres que en diversas épocas lograron que la humanidad avance, los sabios que abrieron nuevos caminos al conocimiento y disiparon las tinieblas de la ignorancia. Vieron y presintieron el destino terrestre, por más lejos que se hallaran de la realización de ese destino. Sentaron las bases de alguna ciencia, o fueron su punto culminante.

El genio, pues, no es gratuito ni está subordinado a una ley. Resulta del propio hombre y de sus antecedentes. Re-

flexionad en el hecho de que los antecedentes constituyen al hombre en su totalidad. El criminal lo es por sus antecedentes. El hombre de mérito, el hombre de genio, son superiores por la misma causa. Durante la encarnación, no todo queda cubierto a tal punto que no se filtre nada de nuestro ser anterior. La inteligencia y la bondad son luces muy intensas, focos demasiado ardientes para que la vida terrestre las reduzca a la oscuridad.

Las pruebas que debemos sufrir pueden velar, atenuar algunas de nuestras facultades, adormecerlas; pero si esas facultades alcanzaron un nivel elevado, no es posible que el Espíritu pierda por completo su posesión y su ejercicio. Tiene la certeza de que siempre dispone de ellas, e incluso muchas veces no puede negarse a usarlas. Esa es la causa de las vidas tan dolorosas de algunos hombres adelantados, que han preferido sufrir debido a sus elevadas facultades, en vez de permitir que se desvanezcan por un tiempo.

Así es, todos somos, mediante la esperanza, y algunos por el recuerdo, ciudadanos de esas elevadas esferas celestiales en las que el pensamiento irradia puro y poderoso. Así es, todos seremos Platón, Aristóteles, Erasmo. Las conquistas de nuestro Espíritu ya no quedarán sometidas al peso de la vida del cuerpo, o extinguidas por la vejez y las enfermedades.

Amigos, en eso consiste la más sublime esperanza. ¡Qué son, comparado con todo eso, las dignidades y los tesoros que ponían a los pies de aquellos sabios! Los soberanos mendigaban sus obras; se peleaban por su compañía. ¿Creéis acaso que esos vanos honores los lisonjeaban? No, porque el recuerdo de su gloriosa patria era demasiado intenso. Esos Espíritus regresaron dichosos, sobre el rayo de su gloria, a esos mundos que tanto añoraban.

¡Tierra! ¡Tierra! ¡Región fría, oscura, agitada! ¡Tierra ciega, ingrata y rebelde! No podías hacer que ellos olvidaran la patria celestial en la que habían vivido, y en la que volverían a vivir.

Adiós, amigos, no os quepa duda de que todo hombre de bien se convertirá en ciudadano de esos mundos felices, de esas espléndidas Jerusalén, donde el Espíritu vive libre en un cuerpo etéreo, en posesión de todas sus conquistas, sin sombras ni velos. Entonces, conoceréis todo lo que aspiráis a conocer, comprenderéis todo lo que intentáis comprender; incluso mi nombre, querido médium, que no quiero decirte.

Un Espíritu

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 6 Junio de 1867

Emancipación de las mujeres en Estados Unidos

Le Siècle, 5 de abril de 1867:

"Nos informan desde New York que, entre las peticiones dirigidas recientemente al Presidente de Estados Unidos, una de ellas ha planteado una vez más la cuestión de la admisibilidad de las mujeres en los cargos públicos. La señorita Françoise Lord, de New York, solicitó que se la envíe como cónsul al extranjero. El Presidente ha considerado la solicitud, y ella confía en que el Senado la apoyará. La opinión pública no se muestra tan hostil a esta innovación como se podría suponer, y varios periódicos defienden el reclamo de la señorita Lord".

Gran *Le Moniteur*, 9 de mayo de 1867:

"Se han abierto los padrones electorales en el distrito formado por los estados de Luisiana y Texas, que comanda el general Shéridan, y la población, blanca y de color, comenzó

a inscribirse sin objeción alguna respecto de la injerencia de la autoridad militar en dicho asunto. Pese al esfuerzo de los legisladores de Washington, la población norteamericana conserva gran parte de sus prejuicios respecto de los negros. Con una mayoría de treinta y cinco votos en contra, la Cámara de Diputados de New Jersey les ha negado sus derechos políticos, y el Senado de ese Estado refrendó tal decisión, que es objeto de fuertes ataques por parte de la prensa republicana. Por el contrario, uno de los estados del oeste, Wisconsin, otorgó el derecho de sufragio a las mujeres mayores de veintiún años. Este nuevo principio se abre camino en Estados Unidos, y no faltan periodistas que aprueben la galantería política de los senadores de Wisconsin. En referencia a una célebre novela, el orador de un mitin exclamó: '¿Acaso podríamos negar la capacidad política de la señora Beecher Stowe, cuando se la reconocemos al tío Tom?' ".

La Cámara de los Comunes, en Inglaterra, también se ha ocupado de esta cuestión en su sesión del 20 de mayo último, a partir de la propuesta de uno de sus miembros. Leemos en el relato del *Morning Post*:

"Respecto de la cláusula 4, el señor Mill solicita que se reemplace la palabra *hombre* por la palabra *persona*.

" 'Mi propósito es –dice él– incluir en el sufragio electoral a una gran parte de la población que en la actualidad se encuentra excluida del seno de la Constitución, es decir, a las mujeres. No veo por qué las mujeres solteras, las mayores y las viudas, no pueden tener voz en la elección de los miembros del Parlamento.

" 'Tal vez digan que las mujeres ya tienen bastante poder, pero considero que si ellas obtuvieran los derechos civiles que

propongo se les concedan, elevaríamos de ese modo su condición y las liberaríamos de un obstáculo que actualmente les impide ampliar sus facultades.

" 'Confieso que las mujeres ya poseen un gran poder social, pero que no es suficiente, y que no son niñas malcriadas, como se las considera por lo general. Además, sea cual fuere su poder, pretendo que sea responsable, y les otorgaría los medios para que conozcan sus necesidades y sus sentimientos.'

"Para el señor Laing, esa propuesta es insostenible, y está persuadido de que incluso la gran mayoría de las mujeres la rechazarán.

"Sir John Bowyer piensa diferente. Ahora las mujeres pueden ser directoras de asilos para menesterosos, de modo que no ve por qué ellas no podrían votar a los miembros del Parlamento. El honorable barón cita el caso de la señorita Burdetts Coutts, para demostrar que la propiedad de las mujeres, aunque impuesta como la de los hombres, no está representada en absoluto.

"Realizada la votación, la enmienda fue rechazada por 196 votos, contra 73, por lo que se dispuso que la palabra *hombre* forme parte de la cláusula".

El periódico *La Liberté*, del 24 de mayo, complementa dicho relato con estas sensatas reflexiones:

"¿Acaso las mujeres no son admitidas para ocupar un asiento y votar en las asambleas de accionistas tanto como los hombres?

"Si fuera cierto, como pretende el honorable Laing, que las mujeres no quieren ejercer el derecho que el señor Stuart Mill propone que se les reconozca, esa no sería una razón para no hacerlo, puesto que les corresponde legítimamente. Las

que no quieran ejercerlo, podrán abstenerse de votar, hasta que la costumbre las haga cambiar de opinión.

"¡A los *Laing*, cuyos ojos están cubiertos por la venda de la rutina, les resulta monstruoso que las mujeres voten, pero consideran absolutamente natural y muy fácil que una mujer reine!

"¡Oh! ¡Incoherencia humana! ¡Oh! ¡Contradicción social!"

A. Fagnan

Hemos tratado la cuestión de la emancipación de las mujeres en el artículo titulado *Las mujeres, ¿tienen alma?*, publicado en la *Revista* de enero de 1866, y al que nos remitimos para no ser reiterativos. Las siguientes consideraciones servirán para complementarlo.

En una época en la que los privilegios, restos de otros tiempos y de otras costumbres, caen ante el principio de igualdad de derechos de toda criatura humana, es indudable que los derechos de la mujer no podían tardar en ser reconocidos y que, en un futuro próximo, la ley ya no tratará a la mujer como si fuera un ser inferior. Hasta ahora, el reconocimiento de esos derechos es visto como una concesión de la fuerza a la debilidad, razón por la cual se lo escatima con tanta parsimonia. Ahora bien, como todo lo que se otorga voluntariamente puede ser retirado, ese reconocimiento sólo será definitivo e imprescriptible cuando deje de hallarse subordinado al capricho del más fuerte, y quede fundado en un principio que nadie pueda cuestionar.

Los privilegios de raza tienen origen en la abstracción que los hombres hacen por lo general del principio espiritual, para considerar solamente el ser material exterior. A partir de la

fuerza o la debilidad de la constitución física, de la diferencia de color, del nacimiento en la opulencia o en la miseria, de la filiación consanguínea noble o plebeya, concluyeron que existen una superioridad y una inferioridad naturales, y sobre esa base han establecido sus leyes sociales y los privilegios de raza. Desde ese punto de vista *circunscrito*, son consecuentes consigo mismos, porque, debido a que solo consideran la vida material, les parece que algunas clases pertenecen, y en efecto pertenecen, a razas diferentes.

En cambio, si el punto de vista es el del ser espiritual, esencial y progresivo, en una palabra, el punto de vista del Espíritu, que preexiste y sobrevive a todo, cuyo cuerpo es tan solo una envoltura temporal, que varía de forma y de color, como el vestido; si además, a partir del estudio de los seres espirituales, se demuestra que esos seres son idénticos en cuanto a su naturaleza y su origen, y que su destino es el mismo; que la vida corporal es apenas un incidente, una de las etapas de la vida del Espíritu, necesaria para su adelanto intelectual y moral; que en función de ese adelanto, el Espíritu puede revestir sucesivamente envolturas diversas y nacer en situaciones diferentes, llegamos a la conclusión fundamental de la igualdad natural, y de ahí a la igualdad de derechos sociales de todas las criaturas humanas, así como a la abolición de los privilegios de raza. Esto es lo que el espiritismo enseña.

Vosotros, que negáis la existencia del Espíritu para considerar tan solo el hombre corporal, que negáis la perpetuidad del ser inteligente para analizar tan solo la vida presente, vosotros repudiáis el único principio en el que se basan racionalmente los derechos que reclamáis para vosotros mismos y para vuestros semejantes.

Al aplicar ese principio a la posición social de la mujer, diremos que, entre todas las doctrinas filosóficas y religiosas, el espiritismo es la única que funda sus derechos en la naturaleza misma, pues demuestra la identidad del ser espiritual en ambos sexos. Dado que la mujer no pertenece a una *creación distinta*; que el Espíritu puede nacer de buen grado hombre o mujer, conforme al género de pruebas al que pretenda someterse para su adelanto; que la diferencia consiste solamente en la envoltura exterior que modifica sus aptitudes; en una palabra, de la identidad en la naturaleza del ser, necesariamente se debe concluir la igualdad de derechos. Esto no resulta de una simple teoría, sino de la observación de los hechos, así como del conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual. Puesto que los derechos de la mujer encuentran en la doctrina espírita una consagración fundada en las leyes de la naturaleza, de ahí resulta que la divulgación de esa doctrina apresurará la emancipación de la mujer y la ubicará de una manera estable en la posición social que le corresponde. Si las mujeres comprendieran las consecuencias del espiritismo, todas ellas serían espíritas, porque de esa doctrina extraerían el argumento más poderoso que podrían invocar.

La idea de la emancipación de la mujer germina en este momento en un gran número de cerebros, porque vivimos en una época en la que fermentan las ideas de renovación social, y en la que las mujeres, tanto como los hombres, experimentan el influjo progresivo que agita al mundo. Después de haberse ocupado mucho de sí mismos, los hombres comienzan a comprender que sería justo hacer algo por ellas, y relajar los vínculos de la tutela a la que las someten. Debemos felicitar a Estados Unidos por la iniciativa que ha tomado al respecto,

y porque ha ido aún más lejos al concederle un estatus legal y de derecho común a una raza de la humanidad.

No obstante, de la igualdad de derechos sería abusivo inferir la igualdad de atribuciones. Dios ha dado a cada ser un organismo adecuado al rol que debe cumplir en la naturaleza. El rol de la mujer está determinado por su organización, y eso no es lo menos importante. Por consiguiente, hay atribuciones bien caracterizadas, que la naturaleza misma confiere a cada sexo, y esas atribuciones implican deberes especiales que los sexos no podrían cumplir eficazmente si se apartaran de su rol. Ocurre en cada sexo lo mismo que entre un sexo y otro: la constitución física determina aptitudes especiales. Sea cual fuere su constitución, no cabe duda de que todos los hombres tienen los mismos derechos, pero es evidente que, por ejemplo, el hombre que no está organizado para el canto no podría ser cantante. Nadie puede negarle el derecho a cantar, pero ese derecho no puede otorgarle las cualidades que le faltan. Por lo tanto, si la naturaleza ha dado a la mujer músculos más débiles que los del hombre, es porque ella no ha sido llamada a realizar los mismos ejercicios que él; si su voz tiene otro timbre, es porque ella está destinada a producir otras sensaciones.

Ahora bien, sería lamentable que –y eso es lo que ocurrirá– en la fiebre de la emancipación que la atormenta, la mujer se considere apta para desempeñar la totalidad de las atribuciones del hombre, y que, al caer en un exceso contrario, después de haber tenido tan poco, pretenda tener demasiado. Este resultado es inevitable, pero no debe asombrarnos en absoluto. Si bien las mujeres tienen derechos incuestionables, la naturaleza tiene los suyos, que no pierde jamás. Las mujeres se cansarán pronto de los roles que no son para ellas. Dejad, pues, que la experiencia les haga reconocer su insuficiencia

para las cosas a las que la Providencia no las ha convocado. Intentos infructuosos las llevarán forzosamente de regreso al camino que se les ha trazado, camino que puede y debe expandirse, pero que no podría desviarse sin perjuicio para ellas mismas, pues afectaría la influencia tan especial que deben ejercer. Reconocerán que con un cambio de esa naturaleza no podrán más que perder, porque la mujer de aspecto demasiado viril nunca tendrá la gracia y el encanto que constituyen el poder de la que sabe mantenerse mujer. Una mujer que se vuelve hombre abdica de su verdadera realeza; y se la observa como un fenómeno.

En la Sociedad de París, después de haber leído los dos artículos transcriptos más arriba, se formuló a los Espíritus la siguiente pregunta, con fines de estudio:

¿Cuál es la influencia que el espiritismo debe ejercer en la condición de la mujer?

Todas las comunicaciones obtenidas concluyeron en el mismo sentido, de modo que nos limitamos a publicar la que sigue, por ser la más desarrollada.

(Sociedad de París, 10 de mayo de 1867.
Médium: Sr. Morín,
en estado de sonambulismo natural espontáneo;
disertación verbal.)

"Los hombres siempre han sido orgullosos. Se trata de un vicio constitutivo inherente a su naturaleza. El hombre –me refiero al ser humano de sexo masculino–, fuerte por el desarrollo de sus músculos, así como por las concepciones un tanto audaces de su pensamiento, no tuvo en cuenta su debilidad, a la cual se alude en las santas Escrituras, debilidad

que ha constituido la desgracia de toda su descendencia. Se consideró fuerte, y se sirvió de la mujer, no como si ella fuera una compañera, un familiar, sino desde el punto de vista meramente bestial. La convirtió en un animal de apariencia agradable, e intentó mantenerla a una distancia respetuosa de su señor. Sin embargo, como Dios no quiso que una mitad de la humanidad dependiera de la otra, no hizo dos creaciones distintas: una para que estuviera constantemente al servicio de la otra. Dios quiso que todas sus criaturas participaran del banquete de la vida y de lo infinito en la misma proporción.

"En esos cerebros, a los que durante tanto tiempo se mantuvo alejados de la ciencia, porque no se los consideraba aptos para recibir los beneficios de la instrucción, Dios hizo que naciera, como contrapeso, una astucia que jaquea las fuerzas del hombre. La mujer es débil; el hombre es fuerte e instruido. Pero la mujer es astuta, y la ciencia contra la astucia no siempre gana. Si fuera la verdadera ciencia, prevalecería; pero se trata de una ciencia falsa e incompleta, y la mujer encuentra fácilmente su punto débil. Inducida por la situación a la que fue relegada, la mujer desarrolló el germen que sentía dentro de ella. La necesidad de acabar con esa opresión, le inculcó el deseo de romper sus cadenas. Seguid su camino. Considerad-la a partir de la era cristiana: la veréis cada vez más dominante. Pero no ha empleado todas sus fuerzas: las conservó para tiempos más oportunos, y se acerca la época en que podrá desplegarlas. Por otra parte, la generación que surge lleva consigo la transformación que se nos anuncia desde hace tanto tiempo, y la mujer actual pretende ocupar, en la sociedad, un lugar igual al del hombre.

"Observad bien; mirad en su hogar, y veréis con cuánta intensidad la mujer tiende a liberarse del yugo. Reina como se-

ñora, y a veces como déspota. La habéis doblegado demasiado tiempo: se suelta y se expande como un resorte comprimido, porque comienza a comprender que ha llegado su momento.

"¡Pobres hombres! Si entendierais que los Espíritus no tienen sexo; que el Espíritu que hoy es hombre, mañana puede ser mujer; que los Espíritus eligen el sexo indistintamente, y que a veces prefieren el sexo femenino. Si entendierais eso, deberíais alegraros en vez de afligiros por la emancipación de la mujer, y aceptarla en el banquete de la inteligencia, abriéndole de par en par las puertas de la ciencia, porque ella elabora conceptos más finos y armoniosos, y tiene una sensibilidad más delicada que la del hombre. ¿Por qué la mujer no podría ser médica? ¿Acaso no ha sido llamada naturalmente a cuidar de los enfermos? ¿No los trataría con más eficiencia si dispusiera de los conocimientos necesarios? ¿No hay casos en los que sería preferible una médica para tratar a las personas de su mismo sexo? ¿Acaso no son muchas las mujeres que han demostrado su aptitud para algunas ciencias, al igual que la sutileza de su tacto para los negocios? Así pues, ¿qué otro motivo habría para que los hombres se reserven el monopolio de todo eso, si no fuera el temor de ver que ellas los superan? Sin hablar de las profesiones especiales, la primera profesión de la mujer, ¿no es acaso la de madre de familia? Ahora bien, la madre instruida tiene más capacidad para dirigir la instrucción y la educación de sus hijos, pues a la vez que alimenta los cuerpos, puede desarrollar los corazones y las mentes. Puesto que la primera infancia se confía necesariamente a los cuidados de la mujer, cuando esta sea instruida, la regeneración social habrá dado un paso inmenso, y eso es lo que ocurrirá.

"La igualdad del hombre y de la mujer arrojará además otro resultado. Ser jefe, ser fuerte, está muy bien; pero tam-

bién significa asumir una gran responsabilidad. Al compartir la carga de los asuntos familiares con una compañera capaz, esclarecida, naturalmente dedicada a los intereses comunes, el hombre alivia esa carga y disminuye su responsabilidad. Por el contrario, cuando la mujer se mantiene bajo su tutela, y por eso mismo en un estado de sumisión forzada, no tiene voz en absoluto, salvo que el hombre se digne a concedérsela.

"Se dice que las mujeres son demasiado charlatanas y frívolas. Pero ¿de quién es la culpa, sino de los hombres que no las dejan pensar? Dadles el alimento del espíritu, y ellas hablarán menos; meditarán y reflexionarán más. Las acusáis de ser frívolas; pero ¿qué otra cosa les permitís hacer? Me refiero sobre todo a la mujer de la alta sociedad. No le permitís nada, absolutamente nada. ¿En qué puede ocuparse? Si reflexiona y escribe sus pensamientos, la tratáis irónicamente de *sabionda*. Si cultiva las ciencias y las artes, sus obras no son tomadas en cuenta, salvo muy raras excepciones. Con todo, al igual que los hombres, las mujeres necesitan que se las estimule. Halagar a un artista implica darle ánimo, valor. Sin embargo, en el caso de las mujeres, para vosotros ¡eso realmente no vale la pena! Entonces, solo les queda el ámbito de la frivolidad, en el que pueden estimularse mutuamente.

"Cuando el hombre destruya las barreras que su amor propio levanta contra la emancipación de la mujer, pronto verá que ella toma vuelo, para beneficio de toda la sociedad. Hombres, sabed que la mujer lleva consigo la chispa divina tanto como vosotros, porque la mujer sois vosotros, así como vosotros sois la mujer."

La homeopatía en el tratamiento de las enfermedades morales

(Véase el número de marzo de 1867.)

Con motivo del artículo que publicamos en el número de marzo, acerca de la acción de la homeopatía en las enfermedades morales, hemos recibido de parte de uno de los más ardientes partidarios de ese sistema, a la vez que uno de los más fervorosos adeptos del espiritismo, el doctor Charles Grégory, una carta que cumplimos con el deber de publicar aquí, en función de la luz que la misma puede aportar a la discusión de este asunto.

"Querido y venerado maestro:

"Haré el intento de explicaros de qué modo comprendo la acción de la homeopatía en el desarrollo de las facultades morales.

"Al igual que yo, vos admitís que todo hombre sano posee los rudimentos de las facultades y de los órganos cerebrales necesarios para su manifestación. También admitís que algunas facultades siempre se desarrollan, mientras que otras, que probablemente sean tan solo rudimentarias, después de haber emitido apenas algunos resplandores, parecen extinguirse por completo. En el primer caso, según vos, los órganos cerebrales que se relacionan con facultades en pleno desarrollo, se manifestarían libremente, mientras que los que son rudimentarios, y que muy a menudo también se relacionan con aptitudes rudimentarias, se atrofiarían completamente con el aumento de la edad, debido a la falta de actividad vital.

"Por lo tanto, si por medio de medicamentos adecuados, actúo sobre los órganos imperfectos, si genero en ellos un in-

cremento de actividad vital, si les indico una nutrición más fuerte, es evidente que, al aumentar su volumen, esos órganos permitirán que la facultad rudimentaria se manifieste mejor, y que, mediante la transmisión de las ideas y los sentimientos procedentes del mundo exterior que hayan captado con los sentidos, imprimirán en la facultad correspondiente una influencia saludable, desarrollándola, porque todo se conecta y se relaciona en el hombre: el alma influye en lo físico, así como el cuerpo influye en el alma. Por consiguiente, esta ya es una primera influencia de los medicamentos, por medio de la expansión de los órganos, sobre las correspondientes facultades del alma. Es la posibilidad de que el hombre mejore a través de fuerzas extraídas del mundo material; que mejore, digo, en potencialidades y en aptitudes.

"En este momento, considero que no se ha demostrado en modo alguno que nuestras pequeñas dosis, llevadas a un estado de sublimación y de sutilidad que excede todos los límites, no contengan algo de naturaleza espiritual, que de algún modo actúe sobre el Espíritu. Nuestros medicamentos, suministrados en el estado de división a que el arte los somete, ya no son sustancias materiales, sino fuerzas que necesariamente deben, en mi opinión al menos, actuar sobre las facultades del alma, que también son fuerzas.

"Entonces, como creo que el Espíritu del hombre, antes de encarnar en la humanidad, sube todos los grados de la escala y pasa por el mineral, la planta y el animal, así como por la mayoría de los tipos de cada especie, donde se prepara para su desarrollo completo como ser humano, ¿quién me dice que, al suministrar médicamente lo que ya no es mineral, ni planta, ni animal, sino lo que se podría denominar su esencia, y de alguna manera su espíritu, no actuaría sobre el

alma humana, compuesta de los mismos elementos? Porque, por mucho que se diga, el espíritu es algo, y puesto que se ha desarrollado y se desarrolla sin cesar, debió tomar sus elementos de alguna parte.

"Todo lo que puedo decir es que, con nuestras 200ª y 600ª diluciones, nosotros no obramos materialmente sobre el alma, sino virtualmente y, de alguna manera, espiritualmente.

"Ahora bien, los hechos están ahí, numerosos, bien observados, los cuales podrían demostrar que no estoy del todo equivocado. En cuanto a mí, aunque no me agradan demasiado las cuestiones personales, diré que tras experimentar conmigo mismo durante treinta años la administración de remedios homeopáticos, de algún modo he creado en mí nuevas facultades, rudimentarias sin duda, que nunca había conocido durante mi más lozana juventud, en la época en que ignoraba la homeopatía, y que actualmente, a los cincuenta y dos años de edad, poseo bien desarrolladas: el sentimiento del color y de la forma.

"También agregaría que, bajo la influencia de nuestros medios, he visto caracteres que se transformaron por completo: a la frivolidad le siguieron la reflexión y la solidez del juicio; a la lujuria, la continencia; a la maldad, la benevolencia; al odio, la misericordia y el perdón de las ofensas. No se trata, evidentemente, de una cuestión de algunos días: hacen falta años de cuidados, pero a cambio se obtienen esos excelentes resultados con medios *tan cómodos*, que no causan la menor dificultad para convencer a los pacientes que confían en vos, y un médico siempre los tiene. Incluso observé que los resultados obtenidos con nuestros medios eran adquiridos para siempre, en tanto que los alcanzados a través de la educación, los buenos consejos, las exhortaciones continuas, los libros de

moral, apenas resistían la posibilidad de satisfacer una pasión ardiente, así como las tentaciones relacionadas con nuestras debilidades, más bien adormecidas y entumecidas que curadas. Si en este último caso hubo algunos éxitos, estos no se alcanzaron sin luchas violentas, que no es bueno prolongar durante mucho tiempo.

"Estas son, querido maestro, las observaciones que deseaba someter a vuestra consideración acerca de esta importante cuestión de la influencia de la homeopatía en la moral humana.

"Para concluir, ya sea que el medicamento actúe sobre las facultades a través del cerebro, o bien que lo haga a la vez sobre la fibra cerebral y la facultad correspondiente, no queda menos demostrado por mí, con cientos de hechos, que la acción sutil y profunda de nuestras dosis sobre la moral humana es muy real. Además, he comprobado que la homeopatía deprime algunas facultades, sentimientos o pasiones demasiado exaltadas, a la vez que estimula otras demasiado débiles, como si estuvieran paralizadas, razón por la cual conduce al equilibrio y a la armonía. De ahí se sigue una mejoría real y el progreso del hombre en todas sus aptitudes, así como la facilidad para vencerse a sí mismo.

"No vayáis a suponer que ese resultado aniquila la responsabilidad humana, y que ese progreso tan deseado se alcanza sin padecimientos ni luchas. No basta con tomar un medicamento y decir: 'Venceré mi inclinación a la ira, a los celos, a la lujuria'. ¡Oh, no! El remedio adecuado, una vez introducido en el organismo, solo genera una modificación profunda *a costa de violentos padecimientos morales, que a menudo duran mucho, muchísimo tiempo*; padecimientos que deben repetirse varias veces, cambiando los medicamentos y las dosis, durante meses e incluso años, si se pretende alcanzar resultados con-

cluyentes. Ese es el precio que hay que pagar por el mejoramiento moral; esas son la prueba y la expiación mediante las cuales todo se paga en este mundo, y os confieso que no es cosa fácil corregirse, incluso con la homeopatía. No sé si, mediante las angustias interiores que se sufren, ese progreso no se paga más caro que con la modificación más lenta, es cierto, pero sin duda más suave y soportable, de la acción exclusivamente moral de todos los días, a través de la observación de uno mismo y el deseo ardiente de vencer.

"Aquí termino. Más adelante, os referiré numerosos hechos que podrán convenceros.

"Recibid, etc."

Esta carta no modifica en absoluto nuestra opinión, publicada en el número de marzo, acerca de la acción de la homeopatía en el tratamiento de las enfermedades morales. Dicha opinión, incluso, es confirmada por estos argumentos del doctor Grégory. Por consiguiente, reiteramos que: si bien los medicamentos homeopáticos pueden ejercer alguna acción sobre lo moral, lo hacen actuando sobre los órganos de las manifestaciones –lo cual puede ser útil en algunos casos–, pero no sobre el Espíritu; que las cualidades buenas o malas, así como las aptitudes, son inherentes al grado *de adelanto o de inferioridad* del Espíritu, y que no es posible hacer que este adelante más rápido con algún medicamento, como tampoco otorgarle las cualidades que tan solo puede adquirir sucesivamente y con su propio esfuerzo; que una teoría como esa, al hacer que las disposiciones morales dependan del organismo, elimina en el hombre todo tipo de responsabilidad –diga lo que diga el señor Grégory– y lo exime de realizar el menor esfuerzo sobre sí mismo para mejorar, dado que se lo podría convertir en un hombre bueno contra su voluntad, con solo

administrarle tal o cual remedio; que si bien, con la ayuda de los medios materiales, es posible modificar los órganos de las manifestacion es –cosa que admitimos plenamente–, esos medios no pueden modificar las tendencias instintivas del Espíritu, del mismo modo que a un parlanchín no se le quitan las ganas de hablar con solo cortarle la lengua. Una costumbre de Oriente confirma nuestra aserción mediante un hecho material muy conocido.

Es cierto que el estado patológico ejerce una influencia sobre lo moral en algunos aspectos, pero las disposiciones que tienen ese origen son accidentales y no constituyen el fondo del carácter del Espíritu. Esas disposiciones, sobre todo, son las que una medicación adecuada puede modificar. Ahora bien, hay personas que son generosas tan solo después de haber comido bien, y a las que no se les debe pedir nada cuando tienen el estómago vacío. ¿Debemos inferir de ahí que una buena comida constituye un remedio contra el egoísmo? No, porque esa generosidad, causada por la plenitud de la satisfacción sensual, es un efecto del egoísmo. Es una generosidad aparente, un producto de esta reflexión: "Ahora que ya no necesito nada, puedo ocuparme un poco de los demás".

En resumen, no negamos que determinadas medicaciones, y la homeopática más que cualquier otra, produzcan algunos de los efectos indicados, pero cuestionamos más que nunca los resultados permanentes y, sobre todo, *tan universales*, que algunos le atribuyen. Un caso en el que la homeopatía nos resulta particularmente aplicable con éxito es el de la *locura patológica*, porque en esta el desorden moral es la consecuencia del desorden físico, y porque en la actualidad se ha comprobado, mediante la observación de los fenómenos espíritas, que el Espíritu no está loco. No modifica al Espíritu, sino

que le ofrece los medios para que se manifieste libremente. La acción de la homeopatía puede ser en este caso aún más eficaz por el hecho de que actúa principalmente, por la naturaleza espiritualizada de sus medicamentos, sobre el periespíritu, que desempeña un rol preponderante en esa afección.

Tendríamos más de una objeción para oponer a varias proposiciones contenidas en dicha carta, pero eso nos llevaría demasiado lejos. Así pues, nos basta con confrontar las dos opiniones. Como en todo, los hechos son más concluyentes que las teorías. Son los hechos, en definitiva, los que confirman o refutan las teorías, por lo que deseamos fervorosamente que el señor doctor Grégory publique un tratado especial *práctico* de homeopatía aplicada al tratamiento de las enfermedades morales, a fin de que la experiencia pueda generalizarse y resuelva la cuestión. El doctor Grégory, más que cualquier otro, nos parece capaz de realizar ese trabajo ex profeso.

* * *

El sentido espiritual

Una segunda carta del doctor Grégory contiene lo siguiente:

"Erasto, en una comunicación, enunció una idea que me impactó y me hizo reflexionar. El hombre –dice él– tiene siete sentidos: los sentidos bien conocidos del oído, el olfato, la vista, el gusto y el tacto, y además *el sentido sonambúlico y el sentido mediúmnico*.

"Agrego a tales palabras que esos dos últimos sentidos solamente existen de modo bastante desarrollado en algunas

naturalezas privilegiadas, en caso de que existan en todos los hombres en estado rudimentario. Ahora bien, una convicción que he adquirido con más de una observación y con una experiencia bastante larga respecto de las fuerzas homeopáticas, consiste en que nuestros medicamentos, bien seleccionados y tomados durante mucho tiempo, pueden desarrollar esas dos admirables facultades".

Por nuestra parte, pensamos que sería un error considerar que el sonambulismo y la mediumnidad sean el producto de dos sentidos diferentes, puesto que no son sino dos efectos que resultan de una misma causa. Esta doble facultad es uno de los atributos del alma, y su órgano es el periespíritu, cuya irradiación transporta la percepción más allá de los límites de la acción de los sentidos materiales. Se trata, para hablar con propiedad, del *sexto sentido*, que es designado con el nombre de *sentido espiritual*.

El sonambulismo y la mediumnidad son dos variedades de la actividad de ese sentido, las cuales presentan, como sabemos, innumerables matices y constituyen aptitudes especiales. Al margen de estas dos facultades, más destacadas, porque son más evidentes, sería un error suponer que el s*entido espiritual* exista solamente en estado rudimentario. Al igual que los otros sentidos, se encuentra desarrollado en mayor o menor medida y es más o menos sutil según cada individuo, pero todos lo poseen, y no es el que presta un servicio menor, a juzgar por la naturaleza especialísima de las percepciones que genera. Lejos de ser la regla, su atrofia es la excepción, y se la puede considerar una enfermedad, como la privación de la vista o del oído. Mediante ese sentido, recibimos los efluvios fluídicos de los Espíritus, y estos nos inspiran sus pensamientos sin que lo sepamos; también captamos las advertencias

íntimas de la conciencia; tenemos el presentimiento y la intuición de las cosas futuras o ausentes; y se ejercen la fascinación, la acción magnética inconsciente e involuntaria, la penetración del pensamiento, etc. Esas percepciones, al igual que la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, son otorgadas al hombre por la Providencia, y para que este las conserve. Son fenómenos muy comunes, que el hombre apenas advierte porque los experimenta habitualmente, pero de los que no tenía conocimiento hasta ahora, debido a que ignoraba las leyes del principio espiritual, e incluso porque algunos negaban la existencia de ese principio. No obstante, quien dirija su atención hacia los efectos que acabamos de mencionar, así como hacia muchos otros de la misma naturaleza, reconocerá que son muy frecuentes y por completo independientes de las sensaciones percibidas por los órganos del cuerpo.

La *vista espiritual*, vulgarmente denominada *doble vista* o *segunda vista*, es un fenómeno menos raro de lo que se supone. Muchas personas poseen esa facultad sin sospecharlo. Se presenta con mayor o menor intensidad, y resulta fácil cerciorarse de que es ajena a los órganos de la visión, porque se ejerce sin el auxilio de esos órganos, y porque hasta los ciegos la poseen. Algunas personas la experimentan cuando su estado es absolutamente normal, sin la menor señal evidente de sueño[19] ni de estado extático. Conocemos, en París, a una señora en quien la vista espiritual es permanente, y tan natural como la vista ordinaria. Ella ve, sin esfuerzo y sin necesidad de concentrarse, el carácter, los hábitos, los antecedentes de cualquiera que se le aproxime. Describe las enfermedades y prescribe tratamientos eficaces con más facilidad que muchos

19. Sueño o estado de sonambulismo. (N. del T.)

sonámbulos comunes. Basta con pensar en una persona ausente, para que ella la vea y diga su nombre. Cierto día, mientras nos encontrábamos en su casa, vimos que por la calle pasaba alguien de nuestro conocimiento, a quien ella nunca había visto. Sin que le preguntáramos nada, hizo un retrato moral de aquella persona, con gran precisión, y nos dio muy sabios consejos a su respecto.

Con todo, esa señora no es sonámbula. Dice lo que ve, como diría cualquier otra cosa, sin distraerse de sus ocupaciones. ¿Es médium? No lo sabe, porque hasta hace poco tiempo no conocía el espiritismo siquiera de nombre. Por consiguiente, esa facultad es en ella tan natural y espontánea como puede serlo. ¿De qué otro modo percibe, si no lo hace con el sentido espiritual?

Debemos agregar que esta señora cree en la lectura de las líneas de la mano, y que las examina cuando la consultan. Según ella, puede ver en las manos los indicios de las enfermedades. Dado que ve con certeza, y que es evidente que muchas de las cosas que dice no pueden tener ninguna relación psicológica con las manos, estamos convencidos de que ella las observa simplemente como un medio para ponerse en contacto y desarrollar su vista fijándola en un punto determinado. La mano hace las veces de un *espejo mágico* o *psíquico*. Esta señora puede ver en las manos como otros ven en un vaso, en una botella u otro objeto. Su facultad tiene mucha relación con la del *vidente del bosque de Zimmerwald*, si bien es superior en algunos aspectos. Por otra parte, como ella no extrae ningún provecho de su facultad, esta consideración aleja toda sospecha de fraude, y puesto que se vale de la misma para prestar un servicio, es probable que sea asistida por los Espíritus buenos. (Véase la *Revista* de octubre de 1864: *El sexto sentido y la*

vista espiritual; octubre de 1865: *Nuevos estudios acerca de los espejos psíquicos. El vidente del bosque de Zimmerwald*.)

El grupo curador de Marmande

Intervención de los seres queridos en las curas

"Marmande, 12 de mayo de 1867.

"Estimado señor Kardec:

"Hace ya algún tiempo que no os mantengo al tanto de los resultados de nuestros trabajos espíritas, que llevamos adelante con perseverancia y –me alegra decirlo– con importantes logros. Los obsesos y los enfermos siguen siendo los destinatarios exclusivos de nuestros cuidados. La moralización y los fluidos son los principales medios indicados por nuestros guías.

"Nuestros Espíritus buenos, dedicados a la propagación del espiritismo, también han asumido la tarea de divulgar el magnetismo. En casi todas las consultas, para el tratamiento de los distintos casos de enfermedad, ellos solicitan la colaboración de los seres queridos del paciente, de modo que un padre, una madre, un hermano o una hermana, un vecino, un amigo, son requeridos para hacer *pases*. Esas buenas personas se sorprenden al ver que pueden detener crisis y calmar dolores. Considero que ese recurso es ingenioso y seguro para ganar adeptos. De tal modo, la confianza se extiende cada día más en nuestra región. Los grupos que se ocupan de realizar curaciones, tal vez harían bien en dar esos mismos consejos, pues los buenos resultados obtenidos demostrarían de manera

evidente la verdad del magnetismo, y brindarían la certeza de que la facultad de curar o de aliviar al semejante no es un privilegio exclusivo de algunas personas. Para eso no hace falta más que buena voluntad y confianza en Dios; sin hablar de la buena salud, que es una condición indispensable, como se comprenderá. Al reconocer que ese poder está en uno mismo, se adquiere la certeza de que en él no hay malabarismos, ni sortilegios, ni pactos con el diablo. Por consiguiente, es una manera de destruir las ideas supersticiosas.

"Veamos algunos ejemplos de las curas obtenidas.

"Una niña de seis o siete años de edad se encontraba en cama, con dolor de cabeza continuo, fiebre, tos frecuente con expectoraciones, más un intenso dolor del lado izquierdo. También le dolían los ojos, que cada tanto quedaban cubiertos por una sustancia lechosa que formaba una especie de nube. El cuero cabelludo estaba cubierto de partículas blancas, y la orina era espesa y turbia. Débil y abatida, la niña no comía ni dormía. El médico había decidido suspender sus visitas. La madre, *pobre*, en presencia de su hija enferma y abandonada, acudió a mí. Consultamos a nuestros guías, quienes prescribieron como único remedio la imposición de manos y los pases fluídicos aplicados por la madre, y me recomendaron que durante algunos días fuera a su casa para mostrarle cómo debía proceder. Comencé por drenar y secar las vesículas. Después de tres días de pases y de imposición de manos sobre la cabeza, los riñones y el pecho, realizados *a modo de lecciones*, pero de todo corazón, la niña pidió levantarse, la fiebre cesó, y todos los síntomas descritos más arriba desaparecieron al cabo de diez días.

"Esta curación, que la madre calificó de milagrosa, hizo que dos días después me llamaran en auxilio de otra niña, de

tres o cuatro años de edad, que tenía fiebre. Luego de los pases y la imposición de manos, la fiebre cesó desde el primer día.

"Las curas de algunas obsesiones nos dan la misma satisfacción e igual confianza. Marie B… es una joven de veintiún años de edad, de Samazan, cerca de Marmande. Se desnudaba completamente y salía a correr por los campos, para luego recostarse junto a un perro sobre un montón de heno. La moralización del obsesor, a cargo de nosotros, más los pases fluídicos que el marido le aplicaba luego de nuestras instrucciones, muy pronto liberaron a la joven. Toda la comuna de Samazan fue testigo de la impotencia de la medicina para curarla, así como de la eficacia del simple recurso empleado para que recupere su estado normal.

"La señora D…, de veintidós años de edad, oriunda de la comuna de Sainte-Marthe, no lejos de Marmande, sufría crisis extraordinarias y violentas. Rugía, mordía, se retorcía, sentía golpes terribles en el estómago, se desmayaba, y a menudo permanecía cuatro o cinco horas sin conciencia. En una oportunidad, llegó a estar ocho días sin recuperar la lucidez. El señor doctor T… la había tratado en vano. El marido, después de correr detrás de otros profesionales, de sacerdotes de nuestra región con fama de curadores y exorcistas, e incluso de adivinos, porque confesó que los había consultado, se dirigió a nosotros para suplicarnos que tuviéramos a bien ocuparnos de su esposa, en caso de que, conforme le habían contado, pudiéramos curarla. Por nuestra parte, nos comprometimos a escribirle con las indicaciones de lo que debería hacer.

"Nuestros guías, una vez consultados, nos dijeron que debía suspenderse el tratamiento médico, pues los remedios eran inútiles; que el marido elevara su alma a Dios e impusiera las manos sobre la frente de su esposa y le hiciera pases

fluídicos con amor y confianza; que observara puntualmente las recomendaciones, por más contratiempos que pudiera sufrir (siguen las recomendaciones de los guías, que son absolutamente personales), y que si comprendía bien el hecho de que todo eso era necesario para la salud de su pobre enferma, pronto obtendría su recompensa.

"También nos dijeron que evocáramos y moralizáramos al Espíritu obsesor, de nombre *Lucien Cédar*. Ese Espíritu nos reveló la causa que lo llevaba a atormentar a la señora D… Esa causa tenía relación precisamente con las recomendaciones impartidas al marido. Este último, habiendo cumplido con todo, tuvo la satisfacción de ver a su mujer completamente libre en un lapso de diez días. Él me dijo: 'Dado que los Espíritus se comunican, no me sorprende que os hayan dicho algo que sólo yo sabía, pero sí me sorprende mucho que ningún remedio haya podido curar a mi esposa. Si hubiera acudido a vosotros desde el principio, aún tendría ciento cincuenta francos en el bolsillo, que ahí ya no están más porque los gasté en medicamentos'.

"Estrecho vuestra mano muy cordialmente."

Dombre

Los casos de cura aquí referidos no son más extraordinarios que los que ya hemos citado, provenientes del mismo centro.[20] Con todo, demuestran, mediante la continuidad de un éxito que lleva varios años, lo que se puede obtener con perseverancia y dedicación. Por eso, nunca les falta la asistencia de los Espíritus buenos. Estos solamente abandonan a los

20. Véase la *Revista Espírita* de febrero de 1866. (N. del T.)

que se apartan del camino del bien, lo cual se reconoce fácilmente por sus fracasos. En cambio, sostienen hasta el último momento, incluso contra los ataques de la malevolencia, a todos aquellos cuyo esmero, sinceridad, abnegación y solidaridad, los tornan resistentes a las vicisitudes de la vida. Elevan al que se rebaja, y rebajan al que se eleva. Esto se aplica a todos los géneros de mediumnidad.

El señor Dombre no se desanimó ante nada. Luchó enérgicamente contra todos los obstáculos que se le opusieron, y los superó. Despreció las injurias y las amenazas de nuestros adversarios comunes, forzándolos al silencio con su firmeza. No escatimó su tiempo, ni su esfuerzo, ni los sacrificios materiales. Nunca se propuso utilizar su obra para destacarse, ni como un trampolín para otras cuestiones. Su desinterés moral está al nivel de su desinterés material. Es dichoso por sus logros, pues sabe que todos ellos le pertenecen a la doctrina espírita. Estos son los títulos auténticos del señor Dombre, que le reconocen los espíritas del presente y del futuro, títulos extensivos a los miembros del grupo que lo acompaña con tanto esmero y abnegación, y cuyos nombres lamentamos no poder citar.

El hecho más característico que se señala en esta carta es que los familiares y amigos de los enfermos intervienen en las curaciones. Se trata de una idea nueva, cuya importancia nadie pasará por alto, porque su propagación no puede más que arrojar considerables resultados: la anunciada vulgarización de la mediumnidad curativa. Los espíritas notarán cuán ingeniosos son los Espíritus en relación con los medios tan variados que emplean para que la idea penetre en las masas. ¿Cómo no lo haría, toda vez que continuamente se le abren nuevos canales y se le brindan los medios necesarios para llamar a todas las puertas?

Por consiguiente, nunca estará de más fomentar esta práctica. Sin embargo, no hay que perder de vista que los resultados dependerán de la adecuada dirección que le impriman los jefes de los grupos curadores, así como del impulso que sabrán darle con su energía, su dedicación y su propio ejemplo.

Nueva sociedad espírita de Burdeos

A partir del mes de junio de 1866, una nueva Sociedad espírita, ya bastante numerosa, se ha formado en Burdeos, sobre bases que demuestran el esmero y la buena voluntad de sus miembros, al igual que su plena comprensión de los auténticos principios de la doctrina. De la memoria anual publicada por su Presidente, hemos extraído algunos párrafos que permitirán conocer su espíritu.

Tras referirse a las vicisitudes que el espiritismo sufrió en esa ciudad, así como a las circunstancias que llevaron a la formación de la nueva Sociedad y a su organización, la cual "permite que aquellos de sus miembros que sienten su fuerza, desarrollen mediante charlas, que tienen lugar al comienzo de cada sesión, los grandes principios de la doctrina, principios que muchos combaten tan solo porque no los conocen", el Presidente agrega:

"Esas charlas nos han permitido atraer numerosos oyentes ajenos a la Sociedad. Desde luego, no tengo la pretensión de creer que todos nuestros oyentes acuden a nosotros para instruirse; sin duda muchos los hacen para descubrirnos cometiendo alguna falta; es asunto suyo. El nuestro es divulgar el espiritismo entre las masas, y la experiencia nos ha demostrado que la mejor manera de hacerlo, después de la puesta en

práctica de la sublime moral que resulta de él, así como de las comunicaciones de los Espíritus, es mediante la palabra.

"A partir de que nos constituimos, realizamos dos sesiones semanales. Esa doble tarea nos fue impuesta por la necesidad de dedicar una sesión particular (la de los jueves) a los Espíritus obsesores y al tratamiento de las enfermedades que ellos generan, así como de reservar otra sesión (la de los sábados) para los estudios científicos. Agregaré, para justificar nuestras sesiones de los jueves, que tenemos la dicha de contar entre nosotros con un médium curador cuyas facultades están bien desarrolladas, y que es conocido por su caridad, su modestia y su desinterés. También es conocido fuera del ámbito de nuestra Sociedad, de modo que no le faltan enfermos.

"Por otra parte, en Burdeos hay muchos casos de obsesión, de modo que una sesión por semana, especialmente dedicada a la evocación y a la moralización de los obsesores, está lejos de ser suficiente, dado que el médium curador, en compañía de un médium escribiente, un evocador y a menudo algunos de nuestros hermanos, se dirigen al domicilio de los enfermos para mantener en vilo a los obsesores y alcanzar más fácilmente el objetivo.

"Además del médium curador, contamos con uno de nuestros hermanos, magnetizador de gran poder y una dedicación a toda prueba, que también con la ayuda de los Espíritus buenos sustituye al primero, de modo que podemos decir que la Sociedad posee dos médiums curadores, si bien en grados diferentes".

A continuación, el Presidente describe muchas curaciones, entre las cuales citamos las siguientes:

"Señorita A…, de doce años de edad.

”Esta niña, huérfana, a cargo de una familia muy pobre, nos fue presentada en un estado lamentable. Todo su cuerpo padecía movimientos convulsivos. Su rostro se mantenía tenso y hacía muecas horribles. Sus brazos y sus piernas se agitaban todo el tiempo, a tal punto que gastaba las sábanas de su cama en el transcurso de ocho días. Sus manos, que no podían sostener objeto alguno, pivotaban constantemente sobre las muñecas. Por último, producto de su enfermedad, su lengua se había hinchado tanto que la había dejado totalmente muda.

”A primera vista comprendimos que se trataba de una obsesión, y nuestros guías confirmaron dicho parecer, de modo que obramos en consecuencia.

”Según la opinión de un médico, que se hallaba *de incógnito* en casa de la enferma mientras nosotros le aplicábamos un tratamiento fluídico, la dolencia se convertiría, *en unos tres días*, en el baile de san Vito, y en vista del estado de debilidad en que la niña se encontraba, habría de llevársela a lo sumo en ocho días.

”No detallaré aquí la infinidad de problemas a que dio lugar esa cura. No os hablaré del cúmulo de obstáculos de toda clase que nos impusieron las influencias contrarias, y que logramos superar. Apenas diré que, dos meses después de nuestra entrevista con el médico, la niña hablaba como vosotros y como yo, utilizaba sus manos, asistía a la escuela y estaba completamente curada.

”Estas son –agrega el señor Peyranne– las principales enseñanzas que hemos extraído de las sesiones dedicadas a los Espíritus obsesores:

”Para tratar eficazmente a un obsesor, es necesario que quienes lo moralizan y lo combaten con su fluidos sean mejores que él. Eso se comprende aún más por el hecho de que el

poder de los fluidos se relaciona directamente con el adelanto moral de quien los emite. Cuando un Espíritu impuro es conducido a una reunión de hombres moralmente íntegros, no se siente cómodo entre ellos: comprende su inferioridad. Y si hace el intento de desafiar al evocador, como ocurre algunas veces, no os quepa duda de que pronto abandonará ese rol, sobre todo si las personas que componen el grupo donde él se comunica se suman al evocador con su voluntad y su fe.

"Considero que aún no comprendemos bien el alcance de nuestro poder sobre los Espíritus impuros, o mejor dicho, que aún no sabemos valernos de los tesoros que Dios ha puesto en nuestras manos.

"Sabemos que una descarga fluídica de varios espíritas sobre un obseso, por medio de la cadena magnética, puede romper el vínculo fluídico que lo relaciona con el obsesor, lo cual llega a ser para este último un remedio moral muy eficaz, pues le demuestra su impotencia.

"También sabemos que todo encarnado, animado por el deseo de aliviar a sus semejantes, y obrando con fe por medio de pases fluídicos, aunque no llegue a curarlo, puede aliviar sensiblemente a un enfermo.

"Concluyo lo dicho sobre las sesiones de los jueves, señalando que ninguno de los Espíritus obsesores se mantuvo rebelde. Todos aquellos que recibieron nuestra asistencia llegaron a reconocer sus errores y abandonaron a sus víctimas, a fin de transitar un camino mejor".

En relación con las sesiones de los sábados, dice:

"Esas sesiones se abren, como sabéis, con una charla a cargo de un miembro de la Sociedad, sobre un tema espírita, y concluyen con un breve resumen que realiza el Presidente.

”En la charla, el orador dispone de una absoluta libertad de expresión, toda vez que no se aparte del marco definido por nuestro reglamento. Aborda desde su punto de vista los diversos temas a tratar; los desarrolla a su entera satisfacción y extrae de ellos las conclusiones que juzga convenientes. Con todo, lo hace sin comprometer la responsabilidad de la Sociedad.

”Sobre el final de la sesión, el Presidente hace un resumen de los trabajos, y si no comparte la opinión del orador, lo refuta, sin antes señalar al auditorio que, no menos que aquel, lo hace bajo su propia responsabilidad, dejando a cada uno el uso de su libre albedrío y el cuidado de evaluar y decidir en sana conciencia de qué lado está la verdad o, cuanto menos, lo que más se acerca a ella. Porque, para mí, la verdad es Dios. Cuanto más nos acerquemos a Él (cosa que solo podemos hacer si nos purificamos y trabajamos para nuestro progreso), más cerca estaremos de la verdad”.

También llamamos la atención sobre el siguiente párrafo:

“Si bien contábamos con excelentes instrumentos para nuestros estudios, nos dimos cuenta de que su cantidad resultaba insuficiente, sobre todo por el crecimiento constante de la Sociedad. La escasez de médiums a menudo complicó la marcha regular de nuestros trabajos, y comprendimos que hacía falta desarrollar tanto como fuera posible las facultades que duermen latentes en la organización de muchos de nuestros hermanos. Por eso decidimos que cada día domingo, a las dos de la tarde, se llevara a cabo una sesión especial de ensayos mediúmnicos en nuestra sala de reuniones. Consideré que debíamos invitar a participar de dicha sesión, no solamente a nuestros hermanos en creencia, sino también a los extraños que desearan tornarse útiles. Esas sesiones ya han dado resultados que superaron nuestras expectativas. En ellas

realizamos escritura, tiptología y magnetismo. Se han descubierto facultades muy diversas, y surgieron dos sonámbulos que al parecer son muy lúcidos".

No podemos más que aplaudir el programa de la Sociedad de Burdeos, así como felicitarla por su abnegación y por la inteligente dirección impresa a sus trabajos. Uno de nuestros colegas, de paso por dicha ciudad, asistió últimamente a algunas de las sesiones y nos ha referido que salió de ellas favorablemente impresionado. Si persevera en ese camino, la Sociedad de Burdeos obtendrá resultados cada vez más satisfactorios, y nunca le faltarán elementos para su actividad. El modo como procede en el tratamiento de las obsesiones es notable e instructivo a la vez, y la mejor prueba de que ese modo es bueno consiste en que resulta exitoso. Volveremos sobre esto ulteriormente, en un artículo especial.

Sería redundante destacar la utilidad de las instrucciones verbales que la Sociedad designa con el simple nombre de charlas. Además de que sirven como un ejercicio para el uso de la palabra, esas charlas cuentan con la ventaja de generar un estudio más completo y más serio de los principios de la doctrina, facilitando su comprensión, a la vez que destacan su importancia y arrojan luz, mediante la discusión, sobre los puntos controvertidos. Son el primer paso hacia las conferencias regulares que habrán de tener lugar tarde o temprano y que, al divulgar la doctrina espírita, contribuirán poderosamente a rectificar la opinión pública, distorsionada por la crítica malintencionada o ignorante de lo que esa doctrina es en realidad.

Refutar las objeciones, discutir los sistemas divergentes, son puntos esenciales que es importante no descuidar, y que pueden ofrecer material para útiles instrucciones. No es tan solo un medio para disipar los errores que podrían llegar a ser

aceptados, sino también para fortalecerse uno mismo con las discusiones particulares que tal vez haya que sostener. En esas instrucciones orales, sin duda muchos serán asistidos por los Espíritus, y es inevitable que de ahí surjan médiums parlantes. Los que se sientan cohibidos por el miedo de hablar ante un auditorio, deben recordar que Jesús decía a sus apóstoles: "No os preocupéis por lo que vais a decir, pues las palabras os serán inspiradas en ese mismo momento"[21].

Un grupo de provincia, al que podemos ubicar entre los más serios y mejor dirigidos, introdujo esta costumbre en sus reuniones, que también se realizan dos veces por semana. Dicho grupo está compuesto exclusivamente por oficiales de un regimiento. En este caso, hablar no es una facultad concedida a cada miembro, sino una obligación que les impone el reglamento. Todos deben hacerlo, cada uno a su turno. En cada sesión es designado el orador de la reunión siguiente, quien debe prepararse para desarrollar y comentar un capítulo o un punto de la doctrina. De ahí resulta para ellos una mejor aptitud para divulgar la causa, y defenderla en caso de que sea necesario.

NECROLOGÍA

Sr. Quinemant, de Sétif.

Nos escriben desde Sétif (Argelia):

"Pongo en vuestro conocimiento la muerte de un fervoroso adepto del espiritismo: el señor Quinemant, fallecido el pasado sábado santo, 20 de abril de 1867. Junto conmigo, fue

21. Véase: *san Marcos* 13:11; *san Mateo* 10:19, y *san Lucas* 12:11. (N. del T.)

el primero en ocuparse del espiritismo en Sétif. Lo defendió constantemente de sus detractores, sin que lo preocuparan sus ataques ni el ridículo. Asimismo, era un excelente magnetizador y, con su dedicación absolutamente desinteresada, prestó numerosos servicios a las personas sufridoras.

"Estaba enfermo desde el mes de noviembre. Tenía fiebre cada dos días, y cuando no la tenía, salivaba constantemente. Comía con apetito y digería bien; no obstante, adelgazaba con rapidez. Hombre muy corpulento, sus miembros llegaron a ser delgados como los de un niño. Se apagaba poco a poco, y comprendía muy bien su situación. Dijo que quería morir el mismo día que Cristo. Se mantenía lúcido y conversaba como si no estuviera enfermo. Murió casi sin sufrimiento, con la tranquilidad y la resignación de un espírita, rogándole a su esposa que se consolara, porque ambos se reencontrarían en el mundo de los Espíritus. No obstante, en sus últimos momentos, pidió ver al cura, pese a que en general los sacerdotes no le simpatizaban demasiado, y a que con este en particular había mantenido vivos altercados a causa del espiritismo.

"Os agradecería mucho si lo evocarais, en caso de que fuera posible. No me cabe duda de que para él será un placer acudir a vuestro llamado, y como era un hombre esclarecido y prudente, pienso que podrá impartirnos valiosos consejos. Opinaba que el espiritismo crecería a pesar de todos los obstáculos que le opusieran. Os ruego también que le preguntéis acerca de la causa de su enfermedad, que nadie pudo determinar. (Dumas.)"

El señor Quinemant, evocado especialmente, nos brindó la comunicación que sigue, y un día después, de manera espontánea y en la Sociedad, transmitió otra, que más adelante

publicamos por separado, con el título: *El magnetismo y el espiritismo comparados*.

(París, mayo de 1867. Médium: señor Desliens.)

"Acudo raudamente a vuestro llamado, y con mayor facilidad por el hecho de que, tras el entierro de mis despojos mortales, he concurrido a todas vuestras reuniones. Deseaba mucho considerar el desarrollo de la doctrina en su centro natural, y si no pude hacerlo en vida de mi cuerpo, fue debido tan solo a mis ocupaciones materiales. Agradezco encarecidamente a mi amigo, el señor Dumas, la bondadosa iniciativa de comunicaros mi partida y solicitaros mi evocación, pues me ha causado una inmensa satisfacción.

"Si bien mi regreso al mundo de los Espíritus es reciente, me encuentro bastante desprendido para comunicarme con facilidad. Las ideas que poseía acerca del mundo invisible, mi creencia en las comunicaciones, así como la lectura de las obras espíritas, me habían preparado para observar sin asombro, aunque no sin una dicha infinita, el espectáculo que me aguardaba. Ahora me siento feliz de confirmar mis pensamientos más íntimos. A través del razonamiento, me había convencido respecto del desarrollo ulterior de la doctrina de los Espíritus, así como de su importancia para las generaciones futuras. Sin embargo, ¡ah! registraba numerosos obstáculos, y fijaba una época indefinidamente lejana para el predominio de nuestras ideas, como resultado de mi estrechez de miras y de los límites que la materia imponía a mi concepción del porvenir. En la actualidad, tengo más que la convicción: tengo la certeza. Otrora, sólo veía efectos que eran demasiado lentos en relación con mis deseos, pero ahora puedo tocar las

causas de esos efectos, y mis sentimientos se han modificado. Así es, tendrá que pasar mucho tiempo aún para que nuestra Tierra sea una Tierra espírita, en toda la acepción de la palabra; pero se requerirá un tiempo relativamente muy corto para realizar una modificación considerable en la manera de ser de los individuos y de las nacionalidades.

"Las enseñanzas que obtuve entre vosotros, el desarrollo importante de algunas facultades, las reuniones espirituales a las que se me permitió asistir desde que llegué aquí, me han convencido de que se aproximan grandes acontecimientos y de que, en un tiempo no muy lejano, se pondrán en actividad numerosas fuerzas latentes, para contribuir a la renovación general. En todas partes hay rescoldos bajo las cenizas; bastará con que salte una chispa –y esa chispa saltará– para que la conflagración llegue a ser universal.

"Los elementos espirituales de la actualidad serán sumergidos en el inmenso horno de los cataclismos físicos y morales que se preparan: los más purificados, seguirán el movimiento ascensional; en tanto que los otros, expulsados con la escoria más grosera, habrán de sufrir aún muchas destilaciones sucesivas, antes de que vuelvan a reunirse con sus hermanos más adelantados. ¡Ah! Ahora comprendo, ante los acontecimientos que el futuro nos reserva, esas palabras del hijo de María: 'Habrá llanto y crujir de dientes'. Así pues, amigos míos, obrad de modo tal que seáis invitados al banquete de la inteligencia, y no forméis parte de los que serán expulsados hacia las tinieblas exteriores.

"Antes de morir, me rendí ante una última debilidad; accedí a un prejuicio, no porque mi creencia se hubiera debilitado por el miedo a lo desconocido, sino para no singularizarme. Después de todo, la palabra de un hombre que nos habla del

porvenir es buena para escucharla en el momento del gran viaje. Esa palabra está rodeada de enseñanzas anticuadas, de prácticas obsoletas –lo sé bien–, pero no deja de ser una palabra de esperanza y de consuelo.

"¡Ah! ¡Veo con los ojos del Espíritu; veo un tiempo en que el espírita, cuando llegue la hora de su partida, también estará rodeado de hermanos que le hablarán del porvenir, de la esperanza de felicidad! Dios mío, gracias, porque me has permitido ver la luz de la verdad en mis últimos instantes. Gracias por haber atenuado mis pruebas. Si he hecho algún bien, se lo debo a esta creencia bendita, que me ha infundido la fe, la energía material y la fuerza moral necesarias para curar; que conservó mi lucidez mental hasta mis últimos momentos, y que me permitió soportar sin quejarme la cruel enfermedad que me llevó.

"Os preguntáis cuál fue la afección por la que sucumbí. ¡Ah! ¡Dios mío, es muy simple! Las vísceras en las que se produce la asimilación de los elementos nuevos, ya no tenían la fuerza necesaria para operar, de modo que las moléculas consumidas por la acción vital eran eliminadas sin que otras las reemplazaran. Pero ¡qué importa la enfermedad por la que morimos, cuando la muerte es una liberación! Gracias también, querido amigo, por el buen pensamiento que os indujo a solicitar mi evocación. Decidle a mi esposa que soy feliz, que en mí encontrará al amado de siempre y que, mientras aguardo su regreso, no dejaré de acompañarla con mi cariño y de ayudarla con mis consejos.

"Ahora, algunas palabras para ti en particular, mi querido Dumas. Has sido uno de los primeros convocados para plantar la bandera de la doctrina en ese país y, como es lógico, has encontrado obstáculos, dificultades. Si tu fervor no ha sido

recompensado con los logros que esperabas y que parecían seguros al comienzo, se debe a que hace falta tiempo para desarraigar los prejuicios y la rutina en un medio absolutamente entregado a la vida material. Hace falta estar adelantado para asimilar rápidamente las ideas nuevas que modifican los hábitos. Recuerda que el pionero que rotura no suele ser el que cosecha; aquel prepara el terreno para los que vendrán después. Tú fuiste ese pionero: esa fue tu misión. Es un honor y una dicha para mí haber compartido un poco de eso, que un día apreciarás, como yo puedo hacerlo hoy, porque tus esfuerzos serán tomados en cuenta. Pero no supongas que hemos hecho un sacrificio inútil; no, pues ninguna de las semillas que esparcimos está perdida: germinarán y darán fruto cuando llegue el momento. La idea se ha lanzado y seguirá su camino. Alégrate de haber sido uno de los obreros elegidos para esa tarea. Has sufrido disgustos y desengaños: fueron la prueba de tu fe y de tu perseverancia. De lo contrario, ¿dónde estaría el mérito de cumplir una misión, si tan solo se encuentran rosas en el camino?

"Por consiguiente, no te dejes abatir por las decepciones. En especial, no cedas al desánimo, y recuerda estas palabras del Cristo: 'Bienaventurados los que perseveren hasta el fin'; así como: 'Bienaventurados los que sufran por mi nombre'. Persevera, pues, querido amigo; continúa tu obra y considera que los frutos que se recogen en el mundo donde ahora me encuentro, valen más que los que se cosechan en la Tierra, pues esos quedan en ella cuando partimos.

"Te ruego que digas, a todos los que me han brindado su afecto y me reservan un buen lugar entre sus recuerdos, que no los olvido y que a menudo estoy junto a ellos. Diles a los que todavía rechazan nuestras creencias que, cuando estén

aquí donde yo estoy, reconocerán que esas creencias constituyen la verdad, y que se lamentarán amargamente por haberlas despreciado, pues tendrán que enfrentar dolorosas pruebas. Diles, a los que me han hecho mal, que los perdono y ruego a Dios para que los perdone.

"Os saluda, quien siempre estará a vuestras órdenes."

E. Quinemant

* * *

El conde de Ourches

El señor conde de Ourches ha sido uno de los primeros que en París se ocuparon de las manifestaciones espíritas, a partir del momento en que llegaron a esta ciudad las noticias respecto de las que ocurrían en América. Por el crédito que le conferían su posición social, su fortuna, sus relaciones familiares y, sobre todo, la lealtad y la honorabilidad de su carácter, el Conde contribuyó poderosamente a la divulgación de dichas manifestaciones. En la época en que estaban en boga las mesas giratorias, su nombre adquirió gran notoriedad y cierta autoridad en el mundo de los adeptos, de modo que ocupa un lugar en los anales del espiritismo. Apasionado por las manifestaciones físicas, les otorgó una confianza ingenua y demasiado ciega, de la que a veces algunos se abusaron, debido a la facilidad con la que tales fenómenos se prestan a la imitación. Dedicado exclusivamente a ese género de manifestaciones, tan solo desde el punto de vista del fenómeno, el Conde no siguió al espiritismo en su nueva etapa científica y

filosófica, por la cual sentía poca simpatía, y se mantuvo ajeno al gran movimiento que se inició hace diez años.

Murió el 5 de mayo de 1867, a los ochenta años de edad. *L'Indépendance Belge* ha publicado acerca de él un extenso y muy interesante artículo biográfico, firmado por el señor Henry de Pène, y reproducido en la *Gazette des Étrangers* de París (5, rue Scribe), el jueves 23 de mayo. Dicho artículo hace justicia a las eminentes cualidades del Conde, y considera su creencia en los Espíritus con una moderación a la que el primero de esos periódicos no nos tiene acostumbrados. El artículo concluye así:

"Todo esto –bien lo sé– hará que una buena cantidad de espíritus positivos se encojan de hombros y digan: '¡Está loco!', pues así proceden ante todo cerebro que cuenta con la capacidad que ellos no tienen. Enseguida dicen que está loco. El conde de Ourches era un hombre superior, que se había propuesto eclipsar a sus semejantes mediante la unión de las luces positivas de la ciencia con los resplandores y las visiones de lo sobrenatural".

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El magnetismo y el espiritismo comparados

(Sociedad de París, 17 de mayo de 1867.
Médium: Sr. Desliens.)

"En vida me ocupé de la práctica del magnetismo desde el punto de vista exclusivamente material, o eso es al menos lo

que yo suponía. Ahora sé que la elevación voluntaria o involuntaria del alma, mediante la cual se desea la cura del enfermo, es una auténtica magnetización espiritual.

"La cura depende de causas sumamente variables. Así, determinada enfermedad, tratada de tal manera, cede ante el poder de acción material. En cambio, otra enfermedad, idéntica a la anterior, pero menos acentuada, no experimenta ninguna clase de mejoría, aunque los medios curativos empleados sean tal vez aún más poderosos. ¿A qué se debe, entonces, esa variación de influencias? A una causa ignorada por la mayoría de los magnetizadores que solo combaten los principios mórbidos materiales. Esas variaciones son la consecuencia de la situación moral del individuo.

"La enfermedad material es un efecto. Para destruir ese efecto, no basta con combatirlo, con atacarlo cuerpo a cuerpo y aniquilarlo. Dado que la causa sigue existiendo, reproducirá nuevos efectos mórbidos cuando la acción curativa haya cesado.

"El fluido transmisor de la salud en el magnetismo es un intermediario entre la materia y la parte espiritual del ser, y se lo podría comparar con el periespíritu. Une dos cuerpos uno con otro; es un punto por el cual pasan los elementos que deben operar la cura en los órganos enfermos. Dado que es un intermediario entre el Espíritu y la materia, debido a su constitución molecular, ese fluido puede transmitir tanto una influencia espiritual como una influencia puramente animal.

"¿Qué es el espiritismo en definitiva, o más bien, qué es la mediumnidad, esa facultad incomprendida hasta ahora, y en cuya considerable extensión se apoyaron con bases indiscutibles los principios fundamentales de la nueva revelación? Es pura y simplemente una variedad de la acción magnética ejercida, por uno o varios magnetizadores *desencarnados*, sobre

un sujeto humano que actúa en estado de vigilia o en estado extático, consciente o inconscientemente.

"Por otra parte, ¿qué es el magnetismo? Una variedad del espiritismo en la que Espíritus *encarnados* actúan sobre otros Espíritus encarnados.

"Por último, existe una tercera variedad del magnetismo o del espiritismo, aparte de las que toman como punto de partida la acción de encarnados sobre encarnados, o la de Espíritus relativamente libres sobre Espíritus encarcelados en un cuerpo. Esa tercera variedad, cuyo principio consiste en la acción de los encarnados sobre los Espíritus, se presenta en el tratamiento y la moralización de los Espíritus obsesores.

"Por consiguiente, el espiritismo no es sino el magnetismo espiritual, y el magnetismo no es otra cosa más que el espiritismo humano.

"En efecto, ¿de qué modo procede el magnetizador que pretende someter a un sujeto sonambúlico a su influencia? Lo envuelve con su fluido; lo posee en alguna medida, pero notad que lo hace sin llegar a anular su libre albedrío en ningún momento, sin convertirlo en su objeto, en un instrumento puramente pasivo. A menudo, el magnetizado resiste la influencia del magnetizador, y actúa en determinado sentido cuando este quisiera que la acción fuera diametralmente opuesta. Si bien por lo general el sonámbulo está dormido, y su propio Espíritu actúa mientras su cuerpo se mantiene relativamente inerte, también ocurre, aunque con menos frecuencia, que el sujeto, simplemente fascinado, iluminado, se mantiene en estado de vigilia, aunque con una mayor tensión y una exaltación inusual de sus facultades.

"Ahora, ¿de qué modo procede el Espíritu que desea comunicarse? Envuelve al médium en su fluido; lo posee en alguna medida, pero en ningún momento llega a convertirlo en su objeto, en un instrumento puramente pasivo. Tal vez me objetéis con el hecho de que en los casos de obsesión, de posesión, la anulación del libre albedrío parece completa. Habría mucho que decir sobre esta cuestión, pues la acción anuladora se ejerce más sobre las fuerzas vitales materiales que sobre el Espíritu, que puede hallarse paralizado, abatido e imposibilitado de resistir, pero cuyo pensamiento nunca es anulado, como se ha podido observar en numerosas ocasiones. En el hecho mismo de la obsesión, encuentro una confirmación, una prueba que va en apoyo de mi teoría, al recordar que la obsesión se ejerce también *de encarnado a encarnado*, y que hemos visto magnetizadores que se aprovechan del dominio que ejercen sobre sus sonámbulos para hacer que estos cometan acciones reprobables. En esto, como en todo, la excepción confirma la regla.

"Si bien por lo general el sujeto mediúmnico está despierto, en algunos casos, que resultan cada vez más frecuentes, el sonambulismo espontáneo se declara en el médium, y este habla por sí mismo o por sugestión del mismo modo que el sonámbulo magnético se conduce en las mismas circunstancias.

"Por último, ¿de qué manera procedéis en relación con los Espíritus obsesores o simplemente inferiores que pretendéis moralizar? Actuáis sobre ellos mediante atracción fluídica; los magnetizáis, la mayoría de las veces inconscientemente, para mantenerlos dentro de vuestro ámbito de acción; a veces conscientemente, cuando establecéis alrededor suyo una capa fluídica que ellos no pueden penetrar sin vuestro permiso,

y actuáis sobre ellos con la fuerza moral que no es sino una acción magnética quintaesenciada.

"Conforme se os ha dicho varias veces, no hay lagunas en la obra de la naturaleza, no hay saltos bruscos, sino transiciones imperceptibles que hacen que se pase poco a poco de un estado a otro, sin notar el cambio, salvo por la conciencia de una situación mejor.

"Por lo tanto, el magnetismo es un grado inferior del espiritismo, y se confunde imperceptiblemente con este mediante una serie de variedades que difieren poco una de otra, así como el animal es un estado superior de la planta, etc. ¡Tanto en un caso como en el otro, son dos peldaños de la escalera infinita que vincula todas las creaciones, desde el ínfimo átomo hasta el Dios creador! Sobre vosotros está la luz resplandeciente que vuestros débiles ojos aún no pueden soportar; debajo, están las tinieblas profundas que vuestros más poderosos instrumentos de óptica no han podido iluminar. Ayer, no sabíais nada; hoy, veis el abismo profundo en que se pierde vuestro origen. Presentís el objetivo infinitamente perfecto al que tienden vuestras aspiraciones. ¿Y a qué debéis esos conocimientos? ¡Al magnetismo! ¡Al espiritismo! ¡A las revelaciones que emanan de una ley de relación universal entre los seres y su creador! A una ciencia que surgió ayer mediante vuestra concepción, pero cuya existencia se pierde en la noche de los tiempos, porque es una de las bases fundamentales de la creación.

"A partir de todo esto, concluyo que el magnetismo, desarrollado por el espiritismo, es la clave de la salud moral y material de la humanidad futura."

E. Quinemant

Observación. La exactitud de las apreciaciones y la profundidad del nuevo punto de vista contenido en esta comunicación, no escaparán a nadie. El señor Quinemant, si bien partió hace poco tiempo, de inmediato y sin la menor indecisión se revela como un Espíritu de incuestionable superioridad. Apenas desprendido de la materia, que no parece haber dejado en él ninguna marca, despliega sus facultades con una fuerza notable, que promete a sus hermanos de la Tierra otro buen consejero.

Los que suponían que el espiritismo se arrastraba por la senda de los lugares comunes y las banalidades, pueden ver, por los temas que aborda desde hace algún tiempo, si se mantiene estacionario. Y lo verán aún mejor a medida que le permitan desarrollar sus consecuencias. No obstante, a decir verdad, el espiritismo no enseña nada nuevo. Si se estudian con detenimiento sus principios constitutivos fundamentales, se verá que estos contienen los gérmenes de todo; pero esos gérmenes solo pueden desarrollarse gradualmente. Si no florecen todos al mismo tiempo, es porque la extensión del ámbito de sus atribuciones no depende *de la voluntad de los hombres*, sino de la de los Espíritus, que regulan el nivel de su enseñanza conforme a la oportunidad. Sería en vano que los hombres pretendieran adelantar el tiempo; no pueden forzar la voluntad de los Espíritus que obran conforme a las inspiraciones superiores, y que no se dejan llevar por la impaciencia de los encarnados. Si es necesario, esos Espíritus saben hacer *que dicha impaciencia se vuelva estéril*. Dejémoslos obrar, pues. Fortalezcámonos en lo que nos enseñan, y estemos seguros de que, en el momento oportuno, sabrán hacer que el espiritismo nos de lo que tenga que darnos.

BIBLIOGRAFÍA

La Unión Espírita de Burdeos

El último número de *L'Union*, que acabamos de recibir, y que ha llegado a su segundo año de existencia, contiene el siguiente aviso:

"Ocupado por completo en el trabajo material que nos fue impuesto por el requerimiento de cubrir nuestras necesidades y las de la familia que tenemos la obligación de educar, no hemos podido publicar regularmente los últimos números de *L'Union Spirite*. No ocultaremos que, en vista de aquella obligación a la vez penosa e ingrata que nos impusimos, nos hemos preguntado si no debíamos hacernos a un lado y dejar a otros, más favorecidos por la fortuna, la responsabilidad de continuar la obra que hemos emprendido con tanto fervor, a la vez que con fe y convicción. No obstante, a instancias de muchos de nuestros lectores, que consideran que *L'Union Spirite* no solo tiene su razón de ser, sino que ya ha prestado y ha sido llamada a prestar, en un futuro tal vez muy cercano, grandes servicios al espiritismo, hemos resuelto seguir adelante y afrontar las dificultades de todo tipo que se acumulan ante nosotros. Solo diremos que, a fin de que nos resulte posible una tarea de esa magnitud, y para evitar la falta de regularidad de la que hasta ahora desgraciadamente hemos sido víctima con frecuencia, debimos introducir grandes cambios en nuestro modo de publicación.

"*L'Union Spirite*, que en junio próximo comenzará su tercer año, aparecerá a partir de ahora tan solo una vez por mes, en cuadernillos de treinta y dos páginas, grande in-8°. El valor de la suscripción será de 10 francos anuales.

"Confiamos en que nuestros abonados tendrán a bien aceptar estas condiciones, que por otra parte son las de la *Revista Espírita* de Allan Kardec, así como las de casi todas las publicaciones o revistas filosóficas de París. Asimismo, al enviarnos cuanto antes su suscripción, harán que nos resulte tan fácil como posible realizar la obra por la que, desde hace más de cuatro años, hacemos tan grandes sacrificios."

A. Bez

Por nuestra parte, somos de los que consideran que este periódico tiene su razón de ser y su utilidad. Por el espíritu con que está escrito, puede y debe brindar indiscutibles servicios a la causa del espiritismo. Felicitamos al señor Bez por su perseverancia, a pesar de las dificultades materiales que encuentra en sus propias circunstancias. Nos parece que ha tomado una muy sabia decisión al hacer que aparezca tan solo una vez por mes, aunque con la misma cantidad de materias. No es posible imaginar el tiempo y el esfuerzo que requieren las publicaciones que aparecen más de una vez al mes, cuando uno se ve obligado a bastarse solo o casi solo. No se puede hacer absolutamente nada más que eso, y renunciar a cualquier otra ocupación. Si aparece el día quince de cada mes, por ejemplo, alternará con nuestra *Revista*. De ese modo, los lectores que quieran que aparezca más seguido –lo cual es imposible– encontrarán un complemento y no se verán privados durante tanto tiempo de la lectura de los asuntos que les interesan. Recurrimos a su concurso para sostener esta publicación.

* * *

Progreso espiritualista

Este nuevo periódico aparece dos veces por mes, desde el 15 de abril, con el formato de *L'Avenir* [*El Porvenir*], el periódico anterior al que sucede, conforme se anuncia en él. *L'Avenir* se había convertido en representante de ideas a las que no podíamos adherir. Esta no es una razón para que tales ideas no tengan su órgano, a fin de que todos estén en condiciones de apreciarlas y de juzgar su valor por la simpatía que despiertan en la mayoría de los espíritas, así como por su concordancia con la enseñanza de la generalidad de los Espíritus. El espiritismo adopta solamente los principios consagrados por la universalidad de la enseñanza y sancionados por la razón y la lógica, de modo que siempre avanzó con la mayoría, y siempre lo hará. En eso radica su fuerza. Por consiguiente, no tiene nada que temer de las ideas divergentes. Si estas son justas, prevalecerán, y el espiritismo las adoptará. Si son falsas, caerán.

Aún no podemos apreciar la línea que al respecto seguirá el nuevo periódico. De todos modos, es nuestro deber señalar su aparición a nuestros lectores, a fin de que puedan juzgarlo por sí mismos. Estaremos encantados de descubrir en él un nuevo y serio defensor de su doctrina. En tal caso, le desearemos mucho éxito.

Oficina: rue de la Victoire, n.° 34. Precio: 10 francos anuales.

* * *

Investigaciones sobre las causas del ateísmo

En respuesta al folleto de monseñor Dupanloup, por una Católica.

Folleto in-8°, disponible en la librería de los Sres. Didier y Compañía: 35, quai des Augustins, y en la oficina de la *Revista Espírita*. Precio: 1 franco y 25 centavos; por correo: 1 franco y 45 centavos.

La autora de este notable escrito, pese a que se halla sinceramente vinculada a las creencias católicas, se propuso señalar a monseñor Dupanloup cuáles son las verdaderas causas de la plaga de ateísmo e incredulidad que invade a la sociedad. Según ella, radican en interpretaciones actualmente inadmisibles, así como inconciliables con los datos positivos de la ciencia. La autora demuestra que en muchos puntos la Iglesia se apartó del sentido real de las Escrituras y del pensamiento de los escritores sagrados; que la religión no podría más que ganar con una interpretación más racional y que, sin afectar los principios fundamentales de los dogmas, se reconciliara con la razón; que el espiritismo, fundado en las leyes mismas de la naturaleza, es la única clave posible para una sana interpretación y, por eso mismo, el remedio más potente contra el ateísmo. Dice todo esto de manera simple, con frialdad, sin énfasis ni exaltación, y con una lógica cerrada. Este escrito es un complemento de *La fe y la razón*, del señor J. B., así como de *Dogmas de la Iglesia de Cristo explicados según el espiritismo*, del señor de Bottinn.

Pese a su condición de mujer, la autora da muestras de una gran erudición teológica. Cita y comenta con notable precisión los escritores sagrados de todos los tiempos, y casi con la

misma facilidad con que el señor Flammarion cita los autores científicos. Se nota que esos escritores le resultan familiares, lo cual nos hace pensar que probablemente no sea principiante en tales materias, y que debe de haber sido algún eminente teólogo en su existencia precedente. Si bien no compartimos la totalidad de sus ideas, afirmamos que, desde el punto de vista en que se ubicó, no pudo escribir mejor ni de otro modo, y que hizo algo útil para la época en que vivimos.

* * *

La novela del porvenir

por E. Bonnemère

Un volumen in-12°. *Librería Internacional*, 15, boulevard Montmartre. Precio: 3 francos; por correo: 3 francos y 30 centavos.

La falta de espacio nos obliga a dejar para el próximo número la reseña de esta importante obra, que recomendamos a nuestros lectores, por considerarla muy interesante para el espiritismo.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 7 Julio de 1867

Breve excursión espírita

La Sociedad de Burdeos, reconstituida, como hemos dicho en nuestro número precedente, se reunió este año, al igual que el año pasado, en un banquete el día de Pentecostés; un banquete sencillo –digámoslo de inmediato–, como conviene en semejante circunstancia, y acorde a personas cuyo objetivo principal es hallar una ocasión para reunirse y estrechar lazos de confraternidad; de modo que la afectación y el lujo serían allí una insensatez. Pese a las ocupaciones que nos retenían en París, pudimos corresponder a la amable e insistente invitación que se nos hizo para participar de dicho banquete. El del año pasado, que fue el primero, apenas reunió treinta comensales; en el de este año había cuatro veces más, varios de los cuales llegaron desde lejos. Las ciudades de Toulouse, Marmande, Villeneuve, Libourne, Niort, Blaye, e incluso Carcassonne, que queda a ochenta leguas, tenían allí sus representantes. Todas las clases sociales estaban reunidas en una comunión de sentimientos; allí se encontraban el artesano, el agricultor, al lado

del burgués, del comerciante, del médico, de los empleados públicos, de los abogados, de los científicos, etc.

Sería superfluo agregar que todo transcurrió como era debido, entre personas cuya divisa es *Fuera de la caridad no hay salvación*, y que profesan la tolerancia hacia todas las opiniones y todas las convicciones. Por eso, en los discursos circunstanciales que se pronunciaron, ni una palabra se dijo que pudiese afectar la más recelosa susceptibilidad. Si nuestros mayores adversarios hubieran estado allí, no habrían escuchado ni una palabra, ni una alusión dirigida a ellos.

La autoridad mostró bastante benevolencia y cortesía en relación con esa junta, por lo que debemos agradecerle. Ignoramos si estaba representada de manera oculta, pero con certeza pudo tener el convencimiento, como siempre, de que las doctrinas profesadas por los espíritas, lejos de ser subversivas, son una garantía de paz y de tranquilidad; que el orden público nada tiene que temer de personas cuyos principios contemplan el respeto a las leyes, y que en ninguna circunstancia cedieron a las insinuaciones de los agentes provocadores que buscaban comprometerlas. Siempre se las ha visto retirarse y abstenerse de toda manifestación ostensiva, cada vez que temieron ser utilizadas como motivo de escándalo.

¿Acaso esa actitud expresa una debilidad de los espíritas? No, por cierto. Al contrario, la conciencia del poder de sus principios los vuelve serenos, así como la certeza que tienen de la inutilidad de los esfuerzos tendientes a sofocarlos. Cuando se abstienen, no es para colocarse a resguardo, sino para evitar lo que pudiese repercutir de modo perjudicial sobre la doctrina espírita. Saben que esta no necesita demostraciones exteriores para triunfar. Ven que sus ideas prosperan en todas partes, que se extienden con una potencia irresistible; ¿por qué

precisarían hacer alboroto? Dejan ese encargo a sus antagonistas, que con sus clamores ayudan a la propagación. Incluso las persecuciones constituyen el bautismo necesario de todas las ideas nuevas y de cierta importancia; en vez de perjudicarlas, las fortalecen. Se mide esa importancia por la obstinación con que las combaten. Las ideas que solo se adoptan a fuerza de reclamos y exhibiciones tienen apenas una vitalidad ficticia y de corta duración; las que se propagan por sí mismas y por la fuerza de las circunstancias, tienen vida propia y son las únicas que perduran. En este caso se encuentra el espiritismo.

La fiesta concluyó con una colecta a beneficio de los desventurados, sin distinción de creencias, y con una cordura cuya moderación solo merece loores. A los efectos de conceder plena libertad a los presentes, de no humillar a nadie ni tampoco estimular la vanidad de quienes darían más que los otros, las cosas fueron dispuestas de manera que nadie, ni siquiera los recaudadores, supiesen lo que cada uno había dado. El producto fue de ochenta y cinco francos, y de inmediato se designaron comisionados para darle una aplicación.

Pese a la brevedad de nuestra estadía en Burdeos, hemos concurrido a dos sesiones de la sociedad espírita: una de ellas dedicada al tratamiento de los enfermos; y la otra, a estudios filosóficos. De ese modo, nosotros mismos pudimos constatar los buenos resultados que siempre son el fruto de la perseverancia y la buena voluntad. En el relato que publicamos en nuestro número precedente, acerca de la sociedad bordelesa, nos ha sido posible –con conocimiento de causa– agregar nuestras felicitaciones personales. Pero no se debe ocultar que cuanto más prospere, tanto más estará expuesta a los ataques de nuestros adversarios; que desconfíe, sobre todo, de las maniobras ocultas que contra ella pudieran urdir, así como de las

manzanas de la discordia que, con la apariencia de un cuidado exagerado, podrían arrojar en su seno.

Ya que fue limitado el período de nuestra ausencia de París, por la obligación de estar allí de retorno un día determinado, no hemos podido, para nuestro gran pesar, concurrir a los diversos centros a los cuales habíamos sido invitados. Apenas nos detuvimos algunos instantes en Tours y en Orleans, que estaban en nuestro camino. Allí también hemos constatado el ascendiente que la doctrina espírita adquiere día a día en la opinión pública, así como sus felices resultados, que si bien son individuales, no dejan por eso de ser menos satisfactorios.

En Tours, la reunión debía de contar con cerca de ciento cincuenta personas, tanto de la ciudad como de las cercanías, pero a causa de la precipitación con que se hizo la convocatoria, solo pudieron estar presentes los dos tercios. Una circunstancia imprevista no permitió aprovechar la sala que había sido elegida, de modo que nos reunimos, en una noche magnífica, en el jardín de uno de los miembros de la sociedad espírita.[22] En Orleans los espíritas son menos numerosos,

22. Acerca de esta reunión en Tours, nos brinda más detalles Léon Denis: "Varias veces me encontré con Allan Kardec en el plano terrestre. La primera fue en Tours, cuando hacia 1867 vino aquí durante una gira para dictar conferencias. Habíamos alquilado una sala para recibirlo, pero la desconfiada policía imperial nos prohibió utilizarla. Tuvimos que reunirnos en el jardín de un amigo, a la luz de las estrellas. Éramos unos trescientos, de pie y apiñados, pisoteando los arriates, pero felices de ver y escuchar al Maestro, quien, sentado ante una mesita en medio de nosotros, nos hablaba del fenómeno de las obsesiones. Al día siguiente, cuando fui a presentarle mis respetos, lo encontré en ese mismo jardín, subido a un escabel y cosechando cerezas, que entregaba a su señora esposa. Esa bucólica escena, llena de encanto, contrastaba con la gravedad de los personajes". Véase la obra de Henry Sausse: *Biografía de Allan Kardec*, Buenos Aires: CEA, 2018. (N. del T.)

pero no por eso deja de contar con muchos adeptos sinceros y devotos, cuyas manos tuvimos el placer de estrechar.

Un fenómeno constante y característico, que debe considerarse un gran progreso, es la disminución gradual y en cierto modo general de las prevenciones contra las ideas espíritas, incluso entre quienes no las comparten. Actualmente se reconoce a cada uno el derecho de ser espírita, como el de ser juez o protestante; eso ya es algo. Las localidades tales como Illiers, en el departamento de Eure-et-Loire, donde se alborota a los muchachos para que persigan a los espíritas a pedradas[23], son excepciones cada vez más raras.

Otra señal de progreso no menos característica es la escasa importancia que, por todas partes, incluso en las clases menos instruidas, los adeptos conceden a los fenómenos de manifestaciones extraordinarias. Si efectos de ese tipo se producen espontáneamente, las personas los comprueban, pero no se conmueven, no los buscan, y menos aún se empeñan en provocarlos. Dan poca importancia a algo que apenas satisface a los ojos y a la curiosidad. El objetivo serio de la doctrina espírita, sus consecuencias morales, los recursos que ella puede dispensar para el alivio del sufrimiento, la felicidad de volver a encontrar a los parientes y amigos que fallecieron, de conversar con ellos y escuchar los consejos que vienen a dar, constituyen el objeto exclusivo y preferido de las reuniones espíritas. Incluso en el campo y entre los artesanos, un poderoso médium de efectos físicos sería menos apreciado que un buen médium escribiente que trasmitiese, a través de comunicaciones racionales, consuelo y esperanza. Lo que se busca en la doctrina es, ante todo, lo que atañe al corazón.

23. Véase, en este mismo número, el artículo "Illers y los espíritas". (N. del T.)

Es algo notable la facilidad con que las personas, incluso las más analfabetas, comprenden y asimilan los principios de esta filosofía, pues no es necesario ser sabio para tener corazón y entendimiento. *¡Ah!* –dicen ellas– *¡Si siempre nos hubiesen hablado de ese modo, jamás habríamos dudado de Dios ni de su bondad, incluso en las mayores miserias!*

No cabe duda de que creer ya es algo, porque se trata de un pie colocado en el camino del bien; pero la creencia sin la práctica es letra muerta. Ahora bien, nos sentimos felices al decir que, en nuestra breve excursión, entre numerosos ejemplos de efectos moralizadores de la doctrina espírita, encontramos una buena cantidad de esos espíritas de corazón, a los que podríamos denominar completos, si fuese dado al hombre ser completo en lo que quiera que fuese, y que pueden ser considerados como los modelos de la generación futura transformada; los hay de ambos sexos, de todas las edades y condiciones, desde la juventud hasta el límite máximo de edad, que a partir de esta vida realizan las promesas que los Espíritus nos hacen para el porvenir. Se los reconoce fácilmente: hay en todo su ser un reflejo de franqueza, de sinceridad, que impone confianza; de inmediato se percibe que no hay ninguna segunda intención disimulada debajo de palabras doradas ni de saludos hipócritas. En torno de ellos, e incluso en la mediocridad, saben hacer que reinen la calma y el júbilo. En esos interiores benditos se respira una atmósfera serena que se reconcilia con la humanidad, y se descubre el reino de Dios sobre la Tierra. ¡Bienaventurados aquellos que saben gozarlo por anticipado! En nuestros viajes espíritas, lo que más nos satisface no es tanto la cantidad de creyentes que calculamos, sino esos adeptos que son la honra de la doctrina y, al mismo

tiempo, sus más firmes apoyos, porque hacen que se la estime y se la respete a través de ellos.

Al ver la cantidad de personas a las que el espiritismo hace felices, dejamos de lado fácilmente las fatigas inherentes a nuestra tarea. Esa es una satisfacción, un resultado positivo, que la malevolencia más encarnizada no puede robarnos. Podrían quitarnos la vida, los bienes materiales, pero jamás la dicha de haber contribuido a restablecer la paz en esos corazones atormentados. Para quienquiera que sondee los motivos secretos que impulsan a ciertos hombres, hay lodos que ensucian a quienes los arrojan, pero no a aquellos a quienes están dirigidos.

Que todos aquellos que nos han brindado, en ese último viaje, tan conmovedores testimonios de simpatía, reciban aquí nuestro más sincero agradecimiento, y estén seguros de que serán retribuidos con la misma moneda.

La ley y los médiums curadores

Con el título *Un misterio*, varios periódicos del mes de mayo último refirieron el siguiente hecho:

"Hace pocos días, dos señoras del barrio de Saint-Germain se presentaron en la comisaría de su jurisdicción para denunciar a un tal P…, que según ellas había abusado de su confianza y su credulidad, pues les había asegurado que curaría sus enfermedades, habida cuenta de que ellas, pese a todos sus esfuerzos, no lograban hacerlo.

"Tras ordenar una investigación al respecto, el funcionario descubrió que P… se hacía pasar por un hábil médico,

cuya clientela iba en aumento día a día, pues realizaba curas extraordinarias.

"De acuerdo con las respuestas que brindó al comisario, P… parece convencido de que se halla dotado de una facultad sobrenatural, que le otorga poder para curar tan solo con la imposición de las manos sobre los órganos enfermos.

"Fue un renombrado cocinero durante veinte años, pero hace un año abandonó ese oficio para dedicarse al arte de curar.

"Dijo que había experimentado varias visiones y apariciones misteriosas, en las que un enviado de Dios le había revelado que tenía que cumplir en la Tierra una misión humanitaria, y que no debía fallar, pues de lo contrario sería condenado. Para obedecer esa orden bajada del Cielo –según dijo–, el ex cocinero se instaló en un apartamento de la calle Saint-Placide, y los enfermos no tardaron en llegar a su consultorio.

"No prescribe medicamentos. Examina al paciente, que debe estar en ayunas, lo palpa, busca y descubre la sede del mal, sobre el cual aplica sus manos dispuestas en cruz, y pronuncia algunas palabras, que –según él– son su secreto. Después, mientras realiza una plegaria, un Espíritu invisible acude y extirpa el mal.

"No cabe duda de que P… está loco. Sin embargo, lo extraordinario, lo inexplicable, es que él demostró, según lo comprueba la investigación, que mediante ese singular procedimiento curó más de cuarenta personas que sufrían enfermedades graves.

"Muchos le agradecieron con donaciones en dinero. Una anciana, propietaria en los alrededores de Fontainebleau, le dejó una herencia de cuarenta mil francos en su testamento, que fue encontrado en casa de P… durante un allanamiento.

"P… se encuentra arrestado, y el proceso, que sin duda no tardará en realizarse en un juzgado correccional, promete ser interesante".

Por nuestra parte, no seremos defensores ni detractores del señor P…, al que no conocemos. ¿Se encuentra sano o está enfermo? ¿Es sincero o es un charlatán? No lo sabemos. El futuro lo dirá. No tomaremos partido ni a favor ni en contra de él. Mencionamos el hecho tal como se lo refiere, porque se suma a los que dan crédito a la idea de la existencia de una de esas facultades extrañas que confunden a la ciencia y a las personas que no aceptan nada que se encuentre más allá del mundo visible y tangible. A fuerza de escuchar hablar de esa facultad y de ver que los hechos se multiplican, se ven obligadas a reconocer que en todo eso hay algo, y poco a poco distinguen entre la verdad y el engaño.

En la crónica precedente, sin duda se ha reparado en este curioso párrafo, así como en la contradicción no menos curiosa que contiene:

"*No cabe duda* de que P… está loco. Sin embargo, lo extraordinario, lo *inexplicable*, es que él *demostró*, según *lo comprueba la investigación*, que mediante ese singular procedimiento curó más de cuarenta personas que sufrían enfermedades graves".

De este modo, la investigación *comprueba* las curas. Sin embargo, como el medio que el señor P… emplea es *inexplicable* y la Facultad no lo reconoce, *no cabe duda* de que el señor P… está loco. De ser así, el sacerdote príncipe de Hohenlohe, cuyas curas maravillosas referimos en la *Revista* de diciembre de 1866, página 368, estaba loco; y el venerable cura de Ars, que realizaba curaciones mediante esos singulares procedimientos, también estaba loco, al igual que tantos

otros. El propio Cristo, que curaba sin diploma y no administraba medicamentos, estaba loco, y en la actualidad habría pagado muchas multas. Locos o no, cuando esas curas son reales, muchas personas prefieren que las cure un loco antes de que las entierre un cuerdo.

Con un diploma, todas las excentricidades médicas están permitidas. Un médico, cuyo nombre no recordamos, pero que gana mucho dinero, aplica un tratamiento muchísimo más extraño: con un pincel, maquilla en el rostro de sus pacientes pequeños rombos de color rojo, amarillo, verde y azul, rodeando con ellos los ojos, la nariz y la boca, en una cantidad proporcional a la naturaleza de la enfermedad. ¿Sobre cuáles datos científicos se apoya esa clase de medicación? Un redactor bromista sugirió que, para ahorrarse enormes gastos de publicidad, dicho médico hace que sus pacientes se paseen gratis mostrando su tratamiento. Así, al ver en las calles esos rostros tatuados, lógicamente las personas les preguntan qué es eso, y los pacientes responden: "Es el tratamiento del célebre doctor…". En efecto, como ese señor es médico, no importa que su tratamiento sea bueno, malo o insignificante; ese no es el problema. Se le permite que haga cualquier cosa, incluso ser un charlatán, con la autorización de la Facultad. Ahora bien, si un individuo no diplomado pretende imitarlo, será acusado de estafa.

¡Muchos se quejan de la credulidad del público respecto de los charlatanes; se asombran de la afluencia al consultorio de cualquiera que aparezca anunciando un nuevo método curativo, de las visitas a los sonámbulos, a los curanderos y otros; se sorprenden ante la predilección por los remedios caseros, y se molestan con la inepcia de la especie humana! La verdadera causa de todo eso radica en el deseo de curarse, que los

enfermos experimentan naturalmente, así como en el fracaso de la medicina ante una cantidad demasiado importante de casos. Si los médicos curaran con más frecuencia y con mayor eficacia, los enfermos no acudirían a otros lugares. Casi siempre también sucede que estos recurren a medios excepcionales después de que han agotado inútilmente los recursos oficiales. Ahora bien, el enfermo que desea curarse a toda costa, no se preocupa demasiado por ajustarse a la regla o violarla con tal de lograrlo.

No repetiremos aquí lo que en la actualidad está claramente demostrado acerca de las causas de determinadas curas, que son inexplicables tan solo para los que no quieren tomarse el trabajo de remontarse a la fuente del fenómeno. Si la cura se produjo, es un hecho, y todo hecho tiene una causa. ¿Será más racional negar esa causa que buscarla? Algunos dirán que fue obra del azar; que el enfermo se curó solo. De acuerdo, pero en tal caso, el médico que lo declaró incurable dio muestras de una gran ignorancia. Luego, si hay veinte, cuarenta, cien curas semejantes, ¿es azar en todos los casos? Debemos convenir en que se trata de un azar singularmente perseverante e inteligente, al que podríamos dar el nombre de *doctor Azar*.

Examinaremos el asunto desde un punto vista más serio. Las personas no diplomadas que tratan a los enfermos con magnetismo; con agua magnetizada, que no es sino una disolución de fluido magnético; con la imposición de manos, que es una magnetización instantánea y poderosa; con la plegaria, que es una magnetización mental; con el concurso de los Espíritus, lo cual es también una variedad de magnetización, ¿son responsables ante la ley que prohíbe el ejercicio ilegal de la medicina?

Los términos de la ley son sin duda muy flexibles, porque esta no especifica los medios. En rigor y con lógica, se puede considerar que solamente ejercen el arte de curar quienes hacen de dicho arte una profesión, es decir, que extraen un provecho de él. No obstante, hemos visto que se dictó condena a individuos que se ocupaban de esos cuidados exclusivamente por devoción, sin ningún interés ostensible u oculto. Por lo tanto, el delito radica sobre todo en la prescripción de remedios. Sin embargo, el desinterés *notorio* por lo general es tomado en consideración como circunstancia atenuante.

Hasta ahora, no se había pensado en que una cura pudiera ocurrir sin el empleo de medicamentos. Por lo tanto, la ley no previó el caso de los tratamientos curativos sin remedios, y solo por extensión se aplicaría a los magnetizadores y a los médiums curadores. La medicina oficial no reconoce ninguna eficacia en el magnetismo y sus anexos, y mucho menos en la intervención de los Espíritus, de modo que no se podría condenar legalmente por el ejercicio ilegal de la medicina a los magnetizadores y a los médiums curadores que no prescriben nada, o nada más que agua magnetizada, porque eso significaría reconocer oficialmente una virtud en el agente magnético y ubicarlo en la categoría de los medios curativos; significaría incluir el magnetismo y la mediumnidad curativa en el arte de curar, así como desmentir a la Facultad. Lo que a veces se hace en tales casos, es condenar a la persona por el *delito de estafa* y abuso de confianza, dado que cobró por algo sin valor y extrajo de eso un provecho directo o indirecto, o incluso disimulado con el nombre de retribución facultativa: un velo en el que no siempre hay que confiar. La consideración del hecho depende por completo de la manera de observarlo; a menudo se trata de una cuestión de opinión personal, a menos que

haya un presunto abuso, en cuyo caso siempre se toma en cuenta la cuestión de la buena fe. En tal caso, la justicia considera las circunstancias agravantes o atenuantes.

Muy diferente es el caso de aquel cuyo desinterés es absoluto y quedó comprobado. Dado que no prescribe nada y no recibe nada a cambio, la ley no puede alcanzarlo, pues para eso habría que darle una amplitud que ni el espíritu ni la letra contemplan. Donde no se gana nada, no puede haber charlatanismo. No existe poder en el mundo que pueda oponerse al ejercicio de la mediumnidad o magnetismo curativo, en la verdadera acepción del término.

"Sin embargo –nos dirán–, el señor Jacob no cobraba nada, y aun así le prohibieron ejercer su facultad." Eso es cierto, pero no fue perseguido ni condenado por eso. La prohibición fue una medida disciplinaria, debido a los problemas que podía generar en el campo militar la afluencia de las personas que lo buscaban; y si él se acogió a dicha prohibición, fue porque le convenía. Si no hubiera pertenecido al ejército, nadie lo habría molestado.[24] (Véase la *Revista* de marzo de 1866, página 76: "El espiritismo y la magistratura".)

Illers y los espíritas

Con ese título, *Le Journal de Chartres*, del 26 de mayo último, contiene la siguiente correspondencia:

24. Véase la *Revista Espírita* de octubre de 1866: "El zuavo curador del campo militar de Châlons", y de noviembre de 1866: "Consideraciones acerca de la propagación de la mediumnidad curadora". (N. del T.)

"Illers, 20 de mayo de 1867.

"¿Estamos en el mes de mayo o en carnaval? El domingo pasado me pareció esto último. Al pasar por Illiers, alrededor de las cuatro de la tarde, me encontré con una manifestación de unos sesenta, ochenta, tal vez cien muchachos, que avanzaban delante de una multitud, gritando a todo pulmón: '¡El hechicero! ¡El hechicero! ¡El perro rabioso! ¡Grezelle!'. Abucheaban a un valiente y apacible campesino, que corría despavorido, hasta que tuvo la suerte de refugiarse en un almacén, porque después de los cánticos y los gritos, llegaron los insultos y volaron las piedras. Sin ese refugio, el pobre diablo la habría pasado muy mal.

"Pregunté a un grupo cercano qué significaba todo eso, y me contaron que desde hacía algún tiempo, todos los viernes, se realizaba una reunión de espíritas en Sorcellerie [Hechicería], comuna de Vieuvicq, cerca de Illiers; que el gran pontífice que presidía esas reuniones era un albañil de nombre Grezelle –el maltratado infeliz que yo acababa de ver–, y que desde hacía algunos días ocurrían cosas muy extrañas. Al parecer, Grezelle había visto al diablo y evocado unas almas que le revelaron cosas poco halagüeñas para algunas familias.

"Como sea, me dijeron que varias mujeres se habían vuelto locas, y que algunos hombres seguían el mismo camino, liderados al parecer por el propio pontífice. Lo cierto es que una joven de Illiers había perdido totalmente la cabeza. Le habían dicho que, por culpa de algunas faltas cometidas, se iría al Purgatorio. El viernes, la joven se despidió de su familia y sus vecinos, y el sábado, después de los preparativos, salió con la idea de arrojarse al río. Afortunadamente, la estaban vigilando y llegaron a tiempo para demorar su viaje.

”Es lógico que esto conmoviera a la opinión pública. La familia de la joven se puso frenética, y varios de sus miembros se armaron con látigos y salieron en busca del pontífice, que tuvo la suerte de escaparse. Quiso dejar la Sorcellerie [Hechicería] de Vieuvicq, para instalar su aquelarre en Illiers, en un lugar llamado la Folie-Valleran [la Locura-Valleran]. Dicen que dos valientes padres de familia, que se desempeñaban como acólitos del pontífice, le suplicaron que no fuera a la Folie [la Locura], pues la locura iría con él. Se decía también que la policía se ocuparía del caso.

”Dejad hacer, pues, a los muchachos de Illiers. Ellos sabrán ocuparse del asunto. Hay cosas que mueren apaleadas por el ridículo”.

Léon Gaubert

El mismo periódico, en su número del 13 de junio de 1867, contiene lo que sigue:

“En respuesta a una carta firmada por el señor Léon Gaubert, publicada en nuestro número del 26 de mayo último, hemos recibido la siguiente comunicación, que transcribimos escrupulosamente:

”La Certellerie, 4 de junio de 1867.

”Señor Redactor:

”En vuestro número del 26 de mayo, publicasteis una carta en la que vuestro corresponsal me perjudica para mostrar de qué modo he sido maltratado en Illiers. Albañil y padre de familia, tengo derecho a una indemnización después de haber sido violentamente atacado, y espero que tengáis a bien dar a conocer la verdad después de permitir que se propagara el error.

”Es muy cierto, como dice esa carta, que los niños de la escuela y muchas personas que yo estimaba me persiguen cada vez que paso por Illers. Dos veces, en particular, estuve a punto de morir a causa de las piedras, los palos y otros objetos que arrojaron sobre mí; y hasta hoy, si fuera a Illers, donde soy muy conocido, sería perseguido, amenazado y maltratado. Aparte de las cosas que me arrojan, llenan el aire de injurias: *loco*, *hechicero*, *espírita*: tales son las delicias más habituales con que me reciben. Afortunadamente, tan solo eso es verdad, pues todo lo que vuestro corresponsal *os escribe* (en la carta original se lee: todo lo que vuestro corresponsal *agrega*), es falso y nunca existió, salvo en la imaginación de personas que intentaron alborotar a la población en contra nuestra.

”El señor Léon Gaubert, que ha firmado vuestra carta, es completamente desconocido en la región. Me dicen que es un anónimo, si recuerdo bien la palabra. Yo digo que, si él se esconde, es porque sabe que no ha hecho bien. Yo le diría, con toda franqueza, al señor Léon Gaubert: Haced como yo, y poned vuestro verdadero nombre.

”El señor Léon Gaubert dice que una mujer, debido a la excitación de las prácticas espíritas, se volvió loca e intentó ahogarse. Yo no sé si realmente intentó ahogarse; muchas personas me dicen que eso no es cierto; y si lo fuera, no es mi culpa en absoluto. Esa mujer vende baratijas, y su reputación es conocida desde hace tiempo. Aún no se hablaba de espiritismo, y ella ya era *como aquí* (en la carta original se lee: *conocida aquí*), como lo es ahora. Sus hermanas la ayudan a perseguirme. Os aseguro que nunca le interesó el espiritismo: sus instintos la conducen en el sentido contrario. Nunca asistió a nuestras reuniones, y jamás puso un pie en la casa de ningún espírita de la región.

”Vosotros me preguntaréis, entonces, por qué ella me guarda rencor y por qué me atacan tanto en Illers. Eso es un enigma para mí. Solo sé una cosa: muchas personas, antes del primer incidente, parecían haber recibido instrucciones con anticipación; y ese día, cuando ingresé en las calles de Illiers, noté que había demasiada gente en las puertas de las casas y asomada a las ventanas.

”Señor, yo soy un trabajador honesto. Me gano el pan honradamente. El espiritismo no me impide trabajar en modo alguno, y si alguien tiene que dirigirme algún reproche serio, por mínimo que sea, no tiene nada que temer. Contamos con leyes, y en las circunstancias en que me encuentro, lo primero que exijo es que se observen las leyes del país.

”En cuanto a que soy espírita, no lo oculto. Es muy cierto, soy espírita. Mis dos hijos, jóvenes activos, responsables y prósperos, son médiums. Ambos aman el espiritismo y, al igual que su padre, creen, oran, trabajan, se perfeccionan e intentan superarse. ¿Qué hay de malo en eso? Cuando el odio me pide venganza, el espiritismo me detiene y me dice: ‘Todos los hombres son hermanos; haz el bien a los que te hacen mal’. Entonces me siento más tranquilo, más fuerte.

”El cura me rechaza del confesionario porque soy espírita. Si yo acudiera a él cargado con todos los crímenes imaginables, me absolvería. Pero como soy espírita, aunque creo en Dios y hago todo el bien que puedo, no encuentro gracia ante sus ojos. Muchos en Illiers hacen lo mismo, y el enemigo que ahora me arroja piedras por ser espírita, me absolvería y me aplaudiría si mañana me viera en una orgía”.

Observación: Este último párrafo estaba en la carta original, pero fue suprimido por el periódico.

"Para complacer, no podría decir negro cuando veo blanco. Tengo convicciones. El espiritismo es para mí la más bella de las verdades; ¿qué pretendéis? Quieren forzarme a decir lo contrario de lo que pienso y de todo lo que veo. Y cuando se habla tanto de libertad, ¿hay que suprimirla en la práctica?

"Vuestro corresponsal dice que yo pretendía dejar la Sorcellerie [Hechicería] para establecer mi aquelarre en la Folie-Valleran [la Locura-Valleran]. Al ver que el señor Léon Gaubert inventa tantas palabras desagradables, se diría realmente que está poseído por la furia de golpear en la cabeza de todo el mundo con la más tosca pala de albañil. Por su parte, el señor Valleran es uno de los propietarios más respetables de la región, y al construir un edificio magnífico, permitió que muchos obreros ganaran dinero mediante un trabajo honesto y lucrativo. Peor para aquel que se molesta por lo que él hace o sólo puede imitarlo andando hacia atrás.

"Tened a bien, Señor, compartir mi carta con vuestros lectores, a fin de desengañar, como es justo, a todas las personas que fueron confundidas por la primera carta que publicasteis.

"Aceptad, etc."

Grezelle

El redactor del periódico sostiene que transcribió *escrupulosamente* esta carta. No cabe duda de que con eso se refiere a la forma, al estilo, que en un albañil de pueblo no es el de un literato. Es probable que, si este albañil hubiera escrito en contra del espiritismo y con un estilo aún más incorrecto, no le habría parecido ridículo. No obstante, si transcribió escrupulosamente el original, ¿por qué suprimió un párrafo? En caso de inexactitud, la responsabilidad recaería sobre el

autor. Para ser rigurosamente fiel a la verdad, el periódico debió explicar que en un primer momento se negó a publicar la carta, y que solo accedió ante la inminencia de las denuncias judiciales cuyas consecuencias serían inevitables, pues el señor Grezelle es un hombre respetable, cuyo honor y consideración fueron atacados por el propio periódico.

El autor de la primera carta seguramente pensó que la adulteración burlesca de los hechos no era suficiente para ridiculizar a los espíritas, de modo que incluyó una grosera malicia, al transformar el nombre de la localidad, que es *Certellerie*, en *Sorcellerie* [Hechicería]. Esto puede que resulte muy ingenioso para las personas que gustan de la sal gorda, pero no es sal ática, y mucho menos, refinada. Este tipo de burlas nunca destruyó nada.

¿Debemos considerar que esos hechos son lamentables? No cabe duda de que lo son, para quienes han sido sus víctimas, pero no para la doctrina espírita, a la que no pueden más que beneficiar.

Una de dos: las personas que se reunieron en esa localidad se prestaron a una indigna comedia, o son personas honradas, sinceramente espíritas. En el primer caso, constituye un gran servicio a la doctrina desenmascarar a los que abusan de ella o involucran su nombre en prácticas ridículas. Los espíritas sinceros no pueden sino aplaudir a todo aquel que se ocupa de liberar al espiritismo de los parásitos de mala fe, cualquiera sea la forma con que estos se presenten, pues nunca han abogado por los prestidigitadores y los charlatanes. En el segundo caso, el espiritismo no puede más que ganar con la resonancia generada por una persecución que se apoya en hechos controvertidos, pues eso incita a las personas a informarse acerca de qué es. Ahora bien, el espiritismo tan solo pretende que se lo

conozca, pues tiene la absoluta certeza de que un examen serio es la mejor manera de destruir los prejuicios que la maldad genera en quienes no lo conocen. Por consiguiente, no nos sorprendería que de aquella agresión resulte todo lo contrario de lo que esperaban quienes la provocaron, y que sea la causa de un incremento en la cantidad de adeptos espíritas en esa localidad. Así ocurrió en todas partes donde se manifestó una oposición un tanto violenta.

"¿Qué haremos, entonces? –se preguntan nuestros adversarios–. Si no intervenimos, el espiritismo avanza. Si lo atacamos, avanza más rápido." La respuesta es muy sencilla: reconoced que todo aquello que no se puede detener responde a la voluntad de Dios, y que lo mejor que podéis hacer es dejarlo pasar.

Dos de nuestros corresponsales, que no se conocen entre sí, nos han enviado acerca de lo ocurrido en Illiers informaciones precisas y que coinciden absolutamente. Uno de ellos, el señor Quômes d'Arras, hombre de ciencia y distinguido escritor, ante la crónica de los acontecimientos referidos en *Le Journal de Chartres*, e ignorando la causa del conflicto, no quiso apresurarse a defender los hechos ni las personas involucradas, y los sometió a la severidad de la crítica, en caso de que la merecieran; pero sí asumió la defensa del espiritismo. En una carta plena de moderación y decoro, que dirigió a ese periódico, se dedica a demostrar que, si los hechos se correspondían con lo señalado por el señor Léon Gaubert, el espiritismo no tenía ninguna relación con ellos, aun cuando hubieran involucrado su nombre. Toda persona imparcial tendría la obligación de dar lugar a una rectificación tan legítima. Pero no fue así, y las insistentes reclamaciones apenas condujeron a un rechazo formal. Esto ocurrió antes de que el

señor Grezelle enviara su carta, la cual, como hemos dicho, tenía que correr la misma suerte; porque si el periódico temía publicar en sus columnas la cuestión del espiritismo, no debía admitir dicha carta. Reservarse el derecho de atacar, pero rechazar el de la defensa, es una manera fácil, aunque muy poco lógica, de darse la razón.

El señor Quômes d'Arras, a fin de informarse por sus propios medios acerca de lo ocurrido, se dirigió a Illiers, y tuvo a bien enviarnos un relato detallado de su visita. Lamentamos que la extensión de ese documento no nos permitiera publicarlo en este número, pues no quedó espacio para todo lo que debíamos incluir en él. No obstante, resumiremos sus principales consecuencias. Esto es lo que el señor Quômes d'Arras obtuvo a partir de diferentes personas honorables y ajenas al espiritismo.

Grezelle es un excelente albañil, propietario en La Certellerie. Lejos de ser alguien que divaga, cuantos lo conocen no pueden más que reconocerle su sentido común, sus costumbres ordenadas y laboriosas. Es un buen padre de familia. Su único error consiste en perturbar a los materialistas y a los indiferentes con sus enérgicas afirmaciones acerca del alma y sus manifestaciones después de la muerte, así como de la suerte que nos espera. Está lejos de ser el único partidario del espiritismo, que en toda esa región, sobre todo en Brou, cuenta con numerosos y dedicados adeptos.

Respecto de las mujeres a las que, según *Le Journal de Chartres*, el espiritismo habría vuelto locas o inducido a realizar actos pecaminosos, son puro invento. El hecho al cual se hace alusión es el de una vendedora de baratijas muy conocida en Illiers, inclinada a la bebida, y cuya razón siempre fue débil. Esta mujer detesta a Grezelle y habla mal de él, pero

no se sabe por qué. Como las ideas espíritas circulan en la región, es probable que ella escuchara hablar del tema y lo mezclara con sus propias incoherencias, pero nunca lo trató seriamente. En cuanto a que pretendió ahogarse, tal idea no habría sido para nada imposible, a juzgar por su estado habitual; aunque el hecho parece inventado.

De Illers, el señor Quômes d'Arras se dirigió a La Certellerie, a cinco kilómetros de aquella ciudad. "Al llegar –dice él–, busqué la casa de la señora Jacquet, cuyo nombre me habían dado en Illers. Ella estaba con su hijo en el jardín, entre las flores, ocupada en labores de costura. En cuanto supo el motivo de mi viaje, de inmediato me hizo entrar a la casa, donde nos reunimos con su sirvienta –una joven de veinte años, médium parlante y espírita ferviente– y con Grezelle y su hijo mayor, de veinte años. No me hizo falta conversar demasiado con ese grupo de personas para darme cuenta de que me hallaba en contacto, no con mentes inquietas, atribuladas, incongruentes, exaltadas o fanáticas, sino con personas serias, razonables, bondadosas y muy sociables. Franqueza, claridad, simplicidad, amor al bien, tales eran los caracteres sobresalientes que se reflejaban en su figura, en sus palabras; y debo reconocer que no esperaba tanto.

"Grezelle tiene cuarenta y cinco años, está casado y tiene dos hijos; ambos son médiums escribientes, al igual que él. Me contó con calma los padecimientos que soportaba y las intrigas de que era objeto. La señora Jacquet también me dijo que muchas personas de la región alimentaban contra ellos los peores sentimientos por el hecho de que eran espíritas. Todo lo que me contaron me pareció muy probable, y a continuación adquirí la más absoluta certeza de que esas familias eran tranquilas, bondadosas con todo el mundo, incapaces de ha-

cer el mal a nadie, sinceramente comprometidas con sus obligaciones. Di gracias a Dios por haberme permitido admirar la firmeza, la fuerza de carácter, la solidez de las convicciones, el profundo compromiso con el bien, de esas excelentes personas que, en el campo, sin una gran instrucción, sin estímulos ni recursos materiales, rodeadas de enemigos y de burlones, mantienen en alto desde hace cuatro años sus principios, su fe y sus esperanzas. Para defender su estandarte de las risas, ellos cuentan con un valor que, lamentablemente, muy a menudo les falta a los doctos de nuestras ciudades, e incluso también a muchos espíritas avanzados.

"Grezelle, el único del grupo que fue positivamente maltratado, y a pesar de que es espírita hace tres años, posee el entusiasmo de un neófito, la dedicación de un apóstol, y también la actividad exuberante de una naturaleza veloz, enérgica y emprendedora. Debido a su oficio, se relaciona continuamente con los habitantes de la región, de modo que, pleno de espiritismo, pues lo ama más que a su vida, no puede dejar de hablar de la doctrina, de ponerla de relieve, de mostrar su belleza, su grandeza, sus maravillas. Con un discurso realmente impetuoso, produce en los indiferentes que lo rodean el efecto del fuego sobre el agua. Como no toma en cuenta el tiempo ni las circunstancias adversas, se podría decir que se excede un poco en su afán, y que tal vez le falta prudencia."

Al día siguiente, en horas de la tarde, el señor Quômes asistió, en casa de Grezelle, a una sesión espírita integrada por dieciocho a veinte personas, entre las cuales se encontraban el alcalde y otras personalidades influyentes, gente de una honradez notoria, que sin duda no habrían concurrido a una reunión de locos y de iluminados. Todo transcurrió en el más absoluto orden, con pleno recogimiento, y sin el menor vesti-

gio de prácticas ridículas de magia y hechicería. Comenzaron con una plegaria, durante la cual todos se pusieron de rodillas. A las plegarias extraídas de *El Evangelio según el espiritismo*, agregaron la oración vespertina y otras, tomadas del ritual ordinario de la Iglesia. "Es probable que nuestros detractores, sobre todo los eclesiásticos –agrega el señor Quômes–, no hayan notado, sin sorprenderse ni sentirse avergonzados, el fervor de esas almas sinceras, así como su actitud de unción, que denotan un profundo sentimiento religioso. Había seis médiums, cuatro hombres y dos mujeres, una de las cuales es la sirvienta de la señora Jacquet, médium parlante y escribiente. Las comunicaciones por lo general tienen un estilo difuso; las ideas son simples y no están conectadas. Incluso se notan algunas manías en el modo de comunicación. Sin embargo, en resumen, no contienen nada que sea malo ni peligroso, y todo lo que se obtiene resulta edificante, fortalece, infunde valor, conduce al alma por el camino del bien o la eleva hacia Dios."

El señor Quômes descubrió en esos espíritas una sinceridad y una devoción a toda prueba, pero también una falta de experiencia que intentó suplir con sus consejos. El hecho fundamental que pudo verificar es que en su manera de proceder no hay nada que justifique esa descripción ridícula que hizo de ellos *Le Journal de Chartres.* Por lo tanto, es evidente que los actos salvajes que tuvieron lugar en Illiers fueron promovidos por la maldad, y parecen haber sido premeditados.

Por nuestra parte, nos complace que así sea, y felicitamos a nuestros hermanos del cantón de Illers por los excelentes sentimientos que los animan.

Las persecuciones, como hemos dicho, son el precio inevitable de las grandes ideas nuevas, pues todas han tenido sus mártires. En el futuro, quienes las padecen se sentirán

dichosos de haber sufrido por el triunfo de la verdad. Que perseveren, pues, sin flaquear ni desanimarse, y serán sostenidos por los Espíritus buenos que los observan. Mas también que nunca se aparten de la prudencia que las circunstancias requieren, y eviten cuidadosamente todo lo que pueda dar pie a nuestros adversarios, pues eso redunda en beneficio de la doctrina espírita.

Epidemia en la isla Mauricio

Hace algunos meses, uno de nuestros médiums, el señor T…, que suele entrar en estado de sonambulismo espontáneo bajo la magnetización de los Espíritus, nos dijo que en ese momento la isla Mauricio era devastada por una terrible epidemia que diezmaba a la población. Esa previsión se realizó, pero con circunstancias agravantes. Acabamos de recibir, de parte de uno de nuestros corresponsales de la isla Mauricio, una carta fechada el 8 de mayo, y de la que extraemos los siguientes párrafos:

"Varios Espíritus nos habían anunciado, algunos claramente y otros en términos proféticos, la llegada de un flagelo destructor que nos alcanzaría pronto. Nosotros habíamos considerado esas revelaciones desde el punto de vista moral, pero no desde el punto de vista físico. De repente, una enfermedad extraña irrumpió en esta pobre isla. Una fiebre sin nombre, y que adopta todas las formas, comenzó de manera leve, hipócritamente, para luego crecer y arrasar con todos aquellos a los que encontró a su paso. Actualmente, es una verdadera peste;

los médicos no saben de qué se trata; ninguno de los afectados ha podido curarse hasta el momento. Consiste en terribles accesos que os quebrantan y os torturan, durante doce horas como mínimo, atacando uno tras otro cada órgano importante. Después, el mal se retira durante uno o dos días, dejando al enfermo agobiado, hasta que regresa; y así avanza, con mayor o menor rapidez, hasta el término fatal.

"Desde mi punto de vista, este es uno de esos flagelos anunciados, que deben retirar del mundo una parte de la generación actual, y destinado a operar una renovación que se hace necesaria. Voy a daros un ejemplo de las infamias que ocurren aquí.

"La quinina, en dosis muy fuertes, calma los accesos tan solo algunos días. Es el único específico capaz de detener, momentáneamente al menos, el progreso de la cruel enfermedad que nos diezma.

"Los comerciantes y los farmacéuticos disponían de cierta cantidad de ese remedio, que vendían a unos 7 francos la onza. Ahora bien, como todo el mundo se veía forzado a comprarlo, esos señores aprovecharon para subir el precio, de 1 franco a 15 francos, la dosis individual. Más adelante, la quinina comenzó a escasear; es decir, los que ya la tenían o la recibían a través de los paquebotes comenzaron a venderla al fabuloso precio de 2 francos y 50 centavos el grano, al por menor, y entre 675 y 800 francos la onza, al por mayor. En una dosis entran al menos 30 granos, con lo cual cada dosis costaba 75 francos. Así pues, solamente los ricos podían obtenerla, y aquellos comerciantes veían con indiferencia que alrededor suyo morían miles de enfermos por falta del dinero necesario para comprar el medicamento.

"¿Qué opináis de esto? ¡Ah! ¡Ya es historia! En este momento, la quinina llega en abundancia; las farmacias están repletas, pero aun así no quieren vender la dosis a menos de 12 francos y 50 centavos. ¡De ese modo, los pobres son los que siempre mueren, mirando compungidos ese tesoro que no pueden alcanzar!

"Yo también fui afectado por la epidemia, y ya voy por mi cuarta recaída. Gasto todo mi dinero en quinina, y con eso prolongo mi existencia. No obstante, si las recaídas prosiguen, conforme supongo, os doy mi palabra, señor, de que muy probablemente dentro de poco tendré el placer de asistir como Espíritu a vuestras sesiones parisienses, para formar parte de ellas, si Dios lo permite. De regreso en el mundo de los Espíritus, estaré más cerca de vos y de la Sociedad; mucho más cerca de lo que estoy ahora en la isla Mauricio. En *un pensamiento* me dirigiré a vuestras sesiones, sin cansarme y sin temor al mal tiempo. Por otra parte, os juro que no tengo miedo en absoluto, pues soy muy sinceramente espírita para eso. Ya tomé todos los recaudos, y si llego a dejar este mundo, seréis avisado.

"Confío, estimado señor, en que tendréis la bondad de rogar a mis hermanos de la Sociedad espírita, para que sumen sus plegarias a las nuestras, a favor de las desdichadas víctimas de la pandemia, pobres Espíritus, muy materiales en su mayoría, cuyo desprendimiento debe de ser penoso y largo. Orad también por los que, desdichados de otra manera, agregan su inhumanidad al flagelo de la dolencia.

"Nuestro pequeño grupo se dispersó hace tres años. Todos sus miembros fueron afectados de un modo u otro, pero hasta ahora ninguno de nosotros ha muerto.

"Recibid, etc."

Hay que ser realmente espírita para enfrentar la muerte con esa sangre fría y esa indiferencia, en el preciso momento en que ella hace estragos alrededor nuestro y comenzamos a padecer sus efectos. Ocurre que, en esos casos, la fe seria en el porvenir, conforme sólo el espiritismo puede dárnosla, genera una fuerza moral que de por sí constituye un poderoso elemento preventivo, tal como lo hemos señalado a propósito del cólera (véase la *Revista* de noviembre de 1865, página 336). Esto no quiere decir que, en las epidemias, los espíritas se salven necesariamente, pero es cierto que en tales casos han sido los menos afectados hasta ahora. No hace falta decir que nos referimos a los espíritas de corazón, y no a los que solo lo aparentan.

En todas partes los Espíritus anuncian los flagelos destructores que habrán de afectar a la humanidad, ya no en un punto del globo, sino por todos lados.

Sobre este tema, tras la lectura de la carta precedente, se recibió la siguiente comunicación, verbal y espontánea:

(Sociedad de París, 21 de junio de 1867;
médium: Sr. Morin,
en estado de sonambulismo espontáneo.)

"Se acerca la hora, la hora señalada en el inmenso y perpetuo reloj de lo infinito, la hora en que comenzará la transformación de vuestro globo, para que gravite hacia la perfección. A menudo se os ha dicho que los más terribles flagelos diezmarían las poblaciones. ¿Acaso no es necesario que todo muera para que se regenere? Pero ¿qué significa eso? La muerte no es sino la transformación de la materia. El Espíritu no muere: tan solo cambia de habitación. Observad, y veréis que comienzan a realizarse todas esas previsiones. ¡Oh! ¡Cuán dicho-

sos son aquellos que, en sus terribles pruebas, han sido tocados por la fe espírita sincera! Se mantienen calmos en medio de la tormenta, como el navegante aguerrido ante la tempestad.

"¡Yo, que en este momento soy una persona espiritual, a menudo soy acusado por las personas terrestres de ser brutal, duro e insensible…! Es cierto, contemplo con calma todos esos flagelos destructores, esos terribles padecimientos físicos. Así es, atravieso sin conmoverme esas planicies devastadas, ¡repletas de restos humanos! Con todo, si puedo hacerlo, es porque mi vista espiritual va más allá de esos sufrimientos; es porque, anticipando el futuro, esa vista se apoya en el bienestar general que, a partir de esos males pasajeros, resultará para la generación futura, para vosotros mismos, que formaréis parte de esa generación y cosecharéis los frutos que hayáis sembrado.

"Espíritu de la totalidad, al ver desde lo alto de una esfera en la que habita (a menudo este Espíritu habla de sí mismo en tercera persona), sus ojos no se empañan. Sin embargo, su alma palpita, su corazón sangra, ante las miserias que la humanidad debe atravesar; pero la vista espiritual se detiene del otro lado del horizonte, para contemplar el resultado que será su continuación segura.

"La gran emigración es útil, y se acerca la hora en que debe ocurrir… Ya ha comenzado… ¿Para quién será fatal o provechosa? Mirad bien, observadores. Considerad los actos de esos explotadores de los flagelos humanos, y distinguiréis, incluso con los ojos del cuerpo, a hombres predestinados a la ruina. Vedlos, ávidos de riquezas, inflexibles para hacer negocios y obtener ganancias, apegados, al igual que a sus vidas, a todas las posesiones terrestres, a la vez que sufren mil muertes ante la pérdida de una parte de aquello que, no obstante, tendrán

que dejar… ¡Cuán terrible será para ellos la pena del talión, porque en el exilio que les espera, se les negará hasta un vaso de agua para calmar su sed…! ¡Vedlos, y reconoceréis en ellos, debajo de las riquezas que acumulan en detrimento de los desdichados, a los futuros humanos en ruinas! ¡Considerad su trabajo, y vuestra conciencia os dirá si ese trabajo debe recibir su paga en lo Alto o aquí abajo! Miradlos bien, hombres de buena voluntad, y veréis que ya en esta Tierra la paja comienza a ser separada del trigo.

"¡Mi alma es fuerte; mi voluntad es grande! Mi alma es fuerte porque su fuerza resulta de un trabajo colectivo de alma a alma. Mi voluntad es grande porque se apoya en el inmenso pedestal formado por todos los sentimientos de justicia y de bien, de amor y de caridad. Por eso soy fuerte; por eso miro con calma. Por eso su corazón, que palpita como si se le rompiera en el pecho, no se conmueve. Si la descomposición es el instrumento necesario para la transformación, asiste, ¡oh! alma mía, calma e impasible, a esa destrucción."

VARIEDADES

Un caso de identidad

Uno de nuestros corresponsales de Maine-et-Loire nos refiere el siguiente hecho, que tuvo oportunidad de presenciar, como prueba de identidad:

"Desde hacía algún tiempo, el señor X… se hallaba gravemente enfermo en la ciudad de C…., en Turena, y su muerte era inminente. El 23 de abril último, en nuestro grupo se ha-

llaba presente, de visita por algunos días, una señora médium a la que debemos muy interesantes comunicaciones. A uno de los asistentes, que conocía al señor X…, se le ocurrió preguntarle a un Espíritu familiar de nuestro grupo –un Espíritu frívolo, pero no malo–, si ese señor había muerto. —*Sí* –fue la respuesta–. —*Pero ¿es realmente cierto eso? Porque a veces tú dices tonterías*. El Espíritu volvió a responder afirmativamente. Al día siguiente, el señor A. C…, que hasta ese momento había sido poco creyente, y que también conocía personalmente al señor X…, quiso evocarlo por sus propios medios para asegurarse de que había muerto. El Espíritu acudió al llamado de inmediato, y le dijo: 'Por favor, no me olvidéis. Orad por mí'. —*¿Cuánto hace que has muerto? –le preguntó el señor A. C… —Hace un día. —¿Cuándo serás enterrado? —Esta tarde, a las cuatro. —¿Estás sufriendo? —Todo lo que un alma pueda sufrir. —¿Me guardas rencor? —Sí. —¿Por qué? —Siempre he sido demasiado inflexible contigo*.

"El vínculo entre esos dos señores siempre había sido frío, aunque para nada descortés. Cuando se le pidió que firme, el Espíritu escribió las iniciales de sus dos nombres y de su apellido. Ese mismo día, el señor A. C… recibió una carta en la que se le comunicaba la muerte del señor X… A la noche, después de la cena, se escucharon golpes. Entonces, el señor A. C… tomó la pluma y comenzó a escribir al dictado de los golpes que daba el Espíritu:

> *Fui ambicioso, pues es cierto que todo hombre lo es;*
> *pero nunca un rey, pontífice, jefe o ciudadano,*
> *concibió un proyecto tan grande como el mío.*

"Los golpes eran fuertes, acentuados, casi imperiosos, como si procedieran de un Espíritu iniciado desde hacía tiempo en las relaciones del mundo invisible con los hombres. El señor X… había ocupado altos cargos administrativos. Tal vez, en el tiempo libre de su retiro, e influenciado por el recuerdo de sus anteriores ocupaciones, su Espíritu había elaborado algún proyecto importante. Una carta recibida hace dos días confirma esta información".

Observación. Sin duda los hechos de este género no resultan para nada extraordinarios y ocurren con frecuencia. No obstante, sus detalles íntimos no siempre son los menos instructivos y convincentes. En los ambientes donde ocurren, causan más impresión que esos fenómenos extraños a los que se considera excepcionales. A través de ellos, el mundo invisible se revela en condiciones de simplicidad que lo acercan a nosotros, y son más convincentes respecto de la continuidad de sus relaciones con el mundo visible. En una palabra, los muertos y los vivos se encuentran más en familia y se reconocen mejor. Los hechos de este género, debido a su multiplicidad y a la facilidad con que se obtienen, han contribuido a la propagación del espiritismo mucho más que las manifestaciones que tienen la apariencia de lo maravilloso. Un incrédulo quedará mucho más impactado con una simple prueba de identidad obtenida de manera espontánea, en la intimidad, a través de un pariente, un amigo o un conocido, que con prodigios que apenas lo afectan y en los que no cree.

POESÍA ESPÍRITA

A los Espíritus protectores

¡Más alto, aún más alto! ¡Alma mía, emprende tu vuelo
hacia ese puro ideal que Dios te ha revelado!
Más allá de todos los cielos, de los mundos de fuego,
hacia lo divino absoluto, yo me siento llamado.

De Jacob, dormida, subirá mi alma la escala.
Subirá siempre y jamás descenderá;
porque amable y fraterno, con su mano alada,
en el camino un Espíritu me sostendrá.

Él me muestra la meta, me ama, me consuela.
Aquí está, puedo escuchar su voz y lo siento;
cual soplo de Eolo, en mi corazón resuena,
y en los montes, valles y bosques, como viento.

¡Qué me importa su nombre! No es de este mundo;
ángel misterioso de celestial mirada,
tiene de lo desconocido, el encanto profundo;
vive muy lejos, en inefables moradas.

Allí… un rayo de gloria su cuerpo transfigura,
con la sutilidad del éter indefinido;
él ignora los males de nuestra débil natura;
ha llegado a ser bueno, porque ya ha sufrido.

Tú me hablas en el silencio;
yo te veo en la oscuridad.

Tú me haces presentir en el tiempo
las glorias de la eternidad.
Si yo hago el mal, tú me perdonas.
En mis sueños y en mis vigilias,
lo que yo comienzo, tú lo terminas.
Llama que en una sombra resplandece,
eres tú quien mi valor sustenta,
quien mi nave hacia la orilla orienta,
quien me preserva en la tormenta
y me ilumina cuando anochece.

Tú dices: "amor"; tú dices: "oración";
tú dices: "esperanza"; tú dices: "virtud";
y das el nombre de hermano, con unción,
a este pobre niño, abatido y sin salud.
Tan fuerte, buscas mi flaqueza;
tan grande, buscas mi bajeza;
y tan afortunado, mi tristeza.
Ángel bendito, eres mi guardián sagrado;
tu fluido tan puro se mixtura
con esta mi mortal envoltura;
y el viento de tus alas en la altura
se posan sobre mi corazón embriagado.

Sea quien fueres, ¡gracias, alma querida!
Gracias, del Más Allá mi hermano;
si eres niño, anciano o mujer florida,
¡qué me importa, si estás a mi lado!
Flotas a menudo sobre mi testa,
tú, que en tu excursión inquieta
eres más veloz que un cometa.

¿En alguna tierra en formación
tú habitas, o en la tenue atmósfera
de Marte, o de Saturno, gran esfera,
o en la Osa Mayor, o donde sea,
en Aldebarán o en Orión?

¡Pero no interesa de dónde has venido!
¡Qué me importa de dónde eres!
¡Si un cielo inaudito y espléndido,
percibo cada vez que tú vienes!
¡Salve! pues, mi estrella centinela.
Impulsa de mi nave la frágil vela,
en este mar al que la bruma acecha,
lejos de los escollos, lejos del peligro.
Eres un faro en las tormentas;
entre la espuma de olas inmensas
la luz amiga y poderosa sustentas,
hasta que vienes por mí tras el exilio.

Jules-Stany Doinel (d'Aurillac)

* * *

Aux Esprits protecteurs

Plus haut, plus haut encor! Prends ton vol, ô mon âme
Vers ce pur idéal que Dieu t'a révélé!
Par de là tous les cieux, et ces mondes de flamme,
Vers l'absolu divin, je me sens appelé.

De Jacob, endormi je gravirai l'échelle,
Je monterai toujours et ne descendrai pas;
Car, bienveillant et doux, d'une main fraternelle,
Sur la route, un Esprit assurera mes pas.

Il me montre le but, il m'aime, il me console;
Il est là, je sens, et j'écoute sa voix
Résonner dans mon cœur, comme un souffle d'Eole
Résonne sur les monts, les plaines et les bois!

Que m'importe son nom! Il n'est pas de la terre;
Ange mystérieux des célestes amours,
Il a de l'inconnu, le charme solitaire;
Il habite bien loin, d'ineffables séjours!

Là!... son corps, qu'un rayon de gloire transfigure,
À la subtibilité de l'impalpable éther;
Il ignore les maux de la faible nature,
Et pourtant, il est bon, parce qu'il a souffert.

Tu me parles dans le silence,
Je te vois dans l'obscurité;
Tu me fais pressentir d'avance
Les gloires de l'éternité.
Si je fais mal, tu me relèves:
Dans mes veilles et dans mes rêves,
Ce que j'entreprends tu l'achèves;
Flambeau qui, dans une ombre, luit,
C'est toi qui soutiens mon courage,
Qui pousses ma nef au ravage,
Qui me préserves dans l'orage,

Et qui m'éclaires dans la nuit.

Tu dis: amour; tu dis: prière;
Tu dis: espoir; tu dis: vertu,
Et tu donnes le nom de frère
À l'humble enfant, faible, abattu;
Si fort, tu cherches ma faiblesse,
Si grand, tu cherches ma bassesse
Et si fortuné, ma détresse.
Ange béni, gardien sacré,
Ton fluide épuré se mêle
À mon enveloppe mortelle,
Et je sens le vent de ton aile
Passer sur mon cœur enivré.

Qui que tu sois, merci, chère âme,
Merci, mon frère d'au delà;
Enfant, vieillard, ou jeune femme,
Que m'importe! N'es-tu pas là?
Tu planes souvent sur ma tête,
Toi qui, dans ta course inquiète
A traversé quelque comète,
Quelque terre en formation;
Habites-tu dans l'atmosphère,
Marso u Saturne, énorme sphère,
Descends-tu de l'Ourse polaire,
D'Aldébaran ou d'Orion?

Et que me fait où tu résides!
Et que m'importe d'où tu viens!
Quels cieux inouïs et splendides,

Quand je te sens, valent les miens?
Salut donc, ô ma douce étoile;
Guide mon incertaine voile,
Sur la mer que la brune voile,
Loin des écueils, loin du péril.
Sois un phare dans la tourmente,
Dressant sur la vague écumante,
La lumière amie et tremblante,
Et viens me prendre après l'exil.

Jules-Stany Doinel (d'Aurillac)

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La novela del porvenir

por E. Bonnemére

El año pasado, los Espíritus nos habían dicho que en breve la literatura ingresaría en el camino del espiritismo, y que en el año 1867 aparecerían muchas obras importantes. En efecto, poco después se publicó *Espírita*, de Théophile Gautier. Como hemos dicho, esta obra es menos una novela espírita que la novela del espiritismo[25], si bien resulta importante por el prestigio del autor.

A comienzos del año, le siguió la impactante y agradable historia de *Mirette*. En esa oportunidad, el Espíritu del doctor Morel Lavallée dijo en la Sociedad:

25. Véase el artículo "Mirette", de febrero de 1867 (N. del T.)

"El año 1866 presenta la nueva filosofía en todas sus formas; pero todavía es el tallo verde que contiene la espiga de trigo y aguarda para mostrarle que el calor de la primavera la ha hecho madurar y entreabrirse. El año 1866 ha preparado, y el año 1867 madurará y realizará. El año comienza con los auspicios de *Mirette*, y no terminará sin que aparezcan nuevas publicaciones de ese mismo género, y más serias aún, en el sentido de que la novela se volverá filosofía, y la filosofía se volverá historia". (Véase la *Revista* de febrero de 1867, página 64.)

Estas palabras proféticas se hacen realidad. Estamos seguros de que una obra importante aparecerá muy pronto. No será una novela –que se puede considerar una obra de imaginación y fantasía–, sino la filosofía misma del espiritismo, altamente proclamada y desarrollada por un autor que hará reflexionar a cuantos pretenden que todos los partidarios del espiritismo están locos.

Entretanto, esta es una obra que de novela sólo tiene el título, pues en ella la ficción está casi ausente y no es sino el marco para desarrollar a modo de conversación las más elevadas ideas de la filosofía moral, social y religiosa. Su título, *La novela del porvenir*, parece pensado para aludir a las ideas que regirán la sociedad del futuro, y que de momento se encuentran en estado de novela. No se menciona al espiritismo, pero eso no impide que sus ideas puedan ser reivindicadas, dado que la mayoría de ellas parecen tomadas textualmente de la doctrina; y si bien algunas se apartan un poco de ella, son pocas y no perjudican el fondo de la cuestión. El autor admite la pluralidad de las existencias, no sólo porque resulta racional y conforme a la justicia de Dios, sino también porque es necesaria e indispensable para el progreso del alma, además de que ha sido adoptada por la sana filosofía. No obstante, el autor

parece inclinado a pensar, aunque no lo diga claramente, que la sucesión de las existencias se realiza pasando de un mundo a otro, antes que en un mismo medio, porque no se refiere de manera explícita a las existencias múltiples en un mismo mundo, si bien esta idea puede hallarse sobreentendida. Tal vez este sea uno de los puntos más divergentes, pero que por otra parte no perjudica en absoluto el fondo, puesto que en definitiva el principio sería el mismo.

Por consiguiente, esta obra puede incluirse en la categoría de los libros más serios destinados a divulgar los principios filosóficos de la doctrina espírita en el mundo literario donde el autor ocupa un lugar distinguido. Nos han dicho que, cuando este la escribió, no conocía el espiritismo, lo cual parece difícil; pero de ser así, sería una de las pruebas más deslumbrante de la fermentación espontánea de esas ideas, así como de su irresistible poder, porque la casualidad no puede hacer de por sí que tantos investigadores se encuentren en el mismo terreno.

El prefacio no es la parte menos curiosa del libro. El autor explica allí el origen de su manuscrito. "¿Cuál es –dice– mi colaboración en *La novela del porvenir*? ¿Somos dos, tres, o el autor se llama legión? Dejo esto a criterio del lector, después de que le haya contado una aventura muy verídica, si bien tiene la apariencia de una historia del otro mundo."

Cierto día, el autor se detuvo en una modesta aldea de Bretaña, y la dueña del albergue donde se hospedaba le contó que en esa región había un joven que hacía cosas extraordinarias, verdaderos milagros.

"Sin que haya estudiado –dijo ella–, el joven sabe más que el rector, el médico y el notario juntos, e incluso sabe más que todos los hechiceros reunidos. Todas las mañanas, se encierra en su cuarto. Su lámpara se ve a través de las cortinas, porque ne-

cesita una lámpara, incluso de día; y entonces escribe cosas que nunca nadie ha visto, pero que son magníficas. Con seis meses de anticipación, anuncia el día, la hora y el minuto, en que caerá en uno de sus grandes accesos de hechicería. Después de decir o escribir algo, no sabe nada más, pero resulta verdadero como la palabra del Evangelio, e infalible como una decisión del papa en Roma. Cura en el primer intento, y sin cobrarles nada, a los que le caen simpáticos, así como, en las barbas del propio médico, a los enfermos que este no cura porque no tienen dinero. El señor rector dice que solo el diablo pudo haberle dado ese poder de curar a los enfermos a los que el buen Dios les envía dolencias para su bien, a fin de probarlos o castigarlos."

"Fui a verlo –agrega el autor– y mi buena estrella quiso que yo le cayera simpático. Se trataba de un joven de veinticinco años, a quien su padre, un rico agricultor del cantón, le había dado cierta educación, a pesar de lo que dijera mi anfitriona. Simple, melancólico y soñador, llevaba su bondad hasta la excelencia, y se hallaba dotado de un temperamento en el cual el sistema nervioso dominaba sin contrapeso. Se levantaba de madrugada, presa de una fiebre de inspiración que no podía dominar, y derramaba a raudales sobre el papel las ideas extrañas que brotaban en su cerebro, sin que él las conociera, y a menudo contra su voluntad.

"Lo vi en acción. En el transcurso de una hora, llenaba invariablemente quince o dieciséis hojas de su cuaderno, sin titubeos, sin tachaduras, sin detenerse un segundo en busca de una idea, una frase, una palabra. Era un grifo abierto, del que la inspiración salía como un chorro parejo y constante. Permanecía mudo durante esas horas de intenso trabajo, con los dientes apretados y los labios contraídos, hasta que recuperaba el habla en el instante en que el reloj daba la hora de

retomar las labores del campo. Entonces, volvía a su vida normal, y todo lo que había pensado o escrito durante las dos o tres horas de esa otra existencia, se borraba poco a poco de su memoria, como un sueño que se diluye y desaparece a medida que uno se despierta. Al día siguiente, expulsado de su cama por una fuerza invencible, retomaba su obra completando la frase o la palabra que había dejado inconclusa el día anterior.

"Me mostró el interior de un armario, en el que guardaba una cantidad de cuadernos escritos de ese modo. —*¿Qué es todo esto?* –le pregunté-. *Lo ignoro tanto como vos* –me respondió, con una sonrisa–. *Pero ¿cómo te llega lo que escribes?* –insistí–. *Solo puedo daros la misma respuesta: lo ignoro tanto como vos. A veces siento que está dentro de mí, y otras veces escucho que me lo dictan. Entonces, sin tener conciencia y sin escuchar el sonido de mis propias palabras, lo repito a quienes me rodean, o lo escribo.*

"Eran alrededor de diecisiete mil páginas, escritas en cuatro años. Había un centenar de cuentos y novelas, tratados acerca de diversos temas, recetas médicas y otras, máximas, etc. En especial, observé lo siguiente:

"*Estas cosas me han sido reveladas a mí, que soy simple y poco instruido, porque de ese modo, al no saber nada al respecto ni tener ideas preconcebidas, me encuentro más apto para asimilar las ideas de los otros.*

"*Los seres superiores, que partieron primero, purificados por la transformación, acuden para rodearme y decirme:*

" 'Te brindamos todo lo que no se aprende y que puede esclarecer al mundo del que hemos partido y en el que hemos dejado nuestra marca indeleble. Pero es necesario reservar una parte para el trabajo personal, sin inmiscuirse en la ciencia adquirida, ni en *la labor que cada uno puede y debe realizar*'.

”En ese inmenso desorden, elegí un simple idilio, una obra fantasiosa, extraña, imposible, en la que se presentan con una forma más o menos ligera las bases de una nueva cosmogonía integral. En esos cuadernos, dicho estudio llevaba el título de *La unidad*, pero yo consideré que debía reemplazarlo por el de *La novela del porvenir*.” Veamos el tema principal de la obra:

Paul de Villeblanche vivía con su padre en Normandía, en los restos de un viejo castillo, que había sido la antigua mansión señorial de su familia, arruinada y dispersa a causa de la Revolución. Era un joven de unos veinte años, muy inteligente, con ideas amplias y avanzadas, y que había hecho a un lado los prejuicios raciales.

En ese mismo cantón vivía una anciana y muy devota marquesa, quien, para rescatar sus pecados y salvar su alma, había pensado en sacar de la miseria y la degradación social a una pequeña gitana, haciendo de ella una religiosa. De ese modo –imaginaba la marquesa–, se aseguraría de contar con alguien que, por gratitud y por deber, velara por ella permanentemente, tanto en esta vida como después de la muerte. Así pues, la jovencita recibió educación en un convento durante unos ocho años, y a partir de que tomó el hábito, cada dos años pasaba seis semanas con su benefactora. Pero ocurrió que esta joven, de una singular inteligencia, poseía intuitivamente, acerca de muchas cuestiones, las mismas ideas que Paul. En esa época, ella tenía dieciséis años de edad. En una de sus vacaciones, conoció al joven, y ambos quedaron vinculados por un afecto tan fraternal, que mantenían conversaciones en las que Paul podía desplegar ante su inteligente compañera esos principios filosóficos que eran nuevos para ella, aunque los comprendía sin mayor esfuerzo, e incluso a menudo superaba a su interlocutor. Esas dos almas selectas se

hallaban a la altura una de otra. La novela termina con el casamiento de ambos, como era de esperar, pero todo eso no es más que un pretexto para impartir una lección práctica acerca de uno de los puntos más importantes del orden social y los prejuicios de casta.

De buen grado, hemos incluido este libro entre los que resulta útil difundir, y que ocupan un lugar destacado en la biblioteca de los espíritas.

Esas conversaciones constituyen el tema principal del libro, pues el resto no es más que un simple marco concebido para exponer las ideas que en el futuro habrán de prevalecer en la sociedad.

Para mencionar todo lo que en tal sentido resulta meritorio, habría que citar la mitad del libro. Tan solo transcribiremos algunas ideas, que permitirán juzgar el espíritu con que la obra fue concebida:

"Encontrar es la recompensa de haber buscado; y todo cuanto nosotros mismos podemos hacer, no hay que pedírselo a los demás."

"El mundo es una vasta construcción, en la que Dios distribuye a cada uno su tarea, proveyéndonos de los materiales según nuestras fuerzas. De ese inmenso roce entre inteligencias diversas, opuestas, hostiles en apariencia, brota la luz, sin que se apague a la hora de nuestro último sueño. Por el contrario, la marcha constante de las generaciones que se suceden, le aporta nuevas piedras al edificio social. La luz se torna más brillante cuando un niño nace, pues este trae, a fin de continuar el progreso, el elemento principal de una inteligencia siempre renovada."

"Pero la marquesa me repite sin cesar (dice la joven) que todos nacemos malos, que solo diferimos por la mayor o menor propensión al pecado, y que toda la existencia es una lucha contra nuestras inclinaciones; que todos caeríamos en la condena eterna, si no fuera porque la religión que ella me enseña nos detiene al borde del abismo.

"No creas en esas blasfemias (le responde el joven). Dios sería el agente del mal, si no hubiera puesto en cada uno de nosotros la brújula que debe guiar nuestros pasos hacia el cumplimiento de nuestro destino, y si el hombre no hubiera podido avanzar hasta el día en que la Iglesia llegó para corregir la obra imperfecta y fracasada del Eterno."

"¿Quién sabe si, en la inmensa rotación del mundo, nuestros hijos no se convertirán en nuestros padres cuando llegue el momento, y si no nos devolverán intacta la suma de miserias que les hayamos dejado al partir?"

"Ningún mal puede venir de Dios, ni en el tiempo ni en la eternidad. El dolor es obra nuestra; es la queja de la naturaleza, para indicarnos que ya no seguimos el camino que ella le asigna a la actividad humana. El dolor se convierte en un medio de salvación, pues su propio exceso nos impulsa hacia adelante, estimula nuestra perezosa imaginación, y logra que realicemos los grandes descubrimientos que contribuirán al bienestar de los que habrán de pasar por este globo después de nosotros."

"Cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena sublime y misteriosa que une a los hombres unos con otros, al igual que a estos con la creación entera, y que nunca ni en ninguna parte podría romperse."

"Después de la muerte, los órganos gastados necesitan descansar, y el cuerpo le devuelve a la tierra los elementos

con los cuales se constituyen hasta lo infinito los seres que se suceden. Pero la vida renace de la muerte."

"Partimos llevando con nosotros el recuerdo de los conocimientos que adquirimos aquí. El mundo al que iremos nos impartirá los suyos, y nosotros los reuniremos en haces para formar con ellos el progreso."

"No obstante (aventuró la joven), habrá un término, un fin inevitable, por más distante que lo supongas.

"¿Por qué limitarías la eternidad, después de haberla admitido en principio? Lo que se denomina *el fin del mundo* es tan solo un símbolo. Nunca hubo un comienzo y nunca habrá un fin del mundo; todo vive, todo respira, todo está habitado. Para que llegara el juicio final, sería necesario un cataclismo general que sumiera al universo entero en la nada. Dios, que lo ha creado todo, no puede destruir su obra. ¿Qué sentido tendría el aniquilamiento de la vida?"

"No hay duda de que la muerte es inevitable. No obstante, mejor comprendida en el futuro, esa muerte que nos espanta no será sino la hora prevista y tal vez esperada de la partida, que dará lugar a una nueva etapa. Uno llega, otro emprende el viaje, y la esperanza enjuga las lágrimas que fluyen en el momento del adiós. La inmensidad, lo infinito, la eternidad, amplían sus perspectivas ante nuestra mirada, atraída por lo desconocido. Ya más perfeccionados, haremos un viaje más hermoso, para luego volver a partir, y avanzaremos para elevarnos siempre. Porque de nosotros depende que la muerte sea la recompensa del deber cumplido, o bien el castigo cuando no hayamos realizado la obra encomendada."

"Sea cual fuere el lugar del universo en el que nos encontremos, estamos unidos por lazos misteriosos y sagrados que

nos tornan solidarios unos con otros, y alzaremos fatalmente la cosecha de bien y de mal que cada uno haya sembrado antes de iniciar el gran viaje."

"El niño que nace lleva consigo su semilla de progreso; el hombre que muere deja su lugar para que, a continuación, el progreso se cumpla y él continúe su trabajo, llevando a otra parte, y en otro ser, su alma perfeccionada."

"Aquellos a los que debes la vida han expiado en esta existencia las faltas de un pasado misterioso. Han sufrido, pero con valor. El Dios de amor y de misericordia los necesitaba, sin duda, para una misión más importante en otro mundo. Los llamó hacia Él, para darles de ese modo el salario merecido antes de que el día terminara por completo."

(A propósito de una joven que, niña aún, realizaba curas sorprendentes, indicando los remedios por intuición:)

"Eso llamó la atención, y la autoridad principal: el cura, se preocupó e intervino. ¡Una niña llevaba a cabo, por medios naturales, lo que ni el médico con su ciencia, ni el propio cura con sus plegarias, podían obtener…! Era evidente que estaba poseída. Para los hombres de poca fe e inteligencia obtusa, es Dios quien, con el propósito de castigarnos –como si no tuviera delante la eternidad–, o bien para probarnos –como si no supiera lo que vamos a hacer–, nos envía todos los males, los flagelos de todo tipo, la ruina, la pérdida de nuestros seres queridos. En cambio, es Satán quien otorga la prosperidad, ayuda a encontrar tesoros, cura las enfermedades, y nos prodiga todas las dichas y las alegrías de este mundo. Por último –según ellos–, Dios hace el mal, mientras que el diablo es el autor de todo el bien. Así pues, María fue exorcizada y rebautizada por si acaso, a fin de que dejara de aliviar a sus se-

mejantes. Pero todo eso no sirvió de nada, pues ella continúa haciendo el bien alrededor suyo.

"Pero tú, Paul, que lo sabes todo, ¿qué opinas al respecto?

"Si bien nunca creo en lo que mi razón refuta –respondió el joven conde–, tampoco niego los hechos observados por numerosos testigos, por el solo motivo de que la ciencia aún no sepa explicarlos. Dios ha otorgado a los animales el instinto de ir directo hacia las plantas que pueden curar las extrañas enfermedades que los afectan; ¿por qué nos habría privado de ese valioso privilegio? Pero el hombre se apartó de los caminos que el Creador le había señalado; se puso en contra de la naturaleza, cuyas advertencias dejó de escuchar. Ese faro se extinguió en él. La ciencia llegó para reemplazar al instinto, y en su soberbia de advenediza, lo negó, lo combatió, lo persiguió y lo aniquiló cuanto pudo. Sin embargo, ¿quién puede afirmar que el instinto no ha sobrevivido en algunos seres simples y primitivos, decididos a iluminarse dócilmente con todas las luces que vislumbran en sí mismos, animados por el deseo de acudir en ayuda de los padecimientos de los demás? ¿Quién sabe si María no ha vivido ya entre esos pueblos primitivos de antaño, que conservaban el instinto y conocían secretos maravillosos, o en algún mundo más adelantado, del que sus faltas la hicieron caer, y ahora Dios le permite recordar aquellas cosas que los demás han olvidado?

"¿Acaso no es cierto que nos parece descubrir dentro de nosotros mismos algunos conocimientos cuyo estudio nos resulta muy fácil, mientras que otros no logran penetrar nuestro espíritu, sin duda porque llegan a él por primera vez, o porque muchas generaciones han acumulado sobre ellos montañas de ignorancia y de olvido?"

(A propósito de las visiones en los sueños:)

"Le ocurren al alma que, retenida en su exilio, conversa con el alma desprendida de su parte terrestre. De tal modo, esas visiones son iluminadas por un rayo que permite vislumbrar a los pobres humanos cuán resplandeciente es el punto al que han llegado los que supieron dirigir su esquife en los océanos peligrosos donde flota la existencia."

"No cabe duda de que, en mundos diferentes, nuestros cuerpos están constituidos por elementos diferentes, y que en ellos poseemos otra envoltura, más perfecta o más imperfecta, conforme al medio en el que debemos obrar. Pero lo cierto es que esos cuerpos viven siempre, animados por el mismo soplo de Dios; que la transmisión de las almas se realiza en todos y cada uno de los innumerables planetas que pueblan el espacio infinito, y que, dado que son la emanación del propio Dios, las almas existen de la misma manera en todos los mundos. Del otro lado de la vida, Dios nos da un alma siempre purificada, que nos permite acercarnos incesantemente al cielo; tan solo nuestra voluntad hace que se desvíe del camino recto.

"Sin embargo, Paul, ¡nos enseñan que vamos a resucitar con nuestros cuerpos actuales!

"¡Eso no es más que locura y orgullo! Nuestros cuerpos no son nuestros, sino de todo el mundo, de los seres que devoramos ayer, de los que nos devorarán mañana. Son cuerpos de un día. La tierra nos los presta y los recuperará. Solo nuestra alma nos pertenece; solo ella es eterna, como todo lo que viene de Dios y a Él retorna."

DISERTACIONES ESPÍRITAS

La lucha de los Espíritus por volver al bien

(París, 24 de marzo de 1867. Médium: Sr. Rul.)

Gracias, querido hermano, por vuestra compasión hacia el que expía mediante el sufrimiento las faltas que ha cometido. Gracias por vuestras buenas plegarias, inspiradas en el amor que sentís hacia vuestros hermanos. Llamadme de cuando en cuando, pues nunca faltaré a esa cita, estad seguro de ello. Os he dicho, en una comunicación transmitida en la Sociedad, que después de haber sufrido me permitieron acudir para daros mi opinión acerca de algunas de las cuestiones que os ocupan. Dios es tan bueno que, después de haberme impuesto la expiación mediante el dolor, se apiadó de mi arrepentimiento, pues sabe que, si bien he fallado, fue por debilidad, y porque el orgullo es hijo de la ignorancia. Se me permitió instruirme, y aunque no puedo penetrar los misterios de la creación, como lo hacen los Espíritus buenos que dejaron la Tierra, estudio los rudimentos de la ciencia universal, a fin de progresar y ayudar a mis hermanos, para que progresen también.

Os hablaré acerca de la relación que existe entre el estado del alma y la naturaleza de los fluidos que la envuelven en cada medio en el que se encuentra momentáneamente. Si bien, como se os ha dicho, el alma pura sanea los fluidos, creedme que el pensamiento impuro los corrompe. Imaginaos cuánto debe esforzarse el Espíritu que se arrepiente, para combatir la influencia de esos fluidos que lo envuelven, incrementada por la acumulación de los fluidos perjudiciales que los Espíritus perversos le envían para asfixiarlo. No supongáis que me basta con el deseo de ser mejor para expulsar a los Espíritus

orgullosos que me rodeaban durante mi estadía en la Tierra. Ellos siempre están cerca de mí, intentando retenerme en su atmósfera malsana. Los Espíritus buenos me esclarecen y me dan la fuerza que necesito para luchar contra la influencia de los Espíritus malos, pero después se apartan y me dejan librado a mis propias fuerzas para luchar contra el mal. En ese momento, siento la influencia benéfica de vuestras buenas plegarias, porque, sin saberlo, vosotros continuáis la obra de los Espíritus buenos de ultratumba.

Ya veis, querido amigo, que todo se enlaza en la inmensidad; que todos somos solidarios unos con otros, y que no hay un solo pensamiento bueno que no lleve consigo los frutos del amor, del mejoramiento y del progreso moral. Así es, tenéis razón cuando decís, a vuestros hermanos que sufren, que basta con una palabra para explicar al Creador; que esa palabra debe ser la estrella que guíe a cada Espíritu, sea cual fuere el grado de la escala espírita al que pertenezca, en sus pensamientos y en sus actos, tanto en los mundos inferiores como en los mundos superiores; que esa palabra, el evangelio de todos los siglos, el alfa y omega de toda ciencia, la luz de la verdad eterna, es ¡amor! El amor de Dios, el amor de sus hermanos. Dichosos los que oran por sus hermanos que sufren. ¡Sus pruebas en la Tierra se volverán ligeras, y la recompensa que les aguarda superará sus expectativas…!

Ya veis, querido amigo, cuán pleno de misericordia está el Señor, porque a pesar de mis sufrimientos, me permite acudir para hablaros el lenguaje de un Espíritu bueno.

A…

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 8 Agosto de 1867

Fernanda

Novela espírita

Tal es el título de una novela escrita por el señor Jules Doinel (de Aurillac), y publicada en el folletín de *Le Moniteur du Cantal*, los días 23 y 30 de mayo, y 6, 13 y 20 de junio de 1866. Como vemos, el nombre del espiritismo no está disimulado, y debemos felicitar al autor, tanto más por el hecho de que ese valor para opinar es poco frecuente en los escritores de provincia, donde las influencias contrarias ejercen una presión más intensa que en París.

Lamentamos que, después de que se la publicara por entregas –un modo de difundir con mayor facilidad una idea entre las masas–, esta novela no haya sido presentada en un volumen, para que nuestros lectores no se vieran privados del placer de adquirirla. Si bien se trata de una obra sin pretensiones y circunscrita a un marco reducido, constituye una pintura auténtica e interesante acerca de las relaciones entre el

mundo espiritual y el mundo corporal, y que aporta su cuota para la divulgación de la idea espírita desde el punto de vista serio y moral. Muestra los sentimientos puros y nobles que esta creencia puede desarrollar en el corazón del hombre, así como la serenidad que otorga en las aflicciones, mediante la certeza de un porvenir que responde a todas las aspiraciones del alma, además de que satisface plenamente a la razón. A fin de pintar esas aspiraciones con verdad, como lo hace el autor, hay que tener fe *en lo que se dice*. Un escritor que pensara que un tema como ese no es sino un cuadro banal y sin convicción, supondría que para hacer espiritismo basta con acumular lo fantástico, lo maravilloso y algunas aventuras extrañas, como algunos pintores creen que basta con aplicar colores llamativos para hacer un cuadro. El verdadero espiritismo es simple; llega al corazón, y no daña la imaginación a golpes de martillo. Esto es lo que el autor ha comprendido.

El argumento de *Fernanda* es muy simple. Trata acerca de una joven que muere en la flor de la edad, robada del tierno amor de su madre y de su prometido, a quienes infunde valor manifestándose ante ellos y dictándole a su amado, que pronto se unirá con ella, el panorama del mundo que lo espera. Citaremos algunos pensamientos que hemos destacado:

"A partir de la aparición de Fernanda, me convertí en un ferviente adepto de la ciencia de ultratumba. Además, ¿por qué habría de tener alguna duda al respecto? ¿Acaso el hombre tiene derecho a ponerle límites al *pensamiento*, y decirle a Dios: *No irás más allá*?"

"Dado que estamos cerca de ella y que pisamos una tierra que es santa, voy a hablarte con el corazón abierto, mi querido amigo, con Dios como testigo de la sinceridad de cuanto vas a escuchar. Sé que crees en los Espíritus, y más de una vez

me pediste que precisara tu creencia en tal sentido. Pero no lo hice, y debo decirte que, si no fuera por las extrañas manifestaciones que presenciaste, nunca lo habría hecho. Amigo mío, creo que Dios ha dado a ciertas almas una fuerza afectiva tan grande, que esta puede extenderse hacia las regiones desconocidas de la otra vida. En ese fundamento se apoya toda mi doctrina. El charlatanismo y la prestidigitación de algunos adeptos me hacen mal, porque no comprendo que se pueda profanar algo tan sagrado."

"¡Oh! Stéphen Stany (el prometido) tenía mucha razón cuando dijo que el charlatanismo y la prestidigitación profanan las cosas más sagradas. La creencia en los Espíritus debe serenar el alma. Así pues, ¿a qué se debe que, en la oscuridad, hasta el más mínimo ruido me asusta? A veces he visto que se forma, en la penumbra de mi alcoba, ya sea el fantasma de Fernanda de Mœris, o bien el difuso perfil de mi madre. A ambos les he sonreído. No obstante, a menudo también mi vista se aparta horrorizada de las muecas grotescas de algunos Espíritus malos, que se acercan para desviarme del bien y alejarme de Dios."

"Mientras me hablaba, Stany se mantenía en calma. No observé en su rostro ningún gesto de exaltación. Sin embargo, cerca de esa lápida, su diafanidad se volvía aún más visible. El alma de mi amigo se mostraba por completo ante mi mirada. Esa bella alma no tenía nada que ocultar. Comprendí que el lazo que lo unía a ese cuerpo de lodo era muy frágil, y que no estaba lejos el momento en que debería volar hacia *el otro mundo*."

"Ella me había dicho: 'Ve a casa de mi madre'. Confieso que eso me costó. Si bien yo era el prometido de Fernanda, no estaba muy bien con tu prima. Sabes que ella tenía celos

de todo el que retuviera una parte del afecto de su hija. Te diré que me recibió con los brazos abiertos y me dijo, llorando: '¡La he visto!'. El hielo se había roto, y logramos comprendernos por primera vez. 'Querido Stéphen –agregó–, ¡me pareció un sueño! Pero la he visto, y me dijo: *Madre, le pedirás a Stéphen Stany que permanezca ocho horas en el cuarto que fue mío. Durante esas ocho horas, impedirás que lo molesten. En ese retiro, Dios le revelará muchas cosas*. De inmediato, me condujo a la habitación de tu prima, y desde ese día, hasta ayer mismo, el alma de Fernanda estuvo todo el tiempo conmigo. La he visto, y muy bien, con los ojos de mi Espíritu y no con los ojos de mi cuerpo, pese a que estos se hallaban abiertos. Ella me habló. Y cuando digo que me habló, me refiero a que entre nosotros se produjo una *transmisión del pensamiento*. Ahora sé todo lo que necesitaba saber. Sé que este mundo ya no tiene nada para mí, y que me espera una existencia mejor."

"Aprendí a estimar el mundo en su justo valor. Guarda estas palabras, amigo mío: todo espíritu que desee alcanzar la felicidad superior, debe mantener su cuerpo casto, su corazón puro, su alma libre. ¡Dichoso el que sabe percibir la forma inmaterial de Dios a través de las sombras de lo que ocurre!"

"Nunca olvidemos, ¡oh! hermanos, que Dios es Espíritu, y que cuanto más nos convertimos en Espíritu, más nos acercamos a Dios. No se le permite al hombre romper violentamente los lazos de la materia, de la carne y de la sangre. Esos lazos implican deberes. No obstante, se le permite desatarlos poco a poco, mediante el idealismo de sus aspiraciones, la pureza de sus intenciones, la irradiación de su alma, reflejo sagrado cuyo foco es el deber; hasta que, cual libre paloma, su Espíritu desprendido de las cadenas mortales vuele y recorra los espacios infinitos."

El manuscrito que el Espíritu de Fernanda dictó a Stéphen durante los ocho días de su retiro, contiene los siguientes pasajes:

"Morí en la turbación, y desperté en la alegría. Noté que mi cuerpo, recién muerto, se hallaba tendido sobre el lecho fúnebre, y sentí como si me hubiera liberado de un gran peso. Entonces, te vi, amado mío, y con el permiso de Dios, unido al libre ejercicio de mi voluntad, observé que estabas junto a mi cadáver.

"Mientras los gusanos realizaban su obra de corrupción, yo me internaba curiosa en los misterios del mundo nuevo en que vivía. Pensaba, sentía y amaba como en la Tierra; pero mi pensamiento, mi sensación y mi amor se habían expandido. Comprendía mejor los designios de Dios, y *aspiraba su divina voluntad*. Vivimos una vida casi inmaterial, y somos superiores a vosotros, como los ángeles lo son respecto de nosotros. Vemos a Dios, pero no claramente; lo vemos como se ve el sol de vuestra Tierra a través de una nube espesa. Pero esa visión imperfecta es suficiente para nuestra alma, que aún no está purificada.

"Los hombres parecen fantasmas errantes en una bruma crepuscular. Dios ha concedido a algunos de nosotros la gracia de ver más claramente a los que amamos con preferencia. Así pues, yo te veía, mi querido amor, y mi voluntad te abrazaba en todo momento con un afecto amoroso. De ese modo, tus pensamientos venían a mí, tus actos eran inspirados por mí, y tu vida, en una palabra, no era más que un reflejo de mi vida. Así como nosotros podemos comunicarnos con vosotros, los Espíritus superiores pueden aparecerse a nuestra mirada. Algunas veces, en la transparencia inmaterial, vemos que pasa la silueta augusta y luminosa de algún Espíritu. Me

resulta imposible describirte el respeto que esa presencia nos inspira. Dichosos son aquellos de entre nosotros que tienen el honor de recibir esas visitas divinas. ¡Admira la bondad de Dios! Los mundos se corresponden unos con otros. Nosotros nos mostramos a vosotros; ellos se muestran a nosotros: es la simbólica escala de Jacob."

"Hay Espíritus que, con un solo impulso, se elevan hasta Dios; aunque esos son raros. Otros sufren las pruebas demoradas de las existencias sucesivas. La virtud otorga las categorías, y el mendigo curvado hacia la tierra en ocasiones es, ante la mirada del Dios justo y severo, más grande que el rey soberbio o el conquistador invencible. Lo único que vale es el alma; ese es el único peso que importa en la balanza de Dios."

Ahora que hicimos la parte del elogio, hagamos la de la crítica. No será extensa, porque se aplica tan solo a dos o tres ideas. Al comienzo, en el diálogo entre los dos amigos, encontramos el siguiente pasaje:

"¿Tenemos existencias anteriores? No lo creo: Dios nos saca de la nada. Pero de lo que estoy seguro, es de que después de eso que llamamos muerte, comenzamos –y cuando digo *comenzamos*, me refiero al alma–, comenzamos –digo– una serie de nuevas existencias. El día que seamos bastante puros para ver, comprender y amar a Dios por completo, solamente ese día, moriremos. Repara en que ese día tan solo amaremos a Dios y nada más que a Dios. Por lo tanto, si Fernanda estuviera purificada, ella no pensaría, no podría pensar en mí. Si se manifestó, concluyo que está viva. ¿Dónde? ¡Pronto lo sabré! Creo que está feliz con su vida, porque mientras el Espíritu no se ha purificado por completo, no puede comprender que la dicha solamente radica en Dios. Tal vez goce de una felicidad relativa.

A medida que nos elevamos, la idea de Dios se amplía en nosotros cada vez más, y por eso mismo somos cada vez más felices. Pero esa dicha siempre es una felicidad relativa. Por eso, mi prometida vive. ¿Cómo es su vida? Lo ignoro. Solo Dios puede decir a los Espíritus que revelen a los hombres esos misterios."

Después de ideas como las que contienen los pasajes anteriores, nos asombra encontrar en este último una doctrina que convierte a la felicidad perfecta en una felicidad egoísta. El encanto de la doctrina espírita, y que hace de ella un consuelo supremo, radica precisamente en la idea de la perpetuidad de los afectos, que se depuran y se fortalecen a medida que el Espíritu se purifica y se eleva. En cambio, en este caso, cuando el Espíritu llega a la perfección, se olvida de aquellos a los que amó, y piensa solamente en sí mismo. Ha *muerto* para cualquier otro sentimiento que no sea su propia felicidad. Su perfección le quitaría la *posibilidad*, el *deseo mismo* de llevar consuelo a quienes dejó en la aflicción. Debemos convenir en que esa sería una triste perfección, o mejor dicho, sería una imperfección. La dicha eterna, concebida de ese modo, casi no sería más envidiable que la contemplación perpetua, respecto de la cual la reclusión claustral nos presenta una imagen en la muerte anticipada de los más sagrados afectos de la familia. Si así fuera, una madre no tendría más remedio que temer, en vez de desear, la completa purificación de los seres que más ama. Nunca la generalidad de los Espíritus enseñó una cosa semejante. Parece un acuerdo entre el espiritismo y la creencia vulgar. Pero ese acuerdo no es afortunado, porque, dado que no satisface las aspiraciones íntimas del alma, esta no tiene ninguna oportunidad de hacer valer su opinión.

Cuando el autor dice que no cree en las existencias anteriores, pero que está seguro de que después de la muerte co-

menzamos una serie de nuevas existencias, no se da cuenta de que comete una contradicción flagrante. Si admite, como algo lógico y necesario para el progreso, la pluralidad de las existencias posteriores, ¿en qué se basa para no admitir las existencias anteriores? No explica, de conformidad con la justicia de Dios, la desigualdad nativa, intelectual y moral, que existe entre los hombres. Si la actual existencia es la primera, y si todos salimos de la nada, se cae en la doctrina absurda, inconciliable con la soberana justicia, de un Dios parcial, que favorece a algunas de sus criaturas, toda vez que crea almas de diversas cualidades. También se podría ver en eso un acuerdo con las ideas nuevas, pero que no es más afortunado que el precedente.

Por último, nos sorprende que Fernanda, un Espíritu adelantado, sostenga una proposición de otra época: "Laura se convirtió en madre. Dios se apiadó de ella, y llamó hacia Él a ese niño, que a veces acude a visitarla, pero que está triste, porque al haber muerto sin recibir el bautismo, *nunca* gozará de la contemplación divina". Aquí estamos ante un Espíritu al que *Dios llamó hacia Él*, pero que es desdichado y se halla privado para siempre de la contemplación de Dios, porque no ha recibido el bautismo, lo cual no dependió de él, pues la responsabilidad fue del propio Dios, que lo llamó demasiado pronto. Estas son algunas de esas doctrinas que han causado tantos incrédulos, y si algunos esperan que se las confunda con las ideas espíritas que echan raíces, se equivocan. Solo se aceptan como ideas espíritas aquellas que son racionales y que han sido sancionadas por la universalidad de la enseñanza de los Espíritus. Si con esto se pretende otro acuerdo, este resulta torpe. Damos por seguro que, de mil centros espíritas en los que las proposiciones que acabamos de criticar fueran some-

tidas a los Espíritus, habría novecientos noventa en los que serían resueltas en sentido contrario.

La universalidad de la enseñanza, sancionada además por la lógica, es lo que ha *hecho* y lo que *completará* a la doctrina espírita. En esa universalidad de la enseñanza, impartida en todos los puntos del globo por Espíritus diferentes, así como en centros completamente ajenos unos a otros y que no sufren ninguna presión común, la doctrina espírita obtiene una fuerza contra la que lucharían en vano las opiniones individuales, tanto de los Espíritus como de los hombres. La alianza que se pretendiera establecer entre las ideas espíritas y las ideas contradictorias, no sería sino efímera y localizada. Las opiniones individuales pueden congregar a algunos individuos; no obstante, forzosamente circunscritas, no pueden reunir a la mayoría, a menos que reciban la aprobación de esta. Rechazadas por la mayoría, esas opiniones carecen de vitalidad, y se extinguen junto con sus representantes.

Esto es el resultado de un cálculo absolutamente matemático. Supongamos que, en un total de mil centros, haya novecientos noventa en los que la enseñanza sea la misma, y que solo en diez sea contraria: es evidente que la opinión dominante será la de los novecientos noventa, es decir, casi por unanimidad. Ahora bien, no nos cabe duda de que somos muy generosos con las ideas divergentes al concederles el uno por ciento del total. Dado que nunca formulamos un principio antes de estar seguros de que ha recibido la aprobación general, siempre estamos de acuerdo con la opinión de la mayoría.

El espiritismo se halla actualmente en posesión de una cantidad de verdades a tal punto demostradas por la experiencia, y que al mismo tiempo satisfacen tan completamente a la razón, que se han convertido en artículos de fe para la opinión

de la inmensa mayoría de los adeptos. Ahora bien, agredir abiertamente a esa mayoría, herir sus más caras aspiraciones y convicciones, implica prepararse para un fracaso inevitable. Tal es la causa de la frustración de algunas publicaciones.

No obstante –se nos preguntará–, *el que no comparte las ideas de la mayoría, ¿acaso tiene prohibido por ese motivo publicar sus opiniones?* Por cierto que no. Incluso es útil que las publique; pero en ese caso debe hacerlo bajo su responsabilidad, sin contar con el apoyo moral y material de aquellos cuyas creencias pretende combatir.

Para volver a *Fernanda*, los puntos doctrinarios que hemos refutado parecen ser opiniones personales del autor, que no percibió el lado vulnerable de las mismas. Al enviarnos esa obra, que es la primera, este hombre joven nos dijo que, en la época en que escribió la novela, sólo tenía un conocimiento superficial de la doctrina espírita, y que sin duda nosotros encontraríamos en ella muchas cosas para criticar, y acerca de las cuales solicitaba nuestra opinión, pues consideraba que en la actualidad, más informado, debería reformular algunos principios. Por nuestra parte, lo felicitamos por su franqueza y su modestia, y le comunicamos que, en caso de refutarlo, lo haríamos en la *Revista* y con miras a la instrucción de todos.

Con excepción de los puntos que acabamos de citar, en la obra no hay ninguno que la doctrina espírita no pueda aceptar. Felicitamos a su autor por el punto de vista moral y filosófico en el que se ubicó, y consideramos que su trabajo es sumamente útil para la difusión de la idea, pues hace que se la considere como lo que realmente es, desde el punto de vista serio. (Véase en el número precedente, página 213, la obra poética del mismo autor, titulada: *A los Espíritus protectores*.)

Simonet

Médium curador de Burdeos

Le Figaro, del 5 de julio último, relata en los siguientes términos un juicio que tuvo lugar en el tribunal de Burdeos:

"En este último tiempo, la moda en Burdeos era ir al consultorio del curandero de Cauderan. Se calcula que recibía entre mil y mil doscientas visitas diarias. La policía, que se jacta de ser escéptica, mostró interés por semejante suceso y decidió allanar el castillo de Bel-Air, donde el curandero había fijado su domicilio. En las inmediaciones de la morada del curandero había una multitud de personas que afirmaban padecer todo tipo de enfermedades. Grandes damas también acudían en sus carruajes para consultar al iluminado.

"Los magistrados, tan pronto como interrogaron al curandero, no dudaron de que trataban con un pobre loco que era explotado por quienes lo hospedaban. De tal modo, el curandero Simonet quedó fuera del proceso iniciado contra los hermanos Barbier, astutos cómplices que se quedaban con todo el lucro obtenido de la credulidad gascona.

"Como auténticos gascones que son, habían conferido a su casa el nombre de château [castillo], y la convirtieron en un albergue. Basta con decir que los vinos que producían en el lugar no tenían nada que ver con lo que en Languedoc se denomina vinos de Château. Además, se habían olvidado de adquirir una licencia, de modo que la administración de las contribuciones indirectas les había iniciado una demanda.

"El curandero Simonet fue citado como testigo, y le preguntaron:

"—Puesto que sois un simple calderero, ¿dónde aprendisteis la medicina?

"—¿Qué pensáis vosotros de la Revelación? –respondió–. ¿Qué eran, entonces, los discípulos de Cristo? ¿Qué hacían ellos, esos pobres pescadores que transformaron el mundo? Dios se apareció y me dio su ciencia. Ni siquiera necesito remedios. Soy un médico curador.

"—Pero ¿dónde aprendisteis todo eso?

"—En Allan Kardec… Y os diré, señor Presidente, con todo el respeto posible, que al parecer no conocéis la ciencia del espiritismo, por lo que os exhorto firmemente a que lo estudiéis. (Ni siquiera los propios jueces pudieron resistirse a esta hilaridad.)

"—Habéis abusado de la credulidad pública. Para citar apenas un ejemplo, hay un pobre ciego que todo Burdeos conoce. Cometió la imprudencia de ir a veros, y os entregó el dinero que recibía de la caridad pública. ¿Acaso le habéis devuelto la vista?

"—Yo no curo a todo el mundo, pero debéis creerme que he curado, porque el día que la justicia llegó, había más de mil quinientas personas esperando su turno.

"—Eso es lamentablemente cierto.

"—Y si eso continúa –intervino el señor Procurador imperial–, tomaremos alguna de estas dos medidas: os acusaremos de estafa, y la justicia determinará si estáis loco, o bien haremos que se tome una medida administrativa en contra de vos. Debemos proteger de su credulidad a las personas honestas.

"En el castillo de Bel-Air no se pedía dinero a los consultantes. Tan solo se les entregaba un número de orden, por el cual pagaban veinte centavos. Luego, había personas que

traficaban con esos números, y llegaban a revenderlos hasta por quince francos. También, daban de comer a los pobres campesinos que a veces llegaban desde los confines de la provincia. Por último, había un cepillo para los pobres. No hace falta decir que los anfitriones del curandero se quedaban con el dinero de los pobres.

"El tribunal condenó a los señores Barbier a dos meses y a un mes de prisión, más trescientos francos para pagar las contribuciones indirectas".

Ad. Rocher

Veamos cuál es la verdad acerca de Simonet, y de qué manera se reveló su facultad.

Los señores Barbier habían hecho construir en Cauderan, un suburbio de Burdeos, un amplio establecimiento, como muchos otros que hay en ese barrio, destinado a bailes, nupcias y banquetes, y al que denominaron *Château du Bel-Air*, lo cual no es más gascón que el Château-Rouge o el Château des Fleures, de París. Simonet trabajaba en ese lugar como *carpintero*, y no como *calderero*. Durante la construcción del establecimiento, a menudo ocurría que los obreros se lastimaban o se enfermaban. Simonet, que es espírita desde hace mucho tiempo, y que conoce un poco el magnetismo, fue inducido instintivamente y sin ninguna intención premeditada a tratarlos mediante la influencia fluídica, de modo que curó a muchos de ellos. La repercusión que esas curas generaron hizo que pronto acudieran a ver a Simonet una infinidad de enfermos, pues es evidente que, más allá de lo que se haga, es imposible que una persona enferma pierda el deseo de ser curada, no importa por quién. Sabemos, mediante testigos

oculares, que el promedio de los enfermos que se presentaban en el lugar era de mil por día. Los caminos estaban repletos de carruajes de todo tipo, que llegaban desde varias leguas a la redonda. Había carretas al lado de coches de lujo. Muchas personas pasaban la noche esperando su turno.

Con todo, en medio de esa multitud, había quienes tenían necesidad de comer y beber. Los dueños del establecimiento los proveyeron, lo cual resultó un muy buen negocio para ellos. En cuanto a Simonet, que era una fuente de ingresos indirecta, tan solo recibía hospedaje y alimentación, y no se le podría hacer ningún reproche por eso. Como las personas se amontonaban en la puerta, los dueños tomaron la prudente decisión de entregarles un número de orden de llegada, a fin de evitar disturbios; pero tuvieron la triste idea de cobrarles diez centavos por número, que más tarde fueron veinte centavos. A juzgar por la afluencia de personas, la recaudación diaria era bastante abultada. Por mínima que fuera esa retribución, todos los espíritas –y el propio Simonet, que no tenía nada que ver con el asunto–, la consideraron muy lamentable, previendo sus efectos negativos. En cuanto al tráfico de las entradas, parece cierto que algunas personas más apresuradas, para ingresar antes, compraban los números de quienes los precedían y que, en su pobreza, se alegraban mucho de recibir ese dinero. Si bien no se trataba de un mal grave, podía y debía necesariamente resultar abusivo. Esos abusos motivaron la instancia judicial contra los señores Barbier, así como el hecho de abrir un establecimiento de consumiciones antes de obtener una patente. En cuanto a Simonet, no fue imputado en la causa, sino apenas citado como testigo.

Cabe destacar la reprobación general de que es objeto la explotación en los casos análogos a los de Simonet. Parece que

un sentimiento instintivo induce a los incrédulos a considerar el desinterés absoluto como una prueba de sinceridad que les inspira una especie de respeto involuntario. No creen en la facultad; se burlan de ella, pero algo les dice que, si existiera, debería ser algo sagrado que no podría convertirse en un trabajo, so pena de cometer una profanación. Se limitan a decir: "Es un pobre loco que obra de buena fe". No obstante, cada vez que la especulación, del tipo que sea, se mezcla con alguna clase de mediumnidad, la crítica se considera dispensada de toda consideración.

Simonet, ¿cura realmente? Personas dignas de fe, muy honorables, y que tienen mucho más interés en desenmascarar el fraude que en promoverlo, nos han referido numerosos casos de curas completamente auténticas. Por otra parte, nos parece que, si no hubiera curado a nadie, ya habría perdido todo el crédito. Además, no tiene la pretensión de curar a todo el mundo. No promete nada, y dice que la cura no depende de él, sino de Dios, del que es tan solo un instrumento, y al que debe implorar asistencia. Recomienda la plegaria, y él también ora. Lamentamos mucho no haber podido verlo durante nuestra estadía en Burdeos, pero cuantos lo conocen están de acuerdo en que es un hombre afable, simple, modesto, sin jactancia ni fanfarronería, y que no pretende aprovecharse de una facultad que sabe que se le puede retirar. Es bondadoso con los enfermos, a quienes brinda palabras de estímulo. Su interés por ellos no depende de la categoría que ocupan, y es tan solícito con los más miserables como con los más ricos. Si la cura no es instantánea, lo cual ocurre muy a menudo, insiste tanto como sea necesario.

Esto es lo que se nos ha dicho. Ignoramos cuáles serán para Simonet las consecuencias de este caso, pero no cabe

duda de que, si es sincero y si persevera en los sentimientos que parecen animarlo, la asistencia y la protección de los Espíritus buenos no le faltarán. Descubrirá que su facultad se desarrolla y madura, mientras que la vería declinar y perderse si ingresara en un camino equivocado y si, sobre todo, pretendiera vanagloriarse por ella.

Nota. En el momento de cerrar esta edición, supimos que, debido al agotamiento que le causaba el prolongado y penoso ejercicio de su facultad, mucho más que por escapar del hostigamiento de que era objeto, Simonet decidió suspender su actividad hasta nuevo aviso. Si bien los enfermos padecen esa ausencia, al menos produjo un gran efecto.

Ingreso de los incrédulos en el mundo de los Espíritus

El doctor Claudius

(Sociedad de París. Médium: señor Morin, en estado de sonambulismo espontáneo.)

Un médico, al que llamaremos doctor Claudius, conocido de algunos de nuestros colegas, y cuya vida había sido una profesión de fe materialista, murió hace algún tiempo debido a una afección orgánica que él sabía incurable. Llamado, sin duda, por el pensamiento de quienes lo habían tratado y deseaban conocer su situación, se manifestó espontáneamente a través del señor Morin, uno de los médiums de la Sociedad, en estado de sonambulismo espontáneo. Ese fenómeno ya se

produjo varias veces a través de este médium y de otros, dormidos en sueño espiritual.

El Espíritu que se manifiesta de ese modo, se apropia de la persona del médium y se sirve de sus órganos como si aún estuviera vivo. Ya no se trata de una fría comunicación escrita, sino de la expresión, la gesticulación, la inflexión de la voz del individuo que tenemos delante.

En esas condiciones, se manifestó el doctor Claudius, sin que fuera evocado. Su comunicación, que reproducimos textualmente a continuación, es instructiva en más de un aspecto, principalmente cuando describe los sentimientos que lo agitan. La duda continúa siendo su tormento. La incertidumbre de su situación lo sumerge en una terrible perplejidad, lo cual es su castigo. Se trata de un ejemplo más que confirma lo que hemos visto tantas veces en casos semejantes.

Después de una disertación acerca de otro tema, el médium, absorto, se recogió algunos instantes, y luego, como si se despertara dolorosamente, se expresó de este modo, hablando consigo mismo:

"¡Ah! ¡Un sistema más…! ¿Qué hay de verdadero y de falso en la existencia humana, en la creación, en la criatura, en el Creador…? ¿Existen las cosas…? ¿Es real la materia…? La ciencia, ¿es auténtica…? ¿Es posible el saber…? El alma… ¿existe el alma?

"El Creador, la Divinidad, ¿no es un misterio…? Pero… ¿qué digo? ¿Por qué tantas blasfemias…? ¿Por qué, delante de la materia, no puedo creer ¡oh Dios mío!, no puedo ver, sentir, comprender…?

"¡Materia…! ¡Materia…! Pero… Sí, todo es materia… ¡Todo es materia…! Sin embargo, ¡la invocación de Dios está

en mis labios…! ¿Por qué he dicho: '¡Oh Dios mío…'!? ¿Por qué esa palabra, si todo es materia…? ¿Soy yo…? ¿No será un eco de mi mente que resuena y que se escucha…? ¿No serán los últimos tañidos de la campana que yo tocaba?

"¡Materia…! Sí, la materia existe, ¡yo lo siento…! La materia existe, ¡yo la he tocado…! ¡Pero…! No todo es materia, y sin embargo… Sin embargo, todo ha sido auscultado, palpado, tocado, analizado, disecado fibra por fibra, ¡y nada…! Nada más que carne. Siempre la materia… ¡La materia que, desde el momento en que el gran movimiento se detuvo, se detuvo también…! El movimiento se detuvo, el aire no llegó más… Pero… si todo es materia, ¿por qué ya no se pone en movimiento, si todo lo que existía cuando se agitaba existe aún…? Sin embargo… ¡*él* ya no existe…!

"¡Pero yo existo…! ¡No todo se terminó con el cuerpo…! En verdad… ¿estaré muerto…? Sin embargo, ese roedor que alimenté, que cuidé con mis propias manos, ¡no me ha perdonado…! ¡Es verdad; estoy muerto…! Pero esa enfermedad que vi nacer… crecer… ¿tenía un alma?

"¡Ah! ¡La duda! ¡Siempre la duda… en respuesta a mis secretas aspiraciones…! Pero, si yo existo, ¡oh Dios mío! Yo existo… ¡Ah! ¡Haced que me reconozca…! ¡Haced que os presienta…! Porque, si yo existo, ¡cuán prolongada ha sido la sucesión de mis blasfemias…! ¡Cuán prolongada ha sido mi negación de vuestra sabiduría, de vuestra bondad, de vuestra justicia…! ¡Qué inmensa responsabilidad de orgullo he asumido, oh Dios mío…! Todavía tengo un *yo*, justamente yo, que no quería admitir la existencia de algo más allá de lo que pudiera tocar… ¡Dudé de vuestra sabiduría, oh Dios mío! ¡Es justo que dude…! Sí, he dudado. La duda me persigue y me castiga.

"¡Oh! ¡Prefiero mil muertes antes que la duda en la que vivo…! Veo y me reencuentro con viejos amigos… ¡Sin embargo, todos ellos murieron antes…! ¡Méry![26] ¡Mi pobre loco…! Pero ¿no seré yo el loco…? El epíteto de loco, ¿se adapta a su personalidad? Veamos, ¿qué es la locura?

"¡La locura…! ¡La locura…! Definitivamente, ¡la locura es universal! Todos los hombres están locos en niveles más o menos importantes… Pero su locura, *la de él*, ¿no era sabiduría comparada con la mía…? Para él, los sueños, las imágenes, las aspiraciones más allá de… Pero ¡es justicia…! ¿Acaso yo conocía a ese desconocido que se presentó inesperadamente ante mí…? ¡No, no, la nada no existe, porque si existiera, esta encarnación de negación, de crímenes, de infamia, no me torturaría tanto…! ¡Puedo ver, aunque demasiado tarde, todo el mal que he hecho…! ¡Al verlo ahora, y al repararlo poco a poco, tal vez algún día sea digno de ver y de hacer el bien…!

"¡Sistemas…! ¡Sistemas orgullosos, producto de cerebros humanos: mirad hacia dónde nos conducís…! Uno afirma la divinidad; otro, la divinidad material y sensual; otro, la nada, ¡la nada…! La nada, divinidad material, divinidad espiritual, ¿son palabras…? ¡Oh! ¡Te pido que yo pueda ver, Dios mío…! Y si yo existo, si Vos existís, concededme el favor que os pido. Aceptad mi plegaria, porque os ruego, ¡Oh Dios mío!, que me permitáis ver si existo, si soy… (Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una entonación delirante.)

Observación. Si el señor Claudius perseveró hasta el final en su incredulidad, no fue porque le faltaran los medios para esclarecerse. Como médico, poseía necesariamente un espíri-

26. Véase, en la *Revista Espírita* de julio de 1866, el artículo: "Muerte de Joseph Méry". (N. del T.)

tu cultivado, una inteligencia desarrollada, un saber superior al vulgar. Pero nada de eso le bastó. En sus minuciosas investigaciones de la naturaleza muerta y de la naturaleza viva, ¡no descubrió a Dios, ni descubrió el alma! ¡Observó los efectos, pero no se remontó a la causa! O mejor dicho, determinó una causa a su manera, y su orgullo de científico le impidió confesarse a sí mismo, y sobre todo confesarle al mundo entero, que podía estar equivocado. Una circunstancia digna de señalar, es que murió a causa de un mal orgánico respecto del cual él *sabía*, mediante su propia ciencia, que era *incurable*. Ese mal, que él trataba, constituía una advertencia permanente. El dolor que le causaba era una voz incesante que le gritaba que pensara en el porvenir. Sin embargo, nada pudo vencer su obstinación. Cerró los ojos hasta el último momento. ¿Acaso ese hombre nunca hubiera podido ser espírita? Por cierto que no. Ni los hechos, ni el razonamiento, habrían podido vencer una opinión fundada en prejuicios, que él estaba decidido a sostener. Era de esos hombres que no quieren rendirse ante la evidencia, porque la incredulidad es *innata* en ellos, así como la creencia lo es en otros. Aún no se despertó en ellos el sentido mediante el cual algún día podrán asimilar los principios espirituales. Ellos son, respecto de la espiritualidad, como los ciegos de nacimiento respecto de la luz: no la comprenden.

Por consiguiente, la inteligencia no basta para avanzar por el camino de la verdad. Es como un caballo que nos lleva y que sigue la ruta que le hemos trazado. Si esa ruta conduce hacia un precipicio, el jinete caerá en él. No obstante, al mismo tiempo, la inteligencia le brindará los medios para que se levante.

Dado que el señor Claudius murió deliberadamente en estado de ceguera espiritual, no debe asombrarnos que no haya visto la luz de inmediato; que no se reconozca a sí mismo en

un mundo que no quiso estudiar; que, al morir con la idea de la nada, dude de su propia existencia; y que esa incertidumbre desgarradora constituya su tormento. Cayó en el precipicio hacia el que lo condujo su corcel-inteligencia. No obstante, puede levantarse de esa caída, y ya parece vislumbrar una luz que, si la sigue, lo llevará a buen puerto. En ese loable esfuerzo, debemos sostenerlo con nuestras plegarias. Cuando haya recibido los beneficios de la luz espiritual, sentirá horror por las tinieblas del materialismo, y si algún día vuelve a la Tierra, lo hará con intuiciones y aspiraciones completamente distintas a las que tuvo en su última existencia.

* * *

Un obrero de Marsella

En un grupo espírita de Marsella, la señora T…, una de sus médiums, escribió espontáneamente la comunicación que sigue:

"Escuchad a un desgraciado que fue violentamente sustraído de su familia y que no sabe dónde está… Inmerso en las tinieblas en que me encuentro, he podido seguir el rastro luminoso de un Espíritu, según me han dicho. Pero yo no creo en los Espíritus. Sé perfectamente que se trata de un cuento inventado para los chiflados y los crédulos… Por mi parte, ya no entiendo nada… Me veo doble: un cuerpo mutilado yace junto a mí, pero yo estoy vivo… Veo a los míos, que están desconsolados, y eso sin contar a mis compañeros de infortunio, que ven menos claro que yo. Por eso aproveché la luz que me condujo hasta aquí, para obtener algunas enseñanzas entre vosotros.

”Me parece que no es la primera vez que os veo. Mis ideas son confusas aún... Me dejarán venir otra vez, cuando esté mejor habituado a mi actual situación… Da lo mismo, me voy con pesar; me encontraba en mi centro… pero siento que debo obedecer. Este Espíritu me parece bueno, pero severo. Voy a esforzarme para ganar su buena voluntad, para que pueda hablar más seguido con vosotros”.

Un obrero del Cours Lieutaud

Pocos días antes de esta comunicación, seis obreros habían muerto en el derrumbe de un puente. Uno de ellos es el que se manifestó.

Luego de ese mensaje, la médium recibió de su guía el siguiente dictado:

“Querida hermana, este desdichado Espíritu fue conducido hacia ti para que hagas la caridad. Así como nosotros la practicamos para con los encarnados, la vuestra debe hacerse para con los desencarnados.

”Si bien ese Espíritu es sostenido por su ángel de la guarda, este debe mantenerse invisible hasta que el desdichado reconozca claramente su situación. Para eso, querida hermana, recíbelo bajo tu protección, aunque coincidamos en que dicha protección aún es débil. No obstante, sostenido por tu fe, ese Espíritu pronto verá que despunta la aurora de un nuevo día; y lo que él se resistió a reconocer después de la catástrofe, pronto se convertirá en el motivo de su paz y su alegría. Tu tarea no será fácil, porque le falta lo esencial para comprenderte: la bondad del corazón.

”Escucha, querida hermana, el impulso de tu corazón, y saldrás victoriosa de la prueba que esta nueva misión te impone.

”Sosteneos mutuamente, queridos hermanos y queridas hermanas, y la nueva Jerusalén que estáis a punto de alcanzar os recibirá con un himno triunfal, porque el cortejo que os seguirá os dará la victoria. No obstante, para combatir adecuadamente los obstáculos exteriores, ante todo hace falta vencerse a sí mismo. Debéis mantener una disciplina severa para con vuestro corazón. Hasta la menor infracción debe ser reprimida, sin buscar atenuar la falta, pues de lo contrario nunca seréis vencedores de los demás. Es necesario que entre vosotros haya una rivalidad de virtudes y vigilancia.

”Valor, amigos. No estáis solos. Os sostienen y os protegen los combatientes espirituales que ponen en vosotros su esperanza e imploran para vosotros la bendición del Altísimo”.

Vuestro Guía

Esta situación, como vemos, tiene cierta analogía con la precedente, pues también se trata de un Espíritu que no se reconoce ni comprende el estado en que se encuentra. No obstante, es fácil descubrir cuál de los dos saldrá primero de la incertidumbre. Por el lenguaje de uno de ellos, se reconoce al científico orgulloso, que razonó su incredulidad y que, al parecer, no siempre usó de la mejor manera su inteligencia y su saber. El otro delata una naturaleza inculta, pero buena, a la que sin duda sólo le faltó una buena orientación. En él, la incredulidad no era un sistema, sino consecuencia de la falta de una enseñanza adecuada. Aquel, que en vida tal vez se hubiera compadecido del otro, pronto lo habría visto en una situación más dichosa que la propia. Quiera Dios reunirlos para su instrucción mutua, y que el científico se sienta muy dichoso de recibir las lecciones del ignorante.

VARIEDADES

La liga de la Enseñanza

Leemos en *Le Siècle*, del 10 de julio de 1867:

"La prefectura acaba de autorizar, en Metz, una sección de la asociación fundada por Jean Macé, con el nombre de 'Círculo metzino de la *Liga de la Enseñanza*'.

"Al respecto, en *La Moselle*, se lee:

" 'El Comité director del Círculo, que acaba de ser electo, ya entró en funciones y ha decidido comenzar sus actividades con la fundación de una biblioteca popular según el modelo de las que brindan tan importantes servicios en Alsacia.

" 'Para esa obra, el Círculo metzino solicita la colaboración de todos y la adhesión de los interesados en desarrollar la instrucción y la enseñanza en nuestra ciudad. Esas adhesiones, acompañadas de una cotización cuyo monto y modo de pago son facultativos, junto con las donaciones de libros, serán recibidas por cada uno de los miembros del Comité'."

Conforme lo hemos señalado cuando nos referimos a la *Liga de la Enseñanza* (véase la *Revista* de marzo y de abril de 1867, páginas 79 y 110), nuestra simpatía es conquistada por todas las ideas progresistas. En ese proyecto, solo criticamos su modo de ejecución. Por lo tanto, nos sentiremos dichosos de ver las aplicaciones prácticas de esta bella idea.

* * *

La señora Walker, doctora en cirugía

"Los médicos y los internos del hospital de la Charité han recibido el sábado, durante la visita de la mañana, a uno de sus colegas americanos, a quien la última guerra en América le otorgó cierta reputación.

"Ese doctor en cirugía no es otro más que la señora Walker, quien durante la Guerra de Secesión en Estados Unidos dirigió un importante servicio de ambulancias. Pequeña, de complexión delicada, vestida con la elegante simplicidad que distingue a las damas de la alta sociedad, la señora Walker fue recibida muy amable y respetuosamente. Por su parte, se mostró sumamente interesada en los dos grandes servicios: el quirúrgico y el médico.

"Su presencia en el hospital de la Charité proclama un principio nuevo, que fue consagrado en el Nuevo mundo: la igualdad de la mujer ante la ciencia."

(*L'Opinion Nationale*.)

(Véase la *Revista* de junio de 1867, página 161, y enero de 1866, página 1, acerca de la emancipación de las mujeres.)

* * *

El Imam, gran capellán del Sultán

"El sábado (6 de julio) –dice *La Presse*–, el Imam o gran capellán del Sultán, Hairoulah-Effendi, visitó a monseñor Chigi, el nuncio apostólico, y a monseñor el arzobispo de París."

El viaje del Sultán a París representa más que un acontecimiento político, pues es una señal de los tiempos, el preludio de la desaparición de los prejuicios religiosos que durante tantos siglos levantaron una barrera entre los pueblos y ensangrentaron el mundo. Que un sucesor de Mahoma visitara de buen grado un país cristiano, y confraternizara con un soberano cristiano, no hace mucho tiempo habría sido una audacia de su parte. En la actualidad, es algo muy natural. Y aún más significativa es la visita que el Imam, su gran capellán, realizó a los jefes de la Iglesia. La iniciativa que tomó en tal circunstancia, dado que no lo hizo obligado por la etiqueta, es una prueba del progreso de las ideas. Los odios religiosos son anomalías en el siglo en que nos encontramos, y resulta un buen augurio ver que uno de los príncipes de la religión musulmana da un ejemplo de tolerancia y abjura de prevenciones seculares.

Una de las consecuencias del progreso moral será sin duda la unificación de las creencias. Esta ocurrirá cuando los diferentes cultos reconozcan que no existe más que un solo Dios para todos los hombres, y que es absurdo e indigno de Él imponer el anatema por el hecho de que no todos lo adoren de la misma manera.

Jean Ryzak. El poder del remordimiento

Estudio moral

Escriben desde Winschoten, el 2 de mayo de 1867, al *Journal de Bruxelles*:

"El sábado pasado arribó a nuestra comuna un obrero excavador que se presentó en la casa del guarda forestal, intimando a dicho funcionario a que lo arrestara y lo entregara a la justicia, pues –según dijo– quería confesar un crimen que había cometido hacía muchos años. En presencia del burgomaestre, este obrero, que declaró llamarse J. Ryzak, dijo lo siguiente:

" 'Hace unos doce años, yo trabajaba en las obras de drenado del lago de Harlem. Cierto día, el jefe me pagó la quincena y también me confió el sueldo de uno de mis compañeros, para que se lo entregara. Pero me gasté todo el dinero. Para evitarme los trastornos de la investigación, decidí matar a mi amigo, a quien yo había robado. Para eso, lo empujé dentro de uno de los sumideros del lago, pero pudo volver a la superficie y se esforzó por nadar hacia el borde, de modo que al llegar le di dos puñaladas en la nuca.

" 'Inmediatamente después del crimen, comencé a sentir el remordimiento, hasta que se volvió intolerable y me hizo imposible continuar el trabajo. Opté por huir del lugar del asesinato, pero como no encontré paz ni tregua en parte alguna del país, me embarqué hacia las Indias, donde comencé a servir en el ejército colonial. No obstante, ahí también el espectro de mi víctima me perseguía día y noche. Mis torturas eran incesantes e indescriptibles, de tal modo que, llegado al término de mi servicio, una fuerza irresistible me impulsó a volver a Winschoten, para que la justicia calmara mi conciencia. Espero que lo haga, imponiéndome la expiación que crea conveniente. Y si ordena mi muerte, prefiero ese suplicio antes que este otro, que sufro hace doce años, a toda hora del día y de la noche, y que me aplica el verdugo que llevo dentro'.

"Luego de esa declaración, y habiéndose cerciorado mediante el burgomaestre de que ese hombre que tenía delante se hallaba en su sano juicio, el magistrado ordenó a la gendarmería que arreste a Ryzak y notifique de inmediato al oficial de justicia.

"Aquí aguardamos ansiosos las repercusiones de tan extraño suceso".

Instrucciones de los Espíritus acerca de este caso

(Sociedad de París, 10 de mayo de 1867.
Médium: señorita Lateltin.)

Como sabéis, cada ser posee la libertad del bien y del mal: eso que vosotros llamáis libre albedrío. El hombre lleva consigo la conciencia, que le advierte cuando ha obrado bien o mal, cuando ha cometido una mala acción o ha dejado de hacer el bien. La conciencia, como un vigilante guardián encargado de velar por él, aprueba o desaprueba su conducta. Ocurre a menudo que el hombre se muestra rebelde ante esa voz, y rechaza sus inspiraciones; pretende asfixiarla con el olvido. Pero ella nunca es del todo aniquilada, porque llega un momento en que se despierta más fuerte y poderosa, para llevar a cabo un control severo de vuestras acciones.

La conciencia produce dos efectos diferentes. Por un lado, la satisfacción de haber obrado bien, la paz que resulta del sentimiento del deber cumplido; por el otro, el remordimiento que penetra y tortura cuando se cometió una acción que Dios, los hombres o el honor, desaprueban. En sentido estricto, se trata del sentido moral. El remordimiento es como una serpiente que oprime el corazón con mil vueltas y lo aniquila.

Siempre emite las mismas notas y os exclama: 'Cometiste una mala acción y debes ser castigado por eso. Tu castigo no cesará hasta que hayas reparado'. Y cuando a ese padecimiento de una conciencia atormentada se suma la visión constante de la víctima, de la persona a la que se ha hecho daño; cuando sin tregua ni descanso su presencia le reprocha al culpable esa indigna conducta, y le repite sin cesar que sufrirá hasta que no haya expiado y reparado el mal que cometió, el suplicio resulta intolerable. Entonces, para poner fin a esas torturas, doblega su orgullo y confiesa sus crímenes. El mal lleva consigo su pena, en el remordimiento que deja y en los reproches causados por la mera presencia de aquellos a los que se perjudicó.

Creedme, escuchad siempre esa voz que os advierte cuando estáis cerca de equivocaros. No la asfixiéis con la rebeldía de vuestro orgullo; y si os equivocáis, apresuraos a reparar el mal. De lo contrario, el remordimiento será vuestro castigo. Cuanto más tardéis, más penosa será la reparación, y más prolongado el suplicio.

un Espíritu

(En la misma sesión. Médium: señora B…)

Hoy disponéis de un ejemplo notable acerca del castigo que sufren, incluso en la Tierra, los responsables de una mala acción. No solo en el mundo invisible la imagen de una víctima se presenta para atormentar al asesino y forzarlo al arrepentimiento. Ahí donde la justicia de los hombres no comenzó la expiación, la justicia divina aplica, sin que nadie lo sepa, el más lento y terrible de los suplicios, el más temible castigo.

Algunas personas afirman que el castigo infligido al criminal en el mundo de los Espíritus, castigo que consiste en la visión constante de su crimen, no puede ser muy eficaz, y que en ningún caso ese castigo determina de por sí el arrepentimiento. Sostienen que una naturaleza perversa, como lo es la de un criminal, no puede más que rebelarse cada vez más ante esa imagen, de modo que se vuelve más malo aún. Los que dicen eso, no tienen idea de lo que puede llegar a ser un castigo semejante; no saben cuán cruel es el espectáculo continuo de una acción que nunca se hubiera deseado cometer. Por cierto, vemos que algunos criminales se endurecen, pero a menudo solo lo hacen por orgullo y porque desean mostrarse más fuertes que la mano que los castiga; para que se piense que no se dejan abatir por la visión de imágenes vanas. Pero ese falso valor no dura mucho. Pronto los vemos debilitarse ante ese suplicio, muchos de cuyos efectos se deben a su lentitud y su persistencia. No hay orgullo que pueda resistirse a esa acción semejante a la de una gota de agua sobre la roca. Por más dura que sea la piedra, resulta inevitablemente atacada, disgregada y reducida a polvo. De ese modo, el orgullo, que endureció a esos desdichados contra su soberano Señor, tarde o temprano es abatido, y el arrepentimiento puede al fin acceder a sus almas. Como saben que el origen de sus padecimientos se encuentra en sus faltas, solicitan repararlas, a fin de llevar alivio a sus males.

Ante los que pudieran dudar de eso, no tenéis más que citar el hecho que se os ha referido esta noche. No es tan solo una hipótesis, no es apenas la enseñanza de un Espíritu, sino un ejemplo de algún modo palpable que se os presenta. En ese ejemplo, el castigo siguió de cerca a la falta, y ha sido tan intenso que, al cabo de algunos años, forzó al culpable a suplicar la expiación de su crimen ante la justicia humana, y

él mismo ha dicho que todas las penas, incluso la muerte, le parecían menos crueles que la que sufría en el momento de entregarse a la justicia.

un Espíritu

Observación. Sin ir en busca de los efectos del remordimiento en los grandes criminales, que son excepciones en la sociedad, podemos encontrarlos en las circunstancias más comunes de la vida. Se trata de ese sentimiento que impulsa a todo individuo a alejarse de aquellos respecto de los cuales siente que debe reprocharse algo. En presencia de ellos, se siente incómodo. Si nadie conoce su falta, teme ser descubierto. Le da la impresión de que una mirada penetra hasta el fondo de su conciencia. En cada palabra y en cada gesto de los demás, ve una alusión a su persona. Por eso, tan pronto como se siente desenmascarado, se retira. Asimismo, el ingrato también huye de su benefactor, porque la imagen de este constituye un reproche incesante, del que en vano intenta deshacerse, pues desde el fondo de la conciencia una voz interior le grita que es culpable.

Si el remordimiento de por sí constituye un suplicio en la Tierra, ¡cuánto más intenso será en el mundo de los Espíritus, donde no es posible sustraerse a la vista de aquellos a los que se ha ofendido! Dichosos los que hayan reparado sus faltas en esta vida, pues podrán afrontar sin temor las miradas en el mundo donde nada está oculto.

El remordimiento es una consecuencia del desarrollo del sentido moral. No existe ahí donde el sentido moral se mantiene aún en estado latente. Por eso, los pueblos salvajes y bárbaros cometen sin remordimiento las peores acciones. Así

pues, aquel que se considerara inaccesible al remordimiento, se asimilaría al bruto. A medida que el hombre progresa, el sentido moral se torna más exquisito; se ofende ante el más pequeño desvío del camino recto. De ahí que el remordimiento sea un primer paso en el camino de regreso al bien.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Plan de campaña. La era nueva. Consideraciones sobre el sonambulismo espontáneo.

(París, 10 de febrero de 1867.
Médium: señor T…, en estado de sonambulismo espontáneo.)

Nota. En esta sesión, no hubo ninguna cuestión preliminar que diera lugar al tema tratado aquí. El médium comenzó ocupándose de la salud, hasta que poco a poco se vio llevado hacia las reflexiones que presentamos y analizamos a continuación. Habló alrededor de una hora sin interrupción:

"Los progresos del espiritismo causan en sus enemigos un temor que no pueden disimular. Al principio, jugaron con las mesas giratorias, sin imaginarse que acariciaban a un niño que habría de crecer... el niño creció… y entonces presintieron su futuro, creyendo que pronto tendrían razón… Pero el niño, como se dice, tenía una vida dura. Resistió todos los ataques, los anatemas, las persecuciones, e incluso el escarnio. Como las semillas que se lleva el viento, produjo infinidad de retoños… por cada una que destruían, brotaban otras cien.

”Primero emplearon contra él las armas de otra época, las que antaño tenían éxito contra las ideas nuevas, porque esas ideas eran fulgores dispersos, con dificultad para surgir en medio de la ignorancia, y porque aún no se habían arraigado en las masas… Pero ahora es diferente… Todo ha cambiado: las costumbres, las ideas, el carácter, las creencias; la humanidad ya no se conmueve por las amenazas que asustaban a los niños; el diablo, tan temido por nuestros abuelos, ya no da miedo, sino risa.

”Así es, las armas antiguas se han desgastado contra la coraza del progreso. Es como si, en la actualidad, un ejército pretendiera atacar una fortaleza provista de cañones, valiéndose de las flechas, los arietes y las catapultas de nuestros ancestros.

”Los enemigos del espiritismo han visto, por experiencia, la inutilidad de las armas carcomidas del pasado contra la idea regeneradora; lejos de dañarla, sus esfuerzos valieron para darle crédito.

”Para luchar con ventaja contra las ideas del siglo, habría que estar a la altura del siglo; a las doctrinas progresistas habría que oponerles doctrinas más progresistas aún…; pero lo menos no puede imponerse sobre lo más.

”Como no pudieron triunfar mediante la violencia, recurrieron a la astucia: el arma de los que son conscientes de su debilidad… Lobos, se disfrazaron de cordero para introducirse en el rebaño y sembrar el desorden, la división, la confusión. Como llegaron a perturbar algunas filas, creyeron demasiado pronto que habían dominado toda la plaza. Pero los adeptos aislados no dejaron por eso de continuar su obra, y la idea espírita sigue su camino a diario sin hacer demasiado ruido… Son ellos quienes han hecho ruido… ¿No veis que esa idea penetra en todas partes, en los periódicos, en los libros, en el teatro, y

hasta en la cátedra? Actúa sobre todas las conciencias; conduce a las almas hacia nuevos horizontes; se la encuentra en estado de intuición incluso en los que nunca escucharon hablar de ella. Ese es un hecho que nadie puede negar, y que resulta cada día más evidente. ¿No es esa la prueba de que esa idea es irresistible, y de que constituye una señal de los tiempos?

"Así pues, aniquilarla es imposible, dado que para eso habría que atacarla no solo en un punto, sino en el globo entero. Y además, las ideas, ¿no son acaso conducidas en las alas del viento? ¿Cómo se las alcanzaría? Se pueden embargar bultos de mercadería en las aduanas, ¡pero las ideas son inembargables!

"¿Qué hacer entonces? Intentar apoderarse de esas ideas, para acomodarlas a su antojo… ¡Pues bien! Optaron por esa estrategia, y pensaron: 'El espiritismo es el precursor de una revolución moral inevitable. En ese caso, antes de que esa revolución tenga lugar por completo, tratemos de desviarlo en nuestro beneficio. Hagamos que le ocurra lo mismo que a ciertas revoluciones políticas. Si desnaturalizamos su esencia, podremos imprimirle otro rumbo'.

"Por lo tanto, han modificado el plan de campaña… Veréis que se forman grupos espíritas cuyo propósito declarado será la defensa de la doctrina, pero cuyo objetivo secreto será su destrucción; veréis supuestos médiums que recibirán comunicaciones adecuadas a ese objetivo; publicaciones que, bajo el manto del espiritismo, se esforzarán en demolerlo; doctrinas que adoptarán algunas de sus ideas, pero con la intención de suplantarlo. Esa es la lucha, la verdadera lucha que el espiritismo deberá emprender, y que será encarnizada, pero de la que saldrá victorioso y más fuerte.

"¿Qué pueden los hombres contra la voluntad de Dios? ¿Es posible desconocerla en presencia de lo que ocurre? ¿Aca-

so su mano no se hace ver en ese progreso que desafía todos los ataques, en esos fenómenos que surgen en todas partes como una protesta, como un desmentido de todas las negaciones…? La vida de los hombres, el destino de la humanidad, ¿no están acaso en sus manos…? ¡Ciegos…! No toman en cuentan la nueva generación que se levanta y que día a día supera a la generación que se va… Algunos años más, y esta habrá desaparecido, dejando detrás de ella tan solo el recuerdo de sus insensatos intentos de detener el impulso del espíritu humano que avanza, avanza a pesar de todo… No toman en cuentan los acontecimientos que apresurarán la eclosión del nuevo período de la humanidad… los apoyos que surgirán a favor de la nueva doctrina, y cuya voz poderosa impondrá silencio a sus detractores con su autoridad.

"¡Oh! ¡Cuán transformada quedará la faz del mundo para los que vean el comienzo del siglo próximo…! ¡Cuántas ruinas verán bajo sus pies, y cuán espléndidos horizontes se abrirán ante ellos…! Será como la aurora que expulsa las sombras de la noche… A los ruidos, el caos, las convulsiones y los estruendos de la tempestad, les sucederán cánticos de regocijo. Después de las angustias, los hombres renacerán a la esperanza… ¡Así es! El siglo veinte será un siglo bendito, porque verá la nueva era que el Cristo anunció".

Nota. En este momento, el médium se detiene, dominado por una emoción indescriptible, y como si estuviera exhausto. Tras descansar unos minutos, durante los cuales pareció volver al estado de sonambulismo ordinario, continuó:

"—¿Qué era lo que os venía diciendo?

"—Nos hablabais del nuevo plan de campaña de los adversarios del espiritismo, y luego vislumbrasteis la era nueva.

"—Continuaré. A partir de ahora, ellos disputarán el terreno palmo a palmo. Han renunciado en parte a las armas de otra época, cuya ineficacia reconocieron. No obstante, ahora practican con las que son inmensamente poderosas en este siglo de egoísmo, orgullo y codicia: el oro, la seducción del amor propio. En aquellos que son inaccesibles al temor, explotan la vanidad, las necesidades terrenales. El que ha resistido las amenazas, a veces presta oídos complacientes a la adulación, al señuelo del bienestar material… Por eso, prometen pan al que no lo tiene, trabajo al artesano, negocios al comerciante, un ascenso al empleado, honores al ambicioso, a cambio de que renuncien a sus creencias. Y si son indóciles, los atacan en su posición, en sus medios de existencia, en sus afectos. Luego, el espejismo del oro produce en algunos su efecto habitual. Entre ellos, se encuentran necesariamente algunos caracteres débiles, que sucumben a la tentación. Los hay que caen en la trampa de buena fe, porque la mano que los dirige permanece oculta… También los hay, y son muchos, que ceden a la dura necesidad, pero que no abandonan su creencia; su renuncia es aparente; se someten, pero para revelarse en la primera oportunidad… Otros, los que poseen en el más alto grado el verdadero valor de la fe, desafían el peligro firmemente. Estos siempre triunfan, porque los sostienen los Espíritus buenos… Otros, en cambio, ¡ah…! Nunca fueron espíritas de corazón… Prefieren el oro de la Tierra en vez del oro del Cielo. Se mantienen, en apariencia, vinculados a la doctrina y bajo su manto protector, aunque lo hacen para servir mejor a la causa de los enemigos… Realizan un lamentable negocio, ¡que pagarán muy caro!

"En los tiempos de crueles pruebas que vais a atravesar, ¡dichosos los que reciban la protección de los Espíritus bue-

nos, porque esa protección nunca les habrá resultado más necesaria…! Orad por los hermanos descarriados, para que aprovechen los breves instantes de arrepentimiento que se les han concedido antes de que la justicia del Altísimo caiga sobre ellos… ¡Cuando se desate la tempestad, más de uno suplicará piedad…! Pero se les responderá: '¿Qué habéis hecho vosotros con nuestras enseñanzas? Vosotros, los médiums, ¿no habéis escrito mil veces vuestra propia condena…? Tuvisteis la luz, y no la aprovechasteis. Os habíamos brindado un abrigo, ¿por qué lo descartasteis? Sufrid, pues, la suerte de aquellos a quienes habéis preferido. Si vuestro corazón hubiera sido tocado por nuestras palabras, os habríais mantenido firmes en el camino del bien que se os había trazado. Si hubierais tenido fe, habríais resistido las seducciones tendidas a vuestro amor propio y a vuestra vanidad. ¿Acaso pensasteis que podríais impresionarnos, como a los hombres, con falsas apariencias? Sabed, por si acaso lo dudabais, que no hay un solo movimiento del alma que no tenga su contragolpe en el mundo de los Espíritus'.

"¿Acaso pensáis que no hay un motivo para que se desarrolle la facultad vidente en un número tan importante de personas? ¿Suponéis que en la actualidad hay tantos médiums que se duermen espontáneamente, en el sueño del éxtasis, tan solo para ofrecer un nuevo alimento a la curiosidad? No, desengañaos. Esa facultad, que se os ha anunciado hace tanto tiempo, es una señal característica del cumplimiento de los tiempos. Es un preludio de la transformación, porque, como se os ha dicho, ese debe ser uno de los atributos de la nueva generación. Esa generación, más purificada moralmente, también lo será físicamente. La mediumnidad en todas sus formas será más o menos general, y la comunión con los Espíritus será, por decirlo de algún modo, un estado normal.

"Dios envía esa facultad vidente en los momentos de crisis y de transición, para brindar a sus servidores fieles un medio de deshacer las tramas de sus enemigos, porque los pensamientos malos, que se consideran escondidos en la sombra de los pliegues de la conciencia, se reflejan en esas almas sensitivas como en un espejo, y se descubren a sí mismos. Quien emite tan solo buenos pensamientos, no tiene miedo de que se los conozca. Dichoso el que pueda decir: 'Leed en mi alma como en un libro abierto'."

Observación. En efecto, el sonambulismo espontáneo, del que ya hemos hablado, no es más que una forma de la mediumnidad vidente, cuyo desarrollo fue anunciado hace mucho tiempo, así como la aparición de nuevas aptitudes mediúmnicas. Vale señalar que en todos los momentos de crisis general o de persecución, las personas dotadas de esa facultad son más numerosas que en los tiempos ordinarios. Hubo muchas en el momento de la Revolución. Los camisardos de las Cevenas, perseguidos como bestias salvajes, contaban con numerosos videntes que los alertaban respecto de lo que ocurría en lugares distantes. Por ese motivo, se los calificó irónicamente como iluminados. En la actualidad, se empieza a comprender que la visión a distancia e independientemente de los órganos de la vista, puede ser uno de los atributos de la naturaleza humana, y el espiritismo la explica mediante la facultad expansiva y las propiedades del alma. Los hechos de ese género se han multiplicado tanto, que resultan menos asombrosos. Lo que en otra época algunos consideraban un milagro o un sortilegio, actualmente es un efecto natural. Se trata de uno de los mil caminos por los que el espiritismo avanza, de tal modo que, si obstruyen alguna de sus fuentes, encuentra otras alternativas.

Así pues, esta facultad no es nueva, pero tiende a generalizarse, sin duda por el motivo indicado en la comunicación precedente, pero también como un medio de demostrar a los incrédulos la existencia del principio espiritual. Según los Espíritus, incluso se volvería endémica, lo cual se explicaría naturalmente por la transformación moral de la humanidad, ya que dicha transformación habrá de generar en el organismo modificaciones que facilitarán la expansión del alma.

Al igual que otras facultades mediúmnicas, esta puede ser explotada por el charlatanismo, de modo que es bueno precaverse contra la superchería –que por cualquier motivo podría intentar simularla–, así como cerciorarse por todos los medios posibles de la buena fe de quienes dicen poseerla. Aparte del desinterés material y moral, y de la honradez notoria de la persona, todo lo cual constituye la primera garantía, es conveniente observar con cuidado las condiciones y las circunstancias en que el fenómeno se produce, así como ver si en ellas no hay nada sospechoso.

* * *

Los espías

(Sociedad de París, 12 de julio de 1867.
Médium: señor Morin, en estado de sonambulismo espontáneo.)

"En una época en la que, como consecuencia de una terrible convulsión humana, la sociedad entera se movía lentamente, abrumada, abatida, e ignorante de la causa de su agobio, algunos seres privilegiados, algunos antiguos vetera-

nos del bien, que compartían su experiencia respecto de la dificultad de reproducirlo, y sumaban a eso el respeto que su conducta y su posición debía generar, resolvieron hacer el intento de profundizar en las causas de esa crisis general que afectaba a cada uno en particular.

"La era nueva comienza, y con ella el espiritismo (esta palabra ya fue creada; no resta más que explicarla y que cada uno comprenda su significado). El tiempo impasible no deja de transcurrir, y el espiritismo, que no es tan solo una palabra, solo tiene que hacerse comprender: ¡es comprendido…! No obstante, aquellos veteranos espíritas, esos creadores, esos misioneros, siempre encabezan el movimiento… Su pequeño batallón es muy débil en cuanto a la cantidad; pero ¡paciencia…! Poco a poco gana adeptos, y pronto será un ejército: ¡el ejército de los veteranos del bien! Ocurre que el espiritismo, al comienzo, durante sus primeros años, casi siempre tocó los corazones que ya estaban desgastados por los roces de la vida, los corazones que sufrieron y pagaron, los que llevaban en germen los principios de lo bello, del bien, de lo bueno y lo grande.

"Mediante un descenso sucesivo desde la vejez hacia la edad madura, de la edad madura a la edad viril, y de la edad viril a la adolescencia, el espiritismo se infiltró en todas las edades, así como en todos los corazones, en todas las religiones y sectas; ¡en todas partes! La asimilación ha sido lenta, pero segura… Y en la actualidad, no temáis que ese estandarte espírita, sostenido desde el principio por una mano firme y segura, vaya a caer; porque hoy, las jóvenes falanges de los batallones espíritas no exclaman, como sus adversarios: '¡Paso a los jóvenes!'. No, ellas no dicen: '¡Fuera los viejos, para que ingresen los jóvenes!'. Solo piden un lugar en el banquete de la inteligencia, y el derecho de sentarse junto a sus predece-

sores, para aportar su óbolo al gran todo. Hoy la juventud se torna viril. Hace su aporte a la edad madura, a cambio de la experiencia de esta última, en razón de la gran ley de reciprocidad y de las consecuencias del trabajo colectivo para la ciencia, la moralidad, el bien. Porque, en definitiva, si la ciencia progresa, ¿a quién beneficia ese progreso? ¿No son acaso los cuerpos humanos los que aprovechan las elucidaciones, los problemas resueltos, las invenciones realizadas? Eso beneficia a todos, así como, si progresáis en moralidad, eso beneficia a todos los Espíritus. Por lo tanto, en la actualidad, los jóvenes y los viejos son iguales ante el progreso, y deben luchar juntos para que se realice.

"El batallón se convirtió en ejército, en un ejército invulnerable, pero que tiene para combatir no uno, sino miles de adversarios aliados en contra suya. Por lo tanto, jóvenes: aportad con confianza el ardor de vuestras convicciones; y vosotros, los viejos, aportad vuestra sabiduría, vuestro conocimiento de los hombres y de las cosas, vuestra experiencia sin ilusiones.

"El ejército está en el frente de batalla. Vuestros enemigos son numerosos, pero no están delante de vosotros, cara a cara, frente a frente: están en todas partes, alrededor vuestro, adelante, atrás, entre vosotros, dentro de vuestro propio corazón, y para combatirlos no tenéis más que vuestra buena voluntad, vuestras conciencias leales y vuestra inclinación hacia el bien. Entre los ejércitos aliados, uno se llama orgullo; los otros se llaman ignorancia, fanatismo, superstición, ociosidad, vicios de todo tipo.

"Y vuestro ejército, que debe combatir frontalmente, también debe saber luchar en particular, porque no seréis uno contra uno, ¡sino uno contra diez…! ¡La bella victoria a conseguir…! ¡Pues bien! Si vais a combatir todos juntos, con la esperanza

de triunfar, primero combatíos a vosotros mismos, dominad vuestras malas tendencias. Hipócritas: adquirid la sinceridad. Ociosos: tornaos trabajadores. Orgullosos: sed humildes, tended la mano a la lealtad vestida con una blusa hecha jirones; y todos, solidariamente, asumid el compromiso de hacer al otro lo que quisierais que se os haga. Por consiguiente, no gritemos: '¡Paso a los jóvenes!', sino: '¡Paso a todo lo que es bello y bueno, a todo lo que tiende a aproximarse a la Divinidad'.

"En la actualidad, se comienza a tomar en consideración a ese pobre espiritismo, del que decían que había nacido muerto. Ahora ven en él un enemigo serio, y ¿por qué…? No le temían cuando surgió, cuando era un niño débil. Se reían de sus esfuerzos impotentes. Pero ahora que el niño se hizo hombre, le temen, porque tiene la fuerza de la edad viril; porque ha reunido alrededor suyo hombres de todas las edades y posiciones sociales, de todos los niveles de inteligencia, los cuales comprenden que la sabiduría, la ciencia adquirida, pueden residir en el corazón de un joven de veinte años tanto como en el cerebro de un hombre de sesenta.

"Así pues, en la actualidad, ese pobre espiritismo es temido. Nadie se atreve a enfrentarlo, a medirse con él. ¡Dan vueltas y toman el camino de los cobardes…! No se presentan a la luz del día para decirle: 'No eres nada'. Se muestran entre sus partidarios, y hablan como ellos, hacen lo mismo que ellos, aplauden y aprueban todo lo que ellos hacen, pero mientras están a su lado, porque luego los traicionan y los combaten por la espalda. En efecto, ¡así es como proceden ahora! Al principio, al niño enclenque, le decían en la cara lo que pensaban, pero ahora ya no se atreven, porque el niño creció, a pesar de que nunca mostró los dientes.

"Si me piden que os diga esto, aunque siempre me resulta penoso, es porque tiene su utilidad. Nada, ni una palabra, ni un gesto, ni una entonación, se expresan sin que no tengan su razón de ser y sin que aporten su contingente para el equilibrio general. La administración de los correos de lo Alto es mucho más inteligente y más completa que la de vuestra Tierra. Sus cartas siempre llegan al destinatario, a su domicilio, sin que lleven escrito su nombre; mientras que las vuestras, si no lo tienen, no llegan nunca."

Observación. Esta comunicación, como vemos, constituye una aplicación de lo que se dijo en la que la precede, acerca del efecto de la facultad vidente, y no es la primera vez que se nos permite comprobar los servicios que esa facultad está llamada a brindarnos. Esto no quiere decir que debamos mantener una fe ciega en todo lo que se diga durante ese estado. Habría tanta imprudencia en aceptar sin reservas lo primero que nos llegue, como en despreciar las advertencias que se nos podrían hacer por ese medio. El nivel de confianza que podemos tener depende de las circunstancias. Esa facultad requiere ser estudiada. Ante todo, es necesario proceder con cautela y abstenerse de emitir un juicio apresurado.

En cuanto al fondo de esta comunicación, su coincidencia con el de la que fue impartida cinco meses antes, a través de otro médium y en otro lugar, es un hecho que merece destacarse, y sabemos que otras instrucciones análogas están siendo impartidas en diversos centros. Por lo tanto, es prudente mantener la reserva respecto de las personas sobre cuya sinceridad no tenemos plena certeza. No cabe duda de que los espíritas cuentan tan solo con principios absolutamente confesables; no tienen nada que ocultar. Sin embargo, deben prever que desnaturalizarán sus palabras y que distorsionarán sus intenciones.

Esas son trampas tendidas a su buena fe por las personas que recurren al engaño para saber la verdad; que con la apariencia de un afán demasiado exagerado para ser sincero, intentan conducir a los grupos por un camino comprometedor, ya sea para desconcertarlos o bien para desprestigiar a la doctrina.

* * *

La responsabilidad moral

(Sociedad de París, 9 de julio de 1867.
Médium: señor Nivard.)

"Yo participo de todas tus conversaciones mentales, pero no las dirijo. Emites tus pensamientos delante de mí, pero no los provoco. El presentimiento de los hechos que tienen alguna chance de ocurrir, hace que surjan en ti las ideas adecuadas para que resuelvas las dificultades que podrían presentarse. Ahí está el libre albedrío. Es el ejercicio del Espíritu encarnado, en su intento de resolver los problemas que él mismo se plantea.

"En efecto, si los hombres solo contaran con las ideas que los Espíritus les inspiran, tendrían poca responsabilidad y poco mérito; apenas tendrían la responsabilidad de haber escuchado malos consejos, o el mérito de haber seguido los buenos. Ahora bien, esa responsabilidad y ese mérito serían evidentemente menos grandes que si fueran el resultado exclusivo del libre albedrío, es decir, de actos realizados en la plenitud del ejercicio de las facultades del Espíritu, que en ese caso obraría sin ninguna solicitud.

"De lo que digo se sigue que muy a menudo los hombres tienen pensamientos esencialmente propios, y que los

cálculos a que se entregan, los razonamientos que elaboran, las conclusiones a que arriban, son el resultado del ejercicio intelectual, así como el trabajo manual es el resultado del ejercicio corporal. De ahí no habría que concluir que el hombre no es asistido en sus pensamientos y en sus acciones por los Espíritus que lo rodean, sino todo lo contrario. Los Espíritus, tanto los bondadosos como los malvados, con frecuencia son la causa que provoca vuestras acciones y vuestros pensamientos. Pero vosotros ignoráis completamente las circunstancias en que esa influencia se produce, de modo tal que al actuar suponéis hacerlo en virtud de vuestra propia iniciativa: vuestro libre albedrío se mantiene intacto. La única diferencia que existe entre las acciones que realizáis sin ser inducidos y las que realizáis bajo la influencia de los Espíritus radica en el grado del mérito o de la responsabilidad.

"En ambos casos existen la responsabilidad y el mérito, pero os repito que no existen en el mismo grado. Considero que este principio que enuncio no tiene necesidad de ser demostrado. Para eso me bastaría con hacer una comparación con algo que ocurre entre vosotros.

"Si un hombre cometió un crimen, y si lo hizo seducido por los consejos peligrosos de otro hombre que ejerce una gran influencia sobre él, la justicia humana sabrá reconocerlo, otorgándole el beneficio de circunstancias atenuantes. Esa justicia irá más lejos aún: castigará al hombre cuyos consejos perniciosos causaron el crimen; y sin que haya intervenido de otro modo, será castigado más severamente que el que solo fue un instrumento, porque fue su pensamiento el que concibió el crimen, que fue ejecutado a raíz de su influencia sobre un ser más débil. ¡Pues bien! Ya veis que en ese caso los hombres atenúan la responsabilidad del criminal y la comparten con el infame que

lo impulsó a cometer el crimen. Entonces, ¿cómo pretendéis que Dios, que es la justicia misma, no haga lo mismo, dado que vuestra razón os dice que es justo obrar de ese modo?

"En lo que concierne al mérito de las buenas acciones, el cual, según dije, es menor en caso de que el hombre haya sido inducido a realizarlas, se trata de la contraparte de lo que acabo de afirmar respecto de la responsabilidad, y se puede demostrar invirtiendo la proposición.

"Así pues, cuando reflexionas y paseas tus ideas de un tema a otro; cuando discutes mentalmente acerca de hechos que prevés o que ya ocurrieron; cuando analizas, cuando razonas y cuando juzgas, no creas que los Espíritus te dictan los pensamientos o te dirigen. Ellos están ahí, cerca de ti, y te escuchan. Ellos ven con placer ese ejercicio intelectual al que te entregas. Su placer es doble cuando ven que tus conclusiones son conforme a la verdad.

"A veces puede ocurrir, evidentemente, que se involucren en ese ejercicio, tanto para facilitarlo, para brindar al Espíritu algún sustento, como para causarle algunas dificultades, a fin de que esa gimnasia intelectual sea más provechosa para el que la practica. No obstante, en general, el hombre que busca, cuando se entrega a sus reflexiones, casi siempre actúa solo, ante la mirada atenta de su Espíritu protector, que interviene si el caso es bastante grave para que esa intervención resulte necesaria.

"Tu padre, que vela por ti y que está feliz de verte casi restablecido." (El médium acababa de salir de una grave enfermedad.)

Louis Nivard

Reclamación al periódico *La Marionnette*

La Marionnette, un nuevo periódico de Lyón, publicó el siguiente artículo en su número del 30 de junio último:

"Informamos el arribo a Lyón del museo antropológico y etnológico del señor A. Neger, sucesor del señor Th. Petersen.

"Entre otras cosas extraordinarias, vemos en ese museo de cera:

"1.°- Una desdichada princesa de la Costa de Coromandel que, casada con el gran jefe de una tribu, cometió la infamia de faltar a sus deberes conyugales con un europeo demasiado seductor, y que murió en Londres a causa de una enfermedad consuntiva.

"2.°- Triquinas de un tamaño veinte veces mayor al natural, en todas las etapas de su existencia, desde la más tierna infancia hasta la más extrema vejez.

"3.°- La célebre mexicana *Julia Pastrana*, muerta al dar a luz, en Moscú, *el año de gracia* de 1860.

"No sin un legítimo asombro nos enteramos de esta muerte prematura, atento a que, en 1865, Julia Pastrana se dedicaba a los ejercicios ecuestres en un circo cuyas representaciones tenían lugar en el paseo Napoleón.

"¿Cómo es posible que una mujer, muerta en 1860, pueda atravesar aros de papel en 1865? ¡Eso hace pensar!

"Allan Kardec"

Tras recibir ese número, dirigimos a su Director la siguiente reclamación:

"Señor:

"He recibido el número 6 de vuestro periódico, en el que figura un artículo con la firma: *Allan Kardec*. Creo que no tengo homónimos. En todo caso, como no respondo más que por lo que yo mismo escribo, os ruego que tengáis a bien incluir la presente carta en vuestro próximo número, a fin de informar a vuestros lectores que el señor Allan Kardec, autor de *El libro de los Espíritus*, es ajeno al artículo que lleva su nombre, y que no autoriza a nadie el uso de este.

"Recibid, señor, mis saludos atentos."

Allan Kardec

El Director del periódico nos respondió inmediatamente lo que sigue:

"Señor:

"Nuestro amigo Acariâtre, autor del artículo firmado por error con vuestro nombre, se lamenta por la torpeza del corrector. Esta es la frase correcta: ¡E*so hace pensar en Allan Kardec!*, en alusión al espiritismo. Todos los ornamentos de Lyón son firmados por *Acariâtre*. En nuestro próximo número, rectificaremos el error.

"Recibid, señor, mis saludos atentos.

"E. B. Labaume"

Nota. Este periódico aparece todos los domingos. Paseo Lafayette n.° 5, en Lyón.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 9 Septiembre de 1867

Caracteres de la revelación espírita[27]

1. ¿Se puede considerar el espiritismo como una revelación? En ese caso, ¿cuál es su carácter? ¿En qué se funda su autenticidad? ¿A quién y de qué manera ha sido transmitida? La doctrina espírita, ¿es una revelación en el sentido sagrado[28] de la palabra, es decir, el resultado de una enseñanza oculta proveniente de lo Alto? ¿Es definitiva o susceptible de modificaciones? Dado que trae a los hombres la verdad integral, ¿la revelación no tendría por efecto impedirles hacer uso de sus facultades, ya que les ahorraría el trabajo de la investigación? ¿Cuál es la autoridad de la enseñanza de los Espíritus, si no son infalibles ni superiores

27. Este artículo forma parte de una nueva obra, que en este momento enviamos a la imprenta, y que aparecerá antes de fin de año. Nos pareció oportuno publicarlo con anticipación en la *Revista*. A pesar de su extensión, consideramos que era preciso incluirlo de una sola vez, para no interrumpir la concatenación de las ideas. La obra completa tendrá el formato y el volumen de *El Cielo y el Infierno*. (N. de Allan Kardec.)

28. En el original: *liturgique*, una de cuyas acepciones, en francés, es *sacré* (*sagrado*). (N. del T.)

a la humanidad? ¿Cuál es la utilidad de la moral que predican, si esa moral no es otra que la del Cristo, ya conocida? ¿Cuáles son las verdades nuevas que ellos nos aportan? ¿Precisa el hombre una revelación? ¿No podría encontrar en sí mismo y en su conciencia todo lo que necesita para conducirse? Esas son las cuestiones que debemos considerar.

2. Definamos primero el sentido de la palabra *revelación.*

Revelar, término derivado de la palabra *velo* (del latín *velum*), significa literalmente *quitar el velo*; y en sentido figurado: descubrir, dar a conocer una cosa secreta o desconocida. En su acepción vulgar más genérica, se dice de toda cosa ignorada que se divulga, de toda idea nueva que nos pone al corriente de lo que no sabíamos.

Desde este punto de vista, todas las ciencias que nos hacen conocer los misterios de la naturaleza son revelaciones, y se puede decir que existe para la humanidad una revelación incesante. La astronomía reveló el mundo astral, al que no conocíamos; la geología reveló la formación de la Tierra; la química, la ley de las afinidades; la fisiología, las funciones del organismo, etc. Copérnico, Galileo, Newton, Laplace, Lavoisier, fueron reveladores.

3. El carácter esencial de toda revelación debe ser la verdad. Revelar un secreto es dar a conocer un hecho; si algo es falso, ya no es un hecho y, por consiguiente, no existe revelación. Toda revelación desmentida por los hechos deja de serlo; y en caso de que sea atribuida a Dios, dado que Dios no miente ni se engaña, no puede provenir de Él, de modo que debe ser considerada producto de una opinión personal.

4. ¿Cuál es el rol del profesor en relación con sus discípulos, sino el de un revelador? El profesor les enseña aquello que

no saben, aquello que no tendrían tiempo ni posibilidades de descubrir por sí mismos, porque la ciencia es una obra colectiva de los siglos y de una infinidad de hombres que han aportado, cada uno, su cuota de observaciones, aprovechadas por los que vienen después de ellos. La enseñanza es, por lo tanto, en realidad, la revelación de ciertas verdades, científicas o morales, físicas o metafísicas, realizadas por hombres que las conocen, a otros que las ignoran y que, si así no hubiera sido, las habrían ignorado siempre.

5. Pero el profesor sólo enseña lo que ha aprendido: es un revelador de segundo orden. En cambio, el hombre de genio enseña lo que ha descubierto por sí mismo: es el revelador primitivo; aporta la luz que poco a poco se difunde. ¿Qué sería de la humanidad sin la revelación transmitida por los hombres de genio que aparecen de tiempo en tiempo?

Pero ¿quiénes son esos hombres de genio? ¿Por qué son hombres de genio? ¿De dónde provienen? ¿Hacia dónde van? Notemos que la mayoría de ellos trae al nacer facultades trascendentes y conocimientos innatos, que desarrollan con poco trabajo. Realmente pertenecen a la humanidad, pues nacen, viven y mueren como nosotros. Entonces, ¿dónde han adquirido esos conocimientos que no han podido aprender durante la vida? ¿Se dirá, como hacen los materialistas, que el acaso los ha dotado de materia cerebral en mayor cantidad y de mejor calidad? En ese caso, no tendrían más mérito que una legumbre de mayor tamaño y más sabrosa que otra.

¿Diremos, como ciertos espiritualistas, que Dios los ha dotado de un alma más favorecida que la del común de los hombres? Esa es una suposición igualmente carente de lógica, pues calificaría a Dios de parcial. La única solución racional de este problema reside en la preexistencia del alma y en la

pluralidad de las existencias. El hombre de genio es un Espíritu que, como ha vivido más tiempo, conquistó y progresó más que aquellos que están menos adelantados. Al encarnar, trae consigo lo que sabe, y como sabe mucho más que los otros y no precisa aprender, se lo denomina hombre de genio. Con todo, su saber es fruto de un trabajo anterior, y no el resultado de un privilegio. Antes de renacer, ya era un Espíritu adelantado; reencarna para hacer que otros aprovechen su saber, o para adquirir más del que posee.

Los hombres progresan, indiscutiblemente, por sí mismos y por los esfuerzos de su inteligencia. No obstante, librados a sus propias fuerzas progresarían muy lentamente, en caso de que no recibieran la ayuda de otros hombres más adelantados, como el estudiante es auxiliado por sus profesores. Todos los pueblos han tenido hombres de genio, que aparecieron en diversas épocas para darles impulso y sacarlos de la inercia.

6. Si se admite la solicitud de Dios para con sus criaturas, ¿por qué no se habrá de admitir que Espíritus capaces –tanto por su energía como por la superioridad de sus conocimientos– de hacer que la humanidad avance, encarnen por voluntad de Dios a fin de contribuir al progreso en un sentido determinado? ¿Por qué no admitir que reciban misiones, como un embajador las recibe de su soberano? Tal es el rol de los grandes genios. ¿Qué vienen a hacer, si no es a enseñar a los hombres verdades que estos ignoran –y que aún ignorarían durante largos períodos–, a fin de darles un punto de apoyo mediante el cual puedan elevarse más rápidamente? Esos genios, que aparecen a través de los siglos como estrellas fulgurantes, dejando una larga estela de luz sobre la humanidad, son misioneros o, si se quiere, mesías. Si ellos solo enseñaran a los hombres lo que estos ya saben, su presencia sería

completamente inútil. Así, las cosas nuevas que les enseñan, ya sea en el orden físico o en el filosófico, son *revelaciones*.

Si Dios promueve reveladores para las verdades científicas, también puede, con mayor razón, promoverlos para las verdades morales, que constituyen uno de los elementos esenciales del progreso. Esos son los filósofos cuyas ideas perduran a través de los siglos.

7. En el sentido especial de la fe religiosa, la revelación se refiere más particularmente a las cosas espirituales que el hombre no puede saber por sí mismo ni descubrir con el auxilio de sus sentidos, y cuyo conocimiento le es dado por Dios o por sus mensajeros, ya sea por medio de la palabra directa o de la inspiración. En este caso, siempre se la hace a hombres privilegiados, designados con el nombre de profetas o *mesías*, es decir, *enviados* o *misioneros*, que reciben la *misión* de transmitirla a los hombres. Considerada desde ese punto de vista, la revelación implica la pasividad absoluta, y es aceptada sin control, sin examen ni discusión.

8. Todas las religiones han tenido sus reveladores, y aunque estos estuviesen lejos de conocer toda la verdad, tenían una razón de ser providencial, porque eran apropiados al tiempo y al medio en que vivían, al carácter particular de los pueblos a los que hablaban, y en relación con los cuales eran relativamente superiores. A pesar de los errores de sus doctrinas, no dejaron de agitar los espíritus y, por eso mismo, de sembrar los gérmenes del progreso que más tarde habrían de desarrollarse, o que se desarrollarán en el futuro a la luz del cristianismo. Por consiguiente, es injusto anatematizarlos en nombre de la ortodoxia, ya que vendrá el día en que todas esas creencias, tan diversas en la forma, pero basadas en un mismo principio fundamental –Dios y la inmortalidad del alma–,

se fundirán en una grande y amplia unidad, cuando la razón triunfe sobre los prejuicios.

Lamentablemente, las religiones han sido en todos los tiempos instrumentos de dominación; el rol de profeta siempre tentó a las ambiciones secundarias, y se ha visto surgir una multitud de presuntos reveladores o mesías que, valiéndose del prestigio de esta denominación, explotaron la credulidad en provecho de su orgullo, de su codicia o de su indolencia, pues hallaron más cómodo vivir a expensas de los engañados. La religión cristiana no ha podido evitar esos parásitos. Al respecto, llamamos particularmente la atención hacia el capítulo XXI de *El Evangelio según el espiritismo*: "Habrá falsos Cristos y falsos profetas".

9. ¿Hay revelaciones directas de Dios a los hombres? Esta es una cuestión que no osaríamos resolver en forma afirmativa ni en forma negativa de manera absoluta. El hecho no es radicalmente imposible, pero nada nos da de él una prueba cierta. De lo que no cabe duda es que los Espíritus que por su perfección se hallan más cerca de Dios se impregnan de su pensamiento y pueden transmitirlo. En cuanto a los reveladores encarnados, según el orden jerárquico al que pertenecen, así como al grado de saber personal al que llegaron, pueden extraer de sus propios conocimientos las instrucciones que imparten, o recibirlas de Espíritus más elevados, incluso de los mensajeros directos de Dios, los cuales, al hablar en nombre de este, han sido en ocasiones tomados por el propio Dios.

Las comunicaciones de este género nada tienen de extrañas para quien conoce los fenómenos espíritas y la manera mediante la cual se establecen las relaciones entre los encarnados y los desencarnados. Las instrucciones pueden ser transmitidas por diversos medios: la inspiración pura y simple, la

audición de la palabra, la percepción de los Espíritus instructores en visiones y en apariciones, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia, de los que hallamos tantos ejemplos en la Biblia, en el Evangelio y en los libros sagrados de todos los pueblos. Así pues, es rigurosamente exacto decir que la mayoría de los reveladores son médiums inspirados, auditivos o videntes, lo que no significa que todos los médiums sean reveladores, y menos aún intermediarios directos de la Divinidad o de sus mensajeros.

10. Solo los Espíritus puros reciben la palabra de Dios con la misión de transmitirla. No obstante, hoy se sabe que no todos los Espíritus son perfectos, y que existen algunos que se presentan bajo falsas apariencias, lo que llevó a san Juan a decir: "No creáis en cualquier Espíritu; ved antes si los Espíritus son de Dios". (Primera Epístola, 4:1.)

Puede haber, pues, revelaciones serias y verdaderas, como las hay apócrifas y mentirosas. El carácter esencial de la revelación divina es el de la *eterna verdad*. Toda revelación contaminada de errores o sujeta a modificaciones no puede emanar de Dios. Es por eso que la ley del Decálogo tiene todos los caracteres de su origen, mientras que las otras leyes mosaicas, esencialmente transitorias, muchas veces en contradicción con la ley del Sinaí, son obra personal y política del legislador hebreo. Con el ablandamiento de las costumbres del pueblo, esas leyes cayeron en desuso de por sí, mientras que el Decálogo se mantuvo en pie como faro de la humanidad. Cristo hizo de él la base de su edificio, en tanto que abolió las otras leyes. Si estas fuesen obra de Dios, las habría conservado intactas. Cristo y Moisés son los dos grandes reveladores que cambiaron la faz del mundo, y en eso está la prueba de su misión divina. Una obra puramente humana no habría tenido ese poder.

11. Una importante revelación se produce en la época actual: la que nos muestra la posibilidad de que nos comuniquemos con los seres del mundo espiritual. No cabe duda de que ese conocimiento no es nuevo; pero hasta ahora, en cierto modo, había permanecido como letra muerta, es decir, sin provecho para la humanidad. La ignorancia de las leyes que rigen esas relaciones lo había ahogado bajo la superstición; el hombre era incapaz de extraer de ahí alguna deducción saludable. Estaba reservado a nuestra época desembarazarlo de los accesorios ridículos, comprender su alcance y hacer que de él surja la luz destinada a iluminar el camino del porvenir.

12. El espiritismo, al darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivimos sin que lo sospecháramos, así como las leyes que lo rigen, sus relaciones con el mundo visible, la naturaleza y el estado de los seres que habitan en él y, por consiguiente, el destino del hombre después de la muerte, constituye una verdadera revelación en el sentido científico de la palabra.

13. Por su naturaleza, la revelación espírita tiene un doble carácter: participa al mismo tiempo de la revelación divina y de la revelación científica. Participa de la primera, porque su aparición es providencial, y no el resultado de la iniciativa o de un deseo premeditado del hombre; y porque los puntos fundamentales de la doctrina provienen de la enseñanza que han impartido los Espíritus encargados por Dios de ilustrar a los hombres sobre cosas que ellos ignoraban, que no podían aprender por sí mismos, y que les importa conocer, ya que hoy son aptos para comprenderlas. Participa de la segunda, porque esa enseñanza no es privilegio de ningún individuo, sino que es impartida a todos del mismo modo; porque los que la transmiten y los que la reciben no son seres *pasivos*, dis-

pensados del trabajo de la observación y la investigación; porque no han renunciado al razonamiento y al libre albedrío; porque no se les ha prohibido el examen, sino que, por el contrario, se les ha recomendado; en fin, porque la doctrina no fue *dictada completa, ni impuesta a la creencia ciega*; porque es deducida, mediante el trabajo del hombre, de la observación de los hechos que los Espíritus colocan delante de sus ojos, así como de las instrucciones que le dan, instrucciones que él estudia, comenta, compara, a fin de que él mismo extraiga las consecuencias y las aplicaciones. En suma: *lo que caracteriza a la revelación espírita es el hecho de que su origen es divino, la iniciativa pertenece a los Espíritus, y su elaboración es fruto del trabajo del hombre.*

14. Como medio de elaboración, el espiritismo procede exactamente de la misma manera que las ciencias positivas, es decir, aplica el método experimental. Cuando se presentan hechos nuevos que no se pueden explicar a través de las leyes conocidas, él los observa, los compara, los analiza y, remontándose de los efectos a las causas, llega a la ley que los rige; después deduce sus consecuencias y busca las aplicaciones útiles. *No establece ninguna teoría preconcebida*; por eso no presentó como hipótesis la existencia y la intervención de los Espíritus, como tampoco el periespíritu, ni la reencarnación, ni ningún otro principio de la doctrina. Concluyó por la existencia de los Espíritus cuando esa existencia resultó evidente a partir de la observación de los hechos, y ha procedido de igual manera en cuanto a los otros principios. No han sido los hechos los que vinieron con posterioridad a confirmar a la teoría, sino que la teoría vino a continuación para explicar y resumir los hechos. Así pues, es rigurosamente exacto que se

diga que el espiritismo es una ciencia de observación, y no un producto de la imaginación.

15. Citemos un ejemplo. En el mundo de los Espíritus ocurre un hecho muy singular, que seguramente nadie había sospechado: el que haya Espíritus que no se consideran muertos. ¡Pues bien! Los Espíritus superiores, que conocen perfectamente ese hecho, no vinieron a decirnos previamente: "Hay Espíritus que suponen que viven todavía la vida terrenal, que han conservado sus gustos, sus costumbres y sus instintos". En lugar de eso, han provocado la manifestación de Espíritus de esa categoría para que los observáramos. Así pues, luego de haber visto Espíritus inseguros en cuanto a su estado, o que afirman que todavía pertenecen a este mundo y que se consideran dedicados a sus ocupaciones habituales, del ejemplo se dedujo la regla. La multiplicidad de hechos análogos ha probado que aquello no era una excepción, sino una de las fases de la vida espírita, y ha permitido estudiar todas las variedades y las causas de esa singular ilusión, así como reconocer que tal situación es sobre todo inherente a Espíritus poco adelantados moralmente, y característica de determinados tipos de muerte; que solo es transitoria, pero puede durar días, meses y años. Así, la teoría nació de la observación. Lo mismo ocurrió en relación con los demás principios de la doctrina espírita.

16. Así como la ciencia propiamente dicha tiene por objeto el estudio de las leyes del principio material, el objeto especial del espiritismo es el conocimiento de las leyes del principio espiritual. Ahora bien, como este último principio es una de las fuerzas de la naturaleza, que reacciona sin cesar sobre el principio material, al igual que este lo hace sobre aquel, se deduce de ahí que el conocimiento de uno no puede estar completo sin el conocimiento del otro; que el espiritis-

mo y la ciencia se complementan; que la ciencia sin el espiritismo se halla imposibilitada de explicar ciertos fenómenos recurriendo solamente a las leyes de la materia, y que por haber prescindido del principio espiritual se encuentra con tantas dificultades; que el espiritismo sin la ciencia carecería de apoyo y de control, y podría equivocarse. Si el espiritismo hubiese llegado antes que los descubrimientos científicos, se habría malogrado, como todo lo que aparece antes de tiempo.

17. Todas las ciencias se concatenan y se suceden en un orden racional; nacen unas de otras, a medida que encuentran un punto de apoyo en las ideas y los conocimientos anteriores. La astronomía, una de las primeras cultivadas, conservó los errores de su infancia hasta el momento en que la física reveló la ley de las fuerzas de los agentes naturales; la química, impotente sin la física, tuvo que acompañarla de cerca, para que después marcharan en concordancia, apoyándose una en la otra. La anatomía, la fisiología, la zoología, la botánica, la mineralogía, solo llegaron a convertirse en ciencias serias con el auxilio de las luces que les aportaron la física y la química. A la geología, nacida ayer, sin la astronomía, la física, la química y todas las otras ciencias, le habrían faltado sus elementos vitales, de modo que solo podía llegar después de aquellas.

18. La ciencia moderna abandonó los cuatro elementos primitivos de los antiguos y, de observación en observación, llegó a la concepción de *un solo elemento generador* de todas las transformaciones de la materia; pero la materia, de por sí, es inerte; no tiene vida, pensamiento ni sentimiento; le es necesaria su unión con el principio espiritual. El espiritismo no ha descubierto ni inventado ese principio, pero fue el primero en demostrar su existencia por medio de pruebas irrecusables. Lo ha estudiado, analizado, y puso en evidencia su acción. Al

elemento material le adicionó el *elemento espiritual*. *Elemento material* y *elemento espiritual* son, pues, los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza. Mediante la unión indisoluble de ambos se explica fácilmente una infinidad de hechos hasta entonces inexplicables.

Por su esencia misma, y dado que tiene como objeto el estudio de uno de los dos elementos que constituyen el universo, el espiritismo se relaciona forzosamente con la mayor parte de las ciencias; sólo podía llegar después de que esas ciencias fueran elaboradas y, sobre todo, después de que hubieran probado su imposibilidad de explicarlo todo recurriendo solamente a las leyes de la materia.

19. Acusan al espiritismo de parentesco con la magia y la hechicería, pero se omite que la astronomía tiene por hermana mayor a la astrología judiciaria, no tan lejana de nosotros; que la química es hija de la alquimia, de la que ningún hombre sensato osaría ocuparse hoy. Nadie niega, sin embargo, que en la astrología y en la alquimia estaba el germen de las verdades de las que salieron las ciencias actuales. A pesar de sus fórmulas ridículas, la alquimia orientó el descubrimiento de los cuerpos simples y de la ley de afinidades. La astrología se apoyaba en la posición y en el movimiento de los astros, a los cuales había estudiado; pero como ignoraba las verdaderas leyes que rigen el mecanismo del universo, los astros eran para el vulgo seres misteriosos a los cuales la superstición atribuía una influencia moral y un sentido revelador. Cuando Galileo, Newton y Kepler dieron a conocer esas leyes, cuando el telescopio rasgó el velo y sumergió en las profundidades del espacio una mirada que algunos consideraron indiscreta, los planetas aparecieron como simples mundos semejantes al nuestro, y el andamiaje de lo maravilloso se desmoronó.

Lo mismo sucede con el espiritismo en lo relativo a la magia y la hechicería, que se basaban también en la manifestación de los Espíritus, como la astrología en el movimiento de los astros; no obstante, como aquellas ignoraban las leyes que rigen el mundo espiritual, mezclaban con esas relaciones creencias y prácticas ridículas, con las cuales el espiritismo moderno, fruto de la experiencia y de la observación, nada tiene que ver. Por cierto, la distancia que separa al espiritismo de la magia y la hechicería es mayor que la que existe entre la astronomía y la astrología, o entre la química y la alquimia. Pretender confundirlos es demostrar que no se sabe ni una palabra al respecto.

20. La sola posibilidad de comunicarnos con los seres del mundo espiritual trae consecuencias incalculables de la mayor gravedad: es un mundo nuevo el que se nos revela, y que tiene tanta más importancia cuanto que a él habrán de regresar todos los hombres, sin excepción. Ese conocimiento no puede dejar de acarrear, al generalizarse, una profunda modificación en las costumbres, el carácter, los hábitos y las creencias, que tan grande influencia ejercen sobre las relaciones sociales. Es una revolución total la que se opera en las ideas, revolución tanto mayor y más poderosa cuanto que no está circunscripta a un pueblo ni a una casta, visto que alcanza simultáneamente, por el corazón, a todas las clases, a todas las nacionalidades, a todos los cultos.

Razón existe, pues, para que el espiritismo sea considerado la tercera gran revelación. Veamos en qué difieren esas revelaciones, y cuál es el vínculo que las relaciona entre sí.

21. Moisés, como profeta, reveló a los hombres el conocimiento de un Dios único, soberano Señor y creador de todas las cosas. Promulgó la ley del Sinaí y echó las bases de la ver-

dadera fe. Como hombre, fue el legislador del pueblo a través del cual esa primitiva fe, depurada, habría de expandirse por toda la Tierra.

22. Cristo, que tomó de la antigua ley lo que es eterno y divino, y desechó lo que era transitorio, meramente disciplinario y de concepción humana, agregó *la revelación de la vida futura*, de la que Moisés no había hablado, como también la de las penas y las recompensas que aguardan al hombre después de la muerte. (Véase la *Revista Espírita*, marzo y septiembre de 1861, páginas 90 y 280.)

23. La parte más importante de la revelación del Cristo, en el sentido de primera fuente, de piedra angular de toda su doctrina, es el punto de vista absolutamente nuevo desde el cual permite que se considere a la Divinidad. Esta ya no es el Dios terrible, celoso, vengativo de Moisés; el Dios cruel e implacable que riega la tierra con sangre humana, que ordena la masacre y el exterminio de pueblos, sin exceptuar a las mujeres, a los niños y a los ancianos, y que castiga a quienes tratan con indulgencia a las víctimas. Ya no es el Dios injusto que escarmienta a todo un pueblo por la falta de su líder, que se venga del culpable en la persona del inocente, que daña a los hijos por las faltas de los padres; sino un Dios clemente, soberanamente justo y bueno, pleno de mansedumbre y misericordia, que perdona al pecador arrepentido *y da a cada uno según sus obras*. Ya no es el Dios de un único pueblo privilegiado, *el Dios de los ejércitos* que dirige los combates para sustentar su propia causa contra el Dios de los otros pueblos, sino el Padre común del género humano, que extiende su protección a todos sus hijos, y los convoca a todos hacia él. Ya no es el Dios que recompensa y castiga solamente con los bienes de la Tierra, y que hace consistir la gloria y la felicidad

en la esclavitud de los pueblos rivales y en la multiplicidad de la progenie, sino un Dios que dice a los hombres: "Vuestra verdadera patria no está en este mundo, sino en el reino celestial, allí donde los humildes de corazón serán elevados y los orgullosos serán humillados". Ya no es el Dios que hace de la venganza una virtud y ordena que se retribuya ojo por ojo, diente por diente, sino el Dios de misericordia que dice: "Perdonad las ofensas si queréis ser perdonados; haced el bien a cambio del mal; no hagáis a los demás lo que no queréis que os hagan". Ya no es el Dios mezquino y meticuloso que impone, bajo las más rigurosas penas, el modo como quiere ser adorado, que se ofende por la falta de observancia de una fórmula, sino el Dios grande que ve las intenciones, y al que no se honra con la forma. En fin, ya no es el Dios que quiere ser temido, sino el Dios que quiere ser amado.

24. Por ser Dios el eje de todas las creencias religiosas, y el objetivo de todos los cultos, *el carácter de todas las religiones se halla conforme con la idea que estas tienen de Él*. Las que hacen de Dios un ser vengativo y cruel creen honrarlo con actos de crueldad, con hogueras y torturas; las que tienen un Dios parcial y celoso son intolerantes y, en mayor o menor medida, meticulosas en la forma, pues lo consideran más o menos contaminado con las debilidades y la frivolidad humanas.

25. Toda la doctrina del Cristo está fundada en el carácter que él atribuye a la Divinidad. Con un Dios imparcial, soberanamente justo, bueno y misericordioso, él pudo hacer del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo la condición expresa de la salvación, y decir: *En esto consiste toda la ley y los profetas; no existe otra ley.* Sobre esta única creencia pudo asentar el principio de la igualdad de los hombres ante Dios, así como el de la fraternidad universal.

Esta revelación de los verdaderos atributos de la Divinidad, junto con la de la inmortalidad del alma y de la vida futura, modificaba profundamente las relaciones mutuas entre los hombres, les imponía nuevas obligaciones, los hacía encarar la vida presente desde otro aspecto, y por eso mismo era una revolución completa en las ideas, revolución que debía reaccionar forzosamente contra las costumbres y las relaciones sociales. Ese es, indiscutiblemente, por sus consecuencias, el punto principal de la revelación del Cristo, cuya importancia no fue suficientemente comprendida. Además, es lamentable decir que también es el punto del que la humanidad más se ha apartado, el que más ha ignorado en la interpretación de sus enseñanzas.

26. No obstante, Cristo agrega: "Muchas de las cosas que os digo, todavía no las podéis comprender, y muchas otras tendría que deciros, que no comprenderíais; por eso os hablo por parábolas; con todo, más adelante *os enviaré el Consolador; el Espíritu de Verdad, que restablecerá todas las cosas y os las explicará todas*".

Si Cristo no dijo todo lo que hubiera podido decir, es porque consideró conveniente dejar ciertas verdades en la sombra, hasta que los hombres estuviesen en condiciones de comprenderlas. Como él mismo lo confesó, su enseñanza estaba incompleta, visto que anunció la llegada de aquel que debería completarla. Había previsto, entonces, que sus palabras serían despreciadas o mal interpretadas, y que los hombres se desviarían de su enseñanza; en suma, que destruirían lo que él había hecho, puesto que todas las cosas habrán de ser restablecidas. Ahora bien, solo se *restablece* aquello que ha sido deshecho.

27. ¿Por qué él denomina *Consolador* al nuevo Mesías? Ese nombre, significativo y sin ambigüedad, encierra toda una revelación. Así, Cristo preveía que los hombres estarían necesitados de consuelo, lo que implica que sería insuficiente el que hallarían en la creencia que habrían de fundar. Tal vez nunca Cristo fue tan claro, tan explícito como en estas últimas palabras, a las cuales pocas personas prestaron la debida atención, probablemente porque evitaron interpretarlas y profundizar su sentido profético.

28. Si Cristo no pudo desarrollar su enseñanza de manera completa, se debió a que a los hombres les faltaban conocimientos que solo podrían adquirir con el tiempo, y sin los cuales no la comprenderían; muchas cosas habrían parecido absurdas en el estado de los conocimientos de entonces. "Completar su enseñanza" debe entenderse, pues, en el sentido de *explicarla* y *desarrollarla*, mucho más que en el de agregarle verdades nuevas, dado que en ella todo se encuentra en estado de germen. Faltaba la clave para captar el sentido de sus palabras.

29. Pero ¿quién se arroga el derecho de interpretar las Escrituras sagradas? ¿Quién tiene ese derecho? ¿Quiénes poseen las luces necesarias, si no son los teólogos?

¿Quién se atreve? En primer lugar, la ciencia, que no pide permiso a nadie para dar a conocer las leyes de la naturaleza, y salta sobre los errores y los prejuicios. ¿Quién tiene ese derecho? En este siglo de emancipación intelectual y de libertad de conciencia, el derecho de examen pertenece a todos, y las Escrituras ya no son el arca santa en la cual nadie se atrevía a introducir la punta de un dedo sin que corriera el riesgo de ser fulminado. En cuanto a las luces especiales, necesarias, sin objetar las de los teólogos, y por más iluminados que fuesen

los de la Edad Media y, en particular, los Padres de la Iglesia, ellos no lo eran lo suficiente para no condenar como herejía el movimiento de la Tierra y la creencia en las antípodas. Incluso sin ir tan lejos, los teólogos de nuestros días, ¿no han arrojado un anatema sobre la teoría de los períodos de formación de la Tierra?

Los hombres solo pudieron explicar las Escrituras con el auxilio de lo que sabían, de las nociones falsas o incompletas que tenían acerca de las leyes de la naturaleza, más tarde reveladas por la ciencia. Por esa razón los propios teólogos, de muy buena fe, se equivocaron acerca del sentido de ciertas palabras y de algunos hechos del Evangelio. Al querer a toda costa hallar en él la confirmación de una idea preconcebida, giraban siempre en el mismo círculo, sin abandonar su punto de vista, de modo que solo veían lo que querían ver. Por más sabios teólogos que fuesen, no podían comprender las causas dependientes de leyes que ignoraban.

Pero ¿quién habrá de juzgar las diferentes interpretaciones, muchas veces contradictorias, surgidas fuera de la teología? El futuro, la lógica y el buen sentido. Los hombres, cada vez más esclarecidos a medida que nuevos hechos y nuevas leyes se vayan revelando, sabrán apartar de la realidad los sistemas utópicos. Ahora bien, la ciencia da a conocer algunas leyes; el espiritismo da a conocer otras; todas son indispensables para la comprensión de los textos sagrados de todas las religiones, desde Confucio y Buda hasta el cristianismo. En cuanto a la teología, esta no podrá, juiciosamente, alegar contradicciones de la ciencia, dado que no siempre es coherente consigo misma.

30. El Espiritismo, cuyo punto de partida está en las propias palabras del Cristo, como este partió de las de Moisés, es una consecuencia directa de la doctrina cristiana.

A la idea vaga de la vida futura, agrega la revelación de la existencia del mundo invisible que nos rodea y puebla el espacio, y con eso determina en forma precisa la creencia; le da un cuerpo, una consistencia, una realidad en el pensamiento.

Define los lazos que unen el alma al cuerpo, y levanta el velo que ocultaba a los hombres los misterios del nacimiento y de la muerte.

Mediante el espiritismo el hombre sabe de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra, por qué sufre transitoriamente, y ve por todas partes la justicia de Dios.

Sabe que el alma progresa sin cesar, a través de una serie de existencias sucesivas, hasta que haya alcanzado el grado de perfección que la aproxima a Dios.

Sabe que todas las almas, como tienen un mismo punto de origen, son creadas iguales, con la misma aptitud para progresar, en virtud de su libre albedrío; que todas son de la misma esencia, y que no existe diferencia entre ellas, salvo en cuanto al progreso realizado; que todas tienen el mismo destino y alcanzarán la misma meta, más o menos rápidamente, conforme a su trabajo y su buena voluntad.

Sabe que no existen criaturas desheredadas, ni más favorecidas unas que otras; que Dios no creó a algunas de ellas con privilegios, ni las dispensó del trabajo impuesto a las otras para que progresen; que no hay seres perpetuamente dedicados al mal y al sufrimiento; que aquellos a los que se designa con el nombre de *demonios* son Espíritus imperfectos y que todavía están atrasados, que practican el mal en el estado de Espíritus, como lo practicaban cuando eran hombres, pero que adelantarán y se perfeccionarán; que los ángeles o Espíritus puros no son seres aparte en la Creación, sino Espíritus que llegaron a

la meta, después de haber recorrido palmo a palmo el camino del progreso; que de tal modo no hay creaciones múltiples de diferentes categorías entre los seres inteligentes, sino que toda la creación es el resultado de la gran ley de unidad que rige el universo; sabe, por último, que todos los seres gravitan hacia una meta común, que es la perfección, sin que unos sean favorecidos a expensas de otros, pues todos son hijos de sus propias obras.

31. Mediante las relaciones que ahora puede establecer con aquellos que dejaron la Tierra, el hombre posee no solamente la prueba material de la existencia y de la individualidad del alma, sino que también comprende la solidaridad que vincula a los vivos con los muertos de este mundo, y a los de este mundo con los de otros planetas. Conoce la situación de ellos en el mundo de los Espíritus; los acompaña en sus migraciones; es testigo de sus alegrías y sus penas; sabe por qué son felices o desdichados, y conoce la suerte que a él mismo le está reservada, según el bien o el mal que haya hecho. Esas relaciones lo inician en la vida futura, a la que puede observar en todas sus fases, en todas sus peripecias; el porvenir ya no es una vaga esperanza, sino un hecho positivo, una certeza matemática. Así, la muerte ya no tiene nada de aterrador para él, porque significa la liberación, la puerta de la verdadera vida.

32. Mediante el estudio de la situación de los Espíritus, el hombre sabe que la felicidad y la desdicha en la vida espiritual son inherentes al grado de perfección o de imperfección; que cada uno sufre las consecuencias directas y naturales de sus faltas o, dicho de otra manera, que es castigado por donde pecó; que esas consecuencias duran tanto como la causa que las produjo; que, de ese modo, el culpable sufriría eternamente si persistiera siempre en el mal, pero que el sufrimiento

cesa con el arrepentimiento y la reparación. Ahora bien, como el perfeccionamiento depende de cada uno, todos pueden, en virtud de su libre albedrío, prolongar o abreviar sus padecimientos, como el enfermo que sufre por sus excesos hasta tanto no les pone término.

33. Así como la razón rechaza, por considerarla incompatible con la bondad de Dios, la idea de las penas irremisibles, perpetuas y absolutas, a menudo infligidas por una única falta, al igual que la idea de los suplicios del Infierno, que ni siquiera pueden ser atenuados por el arrepentimiento más ardiente y más sincero, la misma razón se inclina delante de esa justicia distributiva e imparcial que toma todo en cuenta, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento y tiende constantemente la mano al náufrago, en vez de empujarlo hacia el abismo.

34. La pluralidad de las existencias, cuyo principio Cristo estableció en el Evangelio, aunque no lo definió más que como lo hizo con muchos otros, es una de las leyes más importantes reveladas por el espiritismo, dado que este demuestra su realidad y su necesidad para el progreso. Con esta ley, el hombre explica todas las aparentes anomalías de la vida humana; sus diferencias en cuanto a la posición social; las muertes prematuras que, sin la reencarnación, tornarían inútiles para el alma las vidas de corta duración; la desigualdad de aptitudes intelectuales y morales, las cuales se deben a la antigüedad del Espíritu, que ha vivido más o menos, así como aprendido y progresado en mayor o menor medida, y que trae al renacer lo que conquistó en sus existencias anteriores. (Véase el § 5.)

35. Con la doctrina de la creación del alma en el instante del nacimiento, se cae en el sistema de las creaciones privilegiadas. Los hombres son extraños unos a otros, nada los une, los lazos de familia son puramente carnales. No son de ningún

modo solidarios con un pasado en el que no existían. Con la doctrina de la nada después de la muerte, todas las relaciones cesan con la vida y, de ese modo, los hombres no son solidarios en el porvenir. Mediante la reencarnación, en cambio, son solidarios en el pasado y en el porvenir. Como sus relaciones se perpetúan tanto en el mundo espiritual como en el corporal, la fraternidad se basa en las leyes mismas de la naturaleza. El bien tiene un objetivo; y el mal, consecuencias inevitables.

36. Con la reencarnación desaparecen los prejuicios de razas y de castas, pues el mismo Espíritu puede volver a nacer rico o pobre, gran señor o proletario, jefe o subordinado, libre o esclavo, hombre o mujer. De todos los argumentos invocados contra la injusticia de la servidumbre y la esclavitud, contra la sujeción de la mujer a la ley del más fuerte, ninguno hay que aventaje en lógica al hecho material de la reencarnación. De ese modo, así como la reencarnación fundamenta en una ley de la naturaleza el principio de la fraternidad universal, también fundamenta en la misma ley el principio de la igualdad de los derechos sociales y, por consiguiente, el de la libertad.

Solo por el cuerpo los hombres nacen inferiores y subordinados; por el Espíritu, son iguales y libres. De ahí se infiere el deber de tratar a los inferiores con bondad, benevolencia y humanidad, porque el que hoy es nuestro subordinado, pudo haber sido nuestro igual o nuestro superior, tal vez un pariente o un amigo, y porque nosotros, a nuestra vez, podremos llegar a ser los subordinados de aquel a quien mandamos.

37. Quitad al hombre el Espíritu libre e independiente, que sobrevive a la materia, y haréis de él una simple máquina organizada, sin una meta, sin responsabilidad, sin otro freno aparte de la ley civil, y *buena para ser explotada* como un animal inteligente. Como no espera nada para después de la

muerte, hace de todo a fin de aumentar los goces del presente. Si sufre, sólo tiene la perspectiva de la desesperación y la nada como refugio. Por el contrario, con la certeza del porvenir, con la convicción de encontrar nuevamente a aquellos a quienes amó, y con *el temor de volver a ver a quienes ofendió*, todas sus ideas cambian. Aunque el espiritismo sólo sirviera para liberar al hombre de la duda acerca de la vida futura, habría hecho más por su perfeccionamiento moral que todas las leyes disciplinarias, que a veces le ponen freno, pero no lo transforman.

38. Sin la preexistencia del alma, la doctrina del pecado original no solamente sería inconciliable con la justicia de Dios, sino que haría a todos los hombres responsables de la falta de uno solo; sería un contrasentido, y tanto menos justificable porque el alma no existía en la época a la que se pretende hacer remontar su responsabilidad. En cambio, con la preexistencia y la reencarnación, el hombre trae al renacer el germen de sus imperfecciones pasadas, de los defectos de los que no se ha corregido, y que se traducen en sus instintos naturales, en sus inclinaciones hacia tal o cual vicio. Ese es su verdadero pecado original, cuyas consecuencias sufre naturalmente, pero con la diferencia capital de que lleva consigo la pena de sus propias faltas, y no la de las faltas cometidas por otros. Además, existe otra diferencia, al mismo tiempo consoladora, alentadora y soberanamente equitativa, según la cual cada existencia le ofrece los medios para redimirse a través de la reparación, así como para progresar, ya sea despojándose de alguna imperfección o adquiriendo nuevos conocimientos, hasta que, al hallarse suficientemente purificado, ya no necesite la vida corporal y pueda vivir exclusivamente la vida espiritual, eterna y bienaventurada.

Por la misma razón, aquel que ha progresado moralmente trae, al renacer, cualidades nativas, así como quien ha progresado intelectualmente es portador de ideas innatas. Identificado con el bien, lo practica sin esfuerzo, sin cálculo y, por así decirlo, sin pensar en ello. Aquel que está obligado a combatir sus malas tendencias se halla todavía en la lucha; el primero ya triunfó, el segundo está a punto de triunfar. *La misma causa produce el pecado original y la virtud original.*

39. El espiritismo experimental estudió las propiedades de los fluidos espirituales y su acción sobre la materia. Ha demostrado la existencia del *periespíritu*, sobre el cual había sospechas desde la Antigüedad, y que san Pablo denominó *cuerpo espiritual*, es decir, cuerpo fluídico del alma después de la destrucción del cuerpo tangible. Se sabe hoy que esa envoltura es inseparable del alma; que es uno de los elementos constitutivos del ser humano; que es el vehículo de la transmisión del pensamiento y que, durante la vida del cuerpo, sirve de lazo entre el Espíritu y la materia. El periespíritu representa un rol tan importante en el organismo y en una cantidad de afecciones, que se liga a la fisiología tanto como a la psicología.

40. El estudio de las propiedades del periespíritu, de los fluidos espirituales y de los atributos fisiológicos del alma, abre nuevos horizontes a la ciencia y aporta la clave de una infinidad de fenómenos incomprensibles hasta hoy, pues faltaba el conocimiento de la ley que los rige; fenómenos que el materialismo niega, debido a que se hallan vinculados con la espiritualidad, y que otras creencias califican como milagros o sortilegios. Tales son, entre otros, los fenómenos de la doble vista, la visión a distancia, el sonambulismo natural y el artificial, los efectos psíquicos de la catalepsia y la letargia, la presciencia, los presentimientos, las apariciones, las transfigu-

raciones, la transmisión del pensamiento, la fascinación, las curas instantáneas, las obsesiones y posesiones, etc. Al demostrar que esos fenómenos reposan en leyes tan naturales como las de los fenómenos eléctricos, y las condiciones normales en que se pueden reproducir, el espiritismo destruye el imperio de lo maravilloso y lo sobrenatural y, por consiguiente, la fuente de la mayor parte de las supersticiones. Así como lleva a la creencia en la posibilidad de ciertas cosas que algunos consideran quiméricas, también impide que se crea en muchas otras, pues demuestra su imposibilidad e irracionalidad.

41. Lejos de negar o destruir el Evangelio, el espiritismo viene, por el contrario, a confirmar, explicar y desarrollar, por medio de las nuevas leyes de la naturaleza, que él revela, todo lo que el Cristo dijo e hizo. El espiritismo elucida los puntos oscuros de la enseñanza cristiana, de tal manera que, con su auxilio, aquellos para quienes ciertas partes del Evangelio eran ininteligibles, o parecían *inadmisibles*, las comprenden sin dificultad y las admiten; ven mejor su alcance y pueden distinguir entre la realidad y la alegoría; Cristo les parece más importante: ya no es simplemente un filósofo, sino un Mesías divino.

42. Además, si se considera el poder moralizador del espiritismo, por la finalidad que confiere a todas las acciones de la vida; por las consecuencias del bien y del mal que hace tangibles; por la fuerza moral, el coraje y el consuelo que da en las aflicciones, mediante una inalterable confianza en el porvenir; por la idea de que cada uno tiene cerca de sí a los seres a quienes amó, así como la certeza de volver a verlos y la posibilidad de conversar con ellos; en fin, por la convicción de que todo cuanto se ha hecho, cuanto se ha conquistado en inteligencia, saber y moralidad, *hasta la última hora de la vida*, no se ha perdido, sino que beneficia al adelanto del Espíritu, se reconoce

que el espiritismo realiza todas las promesas del Cristo respecto del *Consolador* anunciado. Ahora bien, como el *Espíritu de Verdad* es quien preside el gran movimiento regenerador, la promesa de su advenimiento se encuentra de esa forma cumplida, porque, de hecho, él es el verdadero *Consolador*[29].

43. Si a estos resultados agregamos la rapidez extraordinaria con que se propaga el espiritismo, a pesar de todo lo que se ha hecho para demolerlo, no se podrá negar que su llegada es providencial, visto que triunfa por encima de todas las fuerzas y de toda la mala voluntad de los hombres. La facilidad con que lo acepta tan grande número de personas, sin obligación alguna, apenas por el poder de la idea, prueba que responde a una necesidad: la de que el hombre crea en algo para llenar el vacío abierto por la incredulidad, y que, por lo tanto, ha venido en el momento preciso.

29. Muchos padres de familia deploran la muerte prematura de sus hijos, para cuya educación realizaron grandes sacrificios, y se dicen a sí mismos que nada de eso les aprovechó. Con el espiritismo, sin embargo, no lamentan esos sacrificios, y estarían dispuestos a volver a hacerlos, incluso con la certeza de que verían morir a sus hijos, porque saben que si estos no la aprovechan en la vida presente, esa educación servirá, primero que todo, para su adelanto como Espíritus; además de eso, serán conquistas nuevas para otra existencia y, cuando regresen a este mundo, tendrán un patrimonio intelectual que los hará más aptos para adquirir nuevos conocimientos. Tales son esos niños que al nacer traen ideas innatas, que saben, por así decirlo, sin necesidad de aprender. Si, como padres, no tienen la satisfacción inmediata de ver que sus hijos aprovechan la educación que les han dado, lo gozarán por cierto más adelante, sea como Espíritus o como hombres. Tal vez sean ellos de nuevo los padres de esos mismos hijos, que se presentan como afortunadamente dotados por la naturaleza, y que deben sus aptitudes a una educación precedente. Así también, si los hijos se desvían hacia el mal por la negligencia de los padres, estos pueden sufrir más tarde los disgustos y los pesares que aquellos les suscitarán en una nueva existencia. (N. de Allan Kardec.)

44. Los afligidos existen en gran número. Así pues, no debe causar sorpresa que tantas personas elijan una doctrina que consuela, de preferencia a las que llevan a que se pierda la esperanza; porque a los desheredados, más que a los felices del mundo, se dirige el espiritismo. El enfermo ve llegar al médico con mayor satisfacción que quien está bien de salud; ahora bien, los afligidos son los enfermos, y el Consolador es el médico.

Vosotros, que combatís al espiritismo, si queréis que lo abandonemos para seguiros, dadnos más y mejor que él; curad con mayor seguridad las heridas del alma. Haced como el comerciante que, para vencer a un competidor, ofrece mercadería de mejor calidad y a mejor precio. Dad más consuelo, más satisfacciones al corazón, esperanzas más legítimas, mayores certezas; haced del porvenir un panorama más racional, más seductor. Con todo, no supongáis que habréis de derrotarlo, unos con la perspectiva de la nada, y otros con la alternativa de las llamas del Infierno, o con la plácida e inútil contemplación perpetua. ¿Qué diríais acerca del comerciante que tratara de *locos* a los clientes que no quisieran su mercadería y fueran en busca de la de su vecino? Vosotros hacéis lo mismo al acusar de locos e ineptos a todos los que no quieren vuestras doctrinas porque suponéis que han cometido el error de considerarlas desagradables.[30]

30. El espiritismo, ¿no es contrario a la creencia dogmática respecto de la naturaleza de Cristo? Y en ese caso, ¿puede considerarse el complemento del Evangelio, visto que lo contradice?
La solución de este problema solo se relaciona de manera accesoria con el espiritismo, que no tiene que preocuparse por los dogmas particulares de tal o cual religión. Simple doctrina filosófica, no se presenta como vencedor ni como adversario sistemático de ningún culto, y deja que cada cual tenga su creencia.
La cuestión de la naturaleza de Cristo es fundamental desde el punto de

vista cristiano. No puede ser tratada a la ligera, como tampoco ser decidida por las opiniones personales *ni de los hombres ni de los Espíritus*. En un asunto como ese, no basta con afirmar o negar; hay que demostrar. Ahora bien, entre todas las razones alegadas a favor o en contra, no hay ninguna que deje de ser más o menos hipotética, puesto que todas son controvertidas. Los materialistas vieron esa cuestión tan solo con los ojos de la incredulidad y el prejuicio de la negación. Los teólogos, con los ojos de la fe ciega y el prejuicio de la afirmación. Ninguno reunía las condiciones de imparcialidad necesarias. Interesados en afirmar su opinión, solamente vieron y buscaron lo que podía resultar a favor de sí mismos, y cerraron los ojos ante lo que podría ser contrario. Si bien este problema se viene discutiendo desde hace mucho tiempo, no fue resuelto de manera concluyente porque carecía de los *únicos* elementos que podían brindarle la clave, así como a los sabios de la Antigüedad les faltaba el conocimiento de las leyes de la luz para explicar el fenómeno del arcoíris.

El espiritismo se mantiene neutral ante esa cuestión. No está más interesado en una solución que en otra. Avanzó sin eso y seguirá haciéndolo sea cual fuere el resultado. Ubicado más allá de los dogmas particulares, para él no se trata de una cuestión de vida o muerte. Cuando se ocupe de ese problema, apoyará todas sus teorías en los hechos, de modo que lo resolverá mediante los hechos, y en el momento oportuno. Si hubiera sido urgente, ya lo habría resuelto. Actualmente, los elementos necesarios para brindar una solución se encuentran completos, pero el terreno aún no está preparado para recibir la simiente. Una solución prematura, sea cual fuere, encontraría demasiada oposición de ambas partes, y le quitaría al espiritismo más partidarios de los que podría ofrecerle. Por eso la prudencia nos obliga a abstenernos de toda polémica al respecto, hasta que estemos seguros de pisar en tierra firme. Mientras tanto, dejamos que el pro y el contra se discutan *fuera del espiritismo*, sin intervenir, para que ambas partes expongan todos sus argumentos. Cuando el momento sea propicio, colocaremos en la balanza, no nuestra opinión personal, que no tiene peso alguno ni puede convertirse en ley, sino *hechos* que hasta ese momento *no se habían observado*, y entonces cada uno podrá juzgar con conocimiento de causa. Todo lo que podemos decir, sin anticiparnos, es que la solución, en el sentido que fuere, no contrariará los hechos ni las palabras de Cristo, sino que, por el contrario, los confirmará mediante su aclaración.

Por lo tanto, a los que nos preguntan qué dice el espiritismo acerca de la naturaleza de Cristo, les respondemos invariablemente: "Se trata de

45. La primera revelación estuvo personificada por Moisés, la segunda por el Cristo, pero la tercera no está personificada por ningún individuo. Las dos primeras son individuales, la tercera es colectiva; ese es un carácter esencial de suma importancia. Es colectiva en el sentido de que no fue hecha como privilegio para nadie en particular; nadie, por consiguiente, puede atribuirse la condición de ser su profeta en exclusividad. Ha sido esparcida simultáneamente sobre toda la Tierra, a millones de personas, de todas las edades, de todos los tiempos y de todas las condiciones, desde la más baja hasta la más alta de la escala, según esta predicción registrada por el autor de los *Hechos de los Apóstoles*: "En los últimos tiempos, dijo el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán

una cuestión dogmática ajena al objetivo de la doctrina espírita". El objetivo que todo espírita debe perseguir, si desea merecer ese título, es su propio mejoramiento moral. Debe preguntarse: "¿Soy mejor de lo que era? ¿Me he corregido de algún defecto? ¿Hago el bien a mi prójimo, o le hago mal?" Esto es lo que todo espírita sincero y convencido debe preguntarse. ¿Qué le importa saber si Cristo era Dios o no, si continúa siendo egoísta, orgulloso, celoso, envidioso, colérico, maledicente, calumniador? La mejor manera de honrar a Cristo es imitarlo en su conducta. Cuanto más se lo eleva con el pensamiento, menos digno de él se es; y más se lo insulta y se lo profana, al hacer lo contrario de lo que él enseña. El espiritismo dice a sus adeptos: "Practicad las virtudes recomendadas por Cristo, y seréis más cristianos que muchos de los que se definen como tales". A los católicos, protestantes y otros, les dice: "Si tenéis miedo de que el espiritismo perturbe vuestra conciencia, no os ocupéis de él". El espiritismo no se dirige a los que tiene algún tipo de fe y se conforman con ella, sino a los que no tienen ninguna o dudan, de modo que les brinda la creencia que les falta, ya no particularmente la del catolicismo o el protestantismo, la del judaísmo o el islamismo, sino la creencia fundamental, base indispensable de toda religión. Ahí termina su papel. Con esa base establecida, cada cual es libre de seguir el camino que mejor satisfaga a su razón. (N. de Allan Kardec.)

visiones, y vuestros ancianos soñarán". No provino de ningún culto en especial, a fin de que un día sirva a todos de punto de unión[31].

31. Nuestro rol personal, en el gran movimiento de ideas que se prepara mediante el espiritismo, y que ya comienza a operarse, es el de un observador atento, que estudia los hechos para descubrir su causa y extraer de ellos las consecuencias. Hemos confrontado todos los hechos que nos ha sido posible reunir; comparamos y comentamos las instrucciones que los Espíritus dieron en todos los puntos del globo, y después coordinamos metódicamente el conjunto; en suma, hemos estudiado y dimos al público el fruto de nuestras investigaciones, sin que atribuyéramos a nuestra tarea mayor valor que el de una obra filosófica deducida de la observación y la experiencia, sin que nunca nos hayamos considerado el jefe de la doctrina, ni procuráramos imponer nuestras ideas a nadie. Al publicarlas, hemos hecho uso de un derecho común, y aquellos que las aceptaron lo han hecho libremente. Si esas ideas encontraron numerosas simpatías, se debe a que tuvieron la ventaja de corresponder a las aspiraciones de un importante número de personas, y de eso no nos envanecemos de ningún modo, ya que su origen no nos pertenece. Nuestro mayor mérito es el de la perseverancia y la dedicación a la causa que hemos abrazado. En todo eso, hemos hecho lo que cualquier otro podría haber hecho en nuestro lugar, razón por la cual nunca hemos tenido la pretensión de considerarnos profeta o mesías ni, menos aún, de presentarnos como tal.
Si bien no contamos con ninguna de las cualidades exteriores de la mediumnidad efectiva, no negamos que en nuestros trabajos somos asistidos por los Espíritus, porque al respecto tenemos pruebas demasiado evidentes como para dudarlo, lo cual debemos sin duda a nuestra buena voluntad, y que a todos les ha sido dado merecer. Aparte de las ideas que, conforme reconocemos, se nos sugieren, es notable el hecho de que los temas de estudio y de observación, en una palabra, todo lo que puede ser útil para el cumplimiento de la obra, siempre nos llega en el momento oportuno –en otra época habríamos dicho: "como por arte de magia"–; de modo que los materiales y los documentos de trabajo nunca nos han faltado. Cuando nos proponemos tratar algún tema, estamos seguros de que, sin solicitarlo, se nos proveerá de los elementos necesarios para su elaboración, y eso por medios que no dejan de ser muy normales, pero

46. Las dos primeras revelaciones, por ser fruto de una enseñanza personal, quedaron forzosamente localizadas, es decir, aparecieron en un solo punto, en torno al cual la idea se propagó poco a poco; pero fueron necesarios muchos siglos para que alcanzasen los extremos del mundo, y aun así no lo invadieron por completo. La tercera revelación tiene la particularidad de que, al no estar personificada por un individuo, surgió simultáneamente en millares de puntos diferentes, que se convirtieron en centros o focos de irradiación. Al multiplicarse esos centros, sus rayos se reúnen poco a poco, como los círculos formados por una enorme cantidad de piedras lanzadas al agua; de tal manera que, en un plazo determinado, acabarán por cubrir toda la superficie del globo.

Esa es una de las causas de la rápida propagación de la doctrina. Si esta hubiese surgido en un solo punto, si fuese obra exclusiva de un hombre, se habrían formado sectas alrededor suyo, y tal vez habría trascurrido medio siglo sin que se alcanzaran los límites del país donde hubiera comenzado, en tanto que después de diez años ya ha plantado jalones de un polo al otro.

47. Esa circunstancia, nunca vista en la historia de las doctrinas, otorga al espiritismo una fuerza excepcional y un poder de acción irresistible. De hecho, aunque lo persigan en un punto, en un determinado país, será materialmente imposible que lo hagan en todas partes y en todos los países. Por cada lugar donde obstaculicen su marcha, habrá otros mil donde florecerá. Más aún, si lo atacan en un individuo, no podrán hacerlo en los Espíritus, que son la fuente de donde proviene.

---

que sin duda son provocados por nuestros colaboradores invisibles, como tantas otras cosas que el mundo atribuye al acaso. (N. de Allan Kardec.)

Ahora bien, como los Espíritus están en todas partes y existirán siempre, si por una eventualidad consiguiesen reprimirlo en todo el planeta, reaparecería poco tiempo después, porque se basa en *un hecho que está en la naturaleza*, y las leyes de la naturaleza no se pueden reprimir. De esto deben convencerse aquellos que sueñan con el aniquilamiento del espiritismo. (Véase la *Revista Espírita*, febrero de 1865, pág. 38: "Perpetuidad del espiritismo".)

48. Sin embargo, a pesar de la diseminación de esos centros de irradiación, estos aún podrían permanecer aislados unos de otros durante mucho tiempo, o confinados en países lejanos, como sucede con algunos de ellos. Hacía falta entre esos centros un vínculo que los pusiera en comunión de pensamientos con sus hermanos de creencia, para mantenerlos informados de lo que ocurría en otros lugares. Ese vínculo, que en la antigüedad podría haber faltado al espiritismo, hoy se encuentra en las publicaciones que van a todas partes, y que condensan en una forma única, concisa y metódica, la enseñanza que se brinda en todas partes de múltiples maneras, y en diversas lenguas.

49. Las dos primeras revelaciones sólo podían ser el resultado de una enseñanza directa. Debían ser impuestas por la fe mediante la autoridad de la palabra de un maestro, pues los hombres no estaban todavía suficientemente adelantados para cooperar en su elaboración.

No obstante, se percibe entre las dos una muy sensible diferencia, debida al progreso de las costumbres y las ideas, aunque hayan sido hechas al mismo pueblo y en el mismo medio, pero con dieciocho siglos de intervalo. La doctrina de Moisés es absoluta, despótica; no admite discusión y se impone al pueblo por la fuerza. La de Jesús es esencialmente *consejera*; es

aceptada libremente y solo se impone por la persuasión; dio motivo a controversias aun en vida de su fundador, que no despreció la discusión con sus adversarios.

50. La tercera revelación llega en una época de emancipación y madurez intelectual, cuando la inteligencia, ya desarrollada, no se conforma con representar un rol pasivo, y cuando el hombre no acepta nada a ciegas, sino que quiere ver a dónde lo conducen, quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa. Por eso, esta revelación tenía que ser al mismo tiempo el producto de una enseñanza y el fruto del trabajo, de la investigación y el libre examen. Los Espíritus solo enseñan aquello que es necesario para guiar al hombre en el camino de la verdad, pero se abstienen de revelarle lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, pues le dejan la incumbencia de discutir, examinar y someter todo al tamiz de la razón, dando lugar incluso, muchas veces, a que adquiera experiencia por su propia iniciativa. Los Espíritus proporcionan el principio, los elementos, y al hombre le corresponde aprovecharlos y ponerlos en acción. (Véase el § 15.)

51. Dado que los elementos de la revelación espírita fueron suministrados simultáneamente y en muchos puntos, a hombres de todas las condiciones sociales y de diversos grados de instrucción, es evidente que las observaciones no podían ser hechas en todas partes con el mismo resultado; que las consecuencias a extraer, la deducción de las leyes que rigen ese orden de fenómenos, en suma, la conclusión sobre la que debían asentarse las ideas, no podían surgir sino del conjunto y de la correlación de los hechos. Ahora bien, cada centro aislado, circunscripto a un círculo restringido, al no ver con frecuencia más que un orden particular de hechos, algunas veces contradictorios en apariencia, tratando generalmente

con la misma categoría de Espíritus y, además de eso, limitado por influencias locales y partidarias, se encontraba en la imposibilidad material de abarcar el conjunto y, por eso mismo, de unificar las observaciones aisladas en un principio común. Como cada uno apreciaba los hechos según el punto de vista de sus conocimientos y creencias previos, o según la opinión particular de los Espíritus que se manifestaban, pronto habrían aparecido tantas teorías y tantos sistemas como cantidad de centros, y ninguno de ellos habría podido ser completo, por falta de elementos de comparación y examen.

52. Por otra parte, es conveniente señalar que en ningún lugar la enseñanza espírita ha sido suministrada de manera completa. Abarca una cantidad tan grande de observaciones, de asuntos tan diferentes –que requieren conocimientos y aptitudes mediúmnicas especiales–, que sería imposible que estuvieran reunidas en el mismo punto todas las condiciones necesarias. La enseñanza debía ser colectiva, no individual, de modo que los Espíritus dividieron el trabajo y distribuyeron los temas de estudio y observación, del mismo modo que en algunas fábricas la realización de cada parte de un mismo objeto es repartida entre diferentes obreros.

De ese modo, la revelación se hizo de manera parcial, en diferentes lugares y con una multitud de intermediarios, y de esa manera prosigue todavía, pues no todo ha sido revelado. Cada centro encuentra, en los otros centros, el complemento de lo que obtiene, y ha sido el conjunto, la coordinación de todas las enseñanzas parciales, lo que constituyó la *doctrina espírita.*

Era necesario, pues, agrupar los hechos dispersos, para verificar su correlación, así como reunir los diversos documentos, las instrucciones suministradas por los Espíritus en los distin-

tos puntos y acerca de todos los asuntos, a fin de compararlas, analizarlas, estudiar sus analogías y diferencias. Como las comunicaciones provienen de Espíritus que pertenecen a todas las categorías y son portadores de mayor o menor ilustración, hacía falta apreciar el grado de confianza que la razón podía concederles, distinguir las ideas sistemáticas individuales o aisladas de aquellas que tenían la sanción de la enseñanza general de los Espíritus, distinguir las utopías de las ideas prácticas, apartar las que eran evidentemente desmentidas por los datos de la ciencia positiva y de la lógica, y utilizar también los errores, las informaciones suministradas incluso por los Espíritus de la más baja categoría, para tomar conocimiento del estado del mundo invisible y crear con ello un todo homogéneo. Hacía falta, en una palabra, un centro de elaboración independiente de las ideas preconcebidas, de los prejuicios de secta, *dispuesto a aceptar la verdad convertida en evidencia, aunque fuera contraria a las opiniones personales*. Ese centro se formó por sí mismo, por la fuerza de las circunstancias y *sin un designio premeditado*[32].

32. *El libro de los Espíritus*, la primera obra que puso al espiritismo en el camino de la filosofía, mediante la deducción de las consecuencias morales a partir de los hechos, y que abordó todas las partes de la doctrina, pues trató las cuestiones más importantes que ella suscita, fue desde su aparición el punto hacia el cual convergieron espontáneamente los trabajos individuales. Es notorio que de la publicación de ese libro data la era del espiritismo filosófico, pues hasta entonces el espiritismo se conservaba en el dominio de las experiencias realizadas por curiosidad. Si ese libro conquistó las simpatías de la mayoría, se debe a que expresaba los sentimientos de dicha mayoría y se correspondía con sus aspiraciones, y a que representaba también la confirmación y la explicación racional de lo que cada uno obtenía de modo particular. Si hubiera estado en desacuerdo con la enseñanza general de los Espíritus, de inmediato habría caído en el descrédito y en el olvido. Ahora bien, ¿cuál ha sido ese punto de

53. De ese estado de cosas resultó una doble corriente de ideas: las unas, dirigiéndose desde los extremos hacia el centro; las otras, encaminándose desde el centro hacia la periferia. De ese modo, la doctrina avanzó rápidamente hacia la unidad, a pesar de la diversidad de las fuentes en que se originó; los sistemas discordantes se derrumbaron poco a poco, debido al aislamiento en que quedaron en relación con el ascendiente de la opinión de la mayoría, pues no hallaron una repercusión afín. A partir de entonces, se estableció una comunión de pensamientos entre los diferentes centros parciales. Como hablan el mismo lenguaje espiritual, se comprenden y se estiman de un extremo al otro del mundo.

Los espíritas se sintieron fortalecidos y lucharon con más valor, caminaron con paso más firme a partir de que ya no se vieron aislados y sintieron que existía un punto de apoyo, un lazo que los unía a la gran familia. Los fenómenos que presenciaban ya no les parecían extraños, ni tampoco anormales o contradictorios, puesto que pudieron asociarlos con las leyes generales de armonía, abarcaron la totalidad del edificio y

convergencia? Por cierto, no fue el hombre, que no vale nada de por sí, instrumento esencial que muere y desaparece, sino la idea, que no perece cuando emana de una fuente superior al hombre.

Esa espontánea concentración de fuerzas dispersas suscitó una amplísima correspondencia, monumento único en el mundo, panorama vivo de la verdadera historia del espiritismo moderno, donde se reflejan al mismo tiempo los trabajos parciales, los sentimientos múltiples que la doctrina ha dado a luz, las consecuencias morales, la dedicación y las deserciones; archivos valiosos para la posteridad, que podrá juzgar a los hombres y las cosas a través de documentos auténticos. Ante esos testimonios irrecusables, ¿a qué se reducirán con el tiempo los falsos alegatos, las difamaciones de la envidia y de los celos? (N. de Allan Kardec.)

descubrieron una finalidad trascendente y humanitaria en el conjunto[33].

54. No existe ninguna ciencia que haya salido concluida del cerebro de un hombre. Todas, sin excepción, son el producto de observaciones sucesivas, apoyadas en observaciones precedentes, como en un punto conocido para llegar a lo

33. Un testimonio significativo, tan notable como conmovedor, de esa comunión de pensamientos que se estableció entre los espíritas por la conformidad de sus creencias, son los pedidos de plegarias que nos llegan de las regiones más distantes, desde el Perú hasta los límites de Asia, formulados por personas de religiones y nacionalidades diferentes, y a las cuales nunca hemos visto. ¿No es eso un preludio de la gran unificación que se prepara? ¿No es la prueba de que por todas partes el espiritismo echa raíces sólidas? Es digno de hacer notar que, de todos los grupos que se han formado con la intención premeditada de provocar una escisión mediante la proclama de principios divergentes, así como de todos aquellos que, apoyados en razones de amor propio u otras cualesquiera para no parecer que se someten a la ley común, se consideran suficientemente fuertes para caminar solos, dotados de las luces necesarias para prescindir de los consejos, ninguno llegó a elaborar una idea que fuese preponderante y viable. Todos se extinguieron o vegetaron en la sombra. No podía ser de otro modo, visto que, para encumbrarse, en vez de esforzarse por proporcionar la mayor suma de satisfacciones, rechazaron precisamente los principios de la doctrina que le dan el más poderoso atractivo, los más consoladores, alentadores y racionales. Si hubiesen comprendido la fuerza de los elementos morales que constituyeron la unidad, no se habrían engañado con ilusiones quiméricas. En cambio, al confundir con el universo el reducido círculo que constituían, no vieron en los adeptos más que una camarilla que fácilmente podía ser derribada por otra camarilla. Se equivocaron de modo singular en lo atinente a los caracteres esenciales de la doctrina, y ese error sólo podía acarrear decepciones, porque no se daña impunemente el sentimiento de una masa cuya convicción se afirma en bases sólidas. En lugar de romper la unidad, quebraron el único vínculo que podía darles fuerza y vitalidad. (Véase la *Revista Espírita*, abril de 1866, páginas 106 y 111: "El espiritismo sin los Espíritus" y "El espiritismo independiente".) (N. de Allan Kardec.)

desconocido. Así han procedido los Espíritus con respecto al espiritismo, razón por la cual la enseñanza que impartieron es gradual. Ellos no abordan las cuestiones sino a medida que los principios en que se apoyan están suficientemente elaborados, y cuando la opinión alcanzó la madurez necesaria para asimilarlos. También debemos tomar en cuenta que todas las veces que los centros particulares han intentado tratar de modo prematuro algunas cuestiones, no han obtenido más que respuestas contradictorias, nada concluyentes. En cambio, cuando llega el momento oportuno, la enseñanza es completamente idéntica en casi todos los centros.

Con todo, existe una diferencia sustancial entre el avance del espiritismo y el de las ciencias: la de que estas no han alcanzado el punto al que llegaron sino después de largos intervalos, mientras que al espiritismo le bastaron unos pocos años, si no para subir hasta el punto culminante, al menos para recoger una cantidad de observaciones suficientemente importante para constituir una doctrina. Ese hecho resulta de la inmensa multitud de Espíritus que, por voluntad de Dios, se manifestaron simultáneamente, aportando cada uno el caudal de sus conocimientos. De ahí resultó que todas las partes de la doctrina, en vez de que fueran elaboradas sucesivamente a lo largo de muchos siglos, lo han sido casi al mismo tiempo, en unos pocos años, y bastó con reunirlas para que conformaran un todo.

Dios quiso que fuese así, en primer término, para que el edificio llegase más rápidamente a su culminación; y luego, para que se pudiera, por medio de la comparación, tener un control de alguna manera inmediato y permanente de la universalidad de la enseñanza. Dado que ninguna de sus partes tiene valor ni *autoridad* más que por su conexión con el con-

junto, todas deben armonizarse, luego de que cada una llegue en su momento y se ubique en el lugar que le corresponde. Como Dios no confió a un solo Espíritu el encargo de promulgar la doctrina espírita, quiso asimismo que tanto el más pequeño como el más grande, fuera entre los Espíritus como entre los hombres, aportase su piedra al edificio, a fin de que se estableciera entre ellos un lazo de solidaridad cooperativa que le faltó a todas las doctrinas provenientes de una fuente única.

Por otro lado, dado que cada uno de los Espíritus, al igual que cada uno de los hombres, sólo disponen de una limitada porción de conocimientos, individualmente no tenían aptitudes para tratar *ex profeso* las numerosas cuestiones inherentes al espiritismo. A eso se debe también que la doctrina, en cumplimiento de los designios del Creador, no podía ser obra ni de un solo Espíritu ni de un solo médium. Debía salir del conjunto de los trabajos, corroborados unos con otros. (Véase, en *El Evangelio según el Espiritismo*, "Introducción", § II, y en la *Revista Espírita* de abril de 1864, pág. 90: "Autoridad de la doctrina espírita. Control universal de la enseñanza de los Espíritus".)

55. Un último carácter de la revelación espírita, que surge de las propias condiciones que le dan origen, es que, dado que se apoya en hechos, tiene que ser, y no puede dejar de ser, esencialmente progresiva, como todas las ciencias de observación. Por su esencia, se alía con la ciencia, que, como constituye la enunciación de las leyes de la naturaleza respecto de un cierto orden de hechos, no puede contrariar la voluntad de Dios, autor de esas leyes. *Los descubrimientos que realiza la ciencia, lejos de rebajar a Dios, lo glorifican; sólo destruyen lo que los hombres han edificado sobre las falsas ideas que se formaron acerca de Dios.*

El espiritismo, por consiguiente, no establece como principio absoluto más que lo que ha sido demostrado con evi-

dencia, o lo que se deduce lógicamente de la observación. Conectado con todas las ramas de la economía social, a las cuales presta el apoyo de sus propios descubrimientos, asimilará siempre todas las doctrinas progresivas, sea cual fuere el orden al que pertenezcan, siempre que hayan alcanzado el estado de *verdades prácticas* y abandonado el dominio de la utopía, pues sin ello se aniquilaría. Si dejara de ser lo que es, defraudaría a su origen y a su objetivo providencial. *Al avanzar con el progreso, el espiritismo jamás será superado, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está equivocado acerca de algún punto, habría de rectificarse en ese punto. Si alguna verdad nueva se revelara, él la aceptaría*[34].

Robinson Crusoe **espírita**

- continuación -

En la *Revista Espírita* de marzo de 1867, página 74, citamos algunos pasajes de las aventuras de Robinson, impregnadas de un pensamiento evidentemente espírita. Gracias a la gentileza de uno de nuestros corresponsales en Amberes,

34. Ante declaraciones tan precisas y categóricas como las contenidas en este capítulo, caen por tierra todas las objeciones de tendencia al absolutismo y a la autocracia de los principios, así como todas las falsas interpretaciones que algunas personas desconfiadas o mal informadas atribuyen a la doctrina. Esas declaraciones, por otra parte, no son novedosas: las hemos reiterado muchísimas veces en nuestros escritos, para que no subsista ninguna duda al respecto. Además, ellas nos muestran el verdadero rol que nos corresponde, el único al que aspiramos: el de un simple trabajador. (N. de Allan Kardec.)

conocemos el complemento de esa historia, en el que los principios del espiritismo se expresan y afirman de un modo mucho más explícito, y que no se encuentran en ninguna de las ediciones modernas. La obra completa, traducida del inglés a partir de la edición original, abarca tres tomos, y forma parte de una colección de treinta y tantos volúmenes, titulada: *Viajes imaginarios, sueños, visiones y novelas cabalísticas*, impresa en Amsterdam, en 1787. La portada indica que también se consigue en París: calle y hotel Serpente.

Los dos primeros tomos de esta colección contienen los viajes propiamente dichos de Robinson; el tercer tomo, que nuestro corresponsal de Amberes ha tenido a bien confiarnos, lleva por título: *Serias e importantes reflexiones de Robinson Crusoe*. El Traductor dice en el prefacio:

"*Por fin resolvimos el enigma de las aventuras de Robinson Crusoe*. Se trata de una especie de *Telémaco burgués*, cuyo objetivo radica en conducir a los hombres comunes hacia la virtud y la sabiduría, mediante sucesos acompañados de reflexiones. No obstante, en la historia de Robinson hay algo más que en *Las aventuras de Telémaco*, pues no es una simple novela, sino más bien una historia alegórica, cada uno de cuyos incidentes es el emblema de algunas particularidades de la vida de nuestro autor. No diré más sobre este punto, porque él mismo lo trató a fondo en el prefacio que traduje del inglés, y cuya lectura recomiendo firmemente a todos esos hombres precipitados que han adoptado la ridícula costumbre de saltearse los discursos preliminares de los libros.

"La obra que aquí presentamos al público, y que constituye el tomo tercero de *Robinson Crusoe*, es por completo diferente de las dos partes que la preceden, si bien tiende al mismo fin. Por decirlo de algún modo, el autor da en ella el

último toque a su proyecto de reformar a los hombres, así como de impulsarlos a que se conduzcan de una manera digna de la excelencia de su naturaleza. No le basta con haber impartido instrucciones revestidas de fábulas, pues le parece adecuado ampliar sus preceptos y presentarlos de un modo directo, para que nada escape a la penetración de la mayoría de los lectores, que no tienen suficiente ingenio para extraer el alma de la alegoría, del cuerpo que la contiene".

Este tomo abarca dos partes. En la primera, ya de regreso a la vida tranquila del hogar y la familia, Robinson se entrega a las meditaciones que le son sugeridas por las peripecias de su agitada existencia. Esas reflexiones están repletas de una elevada moralidad y un profundo sentimiento religioso, como las siguientes:

Página 301. "Reconozcamos, si se quiere, que no podemos comprender la inmutabilidad de la naturaleza y de las obras de Dios, y que nos resulta completamente imposible conciliarla con esa variedad de la Providencia, que en todas sus acciones es portadora de una perfecta y plena libertad para formar a diario nuevos diseños, así como para orientar los acontecimientos conforme a su soberana sabiduría. Del hecho de que no podamos conciliar tales cosas, ¿debemos concluir que sean absolutamente incompatibles? Sería como sostener que la naturaleza de Dios es por completo incomprensible solo porque nosotros no la comprendemos, y que todo fenómeno de la naturaleza es impenetrable solo porque nosotros no lo penetramos. ¿Dónde está el filósofo que pueda vanagloriarse de comprender la causa que mueve hacia el polo una aguja imantada, y el modo como la virtud magnética es comunicada con un simple toque? ¿Quién me dirá por qué esa virtud solo puede ser comunicada al hierro, y por qué la aguja no es atraída por el oro, la plata u

otros metales? ¿Qué comunicación secreta existe entre el imán y el polo norte? ¿Por cuál fuerza misteriosa la aguja imantada gira hacia el polo sur una vez que se cruzó la línea equinoccial? No comprendemos nada de esas operaciones de la naturaleza, pero nuestros sentidos nos confirman su realidad del modo más incuestionable del mundo. A menos que llevemos el escepticismo hasta el máximo nivel del absurdo, debemos confesar que en esos fenómenos no hay nada contradictorio, aunque nos resulte imposible conciliarlos en conjunto, y que son comprensibles aunque nosotros no los comprendamos.

"¿Por qué nuestra sabiduría no nos impulsa a seguir este mismo método de razonamiento respecto del objeto de la primera cuestión? Es natural creer que, a pesar de esa apariencia de cambio que observamos en las acciones de la Providencia, a pesar de esos designios que parecen destruirse mutuamente y elevarse uno sobre las ruinas del otro, nada es más cierto y real que la inmutabilidad de la naturaleza y los decretos de Dios. ¿Qué puede ser más temerario que alegar la debilidad y la pequeñez de la razón como una prueba contra la existencia de las cosas? No hay nada más extraño que razonar justo en los límites de nuestro espíritu, acerca de los objetos finitos de la física, pero no prestar atención a la naturaleza de nuestra alma cuando se trata de las operaciones de un ser infinito, tan superior a nuestras débiles luces.

"Por consiguiente, si es razonable suponer que la Providencia divina es libre en sus acciones, y que, dirigida por su propia soberanía, aplica en el curso ordinario de las cosas humanas los métodos que considera adecuados, entonces nuestro deber es mantener un vínculo estrecho con esa parte activa de la Providencia, que influye directamente en nuestra conducta, sin desconcertar nuestro espíritu con vanas discusiones

acerca de la manera como esa Providencia influye en nuestros asuntos y en el objetivo que se propone.

"Al introducirnos en esa correspondencia con la virtud activa de la sabiduría de Dios, debemos examinar sus caminos hasta donde resulten accesibles a nuestra penetración y a nuestras investigaciones. Debemos prestar la misma atención a la voz secreta que ya me ocupé de describir, que a esa voz clara y fuerte que nos habla en los acontecimientos más aptos para impresionarnos.

"Todo el que no realiza un estudio serio para penetrar el sentido de esa voz secreta que se presenta a su intención, se priva deliberadamente de una gran cantidad de consejos útiles y de fuertes consuelos, que tan a menudo necesita en el camino que debe recorrer en este mundo.

"¡Cuán inmenso consuelo reciben los que escuchan esa voz, al ver en todo momento que una fuerza invisible e infinitamente poderosa se ocupa de preservar y dirigir sus intereses! Con esa atención religiosa, no es posible dejar de percibir esa protección. No es posible reflexionar acerca de esas liberaciones imprevistas que todo hombre encuentra en la diversidad de los incidentes de la vida humana, sin ver claramente que no se deben a su propia prudencia, sino tan solo al auxilio eficaz de un poder infinito, que lo favorece porque lo ama".

La segunda parte, titulada *Visión del mundo angelical*, contiene la descripción de hechos que pertenecen más particularmente al ámbito de los fenómenos espíritas, y de la que extrajimos los siguientes pasajes:

Página 359. "En mi opinión, el Espíritu que se apareció a Saúl debía de ser un Espíritu bueno, que se denominaba el ángel de un hombre, según parece por lo que dijo esa sierva de

los *Hechos de los Apóstoles*, cuando vio ante la puerta a Pedro, que había salido milagrosamente de la prisión. Si consideramos el asunto de ese modo, se confirma mi idea acerca de la relación que existe entre los Espíritus puros y los Espíritus encerrados en cuerpos, así como de las ventajas que los hombres pueden obtener de esa relación. Los que pretenden que ese fue un Espíritu malo, también deben de suponer que Dios puede valerse del diablo como si este fuera un profeta, y poner en la boca de la mentira las verdades que considera adecuado revelar a los hombres, así como soportar que predique a los transgresores de sus leyes la justicia de los castigos que decidió infligirles. No sé de qué subterfugio se valieron esos intérpretes para salvar los inconvenientes de semejante opinión. Por mi parte, no veo la conveniencia de que su Majestad divina preste a Satán su Espíritu de verdad, y lo convierta en un predicador y un profeta."

Página 365. "Los efectos más directos de nuestro vínculo con las inteligencias puras, efectos que me parecen tan sensibles que resulta imposible negarlos, son: los sueños, algunas voces, determinados ruidos, advertencias, presentimientos, temores, una tristeza involuntaria."

Página 380. "Considero que examináis con mucha atención la naturaleza de los sueños y las pruebas que de ellos pueden extraerse acerca de la realidad del mundo de los Espíritus. Pero os ruego que me digáis cuál es vuestro pensamiento acerca de esos sueños que tenemos durante la vigilia, de los transportes, el éxtasis, los ruidos, las voces, los presentimientos. ¿No veis que son pruebas aún más fuertes de esa misma verdad, dado que nos impresionan en un momento en el que nuestra razón es dueña de sí, y en que su luz no está envuelta en los vapores del sueño?"

Página 393. "También vi, de un solo vistazo, la manera como esos Espíritus malos ejercen su poder; hasta qué punto dicho poder se extiende; los obstáculos que deben superar, y los Espíritus que se oponen al triunfo de sus abominables designios…

"… Aunque el diablo tenga a su servicio una cantidad inmensa de ministros fieles, que no escatiman nada para ejecutar sus proyectos, no solo existe un número semejante, sino infinitamente mayor de Ángeles y de Espíritus buenos que, armados de un poder superior, vigilan la conducta de aquellos desde un lugar mucho más elevado, y hacen el máximo esfuerzo para que sus maquinaciones fracasen. Este descubrimiento también permite ver más claramente que el diablo no podría hacer nada sino mediante una sutileza y una astucia sostenidas por una vigilancia y una atención extraordinarias, dado que él padece la mortificación de verse en todo momento obstaculizado en sus designios por la prudente actividad de los Espíritus buenos, que cuentan con el poder de castigarlo y abatirlo, como un hombre que reprime a un mastín malo que acecha a los peatones para arrojarse sobre ellos."

Página 397. "En mi opinión, las inspiraciones no son sino discursos que nos soplan imperceptiblemente en la oreja, ya sea los ángeles buenos que nos favorecen, o bien los diablos insinuadores que nos acechan continuamente para que caigamos en alguna trampa. *La única manera de distinguir a los autores de esos discursos, es prestar atención a la naturaleza de dichas inspiraciones, y examinar si tienden a conducirnos hacia el bien o hacia el mal.*"

Página 401. "Es infinitamente mejor para nosotros que un denso velo nos oculte ese mundo invisible, así como la conducta de la Providencia respecto del porvenir. La bondad

divina se presenta incluso en el hecho de que la relación con los Espíritus y las advertencias que ellos nos hacen tienen lugar de manera alegórica, mediante inspiraciones y sueños, y no de modo directo, claro y evidente. Los que desean una visión más clara de las cosas futuras, no saben lo que hacen, y si ese deseo fuera escuchado, es probable que su curiosidad sería cruelmente castigada."

Página 408. "Una mañana, cuando se despertó, una infinidad de pensamientos dolorosos la invadieron, y escuchó en su alma una especie de voz que le decía con fuerza: 'Escríbele una carta'. Esa voz era tan inteligible y natural que, si ella no hubiera tenido la certeza de que estaba sola, habría pensado que las palabras eran pronunciadas por alguna criatura humana. Durante varios días, se repitieron a cada momento, hasta que en una oportunidad, mientras ella se paseaba por el cuarto donde se había encerrado, llena de pensamientos sombríos y melancólicos, escuchó nuevamente el imperativo, a lo que respondió en voz alta: '¿A quién quieres que escriba?' La voz le respondió de inmediato: 'Escríbele al juez'. Las mismas palabras se repitieron en varias oportunidades, hasta que tomó la pluma y se dispuso a escribir una carta, pero sin que tuviera la menor de idea de su contenido. No obstante, *dabitur in hœc hora*, etc. Las ideas y las expresiones no le faltaron: comenzaron a fluir de su pluma con tanta abundancia y facilidad, que se quedó extremadamente sorprendida y concibió la esperanza de un feliz acontecimiento."

Página 413. "No obstante, lo más razonable que podemos pensar al respecto, es que esos Espíritus nos ofrecen en tales ocasiones las luces que se encuentran en condiciones de darnos, y que nos dicen lo que saben, o al menos todo lo que su Señor y el nuestro les permite comunicarnos. Si no tuvieran

el deseo real y sincero de ayudarnos y protegernos del mal que pende sobre nuestras cabezas, no nos dirían nada y, por consiguiente, si bien sus advertencias no son más amplias y no están mejor desarrolladas, también es cierto que no depende de su poder brindarnos otras más útiles."

Página 416. "Dado que tenemos presentimientos que son verificados por la experiencia, es necesario que haya Espíritus instruidos respecto del futuro; que haya un lugar para los Espíritus, donde los acontecimientos futuros se desplieguen ante su penetración, y lo mejor que nosotros podríamos hacer es creer en las noticias que nos llegan desde ese lugar. El deber de prestar atención a esos presentimientos no es la única consecuencia que podemos extraer de esa verdad, pues hay otras que pueden resultarnos de una utilidad muy considerable:

"1.° *Nos explica la naturaleza del mundo de los Espíritus y nos demuestra la certeza de nuestra alma después de la muerte*;

"2.° Nos permite ver que la dirección de la Providencia, en relación con los hombres y los acontecimientos futuros, no se mantiene ante los habitantes del mundo espiritual tan oculta como lo está ante nosotros;

"3.° De ahí podemos concluir que la penetración de los Espíritus desprendidos de la materia es mucho más profunda que la de los Espíritus encerrados en cuerpos, puesto que aquellos saben lo que habrá de sucedernos, en tanto que nosotros lo ignoramos.

"La convicción de la existencia del mundo de los Espíritus nos puede resultar útil de muchas maneras diferentes. En especial, somos dueños de extraer grandes ventajas de nuestra certeza respecto de que ellos pueden descubrir el futuro y comunicarnos las luces de que disponen allá arriba, para que

velemos por nuestra conducta, evitemos las desgracias, pensemos en nuestros intereses, e incluso esperemos la muerte con firmeza y el espíritu preparado para recibirla con coherencia y con fuerza cristiana. También sería un medio seguro de expandir el campo de nuestras luces y de hacernos razonar correctamente acerca del verdadero valor de las cosas."

Página 427. "Si actuáramos de ese modo (con arrepentimiento y reforma de una mala conducta) ante las apariciones reales del diablo, estoy convencido de que lo expulsaríamos para siempre del mundo invisible. Es lógico suponer que él nos visitaría muy poco si tuviera la certeza, mediante su propia experiencia, de que esas visitas nos conducirían a la virtud, lejos de hacernos caer en sus trampas. Al menos, nunca vendría a vernos por iniciativa propia, pues para decidirse requeriría de una fuerza superior."

Página 457. "Mi conversión procede directamente del Cielo. La luz que deslumbró a san Pablo en el camino de Damasco no fue tan intensa como la que yo experimenté. Es cierto que no venía acompañada por una voz del Cielo, pero estoy seguro de que una voz secreta habló eficazmente a mi alma. Esa voz me hizo comprender que me hallaba expuesto a la cólera de ese poder, de esa majestad, de ese Dios al que anteriormente había negado con toda la impiedad imaginable."

Página 462. "En una palabra, accidentes como ese son muy poderosos para convencernos de la influencia de la Providencia divina en los asuntos humanos, por más ínfimos que sean en apariencia; para convencernos de la existencia de un *mundo invisible*, así como de la realidad del vínculo de las *inteligencias puras* con los Espíritus encerrados en cuerpos. Espero no haber dicho, acerca de este delicado tema, nada que pueda generar en mis lectores fantasías absurdas y ridículas.

Al menos puedo afirmar que no fue esa mi intención, sino tan solo despertar en el corazón de los hombres sentimientos respetuosos hacia la Divinidad, así como docilidad ante las advertencias de los *Espíritus buenos* que se ocupan de nosotros."

Observación. Hace ya casi un siglo que Daniel Defoe, el autor de *Robinson Crusoe*, escribió estas cosas, que parecen tomadas de la doctrina espírita moderna, e incluso sus expresiones. En una segunda comunicación impartida en la Sociedad de París, después de la lectura de estos fragmentos, él explicó sus creencias al respecto diciendo que pertenecía a la secta de los *teósofos*, secta que, en efecto, profesaba esos mismos principios. Así pues, ¿por qué dicha doctrina no se expandió entonces como lo hizo en la actualidad? Hay muchas razones: 1.°- los teósofos mantenía sus doctrinas casi en secreto; 2.°- la opinión de las masas no estaba madura para asimilarlas; 3.°- hacía falta una sucesión de acontecimientos que imprimieran otro curso a las ideas; 4.°- hacía falta que la incredulidad preparara el camino, y que, con su desarrollo, hiciera sentir el vacío que abre bajo los pies de la humanidad, así como la necesidad de llenarlo con algo; 5.°- por último, la Providencia aún no había determinado que fuera el momento de generalizar las manifestaciones de los Espíritus. La generalización de ese tipo de fenómenos ha sido lo que difundió la creencia en los Espíritus, así como la doctrina que fue su corolario.

Si las manifestaciones se hubieran mantenido como un privilegio de algunos individuos, el espiritismo aún no habría salido del foco donde se originó. Aún permanecería, para las masas, en estado de teoría, como una opinión personal, sin consistencia. La sanción práctica, que de un extremo a otro del mundo y casi simultáneamente cada uno encontró en las manifestaciones, *provocadas o espontáneas*, ha sido lo que di-

fundió la doctrina espírita y le dio una fuerza irresistible, a pesar de los que la combaten.

A pesar de que los teósofos no tuvieron demasiada repercusión y casi no salieron de la oscuridad, sus trabajos por la causa no se perdieron: sembraron los gérmenes que solo más tarde habrían de dar fruto, y formaron hombres predispuestos a aceptar las ideas espíritas, como lo hizo la secta de los swedenborgianos y, más tarde, la de los fourieristas. Vale destacar que una idea, cuando es importante, nunca irrumpe bruscamente en el mundo. A menudo se ensaya varios siglos antes de su aparición definitiva, como si fuera un trabajo de parto.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Dios en la naturaleza

por Camille Flammarion[35]

Después de haber tratado, como sabemos, desde el punto de vista de la ciencia, la cuestión de la habitabilidad de los mundos, cuestión que se vincula íntimamente con el espiritismo, el señor Flammarion aborda ahora la demostración de otra verdad, sin duda la más importante, porque constituye la piedra angular del edificio social, y sin la cual el espiritismo tampoco tendría razón de ser: *la existencia de Dios*. El título de su obra: *Dios en la naturaleza*, resume el contenido. Ante

35. Un gran volumen in-12°. Precio: 4 francos. París, Didier y Comp., quai des Grands-Augustins, 35. (N. de Allan Kardec.) Véase la versión castellana: *Dios en la naturaleza*, Buenos Aires: Constancia, 1960. (N. del T.)

todo, afirma que no se trata de un libro sagrado ni místico, sino filosófico.

A partir del escepticismo de una gran cantidad de científicos, se ha concluido erróneamente que la ciencia es de por sí atea, o que conduce fatalmente al ateísmo. El señor Flammarion se ocupa de refutar dicho error, demostrando que, si los científicos no han descubierto a Dios en sus investigaciones, es porque no han querido hacerlo. Por otra parte, los científicos están lejos de ser ateos en su totalidad, si bien a menudo se confunde el ateísmo con el escepticismo respecto de los dogmas particulares de tal o cual culto. El señor Flammarion se dirige especialmente a la clase de filósofos que profesan abiertamente el materialismo.

"El hombre –dice– lleva en su naturaleza una necesidad tan imperiosa de hallar una convicción, particularmente desde el punto de vista de la existencia de un ordenador del mundo y del destino de los seres, que si ninguna fe lo satisface, necesita demostrarse a sí mismo que Dios no existe, para encontrar el descanso de su alma en el ateísmo y en la doctrina de la nada. De ese modo, la cuestión actual que nos apasiona ya no consiste en saber cuál es la forma del Creador, el carácter de la mediación, la influencia de la gracia, ni discutir el valor de los argumentos teológicos: la verdadera cuestión es saber si Dios existe o no."

En este trabajo, el autor procedió del mismo modo que en su *Pluralidad de los mundos habitados*: se ubicó en el terreno de sus adversarios. Si hubiera extraído sus argumentos de la teología, del espiritismo o de otras doctrinas espiritualistas, habría sentado premisas que hubiesen sido rechazadas. Por eso toma la de los negadores y, a través de los hechos, demuestra que se puede llegar a una conclusión diametralmente opuesta

a la de aquellos. No invoca nuevos argumentos controvertidos, como tampoco se pierde en las nubes de la metafísica, de lo subjetivo y lo objetivo, ni en las argucias de la dialéctica. Se mantiene en el terreno del positivismo. Combate a los ateos con sus propias armas; toma uno a uno sus argumentos y los destruye con ayuda de la ciencia que ellos mismos invocan. No se apoya en la opinión de los hombres, pues su autoridad es la naturaleza, para mostrar que Dios está en ella, en todo y en todas partes.

"La naturaleza, explicada por la ciencia –dice él–, nos ha mostrado a Dios con un carácter particular. Él está en ella, visible, como la fuerza íntima de todas las cosas. Ninguna poesía humana nos pareció comparable a la auténtica naturaleza, y el verbo eterno nos habló con más elocuencia en las obras más modestas de la naturaleza, que el hombre en sus cánticos más pomposos."

Hemos señalado los motivos que llevaron al señor Flammarion a ubicarse fuera del espiritismo, y no podemos más que aprobarlo. Si algunas personas creyeran que lo hizo por antagonismo respecto de la doctrina, para desengañarlas bastaría con citar el siguiente pasaje:

"Podríamos añadir, para cerrar el capítulo de la personalidad humana, algunas reflexiones respecto de ciertos temas de estudio que aún resultan misteriosos, pero que no son insignificantes. El sonambulismo natural, el magnetismo, el espiritismo, ofrecen a los experimentadores serios, que saben examinarlos científicamente, fenómenos característicos que bastarían para demostrar la insuficiencia de las teorías materialistas. Confesamos que es lamentable, para el observador concienzudo, ver que el desvergonzado charlatanismo arrastra su pérfida avidez sobre causas que deberían ser respetadas.

Es lamentable constatar que, entre cien fenómenos, noventa y nueve pueden ser fasos o imitados. No obstante, un solo fenómeno bien comprobado desbarata todas las negaciones. Ahora bien, ¿qué actitud adoptan algunos doctos personajes ante esos fenómenos? Simplemente, los niegan. '*Para la ciencia no cabe duda* –dice en particular el señor Buchner– de que todos los casos de supuesta clarividencia son efectos de prestidigitación y de colusión. La lucidez es, por razones naturales, una *imposibilidad*. Forma parte de las leyes de la naturaleza el hecho de que los sentidos encuentren en el espacio un límite que no puedan traspasar. Nadie posee la facultad de adivinar los pensamientos ni de ver con los ojos cerrados lo que ocurre alrededor suyo. Estas verdades se basan en leyes naturales que son inmutables y carecen de excepciones'.

"¡Eh! ¡Señor juez! ¡Parece que conocéis muy bien las leyes naturales! ¡Qué hombre dichoso! ¡No sucumbís bajo el exceso de vuestra ciencia! Sin embargo, avanzo dos páginas y leo: 'El sonambulismo es un fenómeno del que lamentablemente solo contamos con observaciones muy inexactas, aunque sería deseable que tuviéramos nociones precisas *debido a su importancia para la ciencia*. No obstante, *sin contar con datos seguros al respecto* (¡escuchad!), *podemos relegar al plano de las fábulas* todos los fenómenos maravillosos que se atribuyen a los sonámbulos. Un sonámbulo no puede subir por las paredes, etc.'. ¡Ah, Señor! ¡Cuán sabiamente razonáis! ¡Y qué bueno habría sido para mí, antes de escribir, saber un poco acerca de lo que pensáis!"

Una reseña analítica de esta obra exigiría desarrollos que la falta de espacio no nos permite, y además sería superflua. Para que se comprenda su utilidad, nos basta con señalar el punto de vista del autor. Reconciliar a la ciencia con las ideas

espiritualistas implica allanar el camino de la alianza de aquella con el espiritismo. El autor habla en nombre de la ciencia pura, y no de una ciencia fantasiosa o superficial, y además lo hace con la autoridad que su saber personal le otorga. Su libro es uno de los que cuentan con un lugar destacado en las bibliotecas espíritas, porque constituye una *monografía* acerca de una de las partes constitutivas de la doctrina, y en la que el creyente, tanto como el incrédulo, encuentran material para instruirse. Por nuestra parte, tendremos la oportunidad de volver a ella más de una vez.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 10 Octubre de 1867

El espiritismo en todas partes

A propósito de las poesías del señor Marteau

Es realmente curioso notar que las personas que rechazan con la mayor obstinación el nombre del espiritismo son las mismas que siembran sus ideas con profusión. No pasa un solo día sin que la prensa, las obras literarias, la poesía, los discursos, y hasta los sermones, registren ideas que son propias del más puro espiritismo. Preguntad a esos escritores si son espíritas, y os responderán con desdén que se guardan muy bien de serlo. Si les decís que lo que han escrito es espiritismo, os responderán que no es posible, porque no han hecho una apología de los Davenport ni de las mesas giratorias. Según ellos, el espiritismo consiste solamente en eso; no salen de ahí ni pretenden hacerlo. Ya se han pronunciado, y su juicio es inapelable.

No obstante, esas personas se sorprenderían mucho si supieran que hacen espiritismo todo el tiempo, sin saberlo, y

que tratan con él sin imaginarse que se encuentran tan cerca. Pero ¡qué importa el nombre, si se aceptan las ideas fundamentales! ¡Qué importa la forma del arado, con tal de que prepare el terreno! La única diferencia consiste en que la idea, en vez de llegar entera, lo hace por partes. Ahora bien, más tarde, cuando noten que esos fragmentos, reunidos, no son otra cosa sino espiritismo, se verán forzados a reconsiderar su opinión. Los espíritas no son tan pueriles para dar mayor importancia al nombre que al contenido. Por eso, se congratulan de ver que sus ideas se propagan bajo cualquier forma.

Los Espíritus que conducen el movimiento, afirman: 'Dado que esas personas no aceptan el contenido con ese nombre, nosotros haremos que lo hagan en detalle bajo otra forma. Al considerarse los inventores de la idea, ellos mismos la propagarán. Procederemos del mismo modo que el médico respecto de esos enfermos que rechazan un determinado remedio, pero que lo toman sin sospecharlo, pues se le ha cambiado el color'.

Por lo general, los adversarios conocen tan poco acerca de lo que constituye el espiritismo, que sin duda el espírita más ferviente, pero que no fuera conocido como tal, con el auxilio de algunas precauciones oratorias, y sobre todo si se abstuviera de hablar de los Espíritus, podría desarrollar los principios más esenciales de la doctrina, y ganarse el aplauso de esos mismos que no lo habrían dejado hacer uso de la palabra si se hubiera presentado como un adepto.

No obstante, ¿de dónde proceden esas ideas, si quienes las emiten no las han tomado de la doctrina, toda vez que no la conocen?

Ya lo hemos dicho varias veces: cuando llega el momento de una verdad, y el espíritu de las masas está maduro para asimilarla, la idea brota en todas partes. Está en el aire, con-

ducida por las corrientes fluídicas. Todos aspiran algunas de sus partículas, y las emiten como si estas hubieran surgido en sus cerebros. Si bien algunos se inspiran en la idea espírita sin atreverse a confesarlo, también es cierto que en muchos es espontánea. Ahora bien, dado que el espiritismo resulta ser el conjunto y la coordinación de esas ideas parciales, por la fuerza de las circunstancias un día llegará a ser el vínculo de quienes las profesan; es una cuestión de tiempo.

Cabe señalar que cuando una idea debe ocupar su lugar en la humanidad, todo contribuye para abrirle paso. Tal es el caso del espiritismo. Al observar lo que ocurre en el mundo en este momento, así como los acontecimientos más o menos importantes que surgen o se preparan, no hay un solo espírita que no piense que todo parece hecho a propósito para superar las dificultades y facilitar el establecimiento de la doctrina. Hasta sus adversarios parecen movidos por una fuerza inconsciente para que despejen el camino y abran un abismo a su paso, a fin de que se sienta mejor la necesidad de llenarlo.

Y no se vaya a pensar que los contrarios sean perjudiciales; lejos de eso. La incredulidad, el ateísmo y el materialismo, nunca antes sacaron la cabeza con tanta valentía para mostrar sus pretensiones. Ya no son opiniones personales, respetables como todo lo que pertenece a la conciencia íntima, sino doctrinas que se pretende imponer para gobernar a los hombres contra su voluntad. La exageración de esas doctrinas constituye su propio remedio, pues nos preguntamos en qué se convertiría la sociedad si algún día llegaran a prevalecer. Hacía falta esa exageración para que se comprenda mejor la ventaja de las creencias que pueden ser la salvaguarda del orden social.

No obstante, ¡qué extraña ceguera! O mejor dicho: ¡providencial ceguera! En el momento en que se presentan los

problemas más serios, quienes pretenden sustituir lo que existe, así como los que se oponen a las ideas nuevas, en vez de atraer hacia sí las simpatías, y ganarse el apoyo mediante la mansedumbre, la benevolencia y la persuasión, pareciera que se dedican a hacer todo lo posible para inspirar repulsión. No encuentran nada mejor que imponerse mediante la violencia, oprimir las conciencias, herir las convicciones y perseguir. ¡Extraña manera de ganarse la bienvenida de las poblaciones!

En el estado actual de nuestro mundo, la persecución es el bautismo de fuego obligado de todas las creencias nuevas, sea cual fuere su valor. El espiritismo ha recibido el suyo, lo cual demuestra la importancia que se le otorga.

No obstante, reiteramos que todo eso tiene su razón de ser y su utilidad: es necesario que ocurra de tal modo, para allanar el camino. Los espíritas deben considerarse como soldados en un campo de batalla. Se deben a la causa, y no podrán descansar hasta que logren la victoria. ¡Dichosos los que hayan contribuido a esa victoria a costa de algunos sacrificios!

Para el observador que contempla con sangre fría el trabajo de parto de la idea espírita, resulta maravilloso ver de qué modo, incluso lo que al principio parecía insignificante o contrario, finalmente converge en el mismo objetivo. Resulta maravilloso ver la diversidad y la multiplicidad de los resortes que las potencias invisibles ponen en acción para alcanzar dicho objetivo. Todo les sirve y es utilizado, incluso lo que nos parece malo.

Por consiguiente, no deben preocuparnos las fluctuaciones que el espiritismo pueda experimentar durante el conflicto de las ideas que fermentan, pues se trata de un efecto de la efervescencia que esa doctrina genera en la opinión, donde no siempre encontrará simpatías. Debemos contar con esas fluc-

tuaciones hasta que el equilibrio se restablezca. Mientras tanto, la idea avanza, y eso es lo esencial. Conforme lo hemos dicho al comienzo, el espiritismo brota por todos los poros. Todos, amigos y enemigos, trabajan para él como a porfía, y no cabe duda de que, sin la activa cooperación involuntaria de los adversarios, los progresos de la doctrina, que nunca hizo propaganda para que se la conozca, no habrían sido tan rápidos.

Suponen que ahogan al espiritismo al proscribir su nombre. Sin embargo, como no consiste en las palabras, si le cierran la puerta debido a su nombre, el espiritismo penetra con la forma intangible de la idea. Y es curioso el hecho de que muchos de los que lo rechazan sin conocerlo, sin querer conocerlo y, por lo tanto, ignorando su objetivo, sus tendencias y sus principios más serios, aclaman ciertas ideas, que a veces son suyas, sin sospechar que a menudo tales ideas forman parte esencial o integrante de la doctrina. Si lo supieran, probablemente se abstendrían.

La única manera de evitar el error sería estudiar la doctrina a fondo, para saber en qué consiste y en qué no. Sin embargo, en tal caso surgiría otro inconveniente: el espiritismo abarca tantas cuestiones, y son tan variadas las ideas que se agrupan alrededor suyo, que si alguien pretendiera abstenerse de hablar de todo lo que se relaciona con la doctrina, a menudo los impulsos de sus propias inspiraciones se verían singularmente limitados, e incluso serían anulados; porque mediante ese estudio se convencería de que el espiritismo está en todo y por todas partes, y se sorprendería de encontrarlo en los escritores más prestigiosos. Más aún, en numerosas circunstancias y sin quererlo, se sorprendería de encontrarlo en sí mismo. Ahora bien, una idea que se convierte en patrimonio común es imperecedera.

Ya hemos reproducido varias veces las ideas espíritas que se encuentran en abundancia en la prensa y en los escritos de todos los géneros, y continuaremos haciéndolo cada tanto en una sección con este título: *El espiritismo en todas partes*. El siguiente artículo corrobora en especial las reflexiones precedentes. Fue extraído de *Le Phare de la Manche*, un periódico de Cherburgo, del 18 de agosto de 1867. El autor del artículo analiza una colección de poesías del señor Amédée Marteau[36], en estos términos:

"Hace dos mil años, poco antes del establecimiento del cristianismo, la casta sacerdotal de los druidas enseñaba a sus adeptos una extraña doctrina, que decía: Ningún ser acabará jamás; pero todos los seres, excepto Dios, tuvieron un comienzo. Todo ser ha sido creado en el nivel más bajo de la existencia. Al principio, el alma no tiene conciencia de sí misma. Sumisa a las leyes invariables del mundo físico, espíritu esclavo de la materia, fuerza latente y oscura, el alma sube fatalmente los niveles de la naturaleza inorgánica; y después, los de la naturaleza organizada. Entonces, el rayo cae del cielo, el ser se conoce, es hombre.

"El alma humana comienza en un amanecer las pruebas de su libre albedrío. Construye su propio destino; avanza de existencia en existencia, de transmigración en transmigración, gracias a la liberación que la muerte le otorga. O bien, gira sobre sí misma, cae de escalón en escalón, en caso de que no haya merecido elevarse, pero ninguna de esas caídas es irreparable para siempre.

36. *Espoirs et Souvenirs*, en Hachette; 77, boulevard Saint-Germain. (N. de Allan Kardec.)

”Cuando el alma llega al punto más alto de ciencia, fuerza y virtud, de que es susceptible la condición humana, escapa del círculo de las pruebas y de las transmigraciones, y alcanza el término de la felicidad: el Cielo. Una vez llegado a ese término, el hombre no cae más. Sube siempre; se eleva hacia Dios mediante un progreso eterno; pero nunca se confunde con Él. En el Cielo, muy lejos de perder su actividad y su individualidad, cada alma adquiere la plena posesión de sí misma, junto con la memoria de los estados anteriores por los que pasó. Su personalidad, su naturaleza propia, se desarrolla cada vez más diversamente, mientras asciende una escala infinita, cuyos niveles son realizaciones de vida que ya no quedan separados por la muerte.

”Tal era el concepto que el druidismo se había formado del alma y sus destinos. Era la idea pitagórica ampliada, convertida en dogma y aplicada a lo infinito.

”¿De qué modo esa opinión, después de haber dormido tantos siglos en los limbos de la inteligencia humana, se ha despertado en la actualidad? Tal vez tenga su razón de ser en la revolución que, a partir de Galileo, se produjo en los sistemas astronómicos. Tal vez deba su resurrección a las seductoras perspectivas que presenta para las especulaciones de los filósofos y los pensadores; o bien, por último, a esa curiosidad innata que sin cesar impulsa al hombre hacia lo desconocido.

”En cualquier caso, Fontenelle es el primero cuya pluma espiritual ha renovado esas cuestiones con su encantador coqueteo acerca de la pluralidad de los mundos.

”De la habitabilidad de los mundos a la transmigración de las almas, la pendiente es resbaladiza, y nuestro siglo se dejó arrastrar hacia ella. Se apropió de esa idea y, apoyado en la astronomía, intenta elevarla a la altura de una ciencia. Jean

Reynaud la desarrolló, bajo una forma magistral, en *Cielo y Tierra*. Lamennais la adopta y la generaliza en *Esbozo de una filosofía*. Lamartine y Hugo la pregonan. Maxime Ducamp la popularizó en una novela. Flammarion publicó un libro a favor de ella. Por último, el señor Amédée Marteau, en una obra poética, que hemos leído con el más vivo interés, pinta con los colores de su seductora paleta esa vasta y magnífica utopía.

"El señor Marteau es el poeta de la idea nueva. Es un entusiasta y dedicado creyente en la transmigración de las almas en cuerpos celestes, y debemos convenir en que logró abordar ese espléndido tema con manos maestras. Dios, el hombre, el tiempo, el espacio, son los inspiradores de su musa. Abismos vertiginosos, cimas inconmensurables, nada lo detiene ni lo asusta. Se sumerge en la inmensidad y frecuenta sin palidecer las orillas de lo infinito. Viaja por los astros como un águila entre las altas cumbres. Describe en un lenguaje armonioso, con una precisión matemática, sus formas, su órbita, su color, sus contornos."

Después de citar un fragmento de una de las odas de esa colección, el autor del artículo agrega:

"El señor Marteau no es solamente un poeta muy distinguido, pues también es filósofo y científico. La astronomía le resulta familiar. Esmalta su poesía con el polvo de oro que derrama desde las esferas siderales. No sabríamos decir qué es lo que más nos cautivó: si el interés de la dicción o la originalidad de la idea. Todo eso se combina, se coordina de una manera tan precisa, tan clara y natural, que uno queda fascinado por su encanto.

"No conocemos al señor Marteau, pero pensamos que, para componer un libro como este, si bien es preciso estar dotado de un gran talento, también se requiere un gran cora-

zón. Porque en este autor todo rezuma el amor del hombre y el amor de Dios.

"Por este motivo, no podemos dejar de invitar, a todos los que no se dejan absorber por las preocupaciones y los intereses materiales, a que den un vistazo a las obras del señor Marteau. En ellas encontrarán consuelos y esperanzas, sin mencionar los goces intelectuales que se experimentan con la lectura de una poesía generosa, rica en conceptos, ideal y destinada –no nos cabe duda– a un éxito rutilante".

Digard

Como puede verse, la exposición de la doctrina druídica acerca de los destinos del alma, con la cual comienza el artículo, es un resumen completo de la doctrina espírita respecto de ese tema. ¿Lo sabrá el autor? Nos permitimos dudarlo, pues de lo contrario sería extraño que se abstuviera de mencionar al espiritismo, a menos que no haya querido hacerlo partícipe de los elogios que prodiga a las ideas del poeta. Por nuestra parte, no cometeremos la afrenta de suponer esa pueril parcialidad. Preferimos creer, pues, que el autor del artículo ignora hasta la existencia misma del espiritismo. Si lo hubiera estudiado, este le habría respondido su pregunta: "¿De qué modo esa opinión, después de haber dormido tantos siglos en los limbos de la inteligencia humana, se ha despertado en la actualidad?". El autor habría visto también que esas ideas son más populares de lo que supone.

"El señor Marteau –escribe el autor– es el poeta de la idea nueva. Es un entusiasta y dedicado creyente en la transmigración de las almas en cuerpos celestes, y debemos convenir en que logró abordar ese espléndido tema con manos maestras."

Más adelante, agrega: "Para componer un libro como este, si bien es preciso estar dotado de un gran talento, también se requiere un gran corazón. Porque en este autor todo rezuma el amor del hombre y el amor de Dios". Entonces, el señor Marteau, ¿no es un loco por el hecho de profesar semejantes ideas? Jean Reynaud, Lamennais, Lamartine, Victor Hugo, Louis Jourdan, Maxime Ducamp, Flammarion, ¿no son locos por haberlas preconizado? Elogiar a esos hombres, ¿no implica elogiar sus principios? Además, ¿puede haber mayor elogio para un libro que afirmar que los lectores extraerán de él esperanzas y consuelos? Dado que esas doctrinas son las del espiritismo, ¿no se las acredita de ese modo ante la opinión?

Así pues, se diría que en este artículo el nombre del espiritismo ha sido omitido deliberadamente, y que se aclaman las ideas que esta doctrina profesa acerca de los puntos más esenciales: la pluralidad de las existencias y los destinos del alma.

La señora condesa Adélaïde de Clérambert

Médium médico

La señora condesa de Clérambert vivía en Saint-Symphorien-sur-Coise, departamento del Loira. Murió hace algunos años, a edad avanzada. Dotada de una inteligencia superior, la Condesa había manifestado desde su juventud un gusto particular por los estudios médicos, y se complacía en la lectura de obras acerca de esa ciencia. Durante los últimos veinte años de su vida, se consagró al alivio del sufrimiento con una devoción por completo filantrópica, al igual que con la más

absoluta abnegación. Las numerosas curaciones que realizaba en personas a las que se consideraba incurables, le habían otorgado cierta reputación. No obstante, tan modesta como caritativa, ella no se envanecía ni sacaba provecho de su facultad.

Además de los conocimientos médicos que había adquirido y que sin duda utilizaba en sus tratamientos, la Condesa poseía una facultad de intuición que no era otra cosa sino una mediumnidad inconsciente, porque a menudo atendía por correspondencia y, sin haber visto a los pacientes, describía las enfermedades con precisión. Por otra parte, ella misma afirmaba que recibía instrucciones, si bien no comprendía de qué modo se las transmitían. En varias oportunidades, experimentó manifestaciones materiales, tales como aportes, desplazamientos de objetos, así como otros fenómenos de ese tipo, a pesar de que no conocía el espiritismo. Cierto día, uno de sus pacientes le escribió diciendo que había sufrido un absceso y que, para darle una idea al respecto, le adjuntaba un modelo recortado en una hoja de papel. Sin embargo, se olvidó de incluirlo en el sobre, de modo que la Condesa le respondió a vuelta de correo: "El modelo cuyo envío me anunciáis no está con vuestra carta, por lo que supongo que fue un olvido de vuestra parte. Esta mañana, en mi gaveta, encontré uno que debe de ser parecido al vuestro, y que os envío". En efecto, el modelo reproducía exactamente la forma y el tamaño del absceso.

La Condesa no realizaba sus tratamientos a través del magnetismo ni con la imposición de manos, como tampoco mediante la intervención ostensible de los Espíritus, sino con el empleo de medicamentos, que muy a menudo ella misma preparaba a partir de las indicaciones que recibía. Su medicación variaba para la misma enfermedad según los individuos,

y no contaba con una receta secreta cuya eficacia fuera universal, pues se guiaba por las circunstancias. A veces, el resultado era casi instantáneo, y en otros casos se alcanzaba tan solo después de un tratamiento continuo, pero siempre menos prolongado que el de la medicina ordinaria. La Condesa curó radicalmente una gran cantidad de epilépticos y de pacientes que sufrían afecciones agudas o crónicas, y a quienes los médicos habían desahuciado.

Así pues, la señora de Clérambert no era un médium curador en el sentido que se aplica a esa expresión, sino un *médium médico*. Gozaba de una clarividencia que le permitía ver el mal y que la guiaba en la aplicación de los remedios que se le inspiraban, secundada además por el conocimiento que ella poseía acerca de la materia médica y, sobre todo, de las propiedades de las plantas. Gracias a su abnegación, a su desinterés moral y material –que nunca fueron desmentidos–, así como a su inalterable benevolencia para con los que la consultaban, la señora de Clérambert, tanto como el sacerdote príncipe de Hohenlohe[37], debió de conservar hasta el final de su vida la valiosa facultad que se le había otorgado, y que sin duda se habría debilitado hasta desaparecer, en caso de que ella no hubiera perseverado en el noble uso que le daba.

Su posición acomodada, a pesar de que su fortuna no llegaba a ser muy importante, bastaba para acallar cualquier pretexto de obtener algún tipo de remuneración. La Condesa no pedía absolutamente nada, pero los ricos a quienes ella curaba le agradecían donándole lo que les parecía conveniente, y que

37. Véase el artículo publicado en el número de julio de 1867: "La ley y los médiums curadores", y especialmente el número de diciembre de 1866. (N. del T.)

ella utilizaba para cubrir las necesidades de cuantos carecían de lo necesario.

Una persona que fue curada por la señora de Clérambert, nos proporcionó los documentos de esta nota, los cuales han sido confirmados por otras personas que la conocieron. Por su parte, el Espíritu de la señora de Clérambert, tras leerse esta noticia en la Sociedad Espírita de París, brindó la siguiente respuesta:

(Sociedad Espírita de París, 5 de abril de 1867.
Médium: señor Desliens.)

Evocación. El relato que acabamos de leer nos ha despertado naturalmente el deseo de conversar con vos, así como de incluiros entre los Espíritus que tienen a bien concurrir a nuestra institución. Esperamos que os agrade acudir a nuestro llamado, y en tal caso nos tomaremos la libertad de haceros las siguientes preguntas:

1.° ¿Qué opináis acerca de la noticia que se acaba de leer, así como de las reflexiones que la acompañan?

2.° ¿Cuál es el origen de vuestro gusto innato por los estudios médicos?

3.° ¿De qué modo recibíais las inspiraciones que se os brindaban para el tratamiento de los enfermos?

4.° En vuestra condición de Espíritu, ¿podríais continuar prestando los mismos servicios que prestabais como encarnada, en caso de que fuerais evocada por un paciente, y con la ayuda de un médium?

Respuesta. Os agradezco, señor Presidente, las benévolas palabras que tuvisteis a bien pronunciar en mi intención, y

acepto de buen grado el elogio que habéis hecho de mi carácter. Creo que constituye la expresión de la verdad, de modo que no tendré el orgullo o la falsa modestia de rechazarlo. Instrumento elegido por la Providencia, sin duda a causa de mi buena voluntad y de la particular aptitud que favorecía el ejercicio de mi facultad, no hice más que cumplir con mi deber al consagrarme al alivio de los que requerían mi auxilio. En ocasiones, fui acogida con gratitud, aunque más menudo caí en el olvido, pero mi corazón no se envaneció por los favores de algunos, como tampoco sufrió por la ingratitud de otros, toda vez que yo sabía muy bien que era indigna de aquellos y superior a estos.

Pero ya hemos hablado bastante de mi persona. Ocupémonos de la facultad que me ha concedido el honor de ser convocada por esta Sociedad afectuosa, en la que es tan agradable detenerse, sobre todo cuando, como en mi caso, se ha sido objeto de calumnias y de ataques maliciosos por parte de aquellos que se sintieron heridos en sus creencias o cuyos intereses resultaron afectados. ¡Que Dios los perdone, como yo misma lo hago!

Desde mi más tierna infancia, y por una especie de atracción natural, me ocupé del estudio de las plantas y de su acción saludable en el cuerpo humano. ¿De dónde procedía esa vocación, de ordinario poco natural en las personas de mi sexo? En ese momento, yo lo ignoraba. Pero ahora sé que no fue la primera vez que la salud humana era objeto de mis más intensas preocupaciones: yo había sido médico. En cuanto a la facultad particular que me permitía ver a distancia el diagnóstico de las afecciones de algunos pacientes (porque no podía ver en todos los casos), así como prescribir los medicamentos que debían devolverles la salud, era como la de

vuestros médiums médicos actuales. Al igual que ellos, yo me relacionaba con un ser oculto que decía ser un Espíritu, y cuya influencia saludable me auxiliaba poderosamente para aliviar a los desdichados que me necesitaban. Dicho Espíritu me había ordenado el más absoluto desinterés, so pena de perder instantáneamente una facultad que me hacía feliz. No sé por qué razón –tal vez porque hubiera sido prematuro revelar el origen de mis prescripciones–, también me había recomendado, de la manera más formal, que no dijera de quién procedían las recetas que yo entregaba a mis pacientes. Por último, consideraba que el desinterés moral, la humildad y la abnegación, eran condiciones esenciales para la perpetuación de mi facultad. Por mi parte, seguí sus consejos y me fue muy bien.

¡Tenéis razón, señor, al afirmar que en el futuro los médicos serán convocados a desempeñar una tarea de la misma naturaleza que la mía, cuando el espiritismo ejerza la considerable influencia que lo convertirá en instrumento universal del progreso y de la dicha de los pueblos! Así es, algunos médicos tendrán facultades de esa naturaleza, y podrán prestar servicios aún más importantes, por el hecho de que sus conocimientos les permitirán asimilar más fácilmente las instrucciones espirituales que se les impartirán. Habréis notado que las instrucciones que tratan acerca de temas especiales son desarrolladas con mayor facilidad y extensión cuando los conocimientos personales del médium se relacionan con aquellos que ha sido llamado a transmitir. De ese modo, no cabe duda de que yo podría prescribir tratamientos a los enfermos que se dirigieran a mí para obtener la cura, pero no podría hacerlo con la misma facilidad a través de todos los instrumentos, pues algunos de ellos transmitirían fácilmente mis recetas, en tanto que otros sólo podrían hacerlo de manera

incorrecta o incompleta. No obstante, si mi colaboración pudiera resultaros útil en alguna circunstancia, sería un placer para mí ayudaros en vuestros trabajos, en la medida de mis conocimientos, que lamentablemente son muy limitados más allá de algunas atribuciones especiales.

Adèle de Clérambert

Observación. El Espíritu firma *Adèle*, mientras que en vida se llamaba *Adélaïde*. Consultada al respecto, respondió que *Adèle* era su verdadero nombre, pero que desde niña la habían llamado *Adélaïde*.

Los médicos médiums

La señora condesa de Clérambert, de quien hemos hablado en el artículo anterior, mostraba una de las variedades de la facultad de curar, que se presenta con una infinidad de aspectos y de matices adecuados a las aptitudes específicas de cada individuo. La Condesa era, en nuestra opinión, el modelo de lo que podrían ser muchos médicos; de lo que muchos serán, sin duda, cuando ingresen en el camino de la espiritualidad, que el espiritismo les abre, porque muchos verán desarrollarse en sí mismos facultades intuitivas que serán para ellos un valioso auxilio en la práctica.

Hemos dicho, y lo repetimos aquí, que sería un error creer que la mediumnidad curativa viene a destronar a la medicina y a los médicos. Por el contrario, viene a abrirles un nuevo camino; a mostrarles que la naturaleza posee recursos y fuer-

zas que ignoraban, y de los cuales la ciencia y sus pacientes podrán beneficiarse; viene a probarles, en una palabra, que no saben todo, puesto que hay personas que, al margen de la ciencia oficial, obtienen lo que ellos mismos no han logrado obtener. Por consiguiente, no nos cabe ninguna duda de que en el futuro habrá *médicos médiums*, así como hay *médiums médicos*, quienes, a la ciencia adquirida, añadirán el don de facultades mediúmnicas especiales.

Con todo, como esas facultades solo tienen valor efectivo con la asistencia de los Espíritus, que pueden paralizar sus efectos retirando su colaboración, y que frustran deliberadamente los cálculos del orgullo y de la codicia, es evidente que esos Espíritus no prestarán su asistencia a las personas que los ignoren o que pretendan servirse de ellos secretamente en beneficio de su propia reputación y de su fortuna. Como los Espíritus trabajan para la humanidad, y no vienen para servir a los intereses egoístas individuales; como todo lo que hacen tiene por objetivo la propagación de doctrinas nuevas, necesitan soldados valientes y dedicados, y no tienen nada que hacer junto a cobardes que le temen a la sombra de la verdad. Los Espíritus secundarán, pues, a las personas que, sin reticencia ni *segunda intención*, pongan sus aptitudes al servicio de la causa en la que ellos se esfuerzan para que prevalezca.

El desinterés material, que es uno de los atributos esenciales de la mediumnidad curativa, ¿será también una de las condiciones de la medicina mediúmnica? En ese caso, ¿cómo conciliar las exigencias de la profesión con una dedicación absoluta?

Esto requiere algunas explicaciones, porque la posición ya no es la misma.

Al médium curador su facultad no le ha costado nada; no le exigió estudio, trabajo ni gastos; la ha recibido gratuitamente para el bien de los demás, de modo que debe usarla de manera gratuita. Como ante todo necesita vivir, si no dispone de recursos que le permitan ser independiente, debe buscar los medios para eso en su trabajo habitual, como lo hacía antes de conocer la mediumnidad. Sólo consagra al ejercicio de su facultad el tiempo que puede dedicarle materialmente. Si le quita horas al descanso, y es útil a sus semejantes empleando el tiempo que hubiera dedicado a distracciones mundanas, entonces se trata de auténtica devoción, lo cual resulta más meritorio para él. Los Espíritus no le piden más, pues no exigen ningún sacrificio irracional. Ahora bien, no podría considerarse sacrificio y abnegación el abandono de su oficio para dedicarse a un trabajo menos penoso y más lucrativo. En la protección que conceden, los Espíritus, a los cuales no podemos engañar, saben distinguir perfectamente los sacrificios reales de los fingidos.

La posición de los *médicos médiums* sería completamente diferente. La medicina es una de las carreras sociales que se eligen para hacer de ella una profesión, y la ciencia médica sólo se adquiere a título oneroso, con un trabajo asiduo y muchas veces sacrificado. El saber del médico es, por consiguiente, un logro personal, lo cual no es el caso de la mediumnidad. Si, al saber humano, los Espíritus añaden su colaboración por medio del don de una aptitud mediúmnica, eso constituye para el médico un medio más con el fin de instruirse, de actuar de manera más segura y eficaz, por lo que debe estar agradecido; pero no deja de ser médico por eso. Esa es su profesión, que no abandona para convertirse en médium. Por lo tanto, no hay nada reprensible en el hecho de que siga viviendo de ella, y con más razón aún porque la asistencia de los Espíritus a

menudo es inconsciente, intuitiva, y porque a veces la intervención de estos se confunde con el empleo de los medios ordinarios de cura.

Por consiguiente, del hecho de que un médico se convierta en médium y sea asistido por los Espíritus en el tratamiento de sus pacientes, no se sigue que deba renunciar a una remuneración, pues eso lo obligaría a buscar fuera de la medicina los medios de existencia, dado que habría renunciado a su profesión. No obstante, si se halla animado del sentimiento de las obligaciones que el favor que se le ha concedido le impone, sabrá conciliar sus intereses con los deberes para con la humanidad.

No sucede lo mismo con el desinterés moral, que en todos los casos puede y debe ser absoluto. Aquel que, en lugar de ver en la facultad mediúmnica un medio más de ser útil a sus semejantes, solo buscara en ella una satisfacción de amor propio; aquel que convirtiera en un mérito personal los éxitos que obtiene por ese medio, ocultando la verdadera causa, faltaría a su primer deber. Aquel que, sin ignorar a los Espíritus, solo viera en su colaboración, directa o indirecta, un medio de suplir la insuficiencia de su clientela productiva, por más que se revista ante los hombres con alguna apariencia filantrópica, realizaría, por eso mismo, un acto de explotación. En ambos casos, la consecuencia inevitable serían tristes decepciones, porque las simulaciones y los subterfugios no pueden engañar a los Espíritus, que leen el fondo del pensamiento.

Hemos dicho que la mediumnidad curativa no eliminará la medicina ni a los médicos, pero no puede dejar de modificar profundamente la ciencia médica. No cabe duda de que siempre habrá médiums curadores, porque siempre los hubo y porque esa facultad está en la naturaleza. Pero serán menos numerosos y menos buscados a medida que aumente la can-

tidad de *médicos médiums*, y cuando la ciencia y la mediumnidad se presten mutuo apoyo. Se tendrá más confianza en los médicos cuando sean médiums, así como en los médiums cuando sean médicos.

No es posible cuestionar las virtudes curativas de algunas plantas y de otras sustancias que la Providencia ha puesto a disposición del hombre, dejando el remedio junto a la enfermedad. El estudio de esas propiedades compete a la medicina. Ahora bien, como los médiums curadores solo actúan mediante la influencia fluídica, sin el empleo de medicamentos, si en el futuro tuvieran que reemplazar a la medicina, de ahí resultaría que, al dotar a las plantas de propiedades curativas, Dios habría hecho algo inútil, lo cual es inadmisible. Por lo tanto, es necesario considerar la mediumnidad curativa como un modo especial, pero no absoluto, de curación; y al fluido, como un nuevo agente terapéutico aplicable en determinados casos, y que le aporta un nuevo recurso a la medicina. Por consiguiente, de ahora en adelante, la mediumnidad curativa y la medicina deben caminar juntas, con el propósito de ayudarse mutuamente, suplirse y complementarse la una a la otra. Este es el motivo por el cual se puede ser médico sin ser médium curador, y médium curador sin ser médico.

Entonces, ¿por qué en la actualidad esa facultad se desarrolla casi exclusivamente entre los ignorantes, más que entre los hombres de ciencia? Por la simple razón de que, hasta hoy, los hombres de ciencia la rechazan. Cuando la acepten, la verán desarrollarse entre ellos como entre los demás. Si uno de ellos la poseyera actualmente, ¿la proclamaría? No; la ocultaría con el mayor cuidado. Dado que esa facultad sería inútil en sus manos, ¿qué sentido tendría otorgársela? Sería lo mismo que entregar un violín a un hombre que no sabe o no quiere tocarlo.

Hay otro motivo fundamental por el cual esto ocurre. El hecho de otorgar a los ignorantes el don de curar enfermedades que los científicos no pueden curar, implica demostrar a estos que no lo saben todo, y que existen leyes naturales aparte de las que la ciencia reconoce. Cuanto mayor es la distancia entre la ignorancia y el saber, más evidente resulta el fenómeno. Cuando este se produce en alguien que no sabe nada, constituye una prueba segura de que el saber humano no tiene relación alguna con eso.

No obstante, dado que la ciencia solo puede ser un atributo de la materia, el conocimiento de la enfermedad y de los remedios mediante la intuición, así como la facultad vidente, solo pueden ser atributos del Espíritu. Ambos demuestran que en el hombre existe el ser espiritual, dotado de percepciones independientes de los órganos corporales y, a menudo, de conocimientos adquiridos con anterioridad, en una existencia precedente. Por lo tanto, tales fenómenos resultan útiles para la humanidad y, a la vez, demuestran la existencia del principio espiritual.

El caíd Hassan, curador tripolitano

o la bendición de la sangre

El siguiente hecho, publicado en *Le Tour du Monde*, página 74 y siguientes, fue tomado del *Promenades dans la Tripolitaine*, por el señor barón de Krafft.

"A menudo cuento, como guía y compañero de caminata en mis excursiones fuera de la ciudad, con el *cavas-bachi*

(jefe de los jenízaros) del consulado de Francia, que el Cónsul general ha tenido la gentileza de poner a mi disposición. Se trata de un magnífico negro de Ouaddaï, de seis pies de altura y que, a pesar de su barba entrecana, conserva la actividad y la energía de la juventud. El caíd *Hassan* no es un hombre común: gobernó la tribu de los Ouerchéfana durante dieciocho años, en la época de los Caramanlys, y nadie mejor que él supo domeñar a ese pueblo primitivo y revoltoso. Valiente hasta la temeridad, siempre defendió los intereses de sus administrados contra las tribus vecinas y, cuando fue necesario, contra el propio gobierno. No obstante, al mismo tiempo, los suyos tampoco podían entregarse a sus propios caprichos, y nadie bromeaba con la severidad del caíd *Hassan*. Para él, la vida de un hombre era apenas más valiosa que la de un carnero, y no hay duda de que se lo ofendería al preguntarle el número exacto de cabezas que hizo rodar con sus manos, de tan tranquila que está su conciencia en ese sentido. Por lo demás, es un excelente hombre, totalmente dedicado al Consulado que sirve desde hace diez años.

"En una de nuestras primeras salidas, pude ver un grupo de cinco o seis mujeres que se acercaron a él con aire suplicante. Dos de ellas llevaban en brazos a unos pobres niños de pecho, cuyos rostros, cabezas y cuellos, estaban cubiertos por una placa herpética con costras purulentas. Era algo horrible y asqueroso de ver.

"—Nuestro padre –dijeron las madres desconsoladas al caíd Hassan– es el profeta de Dios que te trajo cerca de nuestras casas, porque nosotras queríamos ir a verte a la ciudad, y hace diez días que esperábamos la oportunidad. El *djardoun* (una pequeña lagartija blanca muy inofensiva) pasó sobre

nuestros pechos y envenenó nuestra leche. Mira el estado de tus hijos, y cúralos para que Dios te bendiga.

"—¿Acaso eres médico? –pregunté a mi compañero.

"—No –me respondió–. Pero tengo la *bendición de la sangre* en las manos, y todo el que la posea puede, como yo, curar esa enfermedad. Se trata de un don natural de todo hombre cuyo brazo ha cortado algunas cabezas.

"Luego se dirigió a las mujeres y les dijo: —Vamos, mujeres, entregad lo que hace falta.

"De inmediato, una de las madres presentó al doctor una gallina blanca, siete huevos y tres monedas de veinte paras. Luego, se puso en cuclillas y elevó al pequeño paciente sobre su cabeza. Hassan, con toda gravedad, tomó el eslabón y la piedra de fusil que llevaba en la cintura, como si fuera a encender una pipa.

"—*¡Bismillah!* (¡En nombre de Dios!) –dijo–. Y comenzó a hacer que saltaran numerosas chispas sobre el niño enfermo, mientras recitaba la sura *Al-Fátiha*, el primer capítulo del Corán.

"Finalizada la operación, fue el turno del otro niño, ante el cual se realizó la misma ofrenda, y las mujeres se retiraron felices después de besar respetuosamente la mano que acababa de devolver la salud a sus hijos.

"Al parecer, en mi rostro se reflejaba claramente mi incredulidad, porque el caíd Hassan, mientras recogía los honorarios de su cura maravillosa, exclamó a sus clientas: 'No olvidéis volver en siete días, para presentarme a vuestros niños en la *skifa* del Consulado' (La *skifa* es el vestíbulo exterior, la sala de espera en las grandes casas).

”En efecto, una semana después, pude ver a esas pequeñas criaturas. Una de ellas estaba completamente curada, mientras que la otra tenía apenas algunas cicatrices cuyo aspecto era muy satisfactorio y presagiaba una cura total. Quedé estupefacto, pero no me había convencido. Con todo, más de veinte experiencias semejantes me obligaron a creer en la increíble virtud de las manos bendecidas por la sangre.”

Existen personas a las que ni siquiera los hechos más evidentes logran convencer. De todos modos, debemos convenir en que, en este caso, es lógicamente aceptable no creer en la eficacia de la *bendición de la sangre*, como tampoco en la de las chispas del encendedor. Sin embargo, no por eso el hecho material de la curación deja de ser real. Si aquella no es la causa, tiene que haber otra. Si el hecho es confirmado por veinte experiencias semejantes, que el narrador pudo conocer, no es posible que la causa sea fortuita, y debe proceder de una ley. Ahora bien, esa ley no es otra más que la facultad curativa que ese hombre posee. Como ignora el principio de dicha facultad, la atribuye a lo que denomina *bendición de la sangre*: una creencia relacionada con las costumbres de un país en el que la vida de un hombre no vale nada. El uso del encendedor y el resto de las fórmulas son accesorios que solo tienen valor en la imaginación, pero no cabe duda de que, por la importancia que ese hombre les concede, sirven para darle más confianza en sí mismo y, por consiguiente, para aumentar su poder fluídico.

Este hecho plantea naturalmente una cuestión de principios acerca del don de la facultad de curar, y que la siguiente comunicación responde:

(Sociedad de París, 23 de febrero de 1867.
Médium: señor Desliens.)

A veces parece razonable sorprenderse al ver que individuos indignos poseen facultades notablemente desarrolladas, que de preferencia deberían ser propias de hombres virtuosos y desprovistos de prejuicios. Sin embargo, la historia de los siglos pasados nos muestra, en casi todas sus páginas, ejemplos de mediumnidades notables en manos de Espíritus inferiores e impuros, ¡de fanáticos desprovistos de razón! ¿Cuál puede ser el motivo de tal anomalía?

En eso, sin embargo, no hay nada sorprendente, pues un estudio serio y reflexivo del problema nos aporta la solución.

Cuando se producen fenómenos sobresalientes, que pertenecen al orden extracorporal, ¿qué es lo que ocurre en realidad? Las individualidades encarnadas sirven como *órganos de transmisión* para las manifestaciones. Son *instrumentos* movidos por una voluntad exterior. Ahora bien, ¿se le puede pedir a un simple instrumento lo que se le exigiría al músico que lo hace sonar…? Si bien resulta evidente que un buen piano es preferible a uno defectuoso, no lo es menos el hecho de que, tanto en uno como en otro, la ejecución de un artista consumado se distinguirá de la de un aprendiz. Por lo tanto, si el Espíritu que interviene en la curación dispone de un buen instrumento, lo utilizará de buen grado. De lo contrario, empleará el que esté a su disposición, por más defectuoso que sea.

También es preciso considerar que en el ejercicio de la facultad mediúmnica, y en particular en el de la mediumnidad curativa, pueden presentarse dos casos muy distintos: el médium puede ser curador de por sí, o bien puede ser el agente más o menos pasivo de un motor extracorporal.

En el primer caso, solo podrá actuar si sus virtudes y su fuerza moral se lo permiten. Será un ejemplo por su conducta privada y pública, un modelo, un misionero que llegó a fin de

servir de guía o señal de reunión para los hombres de buena voluntad. El Cristo es la personificación suprema del curador.

En cuanto al que sólo es médium, como instrumento, puede ser más o menos defectuoso, y los actos que se realizan por su intermedio no le impiden en modo alguno ser imperfecto, egoísta, orgulloso o fanático. Miembro de la gran familia humana, al igual que la mayoría, participa de todas sus debilidades.

No olvidéis estas palabras de Jesús: "Los que están sanos no necesitan un médico". Por lo tanto, debéis ver una señal de la bondad de la Providencia en esas facultades que se desarrollan en comunidades y en personas imperfectas. Es una manera de infundirles la fe que tarde o temprano las conducirá hacia el bien; si no es hoy, será mañana. Son semillas que no se han perdido, porque vosotros, los espíritas, sabéis que nada se pierde para el Espíritu.

Tampoco es raro encontrar facultades trascendentes en las naturalezas que son moral y físicamente más abruptas, porque esas individualidades casi no disponen de voluntad personal, de modo que se limitan a dejar que actúe la influencia que las dirige. Se podría decir que obran por instinto; mientras que una inteligencia más desarrollada, al buscar la causa que la pone en movimiento, a veces se mantendría en condiciones que no permitirían un fácil cumplimiento de los designios providenciales.

Por más extraños e inexplicables que os resulten los efectos que se producen ante vosotros, estudiadlos atentamente antes de considerarlos una infracción a las leyes eternas del Señor supremo. No hay uno solo de esos efectos que no afirme la existencia, la justicia y la sabiduría eterna de Aquel; y si aparentan lo contrario, no os quepa duda de que solo se trata de

una apariencia, que desaparecerá, para dar lugar a la realidad, con un estudio más profundo de las leyes conocidas, al igual que con el conocimiento de aquellas cuyo descubrimiento se reserva para el futuro.

Clélie Duplantier

El zuavo Jacob

La facultad curativa se encuentra a la orden del día, de modo que no llamará la atención el hecho de que le hayamos dedicado la mayor parte de este número. No hay duda de que estamos lejos de haber agotado el tema, razón por la cual lo retomamos.

En primer lugar, para fijar las ideas de una cantidad importante de personas interesadas en la cuestión del señor Jacob[38], y que nos han escrito o podrían escribirnos al respecto, diremos:

1.° Las sesiones del señor Jacob están suspendidas, por lo que sería inútil presentarse en el lugar donde las realizaba (rue de la Roquette, 80). Asimismo, hasta el momento, no las ha retomado en ninguna otra parte. El motivo radica en el embotellamiento excesivo que obstaculizaba la circulación en una calle muy frecuentada y sin salida, ocupada por una gran cantidad de industrias que se veían impedidas de realizar su actividad, pues no podían recibir clientes ni despachar sus

38. Véase la *Revista Espírita* de octubre de 1866: "El zuavo curador del campo militar de Châlons", y de noviembre de 1866: "Consideraciones acerca de la propagación de la mediumnidad curadora". (N. del T.)

mercaderías. En este momento, el señor Jacob no realiza sesiones públicas ni particulares.

2.° En vista de la gran afluencia de personas, y dado que cada una de ellas debía esperar su turno demasiado tiempo, a quienes nos preguntaron o a los que en el futuro quisieran preguntarnos si, por el hecho de que conocemos personalmente al señor Jacob, podrían obtener un turno preferencial con nuestra recomendación, les informamos que nunca lo hemos hecho y que nunca lo haremos, por lo que sería inútil que nos lo solicitaran. Si se hubieran otorgado turnos preferenciales, habrían salido perjudicados los que esperaban, con lo cual no habrían faltado reclamaciones fundadas. El señor Jacob no ha hecho ninguna excepción: el rico debía esperar al igual que el pobre, porque en definitiva este sufre tanto como aquel. El pobre no dispone de las comodidades del rico como compensación y, además, a menudo necesita estar sano para ganarse la vida. Felicitamos al señor Jacob por su actitud, pero si no hubiera procedido de ese modo, nosotros no le habríamos pedido un favor como ese, pues es algo que habríamos censurado en él en caso de que nos lo concediera.

3.° A los enfermos que nos preguntaron, o que podrían preguntarnos, si les aconsejamos viajar a París, les informamos que el señor Jacob no cura a todo el mundo, conforme él mismo lo ha dicho. Nunca sabe con anticipación si curará o no a un enfermo. Solo cuando se encuentra delante de él, considera la acción fluídica y observa el resultado. Por esa razón, nunca promete nada ni se hace responsable de nada. Recomendar a alguien que viaje a París, significaría asumir una responsabilidad sin la certeza del éxito. Así pues, es un riesgo que se corre, y si los resultados no son buenos, apenas se habrá gastado en el viaje, mientras que a menudo se pierden sumas

enormes en consultas infructíferas. Si la persona no regresa curada, no podrá decir que pagó por un tratamiento sin provecho alguno.

4.° A los que nos preguntan si el señor Jacob aceptaría trasladarse a tal o cual localidad para curar un enfermo, en caso de que se le pagaran los gastos del viaje, dado que no cobra honorarios, les respondemos que el señor Jacob no acepta ese tipo de invitaciones, por las razones expuestas anteriormente. Dado que no puede responder con antelación por el resultado, le parecería una falta de delicadeza causar gastos sin brindar ninguna certeza. Además, en caso de que aceptara y no tuviera éxito, daría motivo para la crítica.

5.° A los que escriben al señor Jacob, o que nos envían cartas para que se las hagamos llegar, les decimos que en la casa del señor Jacob hay un armario repleto de cartas que él no lee, y que tampoco responde a nadie. En efecto, ¿qué podría decir? Además, no cura por correspondencia. ¿Escribir frases? No es su especialidad. ¿Decir que tiene condiciones para curar tal o cual enfermedad? Eso no puede saberlo. El hecho de que haya curado a una persona con determinada dolencia, no significa que pueda curar la misma dolencia en otra, porque las condiciones fluídicas no son siempre las mismas. ¿Indicar un tratamiento? No es médico, y se cuidaría mucho de entregar esa arma para que la usen en su contra.

Así pues, escribirle sería un trabajo inútil. Lo único que se podría hacer, en caso de que el señor Jacob retomara sus sesiones –a las que por error han calificado como *consultas*, puesto que nadie lo consulta–, es presentarse como lo hacen todos, recibir un turno y esperar pacientemente la oportunidad. Si la cura no se produce, nadie podrá quejarse de que fue engañado, dado que el señor Jacob no promete nada.

Existen manantiales que tienen la propiedad de curar determinadas enfermedades. Las personas recurren a ellos: algunas se curan; otras apenas sienten algún alivio; en tanto que el resto no experimenta cambio alguno. Así pues, el señor Jacob debe ser considerado un manantial de fluidos saludables, al que las personas acuden para someterse a él. No obstante, como no se trata de una panacea universal, no cura todas las enfermedades, y puede ser más o menos eficaz, según las condiciones de cada paciente.

Pero el señor Jacob, finalmente, ¿ha producido curaciones? Un hecho responde esta pregunta. Si nadie se hubiera curado, la multitud no habría reaccionado como lo hizo.

Con todo, la multitud crédula, ¿no pudo haber sido engañada con falsas apariencias, y acudido a verlo con la fe puesta en una reputación usurpada? ¿Acaso no pudo haber cómplices que simularan enfermedades para luego decir que se habían curado?

Es cierto que se han visto esas cosas, y que ocurren a diario, pero toda vez que los cómplices reciben algo a cambio de representar esa comedia. Ahora bien, en este caso, ¿qué beneficio habrían podido obtener? ¿Quién les habría pagado? Sin duda no lo habría hecho el señor Jacob, con su salario de músico de los zuavos. Tampoco habrían podido recibir una parte de la recaudación obtenida por las consultas, porque él no recibía nada. Se comprende que esos medios sean empleados por quienes pretenden ganarse una clientela a cualquier precio, pero el señor Jacob no tenía ningún interés en atraer a la multitud. Él no la llamó, sino que la multitud misma lo buscó, y podemos decir que lo hizo a pesar de él mismo. Si los hechos no hubieran sido reales, nadie habría acudido, pues el señor Jacob no convocó a nadie. No cabe duda de que los

periódicos contribuyeron para que aumente la cantidad de visitantes, pero solo dieron la noticia porque estos ya eran una multitud. De lo contrario, no habrían dicho nada, pues el señor Jacob nunca les pidió que hablaran de él, como tampoco les pagó para que le hicieran propaganda. Por consiguiente, es preciso descartar toda clase de estratagemas, que en estas circunstancias no tendrían ninguna razón de ser.

Para evaluar las acciones de un individuo, se requiere indagar en el interés que podría impulsar su manera de proceder. Ahora bien, se comprobó que en el señor Jacob no había interés alguno, como tampoco lo había en el señor Dufayet, que prestaba su local gratuitamente y ponía a sus empleados al servicio de los enfermos, a fin de trasladarlos, y todo eso con perjuicio de sus propios intereses. Así pues, los cómplices no tenían nada que ganar.

Dado que las curaciones que el señor Jacob realizaba últimamente eran del mismo tipo que las obtenidas el año pasado en el campo militar de Châlons, y que los hechos ocurrieron aproximadamente de igual modo, salvo por la mayor escala, remitimos a nuestros lectores a los relatos y las apreciaciones que hicimos al respecto en la *Revista* de octubre y de noviembre de 1866. Respecto de los incidentes particulares de este año, no podríamos sino repetir lo que todo el mundo supo a través de los periódicos. Nos limitaremos, pues, en cuanto al presente, a realizar algunas consideraciones generales acerca del hecho en sí.

Hace aproximadamente dos años, los Espíritus nos habían anunciado que la mediumnidad curativa alcanzaría un desarrollo importante y constituiría un poderoso medio de divulgación del espiritismo. Hasta entonces, solo había curadores que, por decirlo de algún modo, operaban en la intimidad y

sin producir ruido. Por nuestra parte, dijimos a los Espíritus que, para que la divulgación fuera más rápida, haría falta que surgieran algunos suficientemente poderosos para que sus curaciones repercutieran en el público. "Eso ocurrirá –nos respondieron–, y habrá más de uno."

Esa previsión comenzó a realizarse el año pasado en el campo militar de Châlons, y Dios sabe que este año no les ha faltado repercusión a las curaciones de la rue de la Roquette, y no solo en Francia, sino también en el extranjero.

La inquietud general que esos hechos causaron se justifica por la importancia de las cuestiones a que dan lugar. No hay que equivocarse: no se trata de uno de esos acontecimientos de pura curiosidad que apasionan por algún tiempo a la multitud ávida de novedades y distracciones. Nadie se distrae con el espectáculo de las miserias humanas. Ver esos miles de enfermos, corriendo detrás de la salud que no pudieron alcanzar con los recursos de la ciencia, no tiene nada de gratificante, y genera serias reflexiones.

Así es, aquí hay algo más que un fenómeno vulgar. No cabe duda de que resultan asombrosas esas curas obtenidas en condiciones tan excepcionales, a tal punto que parecen prodigios. Pero lo que impresiona más aún que el hecho material, es que en este se revela un principio nuevo cuyas consecuencias son incalculables, una de esas leyes que se mantuvieron ocultas durante mucho tiempo en el santuario de la naturaleza y que, tras su aparición, cambian el curso de las ideas y modifican profundamente las creencias.

Una secreta intuición nos dice que, si los hechos en cuestión son reales, constituyen más que un cambio en los hábitos, más que una transformación de la industria, pues se

trata de un elemento nuevo introducido en la sociedad. Es un nuevo orden de ideas que se establece.

Aun cuando los acontecimientos del campo militar de Châlons hayan sido una preparación para lo que ocurrió después, resulta que, debido a la inactividad del señor Jacob durante un año, casi no se los recordaba. La inquietud se había calmado, hasta que, de repente, los mismos hechos se produjeron en el seno de la capital y alcanzaron proporciones inauditas. Por decirlo de algún modo, fue como si alguien se levantara al día siguiente de una revolución, y nos abordara tan solo para preguntarnos: '¿Sabéis lo que ocurre en la rue de la Roquette? ¿Tenéis novedades?' Las personas se pasaban los periódicos como si se tratara de un gran acontecimiento. En cuarenta y ocho horas, toda Francia se enteró del caso.

En este hecho espontáneo hay algo notable y más importante de lo que se supone.

La impresión del primer momento fue de estupor: *nadie se rió*. Hasta la prensa jocosa se limitó a relatar los hechos y los rumores, pero sin hacer comentarios. Todos los días presentaba el reporte, sin pronunciarse a favor ni en contra, y pudimos observar que en su mayoría los artículos no estaban escritos con tono de burla, sino que expresaban la duda, la incertidumbre acerca de la realidad de hechos tan extraños, aunque con una mayor inclinación en el sentido de afirmarlos que de negarlos. Ocurre que el tema era serio de por sí. Se relacionaba con el sufrimiento, y el sufrimiento contiene algo sagrado y que impone respeto. En tal caso, la burla sería inoportuna y resultaría universalmente condenada. Nunca se ha visto que la locuacidad bromista se manifestara frente a un hospital, ni siquiera de locos, o ante un convoy de heridos. Los hombres sensatos y de buen corazón no podían dejar de comprender

que, ante algo relacionado con una cuestión humanitaria, el escarnio habría sido atroz, porque significaría insultar al dolor. Así, en la actualidad, el espectáculo de esos desdichados enfermos, cuando se representa de manera grotesca en los escenarios y se refleja en canciones burlescas, es presenciado con un sentimiento de pena y una especie de repugnancia. Si se reconociera que esos enfermos poseen una credulidad pueril y una esperanza infundada, eso no sería un motivo para que se deje de respetar el sufrimiento.

Ante una repercusión como la que tuvieron esos hechos, la negación absoluta era difícil, pues a la persona que no sabe o no ha visto, solo se le permite la duda. Entre los incrédulos de buena fe y por ignorancia, muchos comprendieron que habría sido imprudente refutar de manera prematura tales hechos, pues en cualquier momento estos podrían consagrarse y desmentirlos. Por lo tanto, sin negar ni afirmar nada, la prensa por lo general se limitó a describir la situación, a la espera de que la experiencia se ocupara de confirmar o desmentir los hechos, y sobre todo de explicarlos. Era la actitud más prudente.

Una vez superado el momento inicial de sorpresa, los adversarios –que se obstinan en negar cualquier novedad que contraríe sus ideas–, aturdidos aún por la violencia con que el hecho había irrumpido, tomaron valor, sobre todo cuando vieron que el zuavo era paciente y de carácter pacífico, y comenzaron a atacarlo, arremetiendo con las armas habituales de los que no tienen buenas razones para oponer, es decir, con las armas de la burla y la calumnia a ultranza. No obstante, en esa enconada polémica, reflejan su ira y una evidente incomodidad. Sus argumentos, que en gran parte no tienen consistencia y se apoyan en alegaciones notoriamente inexactas, no resultan convincentes, dado que se refutan a sí mismos.

De todos modos, no se trata aquí de una cuestión personal. Más allá de que el señor Jacob sucumba o no en la lucha, lo que está en juego es una cuestión de principios, que se presenta con una inmensa repercusión, y que seguirá su curso. Trae a la memoria los innumerables hechos del mismo género, que la historia menciona, y que se multiplican en la actualidad. Si constituye una verdad, no está encarnada en un hombre, y nada podría sofocarla. La violencia misma de los ataques que recibe, demuestra que tienen miedo de que en efecto sea auténtica.

Ante esta circunstancia, los que menos se sorprenden y escandalizan son los espíritas, dado que ese tipo de hechos no contiene nada que ellos no puedan explicar plenamente. Como conocen la causa, no los asombra el efecto.

En cuanto a los que no conocen la causa del fenómeno ni la ley que lo rige, es lógico que se pregunten si se trata de una ilusión o de una realidad, si el señor Jacob es un charlatán, si cura realmente todas las enfermedades, si está dotado de un poder sobrenatural, de quién obtiene dicho poder, y si hemos vuelto a la época de los milagros. Al observar la multitud que lo rodea y lo sigue, como la que antaño seguía a Jesús en Galilea, algunos se preguntan también si el señor Jacob no será Jesucristo reencarnado, mientras que otros suponen que su facultad es un presente del diablo.

Para los espíritas, todas estas cuestiones han sido resueltas hace mucho tiempo, y ellos encuentran la solución en los principios de la doctrina espírita. No obstante, como de aquí surgen varias enseñanzas importantes, vamos a examinarlas en un próximo artículo, en el cual también destacaremos la inconsecuencia de algunas críticas.

* * *

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Consejos acerca de la mediumnidad curativa

I

(París, 12 de marzo de 1867, grupo Desliens.
Médium: señor Desliens.)

Como ya se os ha dicho varias veces y en diferentes instrucciones, la mediumnidad curativa, de manera conjunta con la facultad vidente, ha sido llamada a desempeñar un gran papel en el actual periodo de la revelación. Son los dos agentes que cooperan con la mayor fuerza para la regeneración de la humanidad y la fusión de todas las creencias en una sola, tolerante, progresiva y universal.

Recientemente, cuando me comuniqué en una reunión de la Sociedad, en la que me habían evocado, dije y ahora repito que todo el mundo posee la facultad curativa con mayor o menor intensidad, y que si todos se consagraran seriamente al estudio de esa facultad, muchos médiums, que ignoran el hecho de que lo son, podrían brindar útiles servicios a sus hermanos en humanidad. En ese momento, el tiempo no me permitió desarrollar todo mi pensamiento al respecto, de modo que aprovecharé vuestro llamado para hacerlo ahora.

Por lo general, el único deseo de quienes buscan la facultad curativa es obtener el restablecimiento de la *salud material*, recuperar la libertad de acción de algún *órgano* cuyas funciones estén bloqueadas por alguna *causa material*. No obstante, debéis saber que ese es el menor de los servicios que dicha facul-

tad ha sido llamada a brindar, y vosotros solo conoceréis sus premisas, y de un modo rudimentario, si le asignáis tan solo ese rol… ¡No, la facultad curativa tiene una misión más noble y amplia…! Si bien puede devolverle al cuerpo el vigor de la salud, también debe concederle a las almas toda la pureza de que son susceptibles, y tan solo en ese caso podrá llamarse *curativa*, en el sentido absoluto del término.

Se os ha dicho a menudo, y vuestros instructores no os lo repetirían demasiado, que el efecto aparentemente material, el sufrimiento, tiene casi siempre una causa mórbida inmaterial, que reside en el estado moral del Espíritu. Por lo tanto, si el médium curador se ocupa del cuerpo, solo se ocupa del efecto, y como la causa primera del mal permanece, el efecto puede reproducirse, ya sea con su forma primordial, o bien con otra apariencia. Ahí radica a menudo una de las razones por las cuales determinada enfermedad, curada súbitamente por la influencia de un médium, reaparece con todos sus accidentes tan pronto como la influencia benéfica se aparta, pues no queda nada, absolutamente nada, para combatir la causa mórbida.

Para evitar esos retornos, es necesario que el remedio espiritual ataque el mal en su base, así como el fluido material lo destruye en sus efectos. Es necesario, en una palabra, tratar el cuerpo y el alma a la vez.

Para ser un buen médium curador, no solamente el cuerpo debe ser apto para servir de canal a los fluidos materiales reparadores, pues también hace falta que el Espíritu cuente con una fuerza moral que solo puede obtener a través de su propio mejoramiento. Así pues, para ser médium curador, es necesario prepararse, no solo mediante la plegaria, sino con la purificación del alma, a fin de tratar físicamente el cuerpo con medios físicos, e influir en el alma con la fuerza moral.

Una última reflexión. Os han recomendado que busquéis preferentemente a los pobres, que no cuentan con otros recursos más que la caridad del hospital. Por mi parte, no estoy tan de acuerdo con ese consejo. Jesús decía que la misión del médico es curar a los enfermos, y no a los que están sanos. No olvidéis que, respecto de la salud moral, hay enfermos en todas partes, y que el deber del médico es acudir al lugar donde su auxilio sea necesario.

Sacerdote Príncipe de Hohenlohe

II

(Sociedad de París, 15 de marzo de 1867.
Médium: señor Desliens.)

En una reciente comunicación, me refería a la mediumnidad curativa desde un punto de vista más amplio que el considerado hasta ahora, señalando que consiste en el tratamiento moral más que en el tratamiento físico de las enfermedades, o por lo menos reunía ambos tratamientos en uno solo. Os ruego que me permitáis deciros algunas palabras al respecto.

El sufrimiento, la enfermedad, la muerte misma, con las características que vosotros conocéis, ¿no pertenecen más especialmente a los mundos en que habitan los Espíritus inferiores o poco adelantados? ¿Acaso el objetivo principal del desarrollo moral no es conducir la humanidad hacia la dicha, haciendo que adquiera conocimientos más completos y se libere de las imperfecciones de todo tipo, que ralentizan su marcha ascendente hacia lo infinito? Ahora bien, al mejorar el Espíritu de los enfermos, ¿no se los pone en mejores condiciones para so-

portar los padecimientos físicos? Al atacar los vicios, las malas inclinaciones, que son la fuente de casi todas las desorganizaciones físicas, ¿no se logra que esas desorganizaciones se vean imposibilitadas de reproducirse? Al destruir la causa, se impide necesariamente el efecto de que se manifiesten de nuevo.

Así pues, la mediumnidad curativa comporta dos formas, y esa facultad no alcanzará su apogeo en quienes la posean hasta que ellos no reúnan en sí mismos esas dos maneras de ser. Puede abarcar únicamente el alivio material de los enfermos, en cuyo caso se dirige a los encarnados. Puede abarcar el mejoramiento moral de los individuos, y entonces se dirige tanto a los Espíritus como a los hombres. Por último, puede abarcar el mejoramiento moral y el alivio material, en cuyo caso tanto la causa como el efecto podrán ser combatidos victoriosamente. El tratamiento de los Espíritus obsesores, ¿acaso es, en efecto, algo más que una especie de influencia semejante a la de la mediumnidad curativa, pero ejercida conjuntamente por médiums y Espíritus sobre una personalidad desencarnada?

Por consiguiente, la mediumnidad curativa abarca a la vez la salud moral y la salud física, el mundo de los encarnados y el de los Espíritus.

Sacerdote Príncipe de Hohenlohe

III

(París, 24 de marzo de 1867, Médium: señor Rul.)

Acudo a vos para continuar la instrucción que impartí a un médium de la Sociedad. ¿Por qué dudabais de que yo pudiera responder vuestro llamado? ¿Acaso no sabéis que un

Espíritu bueno siempre es feliz ayudando a sus hermanos de la Tierra en el camino del mejoramiento y del progreso?

Ahora conocéis lo que os he dicho acerca del amplio rol reservado para la mediumnidad curativa. Sabéis que, según el estado de vuestra alma y las aptitudes de vuestro organismo, podéis curar, si Dios os lo permite, ya sea dolores físicos o padecimientos morales, o ambos a la vez. Dudáis de vuestra capacidad para hacer una y otra cosa, porque conocéis vuestras imperfecciones. Pero Dios no pide la perfección, la pureza absoluta, a los hombres de la Tierra. De lo contrario, ninguno de vosotros sería digno de ser médium curador. Dios os pide que mejoréis, que hagáis esfuerzos constantes a fin de purificaros, y toma en cuenta vuestra buena voluntad.

Puesto que deseáis seriamente aliviar a vuestros hermanos que sufren física y moralmente, tened confianza y esperad que el Señor os conceda ese favor. No obstante, os repito que no seáis exclusivos en la elección de vuestros enfermos. Todos ellos, ricos o pobres, creyentes o incrédulos, buenos o malos, tienen derecho a vuestro auxilio. ¿Acaso el Señor priva a los malos del calor benéfico del sol que calienta, que reanima y vivifica? ¿Acaso se le niega la luz al que no se prosterna ante la bondad del Todopoderoso? Curad, pues, a todo el que sufre, y aprovechad el bien que hicisteis a su cuerpo para purificar su alma, que sufre más aún, así como para enseñarle a orar. No os desaniméis por el rechazo que habréis de encontrar. Haced siempre vuestra obra de caridad y de amor, y no os quepa duda de que el bien, aunque retrasado para algunos, nunca se perderá. Perfeccionaos mediante la oración, mediante el amor al Señor y a vuestros hermanos, y estad seguros de que el Todopoderoso os brinda con frecuencia las ocasiones para que ejerzáis vuestra facultad mediúmnica. Sed dichosos

cuando, después de la cura, vuestra mano estreche la de vuestro hermano reconocido, y ambos se prosternen a los pies del Padre celestial, orando juntos para agradecerle y adorarlo. Sed más dichosos aún cuando, recibidos con ingratitud después de haber curado el cuerpo, pero impotentes para curar el alma endurecida, elevéis vuestro pensamiento hacia el Creador, porque vuestra plegaria será la primera chispa que más tarde encenderá la llama que habrá de brillar ante vuestro hermano curado de su ceguera, y entonces diréis que cuanto más sufre un enfermo, más debe el médico brindarle su atención.

Valor, hermano, tened esperanza y aguardad que los Espíritus buenos, que os dirigen, os inspiren en el momento en que habréis de comenzar, junto a vuestros hermanos que sufren, la aplicación de vuestra nueva facultad mediúmnica. Hasta entonces, orad, progresad mediante la caridad moral y la influencia del ejemplo, y nunca dejéis pasar la menor ocasión de esclarecer a vuestros hermanos. Dios vela sobre cada uno de vosotros, y quien actualmente es el más incrédulo, mañana podrá ser el creyente más fervoroso.

Sacerdote Príncipe de Hohenlohe

* * *

Los adioses

(Sociedad de París, 16 de agosto de 1867.
Médium: señor Morin, en estado
de sonambulismo espontáneo.)

Nota. Entre las comunicaciones obtenidas en la última reunión de la Sociedad, previa a las vacaciones, la que sigue

presenta un carácter particular, que se aparta de la forma habitual. Varios de los Espíritus que frecuentan las sesiones y se manifiestan algunas veces, acudieron sucesivamente para dirigir algunas palabras a los miembros de la Sociedad antes del receso. Lo hicieron por intermedio del señor Morin, que se hallaba en estado de sonambulismo espontáneo. Era como si un grupo de amigos llegara para despedirse y brindar su testimonio de afecto en el momento de la partida. Con cada interlocutor que se comunicaba, el intérprete cambiaba el tono de voz, el ritmo, la expresión, la fisonomía. Además, por el lenguaje se podía reconocer al Espíritu que hablaba, antes de que dijera su nombre. Era el Espíritu el que hablaba, para lo cual se valía de los órganos del encarnado. No era su pensamiento traducido más o menos fielmente al pasar por el intermediario. De ese modo, la identidad resultaba evidente y, salvo la semejanza física, el Espíritu se hallaba delante de nosotros como si estuviera vivo. Después de cada alocución, el médium quedaba absorto durante algunos minutos. En ese momento, un Espíritu era sustituido por otro, tras lo cual el médium volvía en sí poco a poco y retomaba la palabra con otro tono. El primero que se presentó fue nuestro ex colega Leclerc, fallecido en el mes de diciembre del año pasado[39]:

Algunos de vuestros hermanos que han partido, aprovechan la ocasión para manifestaros su afecto en el momento previo a vuestro receso.

¡La muerte no significa nada cuando de ella nace una vida mucho más importante, más prolongada y útil que la vida humana…! Sobrevino un aturdimiento, seguido de una pos-

39. Acerca del señor Leclerc, véase la necrología publicada en el número de enero de 1867. (N. del T.)

tración (alude a la manera como murió), y luego me levanté más libre y dichoso en ese mundo invisible que mi alma había presentido, ¡que todo mi ser anhelaba…! ¡Libre…! ¡Planear en el espacio…! Vi, observé, y mi gozo delirante tan solo era atenuado por el excesivo pesar que la ausencia de mi personalidad material causaba en los míos. Pero ahora que pude probarles mi existencia, y que les he demostrado que si bien mi cuerpo ya no está con ellos, mi Espíritu lo está más que antes, ahora soy feliz, muy feliz. Porque lo que no se pudo hacer como encarnado, se puede lograr en un estado de espiritualidad. Ahora soy útil, muy útil, y gracias al afecto de los que me conocieron, mi utilidad es más eficaz.

¡Qué bueno es poder servir a nuestros hermanos, y de ese modo ser útiles a la humanidad entera! ¡Qué bueno, qué agradable es, para el alma, hacer que la humanidad participe del poco saber adquirido mediante el sufrimiento! Yo, que antaño me hallaba prisionero en ese cuerpo torpe, ahora soy grande; y si no fuera por mi temor a que os burléis, me admiraría a mí mismo. Como veis, ser bueno significa formar parte de Dios. ¿Será que yo poseía esa bondad? ¡Oh! respondedme. Vuestro testimonio será una dicha más, que se sumará a mi dicha actual. Pero ¿por qué necesito vuestras palabras? ¿Acaso no puedo leer en vuestros corazones, y ver vuestros sentimientos más íntimos? Gracias a mi desmaterialización, ¿no puedo ver ahora vuestros pensamientos más secretos?

¡Oh! ¡Dios es grande, y su bondad es sublime! Amigos míos, al igual que yo, inclinaos ante su majestad; trabajad para el cumplimiento de sus designios, haciendo más y mejor lo que yo mismo no he podido hacer.

Leclerc

Para el alma que aspira a la libertad, ¡cuán largo es el tiempo en la Tierra, y cuánto se hace esperar ese momento tan soñado! Pero también, una vez que el lazo se ha desatado, ¡con cuánta rapidez el Espíritu se eleva hacia el reino celeste, al que veía en sueños cuando vivía, y al que aspiraba sin cesar! Lo bello, lo infinito, lo intangible, los sentimientos más puros, tal es la herencia de quienes desprecian los tesoros humanos y van en busca de la vida sagrada del bien, de la caridad y del deber. Tengo mi recompensa y soy muy dichosa, porque ahora ya no espero la visita de los que amo; ahora ya no hay límites para mi vista, y ya no existe ese sufrimiento, ese prolongado debilitamiento del cuerpo. Soy feliz, estoy alegre, llena de vitalidad. Ya no espero visitas; ahora las voy a visitar.

Ernestine Dozon

¡Muy afortunados son los que en este momento pueden presentarse entre vosotros sin avergonzarse, a fin de haceros partícipes de su alegría por estar aquí! Pero yo, que tomé el atajo de los cobardes para evitar los caminos tortuosos; yo, que ingresé por sorpresa en un mundo que me resultaba desconocido; yo, que rompí la puerta de la prisión en vez de esperar que se abriera de par en par; yo me presento en esta mesa, a causa de esa vergüenza que me cubre el rostro, para deciros: ¡Gracias por vuestro perdón sincero; gracias por vuestras plegaria; por el interés que me habéis prodigado; todo lo cual abrevió mis padecimientos! ¡Gracias también, por las expectativas que veo germinar en vuestros corazones, y por la fraterna comunidad de vuestro afecto, que me beneficiará!

Ahora, la claridad que apenas vislumbraba se ha convertido en un faro luminoso, en rayos inmensos y brillantes. A

partir de este momento, veo el camino, y si vuestras plegarias me sostienen, conforme lo presiento, y si mi humildad y mi arrepentimiento no se desdicen, vosotros podéis contar con un viajero más en el largo camino llamado *el bien*.

D…

He fracasado… He pecado… ¡y mucho…! Sin embargo, si Dios pone en el cerebro de un hombre una inteligencia, y a su lado coloca deseos para satisfacer, inclinaciones imposibles de superar, ¿por qué haría que el Espíritu soporte las consecuencias de esos obstáculos que no pudo vencer…? ¡Ah! Estoy delirando… ¡Blasfemo…! Porque, dado que Él me había otorgado una inteligencia, esta era el instrumento con cuya ayuda yo podía vencer los obstáculos… Cuanto más grande era esa inteligencia, menos excusas yo tenía…

Mi propia inteligencia, mi presunción sobre todo, me perdieron... He sufrido moralmente todas mis decepciones, mucho más que físicamente, ¡lo cual no es poco decir…! Al haceros estas confesiones, sufro por el pasado y por todos los padecimientos de los míos, que aumentan el peso de los males que me agobian… ¡Oh! ¡Orad por mí! Hoy es un día de indulgencia. Así pues, reclamo la vuestra. ¡Ruego que todos aquellos a quienes he ofendido e ignorado me perdonen!

X…

¡Espectador invisible, desde hace algún tiempo asisto a vuestros estudios con una inmensa felicidad! Vuestros trabajos absorben mis facultades intelectuales más aún que cuan-

do estaba vivo. Veo, observo, estudio, y ahora que mis fibras cerebrales ya no son obstruidas por la materia, abro mis ojos espirituales y puedo ver los fluidos que en vano había intentado percibir mientras vivía.

¡Así es! Si vosotros pudierais ver esa inmensa red, ese entrecruzamiento fluídico, vuestros rayos visuales quedarían tan disminuidos que solo percibiríais tinieblas. ¡Veo, siento, aprecio…! Y en esas moléculas fluídicas, átomos intangibles, distingo las diversas fuerzas propulsoras. Las analizo y formo con ellas un todo que empleo en beneficio de los pobres cuerpos sufridores. Reúno, agrupo los fluidos afines, y simplemente, gratuitamente, los derramo sobre quienes los necesitan.

¡Ah! ¡El estudio de los fluidos es algo hermoso! Y vosotros comprenderíais cuán valiosos son para mí todos esos misterios, si al igual que yo hubierais consagrado en vano toda vuestra existencia para develarlos. Gracias al espiritismo, el caos aparente de esos conocimientos fue puesto en orden. El espiritismo distinguió lo que pertenece al dominio físico de lo que es propio del mundo espiritual. Reconoció dos partes muy distintas en el magnetismo, e hizo que sus efectos se reconocieran con facilidad. ¡Y solo Dios sabe lo que le reserva el porvenir!

Pero noto que absorbo todo vuestro tiempo en mi beneficio, mientras otros Espíritus desean hablaros también. Volveré, a través de la escritura, para continuar desarrollando mis ideas acerca de esos estudios con los que tanto me gustaba entretenerme en vida.

E. Quinemant[40]

40. Acerca del señor Quinemant, véase la necrología publicada en el número de junio de 1867. (N. del T.)

Mis queridos hijos, el año social espírita ha sido fructífero para vuestros estudios, y por mi parte acudo gustoso para manifestaros toda mi satisfacción. Se analizaron muchos fenómenos, y numerosos hechos incomprensibles fueron resueltos. Habéis abordado algunas cuestiones que no tardarán en ser reconocidas como principios. Estoy, o mejor dicho, estamos satisfechos.

A pesar de todo el ardor empleado hasta ahora, en medio de vosotros y por vuestros enemigos, contra vuestras buenas intenciones, vuestra falange ha sido la más fuerte, y si bien el mal ha causado algunas víctimas, eso se debe a que la lepra ya existía en ellas. Con todo, la herida ya se cicatriza. Los buenos llegan y los malos se van. Y en cuanto a los malos que permanecen entre vosotros, más tarde el remordimiento será terrible, porque suman la hipocresía a sus defectos. No obstante, los que son sinceros, los que ahora se unen a vosotros, los que aportan su dedicación a la verdad y el deseo de comunicarla a todos, os aseguro que todos ellos, hijos míos, serán muy dichosos, porque llevarán la felicidad, no solo consigo, sino a cuantos los escuchen. Observad vuestras filas, y veréis que los lugares que las deserciones dejaron vacíos, enseguida son ocupados provechosamente por nuevas individualidades, las cuales disfrutarán los beneficios que serán el patrimonio de la generación futura.

¡Adelante, hijos míos! Vuestros estudios siguen siendo muy elementales; pero cada jornada trae consigo los medios para profundizar cada vez más. Para eso, nuevos instrumentos se sumarán a los que ya tenéis. Recibiréis instrucciones más extensas, para la inmensa gloria de Dios y para el mayor bienestar de la humanidad.

Entre vosotros hay varios de esos instrumentos, que ocuparán un lugar en vuestra mesa luego del receso. Ellos aún no se atreven a manifestarse, pero vosotros debéis infundidles valor. Poned a vuestro lado a los tímidos y a los orgullosos que creen ser mejores que los demás, y entonces nosotros veremos si los tímidos tienen miedo, y si los orgullosos no tendrán que rebajar sus pretensiones.

San Luis

La epidemia que diezma al mundo en determinados momentos, y que vosotros convinisteis en denominar *cólera*, nuevamente golpea con violencia a la humanidad. Sus efectos son inmediatos, y su acción es rápida. Sin previo aviso, el hombre pasa de la vida a la muerte. Y los más privilegiados, que se salvaron de su mano fulminante, quedan estupefactos, trémulos, ante las espantosas consecuencias de una enfermedad cuyas causas se desconocen y cuyo remedio se ignora por completo.

En esos tristes momentos, el miedo se apodera de los que apenas consideran la acción de la muerte sin ver más allá, y que por ese solo hecho dan lugar más fácilmente a la enfermedad. No obstante, la hora de cada uno de nosotros está señalada, de modo que, cuando llega, es necesario partir a pesar de todo. La hora está señalada para una buena cantidad de habitantes del universo terrestre. Parten todos los días. El flagelo avanza poco a poco y se propaga por toda la superficie del globo.

Esa enfermedad es desconocida, y tal vez lo sea más aún en la actualidad, porque a su constitución propia se suman día a día otros elementos, que confunden el saber humano e

impiden que se encuentre el remedio necesario para detener su marcha. Así pues, a pesar de su ciencia, los hombres deben sufrir las consecuencias de ese flagelo destructor, que simplemente es uno de los medios para activar la renovación de la humanidad, una renovación que debe cumplirse.

Con todo, no os preocupéis. Vosotros, espíritas, que sabéis que morir es renacer, si os enfermáis y debéis partir, ¿acaso no iréis hacia la felicidad? Por el contrario, si os salváis, agradecédselo a Dios, porque de ese modo os permitirá aumentar la suma de vuestros padecimientos y pagar más por la prueba.

De un modo u otro, tanto si la muerte os alcanza como si os deja ir, solo habréis de ganar. De lo contrario, no os llaméis espíritas.

Doctor Demeure

Esto es para él (el médium habla de sí mismo en tercera persona): Mirad, se os ha dicho que llegaría el momento en que él podría ver, oír y dormir a la vez. Pues bien, ese momento ha llegado, para vosotros y no para los otros. Después del receso, ya no se dormirá, salvo que sea de utilidad, en algunos casos excepcionales. En este momento, él lo lamenta, pero más tarde, cuando se despierte y lo sepa, estará muy contento… ¡el egoísta…! Sin embargo, todavía tiene mucho que hacer. Hasta entonces, dormirá. Felicitará raramente, y fustigará muy a menudo: esa es su tarea. Orad para que le resulte fácil. Orad para que su palabra lleve, a donde sea necesario, la paz, el consuelo y la reconciliación. Ayudadlo con vuestro pensamiento. Cuando regrese, él pondrá toda su buena voluntad para secundaros, y lo hará de corazón. Pero sostenedlo, porque lo necesita mucho. Por otra parte, las circunstancias

excepcionales durante las cuales dormirá, lamentablemente tal vez se justifiquen con mucha frecuencia. Por último, decid como él: "¡Que se haga la voluntad de Dios!"

Morin

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 11 Noviembre de 1867

Impresiones de un médium inconsciente

a propósito de *La novela del porvenir*

por el señor Eugène Bonnemère

El señor Bonnemère ha tenido la amabilidad de transmitirnos, respecto del joven bretón al que se refiere en el prefacio del interesante libro que publicó con el título *La novela del porvenir*, detalles circunstanciados que complementan los que hemos publicado en la *Revista* de julio de 1867, página 215. Esas nuevas informaciones son sumamente interesantes, y nuestros lectores agradecerán al autor, como nosotros lo hacemos, el hecho de que las haya puesto a nuestra disposición. A continuación, las transcribiremos junto con algunas observaciones de nuestra parte.

"Señor:

"Un amigo me ha enviado con mucho retraso el número de la *Revista Espírita* en la que publicasteis una reseña de *La*

novela del porvenir, el libro que he firmado con mi nombre. Permitidme que os haga algunas aclaraciones respecto a un pasaje de ese artículo, en el que se encuentra esta reflexión: 'Nos han dicho que, cuando escribió ese libro, el autor no conocía el espiritismo, lo cual parece difícil…'

"No obstante, eso es rigurosamente cierto. Confieso con toda sinceridad y humildemente, Señor, que he cometido el error de no enviaros ese volumen. Nunca he concurrido a vuestra casa. Ni siquiera conocía el título de la *Revista Espírita*, y mi biblioteca no cuenta con ninguna obra acerca de los temas que en ella se tratan. Por ese motivo, definí a mi joven bretón como un extático natural, en tanto que para vos es un médium.

"En el prefacio de *La novela del porvenir*, relaté la extraña aventura por la cual yo, que fui un historiador en la madurez de mi vida, me convertí en novelista después de haber superado la cincuentena. Los lectores no han visto en eso otra cosa más que uno de aquellos procedimientos que los autores emplean habitualmente para que sus relatos sean un poco más excitantes. Os aseguro que, salvo un detalle que no tiene relación alguna con el tema, y que aún no se me permite revela, todo lo que expongo en ese prefacio es verdad; y lejos de exagerar, no lo digo todo.

"Mi joven bretón explica, en veinte pasajes de sus voluminosos manuscritos (alrededor de dieciocho mil páginas), las causas y los efectos de esa especie de condena a trabajos forzados que sufrió y que maldijo.

" 'Todas las noches –escribió él, con fecha 24 de agosto de 1864–, me acuesto muy cansado después de una jornada de trabajo. Me duermo. Una hora después, me despierto. Me siento triste, como si un crespón negro me envolviera. No

puedo hablar, pero no sufro. Hay una especie de vacío en mi cerebro. Bajo esa impresión, a menudo mis ojos se vuelven a cerrar, con lágrimas en el corazón. Luego, en la mañana, me despierto con una mudez persistente, es decir, con intolerables dolores en el costado izquierdo y en el corazón, que no me permiten volver a dormir. Experimento un estado de angustia intolerable, que me obliga a levantarme. Me sofoco. En mí hay algo demasiado lleno, que necesita vaciarse. Entonces, me dirijo a mi escritorio, y ahí me veo forzado a escribir.

" 'Cuanto más sufro, más y mejor escribo. En ese momento, me siento desbordado por una imaginación extrema. Cuando una obra está completa y no necesita más que ser volcada al papel, invento otra, pero sin que yo me lo proponga, mientras escribo mecánicamente la que ya está madura.

" *'Si debo ser instrumento de alguno de los amigos que han muerto, su nombre resuena en mi oído*. Cuando escribo, ese nombre no me abandona, y experimento, incluso en medio de mis dolores físicos, a veces agudos, sobre todo en el corazón, una especie de ternura para que escriba lo que él pone en mí. Es como una inspiración, pero absolutamente involuntaria. Se activan todas las fibras de mi ser moral. Entonces, siento más intensamente. Es como si vibrara. Los ruidos son más fuertes, más perceptibles. Experimento vibraciones intelectuales y morales a la vez.

" 'Cuando me encuentro en ese estado de mudez, siento como si estuviera envuelto en una red que establece una separación entre mi ser intelectual y el conjunto de los objetos materiales o de las personas que me rodean. Se trata de un aislamiento absoluto en medio de la multitud. Mi voz y mi espíritu están en otra parte. El ser inspirador que viene a mí, no me abandona más. *Genera una especie de compenetración.*

Soy como una esponja embebida en su pensamiento. Yo la presiono, y de ella sale la quintaesencia de su pensamiento, libre de las mezquindades de nuestra vida en la Tierra.

" 'A veces, incluso sin la mudez, solo o acompañado, pues eso poco importa, converso, me río, registro la conversación de los demás, pero sigo escribiendo. Las ideas se acumulan, aunque fugazmente. Estoy y no estoy más. Cuando despierto, ya no recuerdo nada. Pero el estado de mudez me hace revivir las imágenes borradas.

" 'Si tengo que escribir una novela, primero recibo el título, y los acontecimientos vienen después. A veces me lleva uno o dos días componerla en su totalidad. Si se trata de algo más serio, el título también me es dictado, y luego hay una superabundancia de ideas, incluso cuando parezco muy distraído. La elaboración lleva su tiempo, hasta que el exceso se desborda sobre el papel.

" 'A menudo me ocurre, al finalizar una larga novela y cuando no tengo otra cosa lista para escribir en mis cuadernos, que siento una extraña sensación, como si en mi cerebro hubiera un espacio vacío. En ese momento, sufro mucho más. Se trata de un estado de atonía absoluta, hasta que mi cabeza se llena con otra cosa.

" 'Por lo general, ya en la noche, o durante la mañana, mientras estoy recostado, concibo algún proyecto nuevo. A veces, sin embargo, me levanto sin pensar en nada de lo que voy a escribir, y sin haber elaborado algo con anticipación. Enciendo la lámpara y me coloco ante el papel. Entonces, escucho del lado izquierdo, en el oído izquierdo, un nombre, una palabra, el tema de una novela con dos o tres palabras. Eso basta para que las palabras se sucedan sin interrupción. Mi pluma ordena los acontecimientos sin detenerse, hasta

que la historia llega a su fin. Cuando las cosas ocurren de ese modo, es porque se trata de un escrito muy breve, que será terminado en una sesión.

" 'En mi estado hay también una particularidad muy notable, que ocurre cuando estoy preocupado por la salud de alguien a quien aprecio. Realmente, eso se convierte para mí en una atroz enfermedad, y creo que sufro más que la persona en cuestión. Durante algunos instantes, en la cabeza, el estómago, el corazón y las entrañas, me invade una presión llena de angustia, que crece hasta convertirse en un dolor extremo. Llega un momento en el que solamente sufre la cabeza. Entonces, recibo el nombre de uno o varios remedios. Pero no quiero decir nada, porque dudo y tengo miedo de hacer daño, ¡cuando me gustaría tanto aliviar! Pero esas palabras se repiten sin cesar. Me doy por vencido, accedo y las digo con esfuerzo, o bien las escribo. Entonces, todo se acaba. No pienso más en eso, y lo olvido'.

"No sé si me equivoco, pero me parece que todo esto coincide con los caracteres de la *posesión* de antaño, y creo que en el pasado se quemó a muchos posesos que no eran más hechiceros que mi joven extático. Es evidente que él vive dos vidas, cada una de las cuales no tiene ninguna relación con la otra. A menudo lo he visto cuando alguna de las personas que confiaban en él le decía que estaba sufriendo. Tenía la mirada fija, los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas, y parecía que escuchaba, que buscaba algo. Entonces murmuraba: 'Sí, sí'. Era como si repitiera para sí mismo lo que una voz interior le decía. Indicaba el remedio necesario, conversaba un rato acerca de la naturaleza y la causa de la enfermedad, hasta que poco a poco todo eso se disipaba y él ya no tenía conciencia del instante en que el éxtasis había sobrevenido, ni de cuándo

había cesado. Para él, ese breve momento de ausencia no existía, y se evitaba hablar del tema.

" 'Yo quiero y debo vivir en las sombras –escribió en otra parte–. Me dicen que estamos en una sociedad descarriada, porque está mal dirigida. *El bien que se practica con desinterés y que emana de una fuente natural, aunque un tanto extraordinaria*, parece culpable, ridículo o, por lo menos, indiscreto. A cambio de una buena acción, no hay que exponerse a la burla, ni a veces al desprecio. Dice el viejo proverbio que *una falta confesada es a medias perdonada*, por lo que también se puede decir que una buena acción ocultada es a medias perdonada. Así pues, hay que hacer el bien a los demás sin que se den cuenta de ello. La auténtica caridad es la que da sin esperar retribución.'

"Nada de esto se lleva a cabo sin luchas. A veces, él se rebela contra esa obsesión tiránica. Lo he visto resistirse, debatirse con enojo; pero después, dominado por una voluntad superior a la suya, se ponía a escribir.

"Había anunciado un importante y extenso trabajo acerca de la libertad. Se declaraba incapaz de hacerlo, y protestaba que no lo haría. Hasta que una mañana, escribió:

" 'No, hoy también quiero luchar. Siento que la forma aún no me llega con suficiente claridad… ¿Cuándo me dejaréis tranquilo…? ¡Estoy destrozado…! ¡Ah! ¡Decís que eso se trata de una libertad de pensamiento que infundís en mí! ¡Pero habría que denominarlo una servidumbre de vuestros pensamientos! ¡Afirmáis que yo tengo el germen, y que me prestáis un inmenso servicio al desarrollarlo, agregándole lo que os pertenece!".

'Comenzaré con este asunto, ya tratado: ¿Qué es la vida?'

"De ese modo, una especie de anuncio de un programa a cumplir se desplegaba a lo largo de diez páginas, que escribió en cuarenta minutos.

"Todas esas cosas, que me parecieron muy extrañas, tal vez no lo sean tanto para vos, Señor. En suma, tengo fe en ese poder misterioso, porque él me ha curado de más de una afección, que tal vez habría desconcertado a la Facultad de Medicina. Nunca un enfermo está a su lado sin que él escriba una pequeña receta. La mayoría de las veces lo hace contra su voluntad, con la certeza de que no tomarán en cuenta sus prescripciones. Cierto día, concluía con estas líneas la respuesta a una consulta acerca de una persona enferma del pecho. Según él, esa persona recibía un tratamiento equivocado, pero él creía que podría salvarla:

" 'Esto es lo que puedo deciros. Haced lo que creáis conveniente. Esas son mis observaciones, y no he de reprocharme por haberlas dejado durmiendo dentro de mí. No se debe hacer nada sin el consejo del médico. Con naturalezas así, esto no puede servir más que como indicación. Que no me hablen más del tema; ni me lo agradezcan. *No soy un hombre, sino un alma que se despierta con el grito del sufrimiento, y que lo olvida todo después de que llegó el alivio*.'

"Cuando no tenía enfermos a mano, escribía remedios generales para las afecciones que la ciencia oficial aún no sabía curar. ¿Tienen valor esas prescripciones? Lo ignoro. De todos modos, lo que yo he visto, lo que he podido experimentar, me lleva a suponer que tal vez podrían abrir el camino hacia nuevos procedimientos curativos.

"Si un individuo que nunca abrió un libro de medicina escribe, sin tener conciencia de eso, remedios que pueden llegar a curar, en muchos casos, la mayoría de las enfermedades que

actualmente se consideran incurables, me resulta indiscutible que esas cosas le son reveladas por un poder desconocido y misterioso. Ante un hecho semejante, la cuestión me parece resuelta. Debemos aceptar, como demostrado, que existen sensitivos a los cuales se les ha concedido servir de intermediarios a los amigos fallecidos que, debido a que ya no tienen órganos al servicio de su voluntad, se valen de la voz o de la mano de esos seres privilegiados cuando desean curar nuestro cuerpo, o bien fortalecer nuestra alma, esclareciéndola acerca de las cosas que se les permite darnos a conocer.

"Es posible arriesgarse con un experimento *in anima vili*, sobre los gusanos de seda, por ejemplo, que cuando están enfermos no sirven para otra cosa más que para arrojarlos a los gusanos de las tumbas. El asunto es grave, porque la enfermedad que los mata genera pérdidas de cientos de millones de francos cada año. Por los resultados que se obtendrían, valdría la pena que se intentara ese primer experimento que, en caso de fracasar, no agravaría la situación.

"En esto puede haber un misterio, pero yo afirmo que no hay mistificación. Si he sido engañado, siempre me quedará el centenar de cuentos y novelas de este escritor, que es tal sin darse cuenta, cuya publicación ha de ocupar agradablemente el tiempo libre de los últimos años de mi existencia, y la mayor parte de los cuales dejaré a los que vengan después de mí.

"Este invierno, publicaré una nueva novela de mi joven extático bretón. En el prefacio, transcribiré textualmente lo que él ha escrito acerca de la curación de los gusanos de seda, e incluso agregaré, si se quiere, sus prescripciones para prevenir y curar el cólera y las enfermedades del pecho.

"Poco importa que se rían de mí durante algunos días, pero importa mucho que esos secretos, de los que el azar me

ha hecho depositario, no mueran conmigo, en caso de que contengan algo serio, y que se sepa si existen relaciones posibles entre las inteligencias superiores del otro lado de la vida, y las inteligencias dóciles del lado de acá. Creo que sería muy importante para nosotros establecer relaciones cada vez más frecuentes con esos muertos de buena voluntad, que parecen dispuestos a prestarnos tales servicios.

"Aceptad, etc."

E. Bonnemère

La descripción de las impresiones de este joven, realizada por él mismo, es aún más notable por el hecho de que ha sido escrita sin ningún conocimiento espírita, razón por la cual no pudo ser el reflejo de ideas que extrajo de algún estudio que habría podido exaltar su imaginación. Constituye la impresión espontánea de sus sensaciones, en la que se destacan con absoluta evidencia los caracteres de una mediumnidad inconsciente. La intervención de inteligencias ocultas es expresada sin ambigüedad. La resistencia que él opone, e incluso el malestar que siente, demuestran con creces que actúa bajo el imperio de una voluntad ajena. Ese joven es, por lo tanto, un médium en toda la acepción del término; y además, se halla dotado de facultades múltiples, porque es a la vez médium escribiente, vidente, auditivo, mecánico, intuitivo, inspirado, impresionable, sonámbulo, médico, literato, filósofo, moralista, etc. Con todo, en los fenómenos descriptos, no hay ninguno con los caracteres del *éxtasis*, de modo que el señor Bonnemère lo califica de manera impropia como extático, en vista de que esa es precisamente una de las facultades que le faltan. El éxtasis es un estado particular bien definido, que no se halla presente

en este caso. Tampoco parece dotado de la mediumnidad de efectos físicos, ni de la mediumnidad curativa.

Existen médiums naturales, así como hay sonámbulos naturales, que actúan de manera espontánea e inconscientemente. En otros, los fenómenos mediúmnicos son provocados por la voluntad; la facultad se desarrolla mediante el ejercicio, así como en algunos individuos el sonambulismo es provocado y se desarrolla mediante la acción magnética.

Por lo tanto, existen *médiums inconscientes* y *médiums conscientes*. La primera categoría, a la que pertenece el joven bretón, es la más numerosa. Resulta casi general, y podríamos decir sin exageración que, entre cien individuos, noventa se hallan dotados de esa aptitud en grados más o menos ostensibles. Si cada uno se estudiara a sí mismo, descubriría en ese género de mediumnidad, que adopta múltiples apariencias, la razón de una infinidad de efectos que no son explicados por ninguna de las leyes *conocidas* de la materia.

Esos efectos, materiales o no, visibles u ocultos, no dejan de ser naturales por el hecho de que tengan ese origen. El espiritismo no reconoce lo sobrenatural ni lo maravilloso, Según esta doctrina, todo se encuentra sujeto a las leyes de la naturaleza. Cuando la causa de un efecto es desconocida, hay que buscarla en la realización de esas leyes, y no en una perturbación de estas provocada por la acción de alguna voluntad, pues eso sería un auténtico milagro. Un hombre investido del don de hacer milagros tendría el poder de suspender el curso de las leyes que Dios ha establecido, lo cual es inadmisible. No obstante, dado que el elemento espiritual es una de las fuerzas activas de la naturaleza, da lugar a fenómenos especiales que solo parecen sobrenaturales porque los hombres se obstinan en buscar su causa únicamente en las leyes de la materia. Por esa

razón, los espíritas no hacen milagros, y nunca pretendieron hacerlos. La calificación de taumaturgos, que la crítica les asignó irónicamente, demuestra que esta habla de algo respecto de lo cual no conoce siquiera el abecé, dado que denomina *hacedores de milagros* a los mismos que vienen a destruirlos.

Entre las explicaciones contenidas en la carta precedente, también se destaca el hecho de que *La novela del porvenir* es una obra mediúmnica del joven bretón, y no podemos más que agradecer al señor Bonnemère el hecho de que haya declinado su paternidad. Los pensamientos tan elevados y profundos de ese libro no contenían nada que pudiera sorprendernos viniendo de él, razón por la cual no habíamos dudado en atribuírselos, además de incrementar nuestra estima por su carácter y su talento como escritor, que conocíamos. Pero ahora, tales pensamientos adquieren un interés particular por la fuente de la que emanan. Por más extraña que parezca al principio, esa fuente no tiene nada de sorprendente para quienes conocen el espiritismo. Hechos de ese tipo se ven con frecuencia, y no hay un solo espírita más o menos esclarecido que no pueda explicarlos perfectamente sin tener que recurrir a los milagros.

Así pues, al atribuir esa obra al señor Bonnemère, y encontrando en ella hechos y pensamientos que parecen tomados del espiritismo, nos resultó difícil que el autor no conociera esa doctrina. Pero a partir de que él afirma lo contrario, le creemos sin dificultad, y en su propia ignorancia hallamos la confirmación de ese hecho tantas veces reiterado en nuestros escritos, respecto de que las ideas espíritas se encuentran a tal punto en la naturaleza, que germinan *al margen de la enseñanza del espiritismo*, y de que una infinidad de personas son o se tornan espíritas sin saberlo y por intuición, pues a sus ideas sólo

les falta el nombre. El espiritismo es como esas plantas cuyas semillas son llevadas por el viento y crecen sin que se las cultive. Nace espontáneamente en el pensamiento, sin un estudio previo. Por lo tanto, ¿qué pueden contra él los que sueñan con aniquilarlo mediante la destrucción de la cepa madre?

Así pues, por un lado, nos hallamos ante un médium completo y notable; y por otro, ante un observador. Ninguno de los dos sabe qué es el espiritismo. Además, el observador, a partir de una deducción lógica de lo que ve, accede por sus propios medios a todas las consecuencias del espiritismo. Lo que él comprueba en primer lugar, es que los hechos que observa le señalan que el mismo individuo *vive dos vidas, cada una de las cuales no tiene ninguna relación con la otra*. Es evidente que esas dos vidas, en las que se manifiestan ideas que divergen, están sometidas a condiciones diferentes, y no es posible que ambas procedan de la materia. Esto constituye la comprobación de la vida espiritual. Lo que se ve, es el alma actuando fuera del organismo. Ese fenómeno es muy común. Se produce a diario durante el dormir del cuerpo, en los sueños, en el sonambulismo natural o provocado, en la catalepsia y en la letargia, en la doble vista y en el éxtasis. El principio inteligente, aislado del organismo, es un hecho fundamental, porque constituye la demostración de su individualidad. De ese modo, la existencia, la independencia y la individualidad del alma son el resultado de la observación. Si durante la vida del cuerpo el alma puede actuar sin el concurso de los órganos materiales, entonces el alma tiene existencia propia. La extinción de la vida corporal no implica, por lo tanto, la de la vida espiritual. Esto nos demuestra adónde se llega, de consecuencia en consecuencia, mediante una deducción lógica.

El señor Bonnemère no llegó a ese resultado a través de una teoría preconcebida, sino con la observación. El espiritismo no procedió de otro modo: el estudio de los hechos antecedió a la doctrina, y los principios sólo fueron formulados, como en todas las ciencias de observación, a medida que se los deducía de la experiencia. El señor Bonnemère ha hecho lo mismo que cualquier observador serio, porque los fenómenos espontáneos que surgen de ese mismo principio son numerosos y comunes. La única diferencia radica en que, dado que el señor Bonnemère vio solamente una parte, apenas llegó a una conclusión parcial; mientras que el espiritismo, al abarcar el conjunto de esos fenómenos tan complejos y diversos, pudo analizarlos, compararlos, comprobar unos con otros, y hallar en eso la solución de una inmensa cantidad problemas.

Puesto que el espiritismo constituye un resultado de la observación, toda persona que tenga ojos para ver, juicio para razonar, paciencia y perseverancia para alcanzar la meta, podrá llegar a constituir el espiritismo, así como podría volver a constituir las demás ciencias. No obstante, como el trabajo está hecho, se gana tiempo y se ahorra esfuerzo. Si fuera necesario volver a empezar todo el tiempo, el progreso sería imposible.

Los fenómenos espíritas se encuentran en la naturaleza, y por eso se han producido en todas las épocas. Y precisamente porque se relacionan de un modo más directo con la espiritualidad, forman parte de las teogonías. El espiritismo, por su parte, llegó en una época menos accesible a los prejuicios, iluminado por el progreso de las ciencias naturales –con las que los hombres primitivos no contaban–, y por una razón más desarrollada, motivo por el cual pudo observar mejor que si lo hubiera hecho antaño. En la actualidad, viene a separar lo

verdadero de los errores introducidos por las creencias supersticiosas, que son hijas de la ignorancia.

El señor Bonnemère celebra que el *azar* haya puesto en sus manos los documentos escritos por el joven bretón. El espiritismo, en cambio, no reconoce el *azar* en los acontecimientos de la vida, como tampoco lo *sobrenatural*. El azar, que por naturaleza es ciego, a veces se mostraría singularmente inteligente. Por lo tanto, pensamos que esos documentos llegaron al señor Bonnemère intencionalmente, cuando él estuvo en condiciones de comprobar su origen. En poder de aquel joven, se habrían perdido, y está claro que eso no debía ocurrir. Hacía falta, pues, que alguien se encargara de sacarlos de la oscuridad. Según parece, esa misión se le encomendó al señor Bonnemère.

En cuanto al valor de esos documentos, a juzgar por la muestra de los pensamientos divulgados en *La novela del porvenir*, no cabe duda de que deben contener excelentes cosas. ¿Serán todas buenas? Esa es otra cuestión. En tal sentido, el origen de esos documentos no es una garantía de infalibilidad, puesto que, como los Espíritus son tan solo las almas de los hombres, no poseen la ciencia suprema. Su adelanto es relativo, de modo que algunos de ellos están más esclarecidos que otros. Si bien hay Espíritus que saben más que los hombres, también hay hombres que saben más que algunos Espíritus. Hasta ahora, se consideraba que los Espíritus eran seres que no formaban parte de la humanidad, y que estaban dotados de facultades excepcionales. Ese es un error fundamental, que engendró tantas supersticiones y que el espiritismo ha rectificado. Los Espíritus integran la humanidad, y hasta que hayan alcanzado el punto culminante de la perfección hacia la que se dirigen, se encontrarán sujetos al error. Por ese motivo,

nunca debemos renunciar a nuestro libre albedrío y a nuestro juicio, incluso respecto de lo que nos llega desde el mundo de los Espíritus. No hay que aceptar nada con los ojos cerrados y sin el control riguroso de la lógica. Así pues, sin prejuzgar el contenido de esos documentos, es probable que contengan cosas buenas y cosas malas, verdaderas y falsas, de modo que habría que someterlos a una selección juiciosa, para lo cual los principios de la doctrina espírita pueden ofrecer provechosas instrucciones.

Entre esos principios, hay uno que no se debe perder de vista: el objetivo providencial de la manifestación de los Espíritus. Ellos vienen para certificar su existencia y demostrarle al hombre que no todo concluye para él con la vida corporal. Vienen para instruirlo acerca de su situación futura, y a estimularlo para que adquiera lo que le resultará útil en el porvenir y que puede llevarse consigo, es decir, las cualidades morales. Pero no vienen a brindarle los medios para hacerse rico, pues el cuidado de su fortuna y el mejoramiento de su bienestar material debe ser obra de su propia inteligencia, de su actividad, de su trabajo y sus investigaciones. De lo contrario, el holgazán y el ignorante podrían enriquecerse sin esfuerzo alguno, pues les bastaría con recurrir a los Espíritus para obtener una invención lucrativa, para descubrir tesoros, ganar en la bolsa de valores o en la lotería. Así pues, todas las esperanzas de obtener una fortuna con el concurso de los Espíritus han fracasado desastrosamente.

Esto nos genera algunas dudas acerca de la eficacia del tratamiento sugerido para la curación de los gusanos de seda, tratamiento que permitiría ganar millones, así como respaldar la idea de que los Espíritus pueden brindar los medios para enriquecerse, idea que alteraría la esencia misma del espiri-

tismo. Por lo tanto, sería imprudente inventar quimeras al respecto, puesto que podría ocurrir lo mismo que con esas recetas destinadas a hacer que el río Pactolo fluya en algunas manos, y que solo condujeron a ridículas mistificaciones. No obstante, esta no es una razón para descartar dicho tratamiento, pues si debe arrojar un resultado más importante y más serio que la riqueza, es posible que una revelación como esa esté permitida. Con todo, ante la falta de certeza, es mejor no abrigar esperanzas que podrían frustrase. Aprobamos, pues, el proyecto del señor Bonnemère de publicar las recetas que fueron transmitidas a su joven bretón, porque entre ellas puede haber algunas útiles, sobre todo, para las enfermedades.

El cura Gassner

médium curador

En el periódico *L'Exposition Populaire Illustrée*, número 24, encontramos –en un artículo titulado: *Correspondencia sobre los taumaturgos*– una interesante noticia acerca del cura *Gassner*, que por su poder curativo fue casi tan conocido en su época como el príncipe Hohenlohe.

"*Gassner* (Jean-Joseph) nació el 20 de agosto de 1727, en Bratz, cerca de Bludens (Suabia). Cursó sus primeros estudios en Innsbruck y en Praga; recibió las órdenes eclesiásticas y, en 1758, fue nombrado cura de Kloesterle, en la región de los Grisones.

"Tras quince años de una vida retirada, se mostró al mundo dotado de un poder excepcional: el de curar con la simple

imposición de manos, sin emplear ningún remedio ni exigir retribución alguna. Los enfermos comenzaron a acudir de todas partes, y en tal cantidad que, a fin de contar con mejores condiciones para auxiliarlos, Gassner solicitó y obtuvo permiso para salir de su parroquia y dirigirse sucesivamente a Wolfegg, Weingarten, Ravensperg, Detland, Kirchberg, Morspurg y Constanza. Los desdichados lo escoltaban, pero la comunidad médica se levantó en su contra. Algunos proclamaban las curas maravillosas, en tanto que otros las cuestionaban.

"El obispo de Constanza lo conminó a que se sometiera a una investigación a cargo del director del seminario. Gassner declaró que nunca se le había ocurrido hacer milagros, y que se había limitado a aplicar *el poder que la ordenación confiere a todos los sacerdotes para exorcizar, en el nombre de Jesucristo, a los demonios que son una de las causas* más frecuentes de nuestras enfermedades. Declaró que dividía las enfermedades en dolencias naturales o lesiones, en dolencias de *obsesiones*, y en dolencias complicadas de obsesiones. Decía que no tenía poder sobre las primeras, y que fracasaba con las de la tercera categoría, en caso de que la dolencia natural fuera superior a la dolencia de obsesión.

"El Obispo no quedó convencido y ordenó a Gassner que retornara a su parroquia, aunque poco después lo autorizó a continuar con los exorcismos. El cura se apresuró en aprovechar la autorización y sorprendió a los habitantes de Ellwangen, Sulzbach y Ratisbona, debido a la multitud de enfermos que su renombre atrajo desde Suiza, Alemania y Francia. El duque de Wurtemberg se declaró abiertamente su admirador y protector. Sus méritos le granjearon poderosos adversarios. El célebre Haen y el teatino Sterzingen lo atacaron con perseverancia y fervor. Varios obispos prestaron apoyo al fogoso

teatino y prohibieron a Gassner que exorcizara en sus diócesis. Por último, José II emitió un rescripto que ordenaba a Gassner abandonar Ratisbona. No obstante, Gassner perseveró, fortalecido por la protección del príncipe obispo de esa ciudad, quien le había conferido el título de consejero eclesiástico, con el cargo de capellán de la corte. Aquella resistencia se mantuvo hasta 1777, año en el que Gassner obtuvo la parroquia de Bondorf, ciudad en la que se retiró y murió el 4 de abril de 1779, a la edad de cincuenta y dos años.

Observación. El espiritismo se opone a la calificación de *taumaturgo* conferida a los curadores, porque dicha doctrina no reconoce la posibilidad de que algo ocurra más allá de las leyes naturales. Los fenómenos que pertenecen al orden de los hechos espirituales no son más milagrosos que los hechos materiales, toda vez que el elemento espiritual es una de las fuerzas de la naturaleza, al igual que el elemento material. Por consiguiente, el cura Gassner no hacía milagros, como tampoco los hacían el príncipe de Hohenlohe y el zuavo Jacob; en ese sentido, podemos observar particulares similitudes entre lo que ocurría en esa época y lo que vemos actualmente.

* * *

Los presentimientos y los pronósticos

A continuación, transcribimos los hechos referidos en un artículo que acompaña la noticia acerca del cura Gassner, publicada en el periódico arriba mencionado, porque el espiritismo puede extraer de ellos una instrucción provechosa. Además, el autor del artículo hace unas reflexiones que me-

recen destacarse en esta época de escepticismo acerca de las causas extra materiales.

"Gassner gozaba de un gran apoyo por parte de la emperatriz María Teresa, que lo consultaba frecuentemente, pues confiaba en sus inspiraciones. Cuentan (véanse las *Memorias* de la señora Campan) que en el tiempo en que se pensaba en unir a la hija de María Teresa con el hijo de Luis XV, la gran Emperatriz llamó a Gassner y le preguntó: '¿Mi ANTONIETA será feliz?'.

"Gassner reflexionó largamente, luego se puso pálido y se mantuvo callado. Pero la Emperatriz insistió, de modo que Gassner trató de expresar con una idea general aquello que parecía preocuparlo tanto: —*Señora* –respondió–, *hay cruces para todos los hombros.*

"El matrimonio tuvo lugar el 16 de mayo de 1770. El delfín y María Antonieta recibieron la bendición nupcial en la capilla de Versalles (María Antonieta había llegado a Compiègne el día 14). A las tres de la tarde, el cielo se cubrió de nubes y una lluvia copiosa inundó Versalles. Se escuchaban fuertes truenos, y la multitud de curiosos reunida en el jardín se vio obligada a retirarse.

" 'La llegada de María Antonieta al palacio de los reyes de Francia (leemos en la *Vida pública y privada de Luis XVI*, por el señor A… y de Salex; París, 1814, p. 340), estuvo signada por uno de esos pronósticos que por lo general nadie recuerda hasta que se cumplen tiempo después.'

"En el momento en que la princesa, al entrar por primera vez en los patios del castillo de Versalles, puso un pie en el piso de mármol, un violento trueno conmovió el castillo: —¡Presagio de desgracia! –exclamó el mariscal de Richelieu.

”La fiesta fue triste en la cuidad, y los fuegos artificiales no produjeron ningún efecto.

”Agregad a eso el terrible accidente ocurrido el 30 de mayo en la Plaza de la rue Royale, en París, el día que Luis XV ofreció una fiesta con motivo del casamiento del delfín y la delfina. Anquetil eleva a trescientos la cantidad de muertos en la Plaza, y a mil doscientos el número de los que fallecieron en los hospitales o en sus casas pocos días después, o que sobrevivieron mutilados.

”En 1757 (véanse los *Affiches* de Tours, 25.° año, n.° 14. Jueves 5 de abril de 1792), madame de Pompadour presentó ante Luis XV un astrólogo que, luego de elaborar su carta natal, le dijo: ‘Majestad, vuestro reino es célebre por sus grandes eventos, mas el que lo sucederá, lo será por sus grandes desastres’.

”El día de la muerte de Luis XV, en Versalles se desató una tormenta eléctrica horrorosa.

”¡Cuánta acumulación de pronósticos!

”Durante ocho años, la reina no tuvo hijos. El 19 de diciembre de 1778, nació una niña: María Teresa Carlota (que más tarde sería nominada con el título de su esposo: madame la Delfina, duquesa de Angulema). Tres años después, el 22 de octubre de 1781, María Antonieta dio a luz un heredero de la corona. Para tal ocasión, la ciudad de París ofreció a la Reina una fiesta en la que se desplegó la más suntuosa munificencia.

”Esa fiesta tuvo lugar el *21 de enero de 1782*. *Once* años más tarde, la Comuna de París presentaba al pueblo el ESPECTÁCULO DE LA MUERTE DEL REY. La Reina estaba presa, a la espera de que se cumpliera la visión de Gassner.

"Ya que abordamos estos temas candentes, considerad también estas revelaciones de la señora Campan. Era el mes de mayo de 1789. Los días 4 y 5 habían causado diversas impresiones. Cuatro bugías iluminaban el gabinete de la Reina, que hablaba acerca de algunos incidentes notables que habían ocurrido durante el día. 'Una de las bujías se apagó sola. Yo la encendí –escribe la señora Campan–. De repente, se apagó otra, que también encendí, y luego otra más... Entonces, la Reina detuvo mi mano con un gesto de espanto, y me dijo: *La desgracia puede volverme supersticiosa. Si la cuarta bujía se apaga como las otras, nada impedirá que considere esa señal como un siniestro presagio*… De repente, ¡la cuarta bujía se apagó!'

"Algunas noches antes, la Reina había sufrido una pesadilla *horrible*, que la había dejado profundamente afectada.

"No cabe duda de que los escépticos se ríen de esos pronósticos, de esas profecías y ese don de ver con anticipación. ¡No creen o fingen que no creen! Sin embargo, ¿por qué en todas las épocas hubo personalidades de cierto valor e importancia que, *sin el menor interés*, afirmaron de manera absoluta y positiva la existencia de hechos de esa naturaleza?

"Citemos algunos ejemplos:

"Teodoro Agripa de Aubigné, el abuelo de madame de Maintenon, escribe en sus *Memorias* que tuvo a su servicio, en Poitou, un sordomudo de nacimiento DOTADO DEL DON DE LA ADIVINACIÓN. 'Cierto día –dice él–, las criadas le consultaron cuántos años más viviría el Rey (Enrique IV), y la fecha y las circunstancias de su muerte. El sordomudo les dio a entender que el Rey viviría otros tres años y medio, además de señalarles la ciudad, la calle y el carruaje donde moriría, más las dos puñaladas que recibiría en el corazón'.

"Digamos unas palabras más acerca de Enrique IV:

" '¿Cuál es nuestra opinión acerca de los oscuros y constantes presentimientos que ese desdichado príncipe tuvo respecto de su cruel destino? –se pregunta Sully en sus *Memorias*, libro XXVII–. Son de una particularidad que tiene algo de aterrador. Ya me he referido a la reticencia con que él accedió a que la ceremonia de coronación de la Reina se hiciera antes de su partida. Cuanto más cerca veía ese momento, más intensamente sentía el miedo y el horror en su corazón. Entonces, acudía a mí en ese estado de amargura y abatimiento, del que yo lo alejaba como de una debilidad imperdonable. Sus propias palabras dejarán una impresión más precisa que todo lo que yo pueda decir: *¡Ah! Amigo mío* –me decía–. *¡Cuánto me desagrada esta coronación! No sé de qué se trata, pero el corazón me dice que me ocurrirá algo malo.* Él me decía estas palabras sentado en un sillón bajo, que yo habían mandado hacer expresamente para él. Entregado a las tinieblas de sus pensamientos, golpeaba con los dedos el estuche de sus anteojos, profundamente ensimismado. Cuando salía de esa ensoñación, se levantaba bruscamente, golpeaba las manos contra sus muslos y exclamaba: *¡Por Dios! Moriré en esta ciudad. Nunca saldré de aquí. Me matarán. Puedo ver claramente que invierten sus últimos recursos en mi muerte. ¡Ah! Maldita coronación. ¡Tú serás la causa de mi muerte!*

" '¡Dios mío! Majestad –le dije un día–. ¿Cómo podéis entregaros a esos pensamientos? Si continúan, opino que deberíais cancelar esa coronación, el viaje y la guerra. ¿Queréis? Podéis hacerlo.

" '—*Sí* –me dijo, por último, después de que yo insistiera dos o tres veces–. *Sí, cancelad esa coronación; y no quiero que se hable más de ella. De ese modo me libraré de las impresiones*

que algunos avisos me han causado. Podré salir de esta ciudad y ya no temeré.

" '¿Con cuál otra señal se podría reconocer ese grito secreto e imperativo del corazón si se desprecian estas: —*No voy a ocultaros* –me dijo también– *que se me ha dicho que seré asesinado durante la primera ceremonia de coronación que yo realice, y que moriré en un carruaje. Esto es lo que me provoca tanto miedo.*

" '—Majestad –le respondí–, me parece que nunca me habíais dicho eso. Muchas veces me sorprendió escucharos gritar en un carruaje y veros tan sensible ante un ínfimo peligro, después de presenciar tantas veces vuestra intrepidez ante los disparos de cañón y de mosquete, y entre las picas y las espadas desnudas. Sin embargo, como aquella idea os perturba a tal extremo, en vuestro lugar, Majestad, yo partiría mañana mismo. Dejaría que la coronación se realice sin vos, o la pospondría para otra oportunidad, y durante un largo tiempo no volvería a París ni me subiría a ningún carruaje. ¿Queréis que ordene detener los preparativos en Notre-Dame y en Saint-Denis, y que despida a los obreros?

" '—*Me parece bien* –me dijo ese príncipe–. *Pero ¿qué dirá mi esposa? Ella está obsesionada con su coronación.*

" '—Que diga lo que quiera –le respondí, al ver que mi propuesta había complacido tanto al rey–. Pero no creo que ella insista cuando os vea convencido de que esa coronación es la causa de tanto sufrimiento.

" 'No esperé una nueva orden para disponer que cancelaran los preparativos de la coronación. No obstante, debo decir con verdadero pesar que, por más esfuerzos que hiciera,

no pude convencer a la reina de que le diera esa satisfacción a su esposo.

" 'Paso por alto los ruegos, las súplicas y las contestaciones que empleé durante tres días para convencerla. El príncipe tuvo que ceder. Enrique mantuvo con la misma intensidad esos temores, que me manifestaba con estas palabras, dichas a menudo: —*¡Ah! Amigo mío. Nunca saldré de esta ciudad. Me matarán aquí. ¡Oh!* ¡*Maldita coronación, tú serás la causa de mi muerte!*

" 'La coronación tuvo lugar en Saint-Denis, el jueves 13 de mayo, y la reina debía hacer su entrada en París el 16 del mismo mes.

" 'El día 14, el rey quiso visitar a Sully. Esa visita estaba anunciada para la mañana del sábado 15. Tomó su carruaje y partió, modificando varias veces el itinerario, etc., etc.'

"Péréfixe, su historiador, señala que 'el cielo y la tierra habían dado numerosos pronósticos de lo que le ocurrió'.

"El obispo de Rodez incluye entre esos pronósticos: *un eclipse de sol, la aparición de un terrible cometa, temblores de tierra, monstruos nacidos en varias regiones de Francia, lluvias de sangre que cayeron en algunos lugares, una gran peste que afectó París en 1606, apariciones de fantasmas y muchos otros prodigios*. (Véase la *Historia de Enrique el Grande*, por Hardouin de Péréfixe, obispo de Rodez. *Vida del duque d'Epernon, Mercure français*, Mathieu, l'Estoile, etc.)

"¡Detengámonos aquí! Los hechos son tan abundantes, que podríamos escribir un volumen, varios volúmenes. Con todo, ¿es tan necesario recurrir a las historias de otros? Cada cual puede preguntarse a sí mismo y apelar a sus propios recuerdos para responderse con lealtad y franqueza: *Hay en*

mí un desconocido que es nosotros, que a la vez comanda mi yo materia y le obedece. Ese desconocido, espíritu, alma, ¿qué es? ¿Cómo es? ¿Por qué es? Misterio; una serie de misterios; inexplicable misterio. Como todo en la naturaleza, en el organismo, en la vida, la vida y la muerte, ¿no son acaso dos impenetrables misterios? El dormir, ese ensayo de la muerte, ¿no es acaso un inexplicable misterio? La asimilación de los alimentos, que se convierten en nosotros: ¡inexplicable, incomprensible misterio! La generación: ¡misteriosa oscuridad! Esa obediencia pasiva de mis dedos, que trazan estas líneas y responden a mi voluntad: ¡tinieblas cuyas profundidades solo Dios sondea, y que solo para Él se iluminan con la luz de la verdad!

"¡Agachad la cabeza, hijos de la ignorancia y de la duda! ¡Humillad a esa orgullosa, a la que denomináis *razón*! ¡Libres pensadores, soportad las cadenas que oprimen vuestra inteligencia, y poneos de rodillas, pues solo Dios sabe!"

En estos hechos, debemos considerar dos cuestiones diferentes: por un lado, los presentimientos; y por otro, los fenómenos a los que se considera pronósticos de acontecimientos futuros.

En cuanto a los presentimientos, no sería posible negarlos, pues son pocas las personas que no disponen de algún ejemplo al respecto. Se trata de uno de esos fenómenos que no pueden ser explicados tan solo con la materia, puesto que, si la materia no piensa, tampoco puede presentir. Así pues, el materialismo se tropieza a cada paso con las cosas más vulgares, que acuden a desmentirlo.

Para que seamos advertidos de manera oculta respecto de un hecho que ocurre a distancia, y del que solamente podríamos tener conocimiento en un futuro más o menos próxi-

mo por medios ordinarios, es necesario que *algo* se desprenda de nosotros, que vea y escuche eso que no podemos percibir con nuestros ojos y nuestros oídos, y que conduzca dicha intuición hacia nuestro cerebro. Ese *algo* debe ser inteligente, porque comprende, y porque a partir de un hecho actual a menudo prevé sus consecuencias futuras. Así es como a veces presentimos el futuro. Ese *algo* no es otra cosa más que nosotros mismos, nuestro ser espiritual, que no está encerrado en el cuerpo como un ave en una jaula, sino que, a semejanza de un globo cautivo, se aleja momentáneamente de la tierra, pero sin dejar de mantenerse unido a ella.

Principalmente en los momentos en que el cuerpo descansa, durante el dormir, el Espíritu, aprovechando ese respiro en medio de los cuidados que requiere su envoltura, recupera en parte la libertad. Entonces, sale a recorrer el espacio con otros Espíritus, encarnados como él o desencarnados, y accede a ideas cuya intuición conserva al despertar.

Esa emancipación del alma suele ocurrir también en estado de vigilia, en los momentos de abstracción, de meditación y de ensueño, en los que el alma ya no parece ocuparse de la Tierra. Ocurre sobre todo, de una manera más efectiva y ostensible, en las personas que poseen lo que se denomina *doble vista* o *vista espiritual*.

Aparte de las intuiciones propias del Espíritu, están las que otros Espíritus le sugieren, tanto en la vigilia como en el dormir, mediante la transmisión del pensamiento de alma a alma. De ese modo, a menudo se le advierte algún peligro, se le pide que tome tal o cual dirección, sin que por eso el Espíritu pierda su libre albedrío. Son consejos que recibe, y no órdenes, pues siempre es dueño de obrar como le plazca.

Así pues, los presentimientos tienen su razón de ser, y su explicación natural se encuentra en la vida espiritual, que no dejamos de vivir ni un solo instante, porque es la vida normal.

No ocurre lo mismo con los fenómenos físicos a los que se considera pronósticos de acontecimientos felices o desgraciados. Por lo general, esos fenómenos no tienen relación alguna con las cosas que parecen presagiar. Pueden ser precursores de efectos físicos, que son su consecuencia, así como para el navegante un punto negro en el horizonte puede presagiar una tempestad, o algunas nubes anunciar granizo, pero que esos fenómenos tengan un significado para las cuestiones de orden moral es algo que debe clasificarse como parte de las creencias supersticiosas, que siempre habrá que combatir enérgicamente.

Esa creencia, que definitivamente no tiene ningún fundamento racional, hace que el alma, cuando es impresionada por determinado acontecimiento, lo relacione con algún otro fenómeno que lo precedió, sin preocuparse por el hecho de que ese vínculo es imposible y solo existe en su imaginación. No advierte que esos mismos fenómenos se repiten a diario, sin que de ellos resulte nada desafortunado, y que los mismos acontecimientos ocurren a cada momento sin que los preceda una supuesta señal precursora. Si se trata de acontecimientos que guardan relación con intereses generales, surgen cronistas crédulos, o más a menudo, *oficiosos*, que a fin de resaltar la importancia de esos hechos ante la posteridad, exageran los pronósticos, esforzándose en tornarlos más siniestros y terribles con el agregado de supuestas perturbaciones de la naturaleza, en que los terremotos y los eclipses son accesorios obligados, como hizo el obispo de Rodez al referirse a la muerte de Enrique IV. Esos relatos fantásticos, que a menudo respondían a intereses partidarios, fueron aceptados sin examen previo

por parte de la credulidad popular, que de ese modo vio –o se pretendió que viera– aquellos fenómenos extraños como si fueran milagros.

En cuanto a los acontecimientos comunes, muy a menudo el propio hombre es su causa principal. Como no desea confesarse a sí mismo sus debilidades, busca una excusa atribuyendo a la naturaleza las vicisitudes que casi siempre son el resultado de su imprevisión y su impericia. Así pues, es preciso buscar los auténticos pronósticos de sus miserias en sus pasiones, en sus faltas personales, y no en la naturaleza, pues esta no se aparta del camino que Dios le ha trazado desde la eternidad.

El espiritismo, al explicar mediante una ley natural la verdadera causa de los presentimientos, demuestra por eso mismo el absurdo de la creencia en los pronósticos. Lejos de creer en la superstición, le quita su último refugio: lo sobrenatural.

El zuavo Jacob

(Segundo artículo. Véase el número de octubre.)

¿Acaso el señor Jacob es un charlatán? Su desinterés material es un hecho evidente, y tal vez se trate de uno de los que más han desorientado a la crítica. ¿Se puede acusar de charlatanismo a un hombre que no pide nada y que no espera nada, ni siquiera que le den las gracias?

Así pues, ¿cuál sería su móvil? El amor propio –responden–. Ahora bien, dado que el desinterés moral absoluto es lo sublime de la abnegación, habría que tener la virtud de

los ángeles para no experimentar alguna satisfacción cuando de repente una multitud se acerca a uno, sobre todo si el día anterior se era un desconocido. De este modo, como el señor Jacob no pretende ser un ángel, en el supuesto –pues no nos consta– de que él haya exaltado un poco su propia relevancia, eso no podría constituir un gran crimen, como tampoco invalidaría los hechos, en caso de que los hubiera. Por nuestra parte, esperamos que las personas que le imputan ese defecto estén muy por encima de las cosas terrenales, para no tener que hacerse ningún reproche al respecto.

De todos modos, ese sentimiento solo podía ser *consecutivo*, y no precedente. Si el señor Jacob hubiera deseado con premeditación obtener popularidad haciéndose pasar por un curador consumado, pero sin demostrar nada más que su impotencia, en vez de aplausos, desde el primer día no habría cosechado más que abucheos, lo cual no habría sido muy halagador para él. Para enorgullecerse de algo, debe haber una causa preexistente. Por lo tanto, era necesario que el señor Jacob curara antes de envanecerse por esa razón.

Dicen también que el señor Jacob pretendía que se hablara de él. En caso de que ese haya sido su objetivo, debemos convenir en que, gracias a la prensa, lo alcanzó a pedir de boca. No obstante, ¿cuál es el periódico que podría afirmar que el señor Jacob ha solicitado siquiera la más mínima propaganda, el más pequeño artículo, o que ha pagado por una sola línea? ¿Acaso fue en busca de algún periodista? No; los periodistas fueron en busca de él, y no siempre lograron verlo fácilmente. La prensa se refirió al señor Jacob de manera espontánea, después de ver a la multitud, y la multitud no acudió a él hasta que vio los hechos. ¿Fue él a cortejar a grandes personajes? ¿Acaso se mostró ante ellos más accesible, más

solícito y considerado? Todo el mundo sabe que en tal sentido fue en extremo riguroso. No obstante, su amor propio habría encontrado más elementos de satisfacción en la alta sociedad que entre oscuros indigentes.

Por lo tanto, resulta lógicamente necesario descartar cualquier imputación de intriga y de charlatanismo.

¿Cura la totalidad de las enfermedades? No. No solamente no las cura en su totalidad, sino que a menudo tampoco podrá curar a dos enfermos que padezcan el mismo mal, pues sanará a uno de ellos y no podrá hacer nada a favor del otro. Nunca sabe con antelación si curará a un enfermo, razón por la cual nunca promete nada. Ahora bien, sabemos que los charlatanes no escatiman promesas. La curación depende de afinidades fluídicas que se manifiestan espontáneamente, como una descarga eléctrica, y que no pueden ser previstas.

¿Se halla dotado de un poder sobrenatural? ¿Hemos vuelto a la época de los milagros? Preguntádselo a él mismo, y os responderá que en esas curaciones no hay nada que sea sobrenatural ni milagroso. Os dirá que se halla dotado de un poder fluídico independiente de su voluntad, un poder que se manifiesta con mayor o menor energía según las circunstancias y el medio en que se encuentra; y que el fluido que emite cura algunas enfermedades en determinadas personas, sin que él sepa por qué ni de qué modo.

A los que afirman que esa facultad es un presente del diablo, podemos responderles que, como solo se ejerce para el bien, habría que admitir que el diablo tiene momentos de bondad, de los que conviene sacar provecho. Así pues, podríamos preguntarles qué diferencia hay entre las curas del príncipe de Hohenlohe y las del zuavo Jacob, para que aquellas se consideren santas y milagrosas; y estas otras, diabólicas.

Olvidemos este asunto, que en la actualidad no puede tomarse en serio.

La objeción del charlatanismo se imponía sobre las demás, razón por la cual insistimos en tratarla. Una vez descartada, vayamos a las conclusiones que se pueden extraer a partir de la observación.

El señor Jacob cura espontáneamente enfermedades que se consideran incurables. Ese es un hecho positivo. La cuestión de la cantidad de enfermos curados es secundaria, pues aunque solo hubiera sido el uno por ciento del total, el hecho no habría sido menos real. Ahora bien, tal hecho tiene una causa.

Una facultad curativa, elevada a semejante nivel de potencia en un soldado, que por más honesto que sea no cuenta con el carácter, las costumbres, el lenguaje ni el carisma de los santos; ejercida independientemente de cualquier formalidad o aparato místico, en las condiciones más comunes y prosaicas, y que además se encuentra en diferentes grados en una infinidad de personas, tanto en herejes como en musulmanes, en hindúes y en budistas, etc., excluye la idea de milagro en el sentido sagrado de la palabra. Constituye, pues, una facultad inherente al individuo. Y puesto que no es un hecho aislado, depende de una ley, como todo efecto natural.

La curación se obtiene sin el empleo de ningún medicamento, de modo que resulta de una influencia oculta. Y puesto que ese resultado es efectivo, material, y que la nada no puede producir nada, dicha influencia debe ser algo material. Por lo tanto, no puede ser otra cosa más que un fluido material, aunque intangible e invisible. El señor Jacob no toca a los enfermos, como tampoco realiza ningún pase magnético, razón por la cual el motor y propulsor del fluido solo puede ser la

voluntad. Ahora bien, la voluntad no es un atributo de la materia, de modo que solo puede emanar del espíritu. Así pues, el fluido actúa impulsado por el espíritu. Dado que la mayoría de las enfermedades curadas de ese modo son aquellas contra las cuales la ciencia es impotente, de ahí resulta que existen agentes curativos más poderosos que los de la medicina ordinaria. Esos fenómenos constituyen, por lo tanto, la revelación de leyes que la ciencia no conoce. Ante hechos evidentes, dudar es más prudente que negar. Tales son las conclusiones a las que llega necesariamente cualquier observador imparcial.

¿Cuál es la naturaleza de ese fluido? ¿Es eléctrico o magnético? Probablemente sea uno y otro, y tal vez algo más. En todo caso, se trata de una modificación, pues los efectos son diferentes. La acción magnética es evidente, aunque más poderosa que la del magnetismo ordinario, y de la que esos hechos son su confirmación, a la vez que constituyen la prueba de que no se ha dicho la última palabra al respecto.

En este artículo no nos propusimos explicar de qué modo actúa ese fluido curativo, lo cual ya está descripto en la teoría de la mediumnidad curativa. Nos basta con haber demostrado que el examen de los hechos conduce a reconocer la existencia de un principio nuevo, y que ese principio, por más extraños que resulten sus efectos, no se aparta del dominio de las leyes naturales.

En los hechos que atañen al señor Jacob, prácticamente no se ha mencionado el espiritismo, mientras que toda la atención se concentró en el magnetismo. Eso tiene su razón de ser y su utilidad. Si bien en ese tipo de fenómenos la intervención de los Espíritus desencarnados es un hecho comprobado, en este caso su acción no es evidente, razón por la cual prescindimos de ellos. Poco importa que los hechos sean explicados con o sin

la intervención de otros Espíritus, pues el magnetismo y el espiritismo se dan la mano y conforman dos partes de un mismo todo, dos ramas de una misma ciencia, que se complementan y se explican mutuamente. Creer en el magnetismo implica allanar el camino para el espiritismo, y viceversa.

La crítica no perdonó al señor Jacob. A falta de buenas razones, como de costumbre, fue pródiga en burlas y groseras injurias para con él, que no se conmovió en lo más mínimo. Desestimó unas y otras, y las personas sensatas elogiaron su moderación.

Algunos llegaron a pedir que lo encarcelaran, acusado de ser un impostor que abusaba de la credulidad pública. Sin embargo, un impostor es alguien que no cumple con lo que promete. Ahora bien, el señor Jacob nunca prometió nada, de modo que nadie podía quejarse de haber sido engañado por él. ¿Qué podían reprocharle? ¿Cuáles leyes había infringido? No ejercía la medicina, como tampoco –al menos de manera ostensible– el magnetismo. ¿Cuál es la ley que prohíbe curar a las personas con la mirada?

Lo denunciaron porque la multitud de enfermos que lo buscaba obstruía la circulación. Pero ¿fue él quien llamó a la multitud? ¿Acaso la convocó mediante anuncios? ¿Cuál es el médico que no se quejaría en caso de que ocurriera lo mismo en la puerta de su consultorio? Y si alguno de ellos tuviera esa fortuna, incluso a costa de anuncios costosos, ¿qué diría si lo denunciaran por eso? Dijeron que, a razón de mil quinientas personas por día, en un mes se habían presentado cuarenta y cinco mil enfermos, y que a ese ritmo, en caso de que el señor Jacob los hubiera curado, ya no tendría que haber cojos ni lisiados en las calles de París. Sería superfluo responder esa singular objeción, pero diremos que, cuanto más se aumenta

la cantidad de enfermos que, curados o no, se agolpaban en la rue de la Roquette, más se demuestra cuán inmensa es la cantidad de los que la medicina no puede curar, pues resulta evidente que si esos enfermos hubieran sido curados por los médicos, no habrían acudido al señor Jacob.

Dado que, por más que se los negara, había hechos concretos de curaciones extraordinarias, se pretendió explicarlos afirmando que el señor Jacob actuaba sobre la imaginación de los enfermos mediante la brusquedad de sus palabras. Pero, en ese caso, si reconocéis que la influencia de la imaginación tiene semejante poder sobre las parálisis, las epilepsias, los miembros anquilosados, ¿por qué no empleáis vosotros mismos ese medio, en vez de dejar sufrir a tantos desdichados enfermos, o de darles drogas cuya ineficacia os consta?

La prueba –dijeron también– de que el señor Jacob no tenía el poder que se arrogaba, radica en que se negó a realizar sus curaciones en un hospital y ante la mirada de personas competentes para apreciar la autenticidad de esos tratamientos.

Dos razones habrán motivado esa negativa. En primer lugar, no se podía ocultar que dicha invitación no había surgido del afecto, sino que era un desafío. Si en una sala con treinta enfermos, el señor Jacob solo hubiera dejado en pie o aliviado tres o cuatro, no se habría dejado de decir que con eso no se demostraba nada y que él había fracasado.

En segundo lugar, debemos tomar en cuenta las circunstancias, que pueden favorecer o paralizar la acción fluídica del señor Jacob. Cuando los enfermos acuden a él voluntariamente, lo hacen predispuestos por la confianza con la que lo rodean; y como él no acepta la presencia de extraños movidos por la curiosidad, se siente en un medio simpático, que también lo predispone. Es dueño de sí; su espíritu se concentra

libremente, y su acción despliega todo su poder. En cambio, en una sala de hospital, ante enfermos que no lo conocen y están habituados al cuidado de sus médicos –cuya capacidad resultaría sospechosa si tuvieran fe en algo que no fuera su propia medicación–, y ante la mirada inquiridora y burlona de señores prevenidos, interesados en denigrarlo, que en vez de asistirlo con buenas intenciones preferirían verlo fracasar –porque el éxito de un zuavo ignorante sería un desmentido de su saber–, es evidente que la facultad del señor Jacob, sometida a esas impresiones y a esos efluvios antipáticos, quedaría neutralizada. El error de esos señores, tanto en este caso como cuando se trató del sonambulismo, siempre consistió en suponer que los fenómenos de este tipo se manejan a voluntad, como una pila eléctrica.

Las curaciones de esta clase son espontáneas, imprevistas, y no pueden ser programadas ni puestas a prueba. Agreguemos a esto que el poder curativo no es permanente: quien lo posea hoy, podrá perderlo en el momento en que menos lo espere. Tales intermitencias demuestran que ese poder depende de una causa independiente de la voluntad del curador, y frustran los planes del charlatanismo.

Nota. El señor Jacob aún no ha retomado sus curaciones. Desconocemos el motivo, y no parece haber nada determinado respecto a la época en que lo hará, en caso de que eso deba ocurrir. Entretanto, nos enteramos de que la mediumnidad curativa se propaga en diferentes localidades, con aptitudes diversas.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La razón del espiritismo[41]

por Michel Bonnamy

Juez de instrucción; miembro de
los congresos científicos de Francia;
ex miembro del Consejo General de Tarn-et-Garonne.

Cuando apareció la novela *Mirette*, los Espíritus dijeron estas notables palabras en la Sociedad de París:

"El año 1866 presenta la nueva filosofía en todas sus formas; pero todavía es el tallo verde que contiene la espiga de trigo y aguarda para mostrarle que el calor de la primavera la ha hecho madurar y abrirse. El año 1866 ha preparado, y el año 1867 madurará y realizará. El año comienza con los auspicios de *Mirette*, y no terminará sin que aparezcan nuevas publicaciones de ese mismo género, y más serias aún, en el sentido de que la novela se volverá filosofía, y la filosofía se volverá historia". (Véase la *Revista* de febrero de 1867, pág. 64.)

Antes, ellos habían dicho que se preparaban diversas obras serias acerca de la filosofía del espiritismo, obras en las que no se disimularía tímidamente el nombre de la doctrina, sino que este sería confesado y proclamado abiertamente por personas cuyo renombre y cuya posición social darían peso a su opinión. Y agregaron que la primera de esas obras aparecería probablemente hacia fines del presente año.

41. Un volumen in-12°. Precio: 3 francos; por correo: 3 francos, 35 c. Librairie Internationale, 15, boulevard Montmartre, en París. (N. de Allan Kardec.)

La obra que anunciamos realiza completamente esta previsión. Es la primera publicación de este género en la que la cuestión es abordada en la totalidad de sus partes y con todo su valor. Podemos decir, pues, que inaugura una de las etapas de la existencia del espiritismo. Lo que la caracteriza es que no se trata de una adhesión banal a los principios de la doctrina; no es una simple profesión de fe, sino una demostración rigurosa, en la que los propios adeptos encontrarán ideas nuevas. Al leer esa argumentación precisa, tratada minuciosamente, con una concatenación metódica de las ideas, sin duda nos preguntaremos con qué extraña acepción de la palabra se podría aplicar al autor el epíteto de *loco*. Si es un loco que discute de este modo, podríamos decir que a veces los locos les cierran la boca a las personas que se consideran sensatas. Se trata de un alegato en regla, en el que se reconoce al abogado que intenta reducir la réplica a sus últimos límites. Pero también se reconoce al que ha estudiado la causa seriamente y la ha escrutado hasta en sus mínimos detalles. El autor no se limita a emitir su opinión: la motiva y expone la razón de ser de cada asunto. Precisamente por eso, tituló su libro: *La razón del espiritismo*.

Al publicar esta obra, sin ocultar su personalidad con ningún velo, el autor demuestra que posee el auténtico valor de opinar, y su ejemplo es un título que le reconocen todos los espíritas. Su punto vista es principalmente el de las consecuencias filosóficas, morales y religiosas, las cuales constituyen el objetivo esencial del espiritismo y lo convierten en una obra humanitaria.

Veamos, por lo demás, de qué modo se expresa en el prefacio:

"Forma parte de las vicisitudes humanas, o más bien parece fatalmente reservado para ellas, el hecho de que toda idea

nueva sea mal recibida en el momento de su aparición. Como su misión consiste muy a menudo en derrocar las ideas que la precedieron, encuentra una inmensa resistencia por parte del entendimiento humano.

"El hombre que ha vivido con prejuicios, observa desconfiado a la recién llegada, que tiende a modificar, a destruir incluso, los proyectos y las ideas que se encuentran arraigados en su espíritu; en una palabra, tiende a forzarlo para que nuevamente se ponga en acción y salga en busca de la verdad. Además, se siente humillado en su orgullo, por haber caído en el error.

"La nueva idea inspira una repulsión que se acentúa aún más cuando lleva consigo obligaciones y deberes; cuando impone una línea de conducta más estricta.

"Por último, sufre ataques sistemáticos, ardientes, encarnizados, cuando amenaza intereses creados, y sobre todo cuando se enfrenta con el fanatismo o con opiniones profundamente arraigadas en la tradición de los siglos.

"Así pues, las doctrinas nuevas siempre tienen numerosos detractores, e incluso a menudo sufren persecuciones, lo cual hizo decir a Fontenelle: 'Si tuviera todas las verdades en la mano, me cuidaría bien de no abrirla'.

"Tales eran las desventajas y los peligros que aguardaban al espiritismo tras su aparición en el mundo de las ideas. No se libró de los insultos, el escarnio y la calumnia; y tal vez también le llegue el día de la persecución. A los adeptos del espiritismo se los trató de iluminados, alucinados, tontos, locos, y a esa lluvia de epítetos que, no obstante, parecían contradecirse y excluirse, agregaron los de impostores, charlatanes, y hasta el de engendros de Satán.

”La calificación de loco es la que parece más especialmente reservada para todo aquel que promueve o divulga ideas nuevas. Tanto es así, que trataron de loco al que dijo por primera vez que la Tierra gira alrededor del Sol.

”También estaba loco el célebre navegante que descubrió un nuevo mundo. Y también lo estaba, según el dictamen del areópago de la ciencia, el que descubrió la potencia del vapor. Por su parte, una docta asamblea recibió con una desdeñosa sonrisa la sabia disertación de Franklin acerca de las propiedades de la electricidad y la teoría del pararrayos.

”¿Y no trataron de loco, también, al divino regenerador de la humanidad, al reformador autorizado de la ley de Moisés? ¿No expió él, con un suplicio ignominioso, la presentación en la Tierra de las bondades de la moral divina?

”¿No expió Galileo, acusado de hereje, con un cruel confinamiento y amargas persecuciones morales, la gloria de haber tomado la iniciativa del sistema planetario cuyas leyes Newton promulgaría?

”San Juan Bautista, el precursor de Cristo, también fue sacrificado para saciar la sed de venganza de los culpables cuyos crímenes había condenado.

”Los apóstoles, depositarios de las enseñanzas del divino Mesías, tuvieron que sellar con su sangre la santidad de su misión. La religión reformada, ¿no fue perseguida en su momento? Y después de la masacre de San Bartolomé, ¿no sufrió las dragonadas?

”Por último, remontándonos al ostracismo inspirado por otras pasiones, descubrimos a Arístides exiliado, y a Sócrates condenado a beber la cicuta.

"Sin duda, gracias a las costumbres moderadas que caracterizan nuestro siglo, bajo el imperio de nuestras instituciones y de las luces que ponen un freno a la intolerancia fanática, no se levantaron las hogueras para purificar con sus llamas las doctrinas espíritas, cuya paternidad se pretende atribuir a Satán. Sin embargo, esas doctrinas también deben esperar una hostil oposición, así como el ataque de ardientes adversarios.

"Con todo, esa acción agresiva no podría minar el valor de los que se hallan animados por una convicción profunda, de los que están seguros de tener en sus manos una de esas verdades fecundas cuyo desarrollo constituye un gran beneficio para la humanidad.

"No obstante, más allá de la rivalidad que el espiritismo genere en las ideas o en las doctrinas, e independientemente de los peligros que surjan en el camino de los adeptos, el espírita no podría abandonar esa luz debajo del celemín, negándose a darle todo el brillo que contiene, junto con el respaldo de sus convicciones y el testimonio sincero de su conciencia.

"El espiritismo le revela al hombre la fisiología de su organización, y lo inicia en el conocimiento de su destino, con lo cual le presenta un campo inmenso para sus meditaciones. De ese modo, el filósofo espírita, llamado a dirigir sus investigaciones hacia esos nuevos y espléndidos horizontes, no tiene otro límite más que lo infinito. De alguna manera, participa del consejo supremo del Creador. No obstante, el entusiasmo es el escollo que debe evitar, sobre todo cuando observa al hombre, que llegó a ser tan grande, pero que se torna orgullosamente tan pequeño. Por consiguiente, solo iluminado por las luces de una prudente razón, con la fría y estricta lógica como guía, debe dirigir su peregrinaje hacia el dominio de la ciencia divina, cuyo velo los Espíritus han levantado.

"Este libro es el resultado de nuestros propios estudios y de nuestras meditaciones acerca del espiritismo, cuya importancia nos pareció fundamental desde el principio, y cuyas consecuencias son de extrema gravedad. Reconocemos que estas ideas tienen raíces profundas, y vislumbramos en ellas la aurora de una nueva era para la sociedad. La rapidez con que se propagan es un indicio de su pronta admisión en el conjunto de las creencias aceptadas. En virtud de su importancia, no nos bastó con las afirmaciones y los argumentos de la doctrina espírita. No solamente nos cercioramos de la realidad de los hechos, sino que también escrutamos con minuciosa atención los principios que resultan de ellos. Buscamos la razón de los mismos con una fría imparcialidad, y sin descuidar el estudio no menos concienzudo de las objeciones que le oponen sus antagonistas. A la manera de un juez que escucha las partes en conflicto, hemos sopesado detenidamente el pro y el contra. Por lo tanto, después de haber adquirido la convicción de que los alegatos en contra de la doctrina no la dañan en nada; de que esta se apoya en bases serias, en una lógica rigurosa, y no en devaneos quiméricos; de que contiene el germen de una renovación saludable del estado social, sordamente minado por la incredulidad; y por último, de que constituye una barrera poderosa contra la invasión del materialismo y la desmoralización, consideramos que era nuestro deber presentar nuestra apreciación personal, así como las deducciones que extrajimos a partir de un estudio atento.

"De tal modo, ya que encontramos una razón de ser en los principios de esta ciencia nueva, que llega para ocupar su lugar entre los conocimientos humanos, hemos puesto a nuestro libro el título: *La razón del espiritismo*. Dicho título se justifica por el punto de vista desde el cual abordamos el

tema, y quienes nos lean reconocerán sin dificultad que este trabajo no es el producto de un entusiasmo indiscriminado, sino de un examen cuidadoso y fríamente meditado.

"Estamos convencidos de que toda persona, sin los prejuicios de una oposición sistemática, que realice –como nosotros lo hemos hecho– un estudio concienzudo de la doctrina espírita, la considerará de suma importancia para el porvenir de la humanidad.

"Al adherir a esta doctrina, ejercemos el derecho a la libertad de conciencia, que a nadie se le puede negar, sea cual fuere su creencia. Esa libertad debe ser respetada, con mayor razón, cuando su objetivo radica en principios de la más elevada moralidad, que conducen a los hombres a la práctica de las enseñanzas de Cristo, y que por eso mismo son la salvaguardia del orden social.

"El escritor que consagre su pluma a describir la impresión que esas enseñanzas dejaron en el santuario de su conciencia, debe cuidarse de confundir las elucubraciones nacidas en su horizonte terrenal con los rayos luminosos que vienen del cielo. Si en sus explicaciones quedan puntos oscuros u ocultos, puntos que aún no se le permite conocer, se debe a que la Sabiduría divina los ha reservado para cuando alcance un nivel superior en la escala ascendente de su purificación progresiva y de su perfectibilidad.

"Sin embargo, nos apresuramos a decirle que todo hombre convencido y concienzudo, que consagra sus meditaciones a la difusión de una verdad fecunda para la dicha de la humanidad, moja su pluma en la atmósfera celeste que cubre nuestro globo, e indudablemente recibe la chispa de la inspiración".

Los títulos de los capítulos permitirán conocer los temas abordados por el autor:

1. Definición del espiritismo.- 2. Principio del bien y del mal.- 3. Unión del alma con el cuerpo. 4. Reencarnación.- 5. Frenología.- 6. Acerca del pecado original.- 7. El Infierno.- 8. Misión del Cristo.- 9. El Purgatorio.- 10. El Cielo.- 11. Pluralidad de los globos habitados.- 12. La caridad.- 13. Deberes del hombre.- 14. Periespíritu.- 15. Necesidad de la reencarnación.- 16. Oportunidad de la revelación.- 17. Los ángeles y los demonios.- 18. Los tiempos predichos.- 19. La plegaria.- 20. La fe.- 21. Respuesta a los injuriosos.- 22. Respuesta a los incrédulos, ateos o materialistas.- 23. Llamamiento al clero.

Lamentamos que la falta de espacio no nos permita transcribir tantos pasajes como hubiéramos querido. Apenas nos limitaremos a citar algunos:

Capítulo III, página 41.- "La utilidad recíproca e indispensable del alma y del cuerpo para su mutua cooperación, constituye la razón de ser de su unión. Además, constituye para el Espíritu las condiciones activas en el camino del progreso, donde es llamado a conquistar su personalidad intelectual y moral.

"¿De qué modo esos dos principios desempeñan normalmente en el hombre el objetivo al que se halla destinado? Cuando el Espíritu es fiel a sus aspiraciones divinas, limita los instintos animales y sensuales del cuerpo, y los reduce a su acción providencial en la obra del Creador. Se desarrolla, crece. Es la perfección de la obra misma que se realiza. Alcanza la felicidad, cuyo último término es inherente al grado supremo de la perfectibilidad.

"Por el contrario, si abdica de la soberanía que debe ejercer sobre el cuerpo, cede a la incitación de los sentidos; y si acepta sus condiciones de placeres terrestres como *único objetivo de sus aspiraciones*, falsea la razón de ser de su existencia y, lejos de cumplir su destino, se mantiene estacionario. Apegado a esta vida terrenal, que tan solo debió haber sido para él una condición accesoria, dado que no puede ser su fin, el Espíritu, que era jefe, se convierte en subordinado. Acepta locamente la dicha terrenal que sus sentidos le hacen experimentar y cuya satisfacción le proponen, sofocando en él, de ese modo, la intuición de la verdadera felicidad que se le reserva. Ese es su primer castigo".

En el capítulo VII: "El Infierno", pág. 99, encontramos esta notable apreciación de la muerte y los flagelos destructores:

"¿Acaso se supone que con la enumeración de los flagelos que siembran en la Tierra el terror y el espanto, el sufrimiento y la muerte, es posible demostrar que tales flagelos son la manifestación de la cólera divina?

"Sabed bien, temerarios *evocadores* de las venganzas celestiales, que los cataclismos que mencionáis, lejos de tener el carácter exclusivo de un castigo infligido a la humanidad, son un acto de la misericordia divina, que le cierra *a aquella* el abismo donde la precipitaban sus desórdenes, y le abre las puertas hacia el camino del progreso que debe seguir para asegurar su regeneración.

"¿Qué son esos cataclismos, sino una nueva etapa en la existencia del hombre, una era dichosa que señala para los pueblos y la humanidad entera el punto providencial de su adelanto?

"Sabed, pues, que la muerte no es un mal. Faro de la existencia del Espíritu, siempre es, cuando viene de Dios, la señal de su misericordia y de su bondadosa asistencia. La muerte no es más que el fin del cuerpo, el término de una encarnación; y en las manos de Dios, constituye el aniquilamiento de un medio corruptor y vicioso, la interrupción de una corriente funesta, de la que en un momento solemne la Providencia arranca al hombre y a los pueblos.

"La muerte es tan solo una interrupción de la prueba terrenal. Lejos de dañar al hombre, o mejor dicho, al Espíritu, lo invita a que se recoja en el mundo invisible, ya sea para reconocer sus faltas y arrepentirse, o bien para instruirse y prepararse, mediante firmes y saludables resoluciones, a fin de retomar la prueba de la vida terrenal.

"La muerte solo amedrenta al hombre que, demasiado identificado con la Tierra, no tiene fe en su augusto destino, del que la Tierra no es más que el doloroso taller donde debe realizar su purificación.

"Dejad de suponer, pues, que la muerte sea un instrumento de cólera y de venganza en manos de Dios. Sabed que, por el contrario, es a la vez la expresión de su misericordia y de su justicia, tanto para que el malvado no siga el camino de la iniquidad, como para que el justo abrevie el tiempo de pruebas y de exilio en la Tierra.

"Y vosotros, los ministros de Cristo, quienes desde lo alto de la cátedra de la verdad proclamáis la cólera y la venganza de Dios, y que con vuestras elocuentes descripciones de la fantástica gehena, atizáis las llamas inextinguibles destinadas a devorar al desdichado pecador; vosotros, que desde vuestros labios tan autorizados dejáis caer esta aterradora sentencia:

¡Por siempre jamás!, ¿acaso habéis olvidado las enseñanzas de vuestro divino Maestro?"

Citaremos también los siguientes pasajes, extraídos del capítulo acerca del pecado original:

"En vez de crear el alma ya perfecta, Dios quiso que esta llegara a serlo a través de prolongados y constantes esfuerzos de su parte, que le permitieran liberarse de ese estado de inferioridad nativa, y elevarse hacia sus augustos destinos.

"Para alcanzar esos fines, el alma tiene que romper los lazos que la vinculan a la materia, resistir la atracción de los sentidos, con la alternativa de su supremacía sobre el cuerpo, o de la obsesión que sobre ella ejercen los instintos animales.

"Esos lazos terrenales son los que el alma debe desatar, pues son las condiciones mismas de su inferioridad. Solo en eso consiste el supuesto pecado original, el alveolo que oculta su esencia divina. El pecado original constituye, de ese modo, el ascendiente primitivo que los instintos animales deben de haber ejercido al principio sobre las aspiraciones del alma. Tal es el estado del hombre que el *Génesis* pretendió representar con la figura ingenua del árbol de la ciencia del bien y del mal. La intervención de la serpiente tentadora no es otra cosa más que los deseos de la carne y la solicitación de los sentidos. El cristianismo consagró esa alegoría como un hecho real, vinculándolo a la existencia del primer hombre; y sobre ese hecho, fundó el dogma de la redención.

"Desde ese punto de vista, debemos reconocer que el pecado original debió ser, y ha sido, en efecto, el de toda la posteridad del primer hombre, y así será durante muchos siglos, hasta que el Espíritu se libere completamente del asedio de la

materia. No cabe duda de que esa liberación llegará a realizarse, pero no en nuestros días.

"En una palabra, el pecado original constituye las condiciones de la naturaleza humana que lleva consigo los primeros elementos de su existencia, junto con todos los vicios que ella engendró.

"El pecado original es el egoísmo, es el orgullo, que presiden los actos de la vida del hombre. Es el demonio de la envidia y de los celos, que devoran su corazón. Es la ambición que perturba su sueño. Es la codicia, que no puede saciar su avidez de lucro. Es la ambición y la sed de oro, ese elemento indispensable para satisfacer las exigencias del lujo, del confort y el bienestar, y que el siglo persigue con tanto ardor.

"Ese es el pecado original proclamado en el *Génesis*, y que el hombre siempre llevó consigo. Solo podrá eliminarlo el día que, compenetrado de sus elevados destinos, y conforme a la fábula del buen La Fontaine, abandone la sombra y se quede con la presa; el día que renuncie a la ilusión de la felicidad terrestre y aspire a la felicidad real que se le reserva.

"Así pues, que el hombre aprenda a ser digno de su título de jefe entre todos los seres creados, así como de la esencia etérea, emanada del seno mismo de su Creador, y de la que está lleno. Que sea fuerte para luchar contra las tendencias de su envoltura terrestre, cuyos instintos son ajenos a sus aspiraciones divinas y no podrían conformar su personalidad espiritual; que su único objetivo sea siempre elevarse hacia la perfección de su fin último, y entonces el pecado original ya no existirá para él".

Nuestros lectores ya conocen al señor Bonnamy. Han podido apreciar su firmeza, la independencia de su carácter

y la elevación de sus sentimientos, en la notable carta de su autoría, que publicamos en la *Revista* de marzo de 1866, página 76, como parte del artículo titulado: *El espiritismo y la magistratura*. Ahora, mediante un trabajo de enorme alcance, él acude resueltamente para prestar su apoyo y la autoridad de su nombre a una causa que, en su conciencia, considera la causa de la humanidad.

Entre los ya numerosos adeptos que el espiritismo cuenta en la magistratura, el señor Jaubert, vicepresidente del tribunal de Carcassonne, y el señor Bonnamy, juez de instrucción en Villeneuve-sur-Lot, son los primeros que enarbolan abiertamente su estandarte; y no lo hacen al día siguiente de la victoria, sino en el momento del combate, mientras la doctrina espírita sufre los ataques de sus adversarios, y cuando sus adherentes aún padecen persecuciones. Los espíritas de la actualidad, más los del futuro, sabrán apreciar esa acción, y no la olvidarán. Cuando una doctrina recibe el sufragio de hombres tan justamente considerados, esa es la mejor respuesta que se puede dar a las diatribas de que es objeto.

La obra del señor Bonnamy ocupará un lugar en los anales del espiritismo, no solo porque es la primera en su género, sino sobre todo por su importancia filosófica. El autor examina en ella la doctrina misma, discute sus principios, de los que extrae la quintaesencia, prescindiendo completamente de toda personalidad, lo cual excluye cualquier idea de camarilla.

* * *

EN PRENSA

para que aparezca en diciembre

La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo

por Allan Kardec

1 volumen, in-12°, de 500 páginas.

AVISO

Respuesta al señor S. B., de Marsella

No tomamos en cuenta las cartas que nos llegan sin firma, o sin un domicilio preciso cuando no conocemos al remitente. Esas cartas son desechadas.

Esta respuesta se dirige también al autor de una serie de cartas que llevaban el sello de *route de Besançon*, y que recibimos frecuentemente durante un tiempo. Si este aviso llega a su remitente, le informamos que, por los motivos arriba expuestos, esas cartas no fueron leídas a medida que llegaban. La persona encargada de la correspondencia las apartó, como hace con todas las que llegan rodeadas de misterio, y que por esa razón no se consideran bastante serias para ocupar el tiempo en ellas, en perjuicio del trabajo realmente importante, para el cual apenas damos abasto.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año X Número 12 Diciembre de 1867

El hombre ante la historia

Antigüedad de la raza humana[42]

En la historia de la Tierra, la humanidad tal vez no sea más que un sueño. Cuando nuestro viejo mundo se duerma en los hielos de su invierno, es probable que el paso de nuestras sombras por su rostro no deje sobre él ningún recuerdo. La Tierra posee de por sí una historia incomparablemente más rica y compleja que la del hombre. Mucho tiempo antes de la aparición de nuestra raza, durante siglos y siglos, la Tierra estuvo ocupada por diversos habitantes, por seres primordiales, que extendieron sobre ella su dominio sucesivo, y que

42. Este artículo forma parte de los artículos científicos que el señor Flammarion ha publicado en *Le Siècle*. Decidimos reproducirlo aquí porque conocemos el interés de nuestros lectores por los escritos de este joven científico, y además porque se relaciona, desde el punto de vista de la ciencia, con algunos de los puntos fundamentales de la doctrina expuesta en nuestra obra acerca de la *Génesis*. (N. de Allan Kardec.)

desaparecieron con las modificaciones elementales de la física del globo.

En uno de los últimos períodos, en la época terciaria, a la que sin temor podemos asignar una fecha de varios cientos de miles de años antes de nosotros, el lugar donde París despliega actualmente sus esplendores era un Mediterráneo, un golfo del océano universal, sobre el cual se elevaban, en Francia, solamente el terreno cretácico de Troyes, Ruan y Tours; el terreno jurásico de Chaumont, Bourges y Niort; el terreno triásico de los Vosgos, y el terreno primitivo de los Alpes, de la Auvernia y de las costas de Bretaña. Más tarde, la configuración cambió. En la época en que aún vivían los mamuts, los osos de las cavernas y los rinocerontes lanudos, se podía ir por tierra de París a Londres. Es probable que nuestros antepasados de entonces hayan realizado ese trayecto, porque aquí había hombres antes de la formación de la Francia geográfica.

La vida de ellos difería tanto de la nuestra como de la de los salvajes a los que nos referimos recientemente. Algunos habían construido sus aldeas sobre pilotes, en medio de los grandes lagos. Esas ciudades lacustres, comparables a las de los castores, fueron descubiertas en 1853, cuando, a causa de una prolongada sequía, las aguas de los lagos de Suiza descendieron hasta un nivel inusitado y dejaron a la vista pilotes, utensilios de piedra, hueso, oro y arcilla: vestigios inequívocos de la antigua habitación del hombre. Esas ciudades acuáticas no eran una excepción, pues se encontraron más de doscientas tan solo en Suiza. Heródoto refiere que los paeonianos vivían en ciudades semejantes en el lago Prasias. Cada ciudadano que tomaba una esposa tenía la obligación de hacer que trasladaran tres piedras desde una cantera cercana y las depositaran en el lago. Como la cantidad de mujeres no estaba

limitada, los cimientos de la ciudad se elevaron rápidamente. Las cabañas se ponían en contacto con el agua a través de una escotilla, y a los niños se los sujetaba por el pie con una cuerda, por miedo a que se accidentaran. Hombres, caballos, ganado, vivían todos juntos; y se alimentaban de pescado. Hipócrates alude a las mismas costumbres en los habitantes de Phase. En 1826, Dumont d'Urville descubrió ciudades lacustres análogas en las costas de Nueva Guinea.

Otros vivían en cavernas y grutas naturales, o construían toscos refugios contra las bestias feroces. En la actualidad, se han encontrado huesos humanos mezclados con los de la hiena, el oso de las cavernas y el rinoceronte tichorhinus. En 1852, un obrero que sondaba la profundidad de una madriguera en la que los conejos se guarecían de los cazadores, en Aurignac (Alto Garona), encontró en ella algunos huesos de grandes dimensiones. Comenzó a excavar, con la esperanza de encontrar algún tesoro, pero descubrió un verdadero osario. A partir de ese hecho, comenzaron a rumorearse historias de monederos falsos, asesinatos, etc. El prefecto ordenó que recogieran todos los huesos y los depositaran en el cementerio. En 1860, el señor Lartet quiso examinar esos viejos restos, pero el sepulturero ya no recordaba dónde los había enterrado. No obstante, con la ayuda de unos pocos vestigios encontrados en la caverna, los restos de una fogata y de huesos que habían sido quebrados para extraerles la médula, se logró confirmar que las tres especies animales mencionadas más arriba habían vivido en esa región de Francia en la misma época que el hombre. El perro ya era compañero del hombre, y no cabe duda de que fue su primera conquista.

La alimentación de esos hombres primitivos ya era muy variada. Un profesor afirma que la proporción entre carní-

voros y frugívoros era de doce a veinte. En cambio, el señor Flourens considera que solo comían frutos. La verdad es que el hombre fue omnívoro desde el comienzo. En los *kjokken-moddings* de Dinamarca se han conservado restos de *cocina antediluviana*, que demuestran tal hecho hasta la evidencia. Esos hombres comían ostras y pescado, y conocían el ganso, el cisne y el pato. Les gustaba el urogallo, el ciervo, el venado y el reno, que cazaban, y cuyos restos se encontraron perforados por flechas de piedra. El uro o buey primitivo ya los proveía de leche. El lobo, el conejo, el perro y el gato eran su plato fuerte. Las bellotas, la cebada, la avena, los guisantes, las lentejas, les aportaban el pan y las legumbres. El trigo llegó más tarde. Las avellanas, los hayucos, las manzanas, las peras, las fresas y las frambuesas, completaban la alimentación de los antiguos daneses. Los suizos de la Edad de Piedra también se habían apropiado de la carne de búfalo, de alce y de toro salvaje, y domesticaron la cabra y la oveja. La liebre y el conejo eran despreciados por alguna razón de carácter supersticioso. Por otra parte, el caballo ya ocupaba un lugar en las comidas. Al principio, todas esas carnes se consumían crudas y ahumadas, y es notable el hecho de que los antiguos daneses no utilizaban los dientes incisivos, como nosotros, para cortar el alimento, sino para agarrarlo, retenerlo y masticarlo. De tal modo, esos dientes no eran filosos como los nuestros, sino aplanados como los molares, y las dos arcadas dentarias se apoyaban una sobre otra, en vez de encajarse.

No todos los salvajes primitivos andaban desnudos. Los primeros habitantes de las latitudes boreales, en Dinamarca, en la Galia y en la Helvecia, debieron guarecerse del frio con pieles y forros. Más tarde, pensaron en los adornos. Señoras, la coquetería, el gusto por los atavíos, nacieron apenas ayer.

Testigos de eso son los collares hechos con dientes de perro, de conejo o de lobo, perforados con un colgante. Más tarde, los broches para el cabello, los brazaletes, los prendedores de bronce, se multiplicaron hasta lo infinito, y nos asombramos de la variedad e incluso del buen gusto de los objetos de tocador de las damas y los caballeros de aquella época.

En esos tiempos lejanos, se enterraba a los muertos en bóvedas sepulcrales. Los cadáveres eran colocados en cuclillas, con las rodillas casi en contacto con el mentón, y con los brazos cruzados sobre el pecho y cerca de la cabeza. Tal es, como hemos señalado, la posición del niño en el vientre de su madre. Esos hombres primordiales no sabían eso, sino que relacionaban la tumba con la cuna mediante una especie de intuición.

Vestigio de edades extintas, esos grandes túmulos, esos montículos, esas colinas, que en los siglos pasados se denominaron "tumbas de gigantes", y que constituían límites inviolables, son las cámaras mortuorias en las que nuestros ancestros conservaban a sus muertos. ¿Cuáles eran esos primeros hombres? "No solo por curiosidad –dice Virchow– nos preguntamos quiénes eran esos muertos, si pertenecían a una raza de gigantes, y cuándo vivieron. Estas cuestiones son importantes para nosotros. Esos muertos son nuestros ancestros, y las preguntas que dirigimos a esas tumbas se relacionan con nuestro propio origen. ¿De qué raza procedemos? ¿De qué comienzos ha surgido nuestra cultura actual, y hacia dónde nos conduce?"

No hace falta remontarse a la creación para obtener algo de claridad acerca de nuestros orígenes. De lo contrario, nos veríamos condenados a permanecer para siempre en una noche absoluta. Tan solo respecto de la época de la creación, contamos con más de ciento cuarenta opiniones, y de la primera a la última no hay menos de 3194 años de diferencia.

Agregar una hipótesis más, la número ciento cuarenta y uno, no resolvería el problema. Así pues, nos limitaremos a establecer que, desde el punto de vista geológico, el último período de la historia de la Tierra, el período *cuaternario*, que dura hasta la actualidad, ha sido dividido en tres épocas: la época *diluviana*, durante la cual se produjeron inmensas inundaciones parciales y los amplios depósitos y acumulaciones de arena; la época *glacial*, caracterizada por la formación de glaciares y un mayor enfriamiento del globo; y por último, la época *moderna*. En suma, la importante cuestión, casi resuelta en el presente, era saber si el hombre surgió en esta última época o en las precedentes.

Ahora bien, actualmente se ha comprobado que el hombre data al menos de la primera época, y que nuestros primeros ancestros tienen derecho al título de *fósiles*, dado que sus restos óseos (lo poco que se conserva de ellos) yacen junto con los del *Ursus spelaeus*, la hiena, el *Felis spelaea*, el *Elephas primigenius*, el megaloceros, etc., en una camada perteneciente a un orden de vida diferente del actual.

En esas épocas lejanas reinaba una naturaleza muy diferente de la que en la actualidad despliega sus esplendores alrededor nuestro. Otros tipos de plantas decoraban los bosques y los campos; otras especies de animales vivían en la superficie del suelo y en los mares. ¿Quiénes fueron los primeros hombres que despertaron en ese mundo primordial? ¿Cuáles ciudades edificaron? ¿Qué lenguaje hablaron? ¿Cuáles eran sus costumbres? Estas preguntas se mantienen para nosotros en un profundo misterio. No obstante, tenemos la certeza de que *muchas razas de hombres* han habitado sucesivamente, durante períodos seculares, en el lugar donde ahora nosotros fundamos dinastías y monumentos.

Sir John Lubbock, en la obra citada al principio de este estudio, ha demostrado la antigüedad de la raza humana mediante los descubrimientos acerca de los usos y las costumbres de nuestros ancestros, así como sir Charles Lyell lo había demostrado desde el punto de vista geológico. Por nuestra parte, sea cual fuere el misterio que todavía envuelve nuestros orígenes, preferimos este resultado aún incompleto de la ciencia positiva, en vez de las fábulas y las novelas de la antigua mitología.

Camille Flammarion

Un resucitado contrariado

Extraído del viaje del señor Victor Hugo a Zelanda

El siguiente episodio fue extraído de un relato publicado en el periódico *La Liberté*, acerca de un viaje del señor Victor Hugo a la provincia de Zelanda, en Holanda. Dicho artículo se encuentra en el número del 6 de noviembre de 1867.

"Acabábamos de llegar a la ciudad. Yo miraba hacia arriba y le señalaba a Stevens, mi compañero de asiento en el coche, el pintoresco dentado de una sucesión de tejados hispano-flamencos, a la vez que él me tocaba el hombro y me hacía ver lo que ocurría en el andén de la estación.

"Era Victor Hugo, rodeado por una bulliciosa multitud de hombres, mujeres y niños. Había descendido del coche e intentaba avanzar, escoltado por las autoridades de la ciudad, simplemente emocionado y con la frente descubierta. A

su lado iban dos niñas, vestidas de blanco. Ellas acababan de obsequiarle sendos ramos de flores, que el poeta llevaba entre las manos.

"En esta época de visitas coronadas y de ovaciones artificiales u oficiales, ¿qué me decís acerca de esta entrada ingenuamente triunfal por parte de un hombre universalmente popular, que llega de improviso a un país perdido, cuya existencia ni siquiera sospechaba, para encontrarse tan naturalmente en sus Estados? ¿Quién habría podido advertir al poeta acerca de que esa pequeña ciudad desconocida, cuya silueta había observado a lo lejos con curiosidad, era su querida Ziéricsée?

"Durante la cena, el señor Van Maenen preguntó a Victor Hugo:

"—¿Sabéis quiénes son las dos niñas que os obsequiaron las flores?

"—No.

"—Son las hijas de un resucitado.

"Esa respuesta requería una explicación, de modo que el capitán nos contó esta extraña aventura:

"—Alrededor de un mes atrás, cierta tarde, durante el crepúsculo, un hombre y su pequeño hijo se dirigían en su carruaje a la ciudad. Vale decir que ese hombre había perdido poco antes a su esposa y a otro hijo, y que se hallaba sumamente triste. Si bien conservaba dos hijas, además del niño que lo acompañaba en ese momento, no tenía consuelo y vivía sumido en la melancolía.

"Esa tarde, el carruaje seguía uno de esos caminos empinados y abruptos, bordeados a derecha e izquierda por zanjas de agua estancada y a menudo profunda. De repente, el caba-

llo, que sin duda era mal dirigido en medio de la bruma del anochecer, perdió bruscamente el equilibrio y cayó desde lo alto del terraplén hacia la zanja, llevando consigo el carruaje, el hombre y el niño.

"Ese grupo de seres precipitados sufrió un terrible momento de angustia, del que nadie fue testigo. Hicieron un oscuro y desesperado esfuerzo por salvarse. Pero el impulso de la caída hizo que se hundieran de inmediato, tragados por el barro espeso de la zanja.

"Tan solo el niño cayó milagrosamente fuera del agua. Soltaba gritos desesperados, agitando sus pequeños brazos. Dos campesinos, que atravesaban un campo de granza en las inmediaciones del lugar, escucharon los gritos y fueron en auxilio del niño, que exclamaba:

"—¡Mi papá! ¡Mi papá! ¡Quiero a mi papá!

"—¿Dónde está tu papá?

"—¡Ahí! –decía el niño, señalando la zanja.

"Los campesinos comprendieron, y se pusieron a trabajar. Al cabo de un cuarto de hora, pudieron retirar el carruaje destrozado. Media hora después, encontraron el caballo, muerto. El niño seguía rogando por su padre.

"Finalmente, tras un último esfuerzo, en el mismo sector de la zanja donde habían hallado el carruaje y el caballo, los campesinos descubrieron y lograron retirar del agua un cuerpo inerte y fétido, totalmente cubierto de lodo negro. Era el cadáver del padre.

"Había pasado alrededor de una hora. La desesperación del niño iba en aumento, pues no quería que su padre falleciera. Los campesinos ya lo habían dado por muerto, pero el pequeño se arrojaba sobre ellos y les suplicaba. Como eran

buenas personas, para calmar al niño decidieron hacer algo que en esos casos era habitual en la región: comenzaron a hacer rodar el cuerpo del ahogado sobre el campo de granza.

"Rodaron el cuerpo de ese modo durante un cuarto de hora, pero no se movió. Lo intentaron nuevamente, con el mismo resultado. El pequeño continuaba llorando. Volvieron a la carga una tercera vez, hasta que desistieron definitivamente. En ese momento, les pareció ver que el cadáver movía un brazo, de modo que retomaron la tarea. El otro brazo también de movió. Insistieron, y todo el cuerpo comenzó a dar señales de vida. ¡El muerto había resucitado lentamente!

"¿Acaso no es algo extraordinario? Pues bien, aquí hay algo más sorprendente aún. El hombre dio un largo suspiro tras volver a la vida, y exclamó: '¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho? Me sentía tan bien en ese lugar. Estaba con mi esposa, con mi hijo. Ellos acudieron a mí, y yo a ellos. Pude verlos. Estábamos en el cielo, en la luz... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho? ¡Ya no estoy muerto!'

"El hombre que hablaba de ese modo acababa de pasar una hora sumergido en el lodo. Tenía un brazo fracturado y heridas graves.

"Lo condujeron a la ciudad, y recién ahora se ha recuperado.

"El señor Van Maenen concluyó de este modo su historia. Y agregó:

"—El señor D…, posee una de las inteligencias más brillantes, no solo de Zelanda, sino de toda Holanda. Es uno de nuestros mejores abogados, y aquí todo el mundo lo aprecia y lo respeta. Cuando supo que vos, señor Victor Hugo, pasaríais por la ciudad, quiso levantarse de la cama, que aún no ha

dejado desde hace un mes, de modo que ayer hizo su primer intento para ir a recibiros y presentaros a sus dos pequeñas hijas, a las que entregó para vos los ramos de flores.

"Se escuchó un clamor en toda la mesa.

"¡Estas son las cosas que sólo ocurren en Zelanda! Los viajeros no vienen a esta ciudad, pero sus habitantes vuelven a ella después de morir…

"—Tendrían que haberlo invitado a cenar –se atrevió a decir la parte femenina de la mesa.

"—¡Invitarlo! –exclamé–. ¡Pero si ya somos doce! Este no sería el momento adecuado para invitar a un fantasma. ¿Os agradaría, señoras, que el número trece fuera un muerto?

"—En esta historia hay dos enigmas –dijo Victor Hugo, que se había mantenido en silencio–. El enigma del cuerpo y el del alma. No me ocuparé de resolver el primero, ni explicaré de qué modo un hombre puede quedar sumergido una hora en el lodo sin que se muera. Se supone que la asfixia es un fenómeno poco conocido aún. Ahora bien, lo que sí comprendo admirablemente, es la lamentación de esa alma. ¡Así es! ¡Ella ya había dejado la vida terrestre, esa sombra, ese cuerpo sucio, esos labios negros, esa fosa oscura! Había comenzado el viaje encantador. A través del lodo, pudo salir a la superficie de la zanja, y desde ahí, apenas vinculada por una sola pluma de sus alas a ese horrible último suspiro ahogado en el fango, ya respiraba silenciosamente el inefable aire fresco del más allá de la vida. Ya podía volar hacia sus amores perdidos y alcanzar a su esposa y elevarse hasta su hijo. ¡De repente, la fugitiva se estremece! Siente que el lazo terrestre, en vez de soltarse por completo, se vuelve a atar, y que ya no sube hacia la luz, sino que desciende bruscamente hacia la noche. Siente

que a ella, al alma, la obligan a ingresar violentamente en el cadáver. Entonces, ¡suelta un grito terrible!

"Lo que de todo esto resulta para mí –agregó Victor Hugo–, es que el alma puede mantenerse durante un tiempo fuera del cuerpo, en estado flotante: deja de ser prisionera, pero sin liberarse aún. Ese estado flotante es la agonía, es la letargia. El estertor es el alma que se lanza fuera de la boca abierta y que vuelve a entrar en ella unos instantes, y que se sacude, jadeante, hasta que se rompe el hilo vaporoso del último suspiro... Es como si la estuviera viendo: el alma lucha, se escapa un poco de los labios, vuelve a entrar, se escapa de nuevo, hasta que da un fuerte aleteo, y entonces se eleva rauda y desaparece en el azul inmenso. Es libre... Sin embargo, a veces el moribundo vuelve a la vida, y el alma desesperada vuelve al moribundo. A veces el sueño nos da la sensación de esas extrañas idas y vueltas de la prisionera. Los sueños son esos pasos cotidianos del alma fuera de nosotros. Hasta que haya completado su tiempo en el cuerpo, cada noche, mientras dormimos, el alma sale a dar un paseo en el patio del sueño."

Paul de la Miltière

Como vemos, el hecho es de por sí eminentemente espírita. Con todo, si hay algo aún más espírita, es la explicación que brinda al respecto el señor Victor Hugo. Se diría que la extrajo textualmente de la doctrina. Por otra parte, no es la primera vez que él se manifiesta en ese sentido. Recordamos el encantador discurso que pronunció, hace unos tres años, ante la tumba de la joven Emily Putron (véase la *Revista Espírita* de febrero de 1865, página 59). Sin duda el espírita más convencido no hablaría de otro modo. A esos pensamientos

no les falta otra cosa más que el nombre; pero ¡qué importa el nombre, si se cree en las ideas! El señor Victor Hugo, por su autoridad, es uno de sus divulgadores. Por otra parte, hay algunos que aclaman esas ideas, pero ridiculizan al espiritismo, con lo cual demuestran que no saben en qué consiste. Si lo supieran, no juzgarían esa misma idea como locura en unos, y como verdad sublime en otros.

Carta de Benjamín Franklin a la señorita Jone Mecone

Acerca de la preexistencia

"Diciembre de 1770.

"Durante mi primera estadía en Londres, hace unos cuarenta y cinco años, conocí a una persona que tenía una opinión casi igual a la de vuestro autor. Su nombre era Hive, y era la viuda de un impresor. Ella murió luego de mi partida. En su testamento, dispuso que su hijo leyera públicamente, en el Salter's Hall, un discurso solemne cuyo objeto era demostrar que esta Tierra es el verdadero Infierno, el lugar de castigo para los Espíritus que han pecado en un mundo mejor. Para que expíen sus faltas, son enviados aquí con formas de todo tipo. Hace tiempo leí ese discurso, que había sido impreso. Creo recordar que no le faltaban citas de la Escritura. En él se afirmaba que, si bien en la actualidad no conservamos ningún recuerdo de nuestra preexistencia, recuperaremos ese conocimiento después de la muerte, y recordaremos los castigos sufridos, a fin de corregirlos. En cuanto a los que aún no habían

pecado, el hecho de observar nuestros padecimientos debía servirles de advertencia.

"De hecho, aquí en la Tierra vemos que cada animal tiene su enemigo, y que ese enemigo tiene instintos, facultades, armas para atemorizarlo, herirlo y destruirlo. En cuanto al hombre, que se encuentra en el primer grado de la escala, es un demonio para con su semejante. En la doctrina recibida de la bondad y la justicia del gran Creador, parece que hace falta una hipótesis como la de la señora Hive para conciliar con el honor de la Divinidad ese estado aparente de mal general y sistemático. No obstante, ante la ausencia de historia y de hechos, nuestro razonamiento puede ir lejos cuando queremos descubrir lo que hemos sido antes de nuestra existencia terrestre, o lo que seremos después de ella." (*Magasin Pittoresque*, octubre de 1867, página 340.)

En la *Revista Espírita* de agosto de 1865, página 244, publicamos el epitafio de Franklin, escrito por él mismo:

"Aquí descansa, entregado a los gusanos, el cuerpo de Benjamín Franklin, impresor, como la cubierta de un viejo libro, al que le han arrancado las hojas, y cuyos título y dorados se han borrado. Pero la obra no se perderá, porque, *como él creyó*, volverá en una nueva y mejor edición, revisada y corregida por el autor".

Aquí vemos otra de las grandes doctrinas del espiritismo, la pluralidad de las existencias, profesada hace más de un siglo por un hombre al que con toda razón se considera una de las lumbreras de la humanidad. Por otra parte, esta idea es tan lógica, tan evidente, a juzgar por los hechos que se ven a diario, que se encuentra en estado de intuición en una infinidad de personas. En la actualidad, también es aceptada positivamente por parte de inteligencias selectas, como un principio

filosófico por fuera del espiritismo. Así pues, el espiritismo no la inventó, sino que la ha demostrado y la ha probado, y del estado de simple teoría la hizo pasar al estado de hecho positivo. Se trata de una de las numerosas puertas abiertas a las ideas espíritas, porque, conforme lo hemos explicado en otra circunstancia, una vez admitido ese punto de partida, de deducción en deducción se llega necesariamente a todo lo que el espiritismo enseña.

Reflejo de la preexistencia

por Jean Raynaud

Este hombre ha llegado al final de su carrera. En pocas horas ya no será de este mundo. En ese momento supremo, ¿tiene conciencia del resultado, del producto neto de la vida? ¿Ve un resumen, como en un espejo? ¿Puede hacerse una idea al respecto? Por cierto que no. Sin embargo, ese producto neto, ese resumen, existe en alguna parte. Se encuentra en el alma, de manera latente, sin que ella pueda distinguirlo. Podrá hacerlo el gran día. Entonces, el resumen de todo el pasado, cobrando vida de una vez, se conocerá realmente. Aquí en la Tierra, solo nos conocemos por partes. La luz de un día es opacada por las tinieblas de otro día. El alma sujeta y guarda en su tesoro una infinidad de impresiones, de percepciones y deseos, que olvidamos.

Nuestra memoria está lejos de corresponderse con la capacidad de nuestra alma. Todas esas cosas que actuaron sobre nuestra alma, y cuyo recuerdo hemos perdido, para nosotros

es como si nunca hubieran existido. No obstante, han tenido un efecto, y ese efecto permanece. El alma guarda esa impresión, que se encontrará en el resumen final que será nuestra vida futura. (Fragmento de la obra *Pensées genevoises*, por François Roget. *Le Magasin Pittoresque*, 1861, página 222.)

Juana de Arco y sus comentadores

Juana de Arco es una de las grandes figuras de Francia. Se yergue en la historia como un inmenso problema, y al mismo tiempo como una protesta viva contra la incredulidad. Cabe destacar que, en esta época de escepticismo, quienes se esfuerzan por exaltar la memoria de esta heroína casi legendaria son los más obstinados adversarios de lo maravilloso. Al escudriñar esa vida repleta de misterios, se ven obligados a reconocer la existencia de hechos que no podrían ser explicados solamente con las leyes de la materia, porque si se hicieran a un lado esos hechos, Juana de Arco no sería más que una mujer valiente, como las hay muchas. Es probable que exista alguna razón para que en este momento el público vuelque su atención hacia ese asunto. Se trata de un medio como cualquier otro para allanarle el camino a las ideas nuevas.

Juana de Arco no es un problema ni un misterio para los espíritas, sino un modelo eminente de casi todas las facultades mediúmnicas, cuyos efectos, al igual que una infinidad de otros fenómenos, se explican mediante los principios de la doctrina espírita, sin que haga falta buscar su causa en lo sobrenatural. Ella es la resplandeciente confirmación del espiritismo, del que ha sido uno de los más destacados precursores,

no por sus enseñanzas, sino por los hechos, así como por sus virtudes, que denotan en ella un Espíritu superior.

Por nuestra parte, nos proponemos elaborar un estudio especial al respecto, toda vez que nuestras tareas nos lo permitan. Entretanto, no deja de ser útil conocer de qué modo los comentadores de Juana de Arco consideran sus facultades.

El siguiente artículo ha sido extraído de *Le Propagateur de Lille*, del 17 de agosto de 1867:

"Nuestros lectores recordarán sin duda que este año, durante los festejos del aniversario del levantamiento del asedio de Orleans, el padre Freppel solicitó, con una humilde y generosa sutileza, la canonización de nuestra Juana de Arco. Hoy leímos en la *Biblothèque de l'École des Chartes* un excelente artículo del señor Natalis de Wailly, miembro de la Academia de las Inscripciones, quien a propósito del libro *Juana de Arco*, del señor Wallon, expone sus conclusiones, así como las de la verdadera ciencia, acerca de la historia sobrenatural de quien fue a la vez una heroína de la Iglesia y de Francia. Los argumentos del señor de Wailly son oportunos para avivar las esperanzas del padre Freppel, y también las nuestras.- Léon Gautier (*Le Monde*)"

"No son muchos los personajes históricos que han padecido la contradicción de sus contemporáneos y de la posteridad más que Juana de Arco, pero no hay ninguno cuya vida haya sido más sencilla ni mejor conocida.

"Salida repentinamente de la oscuridad, no aparece en escena sino para desempeñar un papel maravilloso, que de inmediato llama la atención de todos. Es una niña capaz tan solo de hilar y coser, y sin embargo se considera enviada por Dios para vencer a los enemigos de Francia. Al principio,

cuenta apenas con unos poco seguidores fieles, que creen en su palabra. Los expertos desconfían y le ponen obstáculos, hasta que ceden. Entonces, Juana de Arco puede ganar las batallas que había predicho. Pronto empuja hacia Reims a un rey incrédulo e ingrato, que la traiciona en el momento en que ella se prepara para recuperar París; un rey que la abandona cuando cae prisionera en manos de los ingleses, y que ni siquiera intenta protestar ni proclamar su inocencia cuando ella va a expiar por él. El día de su muerte, no solo había por un lado enemigos que la declaraban apóstata, idólatra e impúdica, y por otro amigos fieles que la veneraban como una santa. También había ingratos que la olvidaban; sin mencionar a los indiferentes que no se preocupaban por ella, ni a los expertos que se jactaban de no haber creído nunca en su misión, o de haber creído a medias.

"Todas esas contradicciones, con las que Juana de Arco debió convivir y también morir, la han sobrevivido y acompañado a través de los siglos. Entre el vergonzoso poema de Voltaire y la elocuente historia del señor Wallon, se encuentran las más diversas opiniones acerca de ella; y si en la actualidad todos convienen en respetar su gran memoria, podemos decir que debajo de la admiración común todavía se ocultan profundas desavenencias. En efecto, todo aquel que lee o escribe la historia de Juana de Arco, se encuentra con un problema que a la crítica moderna no le agrada, pero que se impone como una necesidad. Ese problema es el carácter sobrenatural que se manifiesta en el conjunto de esa vida extraordinaria, y más especialmente en algunos hechos particulares.

"Así es, la cuestión de los milagros se presenta inevitablemente en la vida de Juana de Arco. Esa cuestión incomodó a más de un escritor, y a menudo provocó extrañas respuestas.

El señor Wallon consideró, y con razón, que el primer deber de un historiador de Juana de Arco consistía en no eludir esa dificultad, de modo que la abordó directamente, explicándola a través de la intervención milagrosa de Dios. Por mi parte, intentaré demostrar que esa solución está completamente de acuerdo con las reglas de la crítica histórica.

"Las pruebas metafísicas, en las que se puede apoyar la posibilidad de los milagros, se escapan o desagradan a determinadas mentes. Sin embargo, la historia no tiene que elaborar esas pruebas. Su misión no consiste en establecer teorías, sino en constatar hechos y registrar todos aquellos que considere ciertos. Nadie negará que un hecho milagroso o inexplicable deba ser verificado con más atención. Por consiguiente, ese mismo hecho, más atentamente verificado que los otros, adquiere de algún modo un mayor grado de certeza. Razonar de otro modo implica violar todas las reglas de la crítica y transferir a la historia los prejuicios de la metafísica. No existe una argumentación contra la posibilidad de los milagros que dispense de examinar las pruebas históricas de un hecho milagroso, así como de admitirlas cuando contribuyen a generar convicción en un hombre de sentido común y buena fe. Más tarde, se podrá buscar para ese hecho una explicación que satisfaga a determinado sistema científico. Sin embargo, antes que nada, y pase lo que pase, la existencia del hecho se debe reconocer, toda vez que esta se apoya en pruebas que satisfacen las reglas de la crítica histórica.

"¿Existen o no hechos de esa naturaleza en la historia de Juana de Arco? Esta cuestión ha sido discutida una y otra vez por un estudioso que precedió al señor Wallon, y que en esta materia ha conquistado una autoridad incuestionable. Cito al señor Quicherat, con preferencia respecto del señor Wallon,

no solo porque aquel constató antes que este los hechos que pretendo recordar, sino también porque se propuso establecerlos sin la pretensión de explicarlos, de modo que su crítica, independiente de todo sistema preconcebido, se limitó a establecer premisas cuyas conclusiones no quiso siquiera prever.

" 'Está claro –dice él– que los curiosos querrán ir más lejos, y razonar sobre una causa cuyos efectos no les bastará con admirar. Teólogos, psicólogos, fisiólogos: no tengo una solución para ofrecerles. Que encuentren, si pueden, cada uno desde su punto de vista, los elementos de una valoración que desafíe a los contradictores. Lo único que me siento capaz de hacer en la dirección en que se ejercerá semejante investigación, es presentar del modo más preciso las particularidades de la vida de Juana de Arco que parecen apartarse del alcance de las facultades humanas.'

"La particularidad más importante, la que se impone a las demás, es el hecho de las *voces* que ella escuchaba varias veces al día, que la interpelaban o le respondían, y cuyas entonaciones podía distinguir, atribuyéndolas sobre todo a san Miguel, santa Catalina y santa Margarita. Al mismo tiempo, se manifestaba una luz intensa, en la que ella percibía la figura de sus interlocutores: *Los veo con los ojos de mi cuerpo* –les decía a sus jueces–, *tan bien como os veo a vosotros*. En efecto, ella sostenía con una firmeza inquebrantable que Dios la aconsejaba a través de los santos y de los ángeles. En un momento, se desmintió, flaqueó ante el miedo al suplicio. Pero lloró por debilidad y la confesó públicamente. Su última exclamación, en medio de las llamas, fue para afirmar que sus voces no la habían engañado y que sus revelaciones procedían de Dios. Concluyamos, con el señor Quicherat, que 'en este punto la crítica más severa no tiene ninguna sospecha respecto de su

buena fe'. Una vez constatado el hecho, ¿cómo lo explicaron algunos estudiosos? De dos maneras: recurriendo a la *locura* o a la simple alucinación. ¿Qué dice al respecto el señor Quicherat? Que prevé grandes peligros para los que pretendan clasificar el hecho de la Doncella entre los casos patológicos.

"Pero también dice que, aun cuando la ciencia explique el hecho de ese modo, no podrá dejar de reconocer que hubo visiones y, tal como voy a demostrarlo, extrañas percepciones mentales procedentes de esas visiones.

"¿Cuáles son esas extrañas percepciones mentales? Son las revelaciones que permitieron a Juana conocer los más secretos pensamientos de algunas personas, percibir objetos que se hallaban fuera del alcance de sus sentidos, y distinguir y anunciar el futuro.

"El señor Quicherat cita para cada una de estas tres especies de revelaciones 'un ejemplo con bases tan sólidas que no es posible –dice él– rechazarlo sin rechazar también el fundamento mismo de la historia'.

"En primer lugar, Juana revela a Carlos VII un secreto que solo él y Dios conocían, como único recurso para forzar la creencia de ese príncipe desconfiado.

"Después, mientras se encontraba en Tours, distinguió que, entre Loches y Chinon, cerca del altar de la iglesia de santa Catalina de Fierbois, había enterrada a cierta profundidad una espada llena de óxido y marcada con cinco cruces. Encontraron la espada, pero los acusadores de Juana le imputaron más tarde que sabía eso de oídas, o porque ella misma había enterrado el arma en ese lugar.

" 'Comprendo –dice al respecto el señor Quicherat– cuán fuerte parecerá una interpretación como esa en nuestra épo-

ca, y cuán débiles son, por el contrario, los fragmentos del interrogatorio que yo le opongo; pero cuando uno lee todo el proceso y observa de qué modo la acusada descubre su conciencia, entonces resulta que su testimonio es fuerte, y la interpretación de los acusadores se torna débil.'

"Por último, dejo al señor Quicherat que él mismo describa una de las predicciones de Juana de Arco:

" 'En una de sus primeras conversaciones con Carlos VII, Juana le anunció que sería herida durante la liberación de Orleans, pero que no quedaría fuera de combate. Sus dos santas se lo habían dicho, y lo ocurrido después demostró que no se habían equivocado. Juana confiesa esto en el cuarto interrogatorio. Nos veríamos limitados a ese testimonio, que el escepticismo, sin poner en duda su buena fe, podría imputar a una ilusión de la memoria. Sin embargo, la demostración de que Juana predijo efectivamente que recibiría una herida, radica en que esto ocurrió el 7 de mayo de 1420 y que, el 12 de abril de ese mismo año, un embajador flamenco, que estaba en Francia, le escribe al gobierno de Brabant una carta en la que menciona, no solamente la profecía, sino también el modo como esta se cumpliría. Juana había sido herida en el hombro por una flecha de ballesta, durante el asalto al Fort des Tourelles, y el enviado flamenco había escrito: *Ella será herida por una flecha durante un combate frente a Orleans, pero no morirá*. Este párrafo de la carta ha quedado consignado en los registros del Tribunal de Cuentas de Bruselas.'

"Uno de los estudiosos cuya opinión mencioné hace poco, según la cual Juana de Arco no estaba loca, sino que más bien sufría alucinaciones, no niega sus predicciones y las atribuye 'a una especie de impresionabilidad sensitiva, a una irradiación de la fuerza nerviosa cuyas leyes aún no se conocen'.

"¿Está seguro de que esas leyes existen y de que alguna vez serán conocidas? Entretanto, ¿no sería mejor que confiese sinceramente su ignorancia en lugar de proponer esas explicaciones? ¿Acaso cualquier hipótesis es buena cuando se trata de negar la acción de la Providencia, y cuando la incredulidad prescinde de todo razonamiento? ¿No se debería decir que desde el origen de los tiempos la inmensa mayoría de los hombres convino en creer que existe un Dios personal, que dirige el mundo después de haberlo creado, y que se manifiesta cuando le place mediante señales extraordinarias? Si acallaran su orgullo por un instante, ¿no escucharían ese concierto de todas las razas y de todas las generaciones? Lo que sí parece maravilloso, es que se pueda tener una fe tan robusta en uno mismo cuando se habla en nombre de una ciencia que es la más incierta y variable de todas, de una ciencia cuyos adeptos no dejan de contradecirse, y cuyos sistemas nacen y mueren como la moda, sin que alguna vez la experiencia logre destruir o consolidar definitivamente uno solo de ellos. Con todo gusto yo diría a esos doctores en patología: 'Si descubrís alguna enfermedad como la de Juana de Arco, evitad curarla. Por el contrario, ocupaos de que sea contagiosa'.

"Mejor inspirado, el señor Wallon no pretendió conocer a Juana de Arco mejor que ella a sí misma. En presencia del más sincero de los testimonios, lo escuchó atentamente y con absoluta confianza. Esa combinación de sentido común y elevación, de simplicidad y grandeza, ese valor sobrehumano, realzado por breves desfallecimientos de la naturaleza, no le parecieron síntomas de locura o alucinación, sino resplandecientes señales de heroísmo y santidad. Aquí, y no allá, está la buena crítica. A eso se debe que, al buscar la verdad, el señor Wallon encontró también la elocuencia, y superó a todos

los que lo habían precedido en ese camino. Merece que se lo ubique al frente de esos escritores acerca de los cuales el señor Quicherat ha dicho con excelencia:

" 'Restituyeron a Juana tan entera como han podido, y a medida que se dedicaron a reproducir su originalidad, encontraron el secreto de su grandeza.'

"Al señor Quicherat le parecerá muy natural que yo tome sus palabras para caracterizar un éxito al cual él contribuyó más que nadie. Porque, si bien no le convino escribir la historia de Juana de Arco, a partir de ahora será imposible llevarla a cabo sin recurrir a sus escritos. El señor Wallon, en particular, extrajo de ellos un inmenso provecho, y casi nunca modificó los textos recogidos por el editor, como tampoco sus conclusiones. Pero no los aceptó sin un control previo. De ese modo, señaló una omisión involuntaria, invocada por un escritor que se inclina más por la alucinación que por la inspiración de Juana de Arco. En la página 216 del *Proceso* (tomo I), se lee que Juana de Arco estaba en ayunas el día que escuchó por primera vez la voz del ángel, pero que no había ayunado el día anterior. En la página 52, por el contrario, el señor Quicherat había impreso: *et ipsa Johanna jejunaverat die præcedenti*. Al suprimir en la página 216 la negación que falta en la página 52, había dos ayunos consecutivos, lo cual parecía una causa suficiente de alucinación. El manuscrito no se presta a esa hipótesis. El señor Wallon verificó que la exactitud habitual del señor Quicherat no se observa en este caso, por lo que en la página 52 debe leerse: *non jejunaverat*.

"La única disensión algo importante que observo entre los dos autores se encuentra en el análisis de los vicios de forma señalados en el proceso. El señor Quicherat sostiene que Pierre Cauchon era demasiado hábil para cometer ilegalidades,

mientras que el señor Wallon lo considera demasiado apasionado para que haya podido evitarlas. No me encuentro en condiciones de resolver este asunto. Sólo señalaré que, en el fondo, tiene poca importancia, pues ambos escritores están de acuerdo respecto de la arbitrariedad del juicio y de la inocencia de la víctima.

"Observo que el señor Wallon, al igual que el señor Quicherat, contrariamente a una antigua opinión que aún conserva algunos partidarios, afirman que cuando Carlos VII fue coronado en Reims, Juana de Arco aún no había finalizado su misión, porque ella se había anunciado a sí misma como destinada también a expulsar a los ingleses. Hago a un lado intencionalmente la liberación del duque de Orleans, porque se trata de un punto acerca del cual sus declaraciones no son tan explícitas. Pero en lo que respecta a la expulsión de los ingleses, tenemos la carta que ella misma les dirige el 22 de marzo de 1429: 'He venido aquí de parte de Dios, el rey del Cielo, para expulsaros uno a uno de toda Francia'. Sus breves desfallecimientos no pueden nada contra ese texto auténtico, que por otra parte ella confirmó en más de una ocasión, hasta que lo consagró en la hoguera mediante una protesta suprema. Así pues, no me explico que pueda existir alguna duda, sobre todo en la mente de los que creen en la inspiración de Juana de Arco. ¿De qué otro modo pueden conocer su misión, si no es a través de ella misma? ¿Por qué le negarían aquí la creencia que le conceden en otra parte?

"Dirán que ella fracasó, y que por eso Dios no le había otorgado esa misión. Esa fue, en efecto, la lamentable idea que se apoderó de todos, cuando supieron que Juana había caído prisionera de los ingleses. Pero el piadoso Gerson, algunos meses antes de morir y un día después de la liberación de

Orleans, había previsto de algún modo los reveses posteriores a la victoria, no como una desaprobación de Juana, sino como un castigo para los ingratos que ella acababa de defender. Esto escribía, el 14 de mayo de 1520:

" 'Incluso cuando (¡Dios no lo permita!) ella se haya equivocado respecto de sus expectativas, así como de las nuestras, no deberíamos concluir que lo que ha hecho procede del espíritu maligno, y no de Dios. Antes debemos culpar a nuestra ingratitud y al justo juicio de Dios, que es secreto… Porque Dios, sin cambiar de consejo, cambia la sentencia conforme a los méritos'.

"Aquí también el señor Wallon ha hecho una buena crítica: no divide los testimonios de Juana de Arco, sino que los acepta en su totalidad y los proclama sinceros, aun cuando no parezcan proféticos. Además, los justifica plenamente al señalar que, si bien ella tenía la misión de expulsar a los ingleses, nunca prometió que lo haría sola, sino que comenzó la tarea y predijo su conclusión. El señor Wallon la comprendió bien, pues no se trata de glorificarla por sus triunfos y despreciarla por su pasión.

"Nosotros, sobre todo, que conocemos el desenlace de ese drama maravilloso. Nosotros, que sabemos que los ingleses finalmente fueron expulsados del reino, y que la corona de Reims se afirmó en la cabeza de Carlos VII, debemos creer –con el señor Wallon– que Dios nunca dejó de inspirar a aquella a la que eligió para consagrar su grandeza mediante las pruebas, y su santidad mediante el martirio". - N. de Wailly

Uno de nuestros corresponsales en Amberes, quien tuvo a bien enviarnos este artículo, agregó la siguiente nota, que es el fruto de sus investigaciones personales acerca del proceso de Juana de Arco:

"Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, y un inquisidor de nombre Lamaire, junto con sesenta asesores, fueron los jueces de Juana. Su proceso se instruyó conforme a las reglas misteriosas y bárbaras de la Inquisición, que había jurado su perdición. Ella quiso someterse al juicio del Papa y del Concilio de Basilea, pero el obispo se opuso. Un sacerdote, L'Oyseleur, la engañó aprovechándose de la confesión, y le dio funestos consejos. Tras una seguidilla de intrigas de todo tipo, Juana fue condenada, en 1431, a ser quemada viva, 'como mentirosa, perniciosa, abusadora del pueblo, adivina, blasfemadora de Dios, renegadora de la fe de Jesucristo, jactanciosa, idólatra, cruel, disoluta, invocadora de los demonios, cismática y herética.

"El papa Calixto III, en 1456, ordenó que una comisión eclesiástica se pronunciara a favor de la rehabilitación de Juana, de modo que mediante un fallo solemne se declaró que Juana había muerto martirizada por defender su religión, su patria y su rey. El Papa intentó canonizarla, pero su valor no prosperó.

"Pierre Cauchon murió súbitamente en 1443, mientras se afeitaba. Fue excomulgado. Su cuerpo fue desenterrado y arrojado a una alcantarilla".

La joven campesina de Monin

Un fenómeno de aparición

Uno de nuestros corresponsales en Oloron (Pirineos Atlánticos) nos envió el siguiente relato de un hecho que es de su conocimiento personal:

"Hacia fines de diciembre de 1866, no muy lejos de la ciudad de Monin (Pirineos Atlánticos), una campesina de veinticuatro años de edad, llamada Mariana Courbet, se hallaba ocupada en recoger hojas en un prado, cerca de la casa en la que vivía con su padre, de sesenta y cuatro años, y una hermana de veintinueve. Desde hacía algunos instantes, un anciano de contextura media, vestido con ropa de campesino, se hallaba de pie en la empalizada de acceso al prado. De repente, el anciano llamó a la joven, que no tardó en aproximarse a él, y le preguntó si podía darle una limosna.

"—¿Qué podría daros? –le dijo la joven–. No tengo nada. A menos que aceptéis un trozo de pan.

"—Lo que tú quieras –respondió el anciano–. Además, puedes estar tranquila, pues el pan nunca te faltará.

"Entonces, la campesina se apresuró a ir en busca del trozo de pan. Cuando regresó, el anciano le dijo:

"—Hace mucho tiempo que me respondiste.

"—¿De qué modo pude responderos? –replicó la campesina, sorprendida–. Todavía no me habíais llamado.

"—Es cierto que no te había llamado, pero mi espíritu se había transportado hacia ti, había penetrado en tu espíritu, y de ese modo conocí tus intenciones por anticipado. También me detuve ante otra casa, ahí abajo. Mi espíritu entró en esa casa, y conocí las disposiciones poco caritativas de sus habitantes. Entonces pensé que sería inútil pedirles algo. Si esas personas no cambian, si continúan negándose a hacer la caridad, se lamentarán mucho. Por tu parte, nunca dejes de dar limosna, pues Dios tomará en cuenta tus sentimientos y te dará mucho más de lo que hayas brindado a los infelices… ¿Estás enferma de los ojos?

"—¡Oh! Sí –respondió la joven–, y muy a menudo mi vista es tan débil que no puedo trabajar en el campo.

"¡Bien! –continuó el anciano–. Aquí tienes un par de lentes, para que puedas ver perfectamente. Tuviste una hermana a la que amaste mucho y que murió hace ocho años y cuatro meses.

"—¡Es verdad! –respondió la campesina, cada vez más sorprendida.

"—Tu madre murió hace un año.

"—¡Es verdad! –dijo la joven, admirada.

"—¡Bien! Irás a sus tumbas y dirás cinco *Padrenuestro* y cinco *Avemaría*. Tu madre y tu hermana se encuentran en un lugar donde son felices y donde un día volverás a verlas. Antes de dejarte, tengo una recomendación para ti: ve a la casa de tal persona (una joven de mala conducta que tenía varios hijos), y pídele que te entregue uno de sus niños, para que tú lo críes hasta que tome la primera comunión.

" 'Por último, aquí tienes un devocionario, que deberás conservar cuidadosamente, pues concederá una gracia a quienes lo toquen. Las personas que acudan a verte tendrán que decir, al llegar o al retirarse, dos *Padrenuestro* y dos *Avemaría* por las almas del Purgatorio. Entre esas personas, cuya cantidad irá en aumento día a día de manera considerable, algunas se reirán, se burlarán. A esas, no les contarás nada de esto. En cuanto a la persona que te entregará al niño, no olvides recomendarle que se convierta, pues no creo que viva mucho más.

" 'Te advierto que te enfermarás gravemente a fines del mes de marzo. No llames al médico, pues será inútil. Se trata de una prueba que tendrás que sufrir con resignación. Por otra parte, volveré a verte'.

"El anciano se alejó, y cuando llegó a un pequeño puente, muy cercano, desapareció de repente.

"Naturalmente, la joven campesina corrió a ver al señor cura, a quien le contó lo sucedido y le mostró el devocionario. El cura le dijo que pensaba que en todo eso había algo extraordinario, y le aconsejó que conservara el libro con esmero. La joven también se apresuró a hacer todo lo que el anciano le había recomendado. Poco después, se la vio con sus lentes y con el niño que había adoptado. Recibía la visita de una multitud innumerable, y este último domingo su casa estaba repleta de personas, a tal punto que el señor cura cantó las vísperas casi a solas. No debo olvidar una circunstancia importante: conforme a la predicción del anciano, la campesina cayó en cama hace unos días. Ahora, debo deciros que, tanto en Monin como en Oloron, las opiniones acerca de este asunto están muy divididas. Algunos creen y otros se mantienen escépticos. El cura de Monin, que al principio consideró el hecho muy extraordinario, varias veces predicó para disuadir a sus parroquianos de que visiten a la campesina. Según la joven, el sujeto que se presentó le dijo su nombre y le confió muchas cosas que ella no debe revelar, al menos por el momento. En todo esto, lo que me mueve un poco a la reflexión es que el anciano manifestó el deseo de que se levante una estatua que lo represente en el lugar donde se apareció.

"La opinión general, entre los creyentes, es que debe de ser san José. Para mí, si el hecho es auténtico, no puedo ver en él otra cosa más que una manifestación espírita, cuyo objetivo es llamar la atención hacia nuestra filosofía, en una región dominada por influencias contrarias."

Algunas palabras acerca de la *Revista Espírita*

por el periódico *L'Exposition Populaire Illustrée*

La Exposición Popular Ilustrada contiene, en su número treinta y cuatro, el siguiente artículo acerca de las reflexiones que nosotros incluimos a continuación de los dos artículos que tomamos de ese periódico –acerca del cura Gassner y los pronósticos–, y que publicamos en el último número de la *Revista Espírita*:

"La *Revista Espírita* es un periódico especial mensual, que desde hace diez años sostiene con valor su lucha contra la clase numerosa de los escritores y los hombres superficiales que, a cuál más porfiado, tratan a los adeptos de la fe nueva de 'iluminados, alucinados, tontos, locos, impostores, charlatanes, y hasta de engendros de Satán'[43]. Ya veis que algunos escritores prefieren insultar antes que discutir.

"¡Dios mío! Todo ese vocabulario se agotó hace treinta y cinco o treinta y seis años, contra los SANSIMONIANOS. Y si no estamos equivocados, la elocuencia del Ministerio Público fue hecha a un lado, y nos parece que el PADRE[44] y uno de sus apasionados discípulos fueron alcanzados por una condena que los dejó libres para dirigir grandes administraciones, ocupar un asiento en el Instituto, ser elevados a la dignidad de senador, llevar *en bandolera* las insignias de diversas condecoraciones, incluida la Cruz de Honor; pero que no les permitió integrar el Consejo Municipal de su ciudad ni tampoco ejercer el derecho cívico del voto.

43. Véase, en el número de noviembre de 1867, la presentación del libro *La razón del espiritismo*. (N. del T.)
44. Véase: Barthélémy-Prosper Enfantin (N. del T.)

"Ya veis que el ultraje no significa gran cosa. Sin embargo, también podéis ver que siempre queda algo de él, pues es una especie de calumnia. Ahora bien, hace mucho se ha dicho que la calumnia, *si no quema, tizna*.

"Volvamos a los espíritas. ¿Quién sabe lo que les espera a los hombres de la escuela espírita? Tal vez algún día los veamos elevarse hasta la cima del poder, como lo han hecho los sansimonianos.

"Siempre están los que progresan (los espíritas), que integran las filas de hombres serios e inteligentes, de magistrados distinguidos en sus comunidades.

"Hoy nos referimos a la Revista Espírita, porque la *Revista Espírita* ha tenido a bien ocuparse de nosotros en su último número (el de noviembre)… Reprodujo diversos párrafos de nuestro vigésimo cuarto número, relativo a una *correspondencia sobre los taumaturgos*, y se apresuró a *protestar* contra la calificación de 'taumaturgo' que nosotros habíamos asignado, en diversos artículos, *al curador Jacob y a los curadores pasados, presentes y futuros*, toda vez que estos curan sin valerse de la terapéutica científica.

"La *Revista Espírita* protesta contra esa palabra, TAUMATURGO, porque *la doctrina espírita no reconoce la posibilidad de que algo ocurra más allá de las leyes naturales…*; pero me parece que eso es lo que nuestro pequeño periódico ha dicho ya más de veinte veces.

"No existe nada, nada, nada, fuera de las leyes naturales.

"Todo lo que existe, todo lo que ocurre, todo lo que se produce, es la resultante de leyes naturales, de fenómenos naturales CONOCIDOS o DESCONOCIDOS.

"Sí, y mil veces sí, vosotros decís que 'los fenómenos que pertenecen al orden de los hechos *espirituales* no son más *milagrosos* que los hechos materiales, toda vez que el ELEMENTO espiritual es una de las fuerzas de la naturaleza, al igual que el ELEMENTO material'.

"Sí, señores, mil veces sí, nosotros compartimos vuestro parecer. Pero *protestamos* contra esa expresión: *elemento*, así como vosotros habéis *protestado* contra la calificación de *taumaturgo*, que nosotros aplicamos a un *espírita consciente* o *inconsciente*.

"La palabra *taumaturgo* os molesta. Si me dais otra, racional, lógica, comprensible… la aceptaré.

"Por lógica consecuencia, la palabra *milagro* también debe molestaros. Dadme otra, para significar, para expresa lo que significa la palabra *milagro*, y la adoptaré.

"Pero mientras vuestro y nuestro diccionario no se escriba y sea conocido, habrá que recurrir al *Diccionario de la Academia*. En verdad, señores espíritas, no hay que arrogarse la pretensión de contar con un vocabulario distinto al de los *Cuarenta*.

"Lingüísticamente, académicamente hablando, ¿qué es un taumaturgo? Un hacedor de milagros.

"¿Qué es un milagro? Un acto de la potencia divina, contrario a las leyes *conocidas* de la naturaleza.

"Por lo tanto, los señores curadores, los Hohenlohe, los Gassner, los Jacob, son *taumaturgos*, *hacedores de milagros*, porque actúan fuera de las leyes *conocidas* de la naturaleza.

"Inventad, cread, presentad, promulgad una nueva palabra, y la adoptaremos. Entretanto, permitidnos conservar el

viejo vocabulario y ajustarnos a él hasta nuevo aviso, pues no podemos hacer otra cosa.

"¿Sabéis de qué modo actúa Jacob? Decidlo. Si no lo sabéis, haced como nosotros, y reconoced que actúa por fuera de las leyes *conocidas* de la naturaleza y que, por lo tanto, es un taumaturgo.

"Por nuestra parte, hemos dicho que protestamos contra la palabra *elemento* por una razón muy simple: ignoramos completamente cuál es y *qué es el elemento espiritual*, como tampoco sabemos *qué es el elemento material*.

"En lo que respecta al *elemento espiritual*, solo reconocemos el elemento creador: *Dios*… Con toda humildad, con toda veneración, inclinamos la cabeza y respetamos el inexplicable misterio de *la encarnación del soplo de Dios en nosotros*… y nos limitamos a repetir lo que hemos dicho: *Hay en nosotros un desconocido que es nosotros, que a la vez comanda nuestro yo materia y le obedece.*

"En cuanto al *elemento material*, declaramos, con toda la fuerza de nuestra sinceridad, que no estamos menos desconcertados… la creación del primer hombre, de la primera mujer, en tanto que seres *materiales*, es un misterio tan inextricable como el de la espiritualización de ese ser creado.

"Manto de tinieblas que no se puede descubrir; secreto del Creador que no se puede penetrar.

"El elemento primitivo es Dios o está en Dios… No busquemos, y digamos con el más sabio de los doctores de la Iglesia: 'No intentéis penetrar ese misterio, porque os volveréis locos'.

"Ahora, preguntaremos a los señores de la *Revista Espírita*, que creen en la *doble vista*, en la *vista espiritual*, ¿por qué se

manifiestan en contra de *los fenómenos físicos a los que se considera pronósticos de acontecimientos felices o desgraciados*?

"*Esos fenómenos* –decís vosotros– *no tienen relación alguna con las cosas que parecen presagiar. Pueden ser precursores de efectos físicos, que son su consecuencia, así como para el navegante un punto negro en el horizonte puede presagiar una tempestad, o algunas nubes anunciar granizo, pero que esos fenómenos tengan un significado para las cuestiones de orden moral es algo que* –agregáis– *debe clasificarse como parte de las creencias supersticiosas, que siempre habrá que combatir enérgicamente.*

"Explicaos un poco mejor, señores, porque tocáis aquí una de las cuestiones más importantes de las ciencias cabalísticas, de las previsiones proféticas.

"Decidnos francamente, lealmente, en cuál categoría ubicáis las *influencias numéricas*. ¿Las negáis? ¿Las refutáis? ¿Creéis en ellas…? ¿Habéis reflexionado alguna vez acerca de estas cuestiones?

"Tened cuidado, todo se encadena en los misterios de la creación, en el secreto de las correlaciones de los mundos, de las correlaciones planetarias. Creéis en vosotros mismos, en vuestro yo espiritual, *en vuestro Espíritu encarnado*, y también creéis *en los Espíritus desencarnados*: en los Espíritus que han estado *encarnados* y que, purificados de su *encarnación* precedente, esperan una *encarnación*, no diremos más celestial o divina, sino más angelical… Esta es vuestra fe. Pero después, detenéis la matemática divina y decís: 'No creo en esa presciencia regular que menoscaba mi libre albedrío; no creo en esos cálculos de detalle…'. Limitaos a dudar, señores, pero no neguéis.

"Si estudiarais la historia de la humanidad con las *concordancias numéricas* como guía, quedaríais impactados y ya no os atreveríais a decir que siempre habrá que combatir enérgicamente esas creencias supersticiosas.

"Podemos presentaros más de CUATRO MIL concordancias numéricas, históricas, incuestionables. Introducid un acontecimiento, haced que un año comience o termine más temprano o más tarde, y la concordancia desaparecerá… ¿Qué ley las rige…? Misterio de Dios, secreto desconocido para la criatura… Y como todo se relaciona y se encadena, vosotros, que en vuestra condición de espíritas debéis creer en el magnetismo, en la *somnoactividad*, en el sonambulismo; vosotros, que debéis creer en el AGENTE (y no en el ELEMENTO) ESPIRITUAL, ¿cómo os atrevéis a NEGAR las leyes desconocidas que rigen las relaciones de los mundos entre sí…? ¡Vosotros creéis en las relaciones de los Espíritus ENCARNADOS con los Espíritus DESENCARNADOS! Por lo tanto, sed lógicos y no retrocedáis ante ninguna posibilidad aún oculta en las tinieblas de lo desconocido.

"Volveremos a tratar este asunto, que no es nuevo, pero que siempre se mantuvo en los LIMBOS DE LA CIENCIA (nos valemos de esta expresión deliberadamente)."

Respuesta

Las razones por las cuales el espiritismo rechaza la palabra *milagro*, tanto para lo que le concierne en particular, como en general para los fenómenos que no se apartan de las leyes naturales, han sido desarrolladas varias veces, tanto en nuestras obras acerca de la doctrina espírita, como en diversos artícu-

los de la *Revista Espírita*. Esas razones están resumidas en los siguientes párrafos, extraído del número de mayo de 1867, página 132:

"En su acepción usual, la palabra *milagro* perdió su significado primitivo, como tantas otras, comenzando por la palabra *filosofía* (amor a la sabiduría), que actualmente se utiliza para expresar las ideas más diametralmente opuestas, desde el más puro espiritualismo, hasta el materialismo más absoluto. Nadie pone en duda que, en el pensamiento de las masas, *milagro* implica la idea de un hecho extranatural. Preguntad a quienes creen en los milagros si acaso consideran que estos son efectos naturales. La Iglesia se mantiene firme en ese punto, al extremo de que impone el anatema a los que pretenden explicar los milagros a través de las leyes naturales. La propia Academia define esa palabra: *Acto del poder divino, contrario a las leyes conocidas de la naturaleza.- Verdadero, falso milagro.- Milagro comprobado.- Obrar milagros.- El don de los milagros*.

"Para ser comprendido por todos, es necesario hablar como todos. Ahora bien, es evidente que, si nosotros hubiéramos calificado los fenómenos espíritas como *milagrosos*, el público habría malinterpretado el verdadero carácter de tales fenómenos, a menos que en cada oportunidad empleáramos un circunloquio para explicar que se trata de milagros que no son milagros conforme se los entiende generalmente. Puesto que la generalidad adhiere a la idea de una derogación de las leyes naturales, y que los fenómenos espíritas no son otra cosa más que la aplicación de esas mismas leyes, resulta mucho más simple y sobre todo más lógico decir directamente: "No, el espiritismo no hace milagros". De ese modo, no hay error ni falsa interpretación. Así como el progreso de las ciencias físicas destruyó una infinidad de prejuicios e integró en el orden de

los hechos naturales una gran cantidad de efectos que otrora se consideraban milagrosos, de igual modo el espiritismo, mediante la revelación de nuevas leyes, restringe aún más el dominio de lo maravilloso. Decimos más: le da el golpe de gracia, razón por la cual no en todas partes se encuentra en olor de santidad, como tampoco lo están la astronomía y la geología".

Por lo demás, la cuestión de los milagros es tratada de manera completa, con todos los desarrollos que implica, en la segunda parte de la nueva obra que publicamos con el título *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*. En ella se explica la causa natural de los hechos considerados *milagrosos*, en el sentido vulgar del término. Si el autor del artículo que acabamos de transcribir se toma el trabajo de leerla, verá que las curaciones del señor Jacob, así como todas las de ese mismo género, no constituyen un problema para el espiritismo, que desde hace mucho tiempo sabe cómo proceder respecto de ese punto. Es una cuestión casi elemental.

La acepción de la palabra *milagro*, en el sentido de 'hecho extranatural', ha sido consagrada por el uso. Por su parte, la Iglesia la reivindica como parte integrante de sus dogmas. Por consiguiente, nos parece que es difícil recuperar el uso de esa palabra en su acepción etimológica sin exponerse a un *quid pro quo*. El autor dice que haría falta una palabra nueva. Ahora bien, como todos los fenómenos que no están fuera de las leyes de la naturaleza son naturales, no vemos otra palabra que pueda abarcarlos a todos, salvo la expresión *fenómenos naturales*.

Pero los fenómenos naturales considerados milagrosos son de dos clases. Unos dependen de las leyes que rigen la materia; y los otros, de leyes que rigen la acción del principio espiritual. Los primeros competen a la ciencia propiamente dicha, mientras que los segundos se encuentran más especialmen-

te en el dominio del espiritismo. En cuanto a estos últimos, como en su mayoría son una consecuencia de los atributos del alma, la palabra existe: se los denomina *fenómenos psíquicos*; y cuando están combinados con los efectos de la materia, se los podría denominar *psicomateriales* o *semipsíquicos*.

El autor critica la expresión *elemento espiritual* porque, según él, el único elemento espiritual es Dios. La respuesta es muy simple. La palabra *elemento* no se emplea aquí en el sentido de *cuerpo simple*, *elemental*, de *moléculas primitivas*, sino en el de *parte constitutiva de un todo*. En este sentido, se puede decir que el *elemento espiritual* desempeña un rol activo en la economía del universo, como se dice que el *elemento civil* y el *elemento militar* integran en determinada proporción una población; que el *elemento religioso* forma parte de la educación; que en Argelia se encuentra el *elemento árabe* y el *elemento europeo*, etc. Por nuestra parte, diremos al autor que, a falta de una palabra especial para esta última acepción de la palabra *elemento*, nos vemos obligados a valernos de ella. Además, como esas dos acepciones no representan ideas contradictorias –a diferencia de lo que ocurre con la palabra *milagro*–, la confusión no es posible, dado que la idea radical es la misma.

Si el autor se toma el trabajo de estudiar el espiritismo, contra el cual observamos con agrado que no opone una negación preconcebida, encontrará en él la respuesta a las dudas que parecen expresar algunas partes de su artículo respecto de la manera de considerar determinadas cuestiones, salvo, no obstante, en lo que concierne a la ciencia de las concordancias numéricas, de la que nunca nos hemos ocupado, y acerca de la cual, por consiguiente, no tenemos una opinión definitiva.

El espiritismo no pretende tener la última palabra acerca de las leyes que rigen el universo, por eso nunca dijo: *Nec*

plus ultra. Por su naturaleza misma, abre camino a los nuevos descubrimientos. No obstante, hasta que un principio nuevo sea comprobado, solo lo aceptará en calidad de hipótesis o de probabilidad.

El abad de Saint-Pierre

Las Efemérides de *Le Siècle*, del 29 de abril último, contienen la siguiente noticia:

Año 1743.- Muerte del abad de Saint-Pierre (Charles-Irénée Castel de), escritor y filántropo. Su nombre quedará eternamente vinculado al recuerdo del proyecto de paz perpetua, cuya concepción parece resultar cada vez más impracticable. La vida entera de este digno abad se consumió en escritos y en acciones que tenían por objetivo la felicidad de los hombres. En su opinión, dar y perdonar debía ser la base de toda la moral, y él la ponía en práctica constantemente. También fue él quien creó, o al menos resucitó, la palabra *beneficencia*, como expresión de una virtud que ejerció a diario. El abad de Saint-Pierre nació el 18 de febrero de 1658, y la Academia Francesa le abrió sus puertas en 1695. No obstante, en su libro *La Polisinodia*, el abad criticó severamente el reinado de Luis XIV, lo que motivó al cardenal de Polignac a denunció esa obra ante la Academia, que condenó al autor y lo excluyó de su seno en 1718. Por su parte, J. J. Rousseau, que compartió y desarrolló algunas de las ideas del abad de Saint-Pierre, dijo acerca de él: "Era un hombre excepcional, el honor de su siglo y de su especie".

El abad de Saint-Pierre era un hombre de bien y talentoso, justamente estimado. En las circunstancias presentes, la idea

que él perseguía en vida le otorga a su recuerdo una especie de actualidad.

(Sociedad de París; 17 de mayo de 1867.
Médium: señor Rul.)

Evocación. La nota que acabamos de leer en las Efemérides de *Le Siècle* nos ha permitido recordaros, y hemos leído con interés el justo tributo de elogios rendido a vuestras cualidades, que han merecido la estima de vuestros contemporáneos, así como os aseguran la de la posteridad. Un hombre que tuvo ideas tan elevadas no puede ser sino un Espíritu adelantado. Por eso, nos complacería recibir vuestras instrucciones, en caso de que tengáis a bien acudir a nosotros. En particular, nos agradaría conocer vuestra opinión actual acerca de la paz perpetua, que ha sido el objeto de vuestras preocupaciones.

Respuesta. Acudo con placer para responder el llamado del Presidente. Vosotros sabéis que en todas las épocas hay Espíritus que encarnan en la Tierra para ayudar al progreso de sus hermanos menos adelantados. Yo fui uno de esos Espíritus. Mi deber consistió en hacer el intento de que los hombres que tienen el hábito de las luchas fratricidas se convenzan de que llegará una época en que las pasiones que engendran la guerra darán lugar al sosiego y la concordia. Yo me propuse hacerles presentir que un día los hermanos enemistados se reconciliarán y se darán el beso de la paz; que en sus corazones solo habrá lugar para el amor y la benevolencia, y que ya no pensarán en forjar armas que siembran muerte, devastación y ruinas. Si fui bondadoso, eso se debió al efecto de mi naturaleza más adelantada que la de mis contemporáneos. En la actualidad, muchos de vosotros practican esa virtud evangélica; y si esa

virtud no se nota tanto, es porque se ha propagado más y porque las costumbres se han ablandado.

Pero quiero volver al asunto que constituye el objeto de esta comunicación: la paz perpetua. A ningún espírita le cabe duda de que eso que se denomina una 'utopía', ese sueño del abad de Saint-Pierre, no tardará en realizarse.

En esta época, en medio de todos esos clamores que anuncian la proximidad de graves acontecimientos, no es fácil hablar de paz perpetua. Pero tened la certeza de que esa paz descenderá sobre vuestra Tierra. Presenciáis un gran espectáculo: la renovación de vuestro globo. No obstante, ¡cuántas guerras habrá antes! ¡Desdichados serán los que, debido a su orgullo y su ambición, hayan desencadenado la tempestad! ¡Tendrán que responder por sus actos ante Aquel que juzga a los grandes y poderosos tanto como al más pequeños de sus hijos!

Perseverad hermanos, todos vosotros, que también sois apóstoles de la paz perpetua, porque ser discípulos de Cristo significa predicar la paz y la concordia. Sin embargo, os digo nuevamente, antes de que seáis testigos de ese gran acontecimiento, veréis nuevos artefactos de destrucción, y cuanto más se multipliquen los medios para matarse unos a otros, más deprisa los hombres prepararán el advenimiento de la paz perpetua.

Os dejo repitiéndoos las palabras de Cristo: "Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad".

Aquel que fue…

El abad de Saint-Pierre

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Acerca de los errores científicos

(París, 20 de marzo de 1867.-
Grupo del señor Lampérière.)

Así como el cuerpo posee órganos de locomoción, nutrición, respiración, etc., también el Espíritu cuenta con diversas facultades, que se vinculan respectivamente con cada situación particular de su ser. Así como el cuerpo atraviesa una infancia, en la que sus miembros son pequeños y débiles, incapaces de soportar el peso que más tarde podrán cargar sin esfuerzo, también el Espíritu posee al principio facultades que, como todo lo que existe, deben pasar de la infancia a la juventud, y de esta a la edad madura. ¿Acaso pediríais a un niño de pecho que proceda con la rapidez, la seguridad y la habilidad de un hombre desarrollado? No, eso sería una locura ¿verdad? Solo se puede exigir a cada uno lo que se encuentra al nivel de sus fuerzas y sus conocimientos. ¡Pedirle, a alguien que nunca tocó un libro de matemáticas o de física, que razone acerca de alguna rama de los conocimientos que dependen de esas ciencias, sería tan poco lógico como exigirle una descripción exacta de un país lejano a un parisiense que nunca abandonó las inmediaciones de su ciudad natal o siquiera de su barrio!

Así pues, para juzgar algo sanamente, es necesario tener al respecto un conocimiento tan completo como sea posible. Sería absurdo someter a un examen de lectura de corrido a una persona que apenas sabe deletrear. ¡Sin embargo…! Sin embargo, el hombre, ese *humanimal* dotado de razón, ese poderoso de la Creación, para quien todo es un obstáculo en el libro de los mundos, ese niño terrible que apenas balbucea las

primeras palabras de la verdadera ciencia, ese engañado de la apariencia, pretende leer sin titubeos las páginas más indescifrables del manual que la naturaleza le presenta a diario. Lo desconocido surge bajo sus pies; se codea con él. Adelante, atrás, en todas partes, en todas las cosas, no hay más que problemas sin solución, o cuyas soluciones conocidas son ilógicas e irracionales; y el niño grande aparta su mirada del libro, y dice: 'Ya te conozco; ¡voy a otro…! Ignorante de las cosas, se apega a las causas de esas cosas y, sin brújula, sin compás, se embarca en el mar tempestuoso de los sistemas preconcebidos, que lo conduce fatalmente hacia un naufragio cuyo resultado son la duda y la incredulidad. El fanatismo, hijo del error, lo oprime con su cetro. Porque, sabedlo bien, el fanático no es tan solo aquel que cree sin pruebas, y que daría la vida por una fe malentendida. ¡Hay fanáticos de la incredulidad, tanto como los hay de la fe!

El camino del bien es estrecho, y es necesario inspeccionar el terreno antes de avanzar, para no precipitarse en los abismos que lo cercan a derecha e izquierda.

"Apresúrate lentamente", dice la sabiduría de las naciones. Y como cada vez que está de acuerdo con el sentido común, esa sabiduría tiene razón. "No dejes enemigos detrás de ti, y avanza tan solo cuando estés seguro de que no tendrás que retroceder." "Dios es paciente, porque es eterno"; y el hombre, que tiene la eternidad por delante, también puede ser paciente.

Es lógico que juzgue según las apariencias, que se equivoque y que en el futuro reconozca su error. Pero si pretende que no puede equivocarse, y no pone un límite al entendimiento humano, ¡el niño reaparecerá en el agua con sus caprichos y sus enojos impotentes…! El potro aún no fue domado. ¡Se

enfada, se encabrita, y su sangre ardorosa corre por sus venas…! Dejadlo hacer, pues la edad sabrá calmar ese ardor sin destruirlo; y podrá sacar provecho de todo eso, midiendo su fuerza con más sabiduría.

Al nacer, el hombre vio una llanura hecha de tierra y piedras, que se extendía sin límites bajo sus pies; y vio también una llanura azul, sembrada de luces refulgentes, que se extendía sobre su cabeza y parecía moverse regularmente. Entonces, concluyó que la Tierra era un enorme plato accidentado, cubierto con una cúpula animada por un movimiento constante. Al referirlo todo a sí mismo, ese hombre se convirtió en el centro de un sistema creado por él, y en el que la Tierra inmutable contemplaba un Sol girando en el plano celeste. Actualmente, el Sol no gira más, y la Tierra se halla en movimiento. El primer punto tal vez no sería difícil de esclarecer *según la Biblia*, porque si un día Josué le ordenó al Sol que se detenga, en ninguna parte se ha visto que le haya pedido que reanude su curso.

La inteligencia humana actual desmiente los trabajos de las inteligencias de épocas remotas, y así ocurrió de edad en edad, hasta el origen. No obstante, a pesar de las lecciones del pasado, y si bien comprenden, por experiencias anteriores, que la utopía de ayer suele ser la realidad de mañana, los hombres se obstinan en decir: "¡No, no irás más allá! ¿Quién podría hacer más que nosotros? La inteligencia llegó a la cima; después de nosotros, no puede más que descender…" Sin embargo, los que dicen eso son los testigos, los divulgadores y los promotores de las maravillas realizadas por la ciencia actual. Han hecho numerosos descubrimientos, que transformaron significativamente las teorías de sus antecesores. Pero ¡qué importa eso…! El *yo* habla en ellos más alto que la razón. Como

disfrutan de la realeza de un día, no pueden admitir que mañana serán sometidos a un poder que el futuro mantiene lejos del alcance de sus miradas.

¡Niegan el Espíritu, como negaban el movimiento de la Tierra…! Compadezcámonos de ellos, y consolémonos respecto de su ceguera, con la convicción de que aquello que *es* no puede mantenerse oculto para siempre. La luz no puede convertirse en sombra; ni la verdad, en error. Las tinieblas se diluyen ante la aurora.

¡Oh! ¡Galileo…! Dondequiera que estés, tú te regocijas, porque *ella se mueve*… Y nosotros también podemos regocijarnos, porque nuestra Tierra, nuestro mundo, nuestra inteligencia, nuestro Espíritu, también realizan su movimiento, incomprendido, desconocido, pero que pronto se tornará tan evidente como los axiomas que la ciencia reconoce.

François Arago

* * *

La Exposición

(París. Grupo Desliens. Médium: señor Desliens.)

El observador superficial, que en este momento dirigiera su mirada hacia vuestro mundo, sin preocuparse demasiado por algunas pequeñas manchas diseminadas en su superficie, las cuales parecen destinadas a resaltar los esplendores del conjunto, sin duda afirmaría que la humanidad nunca presentó una fisonomía más dichosa. En todas partes se celebran las bodas de Camacho. No hay más que fiestas, trenes de recreo,

ciudades engalanadas y rostros alegres. Las grandes arterias del globo conducen, hacia vuestra capital, que es demasiado estrecha, a una multitud variopinta procedente de todos los climas. En vuestros bulevares, el chino y el persa saludan al ruso y al alemán; el asiático con cachemira le extiende la mano al africano con turbante. El nuevo mundo y el viejo, la joven América y los ciudadanos del mundo europeo, se encuentran, se codean y conversan en un tono de inalterable amistad.

¿Será que el mundo ha sido invitado realmente a la fiesta de la paz? ¿Acaso la Exposición francesa de 1867 será la señal tan esperada de la solidaridad universal? Nos sentiríamos tentados a creerlo, si todas las animosidades se hubieran extinguido; si cada uno, pensando en la prosperidad industrial y en el triunfo de la inteligencia sobre la materia, dejara los artefactos de la muerte, los instrumentos de la violencia y de la fuerza, durmiendo tranquilamente en lo profundo de sus arsenales, en estado de reliquias destinadas a satisfacer la curiosidad de los visitantes.

Pero ¿lo hicieron? ¡Ah! ¡No! El rostro hace muecas debajo de la sonrisa; la mirada amenaza mientras la boca felicita, y las manos se estrechan cordialmente en el preciso instante en que cada uno planifica la ruina de su vecino. Ríen, cantan y bailan. Pero, ¡escuchad bien, y sentiréis el eco que repite esas risas y esos cantos como sollozos y gritos de agonía!

La alegría está en los rostros, pero la inquietud está en los corazones. Se divierten para aturdirse, pero si piensan en el día siguiente, cierran los ojos para no ver.

El mundo está en crisis, y el comercio se pregunta qué hará cuando la gran algarabía de la Exposición haya pasado. Cada uno medita acerca del porvenir, y siente que en este momento solo se vive hipotecando el tiempo futuro.

¿Qué les falta, pues, a todos esos felices? ¿Acaso no son hoy lo que eran ayer? ¿No serán mañana lo que son hoy? No, el arco comercial, intelectual y moral, se flexiona cada vez más; la cuerda se tensa; ¡la flecha se va a disparar! ¿Adónde los conducirá? ¡Ahí está el secreto del miedo instintivo que se refleja en tantos rostros! No ven, no saben, presienten un no sé qué; un peligro está en el aire, y cada uno tiembla, cada uno se siente moralmente oprimido, como la tempestad que, pronta a desatarse, inquieta los temperamentos nerviosos. Cada uno se mantiene expectante. ¿Qué ocurrirá? ¿Una catástrofe o una solución dichosa? Ni una ni otra, o más bien ambos resultados coincidirán.

Lo que falta a las poblaciones inquietas, a las inteligencias acorraladas, es el sentido moral, que ha sido atacado, macerado, semidestruido por la incredulidad, el positivismo, el materialismo. Creen en la nada, ¡pero le tienen miedo! Sienten que están en el umbral de esa nada, ¡y tiemblan…! Los demoledores han realizado su obra. El terreno quedó allanado. Así pues, ¡construid con rapidez, para que la generación actual no continúe desamparada! Hasta ahora, el cielo se mantuvo estrellado, pero hay nubes en el horizonte. Apresuraos a levantar vuestras tiendas hospitalarias, y recibid en ellas a los huéspedes del campo y de la montaña. La fuerza del huracán pronto hará estragos; y entonces, ¡ay de los imprudentes que confiaron en el buen tiempo! Obtendrán la solución de sus vagos temores, y si salen de la liza mortificados, heridos, vencidos, no deberán culpar a nadie más que a sí mismos, pues rechazaron la hospitalidad que tan generosamente se les ofreció.¡A la obra, pues! Construid cada vez más deprisa. Acoged al viajero que llega, pero también salid a buscar, e intentad acercar a vosotros, al que se aleja sin llamar a vuestra puerta,

porque Dios sabe a cuántos sufrimientos estará expuesto antes de que encuentre un refugio que lo preserve de los rigores del flagelo.

Moki

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Volumen 10 Año 1867

Índice general

ENERO

A nuestros corresponsales 7
Mirada retrospectiva sobre el movimiento del espiritismo 9
Ideas espíritas que recorren el mundo 22
Novelas espíritas. *El asesinato del Pont-Rouge*, por Charles Barbara 27
Variedades. Retrato físico de los espíritas 42
Necrología. Sr. Leclerc 48
Noticias bibliográficas
Poesías diversas del mundo invisible 52
Retrato del señor Allan Kardec, diseño y litografía del señor Bertrand 53
La unión espírita, de Burdeos 54
La Voce di Dio 54
Rectificación en los *Evangelios*, del señor Roustaing 56

Aviso a los señores abonados 57

FEBRERO

El librepensamiento y la libertad de conciencia 59
Las tres hijas de la Biblia 72
El padre Lacordaire y las mesas giratorias 75
Refutación de la intervención del demonio,
por monseñor Frayssinous 78
Variedades
Eugénie Colombe. Precocidad fenomenal 81
Tom el ciego, músico natural 86
Suicidio en los animales 88
Poesías espíritas. *Recuerdo* 90
Disertaciones espíritas
Las tres causas principales de las enfermedades 98
La claridad 100
Comunicación providencial de los Espíritus 103
Noticias bibliográficas
Mirette; novela espírita del señor Élie Sauvage 104
Ecos poéticos de ultratumba, por el señor Vavasseur ... 113
Nueva teoría médico-espírita, por el doctor Brizio,
de Turín 113
El libro de los médiums, en español 114

MARZO

La homeopatía en las enfermedades morales 115
Explotación de las ideas espíritas 123
Robinson Crusoe espírita 129

Tolerancia y caridad. Carta del flamante arzobispo de Argel 132
Lincoln y su asesino..... 134
Poesías espíritas
A Bernard Palissy, por la señorita Lieutaud 136
La liga de la enseñanza 138
Disertaciones espíritas
Comunicación colectiva 140
Mangin, el charlatán 150
La solidaridad 154
Todo llega a su tiempo 156
Respeto a las creencias pasadas (Lacordaire) 158
La comedia humana (Eugène Sue) 160
Noticias bibliográficas
Lumen, relato extraterrenal, por Camille Flammarion 162

ABRIL

Galileo, a propósito del drama del señor Ponsard 169
Acerca del espíritu profético, por Joseph de Maistre 175
La liga de la enseñanza (segundo artículo) 188
Manifestaciones espontáneas 200
El molino de Vicq-sur-Nahon 200
Manifestaciones de Ménilmontant 210
Disertaciones espíritas
Misión de la mujer 212
Bibliografía
Cambio de título del periódico *La Vérité* 215
Carta de un espiritista 217

MAYO

Atmósfera espíritual 219
El empleo de la palabra *milagro* 224
Revista retrospectiva de las ideas espíritas. Castigo del ateo 228
Una expiación terrestre 236
Galileo. Fragmentos del drama del señor Ponsard 242
Lumen (segundo artículo) 252
Disertaciones espíritas
La vida espiritual 261
Pruebas terrestres de los hombres en misión 264
El genio 265

JUNIO

Emancipación de las mujeres en Estados Unidos 269
La homeopatía en el tratamiento de las enfermedades morales (2.° artículo) 280
El sentido espiritual 286
El grupo curador de Marmande. Intervención de los seres queridos en las curas 290
Nueva sociedad espírita de Burdeos 295
Necrología
Señor Quinemant (de Sétif) 301
El conde de Ourches 307
Disertaciones espíritas
El magnetismo y el espiritismo comparados 308
Bibliografía
La Unión Espírita de Burdeos 314
El Progreso Espiritualista 316
Investigaciones sobre las causas del ateísmo 317

La novela del porvenir 318

JULIO

Breve excursión espírita 319
La ley y los médiums curadores 325
Illiers y los espíritas 331
Epidemia en la isla Mauricio 343
Variedades
Un caso de identidad 348
Poesías espíritas. *A los Espíritus protectores* 351
Noticias bibliográficas. *La novela del porvenir* 356
Disertaciones espíritas
La lucha de los Espíritus por volver al bien 368

AGOSTO

Fernanda. Novela espírita 371
Simonet, médium curador de Burdeos 381
Ingreso de los incrédulos en el mundo
de los Espíritus 386
El doctor Claudius 386
Un obrero de Marsella 391
Variedades
La liga de la enseñanza 394
La señora Walker, doctora en cirugía 395
El Imam, gran capellán del Sultán 395
Jean Ryzak. El poder del remordimiento
(estudio moral) 396

Disertaciones espíritas
Plan de campaña. La era nueva. Consideraciones sobre el sonambulismo espontáneo 402
Los espías 409
La responsabilidad moral 414
Reclamación al periódico *La Marionette* 417

SEPTIEMBRE

Caracteres de la revelación espírita 419
Robinson Crusoe espírita (continuación) 458
Noticia bibliográfica
Dios en la naturaleza, por Camille Flammarion 469

OCTUBRE

El espiritismo en todas partes 475
A propósito de las poesías del señor Marteau 475
La señora condesa Adélaïde de Clérambert 484
Los médicos médiums 490
El caíd Hassan, curador tripolitano 495
El zuavo Jacob 501
Disertaciones espíritas
Consejos acerca de la mediumnidad curativa 510
Los adioses 515

NOVIEMBRE

Impresiones de un médium inconsciente 525
El cura Gassner, médium curador 540

Los presentimientos y los pronósticos 542
El zuavo Jacob (segundo artículo) 552
Noticias bibliográficas
La razón del espiritismo, por el señor Bonnamy 560
La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo, por Allan Kardec 573
Aviso sobre las cartas sin firma. Respuesta al señor S. B. 573

DICIEMBRE

El hombre ante la historia. Antigüedad de la raza humana por Camille Flammarion 575
Un resucitado contrariado. Extraído de un viaje de Victor Hugo 581
Carta de Benjamín Franklin acerca de la preexistencia 587
Reflejo de la preexistencia, por Jean Raynaud 589
Juana de Arco y sus comentadores 590
La joven campesina de Monin 601
Algunas palabras acerca de la *Revista Espírita* 605
El abad de Saint-Pierre 614
Disertaciones espíritas
Acerca de los errores científicos 617
La Exposición 620